
LA
HERENCIA
DE LOS
HÉROES
II
LA AMBICIÓN DEL GUERRERO
ENRIQUE ESCUDER

LA AMBICIÓN DEL GUERRERO

LA HERENCIA DE LOS HÉROES

II

Enrique Escuder

© ENRIQUE ESCUDER CAMPOS

1ª edición, enero 2024

Corrección: Raquel Ramos

www.ramosdeolivoediciones.com

Cover design by James T. Egan of Bookfly Design.

Diseño interior y maquetación:
Nerea Pérez Expósito de www.imagina-designs.com

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual

Este libro se lo dedico a mi hijo.
Crece, sueña y disfruta de la vida.

Gracias por enseñarme a relativizar y a apreciar
que la felicidad está en los pequeños momentos.


Continente Árcilon
BOSQUE ÁRBOLES MONUMENTALES
Uliavi
CALABIA
Nalò
Keora
Academia Ryszin
Jamena
Terade
ANTELI
GRANGAL
Incel
Redtia
CORDILLERA
AUTEN
SGONNA
Mazorg
Tebar
Mereció
Rinea
Aldeas peroldas
Rio Tein
Baml
Kurma
Shalsa
Barro
Maom
DIERIN
Novanta
Odise
Fienar
Caccas
ROIDGEN
Aldòv
Academia Drakba
Academia Cuhil
Murda
Lelgo
Biern
Forlith
Continente Harnam
Ruinas de Flago
Puesto valvar
Academia Forthi
Menaco
Deren
Nisa
Ardu
NÁRANDUL
VENIDEN
Minas de Astarnim
Ketha
Lantalos
PICOS DE THIURIM

1. Teilan

La habitación estaba oscura, pero Teilan logró distinguir algunas de las formas que había a su alrededor gracias a la luz de luna que penetraba por la ventana. «¿Dónde estoy?». Alargó la mano para apoyarla en el suelo y levantarse. «¿Una garra? —se sorprendió—. No… es solo mi mano. Solo…». Aún a mitad de transformar, su mano lucía afilados dedos que se clavaban en el suelo.

Se retorció a causa del picor que sufría por toda la piel. Le quemaban los órganos mientras que el frío congelaba sus articulaciones. Gimió de dolor. «¿Cuánto tiempo llevo así?». Se revolvió tratando de incorporarse. Sintió las piernas débiles y se apoyó en la pared para ayudarse.

Estaba delgado y vestía solo unos raídos pantalones. Su esquelético torso plagado de venas negras temblaba sin control. Notaba con cada palpitación cómo la sangre recorría su cuerpo y cómo, a su paso, aliviaba el picor. Se concentró en aquella sensación, como tantas otras veces en los últimos meses.

—¿Qué haces ahí de pie, a oscuras? —gruñó Owen al entrar.

Portaba un pequeño candelabro con tres velas que alumbraron la sala. En la otra mano, un plato con comida. Miró el plato volcado en el suelo frente a una mesa de escritorio destrozada y frustrado chasqueó la lengua. Teilan ni siquiera recordaba que le hubiesen traído ese plato de comida. A decir verdad, no recordaba mucho de las últimas horas, o tal vez días. No estaba seguro.

Una vez se acostumbraron sus ojos a la luz, contempló la sala. Había marcas de arañazos en paredes y suelos. La silla del escritorio había sido reventada contra una pared y el colchón estaba rajado. Recordaba haber estado practicando su transformación a espectro y ahora estaba sufriendo la abstinencia, como cada vez que se transformaba.

—¿Qué…? —intentó hablar, pero notó que sus cuerdas vocales no respondían; estaban dañadas a causa de horas de gritos y lamentos. Como espectro, normalmente se curaba deprisa, pero la inanición había debilitado su cuerpo. Apenas se recuperaba al ritmo de una persona normal.

—Esto no puede seguir así —dijo Owen preocupado.

—¿Y qué sugieres? —bufó Teilan, más por desesperación que por enfado.

—Deja de forzarte. No tiene ningún sentido —sugirió Owen—. Deja de intentar usar su poder…

—No es tan fácil —negó con tristeza mientras sentía cómo otra punzada de dolor le obligaba a encorvarse.

Owen suspiró cansado. En general, tenía mejor aspecto tras escapar del duque. Había pasado poco más de medio año desde entonces y había recuperado algunos kilos de los que perdió durante su encarcelamiento. Ahora lucía una perilla arreglada y el pelo corto y rizado. Era un hombre atractivo, alto, piel oscura y rasgos propios de los habitantes de Grangal.

—Esto te está matando —dijo—. Puedes ignorarlo, pero como sigas así…

—Este poder es nuestra arma —sollozó Teilan—. Es mi deber controlarlo.

—¡No conseguirás nada si mueres! —criticó Owen—. Llevas meses intentándolo y no estás más cerca de controlar ese poder sin fundirte con el espectro.

—¡No nos fundiremos! —chilló. Dos voces se mezclaron al pronunciar esas palabras. La suya y una voz gélida y carente de vida que retumbó en la sala.

Owen dio un paso atrás, dejó el candelabro en el suelo y convirtió sus manos en garras preparándose para lo peor. Su rostro se volvió grisáceo y se cubrió de símbolos amarillos. No obstante, no finalizó la transformación y se quedó a mitad entre maldito de Ieralia y humano. Sus ojos destelleaban azules en la oscuridad mientras observaba inmóvil a Teilan.

—No puedo… —escupió Teilan aterrado—… controlarlo.

—¡Tranquilízate! —aulló Owen.

Teilan sabía que si dejaba vencer sus propias emociones, atacaría a su compañero; no sería la primera vez. Se dejó caer y se sentó en el suelo. Respiraba con dificultad, por lo que cerró los ojos para concentrarse en llenar y vaciar sus pulmones. Era uno de los ejercicios que le enseñó Grogo y al que recurría cada vez que perdía el control.

Tras unos sofocantes momentos, logró finalmente calmarse y al abrir los ojos vio a Owen plantado frente a él. Las marcas habían desaparecido de su piel y había recuperado su aspecto humano. Luego se miró las manos para comprobar que las venas ya no eran negras. Había recuperado el control por el momento. Sin embargo, sabía que esos episodios se seguirían repitiendo al menos un par de días más.

—No te estoy diciendo que te fundas con el espectro —matizó Owen—. Solo te pido que dejes de…

—No sigas, por favor —interrumpió.

Echó su cuerpo hacia atrás y se tumbó agotado en mitad de la sala. Desconocía qué sucedería si dejaba que su alma se fundiera con la del espectro, pero ni él ni Tei estaban dispuestos a comprobarlo por miedo a que alguno de los dos, o ambos, desapareciesen en el proceso.

Había dedicado los últimos meses a intentar utilizar el poder del espectro sin fundir su alma con la suya. Accedía a su poder y durante el proceso trataba de mantener su consciencia lo más lúcida posible; intentaba ser dueño de sus propias acciones durante la transformación.

No obstante, tras multitud de intentos, apenas era capaz de rascar la superficie del poder del espectro sin perder el control y, además, advertía que llevaba semanas sin mejorar en absoluto. Solo se acrecentaba el vacío que sentía tras retirar la transformación.

—¿Notas acaso que estés mejorando? —preguntó Owen.

Teilan agachó la cabeza avergonzado.

—Mi forma de espectro es cada vez más fuerte.

Al menos, de eso estaba convencido. No estaba seguro de si era algo bueno o malo, pero era una realidad que debía aceptar. Además, intuía que no había llegado a desarrollar todo el potencial de su transformación.

—Y también los efectos de la abstinencia —replicó Owen—. ¿O acaso me equivoco?

No se equivocaba, pero por el momento era capaz de soportarlo y eso debía bastar. Transformarse lo volvía más fuerte, más rápido y aumentaba su capacidad de regeneración a niveles imposibles. Se convertía en el arma perfecta.

—No… —admitió Teilan—. ¿Pero qué pretendes que haga?

—Hazte fuerte sin él —tanteó Owen.

—¿Te crees que no lo he pensado? —respondió—. He seguido practicando mi magia. Mi poder todavía ni se acerca al de mi forma de espectro de la batalla contra el duque. Mucho menos al de mi forma actual.

Owen se acercó a Teilan, que seguía tirado en el suelo, y se tumbó junto a él.

—Pues sigue entrenando. ¿Tienes prisa? —Owen siempre parecía mantener la calma. Hacía que todo pareciera sencillo.

—¿Eres tonto o qué?

Owen rio ante la respuesta. Parecía estar esperando irritarle con su comentario.

—A saber cuántos siglos llevan existiendo esas criaturas. Llevas entrenando como mago… ¿Cuánto? ¿Un año? —razonó Owen—. ¿Realmente pretendes vencer a los ancestros así? Esas criaturas han vivido durante cientos de años, puede que más…

—Pero…

—Además, digamos que consigues controlar al espectro. En estos momentos, tu poder es superior al del duque, pero sigues siendo más débil que yo. ¿Cuánto va a aumentar? —continuó Owen—. ¿Llegarás al nivel de un ancestro? Dudo que tu poder de espectro sea mayor que el de un ancestro por mucho que entrenes. A largo plazo, tendrás que depender de tu magia o de tu bestia interior.

Teilan se quedó pensativo. No era la primera vez que esa idea le rondaba la cabeza, pero algo en su interior la rechazaba. Se negaba a aceptar que tal vez su esfuerzo por conseguir dominar ese poder se debía a que se había vuelto adicto a la sensación que le provocaba usarlo. Le hacía sentirse completo. Además, era un demonio de dragón negro, pero no tenía ni la más remota idea de cómo despertar a su bestia interior.

—Te apoyaré en lo que hagas, pero piénsatelo —dijo Owen tras un incómodo silencio.

2. JADEA

En el castillo de Fienar, capital de Dierin, Jadea Norma estaba sentada en el trono del antiguo rey de los demonios. Era soberbio y, con una elegante talla de un dragón en el respaldo, se alzaba solemne ante un salón que podía albergar cómodamente a un millar de personas. Estaba construido en madera, como era habitual en Dierin, y los trabajos de carpintería le daban un aire elegante y lujoso.

Jadea era una mujer de aspecto joven que, a pesar de pasar los sesenta holgadamente, no aparentaba más de veinte. Una de las ventajas de ser una maga poderosa era que su cuerpo envejecía mucho más despacio que el del resto de los humanos, por lo que no era extraño ver a magos y guerreros de sangre capaces de vivir numerosos siglos.

Tenía el pelo castaño y sus enormes ojos rasgados le daban un aire inocente. Sin embargo, los presentes en aquella sala sabían perfectamente que no debía ser juzgada por su aspecto.

Alzó la mirada para estudiar los rostros de sus generales. Había un centenar frente a ella, y todos y cada uno le eran completamente leales; brillantes soldados que la servían sin dudar lo más mínimo. Esos hombres y mujeres suponían todo el poder militar que los humanos ejercían en ese territorio. Sonrió al pensar en ello. Cuando cinco años atrás el territorio estuvo al fin bajo su control, la unión de los reinos humanos la proclamó regenta a sabiendas de que cualquier otra opción sería rechazada por ellos y ahora había llegado el momento de dar un paso más en su gran plan.

—Ya sabréis lo que ha sucedido en Novanta —continuó—. El gobierno de Auten ha mostrado de nuevo su incompetencia al ser incapaz de mantener el control de la ciudad comercial más importante de su reino. Auten se desmorona a pesar de dedicarse a sangrar Dierin.

La gente asentía y ella se deleitaba al verlo. Llevaba esperando este día mucho tiempo. Era el día en que dejaría de depender de Auten y haría Dierin suya, pues sabía que era la única digna de ese trono. Al fin y al cabo, había sido ella quien había recuperado esa tierra de los demonios tras siglos de control. Esos engendros no merecían gobernar. Solo ella podía.

Durante los últimos años, se había dedicado a plantar la semilla de la rebelión en sus generales. Todos los altos cargos de su ejército habían sido seleccionados cuidadosamente, sumando personas que lo habían perdido todo o que no tenían vínculos emocionales con el resto de los reinos.

Después, se había centrado en hacerles creer que esa tierra les pertenecía; en hacerles pensar que era ella quien debía reinar en Dierin y ellos, convertirse en la nobleza local. Había llegado la hora de recoger los frutos de su trabajo y los había reunido allí con ese fin. Había resultado complicado hacerles abandonar temporalmente sus puestos, pero era de la opinión de que había cosas que debían ser contadas en persona.

—Esto es una oportunidad. —Estudiaba cada rostro frente a ella mientras hablaba—. Una oportunidad de declarar esta tierra como nuestra. Lo que os propongo es traición, aunque también os propongo un futuro mejor que ser los perros de un Ereon. La monarquía de Auten ya nos ha arrebatado bastante.

A pesar de que en teoría rendía pleitesía a la coalición de reinos humanos, era Auten la que ostentaba más autoridad sobre Dierin debido a su ubicación, por lo que decidió dirigir su ira hacia Feliseo, el rey de Auten.

Algunos miraron a su alrededor dubitativos. El resto parecía haber estado esperando ese momento. «Tendré que vigilar de cerca a los indecisos. Podrían ser un problema». Respiró aliviada, habían sido pocos. A pesar de todo su trabajo, sabía lo difícil que era controlar la mente de gente tan fuerte. Nadie llegaba a general siendo débil.

—Hoy declaro Dierin como una tierra libre y a mí como su rein…

—¡No puedes hacer eso! —interrumpió un mensajero del rey Feliseo que se encontraba en ese momento en la sala.

Tras la caída de Novanta, Feliseo había organizado un ataque a la ciudad para recuperarla y el mensajero había acudido a Fienar a solicitar asistencia. Sin embargo, tras dar la misiva, Jadea le había insistido en asistir a la reunión, asegurándole que el rey querría saber lo que había sucedido.

El hombre parecía asustado y más ahora que todas las miradas se habían centrado en él.

—Me había olvidado del señor mensajero —rio ella con teatralidad—. ¿Puedes comunicarles lo que me dijiste?

El hombre se quedó helado sin saber qué decir ante la atenta mirada de los presentes. Balbuceaba algo, pero era imposible discernir lo que decía.

—¿No? —Jadea estaba jugando con él, como un león con una presa que sabe que no puede escapar—. Yo lo explicaré.

Su sonrisa desapareció en ese instante y sus ojos se clavaron en sus generales. Respiró hondo. Se tomó su tiempo. Quería crear expectación. Ponerlos nerviosos.

—Ha venido a pedir que sean vuestros hombres los que mueran para recuperar Novanta.

Un rugido generalizado de ira inundó la sala. Protestas, gritos y amenazas hacia el mensajero hicieron que Jadea sonriese por dentro. Incluso aquellos que parecían haber dudado alzaban los brazos furiosos. «Tal vez no tenga que matarlos», pensó mientras se le ocurría una idea que podría terminar de afianzar su lealtad.

—¡Eso no es cierto! —exclamó asustado el mensajero al ver las miradas de odio del público.

Daba pasos hacia atrás. Trataba de alejarse por instinto, aunque era en vano. Ese mensajero era una hormiga para los generales del ejército. Los magos y guerreros de sangre más poderosos entre las filas eran los que acababan logrando ese puesto. El poder lo era todo en el ejército de Jadea.

—¡Seamos civilizados! —gritó ella por encima de las voces de sus generales. Le divertía la situación, era otra de las razones por las que había querido que el mensajero se quedara.

El silencio volvió a reinar en la sala y la tensión se podía cortar. El pobre hombre sudaba aterrado y miraba a su alrededor buscando una salida. «Es inútil. Ahora tu vida me pertenece». Le excitaba esa clase de poder. Todo se reducía a eso. A gente que mandaba y gente que obedecía, y ella estaría en la cima.

—Voy a ponéroslo fácil. —Jadea se bajó por primera vez del trono y se acercó al público. El trono quedaba a la misma altura que el resto de la sala, por lo que al bajar de él destacaba su baja estatura. Caminó entre los generales con confianza—. Aquellos que quieran seguir siendo fieles a Auten que marchen hacia Novanta. No los detendré. Me habéis servido bien y tendré una eterna deuda de gratitud con vosotros. Incluso os proporcionaré lo que necesitéis para el viaje.

Nadie se movió. No pudo evitar sonreír, pero eso la enfadó. No debía mostrar esa clase de emociones. No era propio de alguien de su posición y menos todavía ahora que era reina. ¿Lo era ya? No sabía cómo funcionaba eso.

—Señor mensajero, puede marcharse. Parece que nadie está dispuesto a acudir a su llamada.

El hombre dudó antes de empezar a andar. Observaba con cautela a su alrededor, confuso.

—¿Me van a dejar marchar después de lo que he escuchado? —preguntó al fin sin dejar de caminar hacia la salida.

Todas las miradas fueron dirigidas a Jadea. Ella saboreó la situación durante un instante. Era importante hacerlo. Uno debía siempre celebrar las pequeñas victorias. El hombre temblaba esperando el veredicto. Decidió no demorarse más, le quedaban muchas cosas por hacer.

—¿Crees que me podría suponer un problema dejarte marchar? —cuestionó divertida.

—¡Claro que no! —aseguró el hombre—. No diré nada, lo juro.

—Pues entonces ya está. A no ser que alguien no te crea, eres libre de marcharte.

No terminó la frase y se oyó un grito ahogado de dolor. Un hombre se había acercado al mensajero por la espalda y le había clavado una daga que le punzó el riñón. El mensajero convulsionó mientras el hombre lo sostenía tapándole la boca. Se resistió unos instantes al tiempo que perdía sangre rápidamente, pero no tardó en desplomarse. Su cuerpo sin vida golpeó contra el suelo y la sala se quedó en silencio. Nadie dijo nada, todos esperaban órdenes de Jadea.

—Es una pena. Parece que no te han creído —dijo mientras volvía a sentarse en su trono—. Limpiad esto, tenemos más temas que tratar.

Un par de sirvientes se acercaron, agarraron el cadáver y lo arrastraron fuera de la sala. Otros comenzaron a limpiar el suelo. Estaban preparados para lo que había sucedido. En apenas un minuto, ante la mirada silenciosa de los presentes, quedó todo impoluto.

Una vez se marcharon, Jadea prosiguió con su discurso.

—Me han informado de que un grupo de demonios rebeldes se está haciendo fuerte en la zona central del reino. —No necesitó gritar. Solo se escuchaba la respiración de los presentes—. ¿Vamos a dejar que piensen que este reino les pertenece?

Un grito al unísono hizo retumbar la sala. Los tenía donde quería. Ellos le entregarían el reino, la gloria y grabar su nombre en la historia. Como siempre debió ser.

—¡Traedlo! —gritó de pronto.

Las puertas al fondo de la sala se abrieron de nuevo y un par de guardias entraron con un hombre a rastras. Estaba completamente destrozado: los brazos se retorcían en posiciones imposibles, su rostro estaba casi irreconocible y se mostraba empapado de sudor y sangre. Era Haan, un antiguo comandante del ejército del Rey Demonio, que ahora pertenecía al grupo de rebeldes que se dedicaba a crear el caos por todo el reino. En pocos meses, su actividad había aumentado y empezaba a mostrar una mayor organización que en los últimos años. Esos rebeldes empezaban a ser un problema.

Jadea no pudo evitar sentir una arcada cuando le acercaron a Haan. Detestaba los olores fuertes, pero no permitió que nadie se diese cuenta. Debía parecer impasible; carente de emoción o empatía. Fuerte como una reina.

—Este hombre es uno de los líderes de los pequeños alborotadores que tenemos en nuestro reino —explicó mientras agarraba al hombre del pelo para mostrar su rostro a los presentes—. Fue capturado tras intentar atacar uno de nuestros cargamentos de suministros y se niega a hablar. Ya lo hemos intentado, pero esta basura no delatará a los suyos. —Haan se retorció de dolor. No podía hablar y apenas se mantenía consciente—. Por esto, nuestra primera misión será estabilizar el reino eliminando cualquier oposición que encontremos. Por muy pequeña e inocente que parezca. Matad a todo el que no se arrodille ante vosotros, pues este es vuestro reino y su gente, vuestros súbditos.

Haan se giró al escuchar esas palabras, trató de protestar, pero no pudo. Ella no se lo permitió. Un collar de espinas nació de su mano y le envolvió el cuello. Haan trató de resistirse, pero fue en vano. Las espinas comenzaron a crecer y se le clavaban cada vez más. A los pocos segundos, la luz de sus ojos se apagó.

3. Celia

Fara hizo flotar dos de sus dagas mientras empuñaba otras dos en sus manos. Había heredado de Siro su arma espiritual tras su muerte a manos del duque y poco a poco ganaba habilidad con ella. Hasta el momento, controlar dos de las diez dagas que componían el arma era su límite.

Por ello, se había acostumbrado a usar una en cada mano aparte de las dos que volaban. Así, aumentaba su capacidad de combate. Celia miraba con curiosidad las manos de su amiga. Le sorprendía que, siendo dagas fabricadas íntegramente en acero, la empuñadura no se resbalara de las manos, pero al parecer, era otra de las características especiales que tenía. Esto facilitaba mucho la forma de combate que trataba de aprender Fara.

—¿Estás preparada para otra ronda? —Celia se preparó con una sonrisa y Fara asintió—. A ver qué sabes hacer.

Fara comenzó a mover las dagas que flotaban y Celia centraba su mirada en ellas, asegurándose de no perder ninguna de vista. Estaba desarmada y se había arremangado la camisa. Ambas llevaban su ropa de entrenamiento habitual: una camisa de algodón blanca, un pantalón de cuero negro y unas botas que cubrían hasta más arriba del tobillo.

Se encontraban en la sala de entrenamiento de la taberna El Pez Volador. A pesar de que las heridas se curarían al instante, seguiría sintiendo el dolor del ataque, por lo que no tenía ninguna intención de permitir que su amiga y sus dagas se le acercasen.

Sin avisar, Fara atacó con las dagas que flotaban lanzándolas contra Celia. Esta saltó hacia un lateral de la sala y rodó por el suelo. Apoyó la mano y se levantó de un empujón. A pesar de la agilidad del movimiento, al alzar la vista se encontró a Fara empuñando un arma en cada mano, tratando de alcanzar su costado.

En vez de esquivar el golpe, Celia aprovechó el impulso de Fara. Dio un paso hacia ella en el momento justo en el que iba a estocar y golpeó el antebrazo de su amiga. Así logró evitar que la alcanzase y la daga de esa mano cayó al suelo. Fara trató de cortar con la otra, pero Celia la agarró de la muñeca y le aplicó una llave retorciéndole el brazo.

Para evitar ser sometida, Fara dio una voltereta y rodó por el suelo para volver a levantarse. Sus movimientos no eran tan fluidos como los de Celia, pero era evidente que había entrenado mucho. Había perdido las dos dagas que llevaba en las manos, por lo que ordenó a las que flotaban que acudiesen a sus manos.

Celia se lanzó contra ella en un intento por evitar que volviese a armarse, pero no llegó a tiempo y cuando lo hizo, Fara la recibió con una cuchillada. Celia bloqueó con una mano y lanzó una patada que golpeó a su rival en la cadera. Esta se tambaleó y retrocedió un par de pasos hasta caer de espaldas.

Celia trató de recortar la distancia, pero Fara comandó una de las dagas perdidas en la refriega anterior y le cortó el paso. Celia la esquivó retorciendo su cuerpo hacia atrás haciendo que perdiese el equilibrio por un instante y Fara lo aprovechó para atacarla con una segunda daga.

Para evadir un ataque dirigido a su cabeza, no tuvo más remedio que tirarse al suelo y Fara no dudó en lanzarle la daga que tenía en la mano izquierda. Celia se deslizó por el suelo para esquivarla.

«Todavía no es capaz de curvar bien la trayectoria», pensó al darse cuenta de lo fácil que le habría resultado a Fara clavárselo en ese caso. Apoyó la mano y se impulsó hacia arriba.

Fara no se esperó y atacó con el arma que le quedaba en la mano. Con la frente empapada de sudor, lanzaba estocadas que Celia eludía o bloqueaba con facilidad. Daba pasos hacia atrás y miraba a su alrededor para asegurarse de que ninguna daga voladora la pillase desprevenida.

En uno de los movimientos, Fara apuñaló al aire con demasiada fuerza y su cuerpo giró lo suficiente como para que Celia le asestase un puñetazo en las costillas. El crujido anunció la rotura de un hueso y Fara aulló de dolor.

Con una sonrisa de suficiencia, Celia fue a rematar el combate y en ese momento, una daga se clavó en su tobillo y la hizo caer de rodillas.

—¿Pero que…? —Se sorprendió.

No lo vio venir. Su mirada se desvió hacia la herida por instinto, Fara ordenó otra daga que estaba a pocos metros y esta se clavó en el brazo de Celia, que comenzó a gritar de dolor. Levantó la vista dispuesta a enfrentarla, pero para su sorpresa, se encontró el arma que Fara tenía en la mano a escasos centímetros de su garganta.

—Vale, vale, vale —gritó Celia apartándose—. Me rindo.

Fara se detuvo avergonzada y retiró el arma al momento. Celia comprobó que su propio brazo sangraba considerablemente y se arrancó los cuchillos que tenía clavados. En el instante en el que lo hizo, una luz blanca envolvió las heridas y estas empezaron a sanar.

—¿Estás bien? —preguntó Fara mientras se tocaba la que estaba terminando de sanarse.

La magia de la sala de los guardianes actuaba a gran velocidad con las heridas graves, pero tardaba más con las no letales. Resultaba útil para entrenar, pues permitía combatir herido, pero era un incordio una vez había acabado el combate porque había que esperar a que las heridas sanasen por completo. Además, no podía sanar una herida que matase en el momento ni devolver a la vida. Había que tener cuidado de no provocar lesiones capaces de matar a alguien en menos de un par de segundos.

—¡Joder, joder, joder! —bramó entonces Celia mientras se dejaba caer.

Fara se acercó y se sentó junto a ella. Con rostro solemne, trató de quitarle hierro al asunto.

—Era un enfrentamiento complicado —explicó—. Las armas espirituales son una gran ventaja, es normal que no pudieras estando desarmada y sin utilizar tu autoridad.

—Así no voy a poder —susurró agobiada—. Así es imposible…

Fara frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

Celia la miró a los ojos y vio su preocupación. «Ella no lo entiende». Comprobó sus heridas, ya completamente sanadas, y agradeció una vez más poder entrenar en esa sala a diario.

—Nada, nada —disimuló volviendo a la conversación—. Supongo que he infravalorado el poder de esas dagas.

—¿Por qué no usas una de las armas? —preguntó confusa Fara—. Sé que buscas ser más fuerte. Sé por qué lo haces, aunque no quieras admitirlo, pero hay herramientas a tu disposición que te ayudarían. No tienes por qué hacerlo todo sola.

Celia agachó la cabeza evitando la mirada de su amiga. No le había contado nada sobre sus orígenes. Era una hija de Anteli y, si se descubriese, la cazarían hasta darle muerte como a un perro con rabia. Ni siquiera debió decírselo a Teilan, al menos así se lo había hecho prometer Vera. Sin

embargo, no podía evitar sentirse culpable engañándola. Al fin y al cabo, sabía el daño que hacía guardar secretos a los seres queridos.

—No es bueno depender mucho de la fuerza externa —explicó Celia sabiendo que era la razón que creía Fara—. Sobre todo, siendo una guerra de sangre. Así no lograrás avanzar.

Se sorprendió al repetir una frase que Vera le había dicho tantas veces. Ella siempre había querido buscar un arma espiritual que la aceptara como maga. A pesar de no usar sus poderes, estos la seguían limitando a no usar el arma espiritual que quisiera como haría cualquier otro guerrero de sangre. Los guerreros de sangre elegían su arma espiritual, pero en el caso de los magos, era el arma la que elegía.

Fara la escuchaba atenta sin perder detalle.

«Nunca deja de pensar en cómo hacerse más fuerte —pensó divertida Celia al ver el rostro de su amiga—. A veces pienso que es incluso peor que yo».

—¿Crees que debería dejar de usarlas? —preguntó Fara.

—Aprende a dominarlas primero. Ahora solo puedes controlar dos dagas a la vez y ni siquiera de forma independiente.

—¿Te has dado cuenta?

—Dejas una parada cuando mueves la otra, a no ser que las envíes a ambas en la misma dirección —expuso Celia—. Las armas espirituales requieren años de práctica. Sobre todo, para un guerrero de sangre. Vincularla es un proceso mucho más lento que para los magos.

Fara la miró extrañada.

—¿No te han explicado nada de esto? —preguntó Celia y, tras negar su compañera con la cabeza, continuó—: Dame una de las dagas.

Tras acercarle una, Celia dudó un segundo. «El vínculo debe estar ya formado o no podría hacerlas flotar», se recordó a sí misma. Tocó el arma, y al ver que no sucedía nada, respiró aliviada y la agarró por el mango. Si el vínculo no estuviera formado y esa arma no la aceptase, comenzaría a consumir su poder mágico nada más tocarlo. No obstante, esas dagas ahora pertenecían a Fara. En las manos de Celia, era una daga normal y corriente.

—Si esta arma no estuviese vinculada, comenzaría el vínculo al agarrarla yo —explicó—. ¿Cuándo comenzaste a poder moverlas por el aire?

—Hace poco más de dos meses.

—Es decir, llevabas unos tres o cuatro meses entrenando con ellas hasta que lograste empezar a usar su poder.

Fara asintió y Celia continuó:

—Si hubieses sido un mago, eso habría sido casi al momento.

—Siempre dándonos facilidades —gruñó Fara.

—Bueno… Tú, al no ser maga, puedes vincular cualquier arma espiritual —rio Celia—. La mayoría de los magos jamás encuentran una. Supongo que eso es una ventaja.

—¿Y eso por qué es? —preguntó Fara.

Celia se encogió de hombros.

—No tengo ni idea.

Fara se quedó pensativa, viendo como Celia deslizaba hábilmente la daga entre sus dedos.

—¿Entonces tú no podrías usar un arma que yo vincule?

—Bueno, te la podría clavar ahora mismo —sonrió Celia divertida—. No puedes usar sus poderes si es de otro. Si quisiera poder usar el poder de esta arma, tendría que romper el vínculo antes de empezar a vincularlo yo.

—¿Cómo se hace eso?

—En tu caso, al haber completado el vínculo, la única opción sería matándote. —Aquella respuesta sorprendió a Fara, que miraba incrédula a su amiga—. Por eso es importante ocultarlas. Mucha gente mataría por un arma tan poderosa como estas dagas.

Fara tragó saliva preocupada.

—¿Y si no estuviese completamente vinculada?

—Se borra con el tiempo.

Fara se concentraba en asimilar cada una de las palabras que decía y Celia se sorprendió de la capacidad de concentración que tenía. No pudo evitar pensar en Teilan y su ineptitud como alumno. «¿Cómo estará?». Una ola de tristeza la inundó, aunque trató de disimularlo.

—¿Eso quiere decir que estas son ahora mías para siempre? —preguntó Fara acariciando el filo de la daga que tenía entre las manos.

—Así es —respondió Celia—. Por eso debes aprender a usarlas cuanto antes. Debería ser tu máxima prioridad ahora.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Fara mientras asentía. No necesitaba decir lo que estaba pensando para que Celia comprendiese la felicidad de su amiga al recibir semejante regalo. Al fin y al cabo, los guardianes se habían convertido en todo para Fara. Vivía para ello.

Comenzaron a recoger la sala después de eso. Llevaban horas entrenando y Celia sabía lo agotada que estaba su aprendiza, aunque esta jamás lo admitiese. Se esforzaba más que nadie; sobre todo, tras descubrir que Celia podía usar autoridad y ella no. Había incendiado su vena más competitiva.

—Celia… —llamó Fara de pronto.

—Dime.

Fara dudó.

—No… Nada. Olvídalo.

—¿Qué pasa? —preguntó Celia al darse cuenta de que actuaba de forma extraña.

—He decidido ir este fin de semana a visitar Merecid.

Aquello la pilló por sorpresa, Fara nunca había parecido interesada en volver. Es más, estaba casi convencida de que no lo había hecho desde el funeral de sus padres.

—¿Y eso? —preguntó.

El rostro de Fara se ensombreció.

—No me atreví a ir en el aniversario de su muerte. —Se esforzó por contener las lágrimas—. Soy una persona horrible.

No pudo y rompió a llorar. Celia sintió pánico al ver cómo su amiga se derrumbaba y se acercó sin saber muy bien qué decir, le aterraban este tipo de situaciones. Tras unos instantes de incomodidad, abrazó a su amiga y, por la reacción de esta, fue la decisión correcta.

—Te acompañaré —dijo Celia, y sus palabras fueron recibidas por una triste sonrisa cargada de lágrimas.

—Gracias —susurró Fara.

4. Celia

Tras el entrenamiento, Fara se retiró a su habitación a descansar y Celia decidió salir a dar un paseo por el mercado. Caminaba distraída cuando se encontró de frente con un grupo de personas discutiendo a viva voz. El tumulto estaba formado por gente de distintas edades, géneros y procedencias. La mezcla era tan peculiar que Celia se acercó para ver qué sucedía.

—¡¿De verdad vamos a dejar que los perros del rey tomen el control de la ciudad?! —gritaba un hombre de mediana edad, canoso y de aspecto enérgico—. ¿Cómo se te ocurre sugerir huir después de lo que hemos pasado?

—Se acerca un ejército —gruñó una mujer joven—. ¿Qué pretendes que hagamos? ¿Luchar contra el ejército del rey? Nos matarán a todos.

—Este lugar es una fortaleza. Podemos defenderla —respondió un joven soldado con confianza.

Vestía el antiguo uniforme del duque, pero el emblema había sido arrancado y todo el uniforme había sido tintado de un color grisáceo. A todos aquellos guardias que no lucharon en la última batalla o se unieron a la revuelta se les ofreció un puesto en el nuevo ejército de la ciudad. Al fin y al cabo, eran hijos de Novanta y los únicos con formación militar.

—¡Eso es un disparate! —respondió la mujer—. Vendrán a miles, ¿cómo pretendes defenderla?

Tras la caída del duque, las noticias de lo sucedido llegaron a manos del gobierno de Auten. La reacción de este fue enviar a un dirigente temporal para que tomase el control de la ciudad hasta que se decidiera su futuro. Sin embargo, los propios ciudadanos se apostaron a las puertas de la muralla para impedirle el paso a él y al pequeño ejército que traía consigo. Este estaba formado por un par de miles de soldados que, de no haber encontrado oposición, podrían haber organizado un nuevo gobierno.

Después de varias jornadas de negociación entre la resistencia y los hombres del rey, no se llegó a un pacto y estos se marcharon proclamando que volverían con un ejército preparado para tomar la ciudad a la fuerza si era preciso. De eso ya hacía más de un mes y, un par de días atrás, finalmente llegaron noticias de que un inmenso ejército se dirigía hacia Novanta por el oeste.

—¡Tenemos a nuestro salvador! —continuó el hombre de mediana edad—. Todos lo visteis. Es invencible. Él sabrá lo que hay que hacer.

La euforia no tardó mucho en contagiarse y la gente empezó a gritar.

«¿Cómo hemos llegado a esto?», pensó Celia al escuchar esas palabras.

Las historias del ataque al palacio se alejaron de la realidad con el tiempo. Tras meses de narraciones, los eventos de aquel día se distorsionaron tanto que la figura de un hombre quedó ensalzada hasta el nivel de leyenda. Un hombre que detuvo con su cuerpo el fuego del sol y, tras ser gravemente herido, acabó con la criatura monstruosa en la que se había convertido el duque.

Celia sonrió al recordar la cara que puso Grogo al escuchar esa historia por primera vez. Sobre todo porque él ni siquiera había estado en la última batalla contra el duque; fue herido de gravedad antes de ese enfrentamiento.

—¡Bobadas! —respondió de nuevo la mujer—. ¿Habéis sabido alguno algo de ese hombre desde aquel día? Por lo que sabemos, podría haber muerto después.

—¡No blasfemes a nuestro salvador! —gruñó el soldado—. Nos protegió de aquel monstruo y volverá a venir a salvarnos de la ira de su hermano.

«¿Blasfemar? —Celia lo miró incrédula—. ¿Este chalado se piensa que Grogo es algún tipo de dios?».

Conocía las historias acerca de Grogo, pero esta era la primera vez que lo divinizaban.

—¿Parará un ejército entero él solo? —espetó la mujer—. Estáis todos locos. Yo me largo de la ciudad y vosotros deberíais hacer lo mismo.

El soldado la miró furioso. Se abalanzó sobre ella y la agarró de la muñeca encolerizado.

—Él guio nuestra mano al detener a los hombres del rey cuando vinieron a entregar nuestra ciudad a aquel que lleva la misma sangre que el monstruo —continuó el joven—. Él nos mostró la verdad y vendrá a proteger a aquellos que luchen a su lado. A aquellos que le hayan sido leales.

En un principio, lo habían proclamado como a un héroe a pesar de que nadie conocía su verdadera identidad. Los hombres y mujeres que lo sacaron del campo de batalla habían cumplido su promesa de no revelar quién era. Sin embargo, con el tiempo, sus historias se volvieron más exageradas. A pesar de la insistencia de Grogo de terminar con ello de raíz, lo habían dejado estar para evitar más inestabilidad. Al fin y al cabo, daba esperanza a la gente. No obstante, una cosa era ser considerado un héroe y otra una deidad.

«La cosa está yendo demasiado lejos». Celia se alejó del grupo y continuó su camino para informar de la situación. No tardó en comprobar que en todos los rincones del mercado había gente que mantenía conversaciones similares, mostrando nerviosismo ante la noticia del ejército que venía a sus puertas.

De pronto, un hombre llamó su atención. Se acercó a una tienda de joyas y miró distraído el escaparate mientras lanzaba miradas furtivas a su alrededor. «¿Un ladrón?». Habían proliferado tras la caída del duque y, aunque se había instaurado desde entonces un gobierno formado por los líderes de los rebeldes y que había asignado personas a la seguridad de los mercados, estos no tenían ninguna experiencia en ello y su trabajo resultaba bastante deficiente.

Celia se ocultó entre la gente y se dedicó a observarle. El tendero se giró. Si quería robar algo, era el momento. El hombre volvió a mirar hacia su izquierda. Se sobresaltó y soltó la joya que llevaba en la mano para continuar su camino. «¿No está robando?». Su instinto le decía que algo tramaba.

«¿Se estaba ocultando? ¿Huía de alguien?».

No parecía ser el caso, pues de ser así no se pararía cada pocos metros. Celia finalmente cayó en la cuenta de lo que podía estar pasando.

«¿Está siguiendo a alguien?».

Giró al llegar a la primera bocacalle a la salida del mercado. Celia corrió y llegó justo a tiempo para verle desaparecer por la siguiente esquina. Lo persiguió durante unos cuantos giros más procurando no llamar su atención, hasta que, de pronto, lo perdió de vista en un callejón sin salida. Frente a ella había un enorme muro que solo podría haber saltado un guerrero de sangre o un mago de aire. A la izquierda, había unas cuantas ventanas con barrotes de forja. A la derecha, una puerta, a la que se accedía subiendo un par de escalones. Descartó el muro por el momento, se acercó hasta la puerta y pegó la oreja. No se oía nada.

«¿Debería entrar?», dudó.

Sabía que no debía hacerlo sola, por lo que se dispuso a volver a la taberna para avisar a los demás. Al girarse, se encontró con media docena de personas que le habían cerrado la salida.

—Bueno, bueno, bueno… ¿Qué tenemos aquí? —exclamó un hombre de pelo largo y piel blanca. Tenía aspecto de estar enfermo; sus ojos estaban hinchados y rojos—. Tenemos a una fisgona.

El hombre al que había seguido apareció tras ese mostrando una sonrisa. A pesar de su actitud, estaban limpios y bien vestidos. Se notaba que no eran una banda común y que debía extremar las precauciones.

—¿Qué queréis? —preguntó Celia, preparándose para luchar.

«Llevo una daga colgada de la cintura y un cuchillo escondido en la pierna. —Miró al grupo frente a ella—. Cuatro hombres y dos mujeres. Todos van armados con espadas. ¿De dónde ha salido esta gente?».

Portaban espadas bastardas en vainas ajustadas a la cintura. Todas idénticas y bien cuidadas. Parecían confiar en sus habilidades, lo cual podía ser bueno siempre y cuando fuese una confianza infundada, aunque algo en su interior la alertaba de lo contrario. Apretó la mandíbula frustrada. Estaba en desventaja numérica y sus armas la obligaban a acercarse demasiado.

—¿Quién eres? ¿Por qué le seguías? —dijo el hombre de pelo largo, los demás se mantenían en silencio detrás de él. Debía de ser el líder.

—Pensé que lo conocía, me he confundido —respondió Celia sabiendo que no iban a creerla—. Tengo prisa, lo mejor es que siga mi camino.

Sus palabras parecieron divertir al líder. Este miró a dos de sus hombres y les ordenó:

—Vosotros dos, cogedla. La quiero viva.

Ambos desenfundaron sus armas. Por el aspecto de las hojas, se veía que estaban bien afiladas y se notaba que habían recibido formación militar por su manera de sujetar el arma.

Al verlas, a Celia se le escapó una sonrisa que no permitió que sus contrincantes viesen. Le estaban dando una oportunidad. Estaba bien versada en el uso de esa espada, por lo que, si lograba hacerse con una de ellas, sus opciones mejorarían.

«Si uso mi Autoridad contra los seis, acabaré agotada. Sobre todo, si hay algún guerrero de sangre entre ellos. Tengo que averiguar eso primero».

A pesar de haberla despertado hacía meses, todavía le faltaba mucho para estar al nivel de Vera. Le cansaba usarla incluso en personas normales y hacerlo sobre guerreros de sangre podía dejarla exhausta al momento. Muy a su pesar, seguía siendo una principiante y era arriesgado usar la habilidad en combate.

«¿Habrá mandado a sus hombres más hábiles o solo me está poniendo a prueba?».

Trataba de adelantarse a la situación, como le había enseñado su maestra. Predecir lo que sus adversarios iban a hacer y analizar sus movimientos para hacerse una idea de la maestría que tenían con el arma que empuñaban.

Eran hombres corpulentos y parecían cómodos al manejar la espada, aunque eso no era concluyente con respecto a su verdadera fuerza. Un guerrero de sangre podía ser más fuerte que uno de ellos teniendo la mitad del tamaño. Caminaban confiados y eso lo podía usar a su favor. Ambos se acercaron con una sonrisa socarrona. Celia dio un paso atrás y trató de parecer lo más asustada posible.

—¡No me hagan daño! —gritó, procurando no elevar la voz demasiado para evitar alertar a la gente del mercado. No estaban demasiado lejos, pero lo suficiente como para que no llegasen a tiempo en caso de que le atacasen los seis al mismo tiempo y estos fueran más fuertes que ella.

—No te vamos a hacer daño —siseó uno de los hombres—. Lo mejor será que no te resistas, nuestro jefe solo quiere hablar contigo.

Alargó la mano para cogerla por la muñeca. Celia se retorció y en un movimiento agarró su daga, esquivó la mano y apuñaló el cuello de su atacante. Este solo tuvo tiempo de abrir los ojos incrédulo mientras la sangre borboteaba de la herida y se desplomó contra el suelo emitiendo un extraño gruñido ahogado.

Celia se agachó y agarró la espada. El otro hombre ya estaba encima de ella y fue a clavarle su arma aprovechando que ella estaba en el suelo. En vez de esquivar, Celia se lanzó contra él y lo placó. Habría sido un movimiento impensable considerando la diferencia de peso, pero era una de las ventajas de ser una guerrera de sangre. El hombre salió despedido un par de metros hacia atrás.

«No eran guerreros de sangre», celebró aliviada mientras se incorporaba.

Tal vez el resto tampoco lo fueran. Tal vez estaba siendo demasiado precavida, pero sus experiencias en el último año la habían hecho ser más cauta.

—¡Es una guerrera de sangre! —gritó el líder sin alterarse por la muerte de su compañero—. Encargaos.

Había cantado victoria demasiado pronto. No le hizo falta señalar a nadie; un hombre y una mujer se lanzaron al frente a una velocidad sobrehumana. El resto retrocedieron para cubrir la salida.

«Dos guerreros de sangre».

Uno era un hombre joven y delgado. De mirada afilada y una sonrisa desagradable. La mujer aparentaba unos setenta años, tal vez más. Tenía la piel oscura y el rostro cubierto de arrugas.

«Esa mujer es peligrosa». No parecía interesada en lo que estaba pasando, pero aun así, Celia sintió miedo solo con su presencia.

Los guerreros de sangre, al igual que los magos, no envejecían como el resto de los mortales, y cuanto más fuertes eran, más lentamente envejecían. Algo le decía que esa mujer era mucho más mayor de lo que aparentaba. Sus ojos cansados reflejaban haber visto muchos años pasar, puede que incluso varios siglos.

Celia tenía en una mano la espada que acababa de conseguir y su daga, todavía bañada de sangre, en la otra. Las sujetó con fuerza y esperó a ver qué hacían sus contrincantes, que permanecían inmóviles frente a ella.

—¡Atacad! —aulló el hombre de pelo largo—. ¿A qué estáis esperando?

La mujer frunció el ceño molesta. El joven la miró con curiosidad.

«No parece contenta de que ese idiota le hable así —entendió al instante Celia—. ¿Por qué está con él?».

En ese momento, entendió que la situación era más peligrosa de lo que había previsto. Una banda de ladrones o matones se formaban alrededor de un líder fuerte o de alguien al que los demás le tenían respeto por sus habilidades, pero no se daba ninguno de los dos casos. Lo que tenía frente a ella era otra cosa.

El joven se lanzó sin previo aviso mientras Celia continuaba sumida en su análisis. «¡Es rápido!», se sorprendió. Apenas pudo bloquear con la espada y le hizo retroceder varios pasos. Sin dejarle recobrar el equilibrio, el joven continuó atacando. Era ágil. Sus golpes no eran excesivamente pesados, pero apenas dejaba margen para contraatacar.

Luchaba con una sonrisa maliciosa. Parecía no suponerle esfuerzo y, aunque Celia no tardó en darse cuenta de que ella era más fuerte, el joven no le daba tregua. Cuando se quiso dar cuenta, la

había acorralado al fondo del callejón. Solo le quedaban unos pocos pasos para estar contra la pared.

La mujer, en cambio, se limitó a caminar hacia ellos. Todavía no se había sumado al combate y parecía entretenida viendo al joven combatir. Era como si lo estuviese evaluando.

«Si viene, esto no acabará bien —pensó. Estaba convencida de que era mucho más fuerte que su compañero y que por eso estaba tan tranquila—. Tengo que eliminar a este lo antes posible».

El joven zarandeaba su espada de forma alocada. Celia comenzó a bloquear golpes en vez de esquivarlos, con la intención de buscar una apertura que no tardó en aparecer. Tras un espadazo que impactó contra el arma de Celia, el joven perdió el equilibrio y Celia aprovechó para clavar la daga en su costado. Sintió el acero atravesar la carne mientras un aullido de dolor retumbaba en aquel callejón.

Este, encolerizado, placó a Celia y su cabeza golpeó contra la pared que tenía detrás. Escuchó un zumbido y notó cómo su vista se nublaba un instante. El joven la agarró del cuello y la estampó contra la pared. El aire escapó de sus pulmones por el golpe, se le cayó la espada y soltó la daga que todavía seguía clavada en el costado de su contrincante.

La herida de su adversario sangraba, pero al ver que podía seguir luchando se dio cuenta de que no era una herida letal. Este no la soltó y ella trató de alcanzar la daga, pero el joven utilizó su mano libre para bloquearle el brazo.

Celia aprovechó que su adversario tenía las dos manos ocupadas y clavó el pulgar en el ojo del oponente. Sintió una repugnante sensación viscosa al hundir el dedo, pero eso no la detuvo y siguió apretando. Él gritó y la soltó, llevándose las manos a la cara. Sin desaprovechar la oportunidad, arrancó la daga que todavía tenía en el costado, le agarró con la otra mano de la pechera y se lo clavó en el corazón.

El callejón quedó un instante en silencio mientras el joven miraba incrédulo su propio pecho. Cogió la daga con ambas manos en un fútil intento por sacarla de su cuerpo, pero exhaló su último aliento antes siquiera de lograrlo.

«Uno menos».

Sintió alivio al darse cuenta de que no tendría que enfrentarse a ambos al mismo tiempo. Todo había sucedido muy rápido, pero aun así, había algo que no tenía sentido. ¿Por qué la mujer no había intervenido? Estaba convencida de que le habría dado tiempo a salvar al joven si hubiera querido.

Notó la nuca mojada. Se pasó la mano para descubrir que estaba sangrando considerablemente a causa del golpe anterior contra el muro. Miró al resto del grupo, que no se habían movido, por lo que decidió lanzarse a por la espada que había soltado antes.

«No puedo alargar esto».

Cuando se volvió a erguir y alzó la vista, tuvo el tiempo justo para levantar el arma y bloquear el ataque de ella, que al fin parecía dispuesta a intervenir. A pesar de que sujetó la espada con ambas manos, el golpe hundió sus hombros y sintió una punzada de dolor. Apenas pudo aguantar la embestida.

—Esto me va a dar problemas —gruñó la mujer—. Debía mantener a este idiota con vida y ahora… —Miró el cuerpo sin vida del joven con desprecio—. Ahora voy a tener que dar muchas explicaciones.

Parecía más molesta que apenada por la muerte de su compañero. Ni siquiera mostró una pizca de arrepentimiento por no haberle salvado. Dirigió entonces su mirada al grupo que había venido con

ella. No sabía en qué estaba pensando, pero no parecía preocupada por la contrincante que tenía delante.

«Es muy fuerte. —Celia sintió pánico. Había utilizado todas sus fuerzas para bloquear y la guerrera no parecía haberse esforzado lo más mínimo—. Tengo que salir de aquí».

Dio un paso atrás y esperó un hueco. Una oportunidad para escapar. La mujer manejaba la espada con habilidad y comenzó a atacar sin tregua, pero pronto se dio cuenta de que algo le sucedía. Conforme luchaban, los movimientos de su adversaria se volvían más rápidos, pesados y precisos. Parecía no tener prisa por vencerla.

Celia esquivaba con dificultad buscando un hueco en su defensa. Se cansaba y veía cómo la mujer ni siquiera había acelerado su respiración. Le dolía la cabeza del golpe de antes y sabía que estaba sangrando, no aguantaría mucho tiempo ese ritmo. Así que tomó la única decisión posible ante esa situación.

La mujer alzó su espada y la dirigió hacia la cabeza de Celia. Esta desvió la hoja hacia el flanco con todas sus fuerzas y salió disparada hacia la salida del callejón con la esperanza de que esa mujer no fuese tan rápida como ella. Era una idea descabellada, pues era evidente que era una guerrera de sangre mucho más fuerte que ella, pero no tenía alternativa. Incluso soltó su espada, el peso solo la retrasaría.

El resto de la banda bloqueaba la salida, sosteniendo sus armas con ambas manos. La mujer la siguió, pero para su sorpresa, parecía tener algún tipo de cojera. Aun así, no era mucho más lenta que ella misma, pero era buena señal. En los breves instantes hasta llegar a la salida, Celia decidió qué lado atacar.

Desarmada, tenía pocas opciones, por lo que se decantó por el que parecía más endeble de todos. Era un joven no mayor que al que acababa de acuchillar. Celia forzó su Autoridad contra él cuando se encontraba a una decena de pasos y el joven cayó de rodillas. Había funcionado, pero no logró matarlo y este se balanceaba medio inconsciente sin llegar a desplomarse del todo. A pesar de no ser un guerrero de sangre, era fuerte. Aun así, tampoco era su objetivo acabar con él. Lo único que importaba era salir de allí.

—¡Agarradla! —gritó el líder, mirando a la guerrera de sangre a la que se acababa de enfrentar.

Esta, sin embargo, no pudo acelerar el paso. A pesar de su descomunal fuerza, no podía correr más considerando la condición de sus piernas.

«Tengo una oportunidad», pensó aliviada mientras corría hacia el joven que todavía seguía arrodillado. Parecía que al fin había perdido el conocimiento. Sus ojos se quedaron en blanco y cayó de frente. El resto de los hombres alzaron sus espadas nerviosos, sin entender lo que acababa de pasar, pero ella tampoco les dejó tiempo para hacerlo, ya que en un parpadeo estaba frente a ellos.

Uno se adelantó tratando de atacarla, pero Celia lo esquivó con facilidad y lo empujó haciéndolo caer sobre el líder de aquel extraño grupo, que empezó a maldecir.

Con esos dos en el suelo, aprovechó el hueco que había quedado en la fila de enemigos para salir disparada del callejón exprimiendo toda la energía que le quedaba. La guerrera de sangre estuvo a punto de alcanzarla en ese momento, pero logró escabullirse justo a tiempo.

Mientras huía, se llevó la mano a la nuca; todavía sangraba, pero no era una cantidad peligrosa. Agradeció su cuerpo de guerrera de sangre, sabía que antes de su despertar aquel golpe podría haber sido letal y salir de ese callejón, imposible.

Dobló la esquina en dirección al mercado. «Espero que no se atrevan a atacar delante de tanta gente». Miró hacia atrás con la esperanza de que sus perseguidores se estuviesen quedando rezagados, pero para su sorpresa, nadie parecía seguirla. Aun así, no se confió. Se apresuró para llegar al mercado y una vez allí tampoco se detuvo. Siguió hasta perderse entre la gente.

5. FARA

Querido Gero,

Han pasado muchas cosas desde que te fuiste. Tu padre envió una carta a Grogo pidiendo que os enviásemos el contenido de este paquete a vosotros. Seguramente, cuando leas esto ya sepas que el duque de Novanta era un espectro y que toda la ciudad se alzó contra él.

Me han dicho que esta carta solo la podrás leer tú y solo en una ocasión. Después se borrará su contenido, por lo que necesito que leas atentamente todo lo que está aquí escrito y lo memorices.

En primer lugar, ¿te acuerdas lo que le pasó a Teilan en el callejón? Pues hemos descubierto que tiene un espectro en su interior. Sé que da miedo, pero parece ser capaz de controlarlo. Nos salvó al enfrentarnos al duque. No te puedes ni imaginar lo fuerte que se ha vuelto.

También hemos descubierto que Zarkon no era su verdadero padre. Sé que sonará absurdo, pero Teilan es hijo de Barick, es el heredero de Dierin. ¿Te lo puedes creer?

Se ha marchado a buscar respuestas y no sé cuándo lo volveremos a ver. Me tiene bastante preocupada. Se puso muy enfermo tras la pelea, parece que ese poder le hace daño, pero se empeña en aprender a controlarlo.

Vera y Grogo se negaban a informarte de todo eso. Decían que cuanta menos gente lo supiera, mejor, pero Teilan insistió en que tú debías saberlo y que él era el único que tenía derecho a decidir quién debía conocer sus secretos.

Por otro lado, tras la caída del duque, aquellos que organizaron la revuelta tomaron el control de la ciudad, aunque puede que esto también haya cambiado cuando lo leas. Todo cambia muy deprisa por aquí últimamente.

Quería que supieras que desde que Vera me tomó como discípula, mi vida ha cambiado por completo. Me han pasado muchas cosas y no puedo decir que todas hayan sido buenas, pero estoy orgullosa del camino que he tomado. Jamás pensé que mi vida pudiera ser así.

Fui capturada por los hombres del duque y enviada a su prisión. ¡Pasé tanto miedo! Fue una experiencia que desearía olvidar, pero también sé que me convirtió en la persona que soy ahora. Entrenaba para hacerme más fuerte, pero aquella experiencia me hizo romper la barrera y convertirme en una guerrera de sangre. Todavía no me lo creo. No puedo decir que me alegre de haber vivido aquello, pero soy consciente del futuro que ha abierto ante mí.

Mi poder todavía no está asentado en comparación con el de Celia, que también rompió la barrera. Vera dice que es porque no estaba todavía preparada para el salto al llevar tan poco tiempo entrenando. Pero, por primera vez en mi vida, luché. Por primera vez, me defendí y, sobre todo, puedo decir que no me acobardé.

Pienso cada día en lo que sucedió en aquel callejón y te prometo que jamás dejaré que el miedo se vuelva a apoderar de mí. Espero que algún día puedas perdonarme por aquello.

No sé cuándo podremos volver a vernos. La situación aquí se ha vuelto muy inestable y, aunque Vera me ha insistido en que como guerrera de sangre podía acudir a la academia, creo que me quedaré aquí. Por primera vez se me necesita en algún sitio y creo que en este lugar puedo marcar la diferencia y convertirme en alguien importante.

En el paquete que va con esta carta está el arma que pidió tu padre para Drasco. Vera ha detallado las instrucciones en el folio que viene dentro del paquete. Aunque es bastante sencillo de usar, sed precavidos. Grogo se sorprendió mucho cuando se lo pidieron. Dice que le encantaría ver a Drasco usarlo.

Hemos escuchado algunas historias de la situación en Veniden desde la muerte del rey. También nos hemos enterado de la muerte de Rodrick. Espero que estés bien y que tengas mucha prudencia en la academia. Me alegro de que al

menos no estés solo allí. Por lo que Grogo me ha contado, si Drasco es remotamente parecido a su padre, debe ser un hombre confiable.

No sé cuándo podremos volver a contactar. Al parecer, esto ha sido un caso excepcional por enviar ese disco y se ha corrido un gran riesgo en el envío. De todos modos, quiero que sepas que no me olvido de la promesa que me hiciste. Mantente a salvo. Tienes que cumplirla.

Te quiero,

Fara

6. GERO

Tras leer la carta, Gero se quedó unos instantes con la mirada perdida. La carta tenía un sello para que solo con su sangre se pudiese leer el contenido. Había posado el pulgar en el extremo de la página y su sangre había formado las letras que ahora desaparecían de arriba abajo. La magia se extinguía y jamás se podría volver a leer esa carta. Apartó el dedo y se lo cubrió con un paño.

Había desistido de usar la magia curativa de su familia; era demasiado doloroso para él. Podía sanar rápidamente heridas, ya fueran propias o ajenas; no obstante, debía pagar un alto precio por usar ese poder: lo agotaría y le haría padecer una parte del dolor que habría sufrido por dicha enfermedad o herida concentrado en el tiempo que tardase en sanar. Cuanto más talento se tuviese en el uso de esa habilidad, menos de ese dolor tendría que asumir, pero al parecer, Gero era un completo negado. Sanar las heridas más nimias se antojaba una tortura insoportable y acababa cayendo enfermo cada vez que usaba dicho poder. Finalmente aceptó el consejo de su padre de ni tan siquiera intentar dominar ese tipo de magia.

—Maldita sea —bufó irritado.

El sello de aquella carta había sido creado por algún chapucero y había consumido mucha de su sangre para funcionar. Estaba pálido y notaba su cuerpo débil. Sabía que Grogo y Vera no hacían sellos, por lo que debían de habérselo pedido a alguien. Si hubiera sido un maestro en sellos, se habría activado sin necesidad de desangrarle vivo.

Desde que se separó de su padre, solo había recibido una carta en la que su padre le explicaba los sucesos que estaban ocurriendo en Dierin. No entraba en detalle de lo que hacía, pero parecía peligroso. A veces se preguntaba si no debía haberse quedado con él para ayudarle.

Una vez desaparecidas del todo las letras, se giró y vio que Drasco estaba justo detrás de él y que había leído por encima de su hombro. Se sobresaltó, pues a pesar de lo grande que era, podía llegar a ser bastante sigiloso.

—¿Cuánto has leído? —Entró en pánico al darse cuenta de lo que había escrito sobre Teilan.

—Acabo de llegar y solo me ha dado tiempo a leer los dos últimos párrafos, pero creo que tenía razón —dijo Drasco—. Eres muy afortunado de tenerme aquí.

—Que no se te suba a la cabeza —disimuló Gero, tratando de leer el rostro de su amigo.

«¿Será verdad que solo ha leído eso?».

—¡Y parece que tenemos un galán! —bromeó Drasco lanzándole una mirada pícara.

—No empieces.

Drasco comenzó a darle efusivas palmadas en la espalda. Había tenido suerte. Tenía que ser más cuidadoso a partir de ahora. No era que desconfiara de él, pero como había dicho Teilan, el derecho a decidir acerca de quién conocía sus secretos era suyo. Además, era información difícil de digerir incluso conociendo a Teilan. ¿Parte espectro? ¿Qué significaría eso exactamente? No sonaba nada bien.

Le alegró saber que su amigo había insistido en que él lo supiera. Los echaba de menos, no se había dado cuenta de cuánto hasta leer esa carta. Sin embargo, él tenía una misión en Veniden que debía cumplir. Todos se estaban esforzando mucho y él no iba a ser menos.

—¡Vamos, hombre! —exclamó Drasco—. ¡Si me alegro que alguien se haya fijado en ti con ese cuerpo tan debilucho!

—¿No deberías estar abriendo el paquete? —Gero ignoró el comentario y trató de cambiar de tema, pero unas palabras resonaban una y otra vez en su mente. «Cumplir la promesa». Sabía que había cosas más importantes en las que pensar en esa carta, pero aquella era la parte que más le incomodaba, aunque no entendía muy bien por qué. Ni siquiera pensaba que Fara se acordara de ello.

Se encontraban en la habitación de la taberna donde habían residido desde su llegada a Lantalos. Gero había colocado algunos sellos en las paredes, suelos y techos para evitar que nadie pudiese escuchar lo que sucedía en su interior, pero estos solo los podía ver él, pues para el resto eran completamente invisibles.

La sala era sencilla, compuesta tan solo por un par de camas, un armario y un escritorio. Los muebles no eran de buena calidad, pero estaban bien cuidados y limpios. El escritorio estaba cubierto de útiles, ramas, papeles y el libro de sellos que le entregó su padre antes de separarse.

Drasco sacó un cuchillo que tenía colgando del cinturón, de casi dos palmos de largo, con el filo negro, y cortó el precinto del paquete. La hoja era oscura y brillante. Tenía el filo afalcatado, elegantemente rematado con un mango de cuerno. Se lo había comprado a un mercader en la ciudad. A Gero le parecía que había costado más de lo que valía, pero Drasco había insistido mucho. Incluso alegaba que el precio estaba regalado y que el hombre no sabía lo que estaba vendiendo. Como Gero no entendía de armas, aceptó el criterio de su amigo como válido.

—Voy, voy. Ya lo abro. La felicidad está en disfrutar el durante. No deberías ser tan impaciente, no es un rasgo atractivo para las mujeres. Deberías trabajar en ello.

No tardó en abrirlo por completo. Era una caja de madera que contenía un disco dorado. En su centro, había una joya transparente rodeada de extraños símbolos tallados en su superficie. Además, también había un papel plegado a la mitad. Lo apartó y fue a agarrar el disco con expectación.

—¡No lo toques! —gritó Gero.

Drasco se apartó sobresaltado.

—Pero ¿qué pasa? —preguntó nervioso.

—Lee primero lo que ponga ahí. No sabemos cómo funciona y no deja de ser un arma espiritual. Podría ser peligroso.

—Me has dado un susto de muerte —gruñó Drasco en voz baja. Parecía más dirigido a sí mismo que a Gero.

Agarró la hoja y, al percatarse de que estaba completamente en blanco, miró a Gero.

—¿Te queda un poco de sangre?

—Odio esto —protestó Gero mientras se retiraba la venda y colocaba el dedo con la herida sobre el documento. Sintió un rápido e intenso dolor punzante y a continuación la sangre empezó a fluir formando letras sobre la página. En esta ocasión, la caligrafía era distinta a la de Fara. Drasco empezó a leer tan pronto como pudo.

—Siento la demora, hemos tenido bastantes problemas y me ha costado un poco poder mandar a un mensajero de confianza.

—¿Un poco? —interrumpió Gero—. Mi padre mandó la carta hace seis meses.

—¿Me dejas seguir? —preguntó Drasco, descontento por haber sido interrumpido.

Gero asintió sonriendo al darse cuenta de lo ansioso que estaba por probar la nueva arma. Mantuvo el dedo en la hoja mientras Drasco leía en alto. Habría sido más fácil que lo leyera él, pero su amigo no parecía dispuesto a permitírselo.

—La caja contiene el disco del guerrero. Es un arma diferente a todas las demás armas espirituales que hemos conocido, cualquier mago puede hacer uso de ella y no parece necesitar vincularse al mago para ser utilizada. Por ello, Rodrick siempre puso en duda que se tratase de un arma espiritual y aseguraba que era un artefacto mágico extremadamente complejo.

»Sin embargo, su uso viene con un precio. Aquel que la use perderá la capacidad de hacer magia mientras la tenga en su interior y durante las veinticuatro horas posteriores a dejar de usarla. —Drasco frunció el ceño al leer esas palabras. A pesar de depender más de sus capacidades de guerrero que de mago, Gero entendía que privarle de su magia le pareciese un defecto gigantesco—. A cambio de perder ese poder, su magia será convertida en una fuente de poder físico. Cuanto más poderoso sea el mago, mayor será esa fuerza.

Su enfado inicial desapareció rápidamente y dibujó una sonrisa de oreja a oreja.

—Parece que esté hecho para ti —rio Gero.

Drasco era un mago extremadamente poderoso. Sin embargo, cuando era muy joven se convirtió en un guerrero de sangre y a lo largo de los años había dejado de depender de su magia, ya que no tenía talento alguno para ello. Le costaba realizar conjuros complejos y solo era capaz de llevar a cabo sin recitar los más sencillos, lo cual limitaba sus capacidades como mago.

Drasco asintió y continuó leyendo.

—Para usarlo, deberás colocar el disco en el pecho y este será absorbido por el cuerpo. Una vez enlazado el disco, se podrá retirar del cuerpo en el momento en el que así se quiera. Su uso no tiene límite de tiempo siempre y cuando no se agote la reserva de magia, pero una vez retirado, no podrá volver a ser utilizado hasta pasadas veinticuatro horas. —Drasco terminó de leer y miró a Gero.

—¿Eso es todo?

Drasco le dio la vuelta al papel y asintió al comprobar que estaba en blanco.

—Eso parece.

—¿Cómo que no tiene límite de tiempo? —preguntó Gero extrañado—. ¿Qué pasa con tu reserva de magia mientras lo tienes colocado? ¿Dejas de generar magia?

Drasco se encogió de hombros y agarró el disco con curiosidad. No pasó nada.

—¿Lo quieres probar? —preguntó Gero.

—¿Tú qué crees? Llevamos meses esperando esto.

—No deberías ser tan impaciente…

—¡Corta el rollo! —interrumpió Drasco con una sonrisa mientras se dirigía al único armario que había en la sala.

Abrió la puerta, apartó las pocas prendas que poseían y posó su mano sobre el fondo. Un sello circular junto con otros más pequeños solapados a su alrededor se iluminó en el centro y, de pronto, el tablón trasero del armario se volvió translucido para dejar paso a una sala.

—¿Vienes? —preguntó Drasco.

—¿Hace falta preguntar?

Ambos jóvenes entraron y, al pasar, el acceso se cerró dejando a su espalda solo los sellos sobre la pared.

Era una sala de entrenamiento. A diferencia la sala de los guardianes que utilizaban en Novanta, esta era mucho más sencilla. Carecía de decoraciones, era muy pequeña y apenas tenía una docena de armas colocadas en un sencillo armero.

Los suelos y paredes eran de piedra clara. Resultaba bastante rugosa, lo que hacía que las caídas fueran dolorosas, pero también servía para evitar los resbalones. En el centro de la sala, había un maniquí fabricado con el mismo pésimo gusto que los que vio en Novanta: nariz gigantesca, orejas diminutas y ojos saltones. Resultaba desagradable mirarlo.

Los guardianes poseían unas cuantas rocas con propiedades especiales. Se colocaban en una pared y, al hacerlo, esta se fundía con ella y abría un portal a un espacio. Cada roca daba acceso a un espacio distinto y no sabían de dónde venían o quién las había creado. Eran antigüedades de una era mucho más avanzada que la actual.

Cada uno de estos espacios estaba regido por unas leyes propias. El de Novanta era capaz no solo de regenerarse de los daños, sino también de curar a los heridos. Este no era así. Seguía sirviendo para entrenar, pero había que ir con más cuidado.

La habilidad de esta sala en particular era modificar el tiempo percibido en el interior con respecto al exterior. Gero se había percatado de que el sello que formaba en la pared definía la distorsión de tiempo, pero eran sellos demasiado avanzados como para que se atreviese a modificarlo. Ahora estaba fijado a una semana en el interior por cada día en el exterior, aunque su padre le había asegurado al entregárselo que esa diferencia se podía ampliar mucho más.

Drasco se acercó al maniquí y se puso el disco en la palma de la mano, le resultaba pequeño comparado con sus inmensas manos. «Tiene miedo». Gero le miraba con curiosidad. Era raro verlo en ese estado.

—¿A qué esperas?

—Esta cosa me privará de mi magia durante al menos un día —susurró Drasco—. Intimida un poco.

Esa sinceridad le sorprendió. No esperaba que el orgulloso demonio tigre admitiese con tanta facilidad que tenía miedo. A veces, le resultaba difícil entenderle.

—Bueno, si tienes miedo, puedo probarla yo —se ofreció Gero con una sonrisa maléfica.

—¡No me toques las narices! —gruñó Drasco, fingiendo estar ofendido.

Gero rio y al parecer logró relajar un poco a su compañero.

—Bueno, estoy aquí por si pasa algo —le aseguró Gero.

Drasco sonrió, respiró hondo y se retiró la camiseta. Su cuerpo mostraba el aspecto que Gero le había otorgado en una ilusión permanente. Su padre le había enseñado a realizar ilusiones y a fijarlas mediante un sello en objetos, animales o personas para no tener que estar concentrado en la ilusión todo el tiempo. Era útil para ocultar el hecho de que ambos eran demonios en un reino en el que se convertirían en enemigos públicos si la gente supiese lo que son.

Drasco ocultaba bajo la ilusión su aspecto de demonio tigre imperial, pero conservaba su tamaño. Al fin y al cabo, seguía siendo una ilusión y si lo hiciese más pequeño, alguien podría descubrir el engaño si se acercaba. Por ello, a excepción de retirar los indicios de que era un demonio, había mantenido el resto de los rasgos. Era gigantesco. Su musculatura estaba tan marcada que parecía inhumana. Gero sintió cierta envidia al verlo, pero ya se había acostumbrado.

El grandullón se acercó el disco al pecho. Este se adhirió a la piel y la joya transparente se volvió negra en un instante. Brillaba como las joyas de un lector de elementos. Tras eso, el disco se

introdujo en la piel hasta desaparecer. Drasco se llevó la mano al pecho asustado.

—¿Notas algo? —preguntó Gero.

—No noto que esté ahí, pero al mismo tiempo siento que lo está. —Drasco se palpaba el pecho buscando indicios del disco—. Además, tengo la sensación de que podría ordenarle que salga.

—¡No lo hagas, o no podrás usarlo hasta mañana!

Drasco asintió y levantó la mano con la palma hacia arriba. Cerró los ojos y al rato frunció el ceño.

—¿Notas algo más? —insistió Gero.

—No puedo crear un orbe. Ni siquiera siento mi magia dentro de mí —se quejó—. Resulta muy desagradable.

—Bueno, pero intenta algo. —Sin darse cuenta, Gero estaba tan ansioso como él.

Las armas espirituales le resultaban fascinantes, pero esta que tal vez ni tan siquiera lo fuese más todavía. No sabía cómo se forjaban las armas espirituales, pero sabía que los artefactos mágicos en la actualidad eran creados por expertos en sellos. Eso quería decir que, si esto resultaba ser realmente un artefacto mágico como aseguraba Rodrick, tal vez algún día podría crear algo parecido. Esa idea le resultaba incluso más atractiva que poseer un arma espiritual.

Sin embargo, eso no significaba que de tener la ocasión de conseguir una, no hiciese todo lo que estuviese en su mano para obtenerla. Un mago mediocre como él con un arma espiritual aumentaría considerablemente su poder, pero sabía que la única de los guardianes que tal vez podría haberle servido era la de su padre y, mientras esta estuviese vinculada a él, Gero no podría usarla.

Drasco abrió los ojos y miró al maniquí. Comenzó a dar pequeños saltos para calentar y frunció el ceño al hacerlo.

—¿Qué pasa? —preguntó Gero.

—Mi cuerpo… —respondió continuando con su calentamiento—... es muy ligero.

—Puedes…

Gero fue interrumpido sin acabar la frase. Drasco intentó saltar con un poco más de fuerza y se estrelló contra el techo. El estruendo fue terrible y este cayó al suelo, donde quedó con una postura antinatural.

—¡¿Pero qué haces, animal?! —gritó Gero mientras corría hacia él.

—Vaya trompazo me he dado —gruñó Drasco, levantándose.

Gero rompió en carcajadas al darse cuenta de que no se había hecho daño.

—Eres más resistente —dijo Gero.

—Apenas he notado el golpe —se sorprendió Drasco—. Y no he hecho mucha fuerza al saltar. Es difícil de controlar.

—Interesante.

Ambos sonrieron y miraron con expectación al maniquí. No necesitaron hablar para saber lo que estaba pensando el otro.

Drasco estiró los brazos por encima de la cabeza y luego relajó el cuerpo. Se colocó con las rodillas ligeramente flexionadas y se preparó para asestar un puñetazo.

Tensó los músculos y su brazo voló contra el muñeco. Apenas se vio el brazo moverse antes de golpearlo en el pecho. Se escuchó un crujido y el maniquí explotó en mil pedazos. Fragmentos de este volaron por toda la sala y Drasco salió despedido hacia delante debido al impulso al atravesarlo.

«No puede ser». Gero miró atónito cómo un maniquí teóricamente indestructible se había desintegrado ante sus ojos.

7. Grogo

Grogo caminaba nervioso, mesándose la barba, de un lado al otro de la sala. Esta, aunque todavía no había recuperado su longitud anterior a la batalla en el palacio, lucía espesa y arreglada en su rostro.

—Esto no está bien —dijo contemplando las paredes recién pintadas de uno de los salones del duque.

Aunque se tardaría años en reparar todo el daño ocasionado en la ciudad, el palacio había sido reparado casi por completo. No obstante, el nuevo gobierno resultaba mucho más austero que el del duque. El palacio carecía de cuadros y telares como los que tuvo en el pasado. Los habían vendido todos para financiar la reconstrucción del edificio. Aun así, se encontraba a solas con Vera en una sala del ala opuesta a donde ocurrió la mayoría de la acción, por lo que, a excepción de algunos daños provocados por los saqueos, no habían sufrido excesivos desperfectos y todavía se podía disfrutar de los elaborados frescos que cubrían las paredes.

—Los rumores se han extendido —informó Vera—. La gente sabe que se acerca un ejército y se han quedado. Se han quedado por ti.

—¡Pero si no saben quién soy!

—Tú como persona eres irrelevante. Eres tú como símbolo, el salvador.

—Se os ha ido la cabeza a todos. —Grogo negaba con la cabeza mientras daba vueltas sobre sí mismo—. ¿Te estás oyendo? ¿Salvador? Me destrozaron en esa batalla. Tardé casi un mes en recuperarme por completo.

Sabía que cualquier otro mataría por recuperarse a esa velocidad de las heridas que sufrió en la batalla. Recibió un impacto directo de una explosión creada por un mago de fuego que realizó el sacrificio mágico. Esto era un ritual que permitía a un mago utilizar toda su magia en un instante. Le otorgaba un poder abrumador, pero podía morir en el proceso o quedar incapacitado para usar magia el resto de su vida.

Existían pocos capaces de sobrevivir a un enfrentamiento así, pero para él era algo inaudito haber tardado tanto en sanar. Era muy consciente de lo cerca que estuvo de la muerte ese día y no creía merecer ser alabado de esa forma.

—Bueno, salvaste la vida a una multitud y luego detuviste al duque.

—No empieces con eso. —Grogo se frotaba la frente. Le agobiaba la situación. No soportaba las mentiras o llevarse el mérito de otros—. Todavía no sé de dónde narices salió eso de que maté yo al duque.

—La gente necesitaba esperanza. —Vera hablaba con total tranquilidad, haciendo que todo pareciese de lo más normal—. Algo en lo que creer.

—¿Y yo era la mejor opción? —bramó Grogo—. Esto es de locos. Estáis todos como cabras.

Iba y venía por la sala, no podía estarse quieto. No salía mucho del palacio por miedo a que alguien le reconociese, pero esas paredes empezaban a asfixiarle y la situación no ayudaba. Echaba de menos su taberna.

—Era la opción más lógica.

—¡Menudo disparate! El otro día escuché a una mujer rezando para que bendijera a su hijo —gruñó Grogo—. ¿Qué tiene de lógico eso?

—¿Y lo hiciste? —Vera trató de mostrarse seria al decirlo, aunque una mirada fulminante por parte de él hizo que soltara una sonora carcajada.

—¡No te rías!

—Perdóneme, mi señor —se burló Vera haciendo una reverencia.

—Tenemos que parar esto. Ya.

Grogo se asomó por el ventanal y contempló decenas de personas paseando en pequeños grupos por los jardines. Hombres y mujeres con trajes elegantes se mezclaban con gente con ropajes humildes, pues desde la caída del duque los jardines del palacio se habían abierto a toda la ciudad. Era una visión curiosa, pero no le desagradaba en absoluto.

Algunos guardias con uniformes grisáceos estaban apostados en la muralla del palacio, que había sido reconstruida en su mayoría. A pesar de ello, resultaba bastante evidente qué lugares habían sufrido daños, ya que se habían parcheado con prisa y sin darle importancia a la estética de la reparación.

Por otra parte, la mayoría de los guardias patrullaban la muralla oeste y los mercados de la ciudad. Era la única forma de mantener el orden en una ciudad agitada por la perspectiva de la guerra. Estos estaban formados por una pequeña parte de la guardia de Agner, aquellos que no quisieron participar en la represión del pueblo durante la revuelta y ciudadanos comunes. Por lo tanto, su capacidad de mantener el orden en la ciudad resultaba insuficiente. La tensión se palpaba en todos sus rincones y los robos y la violencia estaban a la orden del día.

Vera se acercó a Grogo y le abrazó por la espalda; él seguía contemplando con preocupación la ciudad. Su experiencia cercana a la muerte los había unido más que nunca. Al fin, ambos se habían dado cuenta de que habían estado perdiendo el tiempo durante años.

—No creo que sea la mejor opción —replicó Vera—. La gente sabe que se acerca un ejército y les ofreces tranquilidad.

Grogo se apartó. Ese era el problema, pero nadie parecía verlo; o si lo veían, parecían ignorarlo.

—Pero es un fraude —respondió Grogo—. No podré protegerlos a todos.

No quería ser el responsable de todas esas vidas y menos aún, sabiendo el futuro que les esperaba. Si juntaba a todos los de la ciudad que pudieran luchar, apenas sumaban treinta mil personas y era perfectamente consciente de que no todos se quedarían. Desde el oeste, el ejército de Auten que se acercaba duplicaba esa cifra. Además, era sabido que otro ejército avanzaba también desde el sur para sumarse a la batalla, cuyo número era todavía mayor. No iban a poder defender la ciudad.

—Esa labor no te corresponde a ti. —Vera se acercó y le agarró la mano—. Nadie te está pidiendo eso.

Grogo bufó frustrado. Alzó la vista y cerró los ojos.

—¿Y quién se supon…?

—Para eso se formó un gobierno —interrumpió Vera—. Esa es su obligación. No la tuya.

—Son un puñado de idealistas que hablaban de rebelión en tabernas. —Grogo se entristeció—. No están preparados para lo que viene. Ni siquiera habrían tenido el valor de movilizarse contra el duque si no les hubieras instigado. —Suspiró y miró a su compañera—. Tal vez hubiera sido mejor no hacerlo. Ahora estarían a salvo.

Vera le agarró la mano y la apretó con cariño.

—Eres un buen hombre. —Le miró a los ojos y le besó en los labios.

Grogo saboreó ese momento y notó cómo se calmaba. El olor de su cabello, sus labios y su voz siempre tenían ese efecto sobre él.

—¿Qué vamos a hacer? —susurró.

Fue una pregunta dirigida más a sí mismo que a Vera, pero esta habló sin ni siquiera pensárselo.

—¿Has considerado la opción que te ofreció Borian?

Grogo se sorprendió, dio un paso atrás y frunció el ceño. Borian pertenecía al gobierno formado tras la caída del duque como uno de sus once miembros. La mayoría lo formaban los dirigentes del movimiento que se había opuesto al reinado del duque y Borian había sido uno de ellos. Además, se había ganado el favor del resto del grupo gracias a su dedicación a la ciudad.

—Así no funcionamos los guardianes —replicó—. Convertirse en un personaje público nos convierte en una diana. Por eso Barick ocultaba su identidad.

—Igual va siendo hora de cambiar eso —desafió Vera—. ¿Qué hemos conseguido en todos estos años?

—Los guardianes deben permanecer ocultos. Es lo que nos ha mantenido a salvo tantos años —insistió Grogo.

Sabía que solo usaba el anonimato de los guardianes como excusa. Además, varios miembros del gobierno que se formó tras la caída del duque pertenecían al grupo de personas que lo rescataron del campo de batalla. Era solo cuestión de tiempo que su identidad se hiciese pública.

—Entonces mata a todo aquel que sabe quién eres —advirtió Vera—. Varan no estuvo para borrar sus recuerdos y ahora ya sería demasiado tarde para hacerlo sin dañar sus mentes. Cada día que pasa, más se acerca el día en el que saldrá a la luz. Sabes que pasará.

—Pasará lo que tenga que pasar —respondió Grogo sin inmutarse por la drástica sugerencia de Vera. Conocía demasiado bien su carácter tajante—. De todos modos, ambos sabemos que no valgo para ser rey.

—¿Ambos? —cuestionó Vera—. ¿Quién crees que sería mejor opción que tú?

Grogo se extrañó al ver la reacción de Vera. No entendía a qué venía esa pregunta, ya que la respuesta le parecía obvia. Se limitó a encogerse de hombros y responder.

—Supongo que alguien como Borian. —Grogo sentía gran agradecimiento por el hombre que le rescató y escondió tras ser herido durante la batalla contra los magos del duque. El hombre que había guardado su secreto y que había organizado las labores de reconstrucción después de la batalla.

—Borian no quiere ser rey —comentó Vera.

—¡Y yo tampoco! —exclamó Grogo irritado.

Vera se rio y se apoyó en el ventanal a observar el movimiento de la gente. Grogo la imitó. Era un día excesivamente cálido a pesar de que el verano estaba llegando a su fin.

—¿Por qué crees que no serías un buen rey? —insistió Vera.

Grogo se fijó en la estatua que había en el centro de la plaza. La habían construido en honor a uno de los hombres que empezó esa revuelta. Era una pequeña estatua de un anciano, de pelo largo y mirada amable. Se llamaba Jeff y habría deseado conocerlo. Tal vez él habría sido el rey que la ciudad necesitaba.

«¿Qué hace bueno a un rey?». Una imagen se formó en su cabeza. La imagen de Barick paseando por las calles de Fienar antes de convertirse en un espectro, rodeado de su pueblo y con una sonrisa en el rostro.

Fue a hablar, pero las palabras se atragantaron en la garganta al recordar a su querido amigo. Se encogió de hombros sin saber muy bien qué excusa poner.

—Te apoyaré en lo que decidas —aseguró Vera—. Todavía tienes tiempo para tomar una decisión, pero cuanto más te esperes, más caótica será la situaci…

En ese momento, Vera, que se encontraba mirando por la ventana, la abrió de par en par y saltó desde el cuarto piso en el que se encontraban. Grogo se asomó sin saber muy bien qué estaba sucediendo y la vio.

Una joven acababa de entrar al recinto del palacio, estaba cubierta de sangre y daba tumbos, caminando con dificultad. La gente observaba curiosa, pero solo un guardia se acercó a ayudar.

«¿Quién…? —No la reconoció al principio—. ¿Celia?».

Por la reacción de Vera, debía serlo.

8. TEILAN

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Owen.

—Estoy hecho polvo —gruñó Teilan—. Me duele todo.

Sentía su cuerpo débil, una fuerte sensación de abstinencia le quemaba las venas y cada paso que daba le provocaba un hormigueo desagradable que le subía desde los pies hasta los muslos.

—No llores tanto. Llevas más de una semana sin hacer nada.

Ambos se encontraban en la entrada de una pequeña taberna, con las mochilas a la espalda y preparados para continuar su viaje. Teilan llevaba atado al cinturón un pequeño bastón que apenas tendría cuarenta centímetros de largo. Lo miró preocupado.

—¿Todavía no puedes controlarla? —preguntó Owen.

—Hace lo que quiere —admitió Teilan—. Ni siquiera he sido capaz de devolverle su forma original. Desde que me aceptó, adoptó forma de bastón y así se ha quedado. ¿Cuándo empezará a obedecerme?

Debía admitir que estaba preocupado. Se decía que un mago podía utilizar los poderes de un arma espiritual en el momento en el que el arma le aceptaba. Una vez se formaba la conexión entre ambos, pasaban a ser uno. Sin embargo, algo iba mal con la suya. Cerró los ojos un instante, ni siquiera lo hizo de forma consciente. Simplemente sintió que era lo que debería hacer.

«¿Es por lo que soy?», pensó, y sin darse cuenta, posó la mano sobre el bastón.

De pronto notó que vibraba ligeramente. Sintió una conexión con el arma y su mente divagó durante un instante hasta que apartó la mano asustado. Era la primera vez desde hacía meses que reaccionaba. Miró a Owen confuso, pero este no parecía haberse percatado.

—El hecho de que puedas llevarla sin que te consuma significa que te ha aceptado —replicó Owen —. Tal vez sea cuestión de tiempo. No deja de ser un arma espiritual de primera categoría. He oído historias de que las armas espirituales tienen voluntad propia y que cuanto más poderosas son, más fuerte es la voluntad de estas.

—¿Insinúas que me está ignorando?

—Podrías intentar hablar con ella —se burló Owen en la puerta de la taberna. Una vez se incorporasen a la calle, sería peligroso hablar de estos temas—. Tal vez te responda.

De nuevo lo decía en broma, pero en ese momento no le pareció algo tan descabellado a Teilan. Posó la mano sobre el bastón nervioso.

«¿Me has oído?», preguntó, pero esta vez no reaccionó.

¿Qué había sido eso? ¿Una coincidencia? No creía que existiesen, pero no fue capaz de hacerla vibrar de nuevo. Trató de concentrarse en el bastón y enviar sus pensamientos, aunque no sabía muy bien cómo hacerlo y Owen, al ver que no hablaba, dio la conversación por concluida. Le dio una palmada en el hombro y comenzó a caminar calle abajo. Teilan se dedicó a seguirle tratando de hablar con su arma.

—No te quedes mirándola o llamarás la atención —advirtió Owen.

Teilan asintió y miró al frente sin dejar de intentar comunicarse con el bastón. Era el arma de su verdadero padre, el Rey Demonio, pero eso no garantizaba que le fuese a aceptar; solo aumentaba

las posibilidades. Le produjo una gigantesca satisfacción la primera vez que la agarró y esta no le rechazó. Se había convertido en un tesoro para él y estaba ansioso por ser capaz de utilizarla.

La llamaban «la lanza del rey» y tenía la capacidad de adoptar la forma que quisiese. Teilan había esperado que tuviese una habilidad más espectacular considerando lo famosa que era, pero no iba a despreciarla por ello. Sabía que la mayoría de los magos jamás poseían una y se sentía muy afortunado de tenerla.

Caminaron hacia el exterior de Ódise, la ciudad de Dierin más cercana a Novanta. Era un lugar poco acogedor. A diferencia del centro, que había sido reconstruido y ocupado por las tropas de Jadea y algunos mercaderes y buscafortunas, la periferia mostraba un aspecto deprimente. A pesar de las labores de reconstrucción, había áreas enteras arrasadas y la gente vivía en precarias chabolas que apenas podían mantener secos a sus habitantes. Las lluvias eran constantes en aquellas tierras, por lo que proliferaban las enfermedades entre la población local.

La intención de Teilan había sido viajar hacia el norte para averiguar más cosas acerca del ser que estaba en su interior. De si existía alguna forma de evitar que se fundieran en uno o, en caso contrario, de sacarlo de su cuerpo. Nunca quiso quedarse en Ódise tanto tiempo, pero su obsesión por dominar la unión con el espectro había hecho que viajar se volviese imposible al tener que lidiar constantemente con la abstinencia que le producía cada vez que intentaba usar ese poder.

No tardaron en llegar a una de las avenidas principales. A pesar del tiempo que habían pasado allí, a Teilan todavía se le revolvía el estómago cuando veía cómo eran tratados los suyos en aquella ciudad. Esclavos demonios llevados a la más absoluta miseria llenaban las calles. Estaban sucios, famélicos y cubiertos de heridas. No todos llevaban marca de esclavo, aunque, por lo que sabía, la mayoría la imploraban.

Aquellos con la marca de esclavo solían pertenecer a una persona adinerada capaz de financiar dicha marca. Cualquier noble cuidaba de su ganado, pues es lo que se les consideraba. A ojos de sus dueños eran poco más que bestias. El resto se limitaba a sobrevivir. Tras más de una década, ese había sido el resultado de una de las guerras más sangrientas de la historia y aquellos hombres, mujeres y niños pertenecían al bando perdedor.

—No hagas eso —susurró Owen con la mirada distraída.

Teilan se había quedado mirando con odio a un joven noble que llevaba atadas a un par de jóvenes mujeres por el cuello como si fueran animales. Tenían rasgos completamente humanos a excepción de un par de pequeños cuernos de venado. Eran idénticas, debían ser gemelas.

—No es necesario —dijo Teilan frustrado—. Mira sus ojos, esas correas son solo para humillarlas.

Las jóvenes tenían los ojos grises claro, casi blancos. Eso era la muestra inequívoca de que tenían colocado el sello de esclavo y que las correas respondían a algún tipo de juego de dominación enfermizo de un joven noble.

—Tenemos problemas mayores. —Owen ignoró lo que sucedía, agarró del hombro a Teilan y lo arrastró para continuar.

«Problemas mayores…».

Su mente divagó un instante. Sabía que tenía razón, pero no podía dársela. Notó entonces de nuevo como vibraba su arma espiritual, pero esta vez no apartó la mano. Trató de comunicarse con ella, pero no parecía reaccionar a sus pensamientos.

—¿Qué pasa? —preguntó Owen entre susurros. Teilan se había quedado congelado en el sitio—. ¿Por qué te paras? No debemos llamar la atención.

No contestó. Había cerrado los ojos y trataba de sentir algo. No quería desaprovechar la oportunidad. La vibración se había detenido, pero percibía una lejana sensación de que, por primera vez, conectaba realmente con el arma. Parecía tan ansiosa por intervenir como él.

Abrió los ojos de nuevo y miró a su alrededor. La calle estaba abarrotada de gente. No era una buena idea.

—¡Maldita inútil! —aulló el joven noble, devolviendo a Teilan a la realidad—. ¡Levántate! ¡He dicho que te levantes!

La joven había tropezado y caído. Estaba sudando y le costaba respirar.

—Necesita agua —dijo Teilan mientras se arrodillaba para intentar ayudar a la esclava.

No tardó en darse cuenta del gravísimo error que acababa de cometer. Owen se separó de él y se mezcló con la gente. Actuó con total naturalidad al hacerlo y nadie pareció percatarse de que iban juntos.

—¿Y quién se supone que eres? —gruñó el joven—. ¿Quién te crees que eres para decirme cómo debo tratar a mi esclava?

«Mierda, es un noble de alto rango».

Debía serlo, pues otro habría tanteado primero a Teilan para saber quién era. Owen y él vestían ropa que, aunque no era la más elegante, era de alta calidad. Eso los diferenciaba de los ciudadanos comunes de Dierin. Les permitía pasar por nobles en la mayoría de los casos, pero por la postura que había adoptado, ese joven estaba convencido de que cualquiera con el que se encontrase estaba por debajo de él.

La mayoría de los presentes comenzaron a alejarse, nadie quería inmiscuirse en una pelea entre nobles. Teilan comprobó que Owen se había quedado entre aquellos más curiosos; preparado para atacar en caso de que la cosa se pusiese fea.

—Solo decía que parece necesitar agua —explicó Teilan con voz amistosa—. No quería meterme donde no…

—Te he hecho una pregunta —interrumpió el noble—. Dime quién eres.

El joven entregó las correas a uno de sus guardias y se acercó un poco a Teilan. El resto de los guardias le rodearon con la mano sobre sus respectivas armas. Eran cuatro y todos llevaban un uniforme rojo llamativo con un escudo en forma de pluma bordado en el pecho. Eran todos hombres de mediana edad. Por sus miradas, experimentados guerreros. Era incapaz de saber si había algún mago o guerrero de sangre entre ellos, pero estaba tranquilo. Le resultaba difícil pensar que alguien con la habilidad de hacerle daño fuese niñera de un joven malcriado.

—Teilan —respondió sin pensarlo—. No quería molestar, ya me voy.

«Creo que esto no le va a gustar».

Miró a Owen y este le devolvió la mirada furioso. Sabía que no debía haber dado su nombre verdadero. Su compañero estaba obsesionado con el anonimato. Según él, debían cruzar todo el reino sin que nadie se percatase de su presencia. No era necesario destacar que no había empezado con buen pie.

Se giró para marcharse, pero no tardó en frenar sus pasos.

—¡¿A dónde te crees que vas?! —gritó el joven. Su voz sonó muy aguda, revelando su temprana edad.

A pesar de su elegante vestimenta y sus aires de líder, el joven apenas tendría catorce años. Su blanca piel y su rubia melena perfectamente peinada daba a entender que pasaba poco tiempo fuera

de los palacios.

—Disculpe, mi señor —respondió Teilan—. Pensé que habíamos terminado de hablar. No creía que una disputa por un par de esclavas tuviese tanta importancia.

Trató de parecer arrogante a la hora de hablar de las esclavas, pero al mismo tiempo respetuoso con el joven noble. Apretó los dientes. Odiaba tener que hablar así. A pesar de existir hombres libres en Dierin, el reino se había llenado de caciques con mucha influencia y estos actuaban a placer con la gente en su territorio sin importar si eran esclavos o no.

Por cómo se comportaba, debía de ser heredero de algún territorio. Era importante tratar con él desde una posición de fuerza sin llegar a ofenderlo. No quería que la cosa se escalase, ya que, a pesar de que no temía el poder del hombrecillo que tenía delante, no quería llamar la atención de aquellos que sí que pudiesen suponerle un problema.

El rostro del joven se relajó. Miró a su alrededor y comprobó que todos los presentes bajaban la mirada cuando sus ojos se posaban sobre ellos. Sonrió orgulloso y centró su atención sobre Teilan.

—Cogedle —ordenó a sus hombres para sorpresa de todos—. Merece un castigo ejemplar.

—Pero, señor… —protestó Teilan, aunque sabía que sería inútil. Lo iba a usar para alimentar el miedo y el respeto entre la población.

Tres guardias desenvainaron sus armas y empezaron a acercarse a Teilan. El otro se quedó junto al noble. Su primer instinto fue usar magia, pero no lo hizo. Notó que su arma vibraba una vez más. Quería ser utilizada y él llevaba mucho tiempo ansioso por hacerlo.

—¿Está seguro de que no quiere retirar esa orden? —preguntó tranquilo ignorando a aquellos que lo rodeaban y mirando fijamente al joven noble.

Sus ojeras y sus marcadas facciones causadas por la delgadez le daban un aspecto imponente. Tenía una pequeña barba morena cubriendo su rostro que, junto con su pelo largo desordenado, le daban un aspecto salvaje.

—¿Me estás amenazando? —inquirió el joven noble. Trató de parecer confiado, pero le tembló la voz.

—Un dragón no amenaza a su presa —respondió Teilan.

Respiró hondo, tratando de no perder el control del espectro. Sintió cómo sus venas ardían, pero podía contenerlo. Se había propuesto no depender de ese poder durante una temporada y necesitaba evitarlo para hacer el viaje que tenían previsto. El joven noble se puso rojo e hizo una mueca extraña. Parecía ser la primera vez que alguien le había hablado así.

Teilan desenfundó su arma. El pequeño bastón se transformó rápidamente en una espada corta. La miró sorprendido. Había pensado en una espada porque devolverla a su forma original sería demasiado llamativo y eso podía ser peligroso. Sin embargo, tampoco esperaba que obedeciese considerando que hasta la fecha, el arma había hecho lo que había querido.

—Es un arma espiritual —avisó uno de los guardias—. Tened cuidado.

—¡Quiero esa espada! —decidió el noble, que dio unos pasos atrás al darse cuenta de que iba a comenzar el combate.

Teilan abrió la otra mano y un orbe de fuego se generó a su voluntad. Era de un color rojo intenso. Sabía que sus llamas negras no debían ser usadas en público.

—Es vuestra última oportunidad —gruñó. Su voz sonó ligeramente distorsionada. Miró a Owen, este estaba tranquilo vigilando al resto del público por si había algún guardia adicional escondido. Le

preocupaba que sus ojos pudiesen cambiar de color, pero Owen asintió indicándole que podía continuar.

—¡Atrapadle! —aulló el joven—. ¿A qué estáis esperando?

Antes de que terminase la frase, Teilan lanzó el orbe al aire y este se quedó flotando sobre él. Actuaría en caso de que su vida corriese peligro y le daría la oportunidad de probar al fin el arma de su familia.

Se abalanzó contra uno de los guardias. Este bloqueó la espada de Teilan con facilidad. Demasiada tal vez. Otro de los guardias le atacó por el costado y pudo esquivarlo por los pelos. Retrocedió un par de pasos mientras los demás lo rodeaban. Su espada vibraba, parecía no estar conforme con su actuación. No la culpaba. Él mismo tampoco lo estaba, pero notaba su cuerpo tan pesado que solo moverlo le suponía un inmenso esfuerzo.

En ese momento empezó a darse cuenta del punto en que sus transformaciones le habían afectado. Había asumido que una vez pasase la abstinencia volvería a ser él, pero empezaba a entender que tal vez no fuese el caso.

Los otros dos comenzaron a atacarle mientras el último seguía junto al noble. Debía de ser el más fuerte, no se apartaba del joven y parecía confiado en poder defenderlo solo.

Teilan bloqueaba desesperado mientras retrocedía. No tenía tiempo de atacar, solo podía defenderse, recibiendo algún corte de tanto en tanto. Owen fue a incorporarse a la pelea, pero cuando Teilan se percató, gritó:

—¡No lo hagas!

Por primera vez notaba la conexión con su arma y no quería que acabase. Una idea parecía formarse en su mente, aunque era huidiza y se mantenía justo fuera de su alcance. Como si estuviese tratando de recordar algo que tuviese en la punta de la lengua. Sin poder recordarlo, pero también incapaz de olvidarlo.

Conforme luchaba, sus movimientos se volvían más veloces. Su cuerpo, entumecido por la tortura a la que lo había sometido los últimos meses, parecía recuperar sus fuerzas. Su conexión con el arma se fortalecía y entonces lo vio claro. Hasta el momento, aunque el arma hubiese sido vinculada, parecía ignorarle por completo. Solo ahora, tras días sin utilizar el poder del espectro, había reaccionado. No podía ser una coincidencia.

Sin darse cuenta de cómo, comenzó a devolver algún golpe. La instrucción de Celia daba sus frutos y su cuerpo parecía recordar poco a poco cómo moverse. Estos hombres no le llegaban ni a la suela de los zapatos a su amiga.

Atacó al que tenía más cerca. Este trató de bloquear con su propia espada, pero quedó destrozada al ser golpeada por el arma espiritual. Los movimientos de Teilan se volvieron más rápidos y más pesados. Bloqueaba y asestaba golpes a gran velocidad. Tal vez incluso demasiada, considerando que no era un guerrero de sangre, pero no era el momento de pensar en ello.

Uno de sus adversarios se abalanzó sobre él por la espalda. Teilan saltó hacia un lado y aprovechó para rajarle la pierna. El hombre cayó y comenzó a sangrar de forma abundante mientras se retorcía de dolor en el suelo. Había sido un corte lo suficientemente profundo como para incapacitarle por el momento.

Con un enemigo menos, los otros dos no tardaron en desmoronarse. Teilan atacó a uno de ellos lanzando un corte vertical. Sin embargo, para sorpresa de este, que intentó bloquear con su propia espada, Teilan evitó el impacto al convertir su arma en una daga. Esta pasó por debajo de la espada

que trataba de bloquearle y la hundió en el pecho de su adversario ante la mirada incrédula del individuo, que parecía no comprender lo que había sucedido.

Después, lo empujó hacia atrás y recuperó su arma. Solo quedaba uno y el que se había quedado junto al noble.

—¿A qué esperas? —gritó el noble al guardia que tenía junto a él—. ¡Mátale!

Este asintió y se lanzó contra Teilan. Era rápido. Un mago de aire capaz de potenciar sus movimientos con magia. Por suerte, el orbe que había creado antes Teilan reaccionó para protegerle y salió despedido contra el mago, quien lo esquivó con facilidad y el orbe se estrelló contra el edificio que tenía detrás. Destrozó la puerta de entrada y la explosión hizo que los pocos curiosos que se habían quedado para contemplar el combate saliesen corriendo despavoridos.

Mientras tanto, aquello retrasó lo suficiente al mago como para que Teilan tuviese tiempo y creara un segundo orbe con una mano mientras le lanzaba la espada a su contrincante con la otra. El mago esquivó la espada asustado al no saber exactamente el alcance de los poderes del arma. Era uno de los mayores riesgos de enfrentarse a alguien que poseía un arma espiritual. No conocer sus poderes le colocaba en una posición muy desfavorable y Teilan había decidido aprovecharse de ello.

La espada cayó al suelo y no hizo absolutamente nada, pero Teilan logró alcanzar al mago con el segundo orbe gracias a esa distracción. La explosión del impacto le arrancó uno de los brazos haciéndole caer al suelo y miraba atónito sin comprender lo que acababa de pasar.

Debido a la confusión, el otro guardia se quedó congelado y Teilan aprovechó para recuperar su arma. La agarró con las dos manos y la convirtió en un mandoble con el que le cortó la cabeza. El arma le obedecía a la perfección y se sentía eufórico. Por primera vez, se percató de que tal vez Owen tuviera razón y debiera depender menos de ese poder podrido.

Miró a su alrededor. Del público solo quedaba Owen y un par de hombres muertos junto a sus pies. Al parecer, el joven noble tenía algunos hombres mezclados entre la multitud. A Owen se le daba bien detectar esas cosas.

—¿Qué…, qué…? —balbuceaba el noble mientras caminaba hacia atrás, aterrado.

El mago que había perdido el brazo estaba completamente pálido. Estaba de rodillas y le salía sangre por la boca. No sobreviviría. Teilan se acercó y de una patada lo apartó de su camino mientras se dirigía hacia el noble. Caminaba con una sonrisa en la cara.

—¡No puedes hacerme daño! —aseguró—. ¿Es que no sabes quién…?

No terminó la frase. Teilan creó un orbe de fuego en su mano y lo lanzó contra él. Este atravesó su pecho ante la asombrada mirada del noble que vio cómo su vida se escapaba.

9. GERO

La gente se congregaba en la plaza frente al auditorio de Lantalos. Todos estaban ansiosos por ser aceptados en la más prestigiosa academia militar del reino. Drasco y Gero se habían apuntado hacía unos días a la convocatoria y esperaban pacientemente su turno para subir a uno de los escenarios que se habían montado en la plaza.

Había diez pequeñas plataformas repartidas por toda la plaza y dos grandes en el centro. Construidas en madera y reforzadas mediante sellos mágicos, se alzaban a un metro de altura para que todos alrededor pudieran ver lo que sucedía. En torno a la plaza, se habían montado gradas que actualmente estaban repletas de curiosos que habían venido a ver el espectáculo.

Todos los candidatos hacían una única cola y conforme iban entrando, eran asignados a un escenario donde se les realizaba una prueba con un lector de elementos. Posteriormente, en caso de no ser un mago, hacían una prueba de fuerza para verificar si eran guerreros de sangre.

—Pues estoy nervioso, ¿eh? —dijo Drasco.

Sudaba y se giraba alterado cada vez que algo lo sobresaltaba, lo que, considerando el alboroto que había en la plaza, era cada pocos segundos. A su favor había que decir que no era el único nervioso. El ambiente era tenso entre los aspirantes.

—Tranquilo, irá bien —respondió Gero, tratando de parecer tranquilo.

—Pero…

—Irá bien —cortó. Estaban llamando demasiado la atención.

—No sé qué necesidad hay de hacer la primera prueba delante de todo el mundo —gruñó Drasco.

«Pasar desapercibido con esta bestia de tío al lado lloriqueando va a ser un problema».

Gero pensó lo mismo el día que se apuntaron. Sin embargo, viendo la multitud que había atraído, todo cobró sentido. Los reclutamientos servían para activar la economía de la ciudad. Obligaba a la gente a quedarse hasta la fecha señalada y después creaba un espectáculo durante los días de las pruebas.

Se fijó en una pequeña grada que había al fondo de la plaza, junto al auditorio. Allí, una treintena de hombres y mujeres observaban con curiosidad las pruebas. Eran los profesores de la academia que habían sido enviados para supervisar el proceso y, en caso de que hubiera un aspirante destacable, poder reclutarlo.

Parecían distraídos charlando entre ellos, pero su padre le había advertido que tuviera mucho cuidado. Todos y cada uno de ellos habían demostrado su valía en combate o como eruditos, algunos incluso en ambos campos. No se podía dejar llevar por la apariencia inofensiva de algunos de ellos.

Respiró hondo y procuró no pensar en ello. Eran los siguientes, así que, por suerte, se decidiría todo pronto. Drasco ya se había colocado por la mañana el disco tras hacer una serie de pruebas los últimos días. Por suerte, había llegado a tiempo para esa convocatoria. De lo contrario, se tendrían que haber esperado cuatro meses hasta la siguiente.

En esos momentos, haciendo cola ante aquella multitud, Gero empezó a dudar si no se habrían precipitado. Lo cierto era que habrían agradecido tener un poco más de tiempo para practicar con el

uso del disco. Drasco, aunque había mejorado, todavía no dominaba su fuerza al usarlo.

—¡Siguiente! —gritó un hombrecillo calvo y bajito.

Estaba sentado en una pequeña mesa con tres gruesos libros apilados. Estos recogían la información de cada candidato.

Ambos se miraron y Drasco se adelantó.

—¿Número? —preguntó el hombre sin levantar la cabeza de los libros.

—Novecientos seis —respondió mientras desenrollaba un pequeño documento que le habían entregado hacía unos días.

El hombrecillo abrió uno de los libros y buscó durante un instante.

—¿Drasco Virin?

—Correcto —aseguró Drasco.

Habían decidido mantener sus nombres reales e inventarse los apellidos. Eran nombres bastante comunes, por lo que no debía haber ningún problema.

—Segundo escenario a la derecha —ordenó el hombre.

Gero hizo intención de acercarse, sin embargo, el hombre le hizo un gesto con la mano para que se esperase. Todos los escenarios estaban completos, así que aprovechó para ver cómo le iba a Drasco.

Este se subió al escenario y una mujer joven le indicó que pusiera la mano sobre el lector. Cada escenario tenía un lector de elementos a un lado y una roca creada por un mago de tierra al otro. Era el momento de la verdad. Drasco dudó. Miró a Gero, respiró hondo y posó su mano sobre el artefacto.

Gero se preparó para lo peor. Estaban rodeados de enemigos, por lo que tendrían que correr en caso de que el lector leyese que era un mago oscuro. Incluso habían preparado contingencias. Se había pasado los últimos meses colocando sellos ocultos en la plaza para crear una gigantesca distracción por si tenían que huir, aunque dudaba si serían de utilidad contra la seguridad que había en aquel lugar.

Pasaron los segundos tan despacio que el tiempo pareció detenerse. Finalmente, la mujer dijo algo y Drasco levantó la mano del lector. Había suspendido la prueba y, por lo tanto, habían tenido éxito. Ambos respiraron aliviados.

—¡Siguiente! —gruñó el escriba, debía de haberle llamado varias veces porque parecía visiblemente cabreado.

—Disculpe, me había distraído.

El hombre le asignó al escenario número cuatro y Gero se marchó hacia allí. Echó un último vistazo a Drasco, que volvía a lucir su orgullosa sonrisa.

«Será imbécil».

Solo pudo esperar que nadie relevante se diese cuenta de aquel gesto. ¿Qué clase de idiota sonreía al descubrir que había suspendido la prueba?

Gero esperó a que un hombre, cercano a los treinta años, bajara del escenario. Había pasado la prueba como mago. La mayoría de los magos despertaban su poder mágico entre los dieciocho y los veinticinco. El hecho de que estuviese ahí a esa edad implicaba que era débil. A pesar de ello, los magos eran escasos y siempre había hueco para ellos en las academias.

Tras la cantidad de magos que murieron en la guerra contra el Rey Demonio, las academias prácticamente aceptaban a cualquiera que se presentase. Los gobiernos estaban desesperados por

reconstruir sus ejércitos. Sobre todo, considerando la inestabilidad que había últimamente tanto en Dierin como en Nárandul.

Pensó un instante en su propia situación. Aquel hombre reía lleno de felicidad por haber logrado pasar la prueba, aunque solo fuese de milagro. Él se había considerado un mago débil y, sin embargo, ese hombre solo podía soñar con tener el poder que él manejaba.

Se sintió bien al compararse con alguien distinto a Drasco o Teilan. No sabía cómo le iría a Teilan, pero tras enterarse de su verdadero origen, se sentía todavía más pequeño. Estaba rodeado de reyes que aspiraban a la cima del mundo y no podía evitar sentirse inferior. Por eso necesitaba ejecutar bien su papel en la academia, era lo único que podía hacer para ayudar.

Sumido en sus pensamientos mientras subía al escenario, un gigantesco estruendo lo hizo volver a la realidad. No necesitó girarse para saber qué había pasado. Una nube de polvo envolvía el escenario donde estaba Drasco, que había pulverizado la gigantesca roca de pruebas y reía alegremente ante la incrédula mirada de todos los presentes.

—Es idiota —gruñó Gero sin darse cuenta de que estaba hablando en voz alta—. Completamente idiota.

Su plan de pasar inadvertidos durante las pruebas desapareció tan rápido como había empezado. La gente comenzó a susurrar y esos susurros pronto se convirtieron en vítores. Uno de los maestros bajó de su grada y se acercó a Drasco. Cruzaron algunas palabras y se apartaron del gentío. Gero le miró confuso, pero este solo se encogió de hombros manteniendo su odiosa sonrisa de autosuficiencia.

—Bueno, ha sido impresionante, pero hay que seguir —instó el instructor que le había tocado a Gero—. Coloca la mano sobre el lector.

Obedeció y se sorprendió al comprobar que el proceso era indoloro. Su padre ya le había advertido que en la actualidad se usaban lectores distintos a los de antes. Tenía seis orbes en vez de siete y el sistema que utilizaba era distinto. No parecía requerir sangre para accionarse y al parecer eran mucho más económicos.

Tras unos instantes, se iluminaron dos de los orbes. Azul y gris. Al menos eso era igual que el lector que conocía. La luz se veía claramente, pero tampoco de forma intensa. Gero sintió la amargura de su realidad.

—Muy bien —exclamó el hombre con una sonrisa mientras escribía en una libreta—. Mago dual con nivel admisible. ¿Puede fusionar su magia?

El hombre, que hasta ese momento había mostrado completa indiferencia por los candidatos, se mostró interesado. Gero sabía que el interés desaparecería si no era capaz de fusionar su magia. Era lo único que podía meterle en el grupo de estudiantes de magia avanzada. De lo contrario, su talento se consideraría mediocre.

Alzó la mano y un águila de hielo se formó sobre ella. El nivel de detalle hizo que el examinador exclamara asombrado. El animal se movía como si fuese real y alzó el vuelo hacia el cielo, donde explotó en un manto de diminutas partículas de hielo que cubrieron el escenario.

Sabía que se estaba extralimitando, pero después de la actuación de Drasco, podía lucirse un poco sin llamar demasiado la atención. Estaba en lo cierto. Se ganó algún aplauso de aquellos que estaban lo suficientemente cerca como para haber apreciado su magia. Sin embargo, la mayoría del público miraba hacia Drasco, que continuaba hablando con el maestro que había bajado a conocerle.

—Esperamos grandes cosas de usted —dijo el instructor.

—Gracias —respondió Gero agradecido, parecían palabras sinceras.

—Dentro de dos días comenzarán los combates que determinarán a qué grupo será asignado. Mucha suerte. —El hombre le despidió con una sonrisa.

Bajó las escaleras y miró en la dirección en donde estaba su compañero. Este ya había acabado lo que estaba haciendo y se acercaba a él.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó alegre Drasco.

—¿Estás loco? —gruñó Gero—. ¿Sabes lo que has hecho? —susurró Gero, asegurándose de que nadie le oyese—. No deberíamos llamar la atención. Esa era la misión.

—Bueno, creo que es tarde para eso —contestó entre risas Drasco—. Además, ha sido sin querer. Sabes que me cuesta controlar mi fuerza cuando estoy nervioso.

Gero bufó y se marchó. No tenía tiempo para aguantar sus tonterías.

10. Vera

Un sanador salió de la sala donde estaba descansando Celia. Estaba en el antiguo dormitorio del duque. En la sala adjunta, Grogo, Vera y Borian esperaban el diagnóstico.

—¿Cómo ha ido? —preguntó preocupada Vera.

Grogo puso una mano sobre su hombro. Ella se tranquilizó un poco al notar ese contacto y esperó el veredicto. Era un sanador de confianza que había recomendado Corento, su proveedor habitual de mercancía mágica. Habría acudido personalmente él, pero tras tocar la joya del alma, caía enfermo con facilidad y hacía tiempo que ya no podía usar su magia de luz para sanar a otros.

Esta joya era la que había sumido a Teilan en un coma profundo al tocarla en la tienda de Corento y le permitió empezar a comunicarse con el espectro que había en su interior. Corento la tocó para apartarla del chico y envenenó su cuerpo hasta tal punto que ahora debía usar toda su magia para mantenerse con vida.

—Todas las heridas son bastante superficiales y ella es fuerte —respondió el hombre—. Procurad que descanse hoy. Mañana estará como nueva.

Todos los presentes suspiraron aliviados. Vera había visto las heridas de su hija y sabía que no eran tan banales. Si lo que decía era cierto, Corento no había exagerado al ensalzar las habilidades del sanador.

—Muchas gracias —agradeció Vera mientras sacaba un puñado de monedas de su bolsa.

Ni siquiera las contó, pero por la cara de asombro del joven, intuyó que era más que suficiente. No le importó. Si su hija había sido bien tratada, convenía tener a este mago contento. Nunca se sabía cuándo volvería a ser de utilidad.

Lo acompañó hasta la puerta y lo despidió. Este agradecía una y otra vez su generosidad hasta tal punto que Vera empezó a dudar de si realmente se habría pasado con la propina. Al abrir la puerta, dos hombres hacían guardia.

—Acompáñale —ordenó a uno de ellos y cerró la puerta cuando el hombre salió.

—¡Ya no tiene ningún sentido ocultarlo! —exclamó Borian una vez se habían quedado solos.

Era raro ver a Borian alterarse. Lo conocían desde que sacó a Grogo del palacio durante la batalla contra el duque y normalmente tenía un carácter tranquilo. Era un hombre de estatura media y una frondosa cabellera blanca. A pesar de su edad, sus brazos eran gruesos y fuertes.

—Nuestros enemigos ya están aquí —dijo Vera—. Y creo que saben quiénes somos.

—Eso no lo sabemos —gruñó Grogo—. Podría ser una coincidencia.

—Podría… Pero ¿y si no lo es? —insistió Borian—. El orden en la ciudad se desmorona a medida que avanzan los ejércitos. Según nuestros espías, el ejército del rey espera para marchar a que se acerquen las tropas que vienen del sur. No tardarán más de un mes en estar a las puertas de la ciudad. Esto bien podría ser una avanzadilla de asesinos para hacerse cargo de objetivos clave.

—¿Cómo saben acerca de Celia? —Vera estaba preocupada. Sabía que Celia era fuerte y podía cuidarse sola, pero no podía evitarlo. Seguía sintiendo que era su deber protegerla—. Tenemos que hacer algo.

—Desgraciadamente, no podemos hacer nada —admitió Grogo—. Por eso debíamos permanecer ocultos. Era más seguro.

—Pero ya no es así —puntualizó Borian—. Toca tomar decisiones.

—Deberías aceptar la posición de rey —indicó Grogo—. Eres el más adecuado.

—Tonterías —replicó este—. La ciudad está al borde del colapso. Hace falta un rey fuerte. —Se acercó a Grogo, no parecía imponerle la diferencia de tamaño entre ambos—. Mírame. Estoy con un pie en la tumba. Apenas puedo mantener el ritmo como portavoz del nuevo Gobierno. Es hora de dejar estas cosas a los jóvenes.

—Soy mucho mayor que tú —protestó Grogo.

—¡Tú ya me entiendes! —gruñó Borian—. Yo ya no puedo con esto.

—No te subestimes. —Vera estaba convencida de que Grogo era el más apto, pero tras semanas negándose a asumir el cargo, no le quedaba otra que convencer a aquel hombre—. Eres un buen hombre y eres respetado por el pueblo. Eres justo y harás una gran labor.

—¡Exacto! —exclamó Grogo visiblemente confundido.

Vera lo miró apenada. Tras el incidente de Celia, había decidido apoyarle en la decisión de no proclamarse rey. Seguía pensando que era el más apto para el puesto, pero pensándolo de forma egoísta, no quería que corriera ese riesgo. Si aceptaba el puesto, se convertiría en el blanco de todos los asesinos enviados por Feliseo.

—A estas alturas, no se trata de quién será el mejor dirigente. —Borian negaba con la cabeza—. El pueblo se niega a someterse a Auten. Morirán antes que aceptar al hermano de ese monstruo como rey. Se trata de decidir quién es el más adecuado para mantenerlos con vida.

Su marcada piel acentuaba su preocupación.

—¿Y qué tendría que hacer? —preguntó Grogo—. La única forma de mantenerlos con vida es sacarlos de esta maldita ciudad y no quieren.

«¿Lo está considerando?». Vera lo miró extrañada, sin saber qué había cambiado.

Celia gimió de dolor en la otra estancia y lo entendió al instante. Lo estaba haciendo por ella. Él no quería el cargo; nunca había querido salir a la luz, pero eso era antes de que Celia fuese herida.

—No abandonarán sus hogares —apuntó Borian.

—Entonces ¿qué me estás pidiendo hacer? —Grogo le clavó la mirada al anciano y este apartó la cara intimidado.

A veces, se le olvidaba lo grande e imponente que era para otros. Con ella trataba de ser lo más delicado posible, pero tenía un aspecto temible y unos modales atroces. Su cuerpo era enorme y musculoso a pesar de tener la apariencia de un hombre de mediana edad. Lucía una cicatriz en la mejilla que le llegaba hasta el cuello y una espesa y salvaje barba castaña.

—Si lo supiera, lo haría yo mismo —se lamentó Borian.

—Lo que me pides es que luche y muera—declaró Grogo y preguntó a Vera—. ¿Crees que deberíamos quedarnos?

Grogo estaba buscando una opinión sincera. Parecía que al fin estaba tomándose esta decisión en serio. Ella le miró y le vino a la cabeza el miedo de perderle. Se mordió el labio y decidió una vez más hacer lo que consideraba correcto, aunque su corazón le gritase que se largasen de esa maldita ciudad y desapareciesen para siempre.

—Llevamos décadas tratando de luchar la gran guerra e ignorando todo lo que sucede a nuestro alrededor —dijo Vera—. Sin darnos cuenta, han estado avanzando hacia los puestos más altos de los

gobiernos mientras nos mantenían distraídos buscándolos en lugares ocultos.

—¿Crees que nos han estado dirigiendo hacia la dirección equivocada? —dudó Grogo—. Las implicaciones de eso son muy retorcidas.

—Existe esa posibilidad —replicó ella.

Grogo suspiró. En ese momento, pudo apreciar el verdadero rostro del hombre que llevaba más de un siglo luchando contra espectros. El hombre al que su propia familia había intentado asesinar por pensar que estaba maldito cuando despertaron sus poderes de transmutador. Aquel que siempre se ponía en el frente ante cualquier peligro.

Se irguió por completo, y si su presencia era imponente antes, ahora irradiaba autoridad y poder. Se quedó un momento en silencio y nadie se atrevió a hablar. Caminó hacia un lado de la sala perseguido por las miradas de Vera y Borian. Este último parecía excesivamente nervioso, pero tampoco lo culpaba, considerando la situación.

—¿Crees que lo correcto es que nos quedemos? —preguntó volviéndose hacia ellos.

Vera asintió.

—¿Y considerarías la opción de marcharte con Celia y que yo me quede?

—Ni por un momento —rechazó ella sin dudarlo.

Esperó que eso empezara una discusión, pero no fue el caso. Grogo se limitó a asentir y se quedó pensativo. Parecía estar preparándose mentalmente para lo que tendría que afrontar. En ese momento se prometió a sí misma que trataría de mantenerlo vivo costase lo que costase. Sabía que, si se quedaba, Grogo lo daría todo en el campo de batalla. Nunca había sabido contenerse o retirarse y ella no podría vivir con la culpa de sobrevivir sin él.

—Al menos, podremos elegir en qué batalla moriremos —anunció Grogo y dibujó una de sus sonrisas de anticipación. La que siempre muestra antes de una batalla peligrosa—. ¿Qué deberíamos hacer ahora?

Todas sus inseguridades habían desaparecido y parecía ansioso por lo que iba a venir. Era como si fuera una persona completamente distinta a la de hacía un momento, pero a Vera no le sorprendió su actitud. Siempre había sido así.

—Eh… —Borian dudó. Era evidente que no esperaba convencerlo.

—Por el momento, creo que lo mejor es decidir cuál es la mejor forma de dar tu identidad a conocer —comenzó Vera—. ¿No crees?

Se dirigió en este caso a Borian, que parecía todavía distraído.

—Sí, claro —respondió mientras salía disparado de la sala—. Lo primero que haré será informar a los miembros del consejo de la cesión de poder y luego organizar…

No llegó a terminar la frase antes de desaparecer.

—Todavía no veo clara la idea de ser rey —protestó Grogo—. ¿Es realmente necesario?

Vera se limitó a responderle con una sonrisa. Grogo tenía la mirada clavada en la sala donde estaba Celia. Gruñó porque era su forma de ser. Porque no le gustaba el camino que había decidido. Aun así, no flaquearía en su decisión y haría todo lo posible por conseguir salvar esa ciudad y a sus seres queridos. Sin embargo, también sabía que se iba a quejar mucho al respecto.

—Bueno, lo primero es averiguar quién ha atacado a Celia —continuó Grogo al percatarse de que estaba siendo ignorado—. Si hay un grupo de asesinos, debemos proteger a aquellos que sean clave para la defensa. Esa será nuestra primera batalla.

Una vez se decidió, Grogo tomó el mando de la situación. A pesar de haber dicho que aceptaba morir en esa batalla, no iba a ponérselo fácil a sus enemigos.

—Ojalá estuviese Siro aquí —se lamentó Vera.

—Bueno, pero no está. Nos apañaremos. ¿Puedes averiguar cuáles son las caras nuevas de la ciudad?

—Lo dudo. Con el ejército a solo un mes de distancia, mucha gente de las aldeas circundantes ha pedido asilo en la ciudad. Tardaríamos demasiado.

Grogo se frotó la cabeza, pensativo durante unos instantes.

«Realmente tiene el porte de un rey», pensó Vera orgullosa.

—Pues me he quedado sin ideas. ¿Tú qué harías? —preguntó sin tapujos.

Se hizo un incómodo silencio. Había olvidado cuál iba a ser el mayor problema de tener a un líder como Grogo. Era demasiado… espontáneo. Nunca sabías lo que iba a salir de su boca.

—Vas a tener que trabajar en eso —dijo Vera. Grogo la miró extrañado—. Vas a tener que empezar a pensar en lo que vas a decir.

—No va a pasar y ambos lo sabemos —se limitó a decir—. Mi imagen va a ser cosa vuestra. Yo no quiero saber nada de eso.

11. Feliseo

El rey Feliseo observaba distraído su ejército, que ensayaba maniobras para prepararse para el ataque. Era un hombre espigado de mediana edad. Su mirada transmitía sabiduría y su piel era tan clara que parecía que llevase años sin exponerse al sol. Vestía una armadura parecida a la de sus soldados, pero con elegantes grabados y una capa de color dorado. A su parecer, completamente inútil e innecesaria, pero era la vestimenta tradicional del rey de Auten.

En unas semanas partirían hacia Novanta y esos jóvenes estaban lejos de estar preparados para el combate. No es que le importase cuántos muriesen, pero recuperar la ciudad fronteriza era importante y resultaba difícil reconstruir un ejército. Los humanos tardaban mucho en procrear y crecer hasta una edad apta para luchar.

Cuando mataron a su hermano, había sentido que su conexión con él desaparecía. No solo habían matado al anfitrión, sino también al espectro que había en su interior. Solo eso no sería suficiente para acompañar a sus tropas hasta allí, pero había sucedido algo extraño. La conexión con otro de sus espectros se cortó, pero no percibió que hubiese muerto en el proceso. No entendía cómo había pasado, pero con la excusa de la muerte de su hermano había decidido ir a averiguarlo.

Le resultaba interesante la reacción de esos humanos al verlo en el campo de batalla. «¿Por qué se esforzarán más cuando su rey los acompaña?». Conocía las emociones humanas. Sabía usarlas a su favor, pero no las entendía. Tampoco hacía falta hacerlo, solo eran herramientas para lograr su objetivo.

El ejército se encontraba en un gigantesco llano. En el único punto alto a su alrededor se encontraban las tiendas de los generales y el rey. Era un buen lugar para detectar si algún ejército enemigo atacase. Era improbable, pero nunca se era suficientemente precavido.

—¿Cuándo partiremos hacia Novanta? —preguntó a su consejero. No le gustaba tener que lidiar con los detalles de las maniobras—. Esto se está haciendo demasiado largo.

—El grueso del ejército estaba en Dierin o en Nárandul. Nuestras tropas en Nárandul llegarán en cuatro semanas a Novanta. Puede que antes —respondió—. Partiremos hacia allí asegurándonos de no llegar antes. Esta facción del ejército es la menos preparada para el combate. No debemos llegar antes de recibir refuerzos.

El consejero se llamaba Ald, era uno de esos hombres que, a pesar de no haber luchado en ninguna guerra, había estudiado muchas batallas. Conocía las estrategias y sabía cómo ganarlas. Sus ojos reflejaban astucia y tranquilidad. Sería un buen anfitrión para uno de sus espectros a pesar de no ser un mago o un guerrero de sangre, pero sabía que jamás accedería voluntariamente a serlo. Era una pena. Al ser un humano normal y corriente, sucumbiría a la vejez en solo unas décadas más.

—¿Tenemos noticias de Jadea? —preguntó Feliseo.

—Todavía es pronto para eso —contestó Ald, aunque no parecía convencido.

—¿Qué pasa?

—No me fío de esa mujer —respondió. No dudó al hacerlo. Era lo que le gustaba de él y donde su utilidad se hacía más notable. No tenía pelos en la lengua y siempre era directo; no le hacía perder el tiempo.

—Desarrolla.

—Le va a traicionar, mi señor. No sé cuándo será, pero lo hará.

—¿Tú también lo crees? —respondió Feliseo—. Hace tiempo que yo mismo lo sospecho.

—Es más que una creencia —aseguró Ald—. Está haciendo demasiados esfuerzos en fortalecer su posición en Dierin en vez de la del reino. No logro infiltrar a mis hombres entre sus más allegados. Está más a la defensiva contra nosotros que contra el enemigo. Esconde algo.

De la manera en la que lo dijo, parecía dar a entender que cuestionaba por qué se le había permitido amasar tanto poder. Feliseo exhaló agotado. Estaba cansado de la política y de los juegos de los humanos. Se alejó de la ventana y de los torpes soldados que entrenaban al otro lado.

Eran unos inútiles. Percibía la decadencia de la humanidad en esos soldados inexpertos. A excepción de aquellos que habían luchado en la guerra pasada, el resto probablemente moriría en el primer enfrentamiento contra las murallas de Novanta. Aquel lugar era una fortaleza que jamás debieron perder.

Se dirigió a su escritorio y se sentó en el sillón que había tras este. La mesa estaba completamente vacía de papeles. Él hacía mucho tiempo que había delegado toda la burocracia a otros espectros. Era la parte buena de saber que jamás le traicionarían.

Ald permaneció de pie. Ni siquiera hizo el intento de sentarse en una de las sillas frente al escritorio y Feliseo tampoco le invitó a hacerlo. Se sentaría si así se lo pedía, pero su naturaleza nerviosa hacía que comenzase a hacer ruidos raros al estar sentado y resultaba molesto.

—Mi legado será liberar a la humanidad de la pandemia que suponen los demonios y lograrlo siempre ha sido mi prioridad —explicó Feliseo una vez se había acomodado, al menos esa parte no le preocupaba que la supiera—. Ella los odia tanto como yo, de eso puedes estar completamente seguro.

—Usted esperaba que eso fuera suficiente para alinearla con nuestros intereses —comprendió Ald.

—Sin embargo, tras obtener el control de Dierin, no veo que haya dado pasos hacia la erradicación de esa raza. Tal vez me equivoqué con ella, y será lo siguiente que solucionemos cuando retomemos el control de Novanta.

—Será difícil retirarla del cargo considerando que el ejército le es fiel a ella y será todavía más complicado asesinarla. —Lo dijo de la forma más respetuosa posible, pero aun así dio a entender que tendrían que pagar un alto precio—. Sabe lo hábil que es.

Era la razón por la cual había sido elegida para conquistar Dierin. Tenía una carrera militar impecable. Había mostrado una disciplina, lealtad y coraje inigualables. Tenía dotes de liderazgo y no tenía miedo a tomar decisiones difíciles. Además, a nivel personal era una maga de poder abrumador. Se atrevería a decir que era una de las humanas con más talento mágico que había conocido.

—Actualmente, las últimas fuerzas de los demonios de Dierin están organizándose para rebelarse —expuso el rey.

—Sí, soy consciente de ello —respondió Ald. En su mirada se podía vislumbrar cómo trataba de hacer la conexión entre eso y lo que estaban hablando. Su mente jamás descansaba.

—¿Qué información tienes al respecto?

—Parece que están mejor organizados que las últimas veces. Le darán problemas. Están en todas las ciudades al mismo tiempo y en ninguna. Utilizan tácticas de guerrilla para desestabilizar los ejércitos de Jadea. Atacan rápido y duro; no hacen prisioneros.

—Debemos asegurarnos de que sigan así.

—¿Cómo dice? —se extrañó Ald.

—No te hagas el sorprendido. En una guerra a tres bandas, el bando ganador es el que logra permanecer más tiempo fuerte. Deja que se maten entre ellos.

—Puede que esté sobreestimando a esos rebeldes.

—Puede ser —admitió—. Pero si algo he aprendido en mis años como rey es que los demonios tienen la capacidad de sorprender. Su tenacidad es digna de admiración. Esos engendros son peores que cucarachas.

—Entonces ¿qué sugiere que hagamos?

—Averigua qué está pasando en Dierin —ordenó—. Antes de marchar hacia Novanta, tenemos que saber si nos han traicionado. A partir de ahí decidiremos cómo abordar el problema de Jadea.

12. GERO

—¿Estás nervioso? —preguntó Drasco.

—¿A ti qué te parece? —Gero ni lo miró, le incordiaba su actitud. Parecía no recordar lo nervioso que había estado él mismo al enfrentarse al lector.

—Pues no lo estés —sugirió con su irritante sonrisa—. Es así de sencillo.

«Lo peor es que lo dirá en serio».

—Déjame tranquilo. Necesito concentrarme.

—Solo tienes que hacerlo como yo —explicó—. Rápido y directo.

—Lo estás haciendo a propósito, ¿verdad?

Drasco rio. Tras unos días de descanso, habían separado en grupos a los aspirantes para la siguiente prueba. Los guerreros de sangre por un lado y los magos por otro. Los escenarios pequeños habían sido retirados y solo quedaban los dos principales en el centro de la plaza. En uno de ellos tenían lugar combates entre guerreros de sangre. En el otro, combates entre magos.

Los escenarios disponían de sellos que creaban un escudo que protegía a los combatientes de ataques letales. No obstante, ningún sello de protección era infalible y mucho menos estos. Huesos rotos, brechas, contusiones e incluso heridas más graves ocurrían continuamente y la peor parte era que nadie se escandalizaba al respecto. Esa misma mañana incluso habían presenciado la muerte de un joven guerrero de sangre. Las armas no estaban permitidas, pero un guerrero de sangre con la capacidad de potenciar su cuerpo le propinó una patada en la sien con semejante fuerza que la barrera no logró detener el golpe. El muchacho cayó fulminado en el acto y los magos de luz encargados de atender a los heridos no llegaron a tiempo para salvarlo.

Por otro lado, la barrera también evitaba que los conjuros saliesen del escenario y pudiesen herir a aquellos que se encontraban fuera. Gero se preguntaba si podría estudiarlas una vez entrase en la academia. Esas barreras podrían serle de mucha utilidad.

En su combate, Drasco se había enfrentado a veinte guerreros de sangre en un todos contra todos. Tras su demostración en las pruebas preliminares, el resto habían decidido unir sus fuerzas para enfrentarle, pero aun así, el combate apenas había durado un minuto. Se había dedicado a expulsar del escenario a sus adversarios, por lo que, con la excepción de algún hueso roto, nadie había salido mortalmente herido.

No se le daba bien pasar inadvertido y habían desistido de intentarlo, pero tampoco era buena idea matar a alguien cuya familia podría ser influyente. No era el plan original de Varan, pero considerando la muerte de Rodrick, ya no dispondrían de un aliado que pudiese facilitarles el camino. Tocaba improvisar.

Gero esperaba su turno en la plaza del auditorio. Repasaba mentalmente posibles estrategias de combate, pero sabía que no era un luchador. Su fuerte eran las ilusiones y había decidido ocultar esa habilidad. No era una habilidad común entre humanos que no fueran magos de luz, por lo que llamaría demasiado la atención. Además, se sentía más seguro ocultando ese poder a sus posibles enemigos. Era su arma secreta.

Las gradas estaban llenas de gente y los gritos, los ánimos y los abucheos formaban un ruido ensordecedor. Gero tenía los nervios a flor de piel; se jugaba mucho. Todos los que habían pasado la primera prueba ya eran estudiantes comunes de la academia, pero no todos los estudiantes eran iguales. Los repartían entre comunes, especiales y élites, y estas pruebas definían cómo empezaban el curso.

Eso no significaba que los encasillara para siempre, pero los recursos que recibirían en la academia cambiaban significativamente. Por lo tanto, para lograr infiltrar en condiciones el ejército de Veniden, habían decidido llegar a la cima de la academia.

—Recuerda lo que hemos hablado esta mañana —insistió Drasco—. Hoy te toca lucirte.

—Para ti es fácil decirlo con ese disco —gruñó Gero.

A pesar de lo que habían decidido, Gero no estaba muy seguro de sus posibilidades si no utilizaba sus ilusiones. Se había planteado explotar su habilidad para que sus clones tuvieran conciencia y pudiesen realizar conjuros propios. Sin embargo, la utilidad de esa habilidad residía en confundir al enemigo, en hacerle pensar que uno de ellos era el real. Sin las ilusiones, eso no tenía ningún sentido, puesto que sus clones serían formas de hielo o agua y solo agotarían todavía más deprisa su escaso poder.

—Céntrate en tus sellos —indicó Drasco—. He conocido a pocos expertos en sellos tan hábiles como tú.

Estaba exagerando y lo sabía, pero agradeció el comentario. Drasco pertenecía a la monarquía de Grangal, por lo que tendrían a expertos en sellos a su servicio mucho mejores que él. No obstante, sabía que esta era su única y verdadera ventaja para el siguiente combate.

El problema era que los sellos tardaban tiempo en crearse. Tal vez en el primer combate pudiese sorprender a sus enemigos, pero en cuanto supieran que era un experto en sellos, no le dejarían formarlos. Decidió no pensar en sus futuros combates y centrarse en el que tenía delante. Su próximo adversario no le conocía y debía aprovecharlo.

—Esperemos que sea suficiente.

Los combates entre guerreros de sangre ya hacía tiempo que habían comenzado. Casi un millar habían pasado la primera prueba y, por consiguiente, había muchos más combates que celebrar. Por el contrario, solo unos trescientos magos habían pasado el corte a pesar de que aceptaban a todos por muy pequeño que fuese su poder mágico.

—Parece que ya te va a tocar —dijo Drasco—. Ya era hora.

Un hombre se había subido al escenario de los magos y parecía que iba a dar comienzo los combates. Llevaba un par de hojas en las manos con el listado de alumnos. Los aspirantes se reunieron alrededor del escenario, así como una multitud de curiosos. Incluso Drasco se acercó, ya que hasta la tarde no tendría que volver a luchar.

—Gracias por venir y sentimos la espera —anunció el hombre. Su voz era muy sosegada y se tomaba largos descansos entre frases—. En esta convocatoria hay más magos de lo habitual y hemos tardado un poco en organizar los combates.

—¿Organizarlos? —susurró Gero—. Pensaba que se asignaban al azar.

—¿Y arriesgarse a enfrentar alumnos prometedores al principio? —declaró Drasco divertido—. A veces creo que no eres tan listo como piensas que eres.

—Imbécil.

Uno de los presentes les chistó para que se callaran. Drasco le hizo un gesto de disculpa y continuaron escuchando.

—Doscientas noventa y cinco personas han pasado el corte. Treinta se ganarán la plaza de estudiante especial y el resto asistirán a la academia como alumnos comunes —continuó el locutor.

Un murmuro generalizado arrancó tras escuchar esa declaración.

—¿Solo treinta? —se quejó el hombre que les acababa de llamar la atención, parecía preocupado. Tendría cerca de los veinticinco años y su mirada delataba su determinación. Todos la tenían y todos querían una plaza entre los especiales. La mayoría sabía que unirse a la élite era casi imposible.

—¿Qué pasa con los de élite? —susurró Drasco.

—¿Acaso alguna vez prestas atención?

Este le respondió encogiéndose de hombros.

—A los de élite los eligen los de la grada. Se requiere que un maestro te tome como aprendiz —explicó Gero, señalando a un grupo que se encontraba en una zona privada de la grada—. Podrían no elegir a ninguno. Estuviste aquí en la última convocatoria, ¿cómo no sabes eso?

La confusión en el rostro de Drasco delataba que algo no le cuadraba. Entretanto, el hombre del escenario ordenaba sus documentos mientras todos esperaban a que continuara. En el proceso, se le cayeron unas hojas, pero no pareció estresarse por ello y se agachó a recogerlas sin importarle tener a todo el mundo esperando.

—¿Qué no entiendes? —preguntó Gero.

—Cuando hice la prueba de fuerza, uno de los maestros se ofreció a tomarme como aprendiz.

Toda la gente alrededor que escuchó ese comentario se giró de pronto incrédula.

—¿No te pareció importante contarme eso? —Gero se estiraba los pelos de pura frustración.

Drasco solo le respondió con una risotada de las suyas. «Como odio esa risa».

—Espera. Si te ofreció eso, ¿por qué has luchado hoy? —Gero se temió lo peor.

Una vez seleccionado como aprendiz de élite, no necesitaba continuar con las pruebas. A fin de cuentas, ya no tenía ningún sentido.

—Lo rechacé. No quería llamar la atención.

—Tú te caíste de la cuna de niño, ¿verdad? —gruñó Gero. No se podía creer lo que estaba oyendo —. ¡Cualquiera aceptaría esa oferta! ¿No te das cuenta de que así llamaste aún más la atención? —bufó—. Bueno… ¿Y qué dijo?

—Se rio —admitió—. Dijo que me lo pensase y que le diese una respuesta después de las pruebas.

Fue a contestarle, pero el hombre del escenario volvió a hablar. Decidió ignorar a Drasco y concentrarse en él. Si hacía caso a su amigo, sabía que acabaría medio loco.

—Como sois muchos, hemos decidido agilizar un poco el proceso —prosiguió con su discurso.

Seguía con esa voz sosegada. Resultaba soporífera y no entendía por qué habían elegido a ese hombre para ese puesto. Cualquier otra persona habría sido más adecuada.

—A diferencia de otras convocatorias, os hemos organizado en grupos de tres. De cada grupo, solo uno pasará a la siguiente ronda tras un enfrentamiento a tres bandas. Después, se realizará una eliminatoria mediante combates uno contra uno hasta que se decida los treinta candidatos para ser estudiantes especiales.

—Parece sencillo —dijo Drasco.

—Supongo —respondió Gero inseguro. Había esperado tener solo un contrincante en el próximo combate.

El hombre no se entretuvo más y llamó a los tres primeros candidatos.

—¿Te apetece una cerveza? —preguntó Drasco.

—¿Te podrías tomar esto en serio?

—Eres un estirado. Te pondrán con dos principiantes y será un paseo en barca. No sé por qué te preocupas tanto.

No lo había pensado, pero tenía todo el sentido del mundo, al fin y al cabo, había recibido la felicitación del hombre que lo evaluó. Eso hizo que se relajase un poco y se fueron a una de las gradas para esperar su turno. Aquello fue casi una tortura de ver. Los combates apenas duraban segundos y, como había dicho Drasco, juntaban a un combatiente fuerte con un par de débiles.

Gero pronto entendió que no tendría posibilidades de ganar el segundo combate. Todos los que vencían el primero eran mucho más fuertes que él, pero prefería no pensar en ello hasta que llegase el momento. Trataba de preparase mentalmente para su siguiente combate. Era lo único que importaba ahora.

A las dos horas, Gero fue llamado al escenario junto a dos varones más. Uno de ellos tendría cerca de treinta años, puede que más. Eso le tranquilizó un poco. Alguien tan mayor no debía de ser fuerte; de lo contrario, se habría unido a la academia antes. El otro era un joven asustadizo. Era poco mayor que Gero y eso hizo que su confianza aumentara.

«Será fácil, tú puedes», se repetía una y otra vez.

El locutor seguía en el escenario. Los invitó a subir.

—Bueno, supongo que ya conocéis las reglas —dijo—. Si os incapacitan, estáis eliminados. Si os echan del escenario, estáis eliminados. Si os rendís, también.

Tras la breve explicación, se bajó del escenario y los tres participantes subieron y se colocaron en las posiciones indicadas en el suelo formando un triángulo.

—¿Listos? —preguntó el hombre una vez vio que estaban todos en sus sitios.

Los tres asintieron.

—¡Empezad!

Casi no había acabado la frase y el mayor lanzó dos gigantescas llamaradas, una contra cada uno.

—¡Joder! —gritó Gero mientras levantaba una pared de hielo. Apenas tuvo tiempo de hacerlo.

La llamarada la atravesó como si fuese mantequilla, pero le permitió ganar el tiempo suficiente para esquivarla tirándose a un lado.

Levantó la cabeza, el mago que había atacado reía. El joven había salido despedido del escenario y gritaba aterrado en el suelo envuelto en llamas. Por suerte, había sanadores y magos de distintos elementos que no tardaron en disipar las llamas con magia de agua y curar sus heridas.

Solo quedaban dos y sintió que toda la sangre se le subía a la cabeza. Esto no era lo que se esperaba. Mezclaban estudiantes fuertes con débiles, así se aseguraban de que ninguno fuerte quedase descalificado. Lo había visto en las rondas a las que acababa de asistir.

—¡Levanta! —gritó su adversario—. Divirtámonos un poco.

«Soy el débil».

Se sintió insignificante y la ira comenzó a arder en su interior. Era humillante. Se levantó de un salto, no pensaba aceptar esa situación. Su contrincante era fuerte, pero más lo era Drasco o su padre y se había pasado meses enfrentándose a ellos. Algo se le ocurriría.

Era un hombre de actitud dominante. No era excesivamente alto, pero tenía la mandíbula cuadrada y la espalda ancha. Vestía de forma elegante, con ropa cómoda, pero con confección y materiales de

calidad. A Gero le sonaba el emblema de su pecho, que llevaba en un elegante bordado, pero no era capaz de recordar dónde lo había visto. Estaba formado por una montaña y un sol que sobresalía por uno de sus laterales. Parecía pertenecer a alguna casa noble.

El hombre aulló y a su alrededor se formaron paredes de llamas que giraban en torno a él. Después, levantó las manos y un par de inmensos orbes de fuego aparecieron sobre ellas. La temperatura del escenario aumentó y el calor hacía que a Gero le costase respirar.

Lo miró asustado, ese hombre tenía demasiado poder mágico. Ese despilfarro no tenía ningún sentido a no ser que no necesitase en absoluto dosificarse.

Comenzó a lanzar los orbes y Gero, a correr por todo el escenario. Conforme proyectaba uno, generaba otro. Gero creaba pequeños escudos para desviarlos, ya que pararlos requeriría demasiada magia. Sudaba, aunque no sabía si era de miedo o de calor. Estaba acostumbrado a las peleas, pero ahora se estaba jugando la vida y era muy consciente de ello. Ese hombre podía matarle antes de que los sellos hiciesen su efecto.

«¿Debería rendirme?». Era lo más sensato, pero su orgullo se lo impedía. Le habían humillado y deseaba por encima de todas las cosas destrozar a ese engreído.

Su adversario seguía riendo, estaba tratando de lucirse. El público reía también al ver a Gero esquivar torpemente los ataques. Tropezaba, caía y se volvía a levantar una y otra vez mientras los orbes le rozaban. Se veía el pánico en su rostro.

No podía usar sus ilusiones y sus clones se derretirían con facilidad al ser golpeados por alguno de los orbes. En ese momento se arrepintió de no haber practicado suficiente su magia de aire. Le habría sido muy útil para esquivar ataques. Solo le quedaban los sellos.

No podía acercarse, las llamas que lo rodeaban no lo permitían. Pensó en esperar a ver si su magia se agotaba. Podría ser un farol y que su reserva no fuese tan grande. Un orbe le rozó la pierna, sintió la quemazón y aquello le hizo caer. Miró con pánico al locutor, que ahora hacía de árbitro. No pareció darle importancia; no estaba descalificado.

Suspiró aliviado por seguir en el combate, pero ese ataque le sirvió para darse cuenta de que no podía depender de las protecciones del escenario para protegerle. Acabaría por darle y un impacto directo sería muy peligroso.

Se apresuró en levantarse y vio que ahora cargaba dos orbes mucho más grandes, uno en cada mano. Gero gritó asustado mientras corría. El público reía. La herida no era grave, pero resultaba especialmente molesta al moverse.

Decidió levantar finos muros de hielo frente a él que formaron un laberinto de espejos. No durarían mucho y eran completamente incapaces de detener los orbes. No obstante, no era ese su fin. Bloquearlos no tendría sentido porque agotaría su poder mágico enseguida. Su única finalidad era evitar que su adversario supiera dónde estaba exactamente.

Corrió cojeando mientras el otro mago conjuraba furioso orbes uno tras otro. Las explosiones hicieron que todos los presentes dejaran lo que estaban haciendo y contemplaran atónitos el escenario. Este era enorme para un combate de dos personas, pero a Gero le parecía que cada vez se hacía más pequeño. Notaba cómo el calor le empezaba a asfixiar.

De pronto, vio que una llamarada golpeó la barrera mágica que rodeaba el escenario y cómo el fuego desaparecía y se le ocurrió una idea. Era arriesgado, pero podía funcionar. Su poder se basaba en el engaño y había más formas de engañar que con ilusiones.

Siguió levantando muros de hielo mientras ponía su plan en marcha, y si un orbe se acercaba demasiado, creaba pequeños escudos que le ayudaban a desviarlo. Por suerte, el hombre no era muy hábil en su control de la magia a pesar de su descomunal poder. Atacaba al azar y la mayoría de los ataques se estrellaban contra la barrera mágica o el suelo.

Tras los segundos más largos de su vida, Gero cayó agotado al suelo. Ya no podía ni respirar. Su adversario paró de lanzar orbes. No retiró las llamas que le rodeaban, pero bajó un poco su intensidad para poder ver.

—¿Ya te rindes? —dijo. No parecía cansado a pesar del despliegue que había hecho.

«Es muy fuerte».

Se acercó a Gero, no bajó la guardia y mantuvo las llamas alrededor de él. «Espero que sea suficiente», pensó sin estar muy convencido. Había hecho todo lo que había podido, y si no funcionaba, tendría que rendirse.

El hombre empezó a crear un último orbe mientras se acercaba a Gero y se quedó a cinco pasos de él.

—Yo nunca me rindo —gruñó Gero con sus últimas fuerzas, aunque bien sabía que era más una bravuconada que una declaración de intenciones.

El hombre pisó sobre uno de sus sellos y este se iluminó con una luz cegadora. De pronto, comenzaron a iluminarse sellos hechos de hielo por todo el escenario. Sellos sobre sellos para resistir el calor de las llamas que había ido colocando mientras corría.

—¡¿Qué es esto?! —gritó el mago de fuego mientras miraba con pánico a su alrededor.

Los sellos comenzaron a absorber el fuego que rodeaba al mago y un torbellino de llamas se formó a su alrededor haciéndolas desaparecer. Estos, por lo general, absorbían la magia del entorno para funcionar. Al ver el efecto que tenía la barrera del escenario, sabía que no podría replicarlo, pero no tenía por qué hacerlo. Optó por crearlos defectuosos, que requiriesen ingentes cantidades de magia para activarse y que absorbiesen las llamas de su adversario.

—¡No! —aullaba—. ¿Qué estás haciendo?

Gero tosió con una sonrisa viendo cómo el mago trataba de formar más llamas y estas iban desapareciendo. El hombre gritaba enloquecido sin saber qué estaba sucediendo y marcas mágicas se iban cargando cada vez más, pero parecía que la magia de su adversario no se acabase nunca.

De pronto, a Gero le entró el pánico. Había asumido que el mago de fuego no entendería el truco y consumiría su magia antes de averiguarlo, pero si seguía así, lograría activarlos sin agotarse. Él, en cambio, no podía más, no podría seguir luchando si esto no funcionaba.

—No puede ser…

Escuchó de pronto un estallido, su adversario había saturado uno de los sellos y lo había destruido. Eran sellos defectuosos, por lo que no tenían una función real al activarse y solo explotaban. Con uno roto, el resto no podrían aguantar y no tardarían en acabar como el primero.

—No puede ser —balbuceó Gero exhausto.

El hombre reía al percatarse de lo que estaba sucediendo, y en un último esfuerzo avivó las llamas que lo rodeaban haciendo que el resto estallasen también. Parecía que se había vuelto loco. Una vez eliminados todos, el mar de llamas que lo rodeaba desapareció y sobre su mano creó el toque de gracia. Una última bola de fuego que se retorcía burlona ante la mirada de Gero.

—¿Te rindes ahora?

—Nunca… —respondió Gero sin pensar, pero no pudo seguir. Cayó agotado.

13. GERO

Gero se incorporó sobresaltado y creó una bóveda de hielo a su alrededor. Tenía los ojos desenfocados y miraba desorientado en todas las direcciones sin entender la situación. Comprobó sus manos, su aspecto seguía siendo humano y suspiró aliviado. A pesar de llevar meses dominando las ilusiones permanentes, todavía vivía obsesionado con que fallaría en el momento más inoportuno.

Sentado sobre la cama, vio a Drasco de pie mirándolo asustado. Se había apartado de un salto para que la bóveda no le afectara y tenía parte de su ropa congelada. Gero retiró su magia en cuanto se percató de que estaba dentro de un edificio.

—¡Qué susto me has dado, desgraciado! —gritó Drasco.

Estaban en una habitación, pero no era su habitación cutre de taberna. Las paredes estaban revestidas de maderas oscuras y había estanterías llenas de libros por todas partes. Aparte de eso, había algún jarrón de cerámica de decoración, pero predominaban ante todo los libros.

—¡Enya! —llamó Drasco—. Ha despertado.

—¿Quién es Enya? —susurró Gero confuso.

Por la puerta apareció una mujer de rasgos redondeados. Tenía la nariz pequeña y los labios finos. Su melena rubia estaba recogida en una trenza. Parecía joven, aunque eso era difícil de asegurar cuando se trataba con magos. Aparentaba estar en la veintena. Además, caminaba un poco encorvada. Aunque era muy sutil, destacaba bastante debido a la edad que aparentaba.

—Hola, Gero —dijo la mujer—. Mi nombre es Enya y soy una de las profesoras de sellos en la academia.

Gero frunció el ceño exigiendo una explicación a Drasco. ¿Dónde estaba y por qué esta mujer estaba con ellos?

—¿Qué pasó con mi combate? ¿Dónde estamos? —preguntó—. ¿Por qué está usted aquí?

—Por favor, no me hables de usted —rio la maestra—. Apenas tengo treinta años.

—¿Treinta años y es profesora de sellos? —preguntó Gero incrédulo, olvidando las otras preguntas que había hecho—. ¿No es muy joven?

—No contestaré hasta que me tutees —declaró.

Cogió un libro de una de las estanterías, se sentó en una silla y comenzó a leer ignorando a los dos presentes.

Gero solicitó una explicación a Drasco con la mirada, pero este se limitó a sonreír. Esa estúpida sonrisa arrogante y despreocupada le resultó más molesta de lo habitual.

—Vale —respondió Gero—. Está bien. ¿Me podrías explicar qué está pasando aquí?

Era una mujer extraña. Nada más oír eso, cerró su libro, lo dejó sobre sus piernas y se quedó mirando a Gero fijamente.

—Perdiste el combate contra Lagar Dorias —explicó la mujer—. No tienes nada de qué avergonzarte. Ese chico es fuerte, le diste bastante guerra a pesar de la diferencia de poder.

—¡Si vieras la que montó el niñato al bajar del escenario! —exclamó Drasco—. Creo que le vas a costar el despido a algún organizador del evento.

Drasco rio y Enya con él. El ambiente era distendido y eso le resultaba antinatural considerando la situación. ¿Cuánto llevaba inconsciente? ¿Les había dado tiempo a conocerse tan bien? Su amigo parecía a gusto junto a ella… Aunque a él no le hacía falta mucho para sentirse cómodo con una mujer.

—¿Qué es tan gracioso? —gruñó Gero—. He perdido y ha sido humillante.

—La familia Dorias es una de las familias más poderosas de Lantalos. Está compuesta por magos con un poder extraordinario y Lagar estaba entre los más hábiles de esta convocatoria —explicó Enya—. Estoy convencida de que entre los candidatos de este año solo cuatro o cinco serán más fuertes que él.

—¿Hay alumnos incluso más fuertes que él? —se lamentó Gero.

Aquella frase lo destrozó. Ni siquiera había luchado contra el más fuerte y sabía que la única posibilidad que había tenido se debía a que su oponente lo había subestimado. Al ver el dolor en su rostro, Enya trató de suavizar el golpe.

—Los lectores de elementos no son infalibles —aclaró. Hablaba deprisa y agitaba los brazos nerviosa, divagando en sus explicaciones—. De todos modos, es difícil saber la habilidad de alguien siendo tan joven. Tiene muchos problemas para controlar su magia y hasta que no lo logre, su progreso se verá frenado.

—¿Joven? —Ahora era Drasco el que se sorprendió.

—Lagar no llega a la veintena. Despertó su poder mágico hace un par de años, por lo que es bastante prematuro.

—¿Menos de veinte años? —Gero no se lo creía—. ¡Pero si parece que combatió en la guerra!

Enya rio ante el comentario. Tenía una risa agradable y sincera; era bastante tranquilizadora.

Se quedaron entonces en silencio y Gero cayó en la cuenta de lo que implicaba haber perdido. Aquello había mandado al traste sus planes: Drasco conseguiría una posición como alumno de élite y él se quedaría como alumno común. Ya empezaba a quedarse atrás nada más llegar.

—¿Dónde estoy? —preguntó entonces volviendo a la realidad.

La pregunta fue dirigida a Drasco. La entonación hacía entrever que quería más información que simplemente una ubicación, pero no fue este el que contestó.

—Esta es mi casa —respondió Enya—. Te trajimos hace un par de días para que te recuperaras del combate.

—¿Llevo dos días durmiendo? —preguntó Gero.

No estaba sorprendido, sabía lo que provocaba los excesos del uso de la magia en el cuerpo y había llegado al límite de sus fuerzas. La magia de sellos era misteriosa, pues era capaz de utilizar el poder en su entorno en vez de tener que depender únicamente de la del mago. No obstante, sí que se consumía al formar el sello y al activarlo, sobre todo si se creaba a partir de hielo como lo hizo Gero, y más todavía, en un mar de llamas.

—Así es —respondió Drasco—. Realmente diste una buena pelea al señorito.

Gero le miró entendiendo a que se refería. Era la segunda vez que hacía mención de ello.

—¿Me he creado algún problema? —tanteó.

Drasco sonrió divertido. «Lo está disfrutando». No contestó, esperó a que Enya lo hiciese.

—Cualquier otro se habría dejado vencer por un Dorias —explicó—. Has cabreado a una familia muy influyente. Si no te hubiese tomado como discípulo, probablemente habrías acabado muerto por lo que hiciste.

—¡¿Cómo dices?! —gritó Gero—. ¿Estamos locos o qué? ¿Matarme por eso?

Drasco rio al ver esa reacción.

—Por primera vez no soy yo el que la ha liado —celebró—. ¿Qué se siente al ser el problemático?

—Drasco, no me toques la moral—ladró Gero.

Drasco soltó una sonora carcajada.

—¡Vamos, hombre! —dijo—. Ya lo solucionaremos. Preocuparse no va a arreglar nada.

—¡Exacto! —exclamó Enya, tratando torpemente de participar en la conversación—. Ya lo solucionaremos.

Asentía con la cabeza tanto que resultaba incómodo de ver.

—¿Quieres tomarme como discípulo? —Gero entonces cayó en la cuenta de lo que había dicho.

Enya dejó de asentir y sonrió. Se levantó y agarró a Gero de las dos manos. Tenía la piel suave y delicada y le apretaba con fuerza.

—Cada maestro puede elegir a un discípulo al año para convertirlo en su protegido —explicó Enya —. Eso te convertiría en un estudiante de élite durante tu primer año de academia.

—¿Por qué me elegirías? —preguntó Gero—. ¡Perdí el combate!

—Yo también lo perdí hace diez años —confesó ella—. Los combates son para salvajes. Los sellos son el verdadero camino de la magia.

—¿Solo hace diez años que entraste en la academia y ya eres maestra? —preguntó Drasco.

Gero iba a hacer la misma pregunta. Aunque su maestra lo hubiese dicho, no se creía que solo tuviese treinta años. Pensó que sería de esas personas a las que no les gustaba decir su verdadera edad y, al parecer, Drasco había pensado lo mismo. Al fin y al cabo, el arte de los sellos llevaba décadas o incluso siglos desarrollarlo. Él mismo se consideraba bastante hábil, pero por lo que le había contado su padre, estaba muy lejos de ser considerado un maestro.

—Mi padre era el antiguo maestro de sellos de la academia. Llevo toda mi vida estudiándolos —explicó—. Bueno, técnicamente sigue siendo el maestro de sellos, pero no suele aparecer por la academia y llevo dos años haciéndome cargo de sus asuntos.

—¿Tomarme como alumno no te meterá en problemas? —preguntó Gero—. ¿Estás segura?

—Por suerte, Lagar pertenece a la familia secundaria de los Dorias y no tiene tanto poder —explicó Enya—. Imagino que con el tiempo esto se apagará; sobre todo, si te toman como estudiante de élite. Eso debería calmar bastante la cosa.

—¿Qué es eso de la familia secundaria? —preguntó Gero.

—¿De dónde habéis salido? —se sorprendió Enya.

«¡Mierda! He hecho demasiadas preguntas».

Se habían confiado y esa mujer les había hecho bajar la guardia a pesar de no saber nada de ella. Veniden estaba llena de detractores de los demonios y no sabían qué clase de persona era ella.

—Él es de Auten y yo soy de Grangal —explicó Drasco—. Nos conocimos por el camino y llevamos un tiempo viajando juntos.

Gero no dijo nada; Drasco había reaccionado deprisa. Si decían que eran de Veniden, esa mujer no les creería. A pesar de que Auten y Grangal tenían sus propias academias, la de Veniden seguía siendo la más prestigiosa, por lo que muchos jóvenes viajaban para intentar ser aceptados allí.

—No sois de cuna, ¿verdad? —preguntó entonces Enya.

Ambos lo negaron. Estaba claro que el origen de Drasco debía permanecer oculto a toda costa.

—Bueno, eso nos dará algún problema con los Dorias —reconoció Enya—. Pero creo que nada serio. Las familias poderosas suelen dividirse en tres ramas. La familia principal, la familia secundaria y el servicio. La familia principal son descendientes directos. La familia secundaria son personas que han reclutado y que son tan poderosos que les han concedido el honor de poder usar su apellido. El servicio lo compone aquellos que han sido reclutados, pero no están a la altura de llevar el apellido familiar.

Drasco asentía mientras hablaba. Al parecer se le daba mejor disimular de lo que parecía. Era evidente que ya lo sabía y que se había hecho el tonto.

—Una pregunta… —Gero no llegó a formularla y Enya pareció leer lo que quería saber.

—Lagar tiene mucho talento y tendrá bastante prestigio dentro de la familia —explicó Enya—. Puede que incluso lo casen con una figura menor de la familia principal. Para eso está la familia secundaria, para asegurarse de que las siguientes generaciones serán tan fuertes o más que las anteriores.

—Como el ganado —dijo Drasco.

—¡Exacto! —confirmó Enya sin pensarlo. Cuando se percató de lo que había dicho se sonrojó—. Bueno, a ver… No exactamente…

—¿Por qué te estás metiendo en tantos problemas por nosotros? —cuestionó Gero. Algo en esa situación no le cuadraba.

La maestra agarró su silla, se acercó a la cama de Gero y se sentó frente a él.

—¿Qué edad tienes? —preguntó.

—Dieciocho.

—Formaste más de una veintena de sellos mientras ese salvaje convertía el escenario en un infierno —expuso Enya—. Estoy bastante segura de que los improvisaste, ya que no creo que hubieses practicado ese tipo de sellos antes. Eso quiere decir que lanzabas sellos que nunca habías hecho antes con magia de hielo al mismo tiempo que corrías por un escenario lleno de fuego. Te das cuenta de que esa habilidad no es común, ¿no?

—¿De qué me sirvió? —gruñó Gero—. En definitiva, perder es perder.

—Bueno, te sirvió para convertirte en un estudiante de élite —respondió Drasco—. Al final, solo cinco magos y tres guerreros de sangre han logrado eso.

—Élite… —Se sentía como un impostor al pensarlo. Sabía que sería el único que habría conseguido ese honor a pesar de haber perdido el combate. No estaba seguro de merecerlo.

—¿Cómo has quedado con ese asunto? —Recordó la conversación que había tenido con Drasco y de cómo había rechazado ese puesto.

—Tras terminar los combates, me lo volvieron a ofrecer y he aceptado.

Gero asintió satisfecho. A pesar del problema que había podido causar con la familia Dorias, se habían podido colocar bien en la academia. Todavía no tenía claro cuáles eran las ventajas de ser un alumno de élite, pero si pretendían infiltrarse en puestos altos del ejército, su rendimiento en la academia iba a ser clave.

14. TEILAN

Teilan y Owen habían llegado a una pequeña aldea situada a solo un par de días a pie al norte de Ódise. Se veían obligados a viajar a pie, ningún animal estaba dispuesto a dejar que Owen lo montara.

La aldea consistía en una veintena de casas que se alzaban en lo alto de una colina. Eran casas de madera con gigantescos tejados a dos aguas, hechos de paja u otros tipos de hierbas. Las paredes estaban construidas de madera con arcilla rellenando los huecos.

La influencia de Auten se veía en las zonas arrasadas por la guerra, pero las poblaciones aisladas como esta y aquellas ciudades que se rindieron conservaban la arquitectura tradicional de Dierin. Teilan la observaba con curiosidad y tristeza. Cayó en la cuenta de que no sabía nada de su tierra original.

—¿Descansamos allí? —preguntó Owen.

Estaba oscureciendo y la noche apuntaba a que sería lluviosa. No era difícil adivinarlo, considerando que en Dierin casi siempre estaba lloviendo. Hacía que los paisajes fuesen verdes y frondosos, pero para viajar resultaba de lo más incómodo. Sobre todo, si tenías que dormir al aire libre.

Las casas formaban un círculo, era una forma de construcción habitual en ese reino. Normalmente rodeaban un pozo que alimentaba a toda la aldea, aunque teniendo en cuenta que esa estaba ubicada en lo alto de una colina, el pozo seguramente estaría fuera del pueblo. Muchas aldeas mantenían esa forma solo por tradición.

—Parece que hoy tendremos suerte —dijo Teilan al ver lo robustas que eran las casas.

Las calles estaban limpias, los tejados de la mayoría de casas, enteros, y el ambiente embriagaba por el olor a leña y humo. Llevaban dos días viajando y era la primera aldea que se encontraban que no estaba abandonada. No es que fuera un problema, en la anterior habían podido dormir a cubierto en una casa vacía, pero la idea de una taberna y un plato caliente resultaba muy tentadora.

Llegaron a la entrada y había dos demonios haciendo guardia. Sus ojos, de un grisáceo pálido, delataban que eran esclavos, aunque no se viera la marca. Owen maldijo sin levantar la voz para no ser oído. La población era muy extensa y colocar una marca de esclavo era caro, por lo que solo una minoría la llevaba. Eso significaba que algún noble, mercader o mercenario con dinero habitaba esa aldea. No era bueno llamar la atención de alguien así.

—¡Alto! —ordenó uno de los guardias—. ¿Cuál es la razón de vuestra visita?

—Estamos de paso. Nos dirigimos al norte —respondió Owen—. Solo buscábamos un lugar donde dormir.

Los estudió de arriba abajo. Owen era un hombre negro en sus treinta. Sus rasgos denotaban que era originario de las tierras del oeste. Teilan, en cambio, era un joven que estaba en los huesos. De piel morena y pelo negro y largo. Lucía una barba desordenada que le daba un aspecto salvaje y rudo a pesar de no llegar a la veintena.

Teilan había recibido esa mirada muchas veces desde que estaban en Dierin. No eran padre e hijo y él tampoco parecía humano. Los humanos no pasaban hambre en ese reino. Esperó pacientemente

la siguiente pregunta.

—Claro. No hay problema —respondió el guardia—. ¿Quién es vuestro amo?

Odiaba esa pregunta con todo su ser. No había crecido como príncipe, pero algo se le revolvía dentro cada vez que se trataba así a su pueblo. Owen le dio un codazo y Teilan volvió en sí. Seguía costándole controlar su ira, aunque llevase días sin transformarse. Se había convertido en parte de su carácter.

Los demonios libres, aquellos que no llevaban marca de esclavo, requerían de un permiso especial para poder viajar por el reino. Este permiso debía ser otorgado por su dueño o por alguien que los había contratado para realizar alguna labor.

—Soy mercader de esclavos —comenzó Owen mientras sacaba un documento—. Este es mi porteador. Nos dedicamos a viajar buscando esclavos bajo pedido.

—Está en los huesos —dudó el guardia al mirar a Teilan—. No me parece que hicieras muy buena compra para un porteador.

Owen rio ante el comentario. Teilan tuvo que controlarse para no darles una lección a los dos.

—Yo mismo lo he pensado en alguna ocasión —replicó Owen—, pero fue barato y tiene potencial.

—No sé yo… —insistió el guardia mientras analizaba una vez más a Teilan—. Parece que vaya a caerse muerto en cualquier momento.

—Comprar barato y vender caro —insistió Owen—. A veces hay que arriesgar para ganar.

El documento que sacó listaba una serie de demonios con ciertas características o habilidades requeridas. Era extenso, habían trabajado bastante en ello. La mayoría de los guardias lo daban como bueno sin mirarlo.

—¿Tenéis autorización? —preguntó entonces.

Esta no era una de ellas. Owen le miró, valorando su expresión. ¿Buscaban un soborno? Teilan miró a su compañero de viaje a ver qué hacía. Confiaba plenamente en su juicio. Este no intentó sacar su bolsa. Al parecer, el dueño de ese par de esclavos no necesitaba las monedas de un viajero.

—La tenemos, pero ya no es válida. Llevamos tiempo en el territorio, así que no hemos tenido tiempo de renovar nuestra autorización. —Owen sacó un documento con el cuño del antiguo duque de Novanta.

Lo habían robado de su despacho. Al parecer, el duque comerciaba con esclavos y tenía varios de esos documentos para avalar a sus comerciantes. Owen había asegurado que sería de utilidad y había tenido razón. Sin embargo, la noticia de lo sucedido en Novanta se había extendido y su validez empezaba a ser cuestionada.

El hombre los miró y frunció el ceño. Lidiar con guardias esclavos era siempre complicado. Si no lo eran, era fácil sobornarlos, pero si tenían el sello colocado no podían hacer nada que supusiera una traición para sus amos.

—Tendrán que esperar aquí un minuto —declaró al fin y su compañero corrió hacia el interior de la aldea.

No les hicieron esperar mucho, en apenas un par de minutos, el guardia volvió junto a un hombre de aspecto alegre. Vestía una ostentosa túnica, demasiado llamativa para un terrateniente que se encontraba en mitad de la nada.

—Parece que vamos a tener suerte —susurró Owen.

—¿Por…?

—¡Owen! Querido amigo, ¿eres tú? —exclamó el hombre.

—¡Kalahar! ¿Cómo estás, viejo zorro? —Owen sonrió como nunca lo había hecho.

El noble los alcanzó y se abrazó a Owen ante la incrédula mirada de los guardias. Compartieron una serie de saludos corteses y fanfarronadas. A Teilan le resultó extraño ver una sonrisa tan sincera. Nunca lo había visto sonreír así.

—Pasad, pasad —insistió al fin Kalahar—. No os quedéis en las puertas, dentro tendremos más intimidad.

Les guiaron al centro del pueblo, a una casa no mucho más grande que las demás. Tenía un poco de jardín, a diferencia del resto, pero era todo bastante humilde considerando lo ostentosa que era la ropa y las joyas que lucía el hombre.

Una vez entraron, se encontraron solos en una sala con la chimenea encendida. Un esclavo, alto y esbelto esperaba alguna orden en una esquina de la habitación. Era un demonio extraño. Teilan no era capaz de adivinar cuál era su bestia interior. Tenía rasgos afilados y el rostro cubierto de vello marrón claro. La cantidad de variedades de bestia eran innumerables, por lo que no le dio más importancia.

—Bueno, ¿quién es tu amigo y qué os trae por estas tierras? —preguntó Kalahar—. Si se puede saber…

Owen miró a Teilan. Era un aviso para que le siguiera el juego. Al parecer, por muy amigos que fueran, eso no significaba que se fiara de él.

—Nos dirigimos al norte —respondió.

—¿Rinea?

—Mucho más al norte. Cruzaremos a Calabia.

Teilan lo miró sin saber por qué le estaba dando tanta información. Por un momento, había pensado que le mentiría.

—¿Y qué se os ha perdido allí? —preguntó Kalahar—. Esas tierras están muertas. Son demasiado peligrosas para habitarlas desde hace siglos. Allí solo viven algunas tribus de chiflados que solo piensan en luchar contra bestias.

De pronto, pareció comprender algo y estudió a Teilan.

—Necesitamos ayuda para cruzar Dierin —anunció Owen—. Pagaremos bien por una autorización.

Kalahar no dijo nada, su mirada estaba fija en Teilan. Finalmente, suspiró y se puso a buscar en un escritorio. No parecía que le diera mucho uso. La mesa estaba llena de polvo y ni siquiera sabía dónde tenía puesto los papeles. Empezaba a pensar que ese hombre solo era apariencia.

—Espero que no me estéis buscando un lío —gruñó—. Si pierdo este chollo, te haré compensármelo.

Owen rio.

—A todo esto, ¿cómo lo has conseguido? —preguntó Owen—. La última vez que te vi traficabas con armas espirituales en Grangal.

Teilan se quedó atónito al escuchar eso. Este hombre era un delincuente y de los grandes. Las armas espirituales eran tesoros de cada nación. Él sabía lo afortunado que era de tener la suya, sobre todo, siendo un mago. Aunque no estaba prohibida su posesión, la mayoría de estas armas tenían un dueño. Por lo tanto, para poder venderlas, primero tenías que matar a la persona a la que estaba vinculada.

Kalahar sacó un folio y se sentó en su escritorio al tiempo que invitaba a Owen y a Teilan a sentarse frente a él. Sacó una pluma y tinta y empezó a escribir. Prestaba especial cuidado a su escritura, haciendo trazos lentos y revisando cada palabra que escribía. Parecía obsesionado con que quedara perfecto.

—Dierin es la tierra de las oportunidades —explicó—. Si le eres útil a un noble y le caes bien, te concederá un título menor y te permitirá hacerte cargo de parte de sus tierras. Incluso me ha concedido tres esclavos con sello y te aseguro que son de mucha utilidad.

Teilan apretó el puño al escuchar esas palabras, pero procuró parecer lo más calmado posible. El hombre terminó de garabatear el documento y se lo entregó a Owen.

—Con esto, podréis moveros libremente por el reino —explicó—. Lo único que os pido es que no afecte a mi imagen.

Owen lo agarró y lo leyó con detenimiento. Teilan revisó el documento con disimulo para descubrir que apenas se entendía lo que ponía. Tenía la peor caligrafía que había visto en su vida y comprendió que probablemente el tiempo que había tardado en escribirla se debía a la falta de costumbre.

—¿Cuánto te debo? —preguntó cuando terminó.

—Tómatelo como un regalo a un viejo amigo —respondió Kalahar con una sonrisa—. La casa de enfrente está libre, podéis quedaros el tiempo que necesitéis.

—Te lo agradecemos —dijo Owen.

Kalahar se levantó, estiró la espalda y se dirigió a una pequeña barra que había en un extremo. Tenía sofisticadas licoreras sobre un tapizado de cuero.

«Me da que a esas licoreras le da más uso que a la pluma».

—¿Queréis una copa? —preguntó mientras se servía una.

—Si no te importa, estamos cansados —respondió Owen—. Me tomaré encantado esa copa mañana.

Se quedó parado un instante, terminó de servir su copa y suspiró.

—Está bien —aceptó—. Ordenaré que os lleven algo para cenar. Podéis iros.

Ambos se levantaron. Teilan había estado deseando hacerlo desde el principio. Había algo de ese hombre que no le gustaba y, por la cara de Owen, parecía que no era el único que pensaba así.

No dijo nada, se esperó a estar solos para exponer su preocupación. Entraron en la estancia; estaba cubierta de polvo, como si nadie hubiese entrado allí en mucho tiempo.

—Algo no encaja —dijo Teilan mientras buscaba la cama más cercana.

—Bueno, es un cretino y un tipo peligroso. No te lo voy a negar —respondió Owen—. Pero este documento nos será de utilidad para cruzar el puente del río Tein una vez lleguemos a Rinea.

—Supongo —respondió con un bostezo—. Creo que no voy a cenar, me voy a dormir.

Owen lo miró con preocupación, pero, por suerte, no dijo nada y no tuvo que discutir. Owen se acercó a una ventana y comenzó a mirar el exterior. Era un paranoico. Siempre estaba obsesionado con la seguridad, pero Teilan no se quejaba por ello. Le quitaba una preocupación.

—¿Pasa algo? —preguntó Teilan.

—Espero que no —respondió—. Tú duerme. Mañana será un día largo.

No era un edificio grande, pero al tener dos plantas le permitía tener dos habitaciones en la parte superior. Teilan escogió una, le quitó un poco el polvo a la cama y se acostó. Ni siquiera se entretuvo en desvestirse y no tardó en dormirse. Últimamente estaba siempre agotado.

15. TEILAN

Teilan se despertó desorientado con una mano que le tapaba la boca.

—¿Qué…

—Shhh —interrumpió Owen en la oscuridad.

Este se acercó a la ventana mientras Teilan se incorporaba aturdido. No sabía cuánto hacía que se había acostado, pero seguía siendo de noche. Owen miró por la rendija que quedaba entre las cortinas y le hizo un gesto para que se acercara a echar un vistazo. El joven obedeció tratando de hacer el mínimo ruido posible.

—¿Qué está pasando? —preguntó con un susurro mientras observaba el exterior.

Vio cómo una multitud rodeaba la casa. Se movían de forma silenciosa, debían de estar bien instruidos. Si no hubiese estado Owen allí, ni se habría dado cuenta hasta que tal vez fuese ya demasiado tarde.

—Nos ha vendido —aseguró Owen—. Esos son del ejército, así que ya sabemos a qué noble le ha rendido pleitesía Kalahar.

—¿Jadea Norma?

Owen le respondió asintiendo con la cabeza.

Los soldados vestían con armaduras ligeras fabricadas en cuero barato, propias del ejército de la regenta de Dierin. Era una indumentaria económica pero robusta, que facilitaba también distinguirlos de aquellos que servían a algún noble local. Estos últimos debían pagar cuantiosos impuestos por cada soldado a sus órdenes y hacía que tuviesen menos efectivos, pero mejor equipados.

—Pero ¿cómo pueden estar ya aquí? —insistió Teilan—. Apenas acabamos de llegar.

—Habría una pequeña compañía por la zona —dijo Owen—. Esto va a ser problemático. Mira a ver si por detrás hay tantos.

Teilan se dirigió a la parte de atrás tratando de recordar la formación que recibió de Siro en Novanta. No había seguido puliendo sus habilidades en el arte del sigilo y nunca fue especialmente bueno en ello, pero logró llegar a la otra habitación del piso superior sin hacer ruido. Desde la ventana pudo ver más tropas. El número empezó a preocuparle.

Volvió a donde estaba Owen, que seguía vigilando los movimientos del enemigo por la ventana. Estaba completamente inmóvil y de no haber sabido que estaba en la habitación, Teilan ni tan siquiera habría percibido su presencia.

—También lleno de gente —informó—. Vamos a tener que salir de aquí empleando la fuerza.

—¡Será desgraciado! —gruñó Owen—. Tendría que haberlo sabido. Ese desalmado no hace nunca nada gratis.

—¡Owen! —gritó Kalahar desde el exterior—. Sé que estás despierto. Es imposible que tanto movimiento haya pasado desapercibido. Sal de ahí.

A Teilan le sorprendió esa afirmación. Sabía que su compañero de viaje estaba siempre alerta y era muy hábil, pero él no había escuchado absolutamente nada. ¿Cómo podía Kalahar tener tan claro que habían sido detectados?

Miró a Owen esperando indicaciones sobre qué debía hacer ahora.

—A mí no me mires —susurró Owen—. Tú eres el jefe. ¿Qué quieres hacer?

—¿Te parece el momento para esto?

Owen sonrió. «¿Por qué sonríe?». El hombre con el que se había estado abrazando hacía solo unas horas los había traicionado y no parecía sorprendido al respecto.

Tenía un carácter extraño. En ningún momento había dicho que quisiera que lo tratase como si fuese su jefe. Owen había decidido que le serviría como agradecimiento por haberle devuelto su libertad y, aunque Teilan le había insistido que se olvidase de ello, se negaba a hacerlo. Había hecho la promesa de servirle y pensaba cumplirla.

No entendía cómo una persona con su pasado podía tener esa personalidad. No le parecía natural. Además, conocer a Kalahar solo había hecho que aumentara su incertidumbre. ¿Cómo podía confiar en Owen sabiendo que se había pasado la vida junto a ladrones, mentirosos y traidores? Sin embargo, algo en su interior le decía que no le traicionaría. Tal vez fuese el vínculo de espectro que los ligaba, pero tras meses juntos, Teilan había advertido que el grangaliano se regía por un extraño sentido del honor. No diría que era una buena persona, pero tenía principios y era fiel a ellos.

—Me va a tocar decidir, ¿verdad? —se aseguró Teilan antes de decir nada más.

Todavía tenía la esperanza de no tener que tomar la decisión que sabía que tenía que tomar. Su compañero de viaje asintió sin apartar la vista de la ventana.

—¿Tienes el documento? —preguntó Teilan.

—Sí, ya está todo listo.

—Pues habrá que abrirse paso —declaró—. Espérame aquí.

Owen frunció el ceño al escuchar eso.

—¿Qué pretendes? —cuestionó.

Teilan no respondió. Agarró su bastón, se lo puso en el cinturón y bajó las escaleras preparándose para lo que venía. Llegó a la puerta y respiró hondo. Se sentía con bastantes fuerzas, aunque ahora se arrepentía de no haber cenado. No utilizar el poder del espectro parecía haberle hecho recuperar parte de su salud y su apetito. En esos momentos se sentía famélico.

—Es hora de averiguar qué puedo hacer sin él —susurró para sí mismo.

Abrió la puerta y salió del edificio con las manos en alto.

—No me hagáis daño —rogó—. Me entrego.

Se dirigió a Kalahar lentamente, pero este no dudó en alejarse al ver las intenciones del joven. El terrateniente se colocó detrás de los soldados dando a entender que no le daría la oportunidad de acercarse más.

Teilan miró a su alrededor. Sin pararse a contarlos, estimó que habría un centenar de militares, tal vez más. Como había dicho Owen, lo más seguro era que hubiera una compañía entera emplazada cerca de la aldea. Sería imposible movilizar tanta gente en tan poco tiempo de no ser así.

«Maldita nuestra suerte».

—¡Owen! —gritó de nuevo Kalahar—. Sal de ahí cobarde.

—¿Te escondes detrás del ejército de Jadea y te atreves a llamarme cobarde? Yo de aquí no salgo. ¡Ven a buscarme! —gritó Owen desde la casa ganándose las risas de los soldados. No parecían respetar mucho al señor de esas tierras.

Kalahar se puso rojo como un tomate. Por lo poco que había conocido de él, ese hombre parecía obsesionado con su apariencia. Era lo más importante para él y esa respuesta lo cabreó hasta el

punto de estallar al escuchar las risas.

—¡¿A qué estáis esperando?! —aulló—. Entrad y sacadlo. Vivo o muerto. Me da completamente igual.

—Voy a tener que discrepar —dijo Teilan.

Su calma hizo que el ambiente se volviera extraño. Algunos hombres incluso desenfundaron sus armas para apuntarle. Caminó hasta el centro de la plaza y los miembros del ejército le rodearon, ignorando las indicaciones de Kalahar. El joven alcanzó con una mano su bastón y lo sacó de la funda. Lo empuñaba en una mano, todavía sin convertir. El factor sorpresa era muy útil con esa arma.

—Estáis bien entrenados, tenéis buen instinto —alabó Teilan al darse cuenta de que no parecían subestimarle. Incluso aquellos que estaban al otro lado de la casa fueron a enfrentarle—. Es una pena que tengáis que morir.

Conforme decía eso, dos docenas de orbes de fuego iluminaron toda la plaza a su alrededor deslumbrando a los presentes. Los soldados, asustados, sacaron las armas lo más rápido que pudieron. Por su reacción, no había magos o guerreros de sangre entre sus filas.

Sin dejarles tiempo para acostumbrarse a la luz, alzó la mano y sobre ella se formó un fino aro negro que consumía toda la luz que había a su alrededor haciendo que Teilan se sumiera en las sombras.

El aro creció hasta ser más grande que él y descendió hasta la altura de su cintura, rodeándole. Los soldados corrían empuñando sus armas, tratando de alcanzarle. Sus ojos no debían de haberse acostumbrado todavía al fogonazo de luz, ya que se movían torpemente chocando unos contra otros, incluso tropezando y cayendo. Aun así, parecían ser conscientes de que no tendrían tiempo para esperarse y cargaban con todas sus fuerzas. Teilan sintió un escalofrío al ver lo bien entrenadas que estaban las tropas de Jadea. No habían dudado ni un instante y habían actuado todos al unísono.

Antes de que llegasen a él, Teilan lanzó un aullido de guerra con la mano aún en alto y el aro se abrió como un destello a su alrededor. Alcanzó a los soldados más cercanos, pero no se detuvo y continuó expandiéndose. Los cortaba por la mitad sin darles tiempo siquiera a gritar y, en un instante, alcanzó los edificios que circundaban la plaza. Justo antes de golpearlos, Teilan disipó el conjuro para evitar hacer daño a los habitantes de aquel lugar. Aunque no los conociese, lo más seguro era que fuesen demonios inocentes, propiedad de Kalahar. Era lo más habitual en ese tipo de aldeas.

De pronto, escuchó a lo lejos algunos chillidos. Provenían de detrás de la casa donde habían dormido él y Owen. Tal vez algunos de los soldados se habían quedado atrás para evitar que su compañero escapase. Por cómo había sonado, no tendría que preocuparse de ellos. No llegarían muy lejos.

Después, solo reinó el silencio. Teilan se sintió vacío en ese momento a pesar de que acababa de matar a un centenar de personas. Pensó un instante en las familias y seres queridos que pudieran tener. Se esforzó por empatizar, pero no pudo. Le era indiferente y a lo sumo, le molestaba el olor a sangre. Sus muertes le habían desagradado y eso era lo único que podía sentir.

Tal vez era por lo fácil que le había resultado. Tal vez porque sabía que esos hombres eran los que esclavizaban a su pueblo. No era capaz de decidir cuál de las dos sería la razón; tampoco le importó. No eran gente inocente y no le valía que solo acatasen órdenes. Merecían morir.

Notó cómo la ira comenzaba a acumularse en su interior. Sus venas palpitaban y le ardían. Trató de calmarse y, por suerte o por desgracia, las casas a su alrededor comenzaron a iluminarse. Eso lo devolvió a la realidad para darse cuenta de la masacre que había a su alrededor. «Tenemos que irnos».

—¡Owen! —gritó Teilan—. ¡Nos vamos!

Algunas puertas empezaron a abrirse. Hombres y mujeres aparecieron de todos los rincones de la plaza, abriéndose paso entre los cuerpos. Se oía el chapoteo de los pasos sobre el manto de sangre. En el pasado, algo así le habría revuelto el estómago, pero ahora no pudo evitar pensar en lo parecido que era el sonido al caminar sobre charcos de lluvia.

La gente empezó a rodearle y se estaba poniendo nervioso. Le verían el rostro y eso les traería todavía más problemas. En ese momento, sintió una vibración proveniente de su arma espiritual, que todavía llevaba en la mano. Sin darle tiempo a reaccionar, esta se convirtió en la lanza del rey. Creció hasta adquirir un par de metros de largo y tenía un cuerpo fabricado en acero, con un filo solo ligeramente más grueso que el mástil.

Era la primera vez que la veía adquirir su forma original desde que le aceptó como dueño. Sin embargo, había una pequeña diferencia en cuanto al aspecto que tenía en la vitrina de Grogo: en vez de conectar directamente el mástil con el filo, tenía una pieza que unía ambas partes y que mostraba en dorado el emblema del dragón imperial, el símbolo del antiguo Rey Demonio, y una borla roja atada justo debajo del emblema.

—¿Qué está pasando? —No había sido él quien ordenó al arma cambiar.

En un principio pensó que su arma le estaba incitando a luchar, pero él no quería hacer daño a demonios. Los hombres y mujeres que lo rodearon eran gente inocente que se había visto afectada por el resultado de una guerra en la que seguramente ni participó. No obstante, enseguida entendió que no era eso lo que su lanza deseaba. Sintió su voluntad y esta vez, en vez de notarla excitada como había sucedido en Ódise, estaba calmada y le transmitía esa calma haciendo que él mismo la sintiese.

Al ver el arma convertirse en la lanza del rey, sucedió algo inesperado. La gente empezó a arrodillarse ante Teilan. Decenas de personas hincaron la rodilla entre los cadáveres sin importarles la sangre que cubría el suelo. Sin importarles el grotesco escenario, todas y cada una de las personas se postraron y agacharon la cabeza ante Teilan.

—¿Qué…? —susurró sin saber qué estaba pasando.

Buscó a Owen, quien estaba en la puerta de lo que había sido su alojamiento. Tenía las bolsas preparadas y las había dejado caer incrédulo. Estaba tan sorprendido como él.

—¡El rey nos ha liberado! —gritó de pronto una mujer que estaba a pocos metros de él.

—¡Tiene el poder del rey!

Gritaban con todas sus fuerzas, entre llantos y alegría. Teilan los miró a los ojos, sintió su esperanza y notó que crecía en su interior una obligación más; una de la que no podría librarse.

Sin embargo, esta era distinta. Llevaba meses viéndolo en cada rincón que había visitado en Dierin. Había visto el sufrimiento de cada demonio. Esta no era una carga de la que quisiera librarse. En ese momento, ante la atenta mirada de esa gente lo supo. Esta era su razón de existir. La razón por la que debía seguir adelante.

16. JADEA

Jadea se paseaba sola por el castillo de los Eidech, antiguos reyes de Dierin. Miraba sus paredes, regodeándose por que ahora le perteneciesen. Desde donde estaba, se veía todo Fienar, la capital. Todo aquello que estaba ante sus ojos era suyo, por fin lo había logrado.

Había enviado parte de sus generales de vuelta a sus respectivos puestos con la orden de asegurar su autoridad en cada ciudad. A pesar de tener el control sobre el ejército, muchos nobles eran fieles a Auten u otros reinos. No obstante, confiaba en que esa parte del plan no sería la más complicada.

Desde que comenzó su regencia del reino, había limitado con impuestos la cantidad de soldados que un noble podía contratar en Dierin. Lo había hecho con la excusa de evitar posibles revueltas de aquellos que pudiesen aliarse con los demonios y para poder financiar la ocupación del territorio, pero la verdadera razón salía ahora a la luz. Desde un principio, su intención había sido usar esa ley para financiar su propio reinado y para debilitar a aquellos capaces de detenerla. Sonrió al pensar en ello.

Se quedó parada ante las puertas del salón de reuniones. En el interior, le esperaba una veintena de generales que no había enviado de vuelta. A ellos les correspondía cumplir una misión mucho más importante. A pesar de que Feliseo estaría demasiado ocupado recuperando Novanta como para apoyar la resistencia de los nobles locales de Dierin, sus informaciones estratégicas apuntaban que tendría menos de un mes hasta que la ciudad fronteriza cayese de nuevo. Debía ganar tiempo.

Respiró hondo y abrió las puertas de par en par. Sus generales la recibieron levantándose e inclinando la cabeza con respeto. Adoraba el cosquilleo que sentía cada vez que era tratada de esa manera, no se cansaba nunca de ello. Aun así, no lo mostró en su rostro.

«Una reina no debería mostrar una emoción tan embarazosa como el orgullo por algo tan nimio», se dijo.

—Veo que ya estamos todos. —Sabía que era así, nunca se retrasaban y ella siempre se aseguraba de llegar la última.

Se puso al frente del grupo y se sentó en el trono. Le gustaba cómo le quedaba, empezaba a verlo como una prolongación de su autoridad. Aunque tendría que quitar el dragón. Ya iba siendo hora de hacerlo suyo.

Doce magos y ocho guerreros de sangre esperaban de pie sus indicaciones. Los generales no vestían sencillas armaduras de cuero como las tropas, podían elegir sus propias vestimentas. Los magos solían elegir ropa ligera y cómoda. Algunos, los más clásicos, seguían usando túnicas. Sin embargo, eso era una moda del pasado y resultaban incómodas para viajar. Solo un par de los presentes lo hacían.

Los guerreros de sangre, en cambio, vestían distintos tipos de armaduras según su especialidad. Algunos se decantaban por armaduras gruesas y pesadas. Otros vestían armaduras de cuero, pero mucho más elegantes y elaboradas que sus tropas. Había uno que siempre lucía su torso desnudo, incluso en invierno.

«Un día de estos tengo que obligarle a que se vista». Jadea le miró de arriba abajo. Suspiró. Sabía que no lo haría, le gustaba demasiado lo que veía.

—Como ya sabéis, el resto de los generales está volviendo a sus respectivos territorios con la misión de reducir a aquellos nobles que puedan suponer una amenaza y reclutar a los que no lo sean. A poder ser, me gustaría que se pasasen a nuestro bando cuantos más mejor. De lo contrario, el reino se desestabilizaría todavía más.

Los generales la observaban en silencio. No podían estar más erguidos y apenas parpadeaban. Tantas personas poderosas mirándola fijamente pondría nervioso a cualquiera, pero a ella le resultaba tan natural como el respirar e incluso acrecentaba su confianza, ya de por sí desmesurada, en sí misma.

—También ordené, antes de haceros venir a todos, preparar compañías de élite en cada gran ciudad. Esos rebeldes han ido demasiado lejos y tenemos nuestras tropas demasiado separadas. Se están aprovechando de ello y necesitamos solucionar eso lo antes posible.

Jadea se levantó y se acercó a ellos. Estaba eufórica pensando en lo genial que era su plan. Comenzó a caminar entre los asistentes, que todavía se mantenían de pie. Debido a su menuda estatura, hubiese parecido una niña paseando entre adultos si no fuese por el profundo respeto que le tenían sus subordinados.

—Con los generales en la capital, se confiarán y atacarán a alguna de las grandes ciudades. Estoy convencida de ello y, como resultado, por fin podremos hacerles verdadero daño. No son tan fuertes como creen…, como les hemos hecho creer.

Rio y se ganó alguna sonrisa de complicidad entre los congregados. Eran inteligentes, probablemente ya se habían dado cuenta del plan antes de revelarlo.

—¿Cuál es nuestro cometido? —preguntó una de las magas—. ¿En qué podemos servirle?

Jadea agradeció la pregunta. Se estaba distrayendo y se había alejado del tema principal.

—Como ya sabréis, Feliseo se dirige a Novanta —explicó—. En menos de un mes, sus tropas se encontrarán con sus refuerzos de Nárandul a las puertas de la ciudad. No creo que ataque antes de eso. Por lo que tengo entendido, el ejército que ha enviado desde Vincel está bastante verde y no podrán recuperar la ciudad solos sin asumir una ingente cantidad de bajas.

Hizo una pausa dramática para crear expectación. Esperaba alguna pregunta más, algo de nerviosismo. Sin embargo, permanecieron todos callados esperando a que continuara.

«Son demasiado serios», se molestó.

—Iré al grano —gruñó—. Los eventos de Novanta nos han proporcionado una ventana en la que podemos estabilizar el territorio, pero tenemos demasiado poco tiempo y esa facción rebelde debe ser neutralizada antes de que Feliseo recupere Novanta.

—La ciudad caerá antes de lograrlo —apuntó un guerrero de sangre.

Era un hombre mayor, canoso y con algunas arrugas de expresión, pero de cuerpo ancho y atlético. A pesar de la brusquedad del comentario, la reina le conocía y sabía que era un rasgo de su personalidad. Era directo y simple, por lo que no se lo tomó mal, incluso utilizó su interrupción como conector para continuar con su discurso.

—Por eso necesito que ganéis tiempo —comunicó Jadea—. Como ya sabéis, un batallón de cada una de vuestras brigadas fue enviado antes de que vinierais a las cercanías de Novanta con la excusa de asistir en la recuperación de la ciudad.

Le encantaba escuchar su voz al explicar sus planes. Miró las caras de los generales para ver su asombro ante su ingenio. No mostraban ninguna emoción, pero ella sabía que en ese instante la estarían alabando por su grandeza.

—Con veinte batallones y los que ya estaban apostados allí, tendréis cerca de treinta mil soldados en las cercanías de Novanta. Quiero que ofrezcáis vuestro apoyo al nuevo gobierno de Novanta.

—¿Cómo? —preguntó Erack, un mago bajito y gordo—. ¿Quieres que les ayudemos?

Por primera vez, los generales fruncieron el ceño y comenzaron a discutir entre ellos. Algunos parecían entender los motivos de Jadea y defendían su postura. Otros, debatían que sus hombres serían más útiles apagando los fuegos rebeldes. Jadea esperó pacientemente a que se calmaran. Sabía que acatarían sus órdenes fuesen las que fuesen, pero comprender los motivos detrás del plan les haría estar más motivados. Estaba dispuesta a perder el tiempo que fuese necesario para lograrlo, al menos hasta que llegase la hora de comer.

Tras unos segundos de alboroto, se percataron de que su reina aguardaba mientras ellos discutían y se callaron para esperar una explicación.

—Vuestra misión será solo ganar tiempo —explicó—. Vuestra presencia en la muralla forzará a Feliseo a negociar. De lo contrario, tomaría la ciudad a la primera de cambio. Una vez empiecen las negociaciones, deberemos hacer que duren lo máximo posible. Una semana, dos o un mes. Todo el tiempo que logremos ganar es importante.

Los detractores de la idea enseguida sonrieron al entenderlo. Jadea disponía de casi trescientos mil efectivos repartidos por todo el territorio. Era insuficiente para detener los ejércitos de Auten. Sobre todo, si pedía ayuda al reino de Roidgen y Veniden.

—¿Qué pasa con el resto de nuestras brigadas? —preguntó una guerrera de sangre—. ¿Por qué no las hemos enviado enteras?

—Va a haber mucho caos por todo el reino —explicó—. Si descuidamos la presencia en el interior, los rebeldes podrían causarnos demasiados problemas. La idea no es combatir en la ciudad, sino demorar la lucha hasta que estabilicemos el país. Tras ello, vuestras brigadas se deberán reunir de nuevo en la frontera.

Volvieron a empezar los susurros. Era lógico, pues explicado de esta forma daba a entender que era una apuesta y que se veía obligada a dividir sus ejércitos.

—¿Qué debemos hacer en caso de que las negociaciones fracasen? —preguntó otro general.

Era la pregunta que estaba esperando.

—Feliseo no ha solicitado aún ayuda al reino de Roidgen y Veniden porque cree que nosotros le apoyaríamos. No invadirá solo una vez conozca nuestra traición. Por lo que, aunque las negociaciones fracasen, esto nos dará mucho tiempo para fortalecernos. Considerando la situación en la frontera con Grangal, no se arriesgará a debilitar tanto su ejército. Los monstruos del desierto cada vez atacan con más frecuencia y eso nos brinda una oportunidad.

Tras la explicación, comprobó en los rostros de los generales si comprendían el plan y resumió:

—Hay que retrasar el ataque a Novanta y estar preparados para cuando lleguen los refuerzos de los otros reinos. Nuestra opción para defender el reino es esa ciudad, por lo que bajo ningún concepto debe caer.

Conocía los riesgos, pero sabía que no habría una oportunidad mejor que esa. La guerra había pasado y los reinos humanos empezaban a reconstruir sus ejércitos, sobre todo Veniden. Además, el nuevo rey de Veniden parecía estar en mejores términos con el rey de Auten que su recientemente difunto padre, por lo que no dudaba en que lo asistiría en la recuperación de la ciudad.

—¿Está diciendo que quiere que defendamos la ciudad con el nuevo gobierno de Novanta? —dudó el mismo hombre—. Tengo entendido que apoyan a los demonios y su libertad. ¿Qué

haremos si se niegan a recibirnos?

—Bueno… —Sonrió con un aire misterioso—. Creo que sé cómo solucionar esa parte. De todos modos, ya averiguaremos qué hacer al llegar.

—¿Averiguaremos…? —susurró Erack, que se encontraba al lado de Jadea.

El hombre la miró extrañado. Ella sonrió, había estado esperando este momento durante días.

—Iré con vosotros.

17. Celia

Celia y Fara se encontraban en la entrada de Merecid y Fara, eclipsada, miraba la aldea. Celia se limitaba a esperar pacientemente a que su amiga se decidiera a entrar. Habían dejado atados los caballos a la entrada del pueblo y llevaban un rato allí.

Vera le había insistido a Celia en que se quedara a descansar en Novanta tras el ataque que había recibido, pero en esos momentos, viendo la mirada perdida de su amiga, supo que había hecho lo correcto acompañándola.

—Bueno, creo que va siendo hora —susurró Fara.

—Tómate el tiempo que necesites —respondió Celia—. Hoy tenemos todo el día si hace falta.

Se habían levantado antes del amanecer para llegar lo más pronto posible. Novanta se encontraba a un par de horas usando las monturas del duque. El norte de Auten era famoso por la cría de caballos bestia, los caythir, más fuertes y resistentes que un caballo normal, aunque también mucho más caros y solo accesibles para la nobleza. Por suerte, el duque ya no iba a necesitar los suyos.

Fara cerró los ojos, respiró hondo un par de veces y comenzó a caminar. Celia la siguió sin decir nada, aunque tampoco sabría qué decir. Al haberse criado sola con su madre, todavía tenía algunas dificultades para relacionarse con gente de su edad y esta situación la ponía muy nerviosa; temía decir algo que pudiera molestar o enojar a su querida amiga.

No tardaron en darse cuenta de que apenas había gente. Tras la caída de Novanta, proveer a la ciudad rebelde se consideraba traición, por lo que muchos habían optado por abandonar la aldea con sus reses para evitar el riesgo.

Los que se habían quedado se afanaban con sus quehaceres. Corrían de lado a lado mientras discutían entre ellos. Se les veía cansados y furiosos. Una mujer de mediana edad chocó contra Celia mientras trataba de amontonar sacos en un carro de caballos.

—¡Disculpa, hija! —jadeó la mujer sin parar de cargar sacos—. No te había visto.

Tenía casi una veintena más por cargar y se la veía completamente roja del esfuerzo.

—¿Te ayudo? —se ofreció Celia. Era un trabajo sencillo para dos guerreras de sangre, pero la mujer las miró con reticencia. Celia era una chica menuda y Fara, aunque fuese alta, era muy delgada. Ninguna de las dos parecía capaz de levantar aquellos pesados sacos considerando que la fornida señora apenas podía hacerlo.

No obstante, antes de que la mujer se negara, Fara agarró uno de los sacos y lo subió al carro sin mucha dificultad. Aquello dejó boquiabierta a la mujer que en ese momento pareció reconocer a Fara.

—¿Tú eres Fara, verdad? —preguntó—. La hija de los Neroit. No te veía desde…

No terminó la frase al ver que la luz en el rostro de Fara se ensombreció y rápidamente cambió de tema. Celia comenzó a cargar sacos también, aunque si a Fara le había costado poco levantar el peso, para ella era incluso sencillo hacerlo con una mano.

—Veo que te has vuelto muy fuerte —se sorprendió la señora.

—Mi maestra me hace trabajar duro —respondió sin entrar en más detalles—. ¿A dónde os dirigís todos?

La mujer se había tomado un descanso para respirar al ver que las dos jóvenes no tardarían mucho en cargar el carro entero. Miraba apesadumbrada una de las casas, probablemente era la suya propia.

—Algunos se marchan a Novanta a buscar el refugio de la muralla —replicó—. Otros se marchan al oeste con la intención de asentarse en alguna otra aldea del reino de Auten.

—¿A apoyar al hermano del monstruo? —espetó Fara cargando el último saco. Resultaba difícil de creer que los viejos caballos de aquella mujer fuesen a poder tirar de ese carro.

La mujer apartó la mirada avergonzada. Las historias de lo que sucedió con el duque habían llegado hasta aquí y, seguramente, hasta otras muchas partes del reino. Sin embargo, Celia sabía que muchos decidirían ignorarlas para poder mantener sus vidas. No se les podía culpar, la vida tras la guerra ya era complicada sin necesidad de nuevos enemigos.

—¡Ben! Sal ya, nos marchamos —gritó hacia la casa.

Un niño de unos tres o cuatro años salió de la vivienda sujetando un peluche. La mujer era demasiado mayor para ser su madre, por lo que debía de ser su abuela. No se veía a los padres por ningún lado y Celia se preguntó si habrían muerto durante el mismo ataque en el que murieron los padres de Fara. Miró a su amiga, que ahora se movía incómoda tras su agresiva contestación.

La señora ayudó al niño a montar en el carro.

—Gracias por la ayuda —murmuró antes de azuzar a los caballos.

Se marchó evitando la mirada de Fara mientras que el niño se despedía con la mano y una sonrisa. Tal vez pensase que se iban de excursión o algo por el estilo.

—Espero que encuentren paz allá a donde van —deseó Fara, aunque no parecía muy convencida de que fuesen a lograrlo—. ¿Continuamos?

Celia asintió y no tardaron en detenerse frente a una casa de madera. Era de construcción nueva, de una planta y bastante cuidada.

—Aquí solía estar la casa de mis padres —dijo Fara.

Había pedido a Vera que vendiese el terreno cuando se mudó a Novanta. A Celia le había parecido una decisión apresurada, pero en aquel momento tampoco tenía tanta confianza como para decir nada al respecto. Fara estaba convencida de que no iba a volver nunca. No obstante, delante de lo que un día fue su casa, rompió a llorar.

—¿Estás bien? —preguntó Celia.

—Sí —aseguró su amiga entre llantos—. Son muchos recuerdos.

Posó su mano sobre la valla y cerró los ojos. Se estuvo así unos segundos y dibujó una sonrisa triste en el rostro.

—Sigamos —suspiró al fin Fara—. Aquí ya está todo visto.

Había sido breve, esperaba que quisiera quedarse algo más de tiempo, pero no iba a ser ella la que le dijera lo que tenía que hacer. Se limitó a seguirla por la aldea hasta salir de ella por el lado este. Allí se podía ver el cementerio a un lado. Era el lugar que habían venido a visitar.

Fara comenzó a caminar, pero para sorpresa de Celia, pasó de largo y continuó hacia la cordillera Sgonna. Esta se elevaba más allá de las colinas, separada de la aldea por un pequeño bosque. Su visión era imponente, partía el continente en dos con sus inmensas paredes verticales.

—¿A dónde vamos? —preguntó extrañada.

—Hay un sitio más al que quiero ir —respondió Fara—. Es un sitio al que solía ir con Teilan y Gero algunas veces. No tardaremos mucho.

—Lo que necesites.

Llegaron al bosque que, a pesar de su tamaño, era muy frondoso, de pinos altos, gruesos y muy juntos. Caminaban por un camino de tierra allanado por animales y carros que serpenteaba por su interior. Era fácil desorientarse, ya que estaba repleto de bifurcaciones, pero Fara avanzaba sin dudar de sus pasos.

Se alejaron cada vez más. «¿A dónde me lleva?». Habría jurado que Fara quería visitar la aldea, pero no le había prestado casi atención. Llegaron a un río y, finalmente, su amiga se sentó en una roca junto al agua. Se mojó las manos y se lavó la cara.

—No sé si voy a poder. —Fara tenía la mirada ausente. Sus ojos seguían rojos de haber llorado y su cara, completamente pálida, empezaba a coger un color rosado a causa del agua fría que la bañaba —. Cada vez que vengo se me viene el mundo encima.

Celia la miró extrañada.

—Creía que era la primera vez que venías desde el ataque.

Respondió negando con la cabeza y Celia entendió todo en ese momento. Por eso le había pedido que la acompañase. Hubo otra época en la que Fara desaparecía con la excusa de dejarles tiempo a ella y a Teilan. Se ausentaba durante todo el día y siempre se mostró muy reservada con respecto a qué hacía.

Celia se sentó junto a su amiga, no sabía qué decir para ayudarla, así que se limitó a estar junto a ella. Era todo lo que podía hacer. Se quedaron las dos en silencio, escuchando el murmullo continuo del agua que parecía relajar a Fara.

—Siempre que vengo a Merecid acabo aquí —confesó—. Solía ser mi lugar favorito. —Sonrió—. Aunque a mi madre no le gustase que me juntase tanto con Gero y con Teilan, me escapaba siempre que podía para venir aquí con ellos.

—Es un lugar precioso.

De pronto, y sin saber por qué, a Celia se le erizó el vello. Sintió algo que no sabía muy bien qué era. Sus ojos se desviaron hacia el este, hacia la gigantesca pared que formaba la división entre Auten y Dierin. Algo la llamaba.

Cuando volvió en sí, estaba de pie. No sabía cuándo se había levantado. Miró a su amiga, confundida.

—Fara —llamó—. ¿Qué hay allí?

Señaló hacia donde sentía esa presencia. Algo trataba de llamar su atención. Fara la miró extrañada.

—¿Cómo sabes que está ahí?

—¿Cómo dices?

Fara se levantó y agarró a Celia de la mano.

—Sígueme.

Ambas pasaron la colina y caminaron hasta la pared que, imposible de escalar, se alzaba imponente hasta el cielo. Allí había una grieta que se adentraba en la roca. Celia sentía que ese lugar la llamaba o, mejor dicho, tiraba de ella.

—¿Qué es este sitio? —preguntó mientras se acercaba.

Fara la soltó. No avanzó más.

—¿Qué pasa? —preguntó Celia—. ¿No vienes?

—No quiero —respondió Fara. Su voz sonaba extraña. Asustada—. No voy a entrar ahí.

Celia miró el interior de la grieta. No parecía haber nada especial en el interior, pero el camino se torcía hacia el lateral y no podía ver más allá de unos pocos metros. ¿Qué era lo que la asustaba?

—¿Qué hay? —insistió Celia.

—No lo sé. Hay algo de este lugar… —balbuceó Fara—. No sé cómo explicarlo. Solo Teilan se atrevía a entrar.

No podía entender por qué decía eso. Lo describía como un lugar aterrador. Sin embargo, a ella le transmitía un aura tranquila y acogedora que era evidente que no se parecía en nada a lo que sentía Fara.

—Voy a entrar —declaró—. Quiero ver qué hay dentro.

Saber que solo Teilan había entrado era otro factor que la llamaba todavía más. Necesitaba averiguar qué ocultaban esas paredes. Nunca había sido una persona aventurera o incauta, pero sin esperarse a que opinara Fara, se metió en la grieta.

Siguió la senda a través de la roca. Acariciaba las paredes con las manos a su paso. Estaban heladas y eran completamente lisas. La roca era oscura y apenas llegaba un hilo de luz que se colaba sobre su cabeza. Solo alcanzaba a ver unos cuantos pasos por delante de ella. El ambiente era húmedo, más que en el exterior.

No tuvo que caminar mucho cuando la senda se abrió para dar paso a un recinto lleno de una espesa niebla. Miró hacia atrás, la niebla no se extendía hasta el camino que había tomado. Parecía solo existir en el espacio que tenía delante y no querer salir de aquel lugar. Apenas podía ver, pero se adentró un poco a ver qué encontraba.

A los pocos pasos resbaló y estuvo a punto de caer. Se agachó y vio que a sus pies había una balsa de agua. Trató de ver más allá y vió que había más balsas, delimitadas por rocas resbaladizas que formaban caminos.

—¿Qué es este lugar? —susurró para sí misma.

Continuó hacia dentro y llegó a una intersección. Portaba un pequeño cuchillo, por lo que se acercó a una roca para realizar una muesca y así asegurarse de marcar el camino de vuelta. Aquel lugar parecía grande, se podría perder con facilidad con tanta niebla. Eligió la roca más alta, que le llegaba un poco por encima de la cintura.

Para su sorpresa, no tuvo que marcarla. Ya lo estaba. Había un par de flechas dibujadas. Una tenía dos plumas y apuntaba hacia donde había venido. La otra, una única pluma y se adentraba más en la niebla.

Guardó su arma y siguió la flecha con una pluma. La niebla se volvía cada vez más densa. La obligaba a caminar con cuidado de no resbalar buscando las señales que guiaban el camino. Recorrió varias intersecciones y cuanto más avanzaba, más dudas tenía de si era posible que algo así se pudiese crear de forma natural. Empezó a pensar que tal vez no había sido una buena idea entrar sola, pero recordar que Teilan entraba allí de forma habitual la hizo avanzar.

Al cabo de un rato, comprobó que la niebla empezaba a disiparse ante ella y poco después llegó a una gran balsa que estaba siendo alimentada por una cascada. Se acercó un poco más y descubrió que el agua era completamente transparente. Notaba el frescor en la piel, provocado por el agua que salpicaba al golpear con una inmensa losa que estaba donde caía.

Al pie de la cascada, su atención fue a parar a la grieta desde donde salía el agua. Estaba alta, pero podría alcanzarla. Desde que se había convertido en una guerrera de sangre, sus capacidades físicas habían mejorado significativamente.

Llevaba una mochila, un cuchillo y una chaqueta. Decidió dejarlo todo sobre una roca para aligerar peso. Además, probablemente se mojase al subir ahí, por lo que luego le vendría bien que la

chaqueta estuviese seca. A pesar de hacer todavía calor, se acercaba el otoño y el viento empezaba a ser frío en aquellas montañas.

Cogió carrerilla y se lanzó contra la pared. No había muchos sitios donde cogerse, por lo que del primer impulso se elevó más de dos metros hasta poder apoyar el pie en un saliente. Aprovechando la inercia, pisó sobre este y venció el par de metros que le quedaban para llegar hasta la cima, donde apoyó las manos y rodó hacia el interior.

El techo estaba a solo un metro del suelo y el agua trataba de arrastrarla hacia el exterior. Se agarró como pudo a un saliente. Resbalaba, pero lo consiguió. Notó cómo el calor era arrebatado de su piel, arrancándole hasta el aliento.

—¡Joder, qué frío! —exclamó—. ¿Quién me manda a mi meterme aquí?

Pero sabía por qué lo había hecho. Sintió esa llamada todavía más fuerte proveniente del interior de la cueva. Se estaba acercando a lo que fuese que la impulsaba a ir a ese lugar.

En el lateral del agua, había un camino de piedras. Salió del agua y se subió. No podía caminar erguida, pero al menos no estaba en el agua. Se arrastró hacia el interior de la cueva y por suerte no parecía muy profunda. Al fondo, se veía un hilo de luz que iluminaba tenuemente el paso.

A medida que avanzaba, el techo cada vez estaba más bajo. Había puntos en los que debía escurrirse entre las rocas. Las notaba pegadas a su rostro, frías y húmedas. Sus hombros apenas cabían por los huecos que dejaban. Su cabeza, debía girarla en ocasiones para poder seguir. Empezó a sentir pánico de quedarse atrapada. No sabía si iba a poder volver atrás. «¿Qué estoy haciendo aquí?». Le empezó a costar respirar.

Hizo un esfuerzo por respirar hondo, aunque sus pulmones no parecían querer abrirse y el aire se resistía a entrar en su cuerpo. Se sentía mareada. El pulso de la llamada la empujaba a seguir, pero nunca le habían gustado los sitios cerrados. Creía que las paredes la aplastarían. No pensaba de forma racional. «Tienes que respirar. No pasa nada». Comenzó a retorcer su cuerpo. Su corazón se aceleraba. Trató de respirar. Nada. «¡Me ahogo! ¡Me voy a ahogar aquí!». Intentó avanzar más deprisa hacia la luz, pero no sabía a qué distancia estaba. Los segundos se dilataban hasta parecer minutos.

Finalmente, y sin darse cuenta de cuánto tiempo había pasado, ya no se arrastraba. Hacía rato que estaba gateando, pero el agobio de la cueva había hecho que ni siquiera se hubiese percatado de ello. La luz iluminaba su alrededor, estaba llegando al final. Respiraba con dificultad, pero respiraba. No entendía lo que le había pasado; a pesar de odiar los espacios cerrados, nunca le había sucedido eso. Por un momento, había llegado a pensar que no podría salir de ahí sola.

Echó un último vistazo a la cueva y después se giró a contemplar a dónde había ido a parar. Lo que vio ante sus ojos la dejó anonadada. Ante ella había una enorme explanada con el suelo cubierto de hierba y las paredes tapizadas de enredaderas. Calculó que habría unos mil quinientos o dos mil pasos de un extremo al otro del lugar.

Un río nacía de una pared y cruzaba por en medio hasta llegar a la grieta de donde había salido Celia. En sus bancos, nacían extraños arbustos de hojas pequeñas y flores coloridas. Nunca había visto plantas iguales, cada pétalo combinaba varios colores. Se acercó a verlas de cerca, aunque no se atrevió a tocarlas. No sabía si serían venenosas y no le apetecía comprobarlo.

El césped era de un color verde intenso y estaba cubierto de gotas que brillaban al reflejar la luz. Celia caminaba inspeccionándolo todo y con mucho cuidado de no tocar nada que no debiese. Agradeció que en ese momento el sol se encontraba en su cúspide, justo sobre ella, calentando su cuerpo helado.

«Este lugar no es natural», pensó mientras paseaba por los jardines. Era imposible que aquellos jardines tuviesen ese aspecto sin ninguna intervención externa. Estaba todo demasiado cuidado. El césped tenía la longitud perfecta, así como el recorte de los arbustos. No parecía que nadie viviese allí, no vio estructuras ni signos de haber humanos, por lo que se decantó por pensar que todo aquello debía estar mantenido con magia.

Aquello le hizo de nuevo recordar que estaba allí sola y desarmada. Si era algún tipo de trampa, pagaría cara su imprudencia. Decidió que lo mejor sería volver, pero en ese momento, se dio cuenta de que en un extremo del jardín se alzaba una extraña estatua de mármol gris. Su intuición la avisaba de que debía marcharse, pero aquella llamada que había sentido desde antes de entrar en la gruta se hizo todavía más fuerte.

«Será solo un momento», se dijo a sí misma mientras se acercaba a inspeccionarla.

La reconoció enseguida; era el dragón imperial, la bestia interior de la familia real de Dierin y, por ende, la de Teilan. La estatua era el doble de alta que ella y mucho más larga. El nivel de detalle de la estructura era increíble. Cada músculo, cada escama y cada rasgo, por muy diminuto que fuera, estaba cuidadosamente elaborado. Se acercó para tocarla, ¡parecía tan real!

Posó la mano sobre la escultura y, para su sorpresa, un destello la cegó y cayó de rodillas.

* * *

«¿Dónde estoy? ¿Por qué mi cuerpo se mueve solo?».

Celia caminaba entre escombros. Se percató de su altura. «¿Por qué soy más alta?». El cuerpo no le respondía, intentó mirar abajo, pero solo podía mirar a su alrededor. «¿Qué lugar es este?». Estaba todo cubierto de humo, le escocían los ojos y resultaba difícil ver.

«Ha habido una batalla aquí. Una entre gente muy poderosa». Las paredes estaban hundidas, con trozos arrancados. Había inmensas columnas tumbadas y los suelos, llenos de grietas y agujeros. Caminó con cuidado, agachando la cabeza para evitar en lo posible el humo.

De pronto, frente a ella encontró un cadáver destrozado. Le faltaban miembros y su cabeza no estaba. No parecía haber muerto hacía mucho; tal vez solo unas pocas horas antes. Trató de apartar la vista, pero seguía sin poder controlar su cuerpo, que en vez de obedecer, parecía estar buscando algo.

«¿Qué busca?», se preguntó.

Se notaba muy cansada, tanto que no sabía cómo podía seguir en pie. Sin embargo, lo hacía y eso le hizo preguntarse qué era tan importante como para no poder parar un momento a descansar. Se volvió a fijar en el cadáver y cayó en la cuenta de que la ropa le resultaba conocida, pero antes de lograr hacer memoria, levantó la mano.

«¡¿De quién es esta mano?! —Se sorprendió—. ¿Esto… son los recuerdos de alguien?».

Trató de hacer memoria y lo último que le vino a la mente era haber tocado esa extraña estatua de un dragón negro imperial. El siguiente recuerdo era en esa sala, pero eso era imposible. Nunca había oído de alguien que pudiera ver los recuerdos de otra persona. La idea de que la magia pudiera llegar a ese nivel le resultaba escalofriante.

Era la mano robusta, morena y cubierta de suciedad de un hombre. Un pequeño punto negro apareció en el centro de la palma. Notaba que el poder que escondía ese diminuto conjuro era abrumador. Este hombre era poderoso, apenas sintió el esfuerzo para generar esa magia.

Apuntó al cadáver y el punto salió despedido de su mano adhiriéndose al cuerpo y explotando. «¿Qué clase de magia es esta?», pensó sin poder creérselo. La explosión fue gigantesca y la onda hizo que todo a su alrededor saliese despedido.

En ese momento se escuchó un aullido estridente que provenía del cuerpo. Después, solo el silencio acompañado por un suave llanto.

«¿Quién está llorando?». Celia trató de mirar a su alrededor, pero no lo logró. En vez de eso, se llevó las manos a la cara para descubrir que era ella quien lloraba. Su rostro estaba bañado en lágrimas.

«¿Lloro por el hombre al que acabo de matar? No entiendo nada».

Tras unos instantes, miró al fin a su alrededor. La explosión había disipado el humo y se veía con claridad el destrozo de la batalla que había sucedido ahí. Se encontraba en un salón inmenso de un castillo o un palacio, al menos ahora estaba segura de ello. Aunque costaba reconocer cómo habría sido antes de la batalla, debió ser un salón fastuoso antes del combate. Miró hacia arriba, la luz de las estrellas iluminaba la estancia a través del casi por completo derruido tejado.

Distinguió parcialmente los frescos de la pared más cercana a donde estaba. Le costaba enfocar la vista por el cansancio, pero la reconoció enseguida. Era de un dragón negro sobrevolando una ciudad ubicada en lo alto de una colina.

Cayó entonces en la cuenta de dónde estaba, recordaba esa estancia de uno de los viajes que había hecho con Vera. Estaba en las ruinas del castillo de la antigua ciudad de Maom, el lugar donde sucedió la última batalla entre Dierin y los reinos de los hombres. Cuando la visitó hacía un par de años, estaba cubierta de vegetación, pero en esta visión estaba recién destruida, por lo que debían de ser recuerdos de alguien que estuvo en esa última batalla.

Comenzó a caminar de nuevo, abriéndose paso entre el desorden. Se dirigió hacia lo que parecía la salida, pero de pronto escuchó a su espalda el llanto de un niño. Sin saber de dónde sacaba las fuerzas, se giró y comenzó a correr. Con torpeza a causa del cansancio pero sin detenerse, forzó un cuerpo que hacía tiempo que ya no debería ser capaz de sostenerse en pie.

Al fondo de la sala encontró una puerta cerrada.

—¡Maldita sea! —aulló irritado.

Alzó la mano, la pegó a la cerradura y una explosión hizo volar ese trozo de puerta, lo que provocó que esta se abriese de par en par. Tosió y sintió una punzada de dolor en las sienes. Su mente estaba al límite y le resultaba difícil incluso pensar.

Había astillas de la explosión por todas partes, pero a Celia le sorprendió el control que tenía al usar una magia tan violenta. En el centro de la sala encontró una mujer tendida en el suelo. Corrió hasta ella.

—¡Alicia! —gritó con todas sus fuerzas, aunque no eran muchas.

Junto al cuerpo había un niño llorando. Se acercó apresuradamente y comprobó si la mujer seguía viva. Aunque sus ojos no reaccionaron, respiraba con dificultad.

—No se convertirá en un monstruo como su padre —susurró—. No lo hará.

Estaba delirando. En su mano había un frasco vacío; parecía haber ingerido veneno. El hombre cogió al bebé entre sus brazos. Tenía un ojo azul y uno gris, su piel era pálida y sus venas de color negro. Tosía y se retorcía de dolor. Parecía que también había sido envenenado.

«¿Es Teilan?», se sorprendió y finalmente comprendió de quién eran esos recuerdos.

Estaba viendo los recuerdos de Zarkon, del día en el que el Rey Demonio cayó. «¿Era del Rey Demonio el cuerpo que había destruido?». No estaba segura, pero su intuición le decía que así era.

La mujer debía de ser su madre, pero algo no cuadraba. Zarkon hizo el sacrificio del mago para vencer a Barick, pero todavía era capaz de usar sus poderes. No tenía ningún sentido.

El bebé tosió de nuevo y su pequeño rostro se cubrió de su propia sangre. Se estaba muriendo; su propia madre lo había envenenado.

—¡No, no, no, no! —repitió Zarkon una y otra vez—. No te puedes morir.

Una luz blanca se desprendió de sus manos, era magia curativa. El niño pareció calmarse un poco, pero no era suficiente para sanarlo. Su poder se había agotado hacía tiempo y apenas le quedaba suficiente para aliviar el dolor del niño. Ni siquiera eso duraría, pues la debilidad se apoderaba de él, su vista se emborronaba cada vez más y le costaba mantener la consciencia.

El niño se moría y sus ojos se apagaban poco a poco. Teilan se estaba muriendo, pero eso no debía pasar.

«¿Por qué no lo salvas? —chillaba Celia en la mente de Zarkon, pero nadie la escuchaba—. Esto no debería ser así».

Trató de gritar una y otra vez. Hacer lo que fuera por salvarlo. Nada funcionaba y el hombre se limitaba ahora a sostenerlo entre sus brazos. El niño se sentía cada vez más frío y notó cómo las lágrimas comenzaron a caer de nuevo por su rostro. Le empaparon la cara y caían sobre el niño, que estaba al borde de la muerte.

—No puedo dejarlo morir —dijo Zarkon.

Sus palabras sonaron como una declaración de intenciones. No había duda, solo una absoluta certeza de tener la capacidad para hacerlo y estar dispuesto a lo que fuese necesario.

Notó entonces un dolor insoportable que pareció partir su alma. Zarkon aulló agonizante y una luz blanca iluminó toda la sala. Era tan intensa que no se veía absolutamente nada. No obstante, aunque no pudiera ver, notó cómo el calor volvía al cuerpo frío del niño.

En ese momento, Celia entendió lo que sucedió aquel día. Zarkon no usó el sacrificio para matar a Barick. No le hizo falta. Lo usó para salvar a Teilan y el resto de la historia conocida fueron mentiras para ocultar su existencia.

* * *

En un parpadeo, todo a su alrededor cambió. Celia intentó girar la cabeza, pero de nuevo era incapaz de controlar su cuerpo por mucho que lo intentase.

—¿Puedes hacer algo? —preguntó. Seguía en el cuerpo de Zarkon, aunque ahora le temblaba la voz. Parecía estar preocupado.

Ante sus ojos, había un hombre alto y delgado, de piel color aceituna y labios carnosos. Este se asomó a una cuna de madera donde había un bebé durmiendo. Su piel estaba aún pálida y sus venas eran de color negro, pero sonreía alegremente como lo haría cualquier otro niño. El bebé los miraba divertido con un ojo de color azul intenso y el otro gris. Jugaba intentando agarrar la mano de aquel hombre y reía cada vez que no lo conseguía. Si no fuera por su aspecto, nadie diría que no era un niño completamente sano y normal.

Zarkon estaba sentado en una mesa; con una jarra de cerveza en la mano contemplaba la escena.

El hombre dejó de jugar con Teilan y se giró hacia él con cara de preocupación.

—Lo que me estás pidiendo… —respondió.

Era un recuerdo posterior, pero Celia no sabría decir exactamente cuánto tiempo había pasado. Parecían solo unas pocas semanas o meses por el aspecto de Teilan. El niño parecía completamente recuperado del veneno, pero, en cambio, notaba el cuerpo de Zarkon extrañamente débil. Al igual que en la visión anterior, no era una mera espectadora y percibía como propio todo lo que sentía el hombre.

«¿Es esto lo que siente un mago cuando pierde su magia?».

Todavía recordaba el agotamiento que sintió en el último recuerdo, pero ahora era todavía peor. Era como si cada movimiento supusiera una tortura. Como si su cuerpo estuviera declarando que no debería ser capaz de seguir moviéndose. Sin embargo, nada en el comportamiento de Zarkon parecía transmitirlo.

—Rodrick, no tengo a quién más acudir. —Su voz sonaba desesperada.

—Lo entiendo, pero no me parece correcto ocultar esto al resto —respondió Rodrick y Celia lo pudo ver en sus ojos: creía que debía matar a Teilan—. Deberíamos someterlo a votación.

Zarkon golpeó la mesa con fuerza, salpicando la cerveza, pero no la derramó. Celia sintió una punzada en la mano tan dolorosa que no entendió cómo el hombre fue capaz de soportarlo. Sin embargo, la única reacción fue un bufido, ni siquiera se quejó. Entonces, agarró la cerveza y bebió un generoso trago.

—Matarán a un niño inocente —intentó razonar Zarkon. Su voz tembló a causa del dolor, pero fue casi imperceptible. Aun así, no logró cambiar el gesto en el rostro de Rodrick—. Sé lo que piensas, pero este niño todavía no ha hecho nada.

Rodrick le miró y negó con la cabeza.

—Tal vez el mundo nos condene por lo que vamos a hacer aquí y ahora —sonrió. El gesto de su rostro no concordaba con lo que decía y su actitud era demasiado tranquila para la gravedad de los temas que estaban tratando—. Puede que nos convirtamos en aquellos que provocaron la destrucción del mundo que conocemos.

—Puede ser —reconoció Zarkon—. Pero algo me dice que este niño está destinado a la grandeza, a hacer cosas importantes.

—Hacer cosas importantes no significa que sean cosas buenas.

Zarkon comenzó a reír. Le dolía todo el cuerpo al hacerlo, pero no se detuvo y rio a gusto. Celia no le encontraba la gracia; al parecer, el que fue el padrastro de Teilan tenía un humor extraño.

—Eres un cabronazo —dijo al fin Zarkon—. Sabes a lo que me refiero.

Rodrick se acercó a la cuna y tocó la frente del bebé.

—Haré lo que pueda —advirtió—. El resto depende de ti y será tu responsabilidad.

—Nunca le doy la espalda a mis responsabilidades.

—Lo hiciste el día que decidiste perder tus poderes —criticó Rodrick.

* * *

—Creo que hemos cometido un gravísimo error —aseguró Rodrick.

Celia empezó a sentirse frustrada. «¿Hasta cuándo voy a estar atrapada aquí?», pensó.

Ni siquiera era capaz de diferenciar cuánto tiempo había pasado en el exterior. ¿Y si llevaba ahí horas? Fara debía de estar preocupadísima. Se empezaba a dar cuenta de lo irresponsable que había

sido al entrar allí sola, pero tampoco podía hacer nada al respecto. Su cuerpo, si se le podía llamar así, seguía sin responderle.

Ahora Zarkon estaba apoyado sobre una mesa. Sus manos seguían siendo las mismas, pero parecía haber envejecido. Rodrick, en cambio, mantenía exactamente el mismo aspecto que en el último recuerdo.

«¿Cuánto tiempo habrá pasado?», se preguntó Celia.

Asumió que la diferencia entre el aspecto de ambos se debía a la pérdida de los poderes por parte de Zarkon. Debía de estar envejeciendo al ritmo de una persona normal. Le sorprendió comprobar que el dolor que sentía por todo su cuerpo en la última visión se había acentuado.

—¿A qué te refieres? —preguntó Zarkon—. Yo lo veo bien. Es un niño normal y corriente, está sano y juega con los niños de su edad como cualquier otro.

Estaban en una casa de piedra. Parecía un hogar muy acogedor. La mesa, las sillas y todos los muebles en general eran nuevos y estaban bien cuidados. Rodrick se acercó a una de las numerosas ventanas que llenaban de luz natural la estancia. Miró a través de ella con cara de preocupación.

Zarkon se levantó para unirse a su amigo. Respiró hondo, agarró la mesa y tiró de ella para levantarse. Celia sintió su agonía y chilló en silencio en el interior de aquel cuerpo deteriorado. Era insoportable, pero el hombre solo soltó un pequeño quejido que estaba segura de que ni tan siquiera Rodrick llegó a escucharlo y caminó hasta situarse junto a él.

La aldea era Merecid. Debían de estar ahora en la casa de Teilan, la que se quemó en el incendio. En el jardín había un niño de pelo negro y ojos grises jugando con una mujer. Tendría cinco o seis años.

«¿Cómo es posible que haya envejecido tanto en tan poco tiempo?», pensó al recordar las estropeadas manos de Zarkon.

Al perder sus poderes, estaría envejeciendo todavía más deprisa de lo que lo hacían los humanos normales y, por el dolor de su cuerpo, habría dicho que era imposible que le quedara mucho tiempo por delante si no hubiese sabido que viviría una década más después de ese recuerdo.

Sintió terror al pensar en cómo habría acabado su cuerpo los últimos días de su vida y deseó no tener que revivirlo también. Era consciente de lo importante que era toda la información que estaba recibiendo, pero ella ya estaba al límite de lo que podía soportar y si el hombre seguía deteriorándose a ese ritmo, el dolor acabaría volviéndola loca.

—Hemos estado poniendo sello sobre sello a lo largo de los años —explicó Rodrick. Celia sintió un escalofrío al escuchar esas palabras; no sonaba nada bien—. Creo que podríamos haber afectado a su mente.

—¡Pero si está bien! —exclamó Zarkon alejándose de la ventana. Se notaba la preocupación en su voz.

—Lo de hoy ha sido solo el preludio de lo que puede pasar.

Zarkon negaba con la cabeza y se rascaba nervioso la nuca. No era el padre biológico de Teilan, pero a Celia le resultó curioso que tuviese las mismas manías que su hijo.

—Solo ha sido una crisis, podemos arreglarlo. Modificaremos los sellos.

Rodrick no parecía estar de acuerdo, pero tampoco quería discutir. Por las visiones que había visto, era un hombre de ideas fijas. La clase de persona que una vez formaba una opinión, nadie sería capaz de hacérsela cambiar. Llevaba una cerveza en la mano, a la que le dio un largo trago hasta acabársela.

—¿Tienes algo más fuerte? —dijo mirando la jarra.

«Estos hombres se pasan la vida bebiendo».

Zarkon se acercó a un mueble que había justo debajo de otra de las ventanas. Al otro lado, Teilan le sonrió y saludaba con sus diminutas manos llenas de tierra; era adorable. Zarkon le devolvió el saludo con una sonrisa.

Debía ser verano. Teilan iba sin camiseta y tenía el torso muy moreno. Parecía un niño sano y normal. No había ni rastro de las venas negras, el aspecto pálido o los ojos de distinto color. Tal vez tuviese algo que ver con los sellos que Rodrick le había colocado, pero eso Celia lo desconocía. A pesar de todo, no paraba de preguntarse qué habría pasado para asustar tanto al mago.

La mujer debía ser su madre adoptiva. Era muy guapa y risueña. Fuese lo que fuese lo que había ocurrido, parecía confiar en que su marido lo resolvería y no mostraba temer al niño. Nadie diría que no eran madre e hijo.

Zarkon bajó la mirada y sacó del mueble una licorera y dos vasos de vidrio tallado. A pesar de ser una casa humilde, el vidrio era muy bueno; no desentonaría en el palacio de un noble. Vertió un líquido ámbar brillante que tenía un olor intenso pero agradable. Parecía bueno, aunque Celia no entendía mucho de licores.

Se aproximó a la mesa, le puso uno de los vasos delante a Rodrick y se sentó enfrente. Este se acercó el vaso para olerlo y después ambos alzaron sus bebidas.

—Brindamos por los que seguimos vivos y por los que se adelantaron. Que nos muestren el camino al infierno y así podamos volver a brindar con ellos —dijo Zarkon.

—Por el día en que podamos volver a brinda con ellos —entonaron juntos.

Bebieron el contenido del vaso de un trago y Celia pudo notar cómo entraba en la boca y quemaba todo a su paso, bajando por la garganta y calentando el estómago. Era un alcohol fuerte, aunque no sabía si era debido al propio alcohol o al precario estado de salud de Zarkon. Ambos comenzaron a toser y Rodrick, a reír.

—¡Esto es bueno! —exclamó—. ¿De dónde lo has sacado?

—Lo hace un vecino en su casa —respondió Zarkon—. Es fantástico, ¿verdad?

Rodrick frunce el ceño.

—No nos dejará ciegos, ¿no? —bromeó y volvió a reír.

—Rodrick… —interrumpió Zarkon.

El estudioso levantó la mano para que se callase, y así lo hizo. Después, se tomó unos segundos para ordenar sus ideas y Zarkon esperó pacientemente.

—Me marcho a Veniden. Me han ofrecido hacerme cargo de la academia militar y voy a aprovechar —explicó—. Algo turbio se cuece en ese reino y creo que esa posición me permitirá averiguar lo que pasa.

—¿Y Teilan? —Por primera vez la voz de Zarkon mostró no solo preocupación, si no un profundo miedo. Esto hizo que Celia se volviese a preguntar qué había sucedido.

Rodrick sacó un documento, lo desplegó y se lo mostró. Eran un montón de extraños sellos ordenados en varios folios. Celia no entendió nada, pero Zarkon parecía que sí, ya que se pasó un buen rato leyendo. Había símbolos y explicaciones detalladas en los laterales. Celia intentó leer las explicaciones, pero ni siquiera eso era capaz de entender. Se frustró ante su ignorancia, ya que tal vez pudiera ser información de utilidad, pero jamás había estudiado sellos. Además, considerando lo complejos que eran, ni siquiera tenía sentido tratar de memorizarlos.

—¿Funcionará? —preguntó Zarkon sin parecer convencido.

—Como ya te he dicho, hemos cometido un error gravísimo de interpretación y ahora es difícil que podamos corregirlo —insistió Rodrick—. Si hubiésemos sabido lo que sabemos ahora…

—Hicimos lo que pudimos. No tiene sentido obsesionarse con algo que ya no podemos cambiar.

Rodrick asintió. Se levantó de la mesa y agarró la licorera que se había quedado en el mueble. Se la acercó y volvió a servirse. Bebió el contenido de un trago para servirse una vez más y también a Zarkon.

«De esta acaban los dos borrachos». Ella misma empezaba a notar los efectos del alcohol del mismo modo que notaba las dolencias de su anfitrión. Todavía pensaba con claridad, pero su mente estaba ligeramente embotada.

—Estos sellos aislarán por completo sus poderes de espectro —explicó—. Hemos visto que no puede controlarlo, así que será lo más seguro.

—¿Será permanente? —preguntó Zarkon.

—Eso creo —dudó—. No lo puedo asegurar. Pero más nos vale. Cualquier otra cosa sería…

—¿Qué pasaría si los sellos se rompen?

—No lo puedo saber con certeza, pero estos sellos lo van a cambiar —aseguró—. Separaremos dos partes de su mente y el poder que viene asociado con cada una de ellas. No puedo predecir qué pasaría si en un futuro, después de meses o incluso años separados, se volviesen a juntar. Si tenemos en cuenta que cada vez que hacemos algo para limitar sus poderes, afecta a su mente, temo que si hacemos algo como esto y no funciona…

—¿Podría matarlo?

Celia sintió que un nudo se le ponía en la garganta. Los sellos ya se habían roto. ¿Qué significaba eso para Teilan? Se había marchado a Dierin con el fin de averiguarlo y ahora resultaba que las respuestas estaban en Merecid.

—No creo —respondió Rodrick. Zarkon respiró aliviado—. Pero tal vez su mente no lo soporte. Podría…

—¿Volverse loco?

Rodrick asintió pensativo.

—¿Y si no lo hacemos? —continuó Zarkon.

—Demasiado tarde. Todos los experimentos que hemos hecho ya le han afectado. Hoy casi te mata —explicó Rodrick—. Ese poder ya está afectando a su mente. Parece retorcer sus recuerdos y sus deseos. Ni siquiera recuerda haberte atacado. Creo que si no hacemos nada, terminará por volverle loco de todos modos.

Zarkon se levantó de golpe y Celia pudo notar su angustia y su desesperación; su cuerpo temblaba. Se acercó una vez más a la ventana para ver cómo la mujer jugaba a perseguir a Teilan. Sus ojos se quedaron un rato fijos mirándolos y, finalmente, se calmó y sonrió.

—¿Sabías que no podemos tener hijos? —susurró—. No sé por qué lo salvé ese día. Simplemente, no pude dejarlo morir y luego resultó que no podíamos tener hijos propios. Me pareció una señal.

—¿Has hablado con Teresa?

—Es su hijo y nadie le dirá lo contrario —afirmó con seguridad—. Si esto no funciona…

—Si esto no funciona, tendremos que matarle —señaló Rodrick—. Hemos hecho lo que hemos podido…

—Sabes que no seré capaz de matarlo cuando llegue el día, ¿verdad? —Zarkon levantó la mano para que no siguiera.

El rostro de Rodrick demostraba que pensaba igual. Tampoco parecía dispuesto a hacerlo.

—Ya pensaremos en eso cuando llegue el momento.

Zarkon se quedó mirando los papeles que le habían entregado antes.

—¿Tienes confianza en esta barrera?

—Hasta yo tendría problemas en destruirla una vez esté colocada —aseguró el maestro de sellos —. Es nuestra mejor opción.

Zarkon suspiró y miró a los ojos al hombre que tenía delante.

—Hagámoslo.

18. Celia

Celia volvió en sí de golpe y miró a su alrededor, estaba anocheciendo. Le extrañó no encontrar allí a Fara. ¿Por qué no había ido a buscarla? Habían pasado horas. Sintió un dolor horrible en la cabeza y se mareó un poco al levantarse.

Tuvo la sensación de que aquella estatua escondía algo más, como si a ella solo le hubiese mostrado una pequeña parte de sus secretos. Dudó en seguir investigando, pero debía volver con Fara; si caía la noche, tendría serios problemas para volver porque no sería capaz de ver nada.

«La estatua no se va a mover de aquí, volveré mañana para descubrir lo demás», decidió. No obstante, intuía que el resto de sus secretos solo serían revelados a una persona en particular.

Llegó a la cueva por donde había entrado; al fondo se escuchaba el ruido de la cascada. Miró el lado por el que había venido antes, por encima de las rocas donde no había agua. Seguía seco, pero la sensación de asfixia al meterse por ahí la tenía todavía muy presente. Por el otro lado, podía meterse en el agua y dejar que la arrastrase hasta llegar al final de la cueva. Ese lado era mucho más alto y no tendría el mismo problema que al venir. Comprobó la temperatura del agua y sintió que la mano le dolía del frío.

—Vale, hay que salir de aquí —susurró para sí misma—. Tú puedes.

Dudó aunque supiese cuál era la decisión lógica. Mojarse con el frío que hacía no tenía ningún sentido. En el primer tramo podría entrar gateando, por lo que decidió no meterse en el agua todavía. Siempre estaba a tiempo para tomar esa opción.

Se agachó y entró en la cueva. Recorrió un par de metros. Su respiración y su corazón empezaron a acelerarse. Trató de distraer la mente sin detenerse, pensando en algún momento feliz. Recordó el lugar donde solía ir con sus amigos a comer. No había vuelto a ir desde que Teilan se marchó. Tal vez debía ir algún día con Fara.

Notó que se calmaba, estaba funcionando. Al menos, hasta que su espalda chocó contra una roca del techo y le entró el pánico. Saltó al agua sin pensarlo y nadó con todas sus fuerzas hacia el exterior. Le faltaba el aire y su corazón palpitaba furioso.

El frío arrancaba hasta la última pizca de calor de su cuerpo, pero no le importó. Lo único que importaba era salir de allí y cuando llegó al final de la cueva no se lo pensó y saltó desde la parte de arriba.

La caída fue limpia. Un salto de casi cinco metros no era tanto para una guerrera de sangre. Se quitó la camisa y se puso la chaqueta lo más rápido que pudo. Temblaba sin control mientras se dirigía a la salida. Aunque todavía no había entrado el otoño, este ya se mostraba en el follaje de los árboles y en la caída de la temperatura al caer la noche. Completamente mojada, sentía su piel entumecida por el frío.

Volvió a las balsas cubiertas de niebla. No había tiempo que perder; la noche se cernía sobre ella y la poca luz que atravesaba la espesa bruma desaparecería pronto. Le castañeaban los dientes mientras deshacía sus pasos, siguiendo las flechas de dos plumas. No corría por miedo a resbalarse y volver a caer al agua, pero se daba toda la prisa que podía.

Tras lo que le pareció una eternidad, la niebla comenzó a disiparse a medida que salía del laberinto de balsas y se adentraba en el serpenteante camino que llevaba a la salida de la grieta.

Allí encontró a Fara, Vera y Grogo. Estaban sentados en unas rocas y sostenían lámparas de aceite que iluminaban sus rostros cargados de preocupación.

—¡Celia! —gritó Vera mientras corría hacia ella y la abrazaba—. ¿Pero se puede saber qué ha pasado ahí dentro?

Celia, que todavía estaba helada, tiritaba mientras trataba de recibir todo el calor posible de ese abrazo. Vera se quitó la chaqueta y se la puso por encima.

—¿Por qué no habéis entrado a buscarme? —preguntó sin comprender qué pasaba.

—Lo hemos hecho —explicó Grogo—. Varias veces. Sin embargo, todos los caminos nos llevan de nuevo a la entrada. Era imposible encontrarte.

Le miró extrañada. Eso no tenía ningún sentido. Solo había que seguir las flechas.

—¿No habéis seguido las flechas? —preguntó.

—¿Eso es lo que viste para orientarte? —preguntó Grogo—. Sabía que esto era cosa de Rodrick. —Miró orgulloso a Vera, pero esta le ignoró. Estaba demasiado pendiente de su hija—. Es muy típico de él utilizar esta clase de trucos.

—Rodrick…

Se quedó pensativa recordando todo lo que había visto. Era demasiado que asimilar.

—¿Qué has visto? —preguntó Vera.

Celia procedió a contarles todo lo que había sucedido y procuró no dejarse ningún detalle. Al fin y al cabo, era como si lo hubiera vivido ella misma. Al terminar, fue Grogo el primero en reaccionar.

—Vamos a entrar —aseguró—. Necesito verlo.

—No es una buena idea —desaprobó Vera.

Celia seguía tiritando del frío, pero esto era importante y le dio la razón a Grogo. Ella misma se habría quedado más tiempo a investigar si no fuera porque estaba anocheciendo.

—Creo que había más por ver allí —dijo Celia—. Algo que no se me ha permitido ver…

—¡Tenemos…! —exclamó Grogo.

—Podemos volver mañana —interrumpió Vera—. ¡Mira cómo está!

—Si lo que he visto es verdad, tenemos que averiguar todo lo que podamos y encontrar a Teilan cuanto antes —replicó Celia.

—Voy a entrar —declaró Grogo.

—Lo más probable es que no te sea revelado absolutamente nada más de lo que se le ha mostrado a mi hija —rechazó Vera. Su tono mostró que empezaba a cabrearse.

Celia miró fijamente a su madre tratando de convencerla de lo importante que era esto para ella. Pareció lograrlo, ya que el rostro de Vera pasó de enfado a frustración.

—Siempre os salís con la vuestra —bufó—. No quiero sorpresas, si la cosa se pone rara, damos la vuelta y volvemos mañana.

Grogo, al escuchar esas palabras, comenzó a caminar hacia la entrada a la gruta con la mirada fija en su objetivo. Jamás lo había visto tan serio. Ellas le siguieron, pero esta vez, para sorpresa de Celia, el lugar ya no la llamaba a entrar. Era todo lo contrario, sintió terror. Miró a los otros y en sus rostros se veía el miedo.

—¿Qué está pasando? —preguntó Celia—. La última vez parecía que este lugar me estaba llamando.

Grogo chasqueó la lengua.

—Ese cabronazo se esforzó con este sitio —gruñó y miró a Vera.

—Rodrick era un maestro de los sellos, seguramente el mejor de esta era —explicó Vera—. Ese miedo es artificial. Igual que la llamada que sentías esta mañana. Si sientes miedo es porque ya no cumples los requisitos para poder entrar. Podríamos forzar la entrada, pero nos pasaría lo mismo que antes. Al llegar, nos perderíamos en el laberinto de balsas.

—¿Es eso posible? —preguntó Fara incrédula, quitándole esas mismas palabras de la boca a Celia.

—Los sellos son un arte antiguo muy poderoso —explicó Vera—. Aquellos que tienen la habilidad de crearlos y manipularlos pueden hacer cosas inimaginables. Si no quiere que entremos, no podremos entrar. Es una pérdida de tiempo.

—Por lo menos, hay que intentarlo —respondió Grogo, que ya daba pasos hacia el interior.

Cada paso le costaba darlo y era como si aquel lugar tratara de empujarle hacia el exterior.

—¿No podemos romper los sellos? —preguntó Celia.

—Sí, pero si esto lo montó Rodrick, probablemente acabemos muertos —aseguró Grogo.

—O eliminará cualquier rastro de lo que buscamos dentro —añadió Vera.

Se adentraron de nuevo en la grieta, aunque Fara decidió quedarse en la entrada. A cada paso que daba Celia, cada parte de su cuerpo le chillaba que debía irse de allí, cada paso suponía un suplicio. Una auténtica tortura en la que se juntaba dolor físico y el terror. Rápidamente empezó a quedarse atrás con respecto a Grogo y a Vera, quienes a pesar de estar sufriendo las mismas dificultades, seguían avanzando. Tal vez porque eran más fuertes que ella o porque su fortaleza mental era mayor. No estaba segura, pero aquello era otra indicación de lo mucho que le quedaba por mejorar.

Cuando llegaron a la zona de las balsas, para sorpresa de Celia, las flechas ya no estaban. Habían desaparecido.

—¿Hacia…? —intentó pregunta Vera.

—Ya no están —interrumpió Celia. Señaló la primera roca. La más alta del cruce donde antes estaban las flechas, pero estaba limpia. No aparecía ni una sola marca—. ¿Por qué?

—Porque a Rodrick le encantaban los juegos —se quejó Grogo—. Probablemente ya has visto todo lo que quería que vieras.

Celia se sonrojó y se llevó la mano al medallón con una joya rojiza en el centro que llevaba al cuello.

—¿Teilan…?

Había sido un regalo romántico idea de Fara, pero ahora era lo único que le permitía saber si seguía vivo. La joya estaba vinculada a él y si en algún momento se partiese de forma súbita, significaría que Teilan había muerto. Celia jamás se separaba de él; saber que la joya seguía intacta le proporcionaba cierta tranquilidad acerca del viaje que había emprendido el joven.

—Seguramente sea él quien tiene que venir —opinó Vera—. Nosotros no podremos sacar más información de aquí.

—Necesito salir —admitió finalmente Celia.

No podía más; aquel lugar la superaba y empezaba a desorientarse. Grogo la agarró sin pensárselo y salió corriendo hacia el exterior, con Vera siguiéndole de cerca. Cuando salieron fuera, notó que toda esa presión, miedo y confusión se disipaban tan rápido como se habían creado.

—¿Estás bien? —preguntó Vera.

Celia asintió pensativa. «¿Por qué me ha dejado entrar?». No lo entendía. «¿Por qué yo? ¿Por qué Grogo o Vera no? ¿Por qué tampoco Fara?». Por primera vez desde que había vuelto con ellos se fijó en su amiga. Había permanecido prácticamente callada todo el tiempo, sentada sobre una roca cerca de la entrada de la grieta.

—Fara —llamó Celia—. ¿Estás bien?

Le devolvió una mirada seria. La mirada de quien cargaba con más de lo que podía soportar.

—Siento no haber podido sacarte de ahí.

Su voz estaba llena de frustración. Después de más de un año conociéndola, sabía lo que pasaba por su mente. También sabía que nada de lo que pudiese decirle le haría pensar distinto. Fara no esperó una respuesta. Se levantó y se marchó ladera abajo hacia la aldea.

19. GERO

Drasco y Gero esperaban pacientemente en el gigantesco muelle del río Ercron. Era el río que unía Lantalos con la academia Forthi. Tenía casi un kilómetro de ancho y eso permitía el tránsito de grandes embarcaciones. Era la forma más segura de viajar hasta la academia o desde ella, puesto que el bosque que los separaba era una de las zonas más peligrosas del reino, incluso para magos y guerreros de sangre.

Todos los estudiantes parecían ansiosos por embarcar en la nave que los llevaría a la academia, donde vivirían durante su formación. Había decenas de embarcaciones y, para sorpresa de Gero, no tenían velas ni remos.

—¿Crees que nos dejarán estudiar los sellos del barco durante el viaje? —preguntó mientras su curiosidad volaba pensando en qué sistema utilizarían para moverse.

—No creo que se planteen que un recién llegado pueda entenderlos —replicó Drasco distraído. Parecía mucho más interesado en las alumnas que en la conversación que estaban teniendo—. Pero puedes probar, igual tienes suerte.

Las naves eran grandes y construidas en madera. Podían albergar cómodamente a casi cincuenta personas cada una, aunque estaban llenándolas hasta casi el doble de su capacidad. Tenían una cubierta grande, transitable en la parte superior, y un par de alturas en el interior.

Como estudiantes de élite, no tenían que meterse en uno de los abarrotados barcos que usaban los demás, sino que se había destinado uno solo para ellos. A Gero le sorprendió que Lagar no estuviera entre los elegidos. Sintió cierta satisfacción al saberlo, aunque también le aterraba pensar en las cualidades que tendrían el resto de los alumnos de élite. Además, intuía que el joven no se lo iba a tomar bien y que eso podía llegar a causarle más problemas.

—¿Deberíamos presentarnos? —susurró Gero a Drasco.

Eran los únicos que hablaban; el resto de los estudiantes de élite estaban solos. No parecían interesados en relacionarse con el resto y mantenían las distancias los unos de los otros.

—Puedes intentarlo —respondió Drasco—. Aunque tal vez eso te haga parecer débil.

—¿Débil?

—¿Por qué crees que ninguno se ha presentado? —continuó—. Bienvenido al mundo de la política. Que vengan a ti siempre te pone en una posición de fuerza.

Gero suspiró aliviado de tener a Drasco con él. A fin de cuentas, era un príncipe y sabía cómo funcionaban esas cosas.

—Creo que si no llegas a estar aquí me habría presentado a todos el primero —susurró para sí mismo, aunque Drasco sonrió a su lado dándole a entender que le había escuchado.

En ese momento echó de menos su vida tranquila en Merecid. Pescar, cuidar del ganado y hacer travesuras. Nunca quiso la vida que llevaba ahora, esta era la vida a la que aspiraba Teilan. Pensó en Fara en ese momento. ¿Qué estaría haciendo ahora? Había pasado casi un año desde la última vez que la vio y le resultaba extraño pensar en ella, incluso incómodo. Se preguntó si se reconocerían la próxima vez que se vieran. Era consciente de que podía llegar a pasar años hasta que eso sucediese.

—Hola —una voz nerviosa los llamó, sorprendiéndolos.

Era una mujer de aspecto rudo. Su voz era grave y potente, lo que hacía que su nerviosismo sonara extraño. Tenía el pelo negro, los ojos marrones y era tan alta como Gero. Tenía la espalda ancha y el brazo derecho brazo lleno de cicatrices provocadas por quemaduras, pero no lo escondía. Vestía ropa cómoda con un chaleco sin mangas y portaba un par de hachas de guerra, una en cada costado, sujetas a un cinturón de cuero. Era una guerrera de sangre joven, aunque todos los estudiantes de élite lo eran.

—¡Hola, preciosa! —Drasco se adelantó a Gero—. ¿Cómo te llamas?

Gero se fijó en las miradas de desaprobación del resto de estudiantes de élite y sonrió hacia sus adentros. Despreciaban a la joven por acercarse y los envidiaban a ellos por ser a quienes se había acercado.

—Mi nombre es Sara —comentó—. Siento molestaros, pero ¿os importa que me una a vosotros? —Se acercó a ellos y susurró—: Esta gente es muy estirada.

Aquello hizo reír a los dos, haciendo que la joven se sonrojara y mirara en todas las direcciones para comprobar que nadie la había oído. Parecía de trato agradable y muy cercana. No parecía noble, aunque en la mayoría de los casos, los guerreros de sangre no lo eran. Los nobles solían estar demasiado mimados para romper la barrera a no ser que fueran hijos de un guerrero de sangre. En tal caso, les resultaba mucho más fácil romperla, pero a Gero, su intuición le decía que no era su caso.

—Yo soy Drasco y él es Gero —se presentó—. Estaremos encantados de que te sumes a nosotros.

—Encantada de conoceros. —Su sonrisa era radiante—. Veo que sois un mago y un guerrero de sangre, una pareja peculiar.

Drasco ya le había advertido que los magos no solían mezclarse con los guerreros de sangre y que tal vez su relación con él podría afectar a su capacidad de confraternizar con otros magos en la academia. Estuvieron varios días decidiendo qué hacer al respecto. Finalmente, como muchos habían visto a Drasco llevarse a Gero inconsciente del escenario, decidieron que no tenía sentido ocultarlo.

—Nos encontramos por el camino y decidimos viajar hasta aquí juntos —respondió Gero.

Sara le miró con curiosidad. Frunció el ceño, pero no dijo nada.

—¿Pasa algo? —preguntó Gero a la defensiva. No le había gustado el gesto.

—¿Eh? —se sorprendió ella—. No, nada, es que no me suena haberte visto en la eliminatoria.

—Eso es porque no estuvo —se burló un joven que se encontraba sentado sobre unas cajas—. Fue eliminado en la preliminar por Lagar.

Era rubio, de nariz abultada y estaba lleno de granos. Parecía un niño, ya que le llegaba a Drasco a la altura de la cintura.

—Esta es una conversación privada —espetó Drasco amenazante, siempre era muy protector cuando se trataba de sus amigos—. ¿Querías algo?

El niño no retrocedió ante la intimidación y se acercó a ellos ignorando por completo al gigantón. Gero sintió vergüenza al saber lo que se avecinaba y, aunque sabía que las burlas iban a llegar tarde o temprano por ser el único alumno de élite que no había superado la prueba preliminar, aún no estaba mentalmente preparado para ello.

—Me gustaría saber a qué familia pertenece ese inútil para que le hayan hecho estudiante de élite después del bochornoso espectáculo que dio —indicó el muchacho.

Vestía una elegante casaca azul con el emblema de su familia bordado en la zona del corazón; era un cuervo. Un emblema bastante sencillo y sobrio. Gero no lo reconoció, aunque también era cierto que nunca había tenido mucho interés en estas cosas. La vestimenta, la forma marcada de hablar y su ego delataban la necesidad que sentía por hacer saber a la gente que era un noble.

«No te metas en problemas con otro noble», se repetía una y otra vez Gero tratando de calmarse. Miró a Drasco, que también estaba conteniéndose para no hundirle el puño en la cabeza. Tuvo que contener la risa y el joven se dio cuenta, ya que le cambió la cara.

—No soy de familia noble —respondió Gero. Se sorprendió con la tranquilidad de su propia voz a pesar de las duras palabras que le habían dedicado. Agradeció tener a Drasco a su lado, sabía que solo no le habría resultado tan fácil.

—¡Exacto! —exclamó—. Un plebeyo que no sabe luchar convertido en alumno de élite. ¡Se te van a comer vivo!

Aquello logró las risas de todos los presentes excepto de Sara y de un joven mago, que no parecía contento por lo que estaba sucediendo. Era la típica persona que pasaba completamente desapercibida allá donde fuese. Llevaba ropa buena pero no ostentosa y tampoco llevaba emblema familiar; no pertenecía a ninguna gran casa. Estaba sentado sobre una caja de madera, apartado del resto.

«Valdrá la pena acercarse a ese», entendió Gero mientras le hacía un gesto con la cabeza a Drasco señalando al distraído mago. No obstante, su amigo no se percató. Tenía clavada la mirada en el joven noble que seguía mofándose de Gero. Si una mirada pudiese acabar con alguien, no sería muy distinta a la que tenía ahora mismo.

—¿Perdiste el combate y aun así te dieron una plaza como alumno de élite a pesar de no ser noble? —preguntó entonces Sara—. Debes tener alguna habilidad sorprendente.

Esas palabras eran completamente sinceras, se le notaba en los ojos. Gero se sonrojó al notar cómo su mirada se clavaba en él, estudiándolo. Pensó de nuevo en Fara y aquello le hizo sentirse mal.

—¡Así es! —exclamó entonces el joven noble, que no parecía contento con la reacción de ella—. Jamás he visto a nadie correr como lo hacía él.

Aquello fue de nuevo bienvenido con risas por el resto y el chico comenzó a pavonearse.

«Se está creciendo —pensó Gero —. Esto va a ser problemático».

—¡Y tú debes de ser idiota si crees lo contrario! —En esta ocasión dirigió sus críticas contra Sara.

Esta se giró de golpe y se lanzó contra él. En un abrir y cerrar de ojos, le agarró del cuello, le hizo la zancadilla y le estampó la cabeza contra el suelo. Todo sucedió tan deprisa que nadie pudo reaccionar hasta que ya había pasado.

El noble empezó a llorar intentando liberarse. Le sangraba la cabeza, pero era evidente que Sara se había contenido para no matarlo. Era una guerrera de sangre temible y con lo poco que había visto, Gero estaba convencido de que no tendría ninguna posibilidad contra ella.

—¡Guardias! —gritaba el joven noble—. ¡Me está atacando! ¡Ayudadme! Soy Fled Nijo, ¡no puedes hacerme esto, sucia plebeya!

Nadie acudió en su ayuda, no debía ser una familia tan influyente. Además, allí solo vigilaban algunos maestros de la academia para asegurarse de que los estudiantes no fuesen atacados por enemigos del reino. Eran un bien preciado, pero lo que pasaba entre los estudiantes no parecía importarles excesivamente siempre y cuando no tuviese consecuencias letales.

—No me pareces tan fuerte, Fled Nijo —dijo Sara con fingido desprecio por su apellido mientras retorcía su brazo en una llave de inmovilización—. ¿Es esto todo lo que sabe hacer un mago noble? Resulta bastante decepcionante. ¿A quién pagó tu familia para que te hicieran alumno de élite?

Al ver que como respuesta solo recibía un quejido de dolor, apartó al fin al joven de un empujón y volvió con el grupo. Fled se incorporó rojo de ira y vergüenza. Cuando vio que Sara le daba la espalda, aprovechó para lanzar un conjuro. Una estaca de madera apareció en su mano y salió disparada hacia ella.

—¡Cuidado! —gritó Gero mientras alzaba la mano para conjurar un escudo de hielo.

No obstante, antes de que este se formara, la estaca estalló contra un disco de metal que flotaba en el aire. Gero miró a su alrededor, había sido el joven callado. El disco desapareció tan rápido como había aparecido.

—¡¿Se puede saber qué haces?! —gritó Fled dirigiéndose a él—. ¿Quieres problemas con la familia Nijo tú también?

—No tengo ni la más remota idea de cuál es la familia Nijo —respondió el joven distraído.

El mago se levantó y se acercó a Sara ante la atónita mirada de Fled. Parecía que iba a explotar. En esta ocasión, era él el centro de las mofas. Fled trató de agarrar al mago, pero este se deslizó por su lado a una velocidad asombrosa, ignorándolo.

«Mago de tierra y mago de aire», pensó Gero. Esa forma de moverse solo podía corresponder a alguien capaz de usar el elemento aire.

—¿Estás bien?

Sara asintió. Al fin y al cabo, la estaca ni se le había llegado a acercar.

—¡No me ignores, maldito! —rugió Fled—. ¿Se puede saber quién te crees que eres para ignorarme? Por muy bien que lo hicieras en las eliminatorias, no permitiré que un simple plebeyo me hable así. ¡Esto no quedará así!

El mago suspiró.

—Mi nombre es Sonstan. —Su voz era tan sosegada que aquello solo hizo que alterar más a Fled —. Si tienes algún problema conmigo, resolvámoslo ahora. Cuando subamos al barco me quiero echar una siesta.

El comentario no pareció estar dirigido solo a Fled, ya que alzó la mirada hacia los espectadores. Todos la evitaron..

—¿Tan fuerte es? —susurró Gero a Drasco para que nadie le oyese.

—Estoy deseando poder luchar contra él —sonrió Drasco.

Gero no necesitó más para hacerse una idea de que debía ser un monstruo. Su amigo era un fanático de los combates y estaba obsesionado con luchar contra gente poderosa, aunque no tuviese la más mínima oportunidad de ganar.

Fled miró a su alrededor y, al ver la sumisión del resto de gente, agachó la cabeza y se alejó para sentarse solo.

«Ese va a causarnos problemas».

Los otros dos magos entre los alumnos de élite eran nobles. Vestían bien y actuaban con soberbia, pero a diferencia de Fled, no se buscaban enemigos. Habían reído sus gracias, pero no se habían posicionado a su lado. Estudiaban la situación para sacar el mayor partido a sus posibles alianzas. Eran un hombre y una mujer. También jóvenes. Parecía ser un requisito para convertirse en estudiantes de élite.

Tras comprobar que Sara estaba bien, Sonstan comenzó a alejarse para volver a sentarse donde estaba.

—¡Sonstan! —llamó Gero—. ¿Quieres acompañarnos?

Sonstan lo miró extrañado, se acercó y se sentó en una caja que había junto a ellos. No parecía gustarle estar de pie.

—Mi nombre es…

—Gero y Drasco —interrumpió Sonstan con una sonrisa adormilada y después reposó la cabeza —. Encantado.

Su barco llegó mientras charlaban y embarcaron rápidamente. A pesar de ser menos pasajeros que en los demás barcos, el suyo era significativamente más grande. Podían sentir las miradas de odio y envidia provenientes del resto de estudiantes.

El grupo de cuatro se quedó en la cubierta mientras que el resto entraron para elegir camarote. Aparte de los tres magos que habían conocido, embarcó también un hombre que debía ser el otro guerrero de sangre que había sido seleccionado como estudiante de élite. Era un joven enorme que no había hablado en todo el rato con nadie.

Disponían de un camarote cada uno e incluso sobraría alguno más considerando el tamaño de la embarcación. En cada barco subían uno o dos maestros como medida de protección, tanto para ataques como para evitar las peleas, puesto que estaban prohibidas dentro de los barcos para evitar dañarlos.

En ese momento, el casco del barco se cubrió de sellos y notaron el golpe al emprender la marcha. Fascinado, Gero se asomó por la borda para echarles un vistazo. Era un trabajo fantástico. Las luces de los sellos se apagaron al momento, pero continuaron haciendo su función, empujando el barco río arriba. Los artefactos mágicos le habían entusiasmado desde siempre y estudiar sellos solo había hecho que aumentara su interés.

—¿De dónde sois? —preguntó entonces Sara.

—Yo soy de Grangal y él es de Auten —respondió Drasco—. Aunque yo llevo tiempo viajando, hace más de cinco años que no vuelvo a mi tierra natal.

—¿Y eso? —Sara resultó ser bastante cotilla. Eso podía ser un problema, por lo que debían elegir bien sus respuestas.

—¿Conoces la situación allí? —preguntó Drasco.

Sara asintió.

—Pues no tenía ninguna intención de quedarme —sentenció Drasco.

Gero desconocía la historia de Drasco. Nunca hablaba de su pasado o de su familia. Ni siquiera por qué viajó solo hasta Lantalos y de cómo acabó siendo un esclavo en Biern. Había afirmado que su padre le envió solo para ganar experiencias durante el viaje, pero a Gero le parecía imprudente hacer algo así siendo un príncipe. Algo no le cuadraba, aunque tampoco le había preguntado nunca; no parecía que su amigo quisiera hablar del tema y él lo respetaba.

—¿Y qué haces tú aquí? —preguntó Sara a Gero—. La academia de Auten es casi tan buena como la de Veniden.

—Mi padre pensó que el viaje me vendría bien.

Era una respuesta sencilla. Esperaba que no diera pie a que la joven tratase de indagar más, aunque tenía toda una historia preparada por si acaso.

—¿Y tú? —Esta vez preguntó a Sonstan que, a pesar de estar en la cubierta, se había tumbado contra un poste.

—¿Eh? —respondió adormilado.

—¿De dónde vienes?

—Del puerto. Vaya pregunta más rara.

Bostezó, cerró los ojos y empezó a roncar casi al momento. Los demás rieron, asombrados de que pudiese dormir en una postura tan incómoda. El barco navegaba de forma estable, pero aun así era inevitable que se meciese ligeramente y eso provocaba que su cabeza se fuese de lado a lado. Además, el poste contra el que se apoyaba estaría clavándosele en la espalda.

—¿Qué hay de ti? —preguntó entonces Drasco.

—No lo sé —señaló Sara—. No recuerdo nada de hace más de un año. Un día desperté en un callejón de Lantalos. Así que supongo que seré de aquí.

Gero sintió un escalofrío al escuchar eso. Lo contó con semejante tranquilidad que resultaba inquietante. ¿Tan fácil le resultaba aceptar eso y no preguntarse por su pasado? A él le parecía imposible.

—Lo siento —se disculpó entonces Drasco.

—No lo hagas —respondió Sara. Se miró el brazo lleno de cicatrices—. Francamente, no sé si quiero recordarlo.

20. GERO

Tras cuatro días de viaje, la torre de la academia finalmente apareció en la lejanía, ganándose más de una exclamación de asombro entre los estudiantes. Era inmensa, mucho más alta que cualquier construcción que Gero hubiese visto nunca y se alzaba imponente en mitad del bosque, desafiando la naturaleza.

Se encontraba sentado en la cubierta del barco con el libro de sellos que le regaló su padre entre las manos. Había decidido salir de su camarote a que le diera un poco el aire y a sabiendas de que ese día divisarían al fin la torre. Tenía mucha curiosidad por verla.

Había sido un viaje extraño. Fled se había encerrado en su camarote y apenas salía. Los otros dos nobles magos habían hecho amistad entre ellos, pero seguían sin parecer excesivamente interesados en el resto del grupo. No era como si a Gero le importase a nivel personal, pero sabía lo importante que eran los contactos en la academia, por lo que al menos se había esforzado en mantener una relación cordial con ellos. Estos parecían abiertos al menos a eso y, por el momento, eso era suficiente.

En cuanto al último guerrero de sangre, se sentó a meditar nada más subir al barco y permaneció inmóvil durante todo el trayecto. A Gero le daban escalofríos solo con mirarle. No comió y ninguno era capaz de distinguir cuándo estaba dormido de cuándo estaba despierto. Era enorme, de piel oscura y densa barba. Parecía demasiado mayor para estar en el grupo de élite, pero nadie cuestionó que su sitio estaba en ese barco. No hacía falta enfrentarle para saber que era fuerte. Emanaba un aura de poder salvaje difícil de explicar.

Con respecto a sus nuevos amigos, Sonstan se pasaba el día durmiendo o entrenando. Resultó ser un mago capaz de combinar magia de tierra y aire para usar magia de rayo, lo cual era asombroso. Era diligente en su entrenamiento, pero perezoso en todo lo demás.

Sara también era una obsesa del entrenamiento, sobre todo en lo referente al combate. Era experta en varios tipos de artes marciales y practicaba movimientos todo el día. Incluso se había pasado buena parte del viaje enseñando a Drasco. A pesar de que el grandullón era un combatiente con un instinto nato para luchar, sus habilidades se resumían a eso: instinto. Eso hizo que entrenar con ella resultase muy instructivo.

—Por fin sacas la nariz de ese libro —se burló Drasco mientras se sentaba a su lado. Se había pasado la mañana pululando inquieto por la cubierta, molestando a unos y a otros. Parecía aburrido tras cuatro días sin poder bajar del barco—. ¿Cómo lo llevas?

—Me está resultando bastante difícil dominar los últimos sellos —confesó Gero—. No los comprendo bien y creo que me limita a la hora de interiorizarlos, y no quiero recurrir a memorizarlos y luego escupirlos.

—¿No se basa en eso el estudio de sellos? —se extrañó Drasco.

Gero cerró el libro que todavía sostenía abierto entre las manos y pensó en la pregunta que le había hecho.

—Yo mismo lo consideré como tal al principio, pero cuanto más estudio sellos, más me doy cuenta de que es algo que va más allá —se aventuró sin estar del todo convencido—. Este libro no

habla de ello, pero empiezo a ver algunos patrones. O al menos, creo verlos. No sé muy bien cómo explicarlo. Se supone que este libro trata con sellos considerados muy avanzados en sus últimas páginas, pero tengo la sensación de que solo estoy rascando la superficie.

—¿Lo has acabado ya? —se sorprendió Drasco.

—Ni por asomo—rio Gero—. Me queda casi el último tercio por terminar y son los más complicados.

—Tal vez le encuentres sentido a lo que dices cuando lo acabes —sugirió Drasco.

—Tal vez —repitió él pensativo.

Al fondo se escuchaba todavía el rumor de la gente que seguía hablando de la torre, aunque la sorpresa inicial comenzaba a apagarse. Gero volvió a echarle un vistazo, aquel lugar iba a ser su hogar durante los próximos años si todo iba bien.

—Es increíble, ¿no te parece? —dijo Drasco.

—¿Crees que hemos hecho bien viniendo?

Era una duda que había tenido los últimos meses. Mejorar sus habilidades estaba bien, incluso sabía que su nueva maestra le podría enseñar cosas que su padre no podría. Sin embargo, justo antes de partir habían recibido noticias de que el rey de Auten había movilizado parte de su ejército para recuperar Novanta y el sentimiento de culpa le asfixiaba.

—Tu sitio no está en ese campo de batalla —respondió Drasco, que había comprendido la duda que atenazaba su corazón—. Nuestra labor es más importante que lo que podamos hacer en Novanta.

—¿Lo crees de verdad?

—¿Qué creéis de verdad? —preguntó Sara, que se sumaba en ese momento a ellos.

—Le decía que me pienso convertir en el más fuerte de esta academia —respondió Drasco con una sonrisa pícara.

—Pues conforme peleas, aún te queda muchísimo trabajo —se mofó Sara.

No habían podido pelear en serio al estar encima de un barco, pero era evidente que ambos querían enfrentarse en condiciones cuando llegasen a tierra.

—Buenos días —bostezó Sonstan mientras salía de su camarote.

El grupo rio.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Ya es mediodía —indicó Sara.

Este miró el cielo, tapándose la cara porque le molestaba el sol. Se había pasado toda la noche entrenando. Todos lo sabían, ya que el chisporroteo de sus rayos en mitad del silencio era inconfundible. Gero envidiaba que fuera capaz de entrenar durante toda la noche sin parar. Sus reservas de magia parecían no acabarse nunca.

—Ahora que estamos todos —apuntó Sara—, tengo una propuesta que haceros.

Parecía ansiosa por lo que iba a pedir y eso era algo poco habitual en ella. Normalmente la envolvía un aura de confianza envidiable y eso hizo que captara rápidamente la atención de todos.

—¿Conocéis las competiciones de academias? —continuó.

Todos asintieron. ¿Quién no había oído hablar de ello? Luchas entre equipos de cuatro personas en un escenario gigantesco. Era una forma de entrenar en combate real a las futuras generaciones.

—¿Os gustaría formar un equipo?

—¡Es una gran idea! —exclamó Drasco y sonrió a su compañero.

«Ya empezamos».

Ya le había planteado varias veces eso mismo a Gero. No obstante, él no estaba convencido de querer participar después de su derrota. Conocía sus limitaciones y no quería volver a ser humillado. Además, tras cuatro días con el resto del grupo, se había percatado de que iba a ser un lastre para ellos; era con diferencia el más débil.

—¿Tú qué opinas? —Sara miró a Sonstan.

Este, todavía incapaz de abrir por completo los ojos, miró a los presentes uno a uno y luego bostezó. Era imposible saber qué pensaba, su rostro adormilado era prácticamente la única expresión que había mostrado desde que lo conocían.

—Con una condición —puntualizó y miró a Gero—. Solo si él se apunta.

Todo miraron confundidos a Gero.

«Y parece que no se entere de nada…».

—Tengo que pensármelo —admitió sabiendo lo que venía a continuación.

—¿Qué tienes que pensarte? —preguntó Drasco—. ¡Será divertido!

Mientras discutían, una voz los interrumpió. Era uno de los maestros que habían pasado los últimos cuatro días con ellos. Para sorpresa de Gero, apenas habían interactuado con los alumnos. Se preguntó si era en todos los barcos así o les habían tocado algunos especialmente serios. Se pasaban la mayor parte del tiempo haciendo comprobaciones en los sellos del barco a pesar de que no lo necesitasen. No parecían confiar excesivamente en ese sistema.

Gero también lo había hecho, aunque por motivos distintos. Le parecían fascinantes y se había dedicado a estudiarlos. La persona que los hubiera diseñado debía ser un genio. Pensó que tal vez podría ser su maestra, o tal vez el padre de ella. Sin embargo, había otros maestros de sellos en la academia, por lo que tampoco podía estar seguro.

Eso le generó todavía más interés por empezar las lecciones. Enya le había prometido que le dedicaría un par de horas al día al estudio con él. Por lo que había hablado con el resto, debía sentirse afortunado. La mayoría tenía que conformarse con su condición de estudiante de élite y tal vez, con suerte, una lección a la semana. Los maestros eran por lo general personas ocupadas con sus propias inquietudes y rara vez querían perder el tiempo con los alumnos.

—¡Hemos llegado! Preparen su equipaje para desembarcar.

Todos tenían sus bolsas preparadas desde primera hora de la mañana, les habían avisado la noche anterior de que llegarían sobre mediodía. Al menos, todos menos Sonstan, que fue el único que entró al camarote de nuevo ganándose alguna risa entre sus compañeros.

Mientras desembarcaban, Drasco se acercó a Gero.

—¿Qué tienes que pensar? —repitió, esta vez susurrando para que nadie los oyese—. Nos conviene entrar en la competición y con un equipo fuerte. Estos dos van a recibir ofertas en cuanto se den a conocer. Son nuestra mejor opción para hacernos un nombre. Esas competiciones son importantes. Hemos tenido muchísima suerte al conocerlos.

Sabía que tenía razón, pero también sabía que era el más débil del grupo. Siempre era el más débil y empezaba a cansarle. Incluso empezó a dudar si su participación en esta infiltración era necesaria. Drasco parecía completamente capaz de hacerse cargo solo.

—No lo entenderías.

Atracaron en un embarcadero de piedra. Gero contempló una vez más la torre. Era tan alta como una montaña, pero también esbelta. Desconocía los materiales de los que estaba hecha, pero dudaba

que una estructura pudiese tener esa forma sin ayuda de la magia.

A su alrededor habían levantado una ciudad. Una mucho más lujosa que cualquier otra que hubiese visto. Todos los edificios estaban construidos en piedra blanca, tan brillante que la ciudad entera se iluminaba al reflejar el sol. Carecían de tejas, en su lugar tenían techos planos de esquinas redondeadas. Las paredes parecían gruesas por la profundidad de las ventanas. Eran estructuras sencillas pero muy elegantes.

Cerca del río había campos de entrenamiento para los guerreros de sangre, aunque ahora estaban vacíos. Seguramente se debía a que era el día de la bienvenida a los nuevos miembros. El bosque empezaba nada más terminar el recinto de la academia. Con la luz, una barrera se iluminaba de tanto en tanto. Una gigantesca cúpula nacía en la cumbre de la torre y rodeaba toda la ciudad. Se iluminaba de forma muy sutil, era casi transparente.

—¿Cómo es que no se veía la cúpula desde fuera? —preguntó Gero asombrado.

—Porque no se ve desde fuera —respondió Fled con soberbia—. Ni siquiera desde dentro. Solo podemos verla porque han abierto una brecha para que entremos. En cuanto todos los barcos entren, se cerrará y volverá a ser invisible.

Gero ni siquiera se había percatado de que había hablado en voz alta, pero aquel joven pedante sintió la necesidad de hacerle saber que sabía más que él antes de adelantarse al grupo y perderse entre la multitud.

Más de mil alumnos fueron guiados por las calles de la ciudad y muchos curiosos se asomaban desde sus ventanas o se paraban a estudiar a los recién llegados. El ambiente era tenso, los residentes no parecían contentos con los recién llegados.

—¿Qué pasa? —preguntó Drasco—. ¿Por qué nos miran así?

Llegaron a las puertas de la torre de la academia. La entrada consistía en una antigua escalera de piedra que daba a un portón gigantesco. Gero alzó la mirada, la cima de la estructura se veía tan lejana que le pareció irreal. Jamás había visto nada ni remotamente parecido.

La torre estaba separada del resto de edificios por jardines y delante de la escalera había suficiente espacio como para albergar a todos los estudiantes cómodamente.

Un anciano de apariencia tranquila apareció de entre las puertas. Caminaba a pasos cortos y vestía un elegante traje que le hacía parecer más un hombre de negocios que un mago. Tenía los cabellos plateados y estaban concienzudamente peinados hacia atrás. También lucía una perilla del mismo color y sus ojos transmitían la clase de sabiduría que provenía de la experiencia y el estudio.

Detrás de él, dos hombres y dos mujeres lo seguían. Uno era incluso más grande que Drasco, los otros tres, a pesar de no ser llamativos, tenían una presencia que daba escalofríos. Se limitaron a seguir al anciano manteniendo una distancia de varios pasos.

Este se paró delante de un atril y apoyó un papel que llevaba en la mano. Sus acompañantes se quedaron tras él de pie; dos a cada lado. El anciano miró a los miles de estudiantes que le observaban, carraspeó y comenzó a hablar. Su voz tronó por toda la ciudad, era evidente que aquel atril tenía algún mecanismo de amplificación para la voz.

—Bienvenidos a la academia —comunicó—. Soy el director Genci Robson.

Se escucharon algunos susurros, pero la gente en general mostraba un profundo respeto hacia el sustituto de Rodrick.

Gero todavía recordaba demasiado bien el cuerpo del guardián colgando medio mutilado en la plaza de Lantalos. Era una imagen que no parecía desaparecer de su mente, pues sabía que, si se

diese a conocer que su amigo y él eran demonios, tendrían un final muy similar.

—Para aquellos que no lo sepan, la academia da alojamiento a diez mil alumnos y a ni uno solo más. Si restamos a los que se acaban de graduar, ahora mismo hay cerca de once mil.

Esperó y tomó aliento. Esta vez no fueron susurros, los estudiantes comenzaron a murmurar. Se escuchaba cierta desaprobación y descontento entre los antiguos alumnos, pero nadie se atrevía a levantar la voz para quejarse por miedo a las consecuencias.

—Parece que ya sabemos a qué venían esas miradas —susurró Gero a Drasco.

Este asintió sin darle mayor importancia.

—Los aspirantes vivirán en el gimnasio hasta que se ganen una plaza. Esta la obtendrán retando a un alumno y venciéndolo. —Genci alzó la mano y señaló un gigantesco mural que rodeaba la parte trasera de los jardines—. Aquel mural muestra la clasificación. El vencedor del combate obtendrá la clasificación del vencido, y el vencido, así como todos los que queden por debajo, bajarán un puesto.

—No puede ser verdad —susurró un chico asustado—. Después de tanto esfuerzo…

Esta vez, fueron los recién llegados los que empezaron a protestar, parecía que ese sistema no era conocido por muchos de ellos.

—Lo implantó el nuevo director —susurró Sara.

Parecía muy bien informada en todo lo referente a la academia.

—La eliminatoria durará dos semanas. Podrán luchar en tantos combates como quieran, pero los que estén fuera de ese mural tras ese tiempo, deberán abandonar la academia. El resto de las normas están detalladas en los numerosos carteles que hay distribuidos por la ciudad —sentenció Genci—. Las clases quedarán suspendidas durante estas dos semanas y la torre estará cerrada.

Conforme hablaba, la cúpula generó un pequeño destello de luz que nació de lo más alto de la torre. Este se extendió por toda la cúpula y, después de que llegase hasta la base, la cúpula se volvió de nuevo completamente transparente. El director se había quedado esperando a que el proceso se completase y todos los presentes miraron boquiabiertos el espectáculo.

—Esa es la señal de que se cierra la cúpula. Hay tres puntos de acceso a la academia. —Comenzó a enumerar—. Uno es el río, otro está al sur de la ciudad y el otro, al norte. A excepción de hoy, esos puntos solo se abrirán durante un breve periodo cada mañana y bajo estricta vigilancia. Podrán salir de la ciudad desde cualquier lugar. La barrera no os detendrá para salir, pero solo podréis entrar por esos puntos en el horario establecido.

Gero todavía miraba fascinado el cielo. La cúpula había desaparecido por completo. No se podía percibir en absoluto su presencia. Se preguntó si se sentiría algo al atravesarla para salir ahora que había sido cerrada.

—Por último, queda señalar que solo los mil alumnos en la cabeza de la clasificación tienen el derecho de retar a la torre. En su interior hallarán una serie de desafíos que deberán superar si quieren graduarse de la academia. No entraré en más detalles, ya que muchos de ustedes jamás tendrán la oportunidad de enfrentarla, pero les invito a preguntar al profesorado una vez alcancen la clasificación adecuada.

De pronto, de las puertas de la academia aparecieron algunos maestros. Parecían haber estado esperando a que el director terminase esa parte del discurso.

Entre ellos estaba Enya, aunque no se veía al maestro de Drasco entre los que salieron. Por la reacción de Sara y Sonstan, Gero entendió que sus benefactores también estaban en ese grupo.

—Que los alumnos de élite acompañen a sus maestros. Los alumnos especiales serán alojados directamente en las estancias de los graduados. El resto puede marcharse al gimnasio —ordenó el director—. Espero grandes cosas de ustedes, incluso de aquellos que no logren quedarse en la academia. Todo mago y guerrero de sangre es valioso para nuestro reino y tendrá un puesto en el ejército si así lo desea.

Después de eso, desapareció por las puertas de la torre y el recinto explotó en gritos y quejas. Miradas de odio fueron dirigidas hacia los estudiantes de élite y especiales que no tendrían que quedarse en el gimnasio. Los cuatro individuos que habían salido con el director se quedaron hablando entre ellos mientras la gente iba saliendo de la plaza.

—¿Quiénes son esos? —preguntó Drasco con los ojos encendidos mirándolos—. Parecen fuertes.

—Son los protectores de Forthi —respondió Sara—. Los más fuertes de la academia y responsables de la protección si la barrera cae. Convertirse en uno de ellos es uno de los mayores honores en esta academia.

—¿Cómo te conviertes en uno de ellos? —insistió Drasco, cuyo interés no dejó de crecer.

Gero reconoció su tono de voz y la chispa en su mirada. Quería luchar contra ellos para ver lo fuertes que eran. A veces creía que se había embarcado en este viaje con un demente, pero sin duda hacía la vida más interesante.

—Cuando uno de ellos decide retirarse, elige un miembro entre los alumnos —dijo Sara—. Procurad no ofender a ninguno de ellos. —Miró en particular a Drasco al pronunciar esas palabras —. De lo contrario, vuestra estancia aquí durará poco. Es más, ni siquiera sé qué hacen encima de ese escenario.

—¿A qué te refieres? —se extrañó Drasco.

—Su existencia siempre ha sido ocultada, incluso se pensaba que eran una leyenda —explicó Sara —. Con el nombramiento de este director y tras la muerte del anterior, se dieron a conocer tras las revueltas ocasionadas por la muerte de Rodrick. Los cuatro que ves ahí solían ser profesores y nadie sabía que eran los protectores. Detuvieron las revueltas ellos solos, su poder es abrumador. Lo que no entiendo es qué hacen junto al director, considerando que son un organismo independiente.

—¿No los manda el director? —se sorprendió Gero.

—La figura de los protectores es tan antigua como la academia y las leyendas hablaban de que el fundador decidió que estos no pudiesen ejercer funciones en la dirección. Su única labor es proteger al centro.

—No me han dado esa sensación ahí arriba —dudó Gero.

Sara se encogió de hombros, parecía que, aunque se hubieran dado a conocer, se supiera poco acerca de los detalles de su existencia. Gero se sintió un poco aliviado de que su nueva amiga no tuviera todas las respuestas. A pesar de la naturaleza de la misión de Drasco y Gero, a veces ella le hacía sentir que no estaban haciendo su trabajo correctamente.

—Bueno, vámonos de aquí, que tenemos mucho que hacer —dijo Sara.

—¿Y tu maestro? —preguntó Gero a Drasco al percatarse de que este no había aparecido.

—Es un tipo ocupado. Ya me dijo que tendría poco tiempo para supervisar mi formación.

Gero de nuevo cayó en la cuenta de la suerte que había tenido de haber sido elegido por Enya. Parecía más dispuesta que el resto de los maestros de instruir a su alumno.

Los cuatro se dirigieron hacia los instructores, que esperaban pacientemente en las escaleras.

—Drasco —dijo Enya—, Zimir estaba ocupado y como tu residencia queda al lado de la de Gero, me ha pedido que te lleve.

—Vaya, qué casualidad —se sorprendió Drasco, aunque duró poco al ver cómo Enya le guiñaba torpemente el ojo. Parecía haber tenido algo que ver con la esa asignación de viviendas.

Allí, los cuatro se despidieron y quedaron en volver a verse en la plaza por la tarde para investigar un poco la academia.

—Maestra… —llamó Gero.

—Llámame por mi nombre.

«Jamás me voy a acostumbrar a eso», bufó Gero.

—Enya, ¿la academia siempre ha enfrentado así a los alumnos?

—No deja de ser una academia militar —suspiró Enya—. Aunque echo de menos a Rodrick. Me gustaba más cómo hacía las cosas.

Enya se giró asustada y miró en todas las direcciones. Lo que acababa de decir eran palabras peligrosas. Drasco y Gero se miraron. Tal vez pudiera ser una aliada, pero todavía era muy pronto para decidirlo.

—¿Cómo se hacían las cosas antes? —preguntó Gero.

La mayoría de los alumnos se habían ido en dirección contraria a ellos, por lo que, a excepción de algunos alumnos de élite que se les habían ya adelantado, estaban solos. Cuando Enya se aseguró de que era así, comenzó a explicarles:

—La competición entre estudiantes siempre se ha alentado, pero la fuerza de combate no era lo único que se buscaba. Antes había varias clasificaciones según las especialidades y solo había una convocatoria al año. Aquellos que al finalizar el año no estaban en ninguna de las clasificaciones debían marcharse, aunque podían volver a presentarse a las pruebas en esa misma convocatoria.

—¿No es un poco salvaje enfrentar así a los alumnos? —insistió Gero.

—Es lo que debe ser —dijo Drasco—. Al final, hay que tener en cuenta para qué se fundaron las academias.

—El mundo es injusto —respondió Enya y miró a Gero—. Creo que tú más que nadie deberías saber eso.

Gero frunció el ceño al escuchar ese comentario. No esperaba oír algo así de su maestra, aunque supiese que tenía razón.

—¿Ahora no puedes volver a presentarte si te echan? —preguntó. Dudaba de sus propias cualidades como combatiente después de su última experiencia.

—Tienes que esperarte a la siguiente convocatoria —explicó Enya—. No es mucho problema, ya que en vez de ser anuales ahora son cada cuatro meses, pero si te han expulsado una vez es difícil que consigas un buen puesto en la academia en el futuro. Como ha dicho el director, todos los estudiantes tienen un puesto de cabo asegurado en el ejército y la mayoría de expulsados optan por intentar conseguir méritos militares o unirse a alguna familia noble.

Aquello no hizo más que acrecentar el temor de Gero, aunque se lo guardó para sí mismo. Caminaron por las instalaciones de la academia; realmente parecía una ciudad: había restaurantes, tiendas, zonas de ocio y parques. La única diferencia destacable era que todo estaba impoluto.

Todos los edificios tenían la misma arquitectura y la mayoría de los edificios eran casas para los estudiantes. Las calles eran todas de adoquines y había extraños faroles colgando por todas partes.

No tenían nada en su interior, por lo que llamaron bastante su atención. Tal vez fueran otro artefacto mágico.

—Se iluminan al caer la noche —explicó orgullosa Enya al ver el interés que él mostraba—. Son un invento fantástico. Las diseñó Rodrick antes de…

Se quedó callada. Hablaba mucho del antiguo director. Parecía tenerle en buena estima y, al mismo tiempo, parecía temer que la gente lo supiera.

Caminaron durante un buen rato hasta que vieron al fondo una ladera llena de casas.

—¿Veis esas casas en la ladera? —señaló Enya tratando de cambiar de tema.

Eran casas considerablemente más lujosas que las demás. Eran más pequeñas que las que se encontraban por la ciudad, pero tenían pequeños jardines privados y grandes ventanales con vistas al resto de la academia.

—Esas son las casas de los estudiantes de élite —declaró—. A diferencia del resto de estudiantes que deben compartir entre varios las viviendas, vosotros tendréis una casa cada uno.

Aquello se ganó una carcajada de alegría de Drasco. A pesar de ser un príncipe, también había vivido como un esclavo y no daba por sentado los lujos. Los disfrutaba como cualquier otro o incluso más.

—¡¿Cuál es la mía?! —gritó mientras corría hacia la ladera.

Enya rio y ella y Gero lo siguieron a paso tranquilo. Ya se pararía cuando llegase allí.

—Maest… —No acabó la frase al recibir una mirada de desaprobación—. Enya, ¿qué posición toman los alumnos de élite en la clasificación al entrar?

—Vas a tener que pelear —admitió Enya—. Y probablemente vayas a ser el que más lo haga.

—¿Por qué?

—Se os garantiza un puesto en la mitad de la clasificación nada más entrar, pero vas a tener que aceptar cualquier desafío que te llegue de un rango inferior y tu actuación durante los preliminares ya es conocida en toda la academia.

Gero sintió que el mundo se le caía encima. En esos momentos habría preferido no ser elegido por Enya. Se acababa de poner una diana en la espalda. Se puso pálido y notó cómo perdía un instante el equilibrio. Sintió que iba a vomitar.

—Me van a comer vivo…

—Solo puedes aceptar un reto al día y, de todos los que te reten, estarás obligado a aceptar el de aquel que se acerque más a tu rango. No es tan grave —trató de apaciguar ella—. Sé que quieres mejorar tus habilidades de combate, tómatelo como si fuese entrenamiento. Es casi imposible que en esta convocatoria te echen incluso si pierdes todos los combates.

Entendía la lógica de lo que su maestra decía, pero aquellas palabras le parecieron hirientes. Ni siquiera su maestra confiaba en sus habilidades.

—¿Tan mal lo tengo? —preguntó Gero.

—La mayor parte de nuevos estudiantes no consiguen arrebatarle las plazas a los que ya están aquí —reveló Enya—. De los que habéis venido, apenas un par de cientos logrará asegurar una plaza. Al menos, ha sido así las últimas veces. El nivel de los estudiantes es alto, así que espero que te esfuerces lo suficiente como para no hacerme quedar mal.

Gero tragó saliva. No se atrevió a asegurar si se trataba de una broma o era una amenaza.

21. GROGO

Grogo se preparaba para dar su primer discurso a la ciudad. Se encontraba en una pequeña tienda ubicada en la plaza de Novanta, detrás del escenario donde tantas ejecuciones habían tenido lugar durante el mandato del duque. Junto a él, Vera le aseaba la ropa y Fara y Celia se encargaban de vigilar el entorno. Estaban apostadas en la puerta y, aunque había más seguridad, estaban completamente alerta. Aunque la semana había sido tranquila, era un día importante y existía el riesgo de un ataque.

Aparte de ellos, dentro de la tienda solo estaba Borian. El hombre estaba más enérgico ahora que sus responsabilidades se habían reducido a ser consejero. Incluso se le veía más joven.

—¿Está todo el mundo en su sitio? —preguntó Grogo.

Sudaba mucho y se pasaba constantemente un pañuelo por la frente.

«Esto es una mala idea —bufaba para sí mismo—. ¿Yo, rey? Es de locos».

De tanto en tanto buscaba la mirada de Vera. Le reconfortaba un poco tenerla a su lado.

—Tenemos a gente repartida por el público. Si hay algo raro, lo sabremos —respondió Vera—. Tú solo tienes que subir ahí y hacerlo como hemos ensayado.

—No me gusta ese escenario. ¿No habría sido mejor quitarlo? —protestó el tabernero—. Me parece inapropiado dar un discurso encima de un patíbulo.

Llevaba todo el día con un mal presentimiento, pero ahora que se acercaba el momento, se estaba poniendo cada vez más nervioso. No era un político, solo había accedido a asumir el liderazgo de la ciudad a regañadientes porque quería ayudar y le habían convencido de que era la mejor opción. Pero él seguía teniendo ciertas dudas al respecto.

Varios de los miembros del gobierno de la ciudad no parecían excesivamente de acuerdo con ceder el mando; solo tras una semana de negociaciones y viendo la crisis venidera habían aceptado. Su posición como dirigente era inestable y sabía que solo la había conseguido porque nadie esperaba que la ciudad pudiese ser salvada. Las perspectivas no eran nada buenas.

—Tienes razón —admitió Borian—. Sin embargo, ha habido tantas cosas por hacer…

—Los símbolos son importantes —intervino Vera—. Lo quitaremos lo antes posible.

Vera terminó de ajustar la vestimenta de Grogo. Llevaba una camisa blanca con un chaleco negro. Habían probado con ropa más formal, pero debido a sus gruesos brazos y hombros le daba un aspecto extraño y habían decidido evitarlo. Además, su vestimenta actual le hacía parecer mucho más cercano de cara al público, pues era un atuendo habitual entre la gente corriente. Tal vez eso le hiciese ganar algo de simpatía. Él al menos se alegraba de no tener que ir más arreglado.

—Te toca salir —avisó Vera.

La gente empezaba a alborotarse y el volumen aumentaba. Estaban ansiosos por conocer al héroe que había acabado con el monstruo que habitaba el palacio. Se asomó por la entrada de la tienda. La multitud llenaba la plaza e incluso las calles adyacentes a esta. Miles de personas se amontonaban para escuchar a quien iba a decidir el futuro de la ciudad. Empezó a notar cómo las vidas de todos ellos se cargaban sobre su espalda. Era difícil ser un rey al que le importa su pueblo. Por eso sabía que él no estaba hecho para el puesto; le importaba demasiado.

—Bueno… —suspiró—. Allá vamos.

Fue a salir, pero Vera agarró su brazo para impedirlo.

—¡Espera! —exclamó—. Te dejas las notas del discurso.

Grogo se tocó los bolsillos. Tenía razón. Busco por la tienda, los había dejado encima de una mesa.

—Vaya —rio nervioso—. Eso habría sido bochornoso.

Borian soltó una carcajada.

—Míralo cómo se ríe el condenado —bromeó Grogo—. En menudo lío me habéis metido.

—Y pienso disfrutar de cada segundo de ese discurso —se burló amistosamente Borian mientras agarraba los papeles y se los acercaba.

En ese momento, Corento entró a la tienda. Dependía mucho más del bastón para caminar. Desde que fue afectado por la joya del alma, no había vuelto a ser el mismo. En realidad, Grogo se alegró de verlo allí. Él mismo no pensaba que fuera a sobrevivir a la enfermedad provocada en aquella ocasión. Probablemente, cualquier otro que no fuese un experto sanador habría muerto. Sin embargo, Corento consumía aun hoy en día todo su poder mágico en mantener su cuerpo y había perdido la capacidad de usar su magia para otra cosa que no fuera eso.

—Menuda seguridad tenéis montada —protestó—. Ya ni un viejo amigo puede venir a visitaros.

Grogo se acercó y le dio un sincero abrazo. Se dio cuenta de que estaba tan delgado que parecía sostener entre sus brazos un puñado de huesos. Tal vez no estuviera tan bien como había pensado.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Grogo—. ¿Se puede saber qué haces aquí? Si ibas a venir, tendrías que habernos avisado y habría mandado a alguien a recogerte.

—El día que tengas que venir a recogerme me sacarás de mi tienda con los pies por delante —bromeó.

Grogo rio por compromiso, pues sabía que ese día se acercaba demasiado rápido. El anciano se tomó la risa de su amigo como una victoria y mostró una mueca que debía ser una sonrisa. Había perdido varios dientes en los últimos meses y tenía las encías ennegrecidas. Después, trató de alcanzar la silla más cercana. Vera, al ver lo que pretendía, se la acercó y le ayudó a sentarse.

Una vez sentado, apoyó el bastón en el lado de la silla y se pudo apreciar cómo le temblaban las manos incluso con los guantes que llevaba puestos. Iba excesivamente abrigado para ser finales de verano, pero el hombre no hizo el intento de quitarse ninguna capa al sentarse.

Llevaba una pequeña bandolera que apoyó sobre sus piernas para abrirla. De su interior sacó una máscara de madera. Era muy similar a la que Grogo usó el día de la revuelta. Se había convertido en un símbolo del nuevo Gobierno.

—¿Qué haces con eso? —preguntó Grogo, extrañado.

—La pedí hacer tras la muerte del duque —replicó—. Sabía que este día llegaría y no quería que te subieras al escenario arrepintiéndote de mostrar tu rostro al mundo.

—No creo que sea una buena idea que dé el discurso con la máscara —intercedió Borian—. El pueblo necesita ver su rostro. Una máscara…

Corento levantó la mano para pedirle silencio.

—El pueblo necesita ver el rostro del rey que los llevará a la batalla —afirmó Corento—. Pero no tiene por qué ser el rostro de Grogo. Póntela.

Grogo se acercó, agarró la máscara. No tenía una cinta para apretarla a la nuca, por lo que miró a Corento extrañado.

—Póntela —insistió.

Se la acercó al rostro, y cuando la tenía a unos pocos milímetros, notó cómo la máscara se le adhería a la cara. Asustado, se echó las manos a la cara y se la quitó.

—¡¿Qué es esto?! —gritó.

Celia entró en la sala al oír el grito con la mano preparada sobre la empuñadura de su espada. Miró por todas partes y al comprobar de que no pasaba nada, saludó y volvió a salir.

—¿Quieres ponértela de una vez? —dijo Corento—. No seas gallina.

—Si me estropea la barba, te vas a acordar —gruñó Grogo mientras se acercaba al único espejo que había en la tienda.

Era un espejo de pie con los marcos de madera. Medía más de dos metros de alto, por lo que le permitía verse bien sin necesidad de agacharse. Escuchaba el sonido fuera de la tienda, cada vez estaban más impacientes. Sabía que debía salir cuanto antes.

Se puso la máscara entre las manos y la observó. Le gustaba el anonimato de una máscara. Sabía que era la razón por la que había conseguido sobrevivir tanto tiempo. Mostrar su cara después de años luchando como un guardián le aterraba.

Al colocársela, notó que comenzaba a pegarse a su rostro y cómo le pinchaba en el cuello. Se dio cuenta de que usaba parte de su sangre, pero solo fue un instante. El proceso terminó deprisa y, cuando lo hizo, sintió que la máscara desaparecía. Dejó de sentir su tacto o su peso, como si no la llevara puesta.

Se miró en el espejo y se sorprendió al ver que su cara había cambiado, era el rostro de otro hombre. Tenía la barba más rubia, los ojos claros y sus rasgos habían cambiado ligeramente. Nadie sería capaz de reconocerle por el rostro.

—Bueno, ¿y de qué sirve esa máscara? —preguntó Vera, confusa. Se acercó a él y le tocó el rostro —. Es como si no llevara nada.

Grogo frunció el ceño sin comprender qué estaba diciendo. Su rostro era el de otra persona y, sin embargo, Vera no parecía verlo. Todos miraron a Corento esperando una explicación.

—¿No es fantástico? —rio, aunque no era su risa enérgica de siempre—. Las hace un viejo amigo. Me ha costado dar con él, pero es un auténtico genio. ¡Un auténtico genio! Con esa máscara no tendrás que preocuparte.

—Disculpe, señor Corento —interrumpió Borian—. ¿A qué se refiere?

Le trataba con el más absoluto respeto. Corento era un hombre muy respetado entre los que ahora formaban el nuevo Gobierno. Al fin y al cabo, les había servido de proveedor durante mucho tiempo, arriesgando su propia vida en el proceso.

—Mi cara se ve distinta en el espejo —declaró Grogo mientras se volvía a poner delante de él.

Los demás se acercaron y al fin pudieron ver la diferencia.

—¿Qué clase de magia es esta? —preguntó Vera asombrada.

Ninguno de los presentes había visto nada igual.

—Vosotros podéis ver su verdadero rostro porque se lo ha colocado con vosotros delante —explicó Corento—. El resto de gente lo verá con la apariencia que muestra el espejo. El pueblo solo necesita ponerle una cara a su rey, no tiene por qué ser el rostro auténtico.

Aquello le resultó fascinante. Los artefactos mágicos no dejaban de mejorar con los años, pero la complejidad de este los dejó a todos asombrados. Grogo sintió un escalofrío al pensar en qué pasaría si un objeto así cayera en malas manos.

—Es casi imposible que esto funcione —declaró Borian—. Muchos en el gobierno ya han visto el verdadero rostro de Grogo. Asumir que van a guardar tantos el secreto es ser ingenuo. No funcionará y cuando la gente sepa que les han engañado…

—Gracias, Corento —interrumpió Grogo—. Gracias por aclarar mis dudas.

Grogo se acercó a Vera, besó su mejilla y se dispuso a salir al escenario.

—Esto no es una buena idea —protestó Borian.

No obstante, antes de salir al escenario, Grogo sorprendió a todos quitándose la máscara. La dejó sobre una mesilla que había junto a la puerta, se irguió y salió con paso firme.

El sol había salido hacía unas cuantas horas. Calentaba bastante, por lo que cabía esperar el descontento de la gente a la que se había hecho esperar fuera. Frente a él, había unas escaleras para subir al escenario por la parte de detrás. En esas mismas tablas, hacía menos de un año que rescató a Siro.

«¡Se reiría tanto de lo que voy a hacer ahora!».

Comenzó a subir los peldaños de madera. Frente a él, se descubrió a la multitud que esperaba su discurso. El rumor que se extendía por toda la plaza se fue apagando conforme la gente vio que alguien aparecía. Miles de ojos clavados en él. Empezó a arrepentirse de no llevar la máscara.

«¿Por qué he hecho eso?».

No lo sabía, pero le había parecido lo correcto. La gente no necesitaba más mentiras. Miró el atril que había montado, era el que utilizaba antes el duque para dar discursos. Le habían cambiado la decoración, pero seguía siendo el mismo. Caminó hasta colocarse detrás de él, el silencio solo era roto por la respiración de miles de personas. Hoy, esa gente se convertiría en su responsabilidad. Se convertiría en la razón por la que lucharía con su vida en juego en el campo de batalla.

En las primeras filas, la mayoría le miraba con devoción. Los asistentes parecían estar viendo una deidad. Le incomodó al darse cuenta de que eran más de los que creía. Se había prometido que, al llegar al poder, tendría que hacer algo al respecto. Esa extraña religión que estaba surgiendo alrededor de él era molesta y demencial.

Detrás de ellos, se veían rostros de curiosidad y esperanza. No sabía cómo salvarlos, pero en sus ojos veía confianza absoluta en que sería capaz de hacerlo. Se sintió un impostor. En breve, tendrían un ejército a las puertas de la ciudad y no tenía ni la más remota idea de qué hacer al respecto.

Colocó sus papeles y se tomó su tiempo para calmar sus nervios. Le pareció curioso comprobar que hablar ante tanta gente resultaba más aterrador que cualquier batalla. Definitivamente, no había nacido para la política.

—¡Pueblo de Novanta! —gritó.

Su voz amplificada retumbó por toda la plaza. Se había olvidado de que el atril tenía esa función. Miró hacia las escaleras por donde había subido. Vera le hizo un gesto para que bajara el volumen. Se puso todavía más nervioso. Miró de nuevo a los fanáticos de las primeras filas y sintió que sus miradas se clavaban en él. Eso no podía seguir así. Se olvidó de los apuntes que tenía delante.

—Sé que por la ciudad han corrido rumores de mi poder y, ante todo, quiero que sepan que soy un hombre como cualquier otro de esta ciudad. Sangro cuando me cortan y me embriago cuando bebo. Amo, lloro y río como lo hacéis todos.

»No pretendo ser lo que no soy y ante vosotros me descubro como soy realmente. No soy un político. He sido un guerrero durante más de un siglo y antes fui pescador. Incluso muchos me conoceréis por ser tabernero. —Sonrió y buscó con la mirada a sus acompañantes.

Borian había entrado en pánico. Parecía haber envejecido de golpe lo que el pequeño descanso de las responsabilidades le había hecho recuperar. Grogo respiró hondo.

—No os pido la devoción que pediría un rey. Esa devoción se la debéis solo a vuestros seres queridos. A vuestras familias y amigos. Ningún hombre, rey o dios debería exigírosla.

Si había todavía alguien hablando cuando empezó su discurso, a estas alturas ya no lo hacía. No había murmullos ni quejas. Tampoco vítores. No sabía si era algo bueno o malo, pero al menos tenía la certeza de que le estaban escuchando.

—Se acerca un ejército a nuestras puertas y os seré sincero. No hay humillación en huir para salvar a vuestros seres queridos. O incluso para salvar vuestra vida. Una ciudad sin gente solo es un montón de piedras. Aun así, sé que muchos no os marcharéis. No abandonaréis la vida que aquí habéis construido.

»No prometo ser capaz de proteger esa vida, pues las promesas que no se pueden cumplir se las dejo a los políticos. Como he dicho antes, yo solo soy un guerrero. Sin embargo, sí que puedo prometer que haré todo lo que esté en mi mano. Con esto no os digo que os quedéis. Aquellos que quieran marcharse, todavía están a tiempo. Lo que sí que os diré es que, si decidís quedaros a luchar, haremos que esta tierra tiemble de miedo ante nuestra determinación.

Entonces, su propio silencio se unió al del público. Ni siquiera sería capaz de decir cuánto tiempo pasó esperando alguna reacción, pero nadie se movía. Solo sentía el pulso de miles de vibraciones al unísono. Miró a Vera, parecía preocupada. Seguro que luego iba a tener problemas con ella, había trabajado mucho en su discurso. Borian, en cambio, parecía estar tan eclipsado como el resto del público.

Al terminar, se sintió aturdido. Ni siquiera recordaba bien lo que había dicho. El silencio empezaba a ser incómodo y no sabía si bajar del escenario o seguir hablando. «¿Qué se supone que hay que hacer ahora?». Miró los papeles, el final que tenía escrito era declararse a sí mismo rey por el apoyo del Gobierno. «¿Debía hacerlo?». Después de su discurso, le parecía inapropiado.

No podía más con el silencio, así que se apartó del atril para que todos le vieran y se colocó los dedos índice y corazón de la mano derecha sobre el corazón con el resto de los dedos cerrados en un puño, el pulgar tocando el pecho y el codo en alto a la altura del hombro. Un saludo militar no oficial. Lo había visto entre soldados de distintos reinos a lo largo de los años. Se desconocía su origen, pero era el único símbolo utilizado por todos los reinos y todas las razas con el mismo significado. Simbolizaba una promesa de proteger al otro con su vida.

Para su sorpresa, los militares que había entre el público respondieron el saludo. Cientos de ellos estaban en esos momentos en la plaza. Grogo sintió cómo aquello lo llenaba de orgullo. No obstante, el gesto no acabó ahí. El resto del público comenzó a imitarlo y a los pocos segundos, toda la plaza lo saludó en silencio.

22. GERO

Gero caminaba de un lado a otro de su nueva casa desorientado. Había tenido una pesadilla horrible en la que le daban una paliza monumental en un combate. Aunque todavía no supiera quién lo retaría al día siguiente, estaba convencido de que le tocaría pelear. Enya ya se había encargado de hacérselo entender.

La noche anterior no se reunió con el resto del grupo alegando que estaba cansado, pero se pasó la noche tratando de urdir un plan, una manera de sobrevivir en la academia sin revelar sus poderes innatos. Las ilusiones podrían ser útiles en los combates, pero no era un mago de luz. Las habilidades innatas no eran inconcebibles entre humanos, pero eran tan raras que enseguida sería investigado como posible demonio. Sus ilusiones eran buenas y nadie a simple vista se daría cuenta de que era un demonio, pero si un experto le investigaba minuciosamente, estaba convencido de que sería descubierto.

Le tranquilizaba saber que en las primeras dos semanas era difícil ser expulsado gracias a sus ventajas como estudiante de élite. Tenía cuatro meses para hacerse más fuerte, lo suficiente como para escalar en la clasificación. Después ya averiguaría cómo conseguir méritos para infiltrarse en el ejército de Veniden. Enya no quiso entrar en detalles el día anterior, pero al parecer, la clasificación era más importante de lo que habían supuesto en un principio.

Su vivienda tenía un pequeño jardín con un olivo inmenso en el centro. A su alrededor, había setos a los que les habían dado forma. Trazaban caminos de tierra por el jardín. Frente al árbol, había un suelo enlosado de apenas un par de metros cuadrados. Su finalidad probablemente fuera la meditación y el descanso. No se podía comparar a los jardines que tenía la academia, pero pensar que eso le pertenecía le resultó gratificante.

No era una casa excesivamente grande, pero dado que era para una sola persona, se podía considerar un lujo. Tenía un despacho, una habitación, un pequeño salón unido a la cocina y un baño. Enya les informó el día anterior de que los comedores eran gratuitos, pero si querían comida de más calidad deberían ir a los restaurantes o cocinar en casa. Había tiendas por toda la ciudad para abastecerles de lo que pudieran necesitar, siempre y cuando pagasen.

Se levantó de la cama, se vistió corriendo y acudió a casa de Drasco. Llevaba un tiempo dándole vueltas a una idea, una posible solución a su problema. Sin embargo, le había avergonzado tanto proponerla que lo había estado posponiendo.

Vivían justo al lado, lo cual resultaba bastante cómodo. Al parecer, Enya había movido hilos para que vivieran en casas contiguas. Todavía no entendía por qué se esforzaba tanto por su alumno.

Tocó a la puerta, no hubo respuesta. «¿No está?». Volvió a tocar.

—¡Ya voy! —gritó Drasco desde el interior.

Este abrió la puerta medio desnudo y bostezando, parecía haber trasnochado. Gero sintió cierta envidia al ver el esculpido cuerpo de su amigo y dudó un instante de su plan.

—¿Qué quieres? —gruñó.

—Necesito hablar contigo —dijo Gero irrumpiendo en su casa.

De la habitación salió una joven preciosa mientras terminaba de vestirse. Gero no pudo evitar mirar donde no debía y se sonrojó.

—¡¿Y tú quién eres?! —gritó mientras se tapaba corriendo.

—Disculpa —se avergonzó Gero—. No sabía que hubiese alguien más.

La chica terminó de vestirse corriendo hacia la puerta y abofeteó a Drasco por el camino. Dio semejante portazo al salir que pareció que iba a desencajar el marco.

Drasco rompió a reír, lo que dejó a Gero sin palabras.

—Le dije que nadie se enteraría de lo de esta noche —aclaró—. Me gustaba esa chica, es una pena. Aunque tu cara al verla ha valido el tortazo que me he llevado.

Volvió a reír y Gero sintió que le ardían las mejillas de la vergüenza.

—Lo siento muchísimo —manifestó Gero—. Si lo hubiera sabido…

—Si, lo sé —le tranquilizó—. ¿Qué querías?

—¿No vas a ir tras ella?

Drasco se encogió de hombros.

—Es una maga de aire, no la alcanzaría. Ya la buscaré cuando se calme, aunque algo me dice que esta ha sido nuestra última noche juntos.

Gero no dudó del comentario, su amigo tenía una intuición bastante buena para esas cosas. Drasco se acercó a la cocina y agarró un par de cuencos con comida. Contenían un trozo de pan, jamón, lomo y queso. A Gero se le hizo la boca agua, no había comido nada desde que estuvieron en el barco.

—Lo compré anoche para ti —dijo Drasco mientras lo sacaba al salón. Había una mesa con cuatro sillas en mitad del salón—. Imagino que no cenaste.

Siempre estaba atento a todo y a todos, aunque no lo pareciese. Le dio las gracias y se sentaron.

—La comida aquí es cara —continuó Drasco—. Tendremos que adaptarnos al horario del comedor o trabajar. No nos quedan muchos fondos después del tiempo que pasamos en Lantalos.

—¿Trabajar?

—Sara me estuvo contando que la academia se financia a base de aceptar encargos. Podemos solicitar un emblema y eso nos permitiría ver el listado de trabajos y ganar algo de dinero.

—¿Como un gremio de mercenarios?

—Supongo que es algo parecido. Se paga bastante bien, aunque la academia y el reino se llevan un buen pellizco.

Gero se quedó pensativo. Iban a necesitar dinero a la larga, pero no sabía si le hacía gracia aceptar encargos de un reino que era enemigo de su especie. No obstante, también sabía que, si iba a meterse como espía en el ejército, acabaría haciendo cosas que no le gustaría.

—¿Son difíciles?

—Hay distintos rangos de dificultad. Todos empiezan por los más sencillos y conforme acumulan méritos, pueden acceder a misiones de mayor rango.

Gero rio frustrado.

—¿Todo se basa en méritos en esta academia?

—Méritos o familia —respondió Drasco con indiferencia—. Así funciona el mundo.

No quería entrar en ese tema, no iba a salir nada de bueno de ello.

—¿Qué rangos hay? —preguntó.

—No tengo ni idea. Tendremos que averiguarlo.

—¿Sara no lo sabía? —se sorprendió Gero. Ella solía estar enterada de todo.

Drasco mostró su sonrisa pícara. Se mordió el labio y miró a la puerta.

—Verás… Estábamos en un bar comentando eso cuando me distraje con…

—Lo pillo —interrumpió Gero.

—Sé que tendría que…

—No sigas —exhaló Gero—. Eso también forma parte de mezclarse con la gente, supongo. Lo hiciste por la misión, ¿no?

Ambos se desternillaron de la risa y comenzaron a devorar el contenido de sus platos. El jamón estaba salado, pero aun así le supo todo delicioso. Cuando terminó, miró a su amigo seriamente.

—Necesito que me hagas un favor —anunció.

—¿Me destrozas la cita y ahora me pides un favor?

—Esto es serio.

—Te preocupan los combates, ¿no?

Gero asintió. Una vez más, parecía que le había leído la mente.

—¿Y cómo pretendes que te ayude yo? —preguntó Drasco.

—Prométeme que no te reirás.

—Nunca prometeré eso.

Gero lo miró frustrado y bufó mientras se levantaba. Había sido una mala idea. Se propuso recoger su cuenco, lavarlo y marcharse.

—Pero puedo prometer que, si creo que puedo ayudarte, haré todo lo que esté en mi mano.

Se quedó parado un momento, apoyado sobre la mesa. Drasco le miraba con la determinación de aquel que pondría su vida en juego por cumplir lo que se había comprometido.

«Tendrá que valer».

Se volvió a sentar y suspiró. Sabía que se iba a reír, pero eso no era nuevo. Al menos sabía que podía confiar plenamente en él. Si resultaba una idea estúpida se lo diría, y si resultaba una buena idea, le ayudaría a conseguirlo.

—Tú eres un mago y un guerrero de sangre —dijo—. Quiero…

Drasco lanzó su brazo e intentó abofetear a Gero. Este levantó un escudo de hielo que le detuvo y se echó hacia atrás asustado sin saber qué estaba pasando. Por suerte, Drasco no había intentado darle. Su movimiento, aunque rápido, era mucho más lento de lo que podría haber sido.

—¡¿Se puede saber qué haces?! —gritó Gero.

—En mi familia entrenamos para ser guerreros de sangre desde que empezamos a andar —explicó —. Llevamos el cuerpo al límite y nos ponemos en situaciones peligrosas desde la infancia para romper la barrera.

Drasco se levantó y fue a buscar algo de beber. Solo había una jarra de agua, por lo que la sacó junto con dos vasos y la sirvió.

—¿Sabes por qué hacemos eso? —continuó.

Gero negó con la cabeza, pero conforme lo hacía levantó las cejas sorprendido. En ese instante cayó en la cuenta de por qué Drasco había hecho esa demostración.

—Para hacerlo antes de que despierten vuestros poderes mágicos —se aventuró Gero a responder.

—Correcto —se sorprendió Drasco—. La barrera se rompe en una situación extrema, cuando intentas llevar tu cuerpo por encima de su capacidad. En una situación en la que tu vida está en

juego, tú dependerías de tu magia. Además, yo soy hijo de un guerrero de sangre. Eso hace que para mí fuese mucho más fácil. Para ti, sería todavía más difícil.

Sintió como todos sus planes se desmoronaban. Tiró la cabeza hacia atrás y gruñó. Era todo tan frustrante. Ser un guerrero de sangre le permitiría poder luchar sin depender únicamente de su magia. Podría pelear conservando su poco poder mágico para ataques o defensas clave. Incluso le permitiría moverse más rápido mientras formaba sellos. En su cabeza, era la solución perfecta para su problema.

—¿No hay otras formas de romper la barrera? —insistió Gero.

—Mi familia lleva décadas buscándola —respondió Drasco—. Es la única forma conocida y, créeme, si hubiera una alternativa, estoy seguro de que mi familia lo sabría. Muchos de los míos han muerto en ese proceso.

—¿Muerto? —Gero no se lo creía. ¿Por qué infierno había tenido que pasar Drasco?—. Vosotros sois de una raza imperial, ¿por qué pasáis por algo así? ¿No se supone que las razas imperiales al despertar su sangre se pueden convertir en las bestias más fuertes?

—¿Sabes cuál es el margen de éxito de controlar su sangre para alguien de una raza imperial? —preguntó Drasco.

Gero negó con la cabeza. Su padre le había advertido en más de una ocasión que el proceso de despertar la sangre era peligroso y lo más habitual era acabar perdiendo su parte humana en el proceso, convirtiéndose en una bestia para el resto de su vida. Sin embargo, nunca le habían dicho que para las razas imperiales era todavía más difícil.

—A diferencia del resto de razas, la sangre de bestia imperial se va haciendo cada vez más fuerte conforme llegamos a la edad adulta de nuestra bestia interior —explicó Drasco—. La transición es una elección para el resto de los demonios, pero para un demonio imperial la transición es obligatoria y muy peligrosa.

—¿Cómo de peligroso es? —preguntó Gero preocupado.

—No es peligroso en el sentido que entiendes —corrigió Drasco—. Si logramos transicionar bien, podremos volver a transformarnos en personas. De lo contrario, perderemos nuestra humanidad. Nos convertiremos en bestias completas incapaces de volver a ser humanos.

—¡¿Por qué?! —exclamó Gero.

—Nadie lo sabe con certeza —admitió Drasco—. Lo que sé seguro es que ninguno de los míos ha sido capaz de volver a ser humano tras fracasar. Imagino que será igual para el resto de las razas.

—¿Qué hacéis con…?

—La mayoría de mis familiares que no pudieron realizar bien la transición han acabado siendo domesticados y convertidos en armas contra los monstruos que habitan el desierto de Grangal —interrumpió Drasco—. Es vergonzoso, pero tratamos de darles la vida más digna posible y con el tiempo recuperan una inteligencia casi humana, aunque nunca sus recuerdos…

—¿A dónde quieres llegar explicándome esto…?

—Mi padre es el único tigre imperial que ha logrado superar la transición y era un guerrero de sangre —declaró—. Asumimos que es porque fortalece la parte humana en nuestro interior, así que mi padre nos forzó a mis hermanos y a mí a convertirnos en guerreros de sangre para lograrlo. Investigó las formas más efectivas de romper la barrera con relatos de cientos de guerreros de sangre de todos los reinos y las probó con sus hijos, y te aseguro que ninguna de ellas es fácil o segura.

Aquella noticia hizo que un escalofrío recorriera el cuerpo de Gero. Su amigo lo contaba con una tranquilidad espeluznante pero no era solo eso. Después de tanto tiempo juntos, podía ver en su mirada que se guardaba algo para sí mismo. No obstante, se trataba de los secretos de la monarquía de un reino. No podía esperar que le revelara todos los secretos por muy amigos que fuesen.

—¿Eso sería igual para mi transición a bestia? —preguntó Gero.

Su interés por romper la barrera de guerrero de sangre había sido puntual de cara a la misión que ahora le concernía, pero si encima le podía ayudar en su transición a bestia, comenzó a valorar que el riesgo tal vez valiese la pena.

—No tengas tanta prisa por hacerla —criticó Drasco—. Si me dieran a elegir, la evitaría.

Podía entender la razón, pero en el fondo sabía que ya había tomado la decisión. No era un mago poderoso y despertar su sangre de bestia aumentaría su esperanza de vida, el poder de sus ilusiones y mejoraría sus capacidades físicas. Al menos, eso le había explicado su padre, y le resultaba demasiado atractivo como para ignorarlo.

—Además, tenemos mayores problemas ahora —continuó Drasco devolviéndole a la realidad—. Concentrémonos en esto.

Gero asintió y trató de ordenar sus ideas. Comprendió que había subestimado la dificultad de convertirse en guerrero de sangre, pero en cierto modo, seguía teniendo sentido en su mente, aunque no supiese cómo lograrlo.

—¿Crees que fortalecer mi cuerpo me daría más oportunidades en los combates? —preguntó entonces.

No quería rendirse tan pronto, prefería fracasar a no intentarlo y tal vez en el proceso aprendiese algo. Se sintió un poco ridículo, sabía que esa pregunta indicaba que lo iba a intentar donde muchos otros habían fracasado.

Tal vez fuese ego, o tal vez simplemente se negase a aceptar quedarse atrás. Rodrick siempre apoyó a los guardianes con sus sellos, pero nunca combatía. Su padre se encargaba de infiltrarse y espiar con sus ilusiones, pero tampoco combatía. Su camino más obvio era vivir en las sombras como habían hecho ellos. Sabía que sería de utilidad, pero quería más. No estaba dispuesto a tirar la toalla con respecto a luchar mano a mano con sus amigos.

—Sin duda —aseguró Drasco—. Pero necesito que comprendas que no conozco a nadie que haya logrado convertirse en guerrero de sangre una vez ha despertado sus poderes de mago. Lo que pretendes hacer es algo que nadie ha conseguido antes.

Gero agachó pensativo la cabeza mientras evaluaba su propia determinación. Era un joven racional, por eso le gustaban tanto los sellos. Sin embargo, no lograría nada extraordinario tomando solo decisiones lógicas.

—Lo voy a intentar —declaró—. Aunque eso suponga que me convierta en el hazmerreír del grupo.

Todavía no sabía cómo se lo iba a contar a Sara y a Sonstan. Era muy consciente de lo fuertes que eran y les tenía muchísimo respeto. No podía anticipar la reacción a su decisión y eso le ponía incluso más nervioso que el combate que tendría ese mismo día.

—¡Así se habla! —aulló Drasco mientras se levantaba de un salto de la emoción—. Si te sirve de algo, yo también tengo un plan un tanto ridículo que no sabía cómo contarte.

—¿A qué te refieres? Con el disco no deberías tener problemas para llegar a la cima de la academia.

—No pienso usarlo —admitió dándole un golpe a la mesa. Estaba eufórico, como si fuese la mejor idea del mundo.

—¿Por qué? —Su primera reacción fue dudar de esa decisión, pero unas palabras de su padre le vinieron a la cabeza—. No quieres depender de fuerzas externas.

—Si logro llegar a la cima de esa clasificación solo, imagínate cuando use el disco —explicó Drasco—. Tengo que intentarlo.

Rara vez se ponía serio, pero cuando lo hacía, era capaz de cualquier cosa. Aquello era una decisión meditada e hizo que Gero ganase el valor que necesitaba.

—Pienso romper la barrera —aseguró—. Y pienso llegar a la cima de esta maldita academia.

Drasco sonrió. Esa condenada sonrisa burlona le sacaba de quicio. Sin embargo, y para sorpresa de Gero, no fueron burlas lo que salieron de su boca.

—Será mejor que empecemos ahora mismo —declaró—. Tenemos mucho trabajo.

—¿Ahora?

—¿Has terminado? —Se asomó al cuenco de Gero para asegurarse—. Iremos al río a entrenar. Aunque primero hay que pasar por la torre a ver los combates que tenemos. Hoy nos metían en la clasificación y hay que hacer las inscripciones para mañana.

—Espera un segundo —interrumpió Gero—. ¿Cómo que en el río? Ahí nos verá todo el mundo.

—¿Y qué?

—¿No debería empezar en privado? Nos verá demasiada gente.

Drasco terminó su comida y se levantó para recoger. Gero se arrepintió de haber comido tanto. Notó que empezaba a dolerle la barriga, aunque tal vez fuese el miedo al ridículo. Había temido ser el hazmerreír del grupo, pero si entrenaba en público, no tardaría en serlo de toda la academia.

—¿Puedo serte sincero? —preguntó Drasco.

—Claro.

—Ayer vi el nivel que hay en la academia, acudimos al anfiteatro a ver algunos combates —dijo—. Vamos a hacer el ridículo, será mejor que nos vayamos acostumbrando.

23. GERO

Drasco y Gero se acercaron a la torre. En la entrada pudieron ver a un escriba rellenando las solicitudes de combate. La cola era inmensa y, sin embargo, solo había un hombre encargándose de las solicitudes. Este se afanaba en tomar notas y despachar a la gente lo más rápido posible. No desperdiciaba ni un segundo en el proceso, todos sus movimientos tenían un propósito específico. No parecía ser humano.

Gero se aproximó a la clasificación, era la primera vez que la miraba de cerca. Los nombres estaban tallados en roca con una caligrafía impecable. Fue a tocarla, pero en ese momento, Drasco detuvo su mano.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Ni se te ocurra tocar esa piedra —advirtió Drasco—. Está protegida para que nadie intente alterarla. Solo el escriba puede y únicamente lo hace para modificarla con su magia de tierra —dijo señalando al hombre que tomaba nota de los combates.

—¿Soy el único que piensa que tienen a ese hombre explotado?

Drasco soltó una carcajada y echó un vistazo al hombrecillo que se dedicaba a tomar nota.

—No parece disgustado —señaló—. Tal vez haya una razón detrás de ello.

—Supongo —respondió Gero mientras buscaba su nombre en el mural.

No tardó en encontrarlo, pues habían sido informados de que sus nombres estarían en torno al centro de la clasificación. Allí lo encontró, junto a los de Sonstan, Sara, Drasco y el resto de los estudiantes de élite que habían viajado con ellos.

«¿La posición será arbitraria o significará algo?».

El nombre de Gero estaba el último del grupo y eso le hizo apretar el puño, frustrado. No sentía que fuese injusto, pero le molestaba el eterno recordatorio de que estaba por debajo del resto de sus nuevos amigos.

—No se puede retar a gente con una clasificación inferior —explicó Drasco—. Por lo que creo que lo más oportuno es retar al que quede justo por encima. Solo te pueden retar una vez, mientras que puedes retar hasta un máximo de cinco adversarios al día.

—Si solo te pueden retar una vez…

—Aquel cuya posición esté más cerca de la tuya en la clasificación tiene prioridad al retarte. Por eso, si retamos al que tenemos justo encima, nos aseguramos un segundo combate.

Drasco estaba muy bien informado. La noche anterior le había resultado provechosa en muchos sentidos.

—Ya vamos a tener un combate asegurado —se quejó Gero al saber que muchos tratarían de retarlos para escalar puestos fácilmente—. Tal vez eso sea suficiente para empezar.

Todavía tenía demasiado fresca la derrota contra Lagar y de cómo esta le había dejado postrado durante días en la cama. No podía acabar así una y otra vez. Cada día que pasaba en cama tratando de recuperarse sería un día de entrenamiento perdido.

—Yo lucharé dos combates mañana y tú deberías hacer lo mismo. Te falta mucha experiencia y yo sé que mis aptitudes como guerrero de sangre están ligeramente por debajo de la media aquí. Esta

gente es demasiado fuerte y toda la experiencia que ganemos será de utilidad —sonrió—. Además, no es como si perdieses puestos al perder un combate cuando eres tú el que reta.

Gero sabía que tenía razón, pero le incomodaba la idea de exponerse más de lo necesario al escarnio público.

—¿No será demasiado? —Intentó resistirse, pero sabía que era imposible hacerle cambiar de opinión si se había decidido por algo—. Y si caemos agotados o heridos y no podemos entrenar durante días. —Agachó la cabeza avergonzado—. No sería la primera vez.

—Da los combates por perdidos —declaró con seguridad Drasco—. Úsalos para probar estrategias nuevas y no agotes tus fuerzas. Estuve en el anfiteatro anoche, los combates no son como los de Lantalos. —Se paró un momento para pensar—. Mientras no consumas tu magia del todo, podrás seguir entrenando, y si decides gastar tu magia, siempre puedes entrenar tu físico ese día. No es como si fueses a salir herido de esos combates.

Gero frunció el ceño sin entender.

—¿A qué te refieres?

—No se me dan bien los sellos ni los artefactos mágicos —respondió—. Pero tienen un sistema para proteger a los combatientes y es bastante mejor que el que usaban en las pruebas de ingreso. Ya lo verás.

Aquello picó la curiosidad de Gero. Su padre le había hablado de la sala de entrenamiento de los guardianes durante su viaje. Un artefacto mágico espacial a través del cual se podía acceder a una sala en la que las heridas se sanaban al instante. Parecido al que les dio a Drasco y a él para entrenar, pero el de ellos no sanaba. Sin embargo, el suyo tenía la habilidad de hacer que el tiempo progresara más despacio en su interior que en el exterior.

Se preguntó si utilizarían un artefacto similar. Su padre no le había dado demasiada información sobre los que poseían. Alegaba que Rodrick se lo explicaría mejor cuando estuviesen en la academia, pero eso ya no iba a ser posible.

—¿Es fiable? —preguntó reticente.

—Eso parece. He visto combates brutales de los que han salido completamente ilesos.

—¿Se siente dolor? —Gero sabía que, en la sala de los guardianes, aunque las heridas sanaran se seguía sintiendo todo el dolor al recibirlas.

Drasco rio.

—Un combate perdería completamente la gracia si no fuese así.

—Eres un sádico —bufó.

Suspiró ante la perspectiva de la tortura que iba a suponer las siguientes semanas o incluso meses. Combatiría sin tregua hasta que su posición en la clasificación se estabilizase… siempre y cuando lograse conseguirlo. La alternativa era recibir palizas hasta ser expulsado de la academia.

—Te voy a hacer caso en esto —aceptó a regañadientes—. Pero si veo que consume demasiado de mi magia, lo reduciré a un combate al día. —Gero le dio un empujón amistoso—. Yo no soy un monstruo como vosotros.

—Me parece lógico —respondió Drasco, distraído con la clasificación. No parecía sorprendido por la conclusión a la que había llegado. Señaló los nombres que había justo encima de los alumnos de élite—. Podemos retar a estos.

Gero se acercó a mirar los nombres. Justo encima del suyo estaba Fled. Al ver eso y después de lo que pasó con Sara, estaba convencido de que los habían ordenado por sus habilidades.

—Tengo que retar a Fled —declaró—. Retar al que está una posición por encima es la única forma de asegurarme el combate.

—No te lo va a poner fácil —advirtió Drasco.

—Nadie lo va a hacer y él tiene una magia interesante. No debería desaprovechar la oportunidad de luchar contra un usuario del elemento madera. No hay muchos por ahí.

Drasco sonrió orgulloso.

—Vamos, que se nos va el día —gruñó Gero y se dirigió a la cola—. Una pregunta, ¿cómo funcionan los retos para los que están en la parte más baja de la clasificación?

—¿A qué te refieres? —preguntó Drasco.

—Hay más de mil nuevos alumnos que intentan arrebatar un puesto y seguro que todos quieren retar al que va último. ¿Cómo se decide ahí?

—Hay unos mil cien alumnos nuevos. Combaten contra los mil cien últimos a diario. Los combates se deciden al azar —contestó Drasco—. Realmente debiste venir anoche con nosotros. No tendría que explicarte todas estas cosas. Recuerda que no estamos aquí solo como alumnos.

Sabía que tenía razón, pero el día anterior no se sintió con fuerzas para acudir. Necesitaba pensar, aunque solo lograse llegar a la absurda conclusión de que lo que necesitaba era convertirse en un guerrero de sangre. Ahora le parecía una idea ridícula y tal vez habría sido más provechoso salir con los demás. Sara y Sonstan eran fuertes. Convenía tenerlos como amigos.

Llegaron al final de la cola y mientras esperaban su turno, se fijó en la torre que había en el centro de la plaza.

—¿Qué hay en la torre? —preguntó, tal vez Drasco lo hubiese averiguado.

—Por un lado, hay salas especiales de entrenamiento y bibliotecas. Se requieren méritos o mucho oro para poder usarlas, por lo que creo que las tendríamos que descartar por el momento. También está el despacho del director y la puerta que accede al desafío de la torre.

—¿Qué es eso del desafío?

Se lo había escuchado mencionar al director el día anterior, pero no había preguntado sobre ello en ese momento.

—Para poder graduarse en la academia, se debe retar a la torre —explicó Drasco—. Se supone que lo explicarán cuando termine esta fase de eliminación, pero digamos que te enfrentas a pruebas y si consigues vencerlas, se supone que te entregan lo que más necesitas o quieres. Algo así.

—¿Pruebas de qué tipo? —preguntó Gero.

—Varía para cada persona —replicó—. De todos modos, creo que para eso todavía nos queda mucho.

Gero asintió, no tenía ninguna prisa en graduarse por el momento. Además, estaba bastante seguro de que con sus habilidades actuales sería incapaz de hacerlo si uno de los requisitos era llegar por lo menos a la posición mil en la clasificación.

Tras casi una hora de espera, lograron apuntarse y se dirigieron al río. La zona de entrenamiento era inmensa, por lo que a pesar de haber cientos de alumnos entrenando allí, no parecía abarrotado.

Había gimnasios por toda la academia, pero muchos decidían entrenar al aire libre, ya que el sol todavía calentaba y era agradable. Gero miró a aquellos que entrenaban, la mayoría eran guerreros de sangre. Le sorprendió que en la academia hubiera tantos y eso le demostraba que su poder era equiparable al de los magos. En un principio, no lo había creído. Pensaba que Drasco era una rareza en ese sentido, pero al conocer a Sara se dio cuenta de que estaba equivocado.

El lugar estaba lleno de herramientas de entrenamiento: pesas, estructuras para escalar, pistas de obstáculos… La zona de entrenamiento se prolongaba hasta donde alcanzaba la vista, bordeando el río al norte del embarcadero. Los recursos de la academia resultaban abrumadores. Incluso hizo que Gero se cuestionara de dónde salía tanto dinero. Aunque la academia se llevase parte de los ingresos de los trabajos que le había explicado Drasco, no podían ganar tanto solo con eso. Al menos, eso creía. Los alumnos no pagaban por el comedor, ni las clases ni el alojamiento. La zona residencial estaba impecable y todos los edificios parecían completamente nuevos. Como si estuviesen recién construidos.

—Todavía creo que es una idea pésima combatir dos veces todos los días —gruñó Gero al ver el intenso entrenamiento de todos los presentes —. ¿No es suficiente con una paliza la día?

Allá donde mirase, había guerreros de sangre y magos realizando ejercicios imposibles. Con solo verlos, sabía que cada uno de ellos era monstruosamente fuerte y que sus pocas aptitudes para la magia de poco le servirían. Sintió un escalofrío y su confianza volvió a derrumbarse. No era como su amigo, que parecía no importarle perder.

—Cuanto más combatamos contra oponentes distintos, mejor preparados estaremos —insistió Drasco—. Además, será divertido. ¿Sabes la cantidad de gente fuerte que hay aquí?

Le impresionaba su ansia por combatir incluso cuando sabía que iba a perder. En realidad, la expectativa de un combate imposible lo atraía todavía más y debía admitir que era una forma fascinante de ver la vida. Para él, perder era una forma de evaluar cuál sería su siguiente meta y qué necesitaría para superarla. Cada vez que veía esa chispa en sus ojos por haber perdido un combate contra Varan, se preguntaba la clase de educación que tuvo para acabar siendo así.

Caminaron por el paseo que bordeaba el río. Drasco parecía saber a dónde se dirigía, por lo que Gero se limitó a seguirle. Observaba a la gente entrenar y se sorprendía al ver la determinación de todos y cada uno de los alumnos. Aunque de vez en cuando se veía algún mago entrenando, la mayoría eran guerreros de sangre. Eran fuertes, tenían talento y lo daban todo al entrenar. Puede que esa fuera la clave de su fuerza, puesto que los guerreros de sangre no eran como los magos. Se ganaban con trabajo el poder que sostenían.

Tras caminar por más de diez minutos, llegaron a una zona más alejada. Estaba pegando ya a la cúpula y detrás de esta se veía el bosque. Drasco se paró frente a una pequeña pista de obstáculos. También había algunas estructuras para hacer ejercicios y una zona despejada cubierta de losas de piedra para poder combatir.

Para su sorpresa, Sonstan y Sara realizaban un combate de entrenamiento. Sonstan era un mago de rayo, por lo que podía usar magia de tierra y aire también. Aprovechando eso, realizaba rápidos movimientos con su magia de aire. Flotaba sobre el suelo y se movía al mismo ritmo que ella en un combate frenético. Sara no se contenía, pero su adversario era capaz de esquivar todos los golpes con una habilidad magistral y no parecía interesado en devolverlos.

Solo usaba el elemento aire, como si estuviese interesado en perfeccionarlo, y aquello llamó la atención de Gero. Él se había concentrado tanto en mejorar su magia de hielo que su magia de agua o aire estaban a un nivel muy inferior. Para él era impensable utilizar su magia de aire de esa forma porque consumiría sus reservas demasiado deprisa y no podría sustentarlo durante tanto tiempo. No obstante, le pareció una habilidad útil para usar en momentos puntuales.

—Ayer quedé con ellos en venir a entrenar —dijo Drasco, recuperando la atención de Gero, que se había quedado fascinado con la maestría de Sonstan—. Espero que no te importe la compañía.

«Me importa. Me importa mucho, joder. ¿Quieres que haga el ridículo delante de ellos?».

—Supongo que este día iba a llegar —se limitó a responder.

Sabía que la gente le iba a ver combatir y entrenar, pero no tenía prisa por que ellos lo hicieran. Les tenía un profundo respeto y habían formado una buena amistad a pesar de conocerse poco. Le avergonzaba que considerasen que no estaba a la altura. Sobre todo, tras la propuesta de Sara de formar un equipo.

Al percatarse de los que habían llegado, Sonstan y Sara pararon de entrenar y se acercaron. Sara corrió hacia ellos, mientras que Sonstan se acercó para buscar un lugar donde sentarse.

—¡Hola! —saludó Sara—. ¿Cómo estáis? ¿Ya te has pensado lo que dije?

No le faltaba el aliento a pesar de haber estado entrenando. Su resistencia era extraordinaria. Todos miraron a Gero esperando su respuesta. Él había confiado en que no sacarían el tema tan deprisa. Tenía muchas cosas que resolver acerca de su futuro. De cómo debía gestionar su tiempo en la academia para que fuese lo más provechoso posible. Decidió ser completamente sincero con ellos.

—Tanto Drasco como yo queremos ascender lo máximo posible y las competiciones son una buena forma de conseguir méritos —admitió—. Pero soy mucho más débil que vosotros, podría ser un lastre.

—Gero… —Sara trató de hablar, pero no se lo permitió.

—Con esto dicho, las inscripciones para los equipos son dentro de dos semanas, cuando termine el proceso de selección de alumnos. Voy a entrenar todo lo que pueda, tanto ahora como después. Si en dos semanas seguís teniendo la misma opinión con respecto a vuestras opciones conmigo, aceptaré encantado.

Sonstan sonrió y asintió satisfecho. Se había tumbado en el hueco entre dos rocas y contemplaba relajado el agua del río correr. Nadie habría elegido ese sitio para acomodarse, pero él parecía tener la habilidad de encontrar siempre la postura más confortable en los lugares más insospechados.

Sara lo celebró abrazando a Gero. Era curioso que, a pesar de su aspecto rudo y lleno de cicatrices, resultara una chica tan efusiva y agradable. Él se sonrojó e intentó librarse del abrazo, tal vez con menos empeño del que debería.

—Bueno, no tenemos todo el día —interrumpió Drasco, divertido—. Os pongo un poco en situación. Gero se ha propuesto romper la barrera para convertirse en guerrero de sangre en cuatro meses y no ha hecho entrenamiento físico en su vida.

—¿Es eso posible? —preguntó Sonstan.

Por primera vez, su inexpresivo rostro le miraba con curiosidad. Incluso se había girado hacia ellos para sumarse a la conversación. La mayor parte de las veces se dedicaba a sentarse junto a ellos y era difícil saber si se estaba prestando atención o no.

—No conozco ningún mago que haya roto la barrera —añadió Sara, que se había liberado del abrazo que le estaba dando y lo miraba a poco más de un palmo de la cara—. ¿Y pretendes conseguirlo en cuatro meses?

A Gero le ardían las mejillas. Tal vez estaba siendo un iluso, un inconsciente. Notaba el cálido aliento de ella en su rostro. Sus ojos clavados en los suyos. Su mirada se desvió a los labios de ella. Notó cómo el corazón se le aceleraba y dio un paso atrás.

—Bueno, la verdad es…

—¿En qué podemos ayudar? —interrumpió ella—. Sonstan, ¿tú también le ayudarás?

Este sonrió y asintió. No solo aceptaban aquella locura, sino que estaban dispuestos a ayudarle. No entendía su actitud, apenas se conocían. Sin embargo, le hizo sentirse bien. Le servía de motivación tener a gente apoyándole.

—Por el momento, creo que lo mejor es que empiece por ejercicio físico —explicó Drasco—. Supongo que sabéis que vais a recibir un reto diario. Por lo menos, hasta que estabilicéis vuestra posición en la clasificación.

—Algo así nos imaginábamos —indicó Sara—. ¿Por?

—Nosotros vamos a luchar dos combates al día —declaró Drasco—. Vamos a retar a alguien todos los días para poder ganar la mayor cantidad de experiencia posible. Además, en mi caso, voy a probar una forma de combate nueva que podría reducir de forma significativa mi rendimiento en esos combates, pero creo que podría ser beneficioso a largo plazo.

«Buena excusa», pensó Gero.

Le preocupaba casi más la situación de Drasco que la suya propia. Drasco dependía del disco como guerrero de sangre. A pesar de ser fuerte sin él, había destacado excesivamente en la prueba de acceso. Se había convertido en un alumno de élite con una fuerza que no era suya. En ese momento, se sintió particularmente orgulloso de sí mismo. No había caído en la cuenta de que él sí que lo había conseguido con su propio poder.

—¿En qué consiste? —preguntó Sara curiosa.

Esa chica no tenía reparos en preguntar casi cualquier cosa; en especial, si podía servirle en su entrenamiento.

—Entiendo que todos conocéis las cuatro habilidades de un guerrero de sangre —dijo Drasco.

—Autoridad, potencia, resistencia y regeneración —señaló Sara con interés.

—En grandes rasgos, las habilidades de un guerrero de sangre se basan en esas cuatro habilidades. Dentro de cada una, las habilidades que una persona puede mostrar son infinitas —explicó—. Mi especialidad es la potencia.

Gero escuchaba con interés y se dijo a sí mismo que le haría un interrogatorio completo a Drasco cuando estuvieran solos. Si pretendía convertirse en guerrero de sangre, necesitaría toda la información del tema a la que pudiese acceder.

—¿Por qué nos cuentas todo eso? —preguntó Sonstan.

—Si vamos a ser un equipo, tendremos que saber estas cosas de los demás —aseguró Drasco—. La confianza es importante.

Sonstan frunció el ceño. No parecía conforme con esa afirmación, pero no dijo nada.

—¿Y cuál es tu plan? —preguntó Sara interesada.

—Quiero evitar usarla para mejorar el resto de mis habilidades y, con un poco de suerte, despertar alguna otra.

—Eso es absurdo —objetó Sonstan—. ¿Cómo lucharás de esa forma? ¿Cómo decides cuánta fuerza usar?

Gero miraba a unos y a otros. Todos parecían mejor informados que él del tema. Él se había centrado en la magia hasta el momento, así que tampoco era de extrañar, aunque le sorprendió que Sonstan supiese tanto del asunto.

Drasco se dirigió entonces a Sara:

—He despertado la habilidad y, aunque irónicamente mi fuerza no es mayor que la tuya, puedo utilizar descargas de potencia.

—¿Puedes usarlas? —cuestionó ella, incrédula—. Es una técnica poco común.

«¿Cuántas técnicas habrá para cada habilidad? ¿Tan complejas son las habilidades de los guerreros de sangre?».

Nunca había tenido especial interés en estos asuntos hasta ahora y se daba cuenta de que tal vez había subestimado a los guerreros. Empezó a entusiasmarle más la idea de convertirse en uno, aunque cada vez se diese más cuenta de lo difícil que iba a ser.

—¡Correcto! —continuó Drasco—. Y mi intención es dejar de utilizarlas.

Les estaba mintiendo, pero solo a medias. Cuando estaban ensayando con el disco, le explicó que el efecto del disco parecía ser similar a eso, pero consumiendo su poder mágico en vez de cansándole. Él no podía usar ese poder, pero podía enmascarar ese hecho con el disco.

Gero se sintió mal al estar mintiéndoles. Drasco les acababa de hablar de confianza y les estaba mintiendo. Sabía que debían hacerlo, pero no por ello se sentía menos culpable.

—Llevo mucho tiempo dependiendo de ellas y me he quedado estancado —continuó mintiendo —. Así que voy a probar a evitar usarlas para ver si soy capaz de mejorar.

—Supongo que tiene sentido —admitió Sara.

Gero se percató de que Sonstan seguía sin parecer convencido del todo, aunque tal vez fueran imaginaciones suyas. Al fin y al cabo, el rostro de ese joven era imposible de leer. Sara, en cambio, parecía dispuesta a creerle. Eso era una pequeña victoria.

—Y ahora, basta de cháchara. Tenemos mucho trabajo —decidió Drasco. Golpeó el hombro de Gero para llamar su atención y señaló hacia delante—. ¿Ves esa pista de obstáculos que hay ahí? Quiero que calientes y luego intentes hacerla tantas veces como puedas durante la próxima hora.

La pista, a pesar de no ser excesivamente grande, estaba destinada a guerreros de sangre y para alguien normal resultaría imposible de hacer. Muros de más de tres metros, estructuras con barras de más de veinte metros de largo que debían superarse pasando de una a otra colgando de los brazos, una gigantesca roca que había que escalar con sus propias manos… El simple hecho de tratar de subir a aquella roca le habría aterrado si no pudiese depender de su magia en caso de caerse.

—¿Cómo que tantas veces como pueda? —gruñó Gero—. ¡Yo eso no lo puedo hacer!

—Creo que vais a tener mucho trabajo estos meses —rio Sara.

24. TEILAN

—Estás cometiendo un error —susurró la voz de Tei.

Teilan estaba soñando. Frente a él se encontraba la demacrada figura del espectro que lo habitaba. En la oscuridad que envolvía su sueño, sus ojos brillaban azules, su piel estaba completamente pálida y se notaba cómo la sangre negra y viscosa atravesaba las venas de su cuerpo.

Miró a su alrededor, pero solo podía ver a Tei. Recordó entonces que antes los sueños sucedían junto a una cascada. No supo por qué le vino ese recuerdo a la cabeza. Hacía tanto tiempo que sus sueños no le llevaban a aquel lugar que, sin darse cuenta, lo había olvidado.

«¿Cómo he podido olvidar algo así? ¿Desde cuándo no aparece en mis sueños?».

—¿Dónde está la cascada?

—Estás cometiendo un error —se limitó a repetir Tei.

Su voz era fría como siempre, pero había algo extraño en su forma de hablar. «¿Algo le preocupa?».

—¿Qué quieres decir?

Intentó acercarse al espectro, pero, para su sorpresa, sus pies parecían pegarse al suelo. Estaba cubierto por una sustancia tan negra como la brea. Cada paso era un suplicio y cuando había avanzado no más de media docena, empezó a jadear.

—¿Qué es esta cosa?

Entre asustado y asqueado, buscó respuestas en el rostro del espectro mientras continuaba caminando, cada vez con pasos más lentos y pesados. Al final, decidió detenerse. No tenía sentido acercarse más y se estaba cansando demasiado. No entendía cómo era posible sentir algo así, pero hacía ya mucho tiempo que había desistido en tratar de encontrarle sentido a las cosas que le pasaban.

—Llevas días sin usar ese poder y se está revelando —indicó Tei—. Tenemos que aprender a controlar la fusión. Nuestro poder aumenta, ¿qué pasará si algún día nos domina por no estar preparados?

Teilan suspiró cansado.

—¿Esto es…?

—Soy yo —admitió Tei al ver que se refería a la sustancia del suelo—. Bueno, más bien mi poder, mi cuerpo verdadero o como lo quieras llamar. Viene a ser lo mismo. Lo que ves frente a ti solo es una imagen que proyecto para poder comunicarme contigo. Yo no tengo un cuerpo como tal.

—¿Por qué eliges tener esas venas negras? —dudó Teilan—. ¿No es un poco raro?

Tei se miró los brazos con curiosidad. Sus venas, que bombeaban esa sangre negra por su cuerpo, lucían hinchadas, formando una intrincada red por su brazo. Normalmente no se pueden apreciar tantas venas en un brazo real, pero su piel pálida y el color de estas las hacían fáciles de distinguir.

—Que la proyecte yo no significa que pueda modificar el aspecto. ¿Puedes tú controlar el aspecto que tienes aquí?

No podía hacerlo y esa respuesta le resultó lo suficientemente satisfactoria como para continuar con la conversación.

—¿Para qué me has traído aquí? —preguntó.

—Te lo he dicho —insistió el espectro—. Mi poder crece, y si no te vas adaptando a él, nos acabaremos fundiendo de forma permanente la próxima vez que pierdas el control. Debemos seguir practicando para que no pierdas la capacidad de separarnos tras usar mi poder.

—¿Cómo estás tan seguro de que este es el camino correcto? —preguntó—. Estoy tan cansado…

A pesar de llevar unos días sin usar los poderes del espectro y ya no sentir la abstinencia, seguía sintiéndose débil. Su adicción a la fusión iba mucho más allá de una necesidad física. Le dolía todo el cuerpo, su magia le resultaba desagradable al usarla y le costaba pensar con claridad. Cada vez estaba más convencido de que estaba en un cuerpo que no era el suyo. Se sentía vacío.

—No lo estoy —respondió Tei—. Lo que sé es que estábamos avanzando. ¿Qué pasa con todo el progreso que habíamos hecho?

—Tal vez nos estemos equivocando —dijo—. Creo que la idea de Owen de fortalecer mi magia podría ser algo positivo. Los efectos de usar tu poder…

—¡Owen se equivoca! —aulló Tei mientras su rostro se deformaba—. ¡Tienes que ser capaz de controlarlo! ¡No quiero desaparecer!

Por primera vez en mucho tiempo, su voz sonó como el ensordecedor chillido de un espectro. Teilan sintió que se le helaba la sangre y trató de dar un paso atrás. Sin embargo, sin darse cuenta, aquella sustancia viscosa que cubría el suelo había comenzado a subirle por las piernas hasta las rodillas y le impedía moverse.

Vibraba de forma extraña, formando ondas en su superficie y presionando contra la pierna de Teilan. Parecía estar ligado a las emociones del espectro y este parecía haber enloquecido. Se acercó hasta que sus rostros se quedaron uno frente al otro, casi tocándose.

—Solo voy a probar unos meses —balbuceó Teilan dubitativo—. No estamos avanzando. No perdemos nada por intentarlo.

—Esto no es un juego y no te incumbe solo a ti —gruñó Tei—. Te recuerdo que es algo que decidimos entre los dos.

No era solo ira lo que se veía en el rostro del espectro. Teilan podía sentir lo mismo que sentía aquella criatura que habitaba su cuerpo. Era uno de los resultados de haber estado tanto tiempo unidos.

—¿De qué tienes miedo? —preguntó Teilan sin comprenderlo.

Tei chasqueó la lengua y se apartó frustrado.

—¿Miedo? —repitió alejándose—. ¿Sabes…? Haz lo que quieras. Acabarás destruyéndonos a ambos.

—¡Tei! —llamó Teilan al ver que desaparecía—. No te atrevas a dejarme aquí solo. Eres tú quien me ha llamado. ¿De qué tienes miedo?

No obstante, no obtuvo respuesta y el espectro desapareció en la oscuridad.

25. CELIA

—¿Se puede saber qué te pasa por la cabeza? —gritó Vera a Grogo.

Corento, Borian, Celia y Fara rodeaban a la pareja en la tienda tras el discurso. Enfurecida, Vera había agarrado de la camisa al próximo dirigente de Novanta y tiraba con tal fuerza de él que, si fuera cualquier otro, ya estaría colgando con las piernas en el aire. Este reía mientras trataba de zafarse sin excesivo esmero.

—Lo sé, lo sé. Me he dejado llevar un poco —respondió sin poder contener la risa—. Pero ya no tiene sentido darle vueltas. Lo hecho, hecho está.

—No podrás volver a mostrar tu rostro en público sin ser reconocido —se lamentó Vera.

—¿No eras tú la que querías que tomase el control de la ciudad? Este era el plan inicial, ¿por qué te preocupa tanto ahora?

—¡Eso era antes de saber que existía esta alternativa! —aulló enfurecida mientras señalaba la máscara que había traído Corento—. Ya no era necesario ponerse en peligro.

Grogo miró hacia el exterior, la gente empezaba poco a poco a volver a sus quehaceres perdiéndose entre las callejuelas que conectaban con la plaza. La mayoría de los transeúntes, cabizbajos y llenos de preocupación y miedo.

—Esta gente lleva viviendo una mentira mucho tiempo —replicó—. Se merecen la verdad si van a quedarse a luchar.

Vera suspiró, era difícil quitarle la razón.

—¿Y qué hay de ellas? —dijo Vera señalando a Celia y Fara—. No estamos solos. Podrías haber evitado ponerles una diana en la espalda.

—El plan no ha cambiado —objetó él—. Ellas no se iban a quedar aquí de todos modos.

—Ya, pero…

—¡Yo no me voy a ninguna parte! —interrumpió Fara—. Nos hemos estado entrenando para esto.

Miró a Celia buscando apoyo. Sin embargo, esta sentía que no podía dárselo y desvió la mirada. Su mente estaba agitada. ¿Era esa su lucha? Se había pasado la mayor parte de su vida viajando con su madre y aunque había pasado los últimos dos años en Novanta, no estaba segura de que la considerase su hogar. ¿Qué sentido tenía morir en una batalla que no podían ganar?

Además, no podía dejar de pensar en lo que había vivido en la cueva de Merecid. Si moría allí, Teilan no se enteraría de la existencia de la estatua y de los secretos que allí escondía. Sentía que tenía la responsabilidad de encontrarle y guiarle hasta allí.

—¿No vas a decir nada? —insistió su amiga mientras la agarraba del brazo para hacerla reaccionar.

—Tenéis una misión mucho más importante que luchar aquí —indicó Grogo.

Celia le miró y luego a Vera. No parecía sorprendida de la afirmación del tabernero. Era evidente que lo habían planeado de antemano y que la decisión ya estaba tomada.

—¿Hay alguna esperanza de ganar? —Celia hizo la pregunta que todos habían estado demasiado asustados para hacer—. ¿Tenéis posibilidades de salir con vida?

—Celia… —susurró Vera mientras se acercaba para abrazarla.

—¡Vaya pregunta más absurda! —rio Grogo rompiendo el momento. Agarró la máscara que todavía estaba en la mesa y se dirigió a Corento—. ¿Me la puedo quedar?

—Claro —confirmó Corento, desorientado. Se había sentado y estaba agotado. Su cuerpo no aguantaba las emociones fuertes y parecía que Grogo no había terminado aún de darle sustos.

—¿Por qué es absurda? —retó Celia, molesta.

Grogo se colocó la máscara y esta se acopló a su cara haciendo que su rostro cambiara de aspecto. Se miró en el espejo y se la volvió a quitar. Estaba ignorando por completo la pregunta.

—Fascinante —susurró.

—¡Responde! —gritó Celia.

En ese momento se dio cuenta de que estaba tan tensa como Fara. Había intentado mantener la calma, pero toda esta situación era incomprensible. No pudo contenerse más al ver que, incluso después de su grito, Grogo seguía contemplando con interés la máscara y jugando con ella.

—¡Eres insufrible! —bufó—. La ciudad carece de un ejército en condiciones y apenas dispone de armas, guerreros de sangre o magos entre sus filas. La mayoría se ha largado de aquí y tú no pareces ni preocupado. ¿Qué hacemos aquí? ¿Qué sentido tiene esto? ¿Qué más da quien reine en una fortaleza en mitad de una cordillera? Creía que nosotros luchábamos contra espectros. Esto es demencial y el riesgo es innecesario.

Esta vez dirigió las preguntas a su madre, ya que si el tabernero volvía a ignorarla le clavaría la espada que llevaba al cinto. Incluso se había llevado la mano a la empuñadura sin darse ni cuenta y la apretaba con fuerza. Soltó y trató de relajar la postura, aunque dejó la mano apoyada en el pomo.

Fara la miraba confusa y no era de extrañar. Jamás había cuestionado a su madre. Ni una sola vez en la vida. Ella era su pilar y sabía que no tomaba decisiones a la ligera. No obstante, allí estaba, preparándose para defender una ciudad de un enemigo aparentemente más fuerte y preparado. Llegó incluso a plantearse que tal vez lo hacía por Grogo, pero parecía ser el caso contrario, a juzgar por sus conversaciones. Por lo tanto, no entendía nada y necesitaba que alguien se lo aclarase.

—Una ligera desventaja nunca ha detenido a los guardianes —aseguró Grogo—. Lo importante es poder anticipar lo que va a pasar.

«¿Ligera?».

—¿Entonces tienes un plan? —preguntó Fara sorprendida.

—Tenemos el principio de un plan —aseguró él y miró a Vera—. Ya lo iremos puliendo.

Todos los presentes comprendieron que le estaba pasando la responsabilidad a ella. Grogo era impulsivo y solía improvisar, por lo tanto, a nadie le sorprendió que relegara la tarea de trazar un plan a Vera con tanta tranquilidad.

Sin embargo, hubo una persona que no parecía todavía convencida con la situación. Fara le miraba con cara de reproche, por lo que el tabernero le sonrió y dijo:

—¿Y esa cara tan seria?

—Les has dado tu palabra de que, si se quedan a defender la ciudad, te quedarás con ellos.

—Los que siguen en la ciudad no tienen ninguna intención de irse —se limitó a contestar Grogo —. Las murallas tienen un efecto extraño en la gente. Les hace creer que estarán a salvo cuando no es cierto. Lo he visto muchas veces en mi vida.

—No entiendo qué quieres decir —señaló Fara.

—Te puedo asegurar que la parte de mi discurso que estarán ahora meditando no será cuando he dicho que me quedaré con ellos a defender la ciudad, sino que me he negado a prometerles que seré

capaz de protegerles.

—Para no gustarte la política, sabes muy bien lo que estás haciendo —bromeó Vera—. La intención es alentar la evacuación y no la defensa de la ciudad.

—¿No tenéis intención de luchar? —se sorprendió Celia.

—Desgraciadamente, no creo que esa sea una opción —señaló Vera—. Evacuar una ciudad entera requiere tiempo. Alguien debe quedarse atrás para asegurarse de que esa gente no sea perseguida.

—¿Evacuar la ciudad entera? —gruñó Borian—. Eso es imposible.

—Existe un paso oculto que cruza desde el sótano del palacio hacia Dierin —comentó Vera—. Se puede evacuar a la gente por ahí y luego viajar hacia el norte. Tenemos un contacto entre los rebeldes de Dierin que sabrá lo que hay que hacer.

—¿Y qué pasa con lo que es nuestro? —protestó Borian—. Esta ciudad la levantamos nosotros.

Parecía alterado. Celia lo conocía poco, pero siempre le había parecido un hombre tranquilo. Sin embargo, ahora estaba nervioso. No parecía contento con la idea de que la gente huyese.

—No hay ciudad si todos mueren en el proceso —aseveró Grogo.

Borian se quedó pensativo unos instantes. Seguía sin parecer conforme con esa afirmación, pero decidió no disputarla.

—Eso está claro, pero creía que ibas a proteger la ciudad. Todos en el consejo lo creíamos y por eso te hemos apoyado.

—En ningún momento he dicho lo contrario —dijo el tabernero, que se había recostado en su asiento y parecía excesivamente relajado considerando la situación en la que se encontraban—. Y que no se te olvide que yo no rindo cuentas al consejo. Yo no quería este puesto, pero ahora se harán las cosas a mi manera.

«¿Qué está pasando?», Celia no alcanzaba a entender por qué, pero algo no iba bien.

Jamás había oído hablar así a Grogo. Siempre estaba haciendo bromas, pero ahora imponía tanto que Borian había agachado acobardado la cabeza. «¿Hay algún problema entre ellos?». Siempre había pensado que consideraban a Borian como un aliado. Incluso Grogo había insistido en que fuera él quien tomara el cargo de rey.

—¡Claro! ¡Claro! —exclamó Borian—. Te había malentendido, eso es todo. —Miró nervioso a los presentes—. Bueno, me tengo que ir. Tengo muchos asuntos que atender.

No había mostrado signos de tener prisa hasta ese momento, pero cualquiera saldría corriendo al ver a Grogo ponerse serio. Era una de las cosas más intimidantes que Celia había presenciado en su vida. El político se despidió con la mano al llegar a la entrada de la tienda y desapareció con una mueca en el rostro que debía ser un intento de sonrisa, pero que no lo fue.

—Entonces ¿qué queréis que hagamos nosotras? —intervino Celia.

Grogo miró a Vera. Parecía interesado en que fuese ella quien tomase la decisión de lo que quería que hicieran. Sin duda, era un fútil intento por apaciguar el cabreo de su madre, provocado por no haber usado la máscara.

—Lo mejor será que vayáis por delante de los evacuados y localicéis a Varan y a su gente —explicó Vera—. En teoría, están en los bosques al oeste de Rinea, cerca de la cordillera. Deberíais de poder encontrarles sin mucha dificultad, bordeando las montañas.

—¿Puede una banda de guerrilleros alimentar y proteger a tanta gente? —cuestionó Fara contrariada. Cualquiera podía ver que no estaba conforme con el plan.

Celia tampoco entendía el plan, pues conocía los métodos del grupo de Varan. Atacaban las rutas comerciales, las pequeñas aldeas e instigaban a la rebelión en las ciudades. Aunque suponían un grave problema para Jadea Norma, no eran más que alborotadores esparcidos en pequeños grupos por todo el territorio. Lo que Vera y Grogo sugerían era inviable, llamarían demasiado la atención. Era como dibujar una diana en la ubicación en la que se encontraban.

—La ciudad todavía conserva cerca de sesenta mil personas entre los propios ciudadanos de Novanta y los que han venido de pueblos cercanos —explicó Grogo—. Entre ellos, menos de la mitad lucharán en la batalla. El resto solo estorban aquí, pero necesitamos saber que podrán llegar a algún lugar a salvo.

—Eso es mucha gente —Celia no se creía lo que estaba oyendo. Más de treinta mil personas eran muchas bocas que alimentar—. No se puede ocultar a tanta gente.

Vera se acercó a la puerta de la tienda y ordenó a los guardias que se asegurasen de que nadie se acercara. Estos pertenecían a su red personal, por lo que aceptaron sin rechistar. Tenía gente por los bajos fondos de toda la ciudad, pero tras la caída del duque, había colocado algunos de ellos en el gobierno. Tenía confianza plena en las dos personas que protegían la entrada, aunque pareciesen delincuentes incluso llevando el uniforme del nuevo gobierno.

Cerró la cortina y se acercó al resto del grupo. Corento seguía durmiendo, seguramente tendrían que llevarlo a casa después porque su cuidador no estaba por ninguna parte. No le sorprendió. A pesar de su estado, el anciano procuraba darle esquinazo siempre que podía, alegando que no le hacía falta nadie.

—Tienen intención de hacerse con Rinea, una de las ciudades principales de Dierin. Parece que Jadea Norma ha ignorado la llamada de Feliseo para atacar Novanta y el reino está sumido en el caos —explicó Vera—. El grupo de Varan va a aprovechar para atrincherarse en una de las ciudades amuralladas. Creen que, si se corre la voz, más gente se unirá a ellos, y ahora que Jadea no tiene el apoyo de Auten, estará demasiado ocupada estabilizando el control del país como para poder lidiar con ellos.

—Eso es bueno para nosotros, ¿no? —dijo Fara.

—Al menos, no tendremos dos frentes —indicó Grogo—. Seguimos teniendo que enfrentarnos a un ejército bastante más grande que el nuestro, pero tenemos la ventaja de esta ciudad.

—¿No decíais que no iba a haber enfrentamiento? —dudó Celia—. Creía que el plan era evacuar a la gente, pero pretendes que casi la mitad se queden. ¿Estás intentando engañarnos para que nos vayamos?

Celia y Fara clavaron la mirada en Grogo tratando de descifrar por sus gestos si estaba diciendo la verdad. Ambas sabían que sería más fácil descubrir el engaño que si interrogaban a Vera. Para su sorpresa, esta no parecía querer entrometerse.

—Quería comprobar las intenciones del consejo. Nadie cede el poder con tanta facilidad —replicó con seriedad—. Aunque ahora ya me ha quedado claro por qué lo han hecho.

No dijo nada más y al ver la cara de confusión de las jóvenes, Vera se vio en la obligación de intervenir.

—Ya hablaremos de eso —exhaló cansada—. Lo principal ahora es si estáis dispuestas a hacer vuestra parte. Tal vez haya un enfrentamiento. Tal vez se llegue a un acuerdo o tal vez solo ganemos algo de tiempo para que aquellos más vulnerables puedan alejarse lo máximo posible de este lugar. Lo que aquí suceda no os tiene que preocupar, pues tenéis una labor mucho más importante.

—¿No pueden ir otros? —protestó Fara—. Podemos luchar. Podemos ser útiles aquí, con vosotros.

—Sois demasiado débiles —cortó Vera con frialdad—. No me puedo permitir tener que estar pendiente de vosotras en el campo de batalla. Seríais una carga que nos pondría en peligro.

Celia llevaba toda su vida entrenando, incluso había desarrollado una de las habilidades más raras y poderosas de un guerrero de sangre. Era una usuaria de autoridad y aun así seguía sin ser suficiente a ojos de su madre. Sabía que todavía no era rival para ella, pero realmente esperaba haber podido ser útil. Esas palabras le resultaron muy dolorosas.

—Pero…

—Celia —interrumpió Vera—. La misión que os pedimos realizar no solo es importante —insistió —, sino que es vital. Todo hombre y mujer que se quede necesita saber que sus familias estarán a salvo.

Celia suspiró. Sabía que tenía razón, pero le costaba aceptarlo. Otros podrían guiar a esa gente. Adelantarse a avisar a Varan solo suponía coger un caballo rápido y viajar.

—¿Por qué tenemos que ser nosotras? —cuestionó.

—Puedo poner la mano en el fuego al decir que confío en las dos y en que haréis todo lo posible por conseguirlo —respondió Grogo—. Hay otros que aceptarían la misión y la intentarían cumplir lo mejor que pudiesen, pero no estaría tranquilo dejando a toda esta gente en manos de alguien que no fuera vosotras.

—Exacto —respondió Vera.

Celia seguía sin estar convencida. Estaba segura de que solo trataban de alejarlas del combate. No podía culparlos, seguramente ella habría hecho lo mismo en su situación.

«Por lo menos, han pensado en cómo podríamos ser de utilidad mientras huimos —aceptó al fin decepcionada—. Al menos, así estará Fara a salvo también».

—Está bien —rechinó—. Lo haremos, pero con una condición.

—¿Lo haremos? —se sobresaltó Fara, que la miraba sin entender cómo había accedido con tanta facilidad.

Celia evitó su mirada, o dudaría de la decisión que acababa de tomar. Fara, aunque se había hecho extraordinariamente fuerte en muy poco tiempo, seguía llevando demasiado poco entrenando. Su inexperiencia en un campo de batalla podría resultar mortal. Todavía debía aprender a dominar sus cuchillos y estabilizar su poder como guerrera de sangre. Su sitio no era un campo de batalla. No todavía.

Por otra parte, entendía a su madre. Vera y Grogo eran fuertes. Tanto que todavía ni se acercaba a poder hacerles frente. Para ellos, Fara y ella eran seres que debían ser protegidos. Por un momento, puso en duda una de las grandes decisiones que había tomado en su vida. ¿Qué habría pasado si hubiera desarrollado sus poderes mágicos? Tal vez hubiera sido de utilidad en esta batalla. Tal vez su madre no habría querido alejarla de allí.

—¿Qué condición? —cuestionó Vera con escepticismo.

—No os dejéis matar —dijo.

26. GERO

Estaba anocheciendo y Gero sentía su cuerpo dolorido mientras caminaba hacia la residencia de Enya. Cada tarde, al caer el sol, debía estar allí para su instrucción sobre sellos. Sabía que era un privilegiado por recibir esa atención, ni siquiera el resto de los alumnos de élite recibían ese trato. Sin embargo, aunque se había pasado el día esperando ansioso su primera lección, ahora solo quería meterse en la cama y dormir. Drasco le había torturado toda la mañana obligándolo a realizar toda clase de ejercicios físicos hasta llevar su cuerpo al límite.

Drasco y Sara se dedicaron a hacer la pista de obstáculos durante parte de la mañana y luego se fueron a correr por el río. Para su sorpresa, Sara estaba bastante más en forma que Drasco si no utilizaba el poder del disco y este era incapaz de seguirle el ritmo. Aun así, eso no parecía desanimar a su compañero, que disfrutaba encantado de su nueva rival.

Sonstan, en cambio, se fue a un extraño patio repleto de troncos clavados al suelo. Tenían diferentes alturas, desde medio metro hasta cuatro, y se extendían por una gran explanada. Se dedicaba a realizar ejercicios en su interior, usando su magia de aire para entrenar su agilidad. Trazaba recorridos distintos entre los postes y procuraba hacerlo en el menor tiempo posible. Otras veces flotaba sobre ellos sin saltar.

Por la tarde, Gero se dedicó a practicar con Sonstan hasta que llegase su hora de ir a ver a Enya. La utilidad de usar pequeños pulsos de magia de aire para esquivar era verdaderamente útil. Jamás podría usar la magia como Sonstan, pero sería interesante para casos puntuales. Drasco era contrario a que lo aprendiera, pues supondría depender todavía menos de su propio físico y le dificultaría romper la barrera, pero ya se preocuparía de ello en el futuro. Sabía que él no podría hacerlo de la forma tradicional y que tendría que idear otro método cuando llegase el momento.

«Esta debe ser».

Se sacó una hoja doblada en cuatro del bolsillo y comprobó la dirección que había escrita. Estaba frente a la casa de su maestra. Los profesores de la academia estaban en una zona residencial aparte, mucho más ajardinada y con casas más grandes. Se parecían a las de los alumnos de élite, pero eran todavía más lujosas y tenían dos alturas.

«Definitivamente, la academia no repara en gastos para estas cosas», pensó.

Subió las escaleras que daban a la entrada y tocó a la puerta. No contestó nadie. El sol se escondía y las farolas se encendieron para iluminar la ciudad con su luz amarillenta. La gente pasaba de largo sin prestarles atención, todos parecían acostumbrados a esa maravilla moderna. No obstante, a Gero le resultaba fascinante.

Volvió a tocar, esta vez con más energía, y el golpe abrió la puerta que solo estaba entornada. Al ver que todavía no había respuesta, se apartó de la entrada para comprobar si había alguna luz en el interior de la casa. La planta superior tenía algunas luces encendidas.

«¿Se habrá olvidado de que iba a venir?».

Dudó en si marcharse o seguir insistiendo, pero conociendo la actitud relajada de su maestra, era posible que hubiese dejado la puerta abierta para que entrara al llegar. Lo primero que vio al pasar

fue un cuadro de un hombre mayor, alto y encorvado, y una mujer frente a la entrada. La mujer era Enya y el hombre debía ser su padre.

Fue a llamar a su maestra, pero unos gritos que procedían del piso de arriba lo disuadieron.

—¡No vuelvas a mencionar a Rodrick delante de mí! —gritó una voz—. La academia está en esta situación por su culpa.

Gero se asustó al escuchar esas palabras y dio un paso atrás hacia la puerta de salida. La voz era la del director Genci y parecía furioso. De pronto, se percató de que se había colado en la casa de un maestro y que estaba el director presente. No debía estar allí y le podía traer muchos problemas, pero habían mencionado a Rodrick y la curiosidad se apoderó de él.

—No lo volveré a hacer, señor director —respondió nerviosa Enya—. Pero lo que me pide…

—Lo que te pida es tu deber como profesora. Los tiempos han cambiado y Rinko Muhl no es como su padre. Exige resultados y debemos darlos.

Aun a sabiendas de que no debía escuchar esa conversación, Gero subió las escaleras a hurtadillas. Su maestra parecía ser leal al antiguo director. Llevaba días pensando que tal vez pudiera ser una buena aliada y quería averiguarlo, aunque todavía no se le había ocurrido cómo hacerlo sin revelar quién era.

Estaban dentro de una habitación que parecía un despacho, la puerta estaba entreabierta y Gero pudo ver el interior. Genci estaba sentado en la silla de un escritorio y Enya estaba de pie frente a él.

Gero se escondió en la habitación contigua. Las cuatro paredes estaban cubiertas de estanterías que llegaban hasta el techo con libros de magia, de sellos y cuadernos de investigaciones. Aquello tenía un valor incalculable. Cada uno de esos libros se podría vender por una fortuna.

Se sentó en el suelo, en el hueco que había detrás de la puerta. Desde allí, no podría ver lo que sucedía, pero al menos podía escuchar la conversación.

—¿No tiene a otro al que pedirle investigarlo? —dijo Enya—. Lo que me pide…

—He sido muy paciente contigo por tus habilidades —interrumpió Genci—. Sabes lo que está en juego.

—¿No le parecen suficiente mis resultados? —Enya pareció ofendida.

—¡No son los que nos exigen! —gritó Genci mientras golpeaba la mesa—. Nuestra obligación como maestros de la academia es servir al rey, y sus exigencias deben ser cumplidas. Tu afán por hacer lo que te plazca acabará con tu carrera en este lugar.

—¿En eso se ha reducido la academia Forthi? —gruñó Enya—. ¿Nos hemos convertido en meros siervos de ese crío que tenemos ahora por rey? Sabes que hay cosas mucho más importantes que investigar…

—Nada es más importante que lo que dictamina el rey —amenazó Genci—. La traición se paga muy caro en este reino. No lo olvides.

Estaba cabreado. Su tono de voz indicaba que estaba a punto de estallar de ira. El rey había elegido bien a un sucesor que mirase por sus intereses, y considerando la política de este contra los demonios, no era una buena señal para nadie. No obstante, no era eso lo que más le llamaba la atención.

«¿Qué puede ser tan importante para ella como para arriesgarse de esa forma?».

—Creo que nadie podrá olvidarlo en una larga temporada después de lo que le hicisteis a Rodr…

—¡He dicho que no le menciones! —interrumpió con un rugido Genci mientras golpeaba con los puños la mesa.

Gero se apretó instintivamente contra la pared para ocultarse lo mejor posible. No serviría de nada si decidían entrar donde se encontraba, pero le hacía sentirse más seguro.

—Ese artefacto es indispensable para el futuro de esta academia —suspiró el anciano—. El empeño del antiguo director por proteger y ocultar a demonios ha provocado que se cuestione la utilidad de esta institución y ahora nos toca a nosotros lograr que no la cierren.

—Tonterías —reprochó Enya—. El valor militar de esta academia es innegable.

—No voy a entrar en un debate contigo —gruñó Genci, exasperado, mientras se levantaba de la silla y se dirigía hacia la puerta—. Tienes un año para conseguir resultados.

—Es poco tiempo —gruñó la maestra.

—Ese es tu problema —sentenció el director y salió dando pasos enérgicos a pesar de su avanzada edad—. Si te quieres dedicar a la investigación, deberás aportar resultados. Si no, aumentaré tus horarios como docente. Es más, tal vez debería ya aument…

Se alejó mientras continuaba hablando. Gero se pegó a la pared para evitar ser visto y cuando ya no escuchaba su voz, se dio cuenta de que debía salir de allí antes de ser descubierto.

—Ya se ha marchado —anunció entonces Enya—. Puedes salir de ahí.

Se le heló la sangre al escucharla.

«¿Cómo me he metido en esto?».

Siempre se quejaba de la habilidad de Drasco para buscarse problemas, pero él llevaba una racha pésima. Empezaba a pensar que su amigo llevaba razón cuando le dijo que no era tan inteligente como se creía. Pensó en escapar, pero sabía que era completamente absurdo; no llegaría muy lejos huyendo de una maestra.

—No he escuchado nada —dijo mientras salía de su escondite y entraba en el despacho.

Enya se había sentado en la silla donde había estado Genci. Estaba recolocando los objetos del escritorio; no parecía contenta con que el director hubiese tocado sus pertenencias.

—Cierra la puerta al entrar y siéntate. —Le señaló una de las sillas que había al otro lado del escritorio.

—No he escuchado nada —repitió Gero—. Y siento haber entrado. He tocado varias veces a la puerta. Estaba abierta y…

—Siéntate —interrumpió Enya.

Se hizo un silencio incómodo mientras obedecía. Después, Gero esperó a ver si ella hablaba, pero estaba demasiado concentrada en ordenar sus cosas. Cuando terminó, se levantó y se dirigió a la ventana.

—Parece que ya se ha ido —declaró—. Creo que no se ha dado cuenta de que estabas aquí. Es una suerte que se esté quedando sordo.

Volvió a su asiento, sacó una pipa y comenzó a fumar. Era una silla de piel desgastada por muchos años de uso. Ella no podía ser su primera dueña.

El humo de la pipa se extendió por la sala. Tenía un olor penetrante y agrio. Enya inspiró una larga calada, cerró los ojos mientras contenía el humo en su interior y después expulsó una bocanada espesa.

—¿Quién eres realmente? —dijo ella finalmente.

—¿A qué se refiere? —preguntó Gero, intentando parecer tranquilo. Escondía su miedo de la mejor forma posible.

—No me trates de usted —regañó Enya.

Lo había olvidado con los nervios y aquel reproche solo hizo que acrecentarlos. Trató de calmarse. Se tomó un segundo para respirar.

—No sé a qué te refieres, Enya —dijo tratando de poner cara de inocente, aunque no tenía muy claro si estaba funcionando, pues no parecía causar ningún efecto sobre su maestra.

—Te estoy dando la oportunidad para que te sinceres.

«¿Le miento o le digo la verdad?». Miró hacia la puerta sin querer. No debió haberlo hecho, pero no pudo evitarlo. Tal vez pudiera salir de allí corriendo y desaparecer de la academia. Un par de días había durado su infiltración. Se sentía como un completo idiota.

—De verdad que no sé a qué te refieres —se negaba a aceptar su derrota—. Me estás asustando, Enya.

«¿Estoy repitiendo demasiado su nombre?».

Sin inmutarse, ella continuó fumando mientras inspeccionaba a su alumno. Para él, era como si el tiempo se hubiera detenido. Estaba empezando a sudar y, sin darse cuenta, se levantó de la silla. Su cuerpo estaba tenso, preparado para salir corriendo. Pensaba en qué conjuros debía usar para entretenerla hasta salir de aquella casa y evitar que diera la alarma el máximo tiempo posible. Debía encontrar a Drasco y salir de allí cuanto antes. Si él era descubierto, su amigo también correría peligro.

—No me dejas más opción —indicó ella mientras chasqueaba los dedos.

Varios sellos se iluminaron por la habitación. Unos sellaron la puerta y la única ventana que había; otros insonorizaron la sala. Eran parecidos a los que él usaba, pero mucho más elaborados. Lo había aislado ahí dentro y estaba convencido de que no iba a poder romperlos con facilidad.

Gero corrió a la entrada, preparando un contrasello para romper el de la puerta. Aunque veía improbable poder romperlos, debía intentarlo. Miraba de reojo a su maestra para asegurarse de que no le atacase por la espalda. Esta se limitaba a fumar arrellanada en su silla; no parecía preocupada porque huyera y eso le hizo dudar.

No obstante, terminó de formar el sello en su mente y lo lanzó con un conjuro de hielo contra la puerta. Habría sido más rápido con una ilusión, pero no pensó en ello. Había practicado tanto creándolos con hielo que le salió de forma natural.

Al tocar su sello los de la puerta, estos se iluminaron y generaron un fogonazo de luz. Gero no pudo reaccionar a ello y salió despedido hacia atrás. Voló un par de metros y luego patinó por el suelo hasta golpear contra la mesa de escritorio.

Se levantó de un salto utilizando parte de su magia de aire, aunque al no controlarlo bien, se elevó más de la cuenta y cayó con dureza. Logró, no obstante, mantenerse de pie. Miró con precaución a Enya. Esta parecía bastante entretenida con la situación.

—Buen intento —admitió ella al tiempo que se levantaba de su asiento—. Si hubieras hecho cualquier otro tipo de ataque, habrías salido peor parado.

—¿Qué quieres de mí? —cuestionó con voz temblorosa. Empezaba a estar verdaderamente asustado—. No soy nadie importante.

—Eso es verdad —corroboró ella—. Pero me sigue resultando interesante que estés aquí.

Frunció el ceño sin entender a qué se refería o qué estaba pasando. Estaba a su merced, pero no parecía estar amenazándole. Su tono seguía siendo tranquilo e incluso parecía divertirse.

—¿Estás jugando conmigo? —entendió.

Enya sonrió al escuchar esas palabras y se acercó a él. Esta vez no trató de huir o luchar. Sabía que no iba a poder hacerlo. Ella posó su mano sobre el pecho de Gero durante un instante y, de pronto, notó una sensación extraña. Al principio no entendió qué le estaba pasando, pero no tardó en hacerlo.

El sello oculto que modificaba su aspecto se iluminó tanto que se podía ver su luz a través de la ropa. Gero se desabotonó la camisa y vio cómo este se desintegraba y hacía que recuperase su aspecto de demonio.

De nuevo, el miedo se volvió a apoderar de él. ¿Cuánto hacía que ella lo sabía? ¿Quién más lo sabría? Pensó en cuando estuvo inconsciente tras el combate contra Lagar y en que ella trató sus heridas. Había creído que su ilusión permanente era perfecta, pero ante la mirada atenta de una experta en sellos, tal vez sí que fuese detectable.

«¿Cómo he podido ser tan ingenuo?».

—¿Cuándo…?

—He sabido siempre que tenías ese sello ocultando tu verdadero aspecto, aunque no sabía cuál era —admitió—. La pregunta es: ¿qué hace un demonio en la academia de Veniden?

Ella no parecía disgustada por descubrir que era un demonio. Algo en su mirada le decía que no lo veía como un enemigo, así que decidió exponer sus cartas. Tal vez se arrepintiese, pero ya había sido descubierto. No tenía nada que perder y ella le podría resultar de utilidad. La necesitaba como maestra para sobrevivir en la academia más de lo que le habría gustado admitir. Probablemente fuera la persona que más podría enseñarle ahora que Rodrick ya no estaba.

—¿Puedo serte completamente sincero? —tanteó estudiando los gestos de ella.

—Todo depende de lo que confíes en mi palabra —explicó—. ¿Puedo fiarme de que no me causarás problemas?

Gero sonrió. Su forma de hablar le recordaba un poco a su padre. Nada era blanco o negro. La confianza había que ganársela y, aun así, suponía un acto de fe. Su misión era infiltrarse en el ejército de Veniden y ella podía ayudarle en eso y mucho más. El libro de sellos que poseía le había parecido el trabajo de una vida entera, pero la realidad era que había visto sus limitaciones y necesitaba nuevas fuentes de conocimiento.

Cuanto más aprendía, más se daba cuenta de lo poco que sabía. Para otros, conocer uno o dos sellos era suficiente para vivir bien, pero para él no se trataba solo de eso. Ni siquiera se basaba solo en volverse más fuerte con los sellos. Era una razón importante, pero su interés iba más allá y todavía no podía explicar por qué. Tal vez Enya pudiera hacerlo.

Respiró hondo. Por un momento, se sintió incómodo por tomar esta decisión sin el consentimiento de Drasco.

«Espero que no se cabree conmigo».

—Confiaré en ti hasta el día que me demuestres que no puedo hacerlo —dijo Enya al percatarse de que Gero estaba dudando.

—Te he mentido con respecto a mi pasado —replicó sin entender por qué ella se pondría en esa situación por él—. ¿Aun así consideras que puedes confiar en mí?

Ella continuaba fumando y el ambiente se empezaba a enrarecer. Gero pensó que ese tabaco olía de forma extraña y, con todo cerrado, empezaba a ser desagradable.

—Tenías tus razones —replicó—. De no haber mentido, te podrían haber capturado y convertido en esclavo. De resistirte a ser un esclavo, te habrían matado. Lo que no entiendo es por qué querrías

venir a la academia de Veniden.

Gero se relajó un poco, pero seguía en tensión. ¿Cuánto le podía revelar? ¿Cuánto estaba ella dispuesta a aceptar a sabiendas de que él tal vez fuese un enemigo de su reino? Seguía dudando y ella acabó suspirando.

—¿Sabes por qué estoy en la academia a pesar de que mi padre la abandonó tras la muerte de Rodrick? —preguntó ella. Gero negó con la cabeza; desconocía la relación que pudieran tener—. La torre esconde conocimientos, sellos y artefactos desconocidos para todos nosotros. La intención, tanto de mi padre como mía, era estudiarlos. —Su vista se dirigió hacia la ventana—. Mi padre debió ser nombrado director cuando Rodrick murió, pero apareció Genci y ese plan se fue al traste. Poco después se marchó, pues si no lo consiguió durante el mandato de Rodrick, sería imposible bajo el control de otro.

—¿Y cuál es el problema con estudiarlos? —preguntó Gero, que por un instante había quedado intrigado y había olvidado su precaria situación. Cayó en la cuenta de que conocía muy poco acerca de la torre alrededor de la cual se había construido la academia. Tal vez debía preguntarle a Sara, estaba convencido de que ella sabría algo.

Enya sonrió sin dejar de fumar.

—No tengo ni la más remota idea —admitió—. ¿No te parece razón suficiente para querer hacerlo?

No pudo quitarle la razón a eso.

—¿Por qué me cuentas esto? —dudó.

—Haré lo que sea necesario para poder investigar los secretos de la torre, pero para poder quedarme en la academia debo cumplir con las malditas exigencias del director —admitió, y se quedó un instante con la mirada perdida, sumida en sus pensamientos—. Pensé que tomar un alumno de élite me libraría de tener que dar clase a esos ineptos de las clases colectivas por una temporada, pero parece ser que me equivocaba.

—¿Qué exigencias…? —La manera en la que su maestra lo dijo le dio a entender que el director no había estado allí solo por eso.

—Quiere un artefacto mágico capaz de detectar demonios ocultos —respondió.

—¿Detectarlos? —se asombró Gero.

—Tus sellos permanentes son bastante buenos, pero hay demonios capaces de adquirir aspecto completamente humano. Indetectables incluso para una experta en sellos como yo —respondió ella —. El nuevo rey está obsesionado en descubrir a aquellos demonios que viven ocultos entre humanos.

Gero palideció al escuchar esas palabras. Si eso era verdad, toda su infiltración podría no servir para nada.

—¿Existe…?

—Ahora que mi padre no está, soy la única que podría crear algo así en tan poco tiempo —interrumpió ella—. El resto de los profesores de sellos tardarían décadas. Por eso está tan pesado.

Se pavoneó al decir esas palabras. A Gero se le erizó la piel al escucharla. Esta mujer podría ser una amenaza para todos los demonios.

—¿Y lo harás? —tanteó sabiendo lo arriesgada que era la pregunta.

—Solo me interesa lo que hay en esa torre —aseguró—. No tengo tiempo para perderlo en esas estupideces solo para que Genci se cuelgue la medalla.

No era una respuesta directa y eso le inquietó. No obstante, empezaba a comprender la manera de pensar de esa mujer. Comprendía las consecuencias de un invento así y no parecía querer eso sobre su conciencia. Tuvo la sensación de que por el momento estaba a salvo.

—¿Sabes que ocultar mi secreto te podría meter en serios problemas? —advirtió—. Podrías acabar muerta por simpatizar con demonios.

Enya le miró fijamente. «¿Me está evaluando?». Sintió cómo sus ojos se adentraban en su mente y leían todos sus secretos.

—Más te vale entonces que te pongas en serio a mejorar tus sellos para que no te pillen —replicó ella, distraída.

—¿Qué es lo que quieres a cambio? —preguntó.

Su padre le había enseñado que todo tenía un precio y su hospitalidad y silencio debía tener uno muy alto. La cuestión era si estaría él dispuesto a pagarlo o tendría que marcharse de la academia.

Ella miró al techo, inspiró con fuerza de la pipa y entrecerró los ojos pensativa. Los tenía rojos y vidriosos.

—¿Qué quiero a cambio?

Gero esperó una respuesta que parecía no llegar nunca. El tiempo se detuvo hasta que la mujer exhaló la bocanada formando una densa nube de humo.

—Si acabo teniendo que dar clase a esos idiotas, tú me vas a ayudar.

27. GERO

Gero caminaba hacia el anfiteatro mientras estiraba los brazos. Bostezaba, se había pasado la noche buscando a Drasco tras hablar con Enya, pero no fue capaz de encontrarlo. No regresó a su habitación, aunque eso tampoco era nada extraño en su amigo.

Estaba muy preocupado por cómo se había complicado la situación hasta el punto de que no sabía qué hacer. Su maestra le había dado la sensación de que por el momento estaba seguro, pero el hecho de que supiese su secreto lo ponía nervioso y en cierto modo lo colocaba en una posición peligrosa. Tenía que hablar con Drasco cuanto antes.

«Céntrate en lo que puedes controlar ahora mismo», se ordenó a sí mismo mientras trataba de concentrarse.

Se dirigía hacia su enfrentamiento con Fled a la vez que repasaba mentalmente qué estrategias podría utilizar en los combates que tendría a lo largo del día. Fled, por la mañana, y contra un alumno que lo había retado, a última hora de la tarde. Este estaba cincuenta puestos por debajo de él en la clasificación. No tenía ni la más remota idea de quién era y tampoco tenía intención de averiguarlo tras la insistencia de Drasco. Opinaba que en el mundo exterior la mayoría de las veces no sabrían las habilidades de sus adversarios, por lo que un enfrentamiento a ciegas era la mejor práctica posible.

—¡Tú! —gritó una voz aguda sobresaltándole—. ¿Cómo te atreves a retarme?

Provenía de Fled, que corría hacia él furioso acompañado por el gigante Pierel, que lo seguía con pasos largos y tranquilos. Era el alumno de élite que no se relacionó con nadie durante el viaje en barco. Habían deducido su nombre de la clasificación de alumnos.

«¿Desde cuándo se juntan estos dos?».

Le pareció una sorpresa verlo acompañando al alborotador. No podían ser más diferentes.

—Hola, Fled —saludó con indiferencia Gero.

—¡Respóndeme, maldito plebeyo! —gruñó este—. Soy de la nobleza, no olvides tu lugar y responde a mi pregunta.

Gero sintió cómo su pulso se aceleraba. Su cuerpo le exigía darle un puñetazo, pero se contuvo. Los combates entre alumnos no estaban bien vistos fuera del anfiteatro y cualquier daño a la propiedad de la academia supondría grandes penalizaciones.

—Estás un puesto por encima de mí —dijo con sinceridad—. No es nada personal. Habría retado a cualquiera que me hubiera garantizado el combate para mejorar mis habilidades.

Trató de hacerlo con el tono más conciliador posible, pero lo único que logró fue enfurecer al joven todavía más.

—¿Osas usarme para entrenar? —gritó. Su voz se volvía más aguda por momentos—. Mi tiempo es demasiado valioso para perderlo machacándote.

Gero sonrió al ver la frustración de su siguiente rival.

—¡Te voy a arrancar esa sonrisa para siempre! —aulló Fled mientras levantaba la mano para lanzar un conjuro.

Sin embargo, en el proceso, Sara apareció de la nada y le agarró el brazo. Fled trató de liberarse asustado. Parecía no haber superado el último encontronazo con ella.

—¡Pierel! —tartamudeó sin lograr zafarse.

Este se acercó de forma amenazante y Sara lo soltó.

—¿Por qué sigues a este inútil? —retó al gigante—. ¿Qué te ha ofrecido? Es un noble de segunda, no creo que haya nada que pueda interesarte.

Aquello irritó todavía más al joven pubertoso. Pierel no respondió, se limitó a ponerse entre ambos bandos para separarlos. Fled no intentó continuar la riña y decidió marcharse. «¿Será mudo?», se preguntó Gero.

—Te vas a arrepentir de retarme —amenazó Fled antes de irse y Pierel lo siguió en silencio.

—¿Estás bien? —preguntó Sara preocupada.

Agradeció la ayuda, la cosa se estaba poniendo fea y no quería problemas con un noble. Tenía la corazonada de que a Fled no le importaría tener que pagar la reparación de las instalaciones de la academia. Sin embargo, Gero no podía decir lo mismo.

—Podría habérmelas arreglado. —No fue capaz de ser sincero. Era demasiado orgulloso para serlo.

—Sé que lo harías —respondió ella con una sonrisa—. Pero tienes que estar en plenas condiciones para el combate.

Su sonrisa era radiante y sincera e hizo que Gero se sonrojase. Él se giró hacia el anfiteatro para ocultarlo. Ante él se alzaba imponente una estructura circular inmensa formada por incontables columnas que sostenían las gradas. Estaba cubierta de mármol blanco que brillaba con intensidad debido a la luz del sol.

El edificio era mucho más grande que los de alrededor, únicamente superado por la gigantesca torre que se alzaba en el centro de la academia.

—¿A qué has venido? —preguntó Gero por cambiar de tema—. ¿No estabas entrenando con Drasco?

Ella le agarró de pronto del brazo y tiró de él hacia el anfiteatro.

—No me iba a perder tu primer combate —rio—. Recuerda que todavía no te he visto combatir en serio y nunca he visto a un experto de sellos luchar.

Su risa era melódica y contagiosa. Logró levantar el ánimo de Gero por un momento, aunque no duró mucho. Tenía los nervios a flor de piel.

—Creo que te vas a llevar una decepción —admitió a regañadientes—. No se me da bien luchar.

Se quedó parado a los pies del edificio, completamente maravillado ante semejante construcción.

—Eso lo decidiré yo —respondió ella—. Es impresionante, ¿no te parece?

—¿Todos los combates suceden ahí dentro? —preguntó Gero—. ¿Los combates por equipos también?

No conocía ningún otro sitio donde pudieran ser los combates. Sin embargo, la construcción que se alzaba frente a él no concordaba con las grabaciones que había visto en su estancia en Lantalos. Allí, algunas tabernas utilizaban visualizadores de combates como reclamo para los clientes y ninguno de los que había presenciado tuvieron lugar en un anfiteatro.

—El anfiteatro hace siglos que no se utiliza como escenario para combates —explicó ella—. ¿De dónde habéis salido vosotros? No os enteráis de nada ninguno de los dos.

—Bueno, hemos estado bastante centrados en nuestro entrenamiento desde que llegamos a Lantalos —disimuló lo mejor que pudo—. Entonces ¿qué hacemos aquí?

—Será mejor que lo veas por ti mismo.

El edificio no parecía tener una entrada en particular, sino que se podía entrar y salir desde cualquiera de las arcadas. No había puertas y, cuando entraron, descubrieron que era porque todo el interior estaba conectado. Los techos eran altísimos y estaba repleto de enormes esculturas de magos y guerreros de sangre.

En su interior, había montado un gigantesco mercado entre las esculturas. Se vendía desde ropa y armas hasta artefactos mágicos como visualizadores de combates. También había una gran cantidad de puestos de comida. Gero miró extrañado a Sara buscando una explicación. No necesitó abrir la boca para que ella supiera lo que quería.

—Los combates se organizan aquí dentro, por lo que el interior del anfiteatro es la zona más concurrida de la academia. Eso hace que esté muy cotizado para colocar tiendas. Aunque si buscas cosas más específicas o valiosas, tendrás que ir a la casa de subastas.

—¿No decías que aquí no se combatía? —interrumpió Gero, que no entendía por qué ella se empeñaba en que lo viera en vez de explicarlo.

—Enseguida lo entenderás —replicó ella mientras le agarraba de la mano y tiraba de él para mezclarse entre la multitud.

El lugar estaba abarrotado y resultaba difícil moverse. Entre las tiendas, las esculturas y aquellos que se paraban cuando encontraban algo que les interesase, Gero empezó a agobiarse.

—¿De dónde sale toda esta gente? —gritó para hacerse oír por encima de aquel barullo.

Los vendedores berreaban para captar clientes y la gente tenía que levantar la voz para poder comprar o simplemente hablar con la persona que tuviera al lado. Gero había visitado los mercados de varias ciudades y pueblos antes de llegar a Lantalos, pero jamás había visto nada igual.

Sara tiró de él hasta una zona más espaciosa. Su mano era firme y callosa, propia de una guerrera de sangre que se pasaba el día entrenando.

«Tengo que entrenar mucho más».

—La ciudad tiene más de cien mil habitantes entre alumnos, profesores, trabajadores y el ejército de la academia que está formado por más de cuarenta mil soldados.

—¿Cuarenta mil? —gritó Gero, haciendo que algunas personas se girasen hacia ellos.

Sintió vértigo al pensar en lo altamente militarizada que estaba la academia y lo que había vivido el día anterior con Enya. En ese momento le pareció muy ridículo pensar que, si le hubiesen descubierto, habría conseguido escapar.

—Los alumnos de la academia son el activo más valioso del reino —replicó ella con tranquilidad. De pronto, acercó su rostro al de Gero para no tener que gritar—. Deberíamos seguir o acabarás llegando tarde.

Se había perfumado y notó un suave aroma a flores que era embriagador. Intentó evitar ese pensamiento y se sintió culpable de pronto. Recordó la promesa que le hizo a Fara antes de partir de Novanta con su padre.

—Vamos —dijo alejándose de ella.

—¡Es por aquí! —replicó ella, indicando que Gero iba en la dirección equivocada.

Él se limitó a seguirla manteniendo la cabeza agachada para ocultar su rubor. Continuaron abriéndose paso hacia el centro del edificio hasta llegar a un portón de más de cinco metros de altura

por el que se accedía al recinto interior. Justo antes de llegar, Gero se detuvo frente a la base de una escultura que había sido arrancada.

La zona cercana al recinto interior estaba menos abarrotada que el mercado, por lo que se pudo acercar a comprobar la placa que había en la base. Cada escultura tenía una, pero en este caso, había sido tachado su contenido.

—Las esculturas pertenecen a los alumnos que alcanzaron la cima de la academia —explicó Sara —. Aquellas arrancadas eran de demonios.

Gero sintió un escalofrío. Parecía que en esa maldita academia todo le recordaba que era un intruso. Se quedó unos instantes contemplando la placa tachada y después entraron en el recinto interior.

Las gradas rodeaban un patio de arena que estaba lleno de extrañas rocas de distintos tamaños. Eran rocas de un color oscuro, casi negro, con forma alargada, que estaban clavadas en el suelo en posición vertical. Se les había dado forma tallando, aunque los acabados eran bastos.

El patio contenía una decena de esas rocas que eran de casi diez metros de altura. Estas estaban ubicadas en el centro y formaban un círculo que no contenía nada en el medio. El resto de las rocas eran de distintos tamaños y las más grandes apenas alcanzaban la altura de una persona.

Al entrar al recinto, una mujer les cortó el paso y se situó incómodamente cerca, frente a ellos. Le llegaba a Gero por debajo del hombro y le miraba con la cabeza echada hacia atrás en vez de alejarse un poco.

—¿Nombre?

—Gero Diest —dudó un segundo y respondió dándole el nombre falso con el que se había apuntado a la academia.

Por un momento se le había olvidado a causa de los nervios y el error podría haber sido catastrófico. Respiró hondo tratando de tranquilizarse.

—Ve al menhir número doce —indicó la mujer—. Tu contrincante está esperándote.

Asumió que así llamaban a aquellas rocas. Sara le siguió, parecía no haber ningún problema en que entrase con él. Mientras caminaban, vieron cómo algunos alumnos tocaban las rocas llamadas menhir y desaparecían en su interior.

—¿A dónde llevan? —preguntó Gero buscando la que le tocaba a él.

—No se sabe mucho sobre esas rocas —admitió Sara, visiblemente molesta por no poder dar una respuesta mejor—. Solo que llevan en la academia siglos, puede que milenios, y que permiten acceder a distintas ubicaciones. Son rocas espaciales, pero mucho más grandes de lo que nunca se haya visto. Nadie sabe quién las creó o de dónde se sacaron.

—Alguien tuvo que traerlas aquí o construirlas. —Gero no pudo evitar acordarse de la insistencia de su maestra por investigar los misterios prohibidos de la torre.

Sara se encogió de hombros, al final era de esperar que ella no lo supiera todo. Había cosas de la academia que ni tan siquiera su propia maestra conocía.

No era un extraño a los artilugios mágicos, él mismo poseía uno donde se había dedicado a entrenar con Drasco durante meses. No obstante, su menhir, de acuerdo con cómo lo llamaban allí, era diminuto y podía llevarlo siempre con él. Además, estaba obligado a colocarlo sobre una superficie para generar un portal, mientras que en los que tenían delante solo era necesario tocarlos para acceder al espacio que contenían. Tampoco conocía el origen del suyo propio, pero al ver los que allí había no dudó de que estaban relacionados.

«¿El tamaño del menhir afectará al tamaño del espacio interior?».

Aun con su tamaño reducido, su menhir daba acceso a una sala relativamente grande. En cambio, las rocas que tenía enfrente eran inmensas, por lo que no podía ni imaginarse los espacios que contendrían.

—¿Tú puedes entrar? —preguntó Gero al volver a la realidad y al combate, que era inminente.

Su tono le sonó extraño incluso a él; se oía desesperado por que ella le acompañara y, al mismo tiempo, nervioso porque lo hiciera. Se sentía más seguro con ella, pero tampoco quería que le viera perder.

—Cualquiera puede ver los combates —explicó ella—. Puedo entrar con vosotros al espacio tocando el menhir por ser tu acompañante o verlo desde un visualizador de combates como hacen los de las gradas.

—¿Cómo? —preguntó él, extrañado, y vio que las gradas estaban llenas de personas con los ojos cerrados, sujetando joyas como las que ya conocía.

Estaban completamente rígidos como estatuas y eran custodiados por una multitud de soldados que llenaban toda la periferia del anfiteatro. Gero nunca había visto ninguna zona de la academia tan militarizada como esa. Ni siquiera la torre.

Al ver que se fijaba en los soldados, Sara aclaró:

—El visualizador tiene un sello defensivo muy potente que además te devuelve a tu cuerpo en caso de ser atacado. Sin embargo, muchos siguen sintiéndose más seguros si la zona está vigilada.

Gero asintió con interés y preguntó:

—¿Están viendo el combate conforme sucede?

—Rodrick creó los visualizadores para poder ver lo que pasaba en los menhires sin necesidad de entrar en ellos, era un auténtico genio de los sellos —susurró ella para que nadie la oyera—. Además, su alquiler es un negocio muy lucrativo para la academia.

—Nunca había visto un visualizador así. Normalmente solo son grabaciones.

—Los que puedes encontrar fuera de la academia son una variante de los que se alquilan aquí. En esos puedes grabar una determinada cantidad de tiempo según la calidad de la joya con la que está fabricado.

—¿Por qué no los conocía?

—Estos no tienen mucho alcance y tienen que usarse dentro del anfiteatro.

—¿Cómo sabes todo eso? —se sorprendió Gero.

—Saber cosas es importante —se lamentó ella.

Se sintió como un idiota al haber hecho esa pregunta. Sabía perfectamente por qué lo hacía, pero en ese momento le había sorprendido. Ella no recordaba nada anterior a hacía un año y se había dedicado a llenar su mente de conocimiento desde entonces. Él trató de consolarla torpemente:

—Lo siento, no…

—Tranquilo —le interrumpió y sonrió—. Venga, que llegas tarde y te darán el combate por perdido.

Respiró hondo y miró la roca a la que le tocaba entrar. Era una de las más pequeñas, medía poco más de medio metro. Se iluminaba con una luz anaranjada; los menhires lo hacían cuando alguien entraba, por lo que asumió que Fled ya estaba en el interior. Se acercó y tocó la piedra. Acto seguido, notó una sensación de vértigo y todo a su alrededor se emborronó. Se mareó y cerró los ojos.

Tras apenas unos segundos, esa sensación se desvaneció y cuando los volvió a abrir, se encontraba en una explanada rodeada de un bosque. Estaba nevado y había una fuerte ventisca que dificultaba la visión. Sara no apareció junto a él a pesar de que sabía que había entrado justo detrás. Miró a su alrededor, solo encontró una figura a lo lejos. Era Fled, que se había percatado de que él había llegado y se acercaba caminando.

Gero sonrió, la suerte estaba por primera vez de su lado. Aquel clima lo beneficiaba como mago de hielo y perjudicaba a Fled como mago de madera.

—¿Empezamos? —preguntó Gero sin saber si debía esperar a algún aviso para comenzar el combate.

Fled no fue tan cortés. Cuando se quiso dar cuenta, empezaron a desprenderse trozos de roca del suelo y volar hacia él. Gero esquivó como pudo, aunque le dolía el cuerpo del entrenamiento del día anterior. Se lanzó hacia un lado y rodó sobre la tierra.

Comenzó a preparar sellos, lo bueno de que el suelo estuviera cubierto de hielo era que no se veían. No tenía que solaparlos con otros sellos para ocultarlos, por lo que los lanzaba a gran velocidad. No cometería el mismo error que contra Lagar, pensaba asfixiarlo a ataques.

Conforme se formaban los sellos en la nieve, esta se comprimía hasta convertirse en hielo y salía disparada hacia Fled. De esta forma, Gero no tenía que crear hielo y ahorraba mucho poder en el proceso.

Fled se sorprendió al ver la ingente cantidad de ataques que volaban en su dirección y construyó una gigantesca armadura de piedra a su alrededor. La formó tan rápido que ninguno de los ataques de Gero llegaron a alcanzarle y aquellos que golpeaban contra la roca se hacían añicos. No parecía afectarle en lo más mínimo.

La armadura continuó creciendo alrededor del cuerpo del joven hasta alcanzar tres veces la altura de una persona. Tenía una ranura en el rostro por la que se veía la cara de Fled, pero incluso esta reflejaba la luz de forma extraña. Algo transparente le estaba protegiendo.

El proceso de fabricación apenas duró unos segundos y no lo hizo como cabría esperar de alguien con una fuente inmensa de magia como lo era Fled. Arrancaba trozos del suelo y los añadía a su armadura para hacerla crecer utilizando la mínima cantidad de poder posible.

«Trata de conservar su poder», se sorprendió Gero.

Fled combatía de forma inteligente a diferencia de Lagar, su anterior adversario. En su caso, la estrategia de dejarle malgastar su poder no serviría, pues su reserva era mucho mayor que la de Gero y no despilfarraba como lo había hecho Lagar.

Una vez formada la armadura, continuó arrancando trozos de roca del suelo para lanzárselos a Gero. Este continuó esquivando lo mejor que podía. Su agilidad no era suficiente como para poder hacerlo sin ayuda, por lo que dependía de su magia de aire para impulsarse de tanto en tanto.

Todavía no dominaba esa técnica y en ocasiones salía despedido o acababa revolcándose en la nieve. Aun así, aunque no fuesen los movimientos más gráciles, lograba escapar una y otra vez y empezaba a cabrear a Fled.

—¡¿Solo sabes huir?! —gritó—. Eres un cobarde.

Sabía que tenía razón, pero estaba pensando cuál sería la mejor estrategia. El entorno le presentaba una oportunidad única que no había esperado tener. Su plan había sido probar algunas técnicas y ser vencido rápido para no cansarse demasiado. Sin embargo, no pensaba desaprovechar la ventaja del entorno y menos contra aquel engreído niñato. Al menos, le daría un buen susto.

Tras varios ataques, aceptó que la armadura de Fled era demasiado dura. No lograría atravesarla con ataques normales. Su magia no era tan poderosa.

Solo atacaba a la cara que, como había podido comprobar, estaba efectivamente protegida por algo transparente. Sin embargo, así lograba reducir su visión mientras trataba de alejarse. La armadura de Fled era lenta, por lo que se distanció con bastante facilidad.

—¡Enfréntate a mí! —oyó una voz lejana.

Cuando estuvo a suficiente distancia, dejó de huir y se encaró a su adversario. «Espero que esto funcione». Sabía que el combate no se podía alargar en exceso. Tenía que seguir entrenando el resto de la tarde, además de la lección con Enya y después, otro combate. No podía gastar demasiada energía con Fled aunque creyese que podía ganar. Había aceptado que él no podía permitirse esa clase de lujos.

Comenzó a correr hacia Fled, que, sorprendido, se quedó quieto preparando su propio ataque. Gero continuó avanzando y la nieve se elevó a su paso y lo rodeó. Lanzaba sellos por todas partes que, mezclados con su magia, generaron una gigantesca ventisca que lo envolvió y lo impulsó hacia delante.

Comenzó a ganar velocidad mientras seguía lanzando sellos que alimentaban el viento y la formación de hielo a su alrededor. La ventisca lo ocultaba y Fled no sería capaz de ver en qué momento atacaría.

Salió disparado hacia el cielo y se elevó hasta convertirse en un punto lejano. Fled miraba hacia arriba expectante y aumentó el poder de su armadura, que creció hasta duplicar su tamaño inicial.

—¡Ataca con todo lo que tengas! —gritó eufórico.

Era inútil, Gero no podía oírlo con la ventisca, pero nacía de su excitación al enfrentarse a un ataque tan elaborado. Golpeó sus puños y arqueó las piernas para recibir el impacto.

Mientras tanto, se había formado un gigantesco vórtice lleno de carámbanos de hielo que rotaban alrededor de una figura que se movía hacia Fled. Cuando esta se situó justo encima del joven mago, comenzó a caer en picado junto con aquella tormenta que había creado.

Fled no tardó en reaccionar, creó cientos de enormes estacas de metal y las lanzó al aire. Estas atravesaron el vórtice y arrasaron con todo lo que había en su interior en un estallido.

La nieve que se había acumulado en el cielo cayó sobre Fled y su armadura. Este miraba a su alrededor buscando su adversario, pero, para su sorpresa, descubrió que Gero no estaba por ninguna parte. La figura que había en el cielo solo había sido una copia fabricada de hielo.

Al entender que había sido solo un truco, Fled trató de apartarse la nieve de encima. Sin embargo, Gero fue más rápido y se abalanzó sobre su adversario lanzando varios sellos que compactaron la nieve que lo cubría convirtiéndola en un gigantesco bloque de hielo.

—¡Ha funcionado! —rugió Gero aliviado. Se había ocultado aprovechando la ventisca cerca de la posición donde estaba Fled y todo había salido según lo planeado. Su adversario estaba atrapado, solo tenía que rematarlo.

Sin embargo, el bloque empezó a crujir a medida que Fled trataba de romperlo desde el interior. Gero empezó a lanzar sellos como loco tratando de endurecer el hielo lo máximo posible. Sin embargo, había gastado buena parte de su poder en crear esa distracción y comenzó a sentir el cansancio. Tras generar tanta magia, su reserva estaba casi agotada y producir tantos sellos le empezó a dificultar pensar con claridad. Estaba aturdido y le costaba enfocar la vista. Entendió que no podría contenerlo durante mucho tiempo y decidió arriesgarse.

Dejó de endurecer el hielo y rezó porque aguantase lo suficiente mientras preparaba el sello más complejo del libro de su padre y el más poderoso: un sello capaz de crear una explosión al activarse. Requería tiempo crearlo y cuanto más grande fuese el sello, más poderosa sería la explosión.

Las grietas se acumulaban y él se afanaba por terminarlo. Todavía no lo dominaba del todo, por lo que no sabía si funcionaría. No obstante, era su única opción, o al menos, la única que se le había ocurrido para vencer. La forma de combatir que le había enseñado su padre no destacaba por su potencia y este no era el momento de ser sutil. Con esa armadura, cualquiera de los ataques que había aprendido hasta la fecha serían inútiles, era su única opción de acabar el combate antes de caer agotado.

De pronto, escuchó un rugido y el bloque estalló en mil pedazos. «Mierda, demasiado pronto». La distracción provocó que el sello se rompiese y uno de los bloques de hielo se estrelló contra él y le destrozó el cráneo en el acto.

Gritó mientras se incorporaba con una jaqueca monumental que desapareció en unos segundos. A su alrededor, Fled, Sara y Pierel lo miraban con curiosidad.

—¿Estás bien? —preguntó Fled mientras le ofrecía la mano para ayudarle a incorporarse.

Gero lo miró extrañado. Habían vuelto al anfiteatro y había perdido el combate. Es más, todo había pasado tan deprisa que se sintió avergonzado. Se echó la mano a la cabeza, estaba perfectamente. Agarró la mano de Fled con reticencia y este, para su sorpresa, le ayudó a levantarse.

—Ha sido un gran combate —declaró el joven. Su actitud era mucho más respetuosa que antes—. Siento lo de antes.

Miró a Sara pidiendo una explicación, esta solo se encogió de hombros. Debía ser el único gesto que sabía hacer cuando no tenía la respuesta a algo.

—Ha sido una gran victoria —admitió Gero sin saber qué esperar—. No era un escenario que te fuera favorable.

—¿Ese sello que estabas creando al final…?

—Si lo hubiese acabado, tal vez hubiera podido hacer estallar tu armadura —confesó él. Medía sus palabras sin confiar excesivamente en el nuevo comportamiento de Fled. Su instinto no le permitía hacerlo—. Bueno, en teoría. La verdad es que todavía no lo domino mucho.

—Fascinante —respondió el joven noble entusiasmado—. La próxima vez me gustaría verlo.

Sonrió, se despidió y se marchó con Pierel. Gero y Sara se quedaron atónitos viéndolos irse.

—Esta academia está llena de trastornados —susurró Gero—. ¿Qué narices le ha dado a este ahora?

Sara rio y agarró la cabeza de Gero para comprobar la zona del impacto.

—En este mundo, la fuerza lo es todo —respondió ella con una sonrisa—. Creo que acaba de aceptar la tuya.

—¿Está todo en su sitio? —preguntó él.

—No tienes ni un rasguño —declaró ella—. El poder de estos menhires es fascinante, deberías estar muerto. Tendrías que haber visto cómo estallaba tu cabeza.

Se dio cuenta de que no se lo había imaginado. El artefacto lo había sacado del recinto al recibir un golpe mortal y había salido indemne. Era incluso más poderoso que la sala de los guardianes, que no podía curar heridas mortales. Sintió curiosidad por saber cómo se creaban, ya que para él era evidente que algo así no surgía de la naturaleza.

«Me preguntó si uno de los secretos de la torre será cómo crearlos».

28. JADEA

Jadea viajaba con cinco de sus generales; los demás se habían desviado para reunirse con sus respectivos batallones. Se dirigían a las ruinas de Maom, el lugar más cercano al valle que cruzaba entre los reinos Auten y Dierin y donde se reuniría el ejército antes de marchar hacia Novanta.

—Odio tener que viajar así —gruñó Jadea—. Soy la reina de estas tierras, no debería viajar como un maldito bandido.

Había accedido a ocultar su identidad durante el viaje tras la insistencia de sus generales. A pesar del poder que sustentaban entre los seis, Jadea se había ganado muchos enemigos poderosos que se ocultaban en el reino y que no debían ser subestimados.

Viajaban en caythir, unas bestias con forma de caballo, las mejores monturas que existían y que solo se podían comprar en Auten. Dicho reino los vendía castrados para monopolizar su venta, pero ella se había adueñado de unos cuantos fértiles de forma poco lícita y disponía de una pequeña manada oculta en el territorio al sur de Fienar. Eran un poco más grandes que los caballos de monta, pero carecían de pelo y estaban cubiertos de escamas azuladas, haciendo que montarlos sin sillín fuera casi imposible.

Podían viajar a grandes velocidades y durante horas sin cansarse. Normalmente era el jinete el que debía parar a descansar. Eso les había permitido cruzar el reino en solo diez días. Además, su dura piel hacía que no fuera necesario colocarles armadura para prepararlos para el combate. Aunque apenas tenía medio centenar de ellos, en unas cuantas décadas se convertirían en un recurso militar y económico extraordinario.

En esos momentos, habían parado para que sus monturas pastaran por los fértiles bosques de Dierin. En la lejanía, se apreciaba la montaña sobre la cual se erigía la antigua ciudad de Maom. Esta había sido arrasada durante la guerra contra el Rey Demonio y no había sido reconstruida. Jadea lo había intentado, pero Feliseo había sido muy estricto en ese sentido. Construir una ciudad en Dierin tan cerca del valle solo beneficiaría a los rebeldes si lograban hacerse con ella. Prefería fortalecer la ciudad fronteriza. Jadea sonrió por lo irónico que resultaba que el estúpido rey de Auten hubiese perdido ahora Novanta.

—Mi reina, es por su seguridad —apaciguó Erack, el mago bajito y gordo—. Además, ya casi hemos llegado.

Era el único que se mantenía junto a Jadea en todo momento. A pesar de su aspecto, no debía ser menospreciado, pues era el más poderoso de sus generales. Los demás habían formado un perímetro a su alrededor mientras esperaban a que las bestias terminaran de comer. Una ventaja de Dierin era que todo el terreno era fértil y los caythirs podían alimentarse solos por el camino sin necesidad de tener que transportar grandes cantidades de comida con ellos.

—Lo sé, lo sé —refunfuñó mientras se cepillaba el pelo. A pesar del ritmo del viaje, trataba de mantener su aspecto lo más cuidado posible. Todos debían percibir su perfección en todos los sentidos—. ¿Llegaremos antes del anochecer?

Empezaba a irritarle la presencia de Erack. Era su hombre de mayor confianza, pero todo en él le resultaba desagradable. Se arrepintió de no haber llevado con ella al musculoso general sin camiseta.

«Ese sí que habría sido una buena compañía».

Los otros generales eran una maga, un mago y un par de guerreros de sangre. Le resultaban demasiado serios para su gusto, por lo que estaba deseando llegar a Novanta, el viaje se le estaba haciendo eterno.

—Así es —aseguró él.

—Necesitamos saber cuanto antes lo que está pasando al otro lado del valle. Si llegamos tarde, habremos hecho el viaje para nada.

—Lo último que sabemos es que las tropas que se desplazaban desde el sur tardarían aún más de una semana en llegar hasta la ciudad. Creo que podremos estar allí antes que ellos si no se adelantan.

Jadea dejó de cepillarse el pelo y se acercó un par de pasos hacia Erack.

—Tendrá que ser así —declaró—. Aunque tal vez tengamos que enviar una avanzadilla con parte de nuestras tropas. No queremos llegar al mismo tiempo que ellos o tendremos problemas con las negociaciones.

—Tiene razón, mi reina —respondió Erack bajando la cabeza en señal de sumisión.

«Mi reina…». Jadea se regodeaba cada vez que lo escuchaba, lo había logrado. Cada árbol, planta, animal o persona en ese reino le debían su existencia.

—Continuemos, creo que ya habéis descansado lo suficiente.

Los magos presentes se miraron agotados y ella sonrió. Estaba cansada, pero no debía mostrar debilidad. Había tenido el mismo viaje que ellos, pero ella se esforzaba por parecer completamente descansada en todo momento. Una reina debía ser fuerte, sobre todo al empezar su reinado.

Jadea montó su caythir y arrancó al galope. Los demás la siguieron sin rechistar. Cuando llegaron al campamento, estaba empezando a anochecer y el olor de las hogueras recién encendidas llenaba el ambiente. Las tropas habían acampado entre las ruinas de la ciudad y aprovechaban partes de la destrozada muralla para apostar centinelas. No era la ubicación más segura, pero al menos no les podrían atacar por sorpresa.

Maom fue construida sobre una colina desde la que se podía observar todo el territorio a su alrededor. La cordillera Sgonna se alzaba acechante al fondo y lo que una vez fueron campos de cultivo habían sido abandonados y estaban siendo poco a poco invadidos por la maleza que cubría la mayor parte del territorio de Dierin.

Cuando las monturas se detuvieron, todos los presentes, a excepción de aquellos que hacían guardia, se habían levantado y hacían una respetuosa reverencia inclinando la cabeza hacia delante. Solo se escuchaba el chisporroteo de las hogueras, haciendo de la llegada de Jadea una entrada triunfal.

Comenzó su discurso. El momento lo merecía y a ella no le gustaba desaprovechar las oportunidades. Sacó un artefacto amplificador de voz. No se bajó de su montura; los caythir imponían y eso le daba más fuerza a su intervención. Los detalles eran importantes.

—Todos los aquí presentes formarán parte de un momento histórico. —Su voz retumbó por toda la ciudad—. La mayoría de vosotros pertenecisteis un día a Auten. Os he reunido con una misión de gran importancia, pero sé que no todos estaréis conformes con ello.

Jadea respiró hondo. Había ensayado este discurso cientos de veces, pero era un momento crítico para el futuro de su reino. A la mayoría de su ejército la tenía vigilando ciudades y caminos, enfrentándose a rebeldes y, en definitiva, protegiendo Dierin. Sin embargo, a los batallones que la

acompañasen a Novanta les pedía enfrentarse a lo que una vez fue su reino. Debía elegir muy bien sus palabras.

—Veo caras que han presenciado demasiadas batallas en los últimos años. Han sido batallas por saquear un reino devastado por la guerra y que han recibido muy poco a cambio.

Algunos fruncieron el ceño, pero nadie dijo nada. Estaban bien entrenados. Sus generales habían sido elegidos cuidadosamente por su lealtad a ella y por su capacidad de liderazgo. Los otros reinos no lo entendían, pero ella sí. Otros reinos elegían líderes fuertes y ella entendía que eso era importante, pero no era lo único que importaba. Cada general era poderoso, pero también había elegido a grandes estrategas, carismáticos y respetados por sus hombres. Los rostros serios que tenía delante eran el resultado de sus esfuerzos, disciplina, orden y lealtad hacia ella.

—Eso se acaba aquí y ahora —anunció—. Tras más de una década luchando por someter estas tierras y muriendo en el intento, el rey Feliseo nos ha pedido que vayamos a morir a Novanta. Quiere que ataquemos el lado este para que ellos puedan conquistar la ciudad mientras las defensas se concentran en matarnos.

La lealtad que le tenían le permitía tomarse algunas licencias en la narración para fortalecer sus argumentos. Al fin empezó a escuchar murmullos de desaprobación. Nadie lo hacía en alto, pero no tardarían en hacerlo. Quería incendiar su ira. Hacerles odiar al reino que los envió a unas tierras lejanas sin previsión de volver.

—Aquí y ahora os digo que eso se acabó —repitió—. No voy a ver cómo ninguno de vosotros cae por una guerra que no es la vuestra. Ya habéis luchado bastante para que ellos vivan sus cómodas vidas al otro lado de esa cordillera. Esta tierra nos pertenece, fuimos nosotros quienes la conquistamos.

Jadea miraba a los presentes y se deleitaba viendo cómo sus muecas cambiaban. Odio, sorpresa, anticipación o incluso alguna sonrisa siniestra.

—Ante todos vosotros, declaro Dierin nuestra y no permitiré que nadie nos la arrebate. Sin embargo, para que eso suceda, el paso entre ambos reinos debe ser protegido. Marcharemos hacia Novanta y defenderemos esa posición.

—¡Vas a hacer que nos maten a todos! —gritó alguien entre la multitud.

Aquello desató una oleada de quejas y discusiones entre las tropas. Era de esperar, aunque le habría gustado no tener que llegar a ese punto. No le gustaba la solución que debía tomar para que la siguieran, pero estaba preparada para ello. Estaba preparada para hacer lo que hiciese falta.

Se bajó del caythir y caminó buscando a aquel que la había interrumpido. Sus acompañantes hicieron amago de desmontar, pero ella se lo impidió con un gesto con la mano. Erack fue a protestar, estaba sudando, pero ella no se lo permitió.

Caminó sola entre miles de soldados armados. Estaba inquieta, pero no lo mostraba. Tener plena confianza era indispensable para que lo que iba a hacer funcionase. Sabía que estos hombres estaban cansados de discursos. Los actos eran lo único que importaba.

Se colocó frente al hombre que había gritado. Un hombre bien afeitado, con varias cicatrices en rostro y brazos y que le faltaba un ojo. Era un guerrero de sangre, la armadura de los guerreros de sangre era idéntica a la de los soldados normales, pero estos llevaban cosido un círculo rojo en el corazón. Jadea no estaba conforme con eso porque alertaba al enemigo, pero había ciertas costumbres que eran difíciles de eliminar. Todo aquel que tenía ese círculo lo lucía con orgullo.

Jadea se acercó a él. El hombre portaba en el cinturón una espada y una daga. Le agarró la daga en un rápido movimiento y este dio un par de pasos atrás asustado. Todos los presentes se sobresaltaron pensando que se la iba a clavar. El hombre se llevó la mano a la espada por intuición.

—Es una buena daga —dijo Jadea, todavía asegurándose de que su voz fuese amplificada.

Hizo algunos movimientos rápidos para comprobar el equilibrio del arma. No tenía ninguna decoración y el mango estaba desgastado, pero estaba muy bien forjada, a diferencia de las armas de las que le había suministrado Auten para la invasión. Debía haberla comprado en algún mercado local. No le gustaba que su ejército tuviera que recurrir a eso, pero había desviado muchos de los fondos destinados al ejército para financiar su futuro gobierno. Además, también le había venido bien para alimentar el odio de sus tropas hacia Feliseo.

Cuando terminó de probar el arma, le dio la vuelta en un rápido gesto y le ofreció el mango al soldado.

—Soy la razón de esta rebelión. Me niego a que sigamos siendo los perros de Auten y pongo en tu mano la oportunidad de acabar con todo esto. Si me matas, serás un héroe del que se hablará durante unos minutos en algún baile entre los nobles de la capital. Después serás olvidado, como pasa con todos los que mueren en este lado de la cordillera.

Se dio la vuelta y le dio la espalda. En el rostro mostraba plena confianza en lo que estaba haciendo. Todos la observaban atónitos sin entender por qué estaba haciendo eso.

Pasaron los segundos y no sucedió nada. Ella esperó un poco más, necesitaba crear más expectación. Ese era el plan y por fin sucedió lo que quería. Sonaron algunas expresiones de asombro y ella se volteó para ver al hombre al que le había dado el poder de matarla.

Este había vuelto a enfundar su arma y había hincado la rodilla en señal de lealtad. Un gesto muy propio de la gente de Auten, aunque a ella no le disgustaba. La sumisión era el camino que seguir de los siervos de una reina.

—Si alguno más está dispuesto, que dé un paso adelante —gritó. Esta vez se había olvidado de usar el amplificador, pero su voz sonó casi tan alta como cuando lo estaba usando.

Nadie lo hizo. Todos agacharon la cabeza aceptando su nuevo destino. Al fin y al cabo, ella había dirigido ese ejército durante años. Ese acto de valor era el último paso para convencerles de su determinación.

—Esta noche, abandonar el ejército no será considerado desertar. Sin embargo, a partir de mañana, todo aquel que no me sea leal se considerará un enemigo para el reino y será tratado como tal. No perseguiremos a los desertores, pero serán considerados enemigos si se cruzan en nuestro camino. —Mantuvo un instante la mirada a sus tropas, sin parpadear y mostrando absoluta confianza en sus palabras—. Podéis descansar.

Sabía que muy pocos se marcharían, pero quería reducir en la medida de lo posible la cantidad de enemigos que quedarían entre sus filas. Se volvió a reunir con sus generales y se montó sobre su caythir para dirigirse a la zona destinada para ellos. Todavía tenía mucho trabajo, esas tropas llevaban un mes sin sus generales y también tenía que organizar el traslado a Novanta. Mensajeros de todos los batallones debían de estar esperándoles para darles información de la situación. A Jadea le producía migraña solo pensar en todo lo que le quedaba por hacer a pesar de llevar todo el día cabalgando.

Erack se le acercó por el lateral, estaba completamente pálido.

—Buen trabajo —le dijo Jadea—. Tu hombre ha desempeñado un papel excelente, creo que se lo han creido todos.

—Mi reina… —susurró él aterrado—. Ese no era mi hombre.

29. TEILAN

La ciudad de Rinea se alzaba majestuosa ante Teilan y Owen, llena de enormes edificios de madera de una belleza indescriptible. Lucían inmensos tejados inclinados de tejas negras que acababan en aleros soportados con grandes vigas y pilares, rematadas con intrincados tallados decorativos.

Entraron por un puente que daba acceso a un portón de la muralla de roca que protegía la ciudad. No era un muro excesivamente alto, pero era considerablemente grueso y estaba coronado con tejas. Los muros eran blancos y estaban bien cuidados, resultaba bastante llamativo considerando a lo que estaban acostumbrados desde que estaban en Dierin.

Llovía, aunque eso era habitual en todo el reino. Tampoco se quejaban por ello, venía bien para poder ocultar sus rostros con una capucha. Viajar se estaba volviendo peligroso, más de lo habitual.

Los rumores de un joven que había heredado los poderes del Rey Demonio se habían extendido. Tras lo que sucedió, las tropas de Jadea Norma apostadas cerca de la aldea comenzaron a investigar los caminos en busca de un par de hombres con su descripción. Teilan y Owen decidieron darse prisa en alejarse y, aunque evitaban los caminos principales, en más de una ocasión se toparon con alguna patrulla que tuvieron que matar y ocultar.

Por suerte para ellos, la situación en el reino era bastante inestable. Las noticias de que la regenta se había autodeclarado reina y estaba tomando el control de Dierin a la fuerza se habían extendido. Muchos soldados habían desertado sus puestos para volver a sus hogares, por lo que la gente no buscaba excesivamente los cadáveres de aquellos a los que mataban. Asumían que se habían marchado sin avisar.

A los pocos días de partir de la aldea, descubrieron que Kalahar había sobrevivido y que habían matado a todos los ciudadanos de la aldea para evitar que los rumores se extendieran más. Aquello tuvo el efecto contrario y allá donde fuesen, la gente hablaba sobre un joven que liberaría al pueblo de los demonios. Hablaban del verdadero rey de Dierin.

—¿Nadie vigila? —preguntó Teilan al entrar.

Nadie los detuvo en la entrada para comprobar su origen. Ni siquiera había guardias custodiando el portón. La gente entraba y salía sin problema.

—La ciudad tiene dos murallas —explicó Owen—. La parte exterior de la ciudad es donde vive la gente corriente. Imagino que la parte vigilada será la parte interior.

—¿Pero ni un solo guardia? —se extrañó Teilan—. ¿Es eso normal?

El cazarrecompensas negó con la cabeza. Observaba atento a su alrededor y recelaba de todo aquel que se les acercaba. Allí, los rumores habían llegado, pero solo se consideraban historias inventadas. No obstante, él nunca bajaba la guardia.

Muchos comerciantes se apresuraban a entrar en la ciudad. Se acercaba la noche y nadie quería quedarse fuera en un día lluvioso. Las ciudades con muralla cerraban sus puertas al ocaso y no las volvían a abrir hasta el amanecer.

Continuaron caminando por los suelos empedrados. Rinea estaba construida sobre una montaña, por lo que nada más entrar por el portón exterior, se veía una gigantesca avenida que subía hasta el

siguiente portón que delimitaba la zona de los ricos de la zona de los pobres. Era una ciudad inmensa, al menos eso pensó Teilan.

«¿Cuánta gente vivirá aquí?», se preguntó.

Desde donde estaban, se podía ver el castillo en el centro de la montaña. Se erigía glorioso sobre toda la ciudad, vigilándola. Una estructura gigantesca con paredes blancas que se alzaba sobre unas altas fundaciones de piedra. Los tejados verdosos decorados de figuras doradas resaltaban a causa de las limpias fachadas, incluso bajo la lluvia.

Teilan se quedó un instante parado, eclipsado por la belleza del lugar. A su alrededor, la actividad era frenética. Comerciantes y viajeros se afanaban por entrar. El crujido de las ruedas de madera de los carros, el bullicio de la gente y el olor de los puestos de venta le recordaron a Novanta.

—Vamos —susurró Owen—. No te quedes en la entrada. Es sospechoso.

—¿Dónde vamos? —preguntó Teilan.

—Aprovechemos que no hemos tenido problemas para entrar en la ciudad y busquemos un lugar donde dormir.

Subieron por la avenida principal y se pararon en cada callejón para buscar alguna taberna que tuviese espacio libre. Los callejones eran estrechos y rebosaban de vida. Estaban llenos de minúsculos restaurantes envueltos en el humo de las parrillas y la gente comía sentada en la calle, protegidos por pequeños toldos para evitar mojarse.

Finalmente, sin necesidad de buscar mucho, encontraron una posada donde podían quedarse a dormir. Dejaron sus cosas y, bajo insistencia de Teilan, salieron a la calle a investigar la ciudad. Ya había anochecido y las calles eran iluminadas por faroles que contenían velas que habían tenido que encender una a una. Le pareció un despilfarro en una ciudad tan grande. No era necesario tanta iluminación, se podría ver perfectamente con la mitad de ellas. Incluso el castillo, con su gigantesco tamaño, se podía ver gracias a una infinidad de faroles que alumbraban su fachada con su luz anaranjada.

—¿Quién vive ahí? —preguntó Teilan.

—Antes de la guerra contra el Rey Demonio, ese castillo pertenecía al clan Khar —susurró Owen —. Rinea fue una ciudad importante por su acceso al río y por tener el único puente hacia el norte. Fueron los que más duraron el asedio de los ejércitos de Jadea Norma tras la caída del rey. Fue una auténtica pena lo que les pasó.

—¿Qué pasó? —insistió Teilan.

—Cuando el ejército de Jadea llegó a la ciudad, se atrincheraron en el castillo junto a los pocos que no huyeron —explicó Owen—, preparados para un ataque que nunca llegó. Cuando el hambre los llevó casi a la muerte, fueron entregados por sus hombres a cambio de un trato. A aquellos que hicieron el trato se les permitió huir hacia el norte.

—¡Eso es horrible! —se horrorizó Teilan.

—No llegaron muy lejos —añadió—. Los mataron a todos en Mazorg por traidores.

—¿Mazorg?

—Más al norte de Rinea hay tres ciudades: Mazorg, Terade y la ciudad fronteriza Jamena. Cayeron poco después a manos de Jadea Norma.

—¿Controla todo Dierin? —preguntó Teilan.

—Prácticamente. La única excepción son las zonas pantanosas al este de Dierin. Pero ese territorio tiene poco valor y Jadea no parece interesada en enfrentarse a los habitantes de las aldeas perdidas.

Teilan fue a preguntarle más. Sin embargo, el olor a carne asada y humo de leña los azotó al pasar por un callejón. Estaba iluminado por farolillos y lleno de gente. A Teilan le sorprendió la cantidad de hombres y mujeres libres que había en esa ciudad a pesar de ser todos demonios. Era muy distinto a la situación en las pequeñas aldeas.

Entraron en la calle y se acercaron al local que desprendía el delicioso aroma. Al entrar, el calor de una docena de piedras incandescentes que usaban para cocinar los dejó conmocionados. La gente se sentaba alrededor de mesas y en el centro, se cocinaban finas lonchas de carne, lo que provocaba que se les hiciera la boca agua.

Un par de camareros se acercaron velozmente al verlos entrar y no tardaron en sentarlos en una mesa junto a una ventana.

—¿Esto no será muy caro? —preguntó Teilan.

Los comensales no parecían gente corriente. Incluso había algún militar entre ellos que hizo que Teilan se tensase. Tal vez se habían metido en la boca del lobo sin darse ni cuenta.

—Estamos en el lugar más seguro de la ciudad —susurró Owen—. No esperarían que dos fugitivos se sentasen tan tranquilos a comer con ellos.

Ambos rieron y pidieron que les sirviesen lo mismo que a las otras mesas, añadiendo una botella de licor de arroz. Teilan se había aficionado al licor que servían en aquellas tierras. Su sabor suave y dulce le resultaba agradable al paladar frente a los fuertes licores a los que estaban acostumbrados en Auten.

Se quitó la capucha para comer, había recuperado algo de peso desde que había dejado de usar el poder del espectro, pero seguía estando considerablemente delgado. Lucía una barba morena que le hacía parecer mayor y disimulaba su delgadez. Además, llevaba el pelo largo, que le llegaba de forma desaliñada hasta los hombros.

—¿Cómo puede estar la ciudad tan desarrollada? —preguntó entonces Teilan—. Es tan distinto a todo lo que hemos visto…

—Un reino no puede subsistir solo traficando con personas —explicó—. Muchos nobles de los otros reinos vinieron a hacer fortuna y decidieron invertir en algunas ciudades para reconstruirlas y desarrollarlas. Principalmente, Fienar y Rinea. El resto son una pobre sombra de lo que fueron y tardarán muchos más años en recuperarse.

Teilan asentía interesado. Todo aquello relacionado con su reino lo hacía. Tras ver que Owen no parecía interesado en continuar con la lección de historia, se centró en lo que realmente importaba en esos momentos.

—¿Cuál es el plan? —preguntó. Estaban dentro de la ciudad, pero eso solo era una parada más en el camino.

Estaban en una mesa apartada para evitar que alguien los pudiera escuchar. La mayoría de los comensales estaban bastante borrachos y eran bastante ruidosos, por lo que podían hablar con relativa tranquilidad sabiendo que nadie les estaba prestando atención.

—Necesito comprar un par de cosas antes de partir. Tendremos unos seis días de viaje una vez crucemos el río hasta la siguiente ciudad —expuso Owen—. Tal vez más si nos encontramos con algún problema por el camino. Parece que te estás haciendo famoso por la zona.

Teilan bufó. Estaba furioso por las muertes de esa pobre gente y se sentía culpable. Si ellos no hubiesen aparecido allí, habrían seguido con sus vidas. Tal vez eran vidas duras y humillantes, pero al menos habrían seguido viviendo. No se salvó nadie, ni siquiera los niños.

—Algún día daré caza a tu amigo —gruñó Teilan.

—De ese me encargaré yo.

Aquello no fue solo un comentario, fue una promesa. Owen solía parecer tranquilo y amistoso, pero había vivido mucho y mostraba de tanto en tanto un carácter oscuro. Era difícil saber si era el espectro o su propia naturaleza sin haberle conocido de antes, pero Teilan estaba convencido de que eso era un rasgo de su carácter anterior a su experiencia con el duque.

Mientras comían y bebían, siguieron comentando acerca de sus planes de futuro. Debían seguir hacia el norte, hacia donde se había originado todo. Tal vez fuese en vano y no encontrasen nada, pero era el único plan que tenían.

—Esta carne está riquísima. —Teilan tenía los carrillos llenos y apenas se le entendía al hablar—. Tenemos que volver a este sitio la próxima vez que estemos en esta ciudad.

Sin embargo, Owen no le hizo caso y tenía la mirada fija en la ventana. Teilan hizo amago de llamar su atención de nuevo, pero este le hizo un gesto para que callase. Entonces se dio cuenta de que algo sucedía.

—¿Qué pasa? —Se asomó por la ventana, pero no veía nada.

Se oía ruido de fondo, parecían disturbios. De pronto, un soldado irrumpió en el restaurante, cubierto de sangre y polvo.

—¡Coronel! —gritó—. La ciudad está siendo atacada.

«¿Hay un coronel aquí?», dudó Teilan. Estos estaban justo por debajo de los generales y algunos podían llegar a ser incluso tan fuertes como uno. Al menos, eso había oído.

—¡¿Cómo es posible?! —Un hombre de mediana edad que hasta el momento parecía estar completamente borracho se levantó de un salto—. ¡Todos fuera! Prepárense para luchar.

Todavía con la cara enrojecida por el alcohol, se concentraba en dar órdenes a sus soldados. Sin embargo, algo les pasaba. Sus movimientos eran lentos y a algunos incluso parecía costarles levantarse.

—Han echado algún somnífero al licor —gruñó Owen.

Teilan, al ver lo que sucedía, se percató de que tenía un cosquilleo en las extremidades. Por suerte, acababan de empezar a beber y parecía una droga muy suave. Alguien quería asegurarse de no ser descubierto, le bastaba con entumecer los sentidos de estos hombres. Esto no eran simples disturbios, era un ataque organizado.

—Los civiles y aquellos que no puedan dirigir a sus hombres que se queden aquí dentro. Retened al servicio, alguno de ellos está con el enemigo. —El hombre seguía dando órdenes, parecía que se despejaba conforme hablaba, tenía una tenacidad increíble—. Los demás, acompañadme fuera, hay que organizar a las tropas.

—Es un guerrero de sangre —susurró Owen—. Por eso se está despejando tan deprisa. ¿Cómo vas tú?

Teilan abrió y cerró la mano. Estaban ligeramente dormidas, pero recuperaba el tacto rápidamente.

—Dame un par de minutos —aseguró—. ¿Tú?

—Estoy bien. No parece afectarme.

«Los malditos de Ieralia son criaturas de lo más extrañas», pensó Teilan. Incluso él, a pesar de ser medio demonio y medio espectro, notaba los efectos de ese somnífero y, sin embargo, Owen había bebido considerablemente más que él.

—¿Qué hacemos? —preguntó entonces Owen.

—¿A qué te refieres?

—Estas personas dirigirán las tropas contra la revuelta de demonios.

Teilan no necesitó más para saber lo que estaba sugiriendo. Los militares estaban buscando sus armas, todavía no habían salido del local. Teilan agarró su bastón y saltó hacia ellos. En el aire, lo convirtió en una espada corta, adecuada para el espacio reducido en el que estaban. La ventaja de su arma era que podía adaptarla a cada situación. La convirtió en una espada tan afilada que cualquier otra arma se rompería al tratar de forjarla así. Sin embargo, esta no se rompía, ni siquiera se mellaba al golpear con ella.

Conforme cayó, le clavó la espada en el pecho a un hombre y lanzó un orbe de fuego rojo que hizo explotar a otro. Había aprendido la lección de no llamar la atención con sus llamas negras. Recuperó la espada, se agachó justo a tiempo para evitar que un atacante le degollase y rodó por el suelo por debajo de una mesa para salir por el otro lado.

Owen no necesitó sacar ningún arma. Sus manos se convirtieron en garras, parecía un animal salvaje clavándolas y desgarrando a todo aquel al que se acercaba. Mientras lo hacía se dirigió a la entrada a bloquearla y así evitar que saliese o entrase nadie.

Teilan trató de alcanzar al coronel que daba las órdenes. Sin embargo, eran todos soldados bien entrenados y a pesar del entumecimiento, reaccionaron rápidamente. Formaron una línea entre él y el coronel. Este no desenfundó su espada, demasiado larga para usar en un recinto cerrado. Agarró dos grandes cuchillos de cocina que había sobre su mesa.

Teilan lanzó un espadazo contra el primer hombre que se le puso delante. El ataque fue bloqueado con facilidad y el militar contraatacó con un golpe en las costillas con el mango haciéndole retroceder varios pasos. Sintió un dolor sordo donde había recibido el golpe. Si no le había roto algún hueso, había faltado poco.

Su cuerpo era más fuerte que el de una persona normal a pesar del aspecto tan débil que tenía gracias a ser un demonio dragón. Si despertaba la bestia, incluso podría superar con facilidad a un guerrero de sangre, pero Grogo le había disuadido de intentarlo. La sangre de bestia de un demonio imperial despertaría con el tiempo de todos modos y adelantarlo solo aumentaría las probabilidades de fracasar en conservar su humanidad durante la transición, por lo que en esos momentos, su fuerza, agilidad y habilidad estaban muy por debajo de casi cualquier guerrero de sangre.

—¡Maldición! —gritó Teilan—. ¡Son fuertes! Ten cuidado.

Lamentó no haber practicado más con su arma espiritual o sus conjuros. Se había obsesionado demasiado en dominar el poder del espectro y ahora estaba pagando las consecuencias de descuidar su instrucción como mago. Entendió enseguida que tenía delante a altos cargos del ejército y cada uno de ellos era un mago o un guerrero de sangre poderoso. Debía estar alerta o lo pagaría caro.

Teilan apuntó con la palma de la mano y una gigantesca llamarada salió hacia el grupo de soldados. De entre las filas, una mujer se adelantó e hizo aparecer un muro de piedra que detuvo el ataque de Teilan. Este lo rodeó aprovechando la confusión generada por las llamas que se dispersaban en todas las direcciones y, transformando la espada en una lanza, punzó el cuello de uno de sus adversarios.

«Uno menos».

Acto seguido, volvió a transformar el arma y lo convirtió en un cuchillo. Su siguiente contrincante había sacado su mandoble al ser lo único que tenía a mano, pero era un arma demasiado lenta y aparatosa para enfrentarse a Teilan a esa distancia.

El joven hizo un rápido movimiento para tratar de alcanzar a su adversario con el cuchillo, pero los reflejos de un guerrero de sangre no eran algo que debía subestimar y le esquivó con facilidad soltando su arma y apartándose hacia atrás.

Teilan incendió su arma alargando el filo con llamas tan intensas que tenían un color blanquecino y deslumbrante. El hombre, al no esperárselo, recibió el arma en el costado. Las llamas le abrasaron todo ese lado del cuerpo y cayó al suelo. No lo mató en el momento, pero la herida era lo suficientemente grave como para que dejase de ser una amenaza.

Se giró para atacar al siguiente, que levantó la mano y lanzó un vendaval contra Teilan que hizo que saliese por los aires. Voló varios metros hasta chocar de forma escandalosa contra una alacena llena de vasos. El estallido hizo que Owen se girara. Este estaba cubierto de sangre de aquellos que habían intentado huir.

Teilan se levantó dolorido. Tenía algunos cortes en los brazos, pero le había dado tiempo a protegerse la cara y el cuello. La ira se acumulaba en su interior y Tei pugnaba por salir, notaba cómo se retorcía en su interior. Su cara comenzó a desencajarse.

—¡No lo hagas! —gritó Owen sin parar de pelear. Su voz sonó ronca e inhumana. Su piel había empezado a tornarse de un color grisáceo con costras y estaba cubierta de símbolos que brillaban amarillentos con luz propia. Estaba rodeado de cadáveres y los pisaba para llegar a su siguiente víctima—. ¡Puedes hacerlo solo!

Aquello ayudó a que Teilan a tranquilizarse. Seguía sintiendo la ira, pero no se apoderaba de él. La estaba controlando. Miró a sus contrincantes. Quedaban el coronel, un mago de tierra, un mago de aire y tres guerreros de sangre. El resto parecían soldados corrientes por sus rostros de pánico. Owen se limitó a esperar en la puerta, dándole a entender que era su responsabilidad acabar con ellos.

Lanzó un conjuro de oscuridad que sumió en tinieblas el lugar.

—¡Levanta un muro! —gritó el coronel sin perder la calma.

La maga de tierra levantó un domo que protegió al grupo. Era una maga hábil, iba a dar problemas. Teilan aprovechó y terminó de matar a los soldados presentes lanzando orbes de fuego. Masacró a todos los presentes que habían quedado fuera del domo, incluso a aquellos que estaban escondiéndose bajo las mesas, y lo hizo sin dudar. No podía permitirse un ataque desde un ángulo muerto por alguien que hubiera considerado inofensivo.

Una vez terminó, se acercó al muro. Miró a Owen, este había salido a la calle y ahora atacaba a los soldados que había fuera. No parecía interesado en lo que sucediese dentro del restaurante.

Teilan cubrió de llamas la cúpula. Sabía que el calor los haría salir y en apenas unos segundos, así fue. Para su sorpresa, al bajar el muro el coronel se lanzó contra él. No podía ver; sin embargo, su primer ataque pasó peligrosamente cerca.

«¡Es rápido!», pensó asustado.

—Te vas a enterar, maldito cobarde —gritó el coronel.

Si no fuera porque no podía ver debido a la zona de tinieblas que Teilan había creado, el joven estaba convencido de que ya estaría muerto. Aunque no fuera un mago como los otros dos, se notaba que era con diferencia el más fuerte del grupo y parecía intuir dónde se encontraba Teilan en cada momento.

Este retrocedía intentando apartarse lo más rápido que podía, pero aun así un cuchillazo le alcanzó el brazo y cayó de espaldas. Eso le hizo perder la concentración y su conjuro de oscuridad

desapareció, dejándole al descubierto. El coronel aprovechó para intentar rematarlo, pero Teilan se envolvió en llamas negras.

Las llamas alcanzaron su mano y este gritó dolorido mientras trataba de apagarlas a golpes. El fuego consumió rápidamente la piel y siguió quemando la carne a continuación. Teilan se apartó arrastrándose aterrado, consciente de lo cerca que había estado de morir y sin perder de vista al resto de adversarios que se preparaban para unirse al combate.

El coronel, al ver que las llamas no se apagaban, no dudó y puso la mano sobre la mesa para cortarla con un único golpe seco con el cuchillo que tenía en la otra mano.

—¡Son los de los rumores! —gritó uno de los soldados.

—No dejéis que esas llamas negras os alcancen —gritó el coronel mientras se acercaba a una de las piedras de cocinar y se cauterizaba la herida.

Teilan mientras tanto se había incorporado y se preparaba para el segundo asalto. Le dolía el cuerpo, los golpes habían sido duros y sin usar los poderes del espectro se notaba débil. Deseaba tanto poder usarlos que le picaba todo el cuerpo y había empezado a sudar.

Habían visto su magia de fuego negro, no podía dejarlos escapar, por lo que decidió ir con todo. La sala comenzó a llenarse de llamas que los rodeaban. Todas las mesas y sillas comenzaron a arder. Las paredes, suelos y techos también. El mago de aire hizo un círculo de protección que se retorcía alrededor de ellos para protegerlos. Las llamas no lo traspasaban, pero todo lo demás ardía y el conjuro de aire solo alimentaba más el incendio que había alrededor.

Teilan caminó entre las llamas. Era dueño de ese infierno, no podía dañarle. Cojeaba. Se había clavado un cristal al golpear contra la alacena y no lo había notado hasta ese momento. Entre la herida del brazo y esa había perdido mucha sangre, pero debía terminar lo que había empezado.

«¡Sería tan fácil si me dejaras hacerlo a mí! —aullaba la voz de Tei en su cabeza—. Déjame matarlos».

Era como un martilleo. Le costaba incluso pensar con claridad. Miró a su alrededor, buscando algo que le pudiera servir. Agarró una daga del cinturón de un soldado y miró a Owen. Este había desaparecido de la entrada. Se oía algún grito de dolor, por lo que no debía de estar muy lejos.

De pronto, la fuerza del viento flaqueó un instante. Era lo que estaba esperando. Ese mago no era tan fuerte como la mujer, aquel conjuro debía de estar desgastándolo considerablemente. Teilan aprovechó y lanzó el cuchillo con todas sus fuerzas hacia el mago. El viento desvió el cuchillo, pero este se sobresaltó e hizo que el conjuro desapareciese.

Teilan lanzó una llamarada concentrando una descomunal cantidad de poder. Notó que su cuerpo se debilitaba al formarla. No era excesivamente grande, pero el poder que almacenaba desintegró al mago de aire y a los guerreros de sangre. Estos murieron en el acto dejando solo a la maga de tierra y al coronel, que habían esquivado hábilmente el ataque. Este último estaba bastante pálido, pero se mantenía firme a pesar de haber perdido un brazo casi hasta mitad del antebrazo.

Teilan mostraba, en cambio, un aspecto mucho peor. Estaba cubierto de cortes y sangraba por todas partes. Le costaba mantenerse en pie y había convertido su arma espiritual en un palo largo que le servía de apoyo.

—Owen —pidió auxilio, pero no pudo gritar y solo un susurro salió de sus labios.

No tenía la certeza de poder vencer a la maga y al coronel. Aunque todavía le quedaban fuerzas para lanzar algún conjuro más, sabía que parte del éxito que había tenido en este enfrentamiento se debía a que le habían subestimado.

—¿Quién eres? —preguntó entonces el coronel.

Su voz sonó tranquila. Parecía convencido de poder vencer al joven que tenía delante y solo quería averiguar a quién iba a matar. Teilan mantuvo la distancia, sabía lo rápido que era. Miró hacia la puerta, pero el escándalo que estaba montando Owen se escuchaba demasiado lejano. No llegaría a tiempo para ayudarle.

—¿Importa? —Debía ganar tiempo.

El edificio empezó a crujir, las llamas no tardarían en hacer que se desmoronara. Levantó la mano y apagó las llamas para evitarlo, aunque tal vez ya fuera tarde. Ese edificio no duraría mucho más en pie.

El coronel entonces transformó su cuerpo, mostrando el aspecto de algún tipo de demonio simio de pelaje amarillento. Poder realizar esa transformación significaba que era un demonio que había despertado su poder de bestia. ¿Qué hacía un hombre así con el enemigo?

—Necesito saber si me equivoqué al rendirme.

Teilan comprobó el gesto de la maga. Esta miraba atónita a su coronel sin saber qué estaba pasando. Era evidente que había ocultado su identidad y se había unido al ejército de Jadea. ¿Lo sabrían sus superiores?

—Soy Teilan Eidech. Hijo de Barick Eidech y legítimo rey de Dierin —pronunció cada palabra asegurándose de que cada una de ellas calase en los que las estaban escuchando.

Los ojos del coronel se llenaron de lágrimas. No eran causadas por su herida en el brazo, aunque reflejaban su dolor. Su arrepentimiento.

De pronto, volvió a blandir su arma y Teilan transformó la suya en una espada esperando el ataque. Para su sorpresa, no le atacó, sino que degolló a su compañera en un rápido movimiento. Esta no tuvo tiempo ni de reaccionar.

Después, se puso de rodillas esperando su condena. En silencio. Con los ojos cerrados. Derramando lágrimas ante su rey.

Teilan tardó un momento en reaccionar, no se esperaba lo que había pasado. Escuchó un ruido en la puerta de entrada, Owen acababa de aparecer con aspecto más de monstruo que de persona. Estaba completamente cubierto de sangre y gruñía como un animal. Sin embargo, sus ojos mostraban inteligencia humana, podía controlar la transformación.

—¿Qué esperas de mí? —preguntó Teilan, que volvió a convertir su arma en un bastón para apoyarse. Apenas podía mantenerse en pie solo.

—Acaba con el traidor —suplicó el hombre—. Acaba con mi sufrimiento.

Dudó en qué hacer. Buscó consejo en Owen, pero este miraba la entrada para asegurarse de que nadie les sorprendiese. No parecía querer involucrarse.

—Ahí fuera se está luchando una guerra —dijo Teilan—. Mi pueblo lucha por su libertad.

El coronel le miró confundido, sin saber por qué le decía eso.

—No te concedo la muerte —manifestó Teilan—. Deberás expiar tus pecados luchando por tu pueblo de aquí hasta el día de tu muerte.

Owen miró hacia el interior. A pesar de su monstruoso aspecto, Teilan pudo ver que aprobaba su decisión. Aunque, probablemente, habría aceptado cualquiera.

—Pero… —intentó protestar el coronel.

—¿Cuál es tu nombre?

—Wilwise Born.

—Wilwise, ¿saben que eres un demonio?

Este negó con la cabeza.

—¿Estás dispuesto a cumplir con tu deber para con tu pueblo? —propuso Teilan. Su voz sonó autoritaria, estaba cómodo dando órdenes—. Hoy saldrás ahí fuera y matarás a tantos soldados como sea posible en tu forma humana. Quiero que te vean matando con el uniforme, a cara descubierta.

Wilwise se quedó blanco al escuchar eso. No era difícil leer lo que decía su rostro. Era reticente con respecto a matar a los que habían sido sus compañeros los últimos años.

—¿Y si no puedo hacerlo…?

Teilan se acercó a él en silencio. Sopesaba sus opciones. El hombre parecía arrepentido, pero tal vez era solo el impacto provocado por ver al heredero del rey. Sabía que no podía confiar en él, pero un coronel matando a sus propios soldados crearía mucha confusión entre las tropas y les daría a los rebeldes una valiosa oportunidad.

De pronto, sintió una punzada en la cabeza, Tei gritaba. Notaba el cuerpo dolorido, le costaba resistirse a esa voz y, finalmente, lo vio claro. Lo que debía hacer era tan lógico que le sorprendió que alguna vez hubiese dudado. Levantó su bastón, lo agarró con ambas manos y en un único movimiento, lo convirtió en un mandoble con el que decapitó a Wilwise.

Teilan soltó su arma acto seguido, cayó de espaldas y se llevó las manos a la cabeza. Confuso y desorientado, buscó una explicación en Owen, cuya mirada fija se clavaba en él sin entender lo que había sucedido.

30. Owen

Owen entró en la sala sorprendido por las acciones de Teilan. Este, completamente pálido, buscaba una explicación a lo sucedido. Estaba cubierto de sangre y costaba distinguir cuál era suya.

El cazarrecompensas retiró su transformación para recuperar su forma humana. Estaba empapado de lluvia y tenía la ropa desgarrada, pero su carne ya había sanado. Era una de las ventajas de ser un maldito de Ieralia; eran difíciles de matar.

—Teilan. —Su voz todavía sonaba ronca e inhumana—. ¿Te encuentras bien?

—No quería matarlo —respondió Teilan, tenía la mirada perdida—. No sé qué ha pasado.

«Esto es nuevo», pensó Owen.

El cuerpo de Teilan no sanaba, por lo que no estaba usando los poderes del espectro y, sin embargo, parecía que lo había influenciado al tomar esa decisión.

—¿Qué dice Tei? —preguntó Owen.

—No responde —se lamentó Teilan—. Es como si no quisiera enfrentarse a lo que ha pasado.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Sabía lo que quería hacer. Lo que tenía que hacer —explicó Teilan—. Sin embargo, de repente, me resultó completamente lógico matarle. Todo mi cuerpo me decía que era la decisión correcta.

Owen frunció el ceño, esto sería problemático. Era evidente que no tenía los mismos síntomas que cuando a él empezó a poseerle el espectro; no obstante, tampoco podía negar que este cada vez tenía un efecto mayor sobre el joven. Su percepción de la realidad se estaba distorsionando.

—Bueno, ¿y qué hacemos ahora? —cuestionó Owen. El problema no iban a solucionarlo en ese momento—. ¿Puedes seguir?

Teilan parecía preocupado por lo sucedido. No estaba en condiciones de entrar en combate, pero sabía que él no era quien para decidir por el joven. Se había propuesto servirle y, aunque podría advertirle de lo que debía hacer, le apoyaría en lo que decidiese.

—Necesitaré tiempo para curarme —admitió Teilan—. A no ser…

—¿Crees que sería una buena idea?

—No tengo ni idea.

Owen miró alrededor de la sala. Había una escalera, tal vez diese a una azotea donde pudieran ver en qué situación se encontraba la ciudad.

—Sígueme —ordenó a Teilan.

Solía evitar darle órdenes, pero al ver lo confuso que estaba, decidió tomar la iniciativa. Este pareció agradecerlo.

Subieron un par de tramos de escaleras, pero no había acceso al tejado. Por suerte, el último piso tenía ventanales en los cuatro lados del edificio y era lo suficientemente alto como para poder apreciar lo que estaba sucediendo en la ciudad.

Había incendios por todas partes. Se escuchaban gritos, explosiones y golpes de espada. Algunos demonios habían adquirido su forma de bestia y causaban estragos allá por donde iban. Además, de tanto en tanto, el cielo se iluminaba con las luces de conjuros de distintos colores.

—¿Cómo hemos podido tener tan mala suerte? —se quejó Owen.

—¿Mala? —El rostro de Teilan estaba desencajado y destellos azules aparecían y desaparecían de sus ojos. Sonreía mirando eclipsado la ciudad arder, parecía estar fuera de sí.

—Teilan, reacciona —dijo Owen.

Sin embargo, este soltó un aullido mientras su cuerpo se transformaba en su forma de espectro. Se convirtió en una criatura más grande que cuando se transformó para luchar contra el duque. Medía más de dos metros y su piel se convirtió en una masa, ni líquida ni sólida, de color negro. Esta fluía por su cuerpo, palpitando. Sus brazos se hincharon y sus dedos crecieron hasta formar garras finas y afiladas. A diferencia del duque, su cuerpo era más esbelto, pero no por ello menos imponente.

—¡Teilan! —gritó Owen, pero fue demasiado tarde.

Saltó por la ventana, destrozando el cristal a su paso y cayendo con un estruendo sobre la calle. Se oyeron gritos de pánico que se tornaron en gritos de dolor.

Owen rugió mientras se transformaba y saltaba tras él. Odiaba tener que hacer la transformación por completo, le resultaba grotesca. Se arrancó la ropa en el aire y su cuerpo comenzó a mostrar extraños símbolos amarillentos que brillaban en la oscuridad. La piel se tornó gris, llena de escamas y costras. Los brazos eran largos y delgados y el rostro se deformó para dejar espacio a una fila de afilados dientes que sobresalían de la boca.

Ya en el suelo, siguió los gritos de la gente hasta la calle principal. Allí, el espectáculo que se encontró lo dejó paralizado. Varios cientos de soldados luchaban contra Teilan, que se limitaba a descuartizar a cualquiera sobre el que pusiera las manos. La mayoría de los demonios instigadores de la revuelta huían ya a lo lejos, pero los soldados permanecieron intentando retener a la criatura.

Owen trepó a un tejado y esperó. «¿Qué hago?». Detenerle le iba a resultar casi imposible, pero tampoco estaba seguro de si Teilan sería capaz de controlarse o si se dedicaría a matar a todo el que se cruzase hasta toparse con alguien al que no pudiese vencer.

De pronto, las puertas que daban a la zona más adinerada de la ciudad se abrieron. De ellas comenzaron a salir militares, pero por su forma de marchar hacia Teilan sabía que no eran gente corriente.

«Mierda, esto se está complicando».

—¡Teilan, reacciona! —gritó Owen.

No hacía caso, ni siquiera parecía percatarse de la amenaza que le acechaba al final de la calle. Solo se dedicaba a atacar a cualquiera que tuviese cerca.

—¡Maldita sea! —tronó—. ¡Reacciona!

Su voz retumbó por la ciudad como un sonoro rugido gutural. Apenas se entendía lo que decía. Teilan chilló al escuchar esa voz y clavó sus ojos al tejado donde estaba Owen. Fue el chillido agudo propio de un espectro. Se dio cuenta de que no le reconocía, lo había marcado como presa.

Teilan se agachó, apoyando sus garras en el suelo y se impulsó con las patas traseras. Saltó a un balcón de la fachada donde estaba Owen y lo usó de apoyo para alcanzar el tejado. Este no dudó y salió disparado por los tejados hacia la muralla interior.

«Ellos lo pararán —pensó—. Luego ya veré lo que hago».

Sin embargo, su cuerpo empezaba a no responderle, no era la primera vez que le sucedía. Si Teilan perdía el control, Owen dejaba de poder controlar el espectro en su interior. Sentía su ira, pugnaba por dominar su mente y a diferencia de cuando fue poseído por el espectro por primera vez, este proceso estaba siendo tan rápido que notaba cómo sucedía. Notaba cómo sus propios pensamientos le traicionaban. Debía darse prisa.

—¡En los tejados! —gritó uno de los militares que había salido del círculo interior de la ciudad—. ¡Atacad!

Owen los alcanzó cuando tenía a Teilan pisándole los talones. Saltó de su tejado al de enfrente pasando por encima de los soldados. Estos, sorprendidos, comenzaron a atacar. Eran unos quinientos y al menos una cuarta parte lanzaron conjuros que iluminaron el cielo.

Owen recibió media docena de impactos en el aire que le hicieron estrellarse contra la fachada del edificio al que se dirigía y atravesarla. Le habían destrozado un brazo, parte del costado y una pierna. Cualquier otro habría muerto al recibir semejantes heridas, pero gracias a que era un maldito de Ieralia, sabía que no tardaría más de unos pocos minutos en recuperarse.

Entonces, escuchó un chillido y gritos. Teilan, en vez de seguirlo había saltado abajo y se había enzarzado en una batalla contra aquel batallón. Eran fuertes, más de ciento cincuenta magos y el resto, guerreros de sangre. Estaban bien organizados, formando una fila de guerreros de sangre con escudos y lanzas que bloqueaban a Teilan y permitían a los magos lanzar conjuros.

—¡Evitad que escape! —bramaba el líder. Parecía un joven noble, pero su confianza daba a entender que era alguien que no debía ser tomado a la ligera—. Levantad muros en las fachadas para proteger a la gente y cortad la salida.

Acto seguido, inmensos muros de más de veinte metros se alzaron alrededor de la batalla. Tenían un par de metros de ancho y eran tan robustos que incluso él vería complicado atravesarlos. Saltó sobre uno y se escondió para que nadie lo viera. En el interior, Teilan había entrado en pánico al encontrarse acorralado.

Se lanzaba contra cualquiera que tuviera cerca, sin un plan, sin una estrategia. Era evidente que no pensaba con claridad. Ni siquiera contra el duque luchó de forma tan salvaje. Esto hacía que fuese fácilmente repelido una y otra vez. Acumulaba heridas a gran velocidad, pero no parecían afectarle o disuadirle de seguir atacando.

Conjuros de todos los elementos chocaban contra su cuerpo haciéndole aullar. Eran magos experimentados, de eso no cabía duda. No estaban a la altura de los altos rangos del ejército, pero tampoco debían ser subestimados. Teilan se curaba, pero no lo suficientemente deprisa, y a ese paso, lo acabarían matando con relativa facilidad.

Owen no terminaba de entender cómo era posible que semejante batallón estuviese concentrado en Rinea y los rebeldes hubiesen atacado sin saberlo. Parecía que los hubiesen estado esperando para tenderles una trampa.

Por suerte, Teilan era mucho más fuerte que antes o ya habría muerto, mucho más que el duque e incluso más que él si no contase con sus habilidades curativas. Su joven acompañante chillaba, se revolvía y hacía estallar cualquier conjuro que se lanzaba contra él hasta que, de pronto, llamas negras comenzaron a revolverse alrededor de su cuerpo.

—¡No dejéis que esas llamas os toquen! —ordenó el líder. Tenía buen juicio—. No le dejéis ni respirar. Que no se pueda mover.

—¡Sí, señor! —gritaron todos a una.

No se dejaron intimidar por la criatura a la que se enfrentaban, su fortaleza residía en su experiencia y trabajo en equipo. Teilan recibía golpes en todo momento y Owen empezó a temer por su vida. Esto se estaba complicando y dudaba de su propia capacidad de poder sacarlo de ahí.

¿Debía bajar a ayudarle? No iba a poder hacer mucho, pero tal vez ganasen una oportunidad de escapar. Su mente se embotaba, se daba cuenta de que cada vez le importaba menos rescatarlo.

Debía hacer algo, Teilan perdía cada vez más el control sobre sí mismo y, por consiguiente, también el control sobre el espectro que había en el interior de Owen. Se nublaban sus pensamientos y advertía que el ser en su interior ganaba el pulso en su mente. Pronto dejaría de ser él mismo, aunque sintió que tal vez eso no estuviese tan mal.

—¡Los ataques no funcionan! —gritó un mago.

—¿Qué hacemos, señor? —continuó otro.

—¡Está sangrando! —mandó el líder—. ¡No paréis, se agotará en algún momento!

Aunque no parecía que fuese a ser así, las llamas negras crecían cada vez más y nada indicaba que fuese a detenerse nunca.

—¡Evitad que las llamas avancen! —ordenó de nuevo.

Los muros, que les habían servido para retener a la criatura, comenzaban a convertirse en un problema para ellos. En aquel espacio reducido, las llamas de Teilan lograban pasar ocasionalmente y quemaban a aquellos guerreros de sangre que estaban al frente. Los magos los cubrían con gruesas armaduras de distintos elementos, pero eran consumidas rápidamente por el fuego.

Teilan seguía recibiendo ataques y partes de su cuerpo se desprendían con cada colisión, pero este se mantenía en pie, como si no le afectase. Owen miró hacia abajo. Bajar ya no era una opción. Esas llamas le afectarían a él también y no tenía un grato recuerdo de la última vez que las sufrió.

De pronto, sintió una llamada lejana y miró hacia el suroeste. Esta le ordenaba que se uniera a él, su dueño le reclamaba y Owen deseó reunirse con él. Ya no tenía ninguna necesidad de proteger a la criatura que abajo luchaba, fuera quien fuese.

Bajó a la calle, era un mar de muertos. Las explosiones y los gritos en el interior de los muros que retenían a Teilan se le hacían lejanos a pesar de estar a solo unos metros. Carecían de importancia.

Comenzó a caminar calle abajo. Al fondo, se había formado un ejército de demonios. Algunos, transformados en bestias. Otros, con sus cuerpos de demonios. Todos caminaban en su dirección y le estorbaban. Luchar lo retrasaría, así que comenzó a correr por uno de los callejones laterales buscando una opción menos abarrotada, perdiéndose en la ciudad.

31. VARAN

Varan observaba la ciudad desde la muralla principal de Rinea. La infiltración había sido un éxito gracias a que los guardias habían sido fácilmente sobornados. Aunque tampoco le extrañó; en aquel reino, el contrabando era un negocio lucrativo y era habitual que los guardias desapareciesen de su puesto unas horas por un puñado de monedas.

Debían entrar como comerciantes y encargarse de los coroneles antes de que se diera la alarma. Los generales todavía no habían vuelto de la reunión con Jadea Norma, así que eso les abría una ventana para actuar y recuperar la ciudad. Desorganizar las tropas era la clave del éxito, pues su enemigo era sin duda más fuerte, numeroso y estaba mejor entrenado. Su única ventaja era el factor sorpresa.

Se había rapado la cabeza y se había dejado perilla. No le gustaba especialmente, pero se había dado cuenta de que tener un aspecto rudo favorecía su autoridad en el grupo. A pesar de las nobles intenciones de los rebeldes, a veces se preguntaba si trataban de liberar a su pueblo o solo les gustaba ver el mundo arder.

A su lado, Anna se protegía bajo una capa de cuero rojo oscuro. Era un tejido bastante habitual en el norte de Dierin. Se podía entrever todavía su delgadez, aunque ya no era tan extrema como cuando era esclava. Si a eso le añadías su baja estatura, parecía una niña al lado de Varan. Su rostro sobresalía ligeramente de la capa, mostrando sus rasgos juveniles ensalzados por sus mejillas sonrojadas a causa del frío.

Desde esa posición, veían el gigantesco muro que se había creado al final de la calle, cuando la élite del ejército había salido a combatir.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Anna.

—Lo primero es que te marches de aquí —reprochó Varan—. ¿Se puede saber por qué me has seguido?

—No iba a perdérmelo.

—No me parece…

—¡Mira que puedes llegar a ser pesado! —se quejó Anna—. Atiende a la batalla y no te distraigas, llevas toda la semana dando la murga con el combate de hoy. Deberías concentrarte. Tú haz como si no estuviese.

Varan soltó un bufido y algunos de sus hombres rieron. La joven era incontrolable, pero había resultado de gran utilidad. Sus capacidades sanadoras eran extraordinarias y la fuente de su poder parecía inagotable. Aunque todavía no era capaz de fusionar sus poderes de luz y oscuridad, Varan albergaba esperanzas de que el poder de Zarkon surgiera una vez más en el mundo. Incluso le había empezado a enseñar a luchar con dos espadas cortas, todavía no sabía si sería compatible con las espadas de su difunto amigo, pero algo le decía que, si alguien era digno de empuñarlas, sería ella.

Uno de los hombres de Varan corría calle abajo para reunirse con ellos. Tenía algunas heridas, aunque nada serio. Debía de haberse enzarzado en algún combate durante el camino. Al llegar, casi sin aliento comenzó a hablar.

—Una criatura ha aparecido en mitad de la calle y ha matado a los objetivos del sector sur que habíamos sedado. Ahora está luchando cerca de la muralla interior.

—¿Ha matado al coronel Born y a sus hombres? —preguntó Varan. Aquello era una buena noticia.

Sabía que, aunque no fuese excesivamente fuerte, el coronel Born era un gran estratega y alguien capaz de organizar la defensa de la ciudad en ausencia de algún general. Los altos cargos de Jadea no comían ni bebían nada que no hubiese probado antes un subordinado, por lo que había confiado en que tal vez un sedante suave pasase desapercibido el tiempo suficiente como para nublar los sentidos del coronel para asesinarlo.

—Así es —confirmó el soldado—. Ni tan siquiera hemos tenido que intervenir. Él solo ha podido con Born y sus personas de confianza.

—¿Y dónde está ahora esa criatura?

—Está luchando ahí dentro —dijo señalando los enormes muros que habían sido creados en la avenida principal al norte de su posición—. Antes de que levantasen esas paredes he visto un batallón de unos quinientos que salían de la muralla interior. Parecían magos y guerreros de sangre bien entrenados. Están encerrados con esa cosa.

—¡¿Quinientos?! —se sorprendió—. Eso suena a que son un batallón de élite. Nuestros informes no decían nada de un batallón así en Rinea. ¿De dónde ha salido toda esa gente?

—¿Es un problema? —preguntó Anna.

Varan golpeó furioso la almena donde estaba apoyado. Eso estaba fuera de sus cálculos.

—Apenas tenemos suficientes efectivos para lo que teníamos planeado —respiró hondo, necesitaba un segundo para pensar. Había contado con cerca de un millar de magos y guerreros de sangre y tal vez un par de decenas de miles de soldados comunes—. Los batallones de élite no los forman magos y guerreros de sangre normales —explicó—. Son más fuertes y se centran en ataques combinados. En definitiva, son mucho más peligrosos que un batallón normal.

Sabía que, si no fuese porque esa criatura los estaba reteniendo, habrían acabado todos muertos.

—Tenemos que irnos —ordenó Varan—. Organiza a la gente. ¡Nos vamos!

Agarró su bastón, que hasta el momento lo había tenido apoyado a su lado. Golpeó el suelo y una señal luminosa voló hacia el cielo. Era la señal de retirada. El ataque había fracasado.

—¿No vamos a ayudarle? —preguntó Anna.

—¿Ayudarle? —se extrañó Varan—. ¿A quién?

—A la criatura que está luchando allí. Podría ser un aliado.

Varan dudó. Cuando decidió viajar a Dierin a ayudar a los rebeldes, envió una carta a Grogo para que le enviase a Lantalos el disco a Drasco. En la respuesta que recibió le contaban una historia bastante perturbadora acerca del amigo de su hijo y su intuición le decía que tal vez estuviese relacionado con lo que estaba sucediendo.

—¿Teilan? —susurró para sí mismo.

Revisó cómo sus tropas se retiraban, habría sido una batalla difícil contra un objetivo que era evidente que habían subestimado. Muchos volvían heridos y una buena parte era de gravedad. Tras unas cuantas victorias fáciles en aldeas y poblaciones pequeñas, Rinea le había parecido una opción viable. La reunión de generales que se había organizado en la capital, Fienar, había debilitado suficiente las defensas de la ciudad como para poder tomarla y era una gran oportunidad. Al menos, eso había pensado inicialmente.

«¿Nos han tendido una trampa?». De no ser por la intervención de aquel ser, ese batallón de élite habría hecho estragos con sus tropas. No obstante, ahora no tenía tiempo para pensar en eso, debía concentrarse en la situación actual.

—Anna —llamó.

Esta se encontraba curando al mensajero, cuyas heridas desaparecieron rápidamente. Luego, se giró y volvió con Varan.

—Dime.

—Necesito que te vayas con ellos —rogó Varan—. Necesito que me hagas caso en esto.

Anna fue a protestar, pero no lo hizo, se quedó callada exigiendo una explicación.

—Ve con el grupo. Cura a cuantos puedas. Prima a aquellos cuyas heridas hagan peligrar sus vidas y a los fuertes que puedan volver a luchar. Esto no es una retirada permanente. Tal vez los necesite.

—Puedo ayudar en el combate, he mejorado…

—Sé que puedes, pero va a ser peligroso —interrumpió Varan, frustrado porque nunca le hiciera caso a la primera—. Tal vez si hubieses fusionado tus elementos sería distinto, pero hasta entonces, eres más valiosa curando que luchando.

Anna se enfurruñó, pero aceptó sus órdenes. Al menos, por el momento, y siempre y cuando no cambiase de opinión. «Ya veremos lo que le dura la obediencia». Con ese pequeño logro, Varan pudo volver a concentrarse en el escenario que tenía delante.

—¡Organizad a la gente en las puertas de la muralla sur! Aquellos que puedan seguir combatiendo que cubran la retirada; el resto, al bosque y volved al campamento. —Nunca había dado órdenes. Siempre fue el estratega que movía los hilos detrás de los guardianes junto con Vera. Sin embargo, las circunstancias le habían obligado y llevaba toda la vida viendo a Barick y a Grogo hacerlo. Uno como rey y el otro como militar. Como rey del engaño, solo tenía que fingir que sabía lo que estaba haciendo.

Con su bastón en la mano, miró hacia los muros que se alzaban al final de la avenida que cruzaba la ciudad. Sabía que eso iba a ser peligroso. Un batallón de élite y una criatura que podría ser un espectro. «Creo que me voy a arrepentir de esto».

Saltó del muro y cayó hasta llegar al suelo, amortiguando el golpe con una ligera brisa. Entonces comenzó a correr calle arriba. No usó magia para desplazarse, ya que consumía demasiado de su escaso poder y, a pesar de tener una enorme cantidad de magia almacenada en su bastón, su arma espiritual, procuraba evitar utilizarla a no ser que fuese absolutamente necesario.

A su paso, todo eran cadáveres de soldados rebeldes y civiles. No quedaba nadie con vida y sus cuerpos habían sido mutilados por la criatura. Si en algún momento había dudado de si podría ser un aliado, aquel desolador paisaje le convenció de lo contrario. Esa cosa no tenía aliados.

Al llegar a la gigantesca pared de piedra que limitaba la zona del combate, se frenó. Le dio una vuelta y comprobó que seguía cerrada por sus cuatro costados. La pared tenía una veintena de metros de altura. Usó su magia para volar hasta la cima. El muro era grueso y sólido. Aquel que lo había levantado era un mago muy poderoso.

«Un mes», calculó la cantidad de tiempo que tardaría en almacenar una cantidad semejante de poder en su bastón para crear un conjuro así. Era una costumbre adquirida después de décadas enfrentándose a gente con más talento que él. Deseó que fuese el resultado de un conjuro combinado entre varios magos o tendría serios problemas.

Al llegar arriba, esquivó un fogonazo que estuvo a punto de golpearle. Esto casi le hizo caer hacia atrás, pero logró evitarlo llamando a una brisa que le ayudó a recuperar el equilibrio y se tumbó sobre el muro. Era tan grueso que podía hacerlo sin problema.

La imagen en el interior lo dejó helado. Era un espectro, sin lugar a duda. Sin embargo, era mucho más fuerte que otros espectros a los que se había enfrentado. Las llamas negras que cubrían su cuerpo le recordaron a Barick.

«Es Teilan, sin lugar a duda», pensó al verlas. No veía posible que hubiera otro ser en el mundo capaz de usar el fuego de un dragón oscuro.

Había matado a docenas de soldados, cuyos cuerpos carbonizados estaban esparcidos por el recinto, pero era evidente que la lucha comenzaba a decantarse del lado de los militares. Los conjuros volaban contra su destrozado cuerpo y Teilan apenas podía defenderse. Trataba de huir, pero cada vez que intentaba trepar el muro, algún conjuro lo derribaba. Iban a matarlo si no hacía algo.

«¿Debería intervenir?», vaciló. No estaba conforme con la decisión que tomó Grogo de dejarlo con vida. Incluso se había prometido que, si se lo encontraba en Dierin, sería su responsabilidad acabar con ese monstruo. Ya cometieron ese error con Barick, todavía no entendía cómo habían vuelto a la misma situación.

El espectro aullaba, sus chillidos de dolor eran ensordecedores. Sus llamas negras flaqueaban y los hechizos golpeaban su cuerpo. Su poder se estaba agotando y cada vez tenía más heridas. Era cuestión de minutos que sus llamas dejaran de protegerle y todo acabase. Le vino a la mente su difunto amigo. La criatura frente a él era su único hijo e iba a morir ante sus ojos.

«Me voy a arrepentir de esto —bufó—. Esto es un error».

Saltó del muro por la parte exterior y formó un gigantesco sello en el lateral de la piedra, a espaldas de donde se encontraban los soldados. A pesar de usar ilusiones para formarlo, él no era tan hábil como Rodrick en esa disciplina y trazaba las líneas con cuidado mientras las plasmaba en la pared para evitar equivocarse. Incluso sabía que su propio hijo lo superaría pronto al paso que iba, tal vez ya lo hubiera hecho. Mientras tanto, seguía oyendo las explosiones, chillidos y gritos de aliento de los hombres instigando a seguir atacando.

Cuando logró al fin completarlo, se había convertido en un sello gigantesco que cubría todo ese lateral del cuadrado que limitaba la zona de combate. Había dejado de escuchar los aullidos de Teilan, pero los ataques seguían y eso significaba que estaba vivo.

Varan sintió que el cansancio embotaba sus sentidos. Crear sellos consumía poca energía, pero suponían una carga abrumadora sobre la mente del mago. Su mente era más fuerte que la de la mayoría de los magos, había tenido que ejercitarla para poder exprimir el potencial de su arma espiritual, pero aun así se notaba un poco mareado.

En un último esfuerzo, voló hasta la cima del muro para comprobar cómo estaba el chico antes de activar el ataque. Aterrizó de forma brusca, se le había emborronado la vista por la fatiga y no calculó bien la distancia. «Tal vez he hecho el sello demasiado grande», reconoció.

Se frotó los ojos y miró el interior de aquella prisión de roca. Teilan ya no intentaba atacar ni huir, se había quedado en un rincón hecho una bola. Con los brazos, se protegía el cuerpo de ataques constantes que lo estaban destrozando. Sus llamas habían desaparecido y no se movía, tal vez ya era demasiado tarde.

—Lo siento —susurró Varan—. Si sigues vivo, esto tal vez te mate, pero no voy a desaprovechar la oportunidad de acabar con ellos.

Sabía que no le oiría, lo dijo más por convencerse a sí mismo que otra cosa. Últimamente, necesitaba justificarse. Su vida se resumía a tomar decisiones en las que moría gente. Ya no titubeaba al hacerlo, pero le dolía cada una de las almas que se perdían en el proceso.

Echó un último vistazo, calculó la distancia hasta el tejado más cercano y se impulsó con el mayor cuidado posible para evitar otro mal aterrizaje. Por suerte, la caída fue suave.

Tomó cobertura, no estaba seguro del alcance que iba a tener. Al fin y al cabo, era el sello explosivo más grande que había formado en su vida. Pensó en alejarse más, su intuición le decía que estaba demasiado cerca todavía, pero entonces no tendría suficiente poder mágico para activarlo sin depender del bastón. La distancia aumentaba drásticamente el coste de la activación.

Respiró hondo, levantó la mano y lo activó.

32. Owen

Una gigantesca explosión azotó Rinea haciéndola temblar. Destruyó varios edificios y la onda generada arrasó las ventanas de la mitad de la ciudad. Trozos de roca y madera en llamas volaban en todas las direcciones provocando destrozos e incendios allá donde caían. El cielo se iluminó con las llamas, la ciudad se había convertido en un verdadero infierno.

Owen se giró al escuchar la explosión y notó una punzada de dolor en la cabeza. No era la primera vez que la sentía. Sus recuerdos volvían y recuperaba el control de su mente, aunque seguía notando la presencia de aquel que le instigaba a ir hacia el suroeste.

«¿Qué haces? —gritó la voz—. ¿Acaso estás desafiándome?».

—No iré —hablaba en alto, aunque no sabía si la otra parte le escuchaba.

Por suerte, a pesar de la influencia que ejercía esa voz sobre él, era lejana. Lo suficiente como para que él pudiese resistirse y, si podía hacerlo, significaba que Teilan había recuperado su cordura y seguía vivo. La lucha que sucedía en su mente dolía, mucho más que la última vez, cuando el duque y su joven amigo se habían disputado el control sobre él. Aquel que intentaba reclamar su posesión tenía un poder abrumador.

Trató de caminar hacia Teilan, la cercanía era importante para ganar fuerzas frente al espectro que había en su interior. Sin embargo, algo iba mal. Lo percibía en la dirección donde había sucedido la explosión y estaba cada vez más débil. Además, cada paso que daba alejándose de la voz que le ordenaba ir a Novanta lo enfermaba. Requería toda su concentración evitar ser sometido.

—No voy a ir —repetía una y otra vez—. Soy libre, no puedes obligarme.

La presencia no parecía ser capaz de escucharle, solo le daba órdenes. Logró llegar hasta la calle principal y lo que allí vio le sorprendió. La zona alrededor de donde habían encerrado a Teilan estaba arrasada y gigantescos cascotes habían derribado los edificios de madera incendiándolos.

Sin embargo, lo que más le sorprendió fue la visión de un centenar de hombres idénticos corriendo en todas las direcciones. Cada uno de ellos portaba a Teilan al hombro en su forma humana e inconsciente. El hombre era alto, delgado y tenía la cabeza rapada.

—¿Pero qué cojones…? —se dijo.

Uno de ellos era sin duda Teilan, notaba cómo sus facultades volvían a medida que se acercaban. El resto debían de ser copias hechas por algún mago bastante hábil en hacer ilusiones. Las copias se iban separando, metiéndose en calles perpendiculares a la principal. Se repartieron por toda la ciudad y estaban siendo perseguidos por aquellos que habían encerrado a Teilan. Muchos habían sobrevivido, aunque estaban malheridos. Considerando la explosión, a Owen le parecía una proeza.

Sin entender lo que había pasado, cerró los ojos. Trató de sentir a su amo, pues así era como funcionaba la naturaleza de los espectros. Siempre tendría que someterse a un espectro de mayor rango y Teilan en su día reclamó la autoridad sobre él convirtiéndose en el suyo. Todavía no comprendía por qué perdía la capacidad de mandar sobre él al perder el control, pero en estos momentos se alegraba de que hubiese recuperado su humanidad antes de que estuviese demasiado lejos de su influencia. No tardó en localizarlo, iba por una calle paralela a la principal y pasarían pronto por su lado.

Se apresuró para interceptarlos y, al llegar, Varan soltó una exclamación y le lanzó una daga de hielo. Era un conjuro endeble, Owen se limitó a recibirlo con el cuerpo. El hombre estaba débil, tantas copias debían de haberle pasado factura. A diferencia de las copias, tenía aspecto de estar agotado. Parecía que se fuese a desplomar en cualquier momento.

—¿Quién eres? —gritó Varan—. No tengo tiempo para esto.

—Vengo a por Teilan —respondió Owen, estudiando al hombre que se estaba llevando al chico y decidiendo si debía matarlo—. No me iré sin él.

A Varan le cambió la cara y levantó su bastón, preparado para el combate. Este se iluminó con una luz blanquecina que hizo que a pesar de la debilidad del hombre que la empuñaba, Owen sintiese verdadero miedo. «Es un arma espiritual poderosa», entendió.

—¡No soy un enemigo! —aseguró—. Viajo con él, mi nombre es Owen.

Si el hombre estaba dispuesto a defender a Teilan después de todo lo que había pasado, tal vez mereciera la pena no matarle. De todos modos, tenía la extraña sensación de que no sería fácil acabar con él.

—¿Eres el maldito? —cuestionó Varan, era evidente que había sido informado de quién acompañaba a Teilan—. Demuéstralo.

Aquello lo tranquilizó. Había salvado a Teilan y sabía de sus orígenes. Owen modificó su rostro hasta que este se tornó grisáceo y los símbolos amarillentos aparecieron. Lo hizo desaparecer rápidamente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó entonces—. ¿Quién eres?

—No hay tiempo. Salgamos de aquí antes de que nos pillen.

—Pero…

—La explosión solo ha matado a unos pocos de esos malnacidos y los demás están muy cabreados —gruñó Varan mientras reanudaba su huida—. ¿Te vas a quedar a charlar con ellos?

Owen miró al norte; se oían explosiones, se veían fogonazos y se escuchaban gritos. Debían de estar matando a las copias de este hombre, fuese quien fuese.

—Iremos más rápido si lo cargo yo —dijo mientras se acercaba a Varan.

Este no dudó en entregárselo, parecía aliviado de no tener que seguir cargando con él. Las heridas de Teilan eran graves. Eso explicaba por qué cada vez sentía menos el vínculo. Se estaba muriendo y eso era peligroso. Si moría, él estaría perdido para siempre. Se convertiría de nuevo en un esclavo y esta vez ya no podría escapar.

—Hay que curarle —dijo—. Se muere.

Varan comenzó a correr hacia la muralla exterior.

—Sígueme. Si nos matan, no podremos salvarle.

Parecía saber lo que hacía, por lo que se limitó a seguirle. A pesar de su agotado aspecto, Varan continuó creando copias suyas cargando con el joven que desaparecían por las calles. Cada vez que lo hacía, su bastón se iluminaba, pero aun así su rostro se veía cada vez más cansado y ojeroso.

—Deberías parar —sugirió Owen—, o no llegarás a salir de la ciudad a este paso.

Su arma parecía almacenar magia y la usaba para crear los conjuros. Sin embargo, eso no restaba mérito a lo que estaba haciendo. Parecía estar fragmentando su psique en decenas o incluso cientos de partes para controlar cada una de esas copias. No sabía quién era este hombre, pero sin duda era alguien muy peligroso.

—Tenemos que darnos prisa —advirtió Varan—. Si han sobrevivido a esa explosión, me temo que si nos alcanzan voy a tener que perder muchos meses de almacenaje para vencerlos y no sé si mi mente lo aguantará.

—¿Eso has sido tú? —dijo Owen sin entender muy bien a qué se refería. Imaginó que tendría algo que ver con su arma.

No recibió respuesta, por lo que asumió que, aunque lo dijese en voz alta, no estaba realmente hablando con él. Continuaron corriendo por las calles hasta que finalmente llegaron al muro exterior de la ciudad. Allí, un grupo de demonios los esperaba.

—¡Nos largamos! —gritó Varan—. Los que aún puedan transformarse que carguen con los más lentos.

Algunos demonios se transformaron en bestias. Esta gente era poderosa, no era una habilidad común.

«Deben de ser los rebeldes de los que tanto se habla».

Varan se acercó a uno de sus hombres. Era un muchacho joven que vestía con la ropa de un guardia. Probablemente había sido un infiltrado o un traidor. Tras ver cómo envenenaban a los altos cargos, consideraba cualquiera de las dos opciones posible. Se había arrancado la capa, las mangas y parte de la armadura para evitar ser confundido y atacado por los suyos.

—¿Anna se ha ido ya?

No necesitó respuesta, la joven apareció entre el grupo de personas que permanecía en la muralla. Reía nerviosa a causa de su desobediencia.

—Lo siento, Varan —se disculpó con una sonrisa que mostraba que no se arrepentía en absoluto —. Pero soy de más utilidad aquí.

Owen se quedó atónito ante su despreocupada actitud. Había heridos por todas partes que trataban de huir desesperados. Muertos por el suelo y otros siendo transportados por sus allegados que todavía no aceptaban que ya los habían perdido. Era un desastre, pero esa chica parecía acostumbrada a ello a pesar de lo joven que era.

—Necesito que lo salves —le ordenó, indicando a Owen que trajera a Teilan.

Anna se sorprendió al ver su cuerpo lleno de heridas. Se quitó la capucha para mostrar un par de orejas puntiagudas de felino y las apoyó sobre el pecho de Teilan para comprobar su pulso.

«¿Un demonio sanador?», se sorprendió Owen. Nunca había visto uno antes.

—¿Cómo puede seguir vivo? —preguntó—. Debería…

—¿Puedes hacer algo? —Varan estaba nervioso. Miraba hacia la ciudad. Aquel mortífero batallón no tardaría en llegar a su posición.

—Sí, claro —aseguró Anna—. Necesitaré unos minutos.

—¡No tenemos unos minutos! —ladró Varan—. ¿Lo puedes hacer por el camino?

Anna asintió asustada por primera vez. No parecía acostumbrada a que Varan le hablase así y de pronto se puso completamente seria.

—Solo necesito una superficie donde tenerlo tumbado.

Owen miró a su alrededor y encontró un carro vacío que algún comerciante había abandonado.

—¿Podéis atar un caballo a ese carro? —preguntó Owen.

—No será necesario —respondió un hombre mientras se transformaba en bestia. Era similar a un reno, pero su cráneo no tenía piel ni carne, solo hueso. El resto de su cuerpo tenía el pelo larguísimo

y de color cobrizo. Además, su tamaño era enorme, solo sus patas tenían la altura de un hombre adulto.

Este se colocó frente al carro y entre varios lograron atarle unas cuantas cuerdas para que pudiese tirar del carro.

—Te debo una Fireas —dijo Varan mientras ayudaba a colocar a Teilan sobre el carro.

Cuando estaba estabilizado, Anna se subió y se marcharon hacia el bosque.

—Al paso que van, los alcanzarán —dijo Owen.

—Lo sé —respondió Varan—. Por eso me quedaré a ganar tiempo.

Owen lo miró, sus intenciones eran nobles, pero no iba a poder hacer nada. Acabarían matándole.

—No quiero ser irrespetuoso porque me has salvado la vida —respondió Owen—. Pero no vas a poder…

—Yo ordené este ataque —dijo Varan—. Toda esta destrucción la he causado yo. Necesito salvar a los que queden. Además, ¿qué es eso de que te he salvado?

Owen suspiró. Si Varan no hubiera rescatado a Teilan, él ahora estaría camino de Novanta para empezar su nuevo periodo de esclavitud. Por otra parte, si los militares alcanzaban a los supervivientes, era evidente que no dejarían a nadie con vida y, al que dejasen, habría preferido haber muerto.

—Márchate.

—¿No me has oído? —se quejó Varan—. Debo ganar tiempo.

—Yo lo haré —respondió Owen—. Tú asegúrate de que Teilan no muera.

Varan frunció el ceño. Miró hacia la ciudad en llamas y luego a los supervivientes que se alejaban de allí.

—¿Estás seguro?

—Estás agotado, ¿verdad? —criticó Owen—. Se te ve en la cara, te vas a desplomar en cualquier momento si sigues usando magia. Tal vez tu bastón pueda permitirte seguir usando magia, pero ambos sabemos que acabarás desmayándote como sigas así.

Su observación fue recibida con mala cara, pero aquello solo hizo que Owen se convenciera de que había acertado. Lo que hiciese para provocar esa explosión lo había cansado mentalmente, y generar tantas ilusiones lo había llevado al límite. Varan miró su bastón evaluando qué hacer.

—No desperdicies aquí el poder que tengas almacenado ahí dentro. —Owen creía haber visto lo suficiente como para entender cómo funcionaba—. Necesito poder luchar sin tener que preocuparme de que él esté a salvo.

Aquello pareció terminar de convencer al mago.

—Gracias —replicó.

—Lo hago por Teilan —cortó tajante—. El resto carece de importancia, sálvalo a él.

Varan inclinó la cabeza en señal de respeto, se dio la vuelta y comenzó a correr hacia el bosque. Mientras lo hacía, su cuerpo empezó a transformarse y, en un parpadeo, Owen vio cómo un inmenso zorro blanco se alejaba tras el carro que transportaba a Teilan.

«¿Quién es ese hombre?», se preguntó de nuevo mientras dejaba que la maldición convirtiera su cuerpo.

33. Feliseo

Feliseo se acercó a su escritorio y con un rugido lo destrozó de un puñetazo. Las astillas volaron a su alrededor y por la puerta de la tienda aparecieron los guardias que la vigilaban.

—¿Sucede algo, mi señor? —preguntó uno de ellos.

—Llamad a Ald —les gritó—. ¡Rápido!

En el centro de su tienda había un gigantesco mapa de tres metros de largo y dos de ancho que mostraba todos los reinos del continente Árcilon y Nárandul. Estaba enmarcado en una mesa que utilizaban para idear estrategias de batalla. Sobre el mapa, había figuras representando los activos militares de su reino de acuerdo con los informes que iba recibiendo. Eso le permitía ver la situación global de sus ejércitos.

No entendía qué estaba pasando; había percibido levemente una conexión de un siervo. Era del maldito de Ieralia que desapareció al mismo tiempo que notó la muerte de Agner. En su día, había asumido que pereció también, pero le resultó extraño no sentir su muerte. Solo dejó de notar su presencia, aunque al ser un maldito de Ieralia no le dio importancia. Sin el dominio de otro espectro u ancestro, el maldito se habría vuelto loco y lo debían de haber liquidado.

Agarró una vara y la puso en la dirección en la que había sentido al espectro. Era lo suficiente lejana como para saber que había sido en Dierin. En la dirección marcada, Rinea estaba en el camino de la vara y Mazorg, no muy alejado. También podría ser cualquier otro territorio que estuviese en esa dirección, pero su intuición le decía que era en alguna de esas dos ciudades.

Ald apareció corriendo por la puerta. Su tienda era la contigua al rey y procuraba no alejarse excesivamente. Era un humano útil que acataba cualquier orden que se le diera por muy inhumana que fuese. El bienestar de su especie le traía sin cuidado. Era la representación de por qué los espectros podían mezclarse tan bien entre humanos. Estaban tan podridos por dentro que cualquier cosa que declarase un rey, por muy despreciable que fuese, sería aceptada por sus súbditos. Solo era necesario ponerles un sueldo adecuado a las barbaries que quería que hiciesen.

—¿Me llamaba? —preguntó.

—¿Qué noticias tenemos de Dierin? —No sabía acerca de su naturaleza como espectro. Probablemente, el hombre que tenía delante lo aceptase, pero no quería correr ese riesgo—. ¿Sabemos algo de Jadea o de nuestros espías entre sus filas?

Ald fue cauto al ver la mesa destrozada. Se acercó, pero mantuvo la distancia. Iba impecablemente vestido a pesar de ser de noche. Feliseo no dijo nada, conocía a su ejército. Sabía que este hombre hacía negocios turbios al caer el sol. Sin embargo, se lo consentía porque en el fondo le daba igual siempre que no afectase a sus planes.

—Podemos asegurar que Jadea le ha traicionado —declaró—. A lo largo de los últimos días, he recibido algunos mensajes de generales que han tenido que jurarle lealtad para conservar la vida.

—¿Cuántos siguen de nuestro lado? —preguntó el rey.

—Yo diría que no llegan a una docena y tampoco puedo asegurarlo todavía —se aventuró Ald—. Es posible que algunos solo se hayan puesto en contacto con nosotros para ganar tiempo hasta ver si Jadea tiene éxito y tomar una decisión sobre qué bando tomar.

—¿Cómo es eso posible?

La traición no le sorprendía, la había estado esperando. No obstante, había un centenar de generales en Dierin y esa mujer había logrado que casi todos se unieran a su bando. Eso complicaba sus planes. Parecían haber estado esperando este momento.

La situación en Nárandul se estaba volviendo insostenible y con la retirada de tantas tropas, las ciudades al otro lado del puente Vatvar no tardarían en caer ante las oleadas de gigantes que las azotaban. Sin embargo, aunque la explotación de las minas era importante para sus futuros planes, no se podía permitir perder el reino; le había costado mucho infiltrarse en la monarquía como para hacerlo.

Por otra parte, retirar tropas de Vincel con tanta inestabilidad no le parecía buena idea y el ejército en el frente de Grangal tampoco era una opción. Solo quedaban los estudiantes de la academia Ryszin, el ejército que los protegía y las tropas de refuerzo que actualmente se dirigían a Novanta. Había pensado que estas últimas, junto con las tropas que viajaban desde Nárandul, serían suficientes para recuperar y estabilizar la ciudad fronteriza, pero ahora ya no estaba tan seguro.

Se sorprendió a sí mismo pensando en esas cosas. La personalidad del rey que había poseído parecía afectarle demasiado. Era un hombre fuerte, por lo que sus ambiciones se filtraban en su propia mente. Podía entender que eso le sucediese a un espectro, pero él era un ancestro. Eso, sencillamente, no debía de pasar, pero lo hacía y no podía hacer nada al respecto. Por suerte, Feliseo era un rey cruel al que solo le interesaba el poder. Mientras alimentara ese deseo, la mente de su anfitrión solo era un susurro lejano.

—Lleva años allí con ellos y fueron expresamente elegidos por ella hace más de una década —explicó Ald—. Tal vez era su plan desde el principio.

—Si esto es un plan urdido desde que empezó la invasión a Dierin, esa mujer es más peligrosa de lo que pensaba. —Feliseo sintió cierto respeto por Jadea—. ¿Qué más información tenemos? ¿Tenemos noticias de Rinea o Mazorg?

Ald frunció el ceño.

—¿Por qué le interesa saber la situación en esas ciudades?

Tuvo que pensar la respuesta para evitar revelar demasiado de sus propios poderes. No tenía muy claro lo que había pasado, la conexión era demasiado lejana como para poder usar los ojos del siervo para poder ver. Solo había intuido su presencia allí y cómo esta desaparecía.

—El otro día me dijiste que Jadea había hecho una reunión de generales en Fienar —dijo el rey—. Con los generales tan alejados, ¿no sería posible que los rebeldes atacasen estos puntos?

Ald dudó acerca de qué responder.

«Cree que sé algo que él no sabe y tiene miedo a responder».

—¿No tendría entonces más sentido que atacasen Terade o Jamena? —tanteó el consejero—. Al fin y al cabo, están más alejadas de la capital. Además, Mazorg es una ciudad abandonada desde hace años. No creo que les hiciese falta esperar a que los generales estuviesen lejos para tomarla, aunque no creo que lo hagan considerando que carece de muralla. No podrían defenderla.

No le faltaba razón en nada de lo que había dicho, como siempre. Sin embargo, esas dos ciudades estaban demasiado lejos para que la conexión se hubiera realizado desde allí, pero eso no se lo podía explicar.

—Revisa cualquier información de esas dos también.

Ald frunció el ceño sin estar muy convencido. Le gustaba la sinceridad de su consejero, pero en ocasiones le irritaba que un simple humano cuestionara sus decisiones. Las acataba, pero mostraba visiblemente su descontento cuando no estaba conforme con ellas.

—Investígalo —insistió Feliseo—. Sería algo bueno para nosotros. La guerra entre rebeldes y Jadea nos podría beneficiar a largo plazo. Es más, si tienes gente allí, sería conveniente que se instigaran más conflictos entre ellos.

Ald tenía personas de confianza por todas partes. Sus brazos llegaban a todos los reinos a pesar de haber nacido como hijo de un simple mercader. Podía hacerle esa clase de solicitudes sabiendo que podría hacer algo al respecto.

—Lo investigaré sin falta —indicó Ald—. Si no le importa, también quería decirle que las tropas que vienen de Nárandul siguen su camino según lo previsto y estarán a las puertas de Novanta en ocho días si todo va bien.

—Al fin buenas noticias. ¿Cuándo partimos?

Ald se acercó a la mesa y agarró un largo bastón que utilizaba para mover las tropas por el mapa. Comenzó a explicar su estrategia mientras colocaba las tropas donde debían ser enviadas.

—Si queremos llegar el mismo día que ellos, debemos partir en cuatro días, aunque recomiendo llegar un poco antes para preparar el campamento y estudiar la situación. Tengo espías allí, pero siempre es preferible ver cómo reaccionan ante un ejército. Tal vez podríamos prepararnos para partir dentro de dos días.

—Quiero activar a todos los asesinos que tengas antes de movernos —ordenó el rey—. Si movilizamos las tropas antes de que tomen acción, eso les alertará y serán menos efectivos. Que maten a todos los objetivos clave posibles antes de que lleguemos.

—Muchos morirán en el proceso —dudó Ald.

Parecía incómodo con la decisión y no era para menos. Feliseo sabía que Ald poseía cierta autoridad entre asesinos y traficantes. Dar esa orden dañaría su influencia sobre la parte más oscura de la sociedad, pero eso a él poco le importaba.

—¿Cuántos asesinos tienes en Novanta? —preguntó el rey.

—Casi treinta. Divididos en grupos, aunque uno de esos grupos ha sido descubierto y dudo de su efectividad. Las tropas del nuevo gobierno los están buscando.

—¿Qué pasó? —Los equipos de Ald eran buenos, era importante conocer a un adversario capaz de hacerles frente.

—Al parecer, una joven los detectó, mató a un par de ellos y huyó.

—¿Una maga?

—Una guerrera de sangre —respondió Ald—. Joven, pero muy hábil. Fue herida, pero logró huir de Kalia y mató a Khlod.

—¿Mató a Khlod frente a Kalia? —se extrañó Feliseo.

Conocía poco acerca del resto de hombres de Ald, pero ese joven tenía potencial; él mismo había formado ese grupo. Sobre todo, había insistido en que estuviera con Kalia para protegerle. Por lo tanto, encontraba increíble que alguien hubiera podido matarlo y huir.

—Se confió.

—Es una pena —suspiró el rey, que se había llegado a plantear usarlo como contenedor para alguno de sus espectros.

—Me cuesta creer que Kalia no pudiera acabar con esa joven.

—Al parecer, era demasiado rápida para ella. Los años y las heridas empiezan a pesarle —Ald tampoco se mostraba convencido.

—Que Kalia se encargue de capturar a esa chica. —Podría convertirse en una buena anfitriona—. O que la mate si se ve incapaz de capturarla con vida.

—¿Qué hago con el resto del equipo? —preguntó Ald—. Fue usted quien insistió en agruparlos.

No parecía contento de recibir órdenes sobre cómo organizar a sus hombres.

—¿Filin sigue vivo?

—Ese hombre siempre se las apaña para salir vivo —admitió Ald.

Filin era el líder de ese grupo. No era un gran luchador, pero sus habilidades eran útiles en otros campos. Ald lo había reclutado tras pillarle robando varios transportes de mercancías con solo un puñado de mendigos. Aprender su astucia habría sido útil para el siguiente contenedor de un espectro. Al fin y al cabo, un espectro de bajo nivel no retenía recuerdos al pasar de un cuerpo a otro, solo tenía acceso a los de aquel al que poseía en ese momento.

—Que el resto se encargue de sabotear sus defensas y suministros —decretó Feliseo—. Estorbarían a Kalia si se quedasen juntos.

—De acuerdo, mi señor.

—En cuanto a los demás infiltrados, quiero que maten a suficientes como para desestabilizar el gobierno que tienen montado —declaró—. Quiero que desconfíen entre ellos. Un gobierno surgido de una revuelta debería ser fácil de hacer que se desmorone.

—Con respecto a eso…

—¿Y ahora qué pasa? —se quejó Feliseo.

—Por ahora son solo rumores, es posible que no sea nada.

Lo era, estaba convencido. Ald nunca decía nada sin haberlo verificado antes. Todo pedazo de información que salía de su boca había sido contrastado con varias fuentes no relacionadas entre ellas. Por eso era su consejero y su persona de confianza.

—¡Habla!

Ald dio un paso atrás y agachó la cabeza en señal de sumisión. No era buena señal, estaba asustado de dar la noticia. Se frotaba nervioso las manos y miraba la salida de reojo.

—Dicen que han declarado a un hombre rey de Novanta.

—¡¿Cómo dices?! —rugió.

Feliseo agarró una silla que tenía detrás y la estampó contra la mesa ya destrozada. Un rey solía implicar un gobierno más estable si aquel nombrado como tal estaba a la altura. Tal vez la perspectiva del ataque los había asustado, pero no eran buenas noticias.

—No he terminado —tartamudeó Ald.

Los ojos de Feliseo se le clavaron, el hombre empezó a sudar de pánico. Consideraba que infundir miedo era una parte indispensable de su puesto como rey. Sabía que era la forma más fácil de mantener a la gente a raya.

—Alega ser el hombre que mató a su hermano, mi señor —confesó el consejero.

34. VERA

Vera caminaba sola por la ciudad, lo hacía algunas veces para poder pensar. Celia y Fara se habían marchado hacía casi una semana. Cabalgando con los caythirs del duque no tardarían mucho en llegar a su destino.

Las calles estaban casi desiertas. Se había corrido la voz de que Feliseo había finalmente movilizado sus tropas y no tardarían en llegar, por lo que la mayoría de los ciudadanos aprovechaban el tiempo para pasarlo con sus familias o recoger sus cosas. Los que quedaban en las calles se dedicaban a trasladar sus pertenencias al palacio, desde donde partirían al día siguiente.

Ella continuó caminando hasta que finalmente llegó a una zona de la ciudad ausente de vida. Ante la inminente perspectiva de guerra, se había trasladado hacía meses a todo aquel que viviese cerca de la muralla oeste de la ciudad. Eso solo había sido posible tras el masivo éxodo de personas producido desde la caída del duque. A pesar de que muchos habitantes de las aldeas de alrededor de Novanta habían venido buscando la seguridad de la muralla, la población de la ciudad era muy reducida comparada con lo que había sido.

En esos momentos, carecía ya de importancia. Tras darse a conocer que las tropas de Feliseo se movían, muchos habían elegido marcharse hacia Dierin con la esperanza de que allí serían acogidos. La inestabilidad de ese reino hacía que no hubiese ninguna certeza de conseguirlo, pero muchos preferían arriesgarse. A pesar de ello, Vera todavía se sorprendía de la cantidad de gente que se había ofrecido a quedarse. Sabía que Grogo tenía un don para hacer que la gente le siguiera, pero ni sus mejores previsiones podrían haber predicho algo así. A pocos días de llegar el ejército enemigo, contaban con algo menos de veinte mil soldados; una cantidad irrisoria para detener un ataque como el que venía, pero esperaba que fuera suficiente como para intentar establecer una negociación y proporcionar una tregua para favorecer a los que se alejaban de la ciudad.

De pronto, saltó hacia un lado justo a tiempo para esquivar un espadazo que parecía haber surgido de la nada y se impulsó con todas sus fuerzas para alejarse mientras desenfundaba su espada. Cayó con las piernas flexionadas y preparada para defenderse, pero su atacante no continuó después del primer intento.

—¿Quién eres? —bramó encarando a su atacante.

Frente a ella había aparecido una mujer mayor que se acercaba lentamente. Caminaba con cierta cojera, pero Vera se mantuvo alerta. Si había logrado acercarse sin detectarla, significaba que esa mujer era muy hábil.

—¿Atacaste tú a mi hija? —gruñó al darse cuenta de que coincidía con la descripción que Celia le había dado.

Esta tenía la espada todavía en la mano y preparada para combatir, por lo que Vera hizo lo mismo, aunque primero necesitaba respuestas. ¿Había ido a Novanta a por su hija o había sido una casualidad? Ella no creía en las casualidades, pero tampoco podía descartarlo.

—No es tu hija —respondió Kalia. Su voz era ronca, parecía escupir las palabras en vez de pronunciarlas—. Y no tienes ningún derecho a llamarla así.

—¿Quién eres? —Estaba claro que conocía algo acerca de los orígenes de Celia y eso era muy peligroso.

—¿Dónde está la niña? —ignoró—. Sabes que este no es su lugar.

—No lo preguntaré una tercera vez —respondió Vera, agarrando con fuerza la empuñadura de su espada—. Dime quién eres ahora mismo.

—Mi nombre es Kalia y llevo cientos de años protegiendo a los hijos de Anteli —explicó—. Ocultándolos, enseñándoles a usar su poder y a adaptarse a este mundo para que sobrevivan. Para que se hagan fuertes y para que algún día puedan volver a vivir en libertad.

Vera se quedó boquiabierta.

—¿Hay más? —preguntó aturdida—. ¿No está sola?

Se arrepintió en ese mismo momento de lo que había dicho. Esa mujer no tenía por qué saber quién era Celia y tal vez estuviese tratando de sonsacarle información. Sin embargo, no entendía tampoco cómo ella había sido tan sincera. Los descendientes de los habitantes de Anteli debían ser erradicados. Durante siglos habían sido perseguidos y masacrados, y ella había anunciado quién era con total libertad. Esa mujer ya sabía quién era Celia.

Kalia la observaba en silencio y Vera se limitó a esperar. No bajó la guardia, sabía lo peligrosa que era la contrincante que tenía delante, pero no parecía ser una enemiga a pesar de haber atacado a Celia.

—A esa pregunta, responderé a ella directamente —aclaró Kalia—. Espero que lo entiendas.

Vera, aunque decepcionada, asintió.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó—. Es una guerrera de sangre. Ni siquiera sabe usar su magia. No la conoce.

—¿Cómo dices? —se sorprendió Kalia—. ¿No la has instruido para entender sus poderes?

Vera se sintió ofendida ante ese comentario. Esa mujer, a la que no conocía de nada, estaba juzgando su manera de criarla. Tal vez no fuese su hija biológica, pero la había visto crecer desde que era un bebé y nadie, absolutamente nadie, le podía negar que fuese su madre.

—¡No consentiré que…!

—No lo decía en ese sentido —interrumpió Kalia mientras bajaba el arma al fin—. No entiendes cómo funciona su poder, o si no…

De pronto, se escuchó un ruido desde la ventana de uno de los edificios cercanos. «No estamos solas, me ha tendido una trampa». Vera se apartó de un salto de Kalia y se preparó para luchar. Por suerte, llevaba su espada Rompemontañas con ella. Era su arma espiritual de filo ancho y negro. Últimamente, la llevaba siempre con ella por si acaso. Los intentos de asesinato a los miembros del Gobierno habían aumentado los últimos días.

Un total de diez individuos aparecieron de entre los edificios. Todos ellos eran magos y guerreros de sangre, Vera estaba segura. No necesitaba que mostrasen sus poderes para reconocerlos.

—La próxima vez avísanos de que vas a montar una emboscada —dijo una guerrera dirigiéndose a Kalia. Portaba un par de cuchillos en su cinturón. Se movía de forma grácil y silenciosa mientras se acercaba a ella—. Esta mujer es fuerte, deberías…

Kalia no le dejó terminar la frase y la degolló en el acto. Sin perder el tiempo, Vera atacó al más cercano, un mago joven al que atravesó con su espada. Sus adversarios eran experimentados. A pesar de lo rápidas que habían sido, los demás ya habían levantado su guardia.

Quedaban tres magos y cinco guerreros de sangre con vida. Los magos se apartaron y comenzaron a atacar. Ninguno de ellos tenía la necesidad de conjurar, lo que los hacía mucho más peligrosos. Debían acabar con ellos cuanto antes, pero los guerreros de sangre no les permitían acercarse.

—¡Traidora! —gritó un mago mientras disparaba agua.

Esta salió con tal presión que hizo a Vera retroceder un par de pasos al bloquear con su espada. Se dio cuenta de que habría atravesado con facilidad una espada normal. Por suerte, las armas espirituales no eran tan fáciles de romper. No entendía qué estaba pasando, pero agradeció la ayuda de aquella mujer. Sola, su única opción habría sido escapar, pero tal vez ahora pudiera deshacerse de algunos enemigos peligrosos.

No tardó en percatarse de que había un mago de luz y dos magos de agua que, por el parecido entre ellos, parecían tener algún tipo de parentesco. Disparaban chorros de agua continuamente y Vera tomó la delantera para bloquearlos. Al darse cuenta de que no eran capaces de penetrar su defensa, los guerreros de sangre avanzaron para atacar.

A pesar de la diferencia numérica, las dos mujeres eran capaces de mantener la posición y defenderse. Sin embargo, defenderse no significaba vencer. Los magos de agua atacaban entre los huecos que dejaban los guerreros de sangre y su precisión resultaba alarmante. Además, el mago de luz se encargaba de curar las heridas de sus adversarios mientras que ellas las acumulaban progresivamente.

—Tenemos que salir de aquí —le gritó a Kalia, que se defendía como podía contra todos los ataques que le llegaban.

Kalia la miró y frunció el ceño.

—Yo no conseguiría huir —gruñó—. Vete y protege a la niña.

No esperó contestación y se lanzó contra el grupo de enemigos. Vera bufó y saltó por los aires más de una veintena de metros. Hasta el momento, no había usado su arma espiritual como tal por no revelar quién era ella, pero ahora no tenía más remedio. El salto la colocó justo encima de sus enemigos.

Lanzó la espada hacia abajo aumentando al máximo el peso de esta. Uno de los guerreros de sangre se interpuso para tratar de pararla sin conocer la habilidad del arma y fue aplastado. Ante la confusión, Kalia logró alcanzar y matar al guerrero de luz cortándolo por la mitad con su espada. Después, le dio un puñetazo con todas sus fuerzas a uno de los magos de agua, matándolo en el acto y estrellándolo contra la pared que tenía detrás.

Mientras caía, Vera usó su autoridad para confundir un instante a sus adversarios, lo justo para caer, recuperar su arma y cortarle una pierna al mago restante. Sin pararse a acabar con su vida, se levantó y cargó contra dos de los guerreros de sangre. A su espalda, Kalia fue quien remató al mago y se enfrentó a los otros dos.

Sin embargo, estos, al ver caer a los magos, no trataron de enfrentarse a ellas y huyeron. Vera pensó en seguirlos, habían visto las habilidades de su arma y no tardarían en atar cabos. Las leyendas de los guardianes hablaban de sus armas, por eso procuraba no usar sus habilidades. Sin embargo, cada uno tomó una ruta distinta y se dio cuenta de que sería imposible dar caza a todos. Desistió y se fue a comprobar cómo estaba su improvisada compañera de batalla.

—¿Estás…?

—Te dije que huyeras y protegieras a la niña —reprochó Kalia—. Mi vida carece de importancia.

Vera ignoró el comentario, quería respuestas.

—¿Por qué la atacaste? —preguntó cuidándose mucho de decir el nombre de Celia, aunque estaba casi segura de que la mujer ya lo sabría—. Por poco acaba muerta.

Ambas limpiaban la hoja de sus espadas con la ropa de los fallecidos. Kalia se tomó su tiempo para contestar y, hasta que no volvió a enfundarla, no se giró hacia Vera para responder. Había bajado la guardia, se la veía más dispuesta a confiar.

—Trabajar para Feliseo me permite asegurarme de ser yo quien encuentre a los hijos de Anteli —respondió—. Aunque eso suponga hacerle el trabajo sucio, estoy dispuesta a ello.

—Pero ¿cómo sabías…?

—Llevo años buscándola —respondió—. Te vi con ella al llegar a esta ciudad y te reconocí. Ella debía de tener más o menos la edad del bebé que nos robaste. No fue difícil deducir quién era, aunque me sorprendió al ver que era una guerrera de sangre.

—¡Yo no la robé! —se defendió Vera—. Estaba entre los cuerpos, medio muerta. Allí no quedaba nadie con vida, ¿a quién esperabas que se la entregase?

—Tampoco lo intentaste. Yo estaba entre esos cuerpos, con las piernas destrozadas y casi inconsciente. Ni siquiera comprobaste si había supervivientes.

—Pero…

Habría jurado que no había nadie con vida. Tal vez debió prestar más atención, pero la niña estaba herida. Aún recordaba lo que sintió al verla. No lloraba, tal vez gracias a eso sobrevivió a esa masacre. Debieron de darla por muerta. La miraba con aquellos enormes ojos violetas con curiosidad y, cuando Vera le acercó la mano, la agarró con fuerza. En ese momento, sintió que cuidar de ese bebé se había convertido en su deber, y así había sido desde entonces.

—Salvaste a la niña —aclaró Kalia—. Eso es lo único que importa. ¿Dónde está? Llevo días sin verla.

Dudó en si contestar. Vera seguía considerándose su madre y la mujer que tenía delante amenazaba su posición como tal. ¿Querría llevársela lejos de ella? No estaba segura de estar dispuesta a aceptar eso incluso si era lo mejor para Celia. Se sintió culpable porque ese pensamiento cruzara su mente.

—Está a salvo, lejos de la ciudad.

—¡¿Cómo dices?! —bramó Kalia—. ¿Dónde? Debemos encontrarla.

La situación entre ambas volvió a tensarse. Vera no entendía el ansia de la anciana. No sabía qué contestarle, todavía no sabía si quería confiar la ubicación de su hija a una mujer que acababa de conocer y que la había atacado apenas unas semanas atrás.

—Está bien, estará lejos de aquí una temporada. No hay nada que temer —insistió, reticente a darle más información.

—Tú no lo entiendes —se quejó Kalia—. Has tenido mucha suerte hasta ahora.

Vera frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Me lo imaginaba —exhaló Kalia—. No sabes cómo funciona su poder, ¿verdad?

Vera se avergonzó, pero tuvo que darle la razón y negó con la cabeza. Desde que encontró a esa niña de ojos violetas, se había pasado todo el tiempo buscando información al respecto. Sin embargo, el poder de los nacidos en Anteli era un misterio incluso ahora. Sabía que se los había torturado durante años para sonsacarles cómo funcionaba su poder, pero jamás lo habían revelado.

Solo se sabía que allá donde fueran, causaban muerte y destrucción y que eran un peligro para el mundo.

—Tiene que aprender a utilizarlo o será un problema —dijo Kalia.

—Nunca ha mostrado el menor indicio de ser una usuaria de magia —aseguró Vera—. Jamás. ¿Por qué iba a ser un problema?

—Eso se lo responderé a ella —Kalia no parecía dispuesta a ceder con ciertas cosas—. Hay cosas que nunca podrás saber. Ni tú ni nadie, y si quieres lo mejor para ella, lo tendrás que aceptar.

Vera agachó la cabeza, pensativa. ¿Debía aceptar esas palabras? Ella había cuidado de Celia toda su vida. Era su madre y no le parecía natural no conocer esas cosas. Llevaba casi veinte años buscando respuestas.

—¿No hay otra forma? —rogó—. Necesito saber más.

Kalia suspiró se desabrochó la blusa que llevaba mientras se daba la vuelta y mostró la parte de atrás de su hombro. Ahí, un sello de esclavo se iluminaba tenuemente.

—¿Eres una esclava? —se sorprendió Vera.

Kalia negó con la cabeza y se recolocó la ropa.

—Los siervos de Anteli no son esclavos —aclaró ofendida—. Yo me ofrecí a recibirla y fui seleccionada para poder servir a los elegidos. Llevar esta marca es el mayor orgullo para aquellos que servimos a los hijos de Anteli.

«Están locos», pensó. Aunque sus ojos no fuesen grises, lo mirase como lo mirase, se trataba de una marca de esclavo y la mujer se había ofrecido voluntaria a semejante barbaridad. En ese momento reconoció lo poco que sabía de la cultura de Anteli a pesar de llevar años investigándola.

—Solo recibiendo la marca conocerás los secretos que deseas conocer —declaró—. Y por tu cara, no necesito que me digas que no lo harás.

—Es absurdo —declaró Vera, todavía sin creerse que alguien accediera a algo así.

—Esta marca me impide responder a tus preguntas. También me obliga a buscar y proteger a la niña. Todos los hijos de Anteli deben sobrevivir. Sobre todo, aquellos que hayan heredado el poder.

—¡Pero ella no ha usado nunca sus poderes! —Vera empezaba a frustrarse—. No muestra signos de ser una maga como pasa con otros.

—¿Has usado el lector con ella? —preguntó Kalia, mirándole fijamente a los ojos—. ¿Funcionó?

Vera apartó la mirada. Lo comprobó hacía años y pudo ver cómo el último orbe, el que nunca se encendía, brillaba con una hipnótica luz púrpura.

—Tengo que encontrarla antes de que descubran quién es —continuó—. Necesita que alguien la instruya como toca, o el día que su poder despierte…

—¿Cómo sabes que despertará? —insistió Vera.

—A eso, solo le responderé a ella —repitió una vez más.

Sentía una gran impotencia, era como dar cabezazos contra un muro. Kalia no le contaría nada, no podía hacerlo.

—¿Puedes prometerme que no permitirás que le pase nada? —se rindió al fin.

—Ya has visto mi promesa —sonrió Kalia.

35. CELIA

Celia y Fara bordeaban las montañas cabalgando sobre sus caythirs. Llevaban días buscando sin éxito el campamento de los rebeldes y comenzaban a desesperarse. Celia sabía que no sería una tarea fácil, pero le preocupaba que no fueran capaces de encontrarlo. No tardarían en llegar al río Tein y eso implicaría que lo habían pasado de largo.

Mientras avanzaban por el espeso follaje del bosque, escuchó un ruido. Miró a Fara, pero esta no parecía haberse percatado y miraba distraída los pájaros que las sobrevolaban. No le extrañó. Su madre la había acostumbrado a estar siempre alerta mientras viajaba, pero esta era la primera vez que su amiga se alejaba tanto de su hogar y estaba fascinada por todo lo que había a su alrededor.

Celia le hizo un gesto con la mano para que dejara de cabalgar; esta obedeció al instante y comenzó a estudiar el entorno. No escucharon ni un solo ruido más, lo que confirmaba sus sospechas. Si hubiera sido un animal, este habría continuado moviéndose.

—¡Buscamos a Varan! —anunció mientras se bajaba de su montura—. Decidle que Celia y Fara le buscan.

Fara miró confusa a su amiga, pero no dijo nada. Se limitó a imitarla y a bajarse de su caythir. Esperaron unos instantes y, finalmente, escucharon unos pasos que se alejaban.

—¿Y ahora? —preguntó Fara.

—Ahora tenemos que esperar a que pregunten a Varan. —Celia se acercó a un tronco caído que había cerca y se sentó—. Por fin los encontramos, empezaba a pensar que no lo conseguiríamos.

A los pocos minutos, Varan apareció de entre los árboles. Iba solo y parecía enfermo. Estaba pálido, tenía unas ojeras marcadas y sudaba de forma anormal. Ella ya lo había visto antes en ese estado y sabía lo que significaba: había estado abusando de sus poderes de curación.

Vera le contó a Celia que los zorros blancos disponían de una habilidad innata que consistía en poder crear ilusiones. No obstante, la línea sucesoria de Varan también tenía una segunda habilidad que les permitía acelerar el proceso de curación de sus propios cuerpos o de otros. Para ello, debían pagar un alto precio, ya que cuanto más aceleraban el proceso o más grave fuese la enfermedad que trataban de sanar, más dolor sentían ellos y más enfermaban sus cuerpos.

—¿Se puede saber qué hacéis aquí? —preguntó con un intento de sonrisa en la boca—. Seguidme, tenéis que estar cansadas.

Las llevó hasta la base de la cordillera y, cuando estaba pegado a la inmensa pared vertical que la formaba, dio un paso hacia ella y desapareció tras la pared.

—No la habríamos encontrado nunca —dijo Fara, asombrada al ver una ilusión tan realista.

Le siguieron y se adentraron en un laberinto de túneles iluminados por pequeñas luces adheridas a las paredes. Allí la actividad era frenética, con individuos viajando por los diferentes túneles de un lado al otro. Muchos mostraban heridas, aunque la mayoría de poca gravedad. Los magos de luz eran casi inexistentes entre los demonios y esto suponía una desventaja para tratar a la gente después de una batalla.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Celia, temiéndose lo peor—. ¿Ya habéis atacado Rinea?

Varan se giró y asintió sin querer añadir más, aunque no hacía falta para que ella supiera el resultado. Si hubieran vencido, no estarían en esa cueva.

Llegaron a una enorme cámara que tenía incluso un pequeño lago. El lugar tenía el tamaño de una aldea grande, no había visto nunca nada parecido. Habían construido casas de madera en el interior, protegidas seguramente con magia contra la humedad. En un lateral, había montado un pequeño campamento en el que trataban a los heridos, que se contaban en cientos.

—¿Cuánta gente vive aquí? —preguntó Fara, sorprendida.

—Antes del ataque éramos unos veinte mil entre guerreros y sus familias —explicó—. Ahora, con suerte, llegaremos a unos quince mil en total.

—¿Dónde está el resto? —preguntó Celia, entendiendo que, aunque esa cámara fuese grande, no podía albergar a tanta gente.

—Esta es la cámara más grande que hemos habitado, pero hay otras al seguir los túneles. La gente está repartida entre varias.

Llegaron a una de las casas y Varan las invitó a entrar. El interior era sobrio: una mesa con sillas, dos camas improvisadas de madera, un mapa de Dierin clavado a una pared y poco más. Una chica menuda de pelo castaño y orejas felinas estaba sentada en el suelo, con las piernas cruzadas y los ojos cerrados. No parecía haberse percatado de la presencia de los recién llegados y Varan les hizo un gesto para que no la molestaran.

La joven era Anna y frente a ella se empezó a formar un punto de luz que parecía deformar el entorno a su alrededor. Tenía la frente perlada de sudor y fruncía el ceño concentrada hasta que, de pronto, el punto desapareció y ella cayó de espaldas quejándose:

—¿¡Por qué no funciona!?

Abrió los ojos y a al fin se dio cuenta de que la casa se había llenado de gente. Sorprendida, se levantó de un salto:

—¿Quiénes sois vosotras? —preguntó—. Varan, ¿no eres un poco mayor para ellas?

—¿Te importaría no decir esas cosas? —rogó él—. Algún día me meterás en un lío.

Anna se acercó a ellas. Estaba tan pálida como Varan, o incluso más, pero se presentó de forma enérgica a pesar de ello:

—Mi nombre es Anna, encantada de conoceros.

—Yo soy Fara y ella es Celia.

La joven miró con curiosidad a las dos chicas y se acercó al rostro de Celia hasta una distancia incómoda.

—¿Tú eres *esa* Celia?

Esta miró extrañada a Varan, que se acercó y agarró a Anna para apartarla.

—¿A qué se refiere? —preguntó Celia.

—Sentaos, tenemos que hablar —respondió, y cuando le hicieron caso, empezó a explicar—. Teilan está aquí y ha mencionado tu nombre en sueños. —A Celia se le iluminó el rostro al escuchar su nombre—. Anna le ha estado atendiendo los últimos días.

—¿Está bien? —preguntó Celia preocupada—. ¿Puedo verle?

—Eso va a ser complicado de responder —respondió Varan—. Está…

—¿Qué le pasa? —interrumpió levantándose de golpe.

—Está vivo y será mejor que lo veas con tus propios ojos —dijo Anna sin darle la mayor importancia—. De todos modos, ¿qué hacéis vosotras aquí?

Celia dudó en insistir sobre el tema de Teilan. El rostro de Varan parecía indicar que no compartía la despreocupada actitud de esa joven. Sin embargo, sabía la importancia de la misión que le habían encomendado. Muchas vidas dependían de ello.

—Novanta va a ser atacada y ahora decenas de miles se dirigen hacia aquí buscando refugio…

—Imposible —interrumpió Varan—. Estas cuevas no pueden dar sustento a tanta gente. Es más, después de lo que hicimos, dudo que sigan siendo seguras mucho tiempo.

—Pero traen comida para meses con ellos —protestó Fara—. Si no vienen aquí, no tendrán a dónde ir.

—Son humanos —respondió Varan—. Que se encarguen los suyos de ellos. Además, ¿qué harán cuando se les acabe la comida?

Celia no daba crédito a lo que estaba oyendo. La persona que tenía delante era un guardián y, sin embargo, pudo percibir que no sería capaz de convencerlo de proteger a esas personas.

—¿De verdad no les vas a ayudar? —se quejó Fara de nuevo—. No tienen a dónde ir.

—No veo cuál es el problema —señaló Anna—. Si son gente que puede trabajar, serán aceptados como sirvientes en cualquier ciudad de Dierin. Estarán mejor que aquí.

—¿Es eso lo que queréis? —reprochó Celia—. Esa gente viene aquí dispuesta a unirse a vosotros y creo que es evidente que la ayuda os vendría bien. La mayoría no podrán luchar, pero un reino no lo forman solo guerreros.

—¿Reino? —rio Varan—. Nuestra oportunidad de conquistar Rinea era solo una ilusión. Si no podemos hacernos con una ciudad con los generales de Jadea lejos, ¿cómo pretendes que recuperemos nuestro reino?

—¿Cómo teníais intención de mantener la ciudad cuando la recuperaseis? —preguntó Celia—. Tendríais algún plan, ¿no?

Varan suspiró.

—Al norte de Rinea, pasando el puente hay un ejército que podría defender la ciudad.

—¿Por qué no lo usasteis durante el ataque? —dudó Fara.

—Porque no es un ejército —intercedió Anna—. ¿Conocéis las aldeas perdidas?

Celia y Fara negaron con la cabeza.

—Son una serie de tribus que viven en los pantanos del este y que jamás llegaron a someterse al nuevo gobierno tras la caída del Rey Demonio —explicó Varan—. Son demonios fuertes que llegaron a un trato con Jadea de no inmiscuirse en sus asuntos a cambio de vivir en paz.

—¿Entonces? —dudó Fara—. Abandonaron a su pueblo…

—¿Crees que si conquistáis Rinea, podrías hacerles cambiar de opinión? —entendió Celia.

—En los últimos años, parecen haber comprendido que cuando Jadea se haga con todo el territorio, ellos serán los siguientes —indicó Varan—. Su pacto de paz es solo temporal y los reinos humanos quieren eliminar la amenaza de los demonios de una vez por todas. Sin embargo, dudo que se involucren si no ofrecemos resultados.

Celia se dio cuenta de que era un movimiento desesperado y que se había basado en recuperar Rinea para convencerles. Ni siquiera era seguro que hacerlo hubiera servido para algo, la situación era mucho más precaria de lo que había pensado. Además, la gente que habitaba estas cuevas era insuficiente para mantener el control de la ciudad si las aldeas perdidas no venían.

Se fijó en el mapa, la zona pantanosa estaba lejos, un ejército tardaría casi un mes en llegar desde allí hasta Rinea. Si a eso se añade el tiempo de enviar un mensajero, no terminaba de entender el

plan.

—¿Cómo pretendíais mantener el control de la ciudad hasta que se decidieran a venir? —En esta ocasión, fue Fara la que preguntó—. Según ese mapa, esa gente debe de estar bastante lejos y también hay una ciudad de por medio llamada Mazorg.

—Mazorg fue abandonada cuando Rinea cayó ante Jadea. Era una ciudad comercial, por lo que al caer Rinea, esta no iba a poder ser defendida al no tener muralla. La gente emigró al norte y a los pantanos —explicó Varan—. Solo el ejército de Jadea utiliza aquel lugar para descansar cuando moviliza tropas y, según tengo entendido, ahora mismo no hay nadie allí. Viajarán hasta aquí sin problemas.

—¿Viajarán? —se sorprendió Celia—. ¿Van a seguir viniendo a pesar de haber fracasado?

Varan bajó avergonzado la mirada.

—Lo último que sé es que están de camino —admitió.

—¿Por qué? —cuestionó Fara con el ceño fruncido.

—Varan les aseguró que la ciudad caería hacía unos meses —explicó Anna—. Se dirige hacia aquí un pequeño ejército con un líder de cada una de las aldeas. Aunque cuando descubran que no hemos sido capaces…

—¿Qué pasó?

Varan explicó los sucesos del ataque. Cómo había un batallón de élite escondido en la ciudad y de cómo, gracias a Teilan, habían logrado escapar de allí. Celia sintió terror al imaginárselo encerrado en aquella prisión de roca siendo atacado por cientos de magos.

—¿Puedo ir a verle? —rogó Celia.

—¿Estás segura de que quieres verle así? —contestó él y ella asintió—. Está bien, sígueme.

Todos se levantaron dispuestos a seguir a Varan, pero este se giró hacia Anna.

—Tú quédate aquí descansando. Y no deberías estar practicando magia —gruñó—. Hay mucho trabajo con los heridos como para que estés…

—¡Ya casi lo tengo! —se quejó ella—. Si consigo unirlos…

—Te entiendo —suspiró Varan—. Pero procura no excederte, pareces agotada.

36. Owen

Owen, como todos los días, montaba guardia en la entrada de la prisión de Teilan. Era una grieta en una de las paredes a la que le habían colocado una puerta de acero de varios centímetros de espesor. Sus heridas se habían curado y se limitaba a esperar a que su compañero de viaje se recuperase de su transformación. No dejaban entrar a nadie, ni siquiera a él, y aunque pudiera entrar a la fuerza, no quería causar problemas. Sabía que Teilan no lo querría.

Mientras contemplaba el techo de la cueva, cubierto de pequeños puntos de luz, se preguntaba qué era lo que había pasado. ¿Por qué Teilan había perdido el control de esa forma? ¿De quién era esa voz que le llamaba? ¿Por qué cuando el joven perdía su humanidad, acababa teniendo menos control sobre él? Desde su punto de vista, no tenía ningún sentido. En todo caso, debería ser al revés y que, al fortalecerse el espectro, este pudiese controlar a Owen todavía más. Entonces, una extraña idea le vino a la cabeza. «¿Y si su espectro quiere alejarme del chico?».

Mientras todas esas preguntas asaltaban su mente, su joven amigo se había pasado los últimos días tratando de superar la abstinencia más difícil que había tenido hasta ahora.

—¿Owen? —dijo Fara al reconocerle.

—¿Qué hacéis vosotras aquí? —preguntó extrañado.

Varan se dirigió a la puerta y manipuló el sello que la mantenía cerrada. Al hacerlo, se abrió y se escuchó un gruñido agudo procedente del interior.

—Entrad rápido —ordenó—. No queremos que la gente escuche esto.

El grupo entró y Varan cerró la puerta de nuevo. El lugar estaba iluminado y al fondo, en un rincón, pudieron ver una figura hecha un ovillo que cubría su cuerpo con los brazos.

—Largaos de aquí —gruñó con una voz gélida.

—¿Teilan? —Celia se acercó lentamente al joven.

«Esto no va a ir bien», pensó Owen, pero no hizo nada por detener el encuentro.

Teilan se levantó al escuchar esa voz. Su cuerpo aún lucía heridas, aunque estaban a medio cicatrizar. Sus venas palpitaban negras y su rostro estaba completamente pálido. Uno de sus ojos era normal, pero el otro era de un azul claro intenso que parecía brillar con luz propia.

Estaba medio desnudo, sujeto por el cuello con un grueso grillete que iba atado mediante una pesada cadena a una argolla a la pared. Tanto la cadena como el grillete estaban cubiertos de sellos que se iluminaban cada vez que se movía y todo era tan pesado que se podía apreciar cómo se incrustaba en la carne del joven.

—¿Celia?

—Sí, soy yo —respondió ella y se acercó a abrazarle.

Varan y Owen se lanzaron para evitarlo, pero al ver que Teilan no la atacaba, se mantuvieron al margen. Parecía que al fin había recuperado su humanidad.

Celia lloraba y le abrazaba con fuerza. Él respiraba con dificultad y la correspondía con un brazo. El otro colgaba inerte en su costado y le faltaba la mano, la había perdido durante el combate. No parecía poder moverlo, aunque Owen sabía que si se transformaba, recuperaría el miembro y la

movilidad. Sin embargo, las transformaciones se habían vuelto demasiado peligrosas y dudaba que su joven amigo volviese a tentar a la suerte.

—Teilan, ¿qué eres capaz de recordar? —preguntó Owen.

Celia se apartó y Teilan frunció el ceño tratando de hacer memoria.

—Estaba en una azotea… y Tei tomó el control a la fuerza —susurró, le costaba hablar—. Lo siguiente que recuerdo es haber despertado aquí hace un par de días…

—¡¿Llevas un par de días encerrado aquí sin que nadie venga?! —bramó Celia, colérica, hacia Varan—. ¡¿Se puede saber qué narices os pasa?!

Este no se alteró y la miraba tranquilo.

—Creo que no entiendes su situación —respondió—. Él está aquí como prisionero.

Fara y Celia se quedaron de piedra al escuchar esas palabras.

—¿Qué significa eso? —protestó Celia—. ¿No habías dicho que lograsteis escapar gracias a él?

—Así es, pero también mató a algunos de los nuestros por el camino —explicó—. Solo tuvimos suerte de que mató a más de los suyos que de los nuestros.

—Pero…

—Déjalo —interrumpió Teilan—. Tienen razón… No es seguro.

Aunque por su voz no lo pareciera, Owen había tenido la ocasión de conocerlo y sabía que los remordimientos por lo que había hecho le quemaban por dentro.

—¿Os importaría salir? —dijo el cazarrecompensas—. Tengo algo que hablar con él.

—Lo que hables será delante de mí —dijo Varan.

—Estoy siendo cortés —amenazó el maldito—. No juegues con mi paciencia.

—Que se queden —ordenó Teilan.

Owen ocultó una sonrisa de satisfacción al notar que el tono de voz había cambiado. Empezaba a hablar como un líder y, aunque no sabía si alguna vez iba a ser capaz de ejercer como tal, no podía evitar sentirse orgulloso de ello.

—¿Qué quieres hacer a partir de ahora? —preguntó Owen.

Todos se quedaron impresionados al ver que el maldito parecía acatar las órdenes. Él procuró ignorarlos, había aceptado su situación hacía ya mucho tiempo.

—¿Cómo… fue el ataque? —preguntó Teilan mientras se sentaba sobre una roca. Parecía cansado.

Los presentes le explicaron todo lo sucedido y cuando terminaron, dijo:

—Tenemos que recuperar esa ciudad.

—¿Y cómo pretendes hacerlo? —protestó Varan—. La gente ha perdido las ganas de pelear. Fue un error desde el principio, Jadea ha estado siempre un paso por delante y nos hizo creer que la ciudad estaba desprotegida. ¡Un batallón de élite oculto! —Bufó, era raro verlo tan alterado—. ¿Sabes la cantidad de espías que tenía colocados en esa maldita ciudad? Ninguno de ellos sabía absolutamente nada. Es tan ridículo que casi me entran ganas de reírme de mí mismo.

—Tengo que hablar con ellos —insistió Teilan.

—¿Tú te has visto? —repuso el ilusionista.

—Puedes modificar mi aspecto y mi voz —respondió—. Con eso sería suficiente.

—Eso sería engañarles —criticó Varan—. No los llevaré de nuevo a la batalla con mentiras.

Teilan suspiró y miró fijamente a los presentes. Costaba ver cuánta humanidad quedaba en su interior.

—Mi pueblo se muere y tal vez esta sea la última oportunidad que tengamos —señaló, pero esta vez su voz no tembló—. Nos darán caza hasta hacernos desaparecer, ¿es eso lo que quieres?

«Parece que ya ha tomado su decisión», pensó Owen apenado.

Habría preferido que ignorase la situación y viajase al norte en busca de respuestas acerca de lo que le estaba pasando. No obstante, sabía que no era esa clase de persona y llevaba meses observando cómo le afectaba ver el sufrimiento de los demonios.

Varan se frotó la cara, agotado. Owen llevaba unos días en el campamento y sabía lo mucho que se había esforzado en atender a los heridos. Lo que no comprendía era cómo ese hombre todavía podía seguir en pie.

—Está bien —se resignó al fin.

Varan se acercó a Teilan y empezó a formar con una ilusión un aspecto nuevo sobre el joven. Cuando había recuperado su aspecto original, trató de fijar la ilusión, pero para su sorpresa, el sello se rompió nada más intentarlo y Teilan recuperó su aspecto demacrado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el chico.

—Estoy cansado, tal vez haya cometido algún error al formar el sello —admitió Varan y lo volvió a intentar.

Esta vez sucedió exactamente lo mismo y Celia preguntó:

—¿Es posible que algún sello en su cuerpo haga que no puedas cambiar su aspecto?

Varan la miró como si acabara de tener una revelación y creó un sello debajo de Teilan que se iluminó nada más formarse. Al hacerlo, su cuerpo reveló una ingente cantidad de sellos que lo cubrían.

—¿Qué es todo esto? —preguntó confuso—. ¡Quítamelo!

—¿Puedes hacerlo? —preguntó Owen a Varan. Sabía que era el único con conocimientos de sellos en aquellas cuevas. Incluso le había mostrado sus propios sellos de maldito cuando este le había preguntado por curiosidad.

—No creo que sea una buena idea —informó Celia—. Esos sellos…

Dudó, se le veía en el rostro que no tenía claro si debía compartir esa información. A Owen ya le había parecido extraño que hubiese intuido cuál era el problema con los sellos de Varan y ahora estaba convencido de que era porque sabía algo que los demás ignoraban.

«Si no dice lo que es, voy a tener que interrogarla».

—Celia —la llamó Teilan—, cualquier información que tengas, pueden escucharla los que aquí están presentes. Confío plenamente en todos.

«No sé si deberías confiar tanto en ellos», pensó Owen, pero no lo dijo en alto. No le correspondía a él decidirlo.

—Tienes que ir a la cascada de Merecid —declaró—. Allí, tu padre y Rodrick han dejado una especie de mensaje para ti.

—¿Has podido llegar hasta la cascada? —se sorprendió Teilan.

Owen los miraba sin entender de qué estaban hablando. Nunca había mencionado nada de una cascada, pero parecía saber a cuál hacía referencia su amiga.

—Esos sellos los colocó Rodrick por indicaciones de Zarkon —explicó Celia—. No creo que sea una buena idea eliminarlos.

Después, se dedicó a relatar toda su experiencia con la estatua y de los recuerdos que contenía. De cómo, una vez los vio, no pudo regresar a aquel lugar. También de que Grogo y Vera estaban

convencidos de que Teilan sí que podría volver a acceder y de que tal vez pudiese hallar respuestas en su interior.

Cuando terminó, todos los presentes se quedaron en silencio. Pensar que su padre adoptivo había hecho esa clase de experimentos con él resultaba cuanto menos perturbador. Aunque los hiciese con buena intención, nadie podía saber las verdaderas repercusiones que podría haber tenido en su cuerpo y tal vez nunca lo sabrían.

—¿Existe otra forma de dirigirme a ellos sin que vean mi aspecto? —preguntó Teilan, ignorando la información que acababa de recibir.

—¿No deberías averiguar primero qué hay allí? —preguntó Fara, que se había mantenido en silencio hasta el momento.

—Hay que conquistar esa ciudad a toda costa o nuestro pueblo estará perdido —sentenció—. Creo que tenemos una oportunidad si nos quedamos.

—No pudimos el otro día y no nos esperaban —advirtió Varan—. Ahora estarán más alerta. ¿Cómo pretendes hacerlo?

—Owen y yo…

—Eso no funcionará —interrumpió Owen, que sabía lo que iba a sugerir—. El otro día… cuando perdiste el control, también perdiste tu influencia sobre mí.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó Teilan—. Eso no tiene ningún sentido.

—¿Eso puede pasar? —cuestionó Fara y dio un paso alejándose de Owen.

No podía culparla después de lo que sucedió en el palacio del duque. Al fin y al cabo, trató de matarlas y estuvo a punto de conseguirlo.

—Cuando perdiste el control, escuché una voz que me llamaba. No pude resistirme y tuve que dirigirme al suroeste —explicó Owen.

—¿Al suroeste? —se extrañó Varan—. ¿A dónde quería que fueras?

Owen negó con la cabeza.

—No tengo ni idea. Solo sé que era lejos y en esa dirección, y… —pensó en cómo formular la siguiente frase—. Y que era mucho más fuerte que el duque.

—¿Cómo puedes saber eso? —se asustó Fara.

—Porque el duque no tenía esa clase de poder —aseguró Owen—. Debía tenerme cerca para poder controlarme, mientras que en esta ocasión, me controlaban a muchísima distancia.

—¿Un ancestro? —se aventuró a adivinar Teilan.

—Seguramente —confirmó Owen—. Si vamos hacia Merecid…

—No lo haremos —respondió Teilan—. Si estoy en esta situación es porque mi padre no fue capaz de encontrar una solución. —Tosió, parecía que su fuerza se desvanecía solo con hablar, pero se apoyó en la pared y continuó sin sentarse—. Volver responderá preguntas, pero no dará soluciones. Tenemos que seguir hacia el norte, pero antes tenemos trabajo que hacer aquí.

—¿Qué pretendes hacer? —dijo Celia, preocupada—. No estás en condiciones de nada.

—Querría haber liderado a mi gente —respondió con confianza—. Pero con este aspecto no podré hacerlo, así que tengo otro plan en mente…

37. Celia

Tras estudiar el plan, todos se marcharon. Celia insistió en quedarse un momento a solas con Teilan y se lo concedieron, aunque él no parecía muy conforme con la situación.

—Deberías marcharte también —susurró; se notaba que trataba que su voz no sonara tan terrorífica—. No quiero que me veas así.

A Celia se le partió el corazón. Toda la confianza que parecía haber demostrado antes había desaparecido y solo quedaba el Teilan que ella conoció en Novanta. El chico que buscaba respuestas y que miraba las luces de la ciudad por las noches desde la azotea de la taberna.

Ignoró la sugerencia, se sentó junto a él y apoyó la cabeza contra su hombro. No se resistió, incluso pareció suspirar aliviado. Celia agarró su mano, su piel parecía estar cubierta por una membrana viscosa, propia de los cuerpos de los espectros. Sus venas se marcaban negras y tenía incluso manchas oscuras por la espalda y los brazos.

—Te he echado de menos —dijo Celia.

Teilan se echó a llorar y durante unos minutos, permanecieron en silencio. Ella esperó con paciencia a que se desahogara. Trató de contener sus propias lágrimas, pero no pudo hacerlo. ¿Cómo iba a poder? Hacía ya mucho que se había percatado de que lo amaba y no soportaba verle al borde del abismo. Lo estaba perdiendo y no tenía la menor idea de cómo evitarlo.

Cuando terminó, Teilan sacó del bolsillo dos collares de su raído pantalón. Uno de los collares era el corazón que compartía con Celia; el otro, la joya del alma. Todavía lucía completamente negra, como la primera vez que Teilan la tocó, pero no tenía el mismo brillo. Celia siempre había pensado que esa joya estaba viva. Sin embargo, ahora no lo parecía.

—No consigo hacerla funcionar —explicó—. Intento hablar con él para saber por qué lo hizo, pero no contesta. Algo no está bien.

—¿Qué se supone que hace esta joya? —preguntó ella.

Teilan se volvió a meter el corazón en el bolsillo, se colocó el otro en la mano y cerró el puño y los ojos.

—El poder de espectro que hay en mi interior responde a la joya —explicó—. Cuando me concentro en ella, siento que la barrera que nos separa se debilita y me permite hablar con él, pero ahora no funciona. —Se golpeó la cabeza de frustración y gritó—: ¡No siento absolutamente nada al tocarla!

Sonó como un aullido que estaba muy lejos de ser la voz de un humano. Teilan fue a lanzarla, pero en el último momento se detuvo y se hizo una bola. Celia lo miraba sin saber bien qué decir. Sentía una impotencia inmensa por no poder ayudarlo, por lo que tomó una decisión.

—Te ayudaré a buscar las respuestas que necesitas.

—Celia —susurró Teilan—, no tienes el poder para ayudarme. Todo aquel que se me acerca acaba muriendo. Si quieres ayudar, necesito que te alejes de mí, necesito saber que estás a salvo.

—Tú…

—Si el plan funciona, me marcharé al norte y no quiero que me sigas.

—Puedo cuidar de mí misma —gruñó Celia—. No necesito que me cuides.

—¿Sabes qué es lo peor? —ignoró Teilan—. Ni siquiera soy capaz de recordar los rostros de la gente inocente que maté. Tengo sangre en mis manos de personas a las que jamás les he visto la cara.

—Tú no has matado a esa gente —vaciló Celia. Intentó parecer convencida al decirlo, pero ni siquiera ella lo sabía con certeza. Aunque eso no era lo que necesitaba oír él—. Te sacaremos eso que tienes dentro.

Teilan se apartó de ella, disgustado.

—Tú tampoco lo entiendes.

—¡Pues ayúdame a entenderlo!

Celia le agarró el rostro con las dos manos y él trató de apartar la mirada. Ella no se lo permitió y él cerró los ojos.

—¡Mírame! —ordenó ella, pero no le hizo caso hasta que le besó.

Teilan abrió sorprendido los ojos, incapaz de comprender lo que estaba pasando. Celia tampoco lo tenía claro. No se había dado cuenta hasta ese instante de lo que le había echado de menos. El beso duró más de lo que había pensado, pero acabó mucho antes de lo que le gustaría y luego se quedaron el uno frente al otro en silencio.

Quiso decir algo, pero no pudo. Nada parecía adecuado para la situación. Pensó en cómo le regañaría Fara después cuando se lo contara y sonrió.

—Estás preciosa cuando sonríes —susurró, de nuevo intentando evitar que su voz sonase aterradora, aunque no lo estaba logrando.

—Tú estás hecho un desastre —se burló ella, apartándose y apoyándose en la pared junto a él. Notaba cómo le ardían las mejillas.

—¿Cómo está el barbudo? —preguntó entonces Teilan.

Celia sonrió. A pesar del poco tiempo que habían pasado juntos, estaba muy unido a Grogo. Dudó en si debía decirle la verdad. Al fin y al cabo, Grogo y su madre se enfrentaban a una batalla difícil y ni siquiera estaba segura de que pudieran sobrevivir a ella.

—Ha recuperado parte de su barba… —Se sintió estúpida nada más decir esas palabras.

Teilan se le quedó mirando con los ojos completamente abiertos y luego soltó una carcajada. Siniestra y terrorífica, pero Celia pudo entrever una pizca de humanidad en ella.

—Se enfrenta a una batalla difícil —comenzó a explicar Celia abochornada—. No sé…

—Sobrevivirá —interrumpió Teilan—. Todavía le debo demasiado como para que muera.

Parecía completamente convencido de las palabras que había dicho y eso la reconfortó. Al fin y al cabo, Vera estaría en la misma batalla y conociendo a Grogo, haría todo lo posible por protegerla.

—¿Qué has estado haciendo todo este tiempo? —preguntó Celia mientras inspeccionaba los rasgos distorsionados de Teilan.

—Owen ha estado investigando por Dierin acerca de los espectros mientras yo trataba de controlar al mío —narró—. Cabe destacar que no hemos tenido mucho éxito ninguno de los dos.

—¿Nada?

Celia sabía que Owen había sido un cazarrecompensas bastante bueno en su pasado. No tanto como su padre, pero bastante reconocido. Si él no era capaz de encontrar ninguna pista, veía difícil que otro pudiera.

Teilan se limitó a negar con la cabeza.

—Entonces ¿por qué al norte? —se extrañó Celia—. ¿Por qué no volver a Merecid?

—Hay algo al norte que me llama.

—¿Cómo que te llama? —Abrió los ojos asustada, sabía lo que eso significaba—. ¿Otro espectro?
—No lo creo —dudó Teilan—. No me obliga a ir. Solo me llama.
—No lo entiendo.
Teilan sonrió y negó con la cabeza.
—Yo tampoco.

38. GERO

Gero caminaba agotado hacia su último combate antes de que acabaran las dos semanas de prueba. Había perdido todos y cada uno de los enfrentamientos que había tenido. En algunos había estado más cerca de la victoria, como pasó contra Fled, pero en la mayoría había fracasado estrepitosamente. El resultado había sido una caída de mil puestos en la clasificación. Por suerte, gracias a haber entrado como alumno de élite, no estaba en riesgo de expulsión todavía.

No podía evitar sentirse frustrado, ya que, por mucho que se esforzase, era consciente de que los combates que casi ganaba eran debidos a que sus contrincantes lo menospreciaban. Aquellos que lo tomaban en serio acababan con él rápidamente.

Llevaba dos semanas entrenando sin parar y empezaba a acostumbrarse a sentirse siempre dolorido. Seguía siendo tan delgado como antes, pero sus músculos empezaban a marcarse. Drasco le instaba a comer más para crecer, pero él se veía completamente incapaz de engullir de la forma en la que el demonio tigre lo hacía.

Era casi de noche y mientras caminaba, sus compañeros aparecieron de la nada: Sonstan, Drasco y Sara lo saludaron desde lejos. Drasco se pasaba la mayor parte del tiempo combatiendo. Se enfrentaba a cinco adversarios al día y perdía casi todos los combates. Cuando no lo hacía, entrenaba sin descanso con Sara, practicando formas de combate distintas y mejorando sus habilidades. Su tenacidad abrumaba a todos a su alrededor y, aunque al principio la gente se reía de él por perder tantos combates, se había convertido en una especie de celebridad en la academia. Cuando al fin logró ganar uno, la gente incluso lo festejó.

Sara había vencido a todos los que la habían desafiado y buena parte de los que ella retaba. Se había animado al ver a Gero y a Drasco y había ascendido quinientos puestos en la clasificación. Era la más adelantada del grupo, ya que Sonstan, a pesar de aplastar a todo aquel que le desafiaba, se empeñaba en no retar a nadie. Al final, la gente optaba por evitarle y su puesto caía lentamente al ser vencidas personas que estaban por encima de él en la clasificación por personas que estaban por debajo. Sabía que tendría que empezar a retar o acabaría siendo expulsado, pero no parecía tener prisa y se limitaba a centrarse en su propio entrenamiento.

—¿Estás preparado? —preguntó Drasco.

—¿Habéis venido a verme perder otra vez? —preguntó Gero con una sonrisa.

—Esa sonrisa no es de alguien que vaya a perder —respondió Sara.

—Llevo dos semanas practicando algunos sellos interesantes con Enya.

Tras la primera reunión con su maestra, en la que se había revelado que era un demonio, Gero se había pasado los siguientes días completamente paranoico. Creía que en cualquier momento llegaría el ejército para apresarlo a él y a Drasco. Sin embargo, Enya parecía dispuesta a ocultar su secreto por el momento. Era un riesgo enorme, ya que no terminaba de comprender la motivación de la mujer al hacerlo, pero tras contarle la situación a Drasco, este confiaba en ella y Gero confiaba en la intuición de su amigo.

—Tal vez sea una buena ocasión para probarlos. —Trató de sonar confiado ante la atenta mirada de Sara.

No podía fallar, para él este combate era importante. La clasificación se cerraba esa noche y al día siguiente comenzaría el plazo de inscripción de los equipos. Necesitaba una victoria para convencerles de que era apto para luchar junto a ellos. Aunque, más bien, tal vez fuera para convencerse a sí mismo.

—Seguro que lo consigues —sonrió ella—. Y luego, más te vale que nos invites a cenar cuando lo hagas.

Gero se sonrojó y Drasco le mostró una de sus miradas burlonas. Se había puesto bastante pesado con el tema de Sara, pero de lo que no se daba cuenta era de que él tenía su promesa con Fara. Se llevó la mano al pecho, al colgante que ella le regaló antes de que se separasen, y se sintió culpable.

Sonstan se limitaba a seguir al grupo en silencio. Seguía sin hablar mucho, pero los demás ya se habían acostumbrado a ello. Enseñaba a Gero cuando podía y combatía contra Sara y Drasco cuando estos tenían tiempo. Todos le tenían un gran respeto y se preguntaban lo fuerte que sería realmente si combatiera en serio.

—Bueno, no me entretengáis, que llego tarde —disimuló Gero mientras continuaba su camino.

Sonstan y Drasco cruzaron una sonrisa que el resto no vio y el grupo continuó hasta el anfiteatro. Allí se había formado una multitud. Al ser el último día, muchos habían ido a ver los combates. La academia permitía apuestas a cambio de quedarse con una décima parte del dinero. Al principio, Gero no entendía cómo se sufragaban todos los gastos de la ciudad, pero a lo largo de las últimas semanas comprendió que, en realidad, las academias eran un negocio muy lucrativo. Apuestas, venta de artefactos mágicos y trabajos de mercenarios movían auténticas fortunas.

—¿Queréis algo de comer mientras vemos el combate? —preguntó Drasco mientras se fijaba en uno de los puestos de comida.

—Eres un desgraciado —gruñó Gero sin pararse. Intentaba no parecer nervioso, pero lo estaba y la actitud relajada de su amigo lo sacaba de quicio.

Sonstan se quedó con Drasco y Sara se adelantó con Gero.

—No le hagas caso —dijo Sara—. Ya sabes cómo es.

Llegaron a la entrada y allí encontró a la misma mujer de siempre, que le indicó a qué menhir dirigirse. No necesitó ni comprobar su nombre, ya sabía quién era. Se había hecho bastante famoso como el alumno de élite que había perdido todos los combates.

Al llegar, el menhir estaba iluminado. Su adversario ya debía de haber entrado. Gero se paró frente a él, cerró los ojos y respiró hondo para tratar de relajarse. Lucharía contra una maga de fuego bastante hábil. No se había enfrentado a un mago de ese elemento desde la prueba de acceso y, según tenía entendido, esta era bastante más fuerte. Se llamaba Roga y estaba un puesto por debajo de él. Su fama había hecho que todo el mundo le retara en la academia y últimamente siempre peleaba con la persona que tenía justo por debajo.

En ese momento, notó unos húmedos labios besándole la mejilla y se giró sorprendido. Allí, Sara le miraba con intensidad. Su corazón se saltó un latido y luego se aceleró. Si esa era la idea que ella tenía de tranquilizarle, no había acertado.

—Lo vas a hacer bien —declaró—. Sé que lo harás.

Fue a replicar, pero ella le empujó al interior del menhir y todo comenzó a dar vueltas a su alrededor hasta aparecer en mitad de un desierto.

—No me lo puedo creer —se quejó desesperado.

Era el peor escenario que podría haberle tocado a él: bajo el sol abrasador de un desierto luchando contra una maga de fuego. Miró en todas las direcciones, pero no la localizó. Las dunas dificultaban la visión, así que, con un poco de suerte, ella tampoco le habría visto a él. Lo primero que hizo fue crear un sello sobre su propio cuerpo dándole el mismo tono a su piel y ropa que la arena. Una ilusión habría sido más efectiva, pero no podía desvelar todas sus cartas.

Trepó por la duna hasta llegar a la cima para ver si podía localizar a su rival. A medida que subía, iba dejando huellas en el suelo, pero seguía siendo más difícil de localizar que sin ese sello. Al otro lado, una joven caminaba buscándolo. Tenía el pelo corto y era delgada y alta.

—¡Ambos sabemos cómo va a acabar esto! —gritaba ella—. ¡No me hagas perder el tiempo y ríndete!

Una vez localizada, se bajó de la duna por el lado contrario a ella y comenzó a lanzar sellos en todas las direcciones. Roga siguió gritando durante un tiempo, pero él la ignoró. Debía preparar la trampa perfecta. Cuando lo hizo, se percató de que ella hacía ya rato que se había callado y volvió a trepar a la duna. La maga había sacado una pequeña tela y se había sentado en el suelo a esperar.

«Mierda —entendió enseguida lo que pasaba—. Ha visto alguno de mis otros combates y no va a buscarme».

No era la primera vez que usaba esta estrategia, era cuestión de tiempo que se diera a conocer que le gustaba colocar trampas y atraer al contrincante hasta ellas.

—¡Llevamos un buen rato aquí y me he cansado de buscarte! —gritó ella—. Te esperaré aquí hasta que salgas. No soy tan estúpida como para caer en alguna de tus trampas.

«Eso ya lo veremos».

Tocaba improvisar. Las perspectivas no eran buenas, pero ya se había acostumbrado a ello. Sabía que, frente a los monstruos que había en la academia, él debía ser ante todo creativo. Cubrió su cuerpo con hielo y pasó a parecerse a uno de sus clones.

—¡¿Un clon?! —se quejó Roga mientras se levantaba—. ¡Mira, niñato! No tengo tiempo para tus juegos.

Levantó el brazo y disparó una gigantesca llamarada contra Gero. Este la esquivó lanzándose al suelo, creó un escudo redondo de hielo y cinco clones que se repartieron por el lugar mientras giraba sobre sí mismo y se incorporaba en el mismo movimiento. El entrenamiento con Drasco estaba dando sus frutos. Todavía le quedaba muchísimo trabajo por delante, pero al menos empezaba a ser menos torpe.

Todos sus clones llevaban un escudo con un sello que brillaba sobre el mismo y corrían en diferentes direcciones hasta rodear por completo a la maga.

—¿Por fin vamos a hacer algo? —retó ella mostrando una gran una sonrisa.

Comenzaron a aparecer llamas a su alrededor y los clones corrieron hacia ella con los escudos en alto. Estos eran lo bastante grandes como para cubrir buena parte del cuerpo de quien los llevaba. Roga empezó a disparar hacia los clones y, para su sorpresa, al golpear los escudos estos las absorbían.

Roga continuó creando llamas y, aunque los escudos las seguían absorbiendo, estos no tardarían en empezar a quebrarse.

—Conozco este truco —gritaba ella encolerizada—. Si no te funcionó entonces, ¿qué te hace pensar que funcionará contra mí?

Paso a paso, los clones y Gero seguían avanzando y eso solo hacía que su adversaria se enfadara todavía más. Gero no tenía mucha experiencia contra magos de fuego, pero parecían más coléricos que los demás. Tal vez se debía a la naturaleza de su elemento. Al fin, los escudos empezaron a crujir y a mostrar grietas, pero él ya estaba a escasos metros de ella.

Al ver que no sería capaz de acercarse más, aprovechó el impulso de las llamas y su propia magia de aire y salió disparado en dirección contraria a Roga, lo que le asustó e hizo que sus llamas flaquearan un instante. El tiempo suficiente como para que los cinco clones dieran un paso más.

En cuanto empezó a alejarse, Gero activó otro sello que había permanecido oculto en el cuerpo de los clones antes de alejarse tanto como para que el coste de la activación fuese demasiado alto. Ya pegados a Roga, estos se iluminaron y el sello explosivo que había probado a hacer en su día contra Fled apareció en sus cuerpos. Había practicado tanto como para poder crearlo en apenas unos segundos en ese tamaño y lo había colocado al formar los clones.

El estallido hizo retumbar toda la zona. Aunque cada una de las copias no creó una explosión inmensa, la combinación de los cinco debía ser suficiente para vencerla, pero ella se envolvió en llamas para protegerse.

Gero cayó al suelo y volvió a correr hacia ella. El ataque no había funcionado o habría sido expulsado del menhir. No le quedaba magia para otra jugada como la anterior, los clones consumían mucho poder y había creado muchos sellos al principio.

Las llamas se disiparon y Roga, con quemaduras por todo su cuerpo, reía como si estuviera loca.

—¡No seré la primera persona a la que venzas! —gritó mientras lanzaba diminutos orbes de fuego.

El primero le dio a Gero en el brazo atravesándolo y haciendo que este tropezara y cayera. A pesar del tamaño que tenían, ardían con más intensidad que cualquier llama que hubiera visto. Rodó y volvió a incorporarse. Ella seguía lanzándolos y Gero trataba de esquivarlos, sabía que uno de sus escudos no sería capaz de detenerlos.

De pronto, cometió un error y un orbe le acertó en una pierna haciéndole caer de rodillas. Trató de levantarse, pero antes de lograrlo, Roga le atravesó el pecho con otro orbe. Aulló de dolor, pero antes de desplomarse, puso las manos para no hundirse en la arena.

«No puedo perder otra vez», se decía una y otra vez a sí mismo tratando de mantener la consciencia.

Roga reía. Ambos estaban en un estado lamentable, pero era evidente que ninguna de las heridas de ella era letal y él perdía mucha sangre.

—Puedes estar orgulloso —dijo ella—. Nadie esperaba que consiguieras tanto.

Gero rio, y al hacerlo empezó a toser. La herida provocada por el último orbe lo estaba matando. Notaba cómo su vida se desvanecía, tras tantos combates ya no era ajeno a esa sensación. La única razón por la que seguían allí era porque, a no ser que él se rindiese, los combates solo acababan si se mataba al contrincante, y él todavía vivía, aunque fuese a duras penas.

—Sí que hay gente que espera que lo consiga —susurró y sonrió.

De pronto, el suelo bajo Roga se iluminó y un centenar de sellos aparecieron. Roga levantó sus llamas para protegerse, pero parte de los sellos absorbían el fuego. Ella gritó e intentó correr, pero los sellos comenzaron a seguirla. Podían moverse solos y a los pocos segundos, un segundo estallido sacó a ambos del menhir.

39. GERO

—¡Tendrías que haber visto la cara que puso esa pobre chica al ver que habías movido los sellos de sitio! —aullaba Drasco con una cerveza en la mano—. Yo ni siquiera sabía que eso se podía hacer. —Se levantó y alzó la bebida—. ¡Otro brindis por Gero!

Estaba completamente borracho. Todos lo estaban en realidad. Sara reía a carcajadas e incluso Sonstan se veía bastante sonrojado. Estaba igual de callado que siempre, pero reía casi cualquier tontería que hacía Drasco.

—Creo que os estáis pasando —advirtió Gero, que sabía muy bien lo caro que era todo en la academia—. Al final no vamos a poder pagar esto.

—Tranquilo —dijo Drasco alargando las palabras y se acabó media jarra de golpe—. Hoy invito yo.

—¡Eso! ¡Eso! —celebró Sara.

—¡¿Cómo que invitas tú, tarado?! —protestó Gero—. Te recuerdo que el dinero que nos queda es de los dos.

Sonstan empezó a reír y Drasco le daba palmadas de complicidad en la espalda. Gero conocía esas palmadas y lo que dolían. Le parecía increíble que Sonstan las aguantara sin volar al grandullón por los aires.

—Tenemos de sobra para una temporada —dijo Drasco mientras sonreía victorioso—. Aposté todo lo que nos quedaba a que ganabas este combate.

—¡¿Estás loco?! —gritó Gero atragantándose.

Todos rieron ante su reacción y él se sonrojó avergonzado. No les quedaba mucho dinero, pero lo suficiente para pasar al menos medio año más en la academia si lo racionaban. Perderlo todo les hubiese forzado a coger trabajos en la academia y todavía no se sentía preparado para ello. Sin embargo, lo que más le sorprendió era que Drasco confiara tanto en él como para hacer esa apuesta.

Siguieron riendo, bebiendo y festejando la victoria hasta que, finalmente, Sonstan se durmió sobre la mesa completamente borracho y Drasco se ofreció a llevárselo a casa. Cuando se quiso dar cuenta, se había quedado solo con Sara.

—Parece que nos han abandonado a nuestra suerte —rio Sara al ver que Drasco cargaba con Sonstan a la espalda. Había intentado despertarlo, pero no había sido capaz.

—Puede que ahora Drasco esté cargando como a un niño a uno de los alumnos más fuertes de toda la academia —señaló Gero—. Míralo, parece un saco de patatas.

Sara rio y apoyó su cabeza sobre el hombro de Gero. Este se ruborizó y el rostro de Fara le vino a la mente. Se levantó de un salto e hizo que Sara casi se cayera del banco en el que estaban sentados.

—Perdona, me he sobresaltado —se disculpó Gero—. Creo que he bebido demasiado. ¿Damos un paseo a ver si me despejo?

—De acuerdo —sonrió ella.

Al salir de la taberna, Sara se dio cuenta de que se había dejado la chaqueta dentro y volvió a entrar. Mientras esperaba, Gero escuchó una conversación de un par de jóvenes que estaban bebiendo en una de las mesas que había en el exterior. Uno era pálido, con el pelo rubio y un

proyecto de bigote difícil de describir como tal, y el otro era de piel negra y muy alto. Ambos parecían guerreros de sangre.

—En el último trabajo maté a dos demonios —se jactaba el rubio—. Ha sido un trabajo rentable, para ser demonios hay que reconocer que eran muy débiles. Vivían en los bosques al cruzar el río. Hay que ver lo estúpidos que son algunos por vivir tan cerca de la academia. Aunque no me quejaré; son dinero fácil.

—¿Has oído hablar del trabajo del que todo el mundo habla?

—¿Cuál?

—Parece que han descubierto un campamento de demonios en las montañas y están reclutando gente para ir a por ellos en un par de semanas. Parece ser un campamento grande, de los más grandes que se han visto.

—¿No van a usar al ejército? —dudó el rubio.

—Al parecer, el rey ha pedido que sean los estudiantes los que se encarguen. Va a estar mirando de cerca a aquellos que participen de cara a futuros reclutamientos. ¿Nos apuntamos?

—¿Estás loco? —se mofó el otro—. Si hay tantos ojos es porque va a ser un trabajo peligroso. Probablemente se apunte muy poca gente y sea una carnicería. Hay que estar desesperado para apuntarse a algo así. Aunque estaría interesante matar a unos cuantos de esos engendros, mi vida vale demasiado como para perderla luchando contra esas cosas.

Gero apretó el puño, pero no dijo nada. Desde que ingresó en la academia se había percatado de que la mentalidad de ese joven era la de la mayoría de los estudiantes. Existía un odio generalizado hacia los demonios, y los que no los odiaban, sencillamente los veían como una fuente de ingresos fácil. Una de las razones por las que no quería empezar a hacer misiones era porque la mayoría consistía en cazar o capturar demonios. Era un negocio rentable para la academia.

Sara había aparecido justo a tiempo para entender de qué iba la conversación y tiró de su brazo para alejarlo, y cuando estuvieron solos susurró:

—A mí también me parece una barbaridad lo que hacen, pero tampoco puedes enfrentarles o podrías tener problemas.

—¿Perdona? —disimuló él—. ¿A qué te refieres?

Sara rodeó su brazo y le forzó a caminar hacia el río. Gero notó su calor y su cuerpo se estremeció. Su corazón se aceleraba y sabía que no estaba bien, pero no se sintió con fuerzas para rechazarla.

—He visto la cara que pones cada vez que hablan mal de los demonios —explicó ella—. Tendrías que disimular más o acabarán descubriéndolo.

«¿Descubrir el qué? —pensó Gero nervioso—. ¿Ella lo sabe?».

No pudo preguntar y se limitó a mirarla con cara de atontado, esperando que se explicara.

—Descubrirán que eres un simpatizante —declaró una vez alejados de cualquiera que pudiera escucharlos—. Me fijo mucho en la gente y sé que lo eres. No tienes de qué preocuparte conmigo, yo pienso como tú. Son personas como nosotros.

Gero sintió un inmenso alivio al escuchar esas palabras de su boca. Era la persona que más deseaba que supiera su secreto y, en ese momento, entendió que no era solo que le atrajese. La joven que tenía delante le gustaba de verdad.

«Céntrate —se dijo a sí mismo—. Estás borracho y solo piensas tonterías. Cambia de tema».

—¿No te parece una locura lo que ha hecho Drasco? —preguntó—. Por poco nos deja en la ruina.

Sara rio.

—¿De qué te ríes? —se sorprendió Gero—. ¿No te lo parece?

—Tengo que confesarte algo —respondió ella—. Yo he hecho lo mismo.

—¿El qué?

—He apostado mucho por ti en este combate.

Gero se quedó completamente pálido al escuchar eso.

—¿Por qué? Podrías haberlo perdido todo.

—Vi tu determinación —indicó Sara—. Llevo mucho tiempo observándote y viendo lo que te esfuerzas. Cómo luchas cada día por mejorar y cuánto lo deseas. Cuánto te afecta cuando sabes que no puedes conseguir algo. Hoy era distinto, parecías más seguro de ti mismo. Confiabas en tus posibilidades y eso me hizo confiar en que lo conseguirías, porque nadie es más crítico contigo que tú.

No supo qué responder a eso. La conocía de hacía poco más de un par de semanas, pero parecía conocerle mejor que nadie y le miraba como nadie lo hacía. En ese momento, se sintió culpable porque ella no sabía quién era él realmente.

—Sara…

—Sé que ocultas algo —interrumpió ella—. Todos tenemos nuestros secretos y no tienes por qué contármelos. Confío en ti y sé que me los contarás cuando estés preparado.

«No lo pongas todo tan fácil», se lamentó Gero.

Se quedaron parados junto al río. La brisa otoñal refrescaba y el sonido del agua se sobreponía a cualquier otro. No había nadie a su alrededor y la luz de la luna era lo único que iluminaba el paseo.

El rostro de Sara estaba sonrojado por lo que había bebido. Además, estaba demasiado cerca para que él no se sintiera alterado. Todo en aquella noche le parecía tan correcto y, al mismo tiempo, sabía que no lo estaba.

—Necesito contarte algo —dijo y respiró hondo. Una vez más iba a hacer una estupidez y sabía que podría llegar a pagarlo muy caro, pero no pudo evitarlo—. En realidad, soy un demonio.

Para su sorpresa, ella no dijo nada e intentó besarle. Por primera vez, no fue la promesa que hizo con Fara lo que le vino a la mente. La promesa se desvaneció en los húmedos labios de la mujer que tenía delante. No la apartó, se entregó a aquel beso que había estado deseando desde que la había conocido.

40. Grogo

Grogo estaba en la muralla oeste de la ciudad y veía cómo un ejército se asentaba frente a Novanta. El enemigo al fin había llegado, aunque por suerte no había atacado directamente. Supuso que estaban esperando a que llegaran las tropas que viajaban desde el sur. No tardarían más de un par de días de acuerdo con sus informantes.

La ciudad había sido evacuada y todo aquel dispuesto a luchar estaba ya preparado. Al menos, todo lo preparados que podían llegar a estar considerando la situación. Notaba los nervios en el ambiente ante un ejército más grande, más fuerte y mejor adiestrado. Tenían la muralla, pero tampoco podía estar seguro de cuánta ventaja supondría en un ataque así. Al fin y al cabo, aunque estuviera reforzada con magia, también había magos en las líneas enemigas.

El enemigo tocaba tambores en la lejanía que hacían temblar a los centinelas. Llevaba varias horas y no mostraba signos de detenerse. Los corazones de todos aquellos en la ciudad se estremecían con cada golpe, intranquilos y aterrados.

—¿Algún mensajero? —preguntó a uno de los centinelas, demasiado joven para estar ahí.

Lo volvió a mirar, no era que el chico fuera demasiado joven, sino que él se estaba haciendo demasiado viejo para esto. El chico estaba en su plenitud y a pesar de no ser un guerrero de sangre, era fuerte y se erguía valiente ante la amenaza que se les cernía.

—Todavía nada, mi rey —declaró sin quitar la vista del ejército enemigo.

—Ya no vendrá, entonces —susurró para sí mismo.

No sabía si alegrarse o no. Feliseo quería ponerle nervioso, pero todavía no tenía claro para qué. Caía la noche y supuso que esperarían a la mañana para atacar o pactar una rendición. Sabía que el enemigo estaría cansado por el viaje, pero también que ellos habían adiestrado a sus tropas para una batalla tras las murallas. Luchar en campo abierto era un suicidio y su adversario lo iba a aprovechar para descansar. Sabía que no rendirían la posición ventajosa que les brindaba la fortaleza. No podía dejar de pensar que en el momento en que llegaran las tropas del sur, su propio ejército se derrumbaría.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —preguntó Vera, que subía por las escaleras montada en cólera.

El soldado disimuló una sonrisa con bastante éxito, pero no lo suficiente.

—Me llamó mi querido amigo Samo diciendo que quería que viera algo —explicó Grogo—. Este chico te puede conseguir la mejor hierba para pipa que puedas encontrar.

El joven palideció al escuchar eso y miró a Vera aterrado, sin atreverse a contradecir al rey, pero temiéndose lo peor, ya que todo el mundo en la ciudad sabía lo estricta que era ella.

—¿No te da vergüenza meter en esos compromisos a tus soldados? —riñó Vera a Grogo, que se marchaba riendo por las murallas—. ¡No me des la espalda!

Vera le alcanzó y se quedaron ambos apoyados sobre las almenas, observando el ejército que había llegado. El campamento ya había sido montado y miles de tiendas se levantaban de forma minuciosamente ordenada. Quien organizase a ese ejército sabía lo que estaba haciendo.

Habían encendido hogueras y el viento traía el olor a leña quemada. Grogo se fijó en que empezaban a distinguirse algunas máquinas de guerra que estaban a medio ensamblar. No habían perdido el tiempo desde que habían llegado. Para cuando llegasen el resto de las tropas del sur, estarían listos para atacar.

—Estamos jodidos —admitió Grogo—. No creo que la muralla aguante el embiste de las catapultas por mucho tiempo.

—Es más resistente de lo que parece —indicó Vera—. La cúpula mágica de la ciudad es una burda imitación de las de las academias, pero eso, junto con la muralla, hace que Novanta sea tan difícil de asediar como una capital de reino.

—¿Cuánto tiempo crees que podrá resistir en pie?

Vera se quedó pensativa, evaluando la cantidad de armas de asedio que estaba ensamblando el enemigo.

—Durante la rebelión, saquearon el almacén de joyas mágicas que alimentaban la cúpula —declaró Vera abatida—. Si solo utilizan las armas de asedio, creo que la cúpula aguantará el ataque, aunque no creo que podamos levantar la cúpula más de unas horas. Tal vez un día entero si tenemos suerte.

—Las perspectivas no son nada alentadoras.

—Y solo si no utilizan magos durante el asedio inicial —puntualizó Vera—. Si refuerzan la munición o utilizan magos para atacar la cúpula, no te sabría decir. Como ya te he dicho, solo es una imitación de la cúpula que protege la academia Ryszin.

—Es decir, aunque tengamos la cúpula, no nos podemos fiar de que vaya a servir para algo —señaló Grogo.

Vera asintió mientras arrugaba la frente. Grogo conocía ese gesto. Trataba de pensar una solución y estaba molesta por no ser capaz de encontrarla.

—Tal vez va siendo hora de pensar en abandonar la ciudad —señaló ella.

Llevaba días insistiendo al saber que Feliseo no había enviado a ningún mensajero para iniciar la negociación.

—Tenemos que ganar tiempo para sus familias —estableció—. Si rendimos la fortaleza y nos marchamos, morirán todos cazados por el camino.

—No disponemos del poder para repeler un ataque de un ejército así —objetó Vera—. Además, tampoco podemos estar seguros de que nos den caza teniendo el ejército de Jadea tan cerca de la ciudad.

—Esta gente se rebeló contra el hermano del rey para después matarlo —señaló Grogo—. ¿Crees realmente que los dejarán con vida?

Vera apartó la mirada, incómoda.

—¿Tenemos noticias de Maom? —preguntó Grogo esperanzado.

La red del gobierno de Novanta abarcaba lo suficiente como para saber que Jadea estaba acumulando tropas en la antigua ciudad vecina y no era precisamente para apoyar al rey de Auten. No habían mostrado signos de querer atacar ni acercarse, pero era evidente que lo harían. La verdadera pregunta era si esperarían a que la ciudad cayese o lo harían antes para aprovechar la muralla para defender el territorio recién adquirido.

—Todavía no nos han contactado. Por suerte, no creo que Feliseo ataque antes de reunir todo su ejército. De ser así, no habría llamado a las tropas que había en Nárandul considerando cómo está la

cosa allí —explicó Vera—. Quiere asegurar la victoria y pienso que Jadea está esperando hasta el último momento para contactar.

—Le conviene retener la ciudad —dudó Grogo, refiriéndose a Jadea—. ¿Por qué no habrá contactado todavía?

Detestaba la idea de formar una alianza con aquella psicópata, pero era el único plan que se les había ocurrido para proteger a la mayoría. No obstante, pasaban los días y no había llegado ni un solo emisario.

—No lo sé, pero si no lo hace mañana…

—Entonces tocará rendir la ciudad y marcharse —rechinó Grogo molesto.

—No suenas muy convencido.

—¡No quiero entregar la ciudad!

En ese momento lo vio claro. Amaba esa ciudad. Amaba su taberna. No quería marcharse de allí. Se había centrado tanto en lo que debía hacer como rey que había olvidado lo que él quería.

—¿Tanto te costaba decir lo que querías? —sonrió de forma pícara.

—¿Estoy poniendo en riesgo a esta gente porque es lo correcto o porque no puedo desprenderme de la vida que tuve aquí? —se preguntó a sí mismo—. Esto no está bien.

—No tienen por qué ser mutuamente excluyentes.

Grogo bufó.

—¿Crees que Jadea enviará a alguien?

—Si no nos atacan esta noche, que no creo que lo hagan, imagino que mañana será un día largo —vaticinó ella mientras se alejaba—. Así que vamos a dormir, esta podría ser nuestra última noche. No querrás pasarla con tu amigo Samo.

41. VERA

Grogo y Vera se dirigían hacia la sala de eventos del palacio. Habían sido informados de que un mensajero de Jadea acababa de llegar. Al verlo, Vera se sorprendió de que el susodicho fuera una mujer joven con un único escolta, un hombre de mediana edad al que le gustaba más comer que moverse.

—Ten cuidado con estos —susurró Vera antes de entrar sin que nadie la oyera.

—Ya me he dado cuenta.

Los invitados conversaban tranquilamente como si estuviesen cómodos a pesar de la situación en la que se encontraban. Eso solo podía deberse a que tenían cierta confianza en poder salir de allí con vida con sus propias manos. Era gente peligrosa.

—Bienvenidos a Novanta —celebró Grogo mientras terminaba de abrocharse la camisa. Vera prácticamente lo había sacado a rastras de la habitación.

Al acercarse, fue Vera la primera en percatarse de que algo no iba bien.

—¿Eres…?

—Permítanme presentarme —pronunció la mujer de forma pomposa—. Mi nombre es Jadea Norma y soy la nueva reina de Dierin.

Todos los guardias presentes llevaron las manos a sus respectivas armas, preparados para desenfundar, pero Grogo levantó los brazos para que se tranquilizaran y dijo:

—Es un placer conocerte. Yo soy Grogo y ella es Vera.

No hubo florituras ni formalidades como en la presentación de Jadea. Vera lamentó no haber sido la que abriera la boca primero. Amaba a ese hombre, pero sabía que era un auténtico bruto y Jadea tenía fama de ser bastante peculiar al trato.

—¿Desean que preparemos algo de comer? —intercedió Vera—. Imagino que estará cansada de vuestro viaje, alteza.

Aquello dibujó una sonrisa en el rostro de la mujer. Parecía fácil de manejar mientras escuchara lo que quería oír. Eso era una buena noticia siempre y cuando lo que quisiera oír fuese lo que a ellos les convenía, aunque todavía quedaba mucho para saberlo con certeza.

El grupo se dirigió al salón y, para sorpresa de todos los presentes, Vera ordenó que todo el mundo saliera. Se quedaron solo los cuatro esperando a ser servidos en un salón con una chimenea apagada y una mesa ridículamente pequeña para lo grande que era la sala. En las paredes había marcas de cuadros descolgados que no habían sido sustituidos todavía.

—Es la antigua sala de reuniones del duque —explicó Grogo—. Está cubierta de sellos para que nadie pueda escuchar desde fuera. Es bastante práctica.

—¿Eso significa que podríamos mataros aquí dentro y nadie lo oiría? —preguntó Jadea con voz jovial.

—Exacto —rio Vera—. Podríamos montar un buen alboroto y nadie nos oiría.

Jadea se tensó al escuchar esas palabras y Grogo pareció entender el juego que estaban jugando, pues se calló y dejó que Vera hablara. No se le daban bien estas cosas y nunca sabía hasta dónde se podía tensar una situación.

Al ver el aspecto relajado de Grogo y de Vera, Jadea mostró una sonrisa falsa enseñando los dientes.

—Veo que, si tenéis actitud para bromear, significa que tenéis la situación controlada. Tenía entendido que contabais con un ejército a las puertas y habíamos venido a ayudar.

Estaba tratando de provocarles.

—Así es —admitió Vera—. Aunque resulta que la oferta que ha puesto Feliseo sobre la mesa es bastante interesante.

«No se tragará este farol», pensó Vera. Sin embargo, no dio un paso atrás y decidió seguir con la farsa.

Jadea miró a su acompañante, al que no se había dignado a presentar, y luego fijó la mirada en Grogo.

—Supongamos que me creo que Feliseo os ha hecho una oferta —expresó—. Entiendo que no debe de ser tan buena si me estáis atendiendo.

—Y nosotros podemos entender que usted está buscando aliados —remarcó Vera.

Jadea se quedó en silencio mientras los estudiaba.

—¿Quién de los dos está realmente al mando? —cuestionó.

Grogo suspiró y dijo:

—No me gustan estos juegos, así que por qué no nos hacemos un favor todos y dices a qué has venido —sentenció—. Si has venido en persona, es a negociar. Si vinieras a imponer condiciones, habrías mandado a un mensajero. Así que negociemos.

Jadea rompió a reír ante la incrédula mirada del resto. Los demás esperaron pacientemente a que terminase. El hombre que lo acompañaba seguía sin abrir la boca y tampoco parecía sorprendido por la reacción de su reina.

—Así me gusta más —dijo ella finalmente—. Tú y yo nos parecemos. —Jadea le dedicó una sonrisa a Grogo que a Vera no le gustó en absoluto, pero no dijo nada al respecto—. Me he pasado los últimos cuarenta años siendo general del ejército de Auten y regente asignada por los tres reinos en Dierin desde la caída del Rey Demonio. Como el tiempo apremia, seré clara: quiero ayudarte a proteger esta ciudad.

Jadea clavaba los ojos en Grogo, ahora mismo no existía nadie más en esa sala. Vera sonrió para sí misma, tal vez eso le funcionase con la mayoría de los hombres, pero no le conocía como ella. Nadie le manipulaba, ni tampoco influía en sus decisiones.

—Quieres que sirvamos de escudo para tu nuevo reino —dispuso Grogo—. Pero ya has oído los rumores acerca del legítimo rey.

—¡Yo soy la legítima reina! —aulló Jadea mientras se levantaba de un salto y los miró amenazante —. El resto de los reinos se acobardaron y nos abandonaron. Les regalaron a esos malditos demonios un reino que no les pertenecía.

—¿No estarás insinuando…? —comprendió Vera, que había dejado atrás toda cortesía en el habla.

Su acompañante se levantó para calmarla y ella se volvió a sentar. Erack esperó indicaciones y ella le hizo un gesto para hablar.

—Jadea es la legítima reina de Dierin —dijo Erack, su acompañante—. Y como tal, la ha reclamado, pero necesitará aliados para mantener el poder, y retener esta ciudad es clave para que su reinado prospere.

—No nos someteremos a ningún reino —declaró Grogo desafiante.

—No será necesario —aseguró Jadea—. Solo me interesa retener mi reino. La pregunta es si estáis dispuestos a vivir entre dos reinos de forma independiente. Yo puedo proporcionar lo necesario para que lo mantengáis mientras estabilizo Dierin, pero a cambio no dejaréis que nadie pase. Soldados, armas, comida… Solo tendréis que pedirlo.

—¿Y luego? —dudó Vera—. ¿Qué pasará cuando estabilices tu reino?

—No tengo la menor idea —aseguró Jadea.

No dijo nada más y se formó un silencio incómodo que se rompió cuando los sirvientes entraron a tropel con comida y bebida. Sirvieron de forma diligente la mesa y se marcharon tan rápido como habían llegado.

—Tengo que venir más aquí —dijo Erack. Era la primera vez que hablaba por su cuenta.

—¿Solo sabes pensar en comer? —le riñó Jadea divertida mientras ella misma devoraba todo lo que alcanzaban sus manos.

—¿Tu plan es que defendamos tu reino sin la certeza de que cuando termines de tomar el control no vengas a reclamar la ciudad? —inquirió Vera.

Jadea terminó pacientemente de masticar lo que tenía en la boca. Se limpió las comisuras de los labios con la servilleta y respondió:

—Soy la cuarta generación de mi familia fuera del trono desde que Syref tomó el control y fuimos expulsados. Mi padre fue un domador de caythirs en Redtia, ya que la fortuna familiar acabó dilapidada después de un par de generaciones contratando mercenarios para recuperar nuestro reino —narró Jadea. Erack la miraba sorprendido, parecía ser la primera vez que oía esa historia—. Si algo he aprendido de todo eso es que para mantener un reino se necesitan aliados. Y si las historias de las revueltas son ciertas, sé que no me traicionaréis.

—¿Qué historias te han llegado? —preguntó Vera con interés.

—Que el duque era un espectro —respondió la reina, que se acababa de meter otro trozo de carne en la boca—. Esos bichos serán la perdición de la civilización.

Lo dijo con tal naturalidad que era de esperar que hubiera tratado con ellos. Todo el mundo conocía las historias de monstruos, era algo popular en todos los reinos. Sin embargo, no eran más que eso, cuentos para asustar a los niños. Incluso los eventos en Novanta se diluirían en el tiempo como exageraciones para ensalzar a los héroes. Tal vez incluso como metáforas de la maldad del hombre que una vez reinó en esa ciudad y que fue destruido por sus propios súbditos.

—¿Conoces a los espectros? —preguntó Grogo.

Jadea le miró con interés, parecía ser la reacción que estaba buscando.

—¿Sois los guardianes, verdad? —preguntó—. Lo sabía. —Se giró alegre hacia Erack—. ¿Te lo dije o no te lo dije?

Erack fue a darle la razón, pero ella no le dio tiempo.

—Esto refuerza mi opinión de manteneros como aliados —continuó—. Si sois la mitad de fuertes de lo que realmente dicen las historias, creo que esta alianza podría funcionar. Encontré la biblioteca privada de Barick. Allí pude leer bastantes cosas acerca de esas criaturas. Os voy a ser sincera, ahora tengo muchos problemas, pero una de las partes de este acuerdo es que me expliquéis cómo lidiar con ellos. Estoy segura de que…

—Hay un tema que me preocupa —la interrumpió Grogo, haciendo que se disgustase, pero se paró a escuchar.

«Realmente le gusta escuchar su propia voz», pensó Vera al ver la cara de Jadea al ser interrumpida de nuevo.

El tabernero hizo caso omiso a la reacción de ella, como siempre. A veces se preguntaba si lo hacía adrede o realmente era que no se daba cuenta. Ella fue a abrir la boca de nuevo, pero él continuó ignorándola.

—¿Cuál es tu postura acerca de la situación de los demonios ahora que ya no rindes cuentas a los otros reinos?

Esa pregunta puso nerviosos a todos los presentes menos a Jadea, que parecía bastante cómoda fuese cual fuese la situación. Le gustaba ser el centro de atención y se regodeaba al serlo.

—¿Cuál es la tuya? —devolvió misteriosa.

Se hizo el silencio mientras Jadea continuaba devorando relajada la comida que tenía delante. A pesar de su menudo tamaño, no había parado de comer desde que se había sentado.

Grogo miró a Vera, esta no quiso involucrarse. Sabía muy bien cuándo debía hacerlo y cuándo no. También sabía cuál era su opinión al respecto. Aunque compartiese el afán de Grogo de unir las distintas razas, estaba convencida de que este no era ni el momento ni el lugar para eso.

—No cerraré las puertas de mi reino a ningún demonio que huya de tu país —sentenció desafiante —. No apruebo lo que se ha hecho en Dierin en los últimos años, aunque no te diré cómo reinar allí.

Vera lo miró incrédula, pero de nuevo Jadea volvió a hablar:

—¿Sabías que no les coloqué el sello de esclavo en Dierin a aquellos que no lo pidiesen? —preguntó, haciendo que los demás fruncieran el ceño—. La postura de los reinos humanos era de esclavizarlos a todos o eliminarlos, y era primordial evitar un conflicto con ellos hasta que llegase mi oportunidad. Desde mi toma de poder, he dado orden de retirar todos los sellos de esclavo.

—¡Pero eso los matará! —exclamó Vera.

—Los sellos que se han colocado allí no son como los que usan en los reinos humanos. Solo unos pocos estaban autorizados a colocarlos y era un sello especialmente diseñado para poder ser retirado.

—¿Por qué harías todo eso? —preguntó Grogo.

—Aun con la sangre mestiza que corre por sus venas, esas personas son descendientes de mi reino —explicó—. En estos momentos hay mensajeros dirigiéndose a todos los rincones, a todas las aldeas y ciudades, para informar de que Dierin es libre y que su legítima reina toma el control al fin.

Aquello fue una sorpresa para todos, incluso para Erack. «¿Cuánto sabrá su persona de confianza?», pensó Vera.

—¿Y si la población no acepta a su nueva reina? —preguntó Grogo—. ¿Qué harás entonces?

—Mataré a todo aquel que se interponga en mi camino —dijo distraída sin parar de comer.

42. GERO

—¡Gero! —llamó Sara mientras corría hacia él.

Se había dedicado a evitarla los dos últimos días. Por mucho que hubiera bebido, sabía que lo que hizo estuvo mal, pero no se sentía preparado para afrontarlo.

—Ho… Hola, Sara —tartamudeó—. ¿Cómo estás?

—¿Me estás evitando? —protestó—. ¿Se puede saber qué te pasa?

La gente los miraba y él la agarró de la mano para apartarla de los caminos. Bajaron la colina hasta el río, que se encontraba vacío en esos momentos. Al ser mediodía, la mayoría se había ido a comer.

—Lo siento —dijo—. Lo que he hecho no es justo.

—¿Qué has hecho? —preguntó Sara con el ceño fruncido, haciendo que Gero temiese que acabase recibiendo un puñetazo.

Le agarró las dos manos, tal vez para tranquilizarla, o tal vez en un fútil intento de retenerla si trataba de golpearle.

—Hay otra chica —admitió, y Sara le dio tal empujón que lo hizo retroceder un par de pasos.

—¡Serás cabrón! —gritó.

—¡Espera, espera! —rogó, alejándose un par de pasos más—. Deja que me explique, por favor.

Su cara estaba cargada de ira y tristeza, y Gero no soportaba verla así. No se lo merecía y lo sabía. Era lo mejor que le había pasado en mucho tiempo.

—No he hablado con ella en más de un año —se apresuró a aclarar—. Hicimos una promesa y no puedo romperla sin hablar con ella primero. —Gero reunió valor y afrontó el miedo que le había estado atormentando las últimas semanas—. Ella no se lo merece y tú tampoco.

—¿Y dónde está esta chica de la que hablas? —preguntó ella con cautela.

—Novanta —dijo sin estar muy convencido—. Aunque ha pasado mucho tiempo…

—¿Me estás diciendo que me espere a que hables con una chica que está en otro reino? —se sorprendió Sara—. En serio, ¿a ti qué te pasa?

Gero se quedó sin palabras. Entendía lo que decía, pero tampoco sabía si era correcto explicarle que se había enamorado de ella. Debía hablar primero con Fara.

—¡Por fin nos reunimos todos! —dijo Drasco mientras se acercaba con Sonstan—. ¿Se puede saber qué has estado haciendo? —preguntó a Gero—. Llevas días encerrado en casa sin salir.

—Tengo un par de planes en marcha —contestó sin entrar en detalles, todavía no estaba seguro de si funcionarían—. Ya os lo contaré.

—Bueno, lo que sea —respondió Drasco sin indagar más—. Hoy empiezan los combates por equipos. Nuestro primer combate es dentro de tres semanas, por lo que deberíamos asistir al de hoy para ver cómo funcionan.

Gero miraba a Sara sin prestar demasiada atención a los demás.

—¿Me estás escuchando? —preguntó Drasco con una sonrisa pícara—. ¿Necesitáis un poco de tiempo a solas?

No le había contado absolutamente nada de lo que había pasado y en solo unos segundos ya había captado la tensión entre ambos. Gero fue a replicar, pero antes de que lo hiciese, el grandullón

volvió a interrumpirlo mientras rodeaba con el brazo a Sonstan.

—Bueno, nos vamos adelantando —se carcajeó—. Cuando tengáis dudas de algo, pensad en qué haría yo en vuestro caso.

Ambos se alejaron mientras Drasco levantaba los pulgares en señal de aprobación. Parecía no haber leído bien el ambiente, pero al menos le había servido a Gero para ordenar el caos que había en su mente.

—Me gustas —suspiró en cuando volvieron a quedarse a solas—. Pero no romperé una promesa. No es justo para ella ni para ti.

—No me parece que sea algo malo que no quieras romper una promesa —dijo ella—. Lo que me enfurece es que no me dijeras nada de todo esto hasta llegar a este punto.

Fue a replicar, pero no tenía una respuesta decente.

—Necesito que me prometas algo —pidió entonces ella.

—¿El qué? —dudó, estaba ya aleccionado con respecto a hacer promesas a la ligera.

—Necesito saber que no es una excusa barata que te ha enseñado Drasco —dijo mucho más seria de lo que esas palabras implicaban.

—¡Te lo prometo!

Sara rompió a reír y Gero no pudo evitar sentir que cada vez entendía menos a las mujeres.

—No era esa la promesa que quería que cumplieras —bromeó—. Pero es bueno saberlo.

Gero se sonrojó y, para su sorpresa, Sara se acercó y le besó en los labios. Al separarse, dijo:

—Prométeme que este es el último beso que le das a una mujer hasta que pongas tus cosas en orden —declaró—. Tú también me gustas, pero no pienso ser *la otra.*

Se quedó congelado, sin entender nada, y al ver que ella esperaba una respuesta, afirmó con la cabeza como un idiota. Al menos, se sintió como tal y ella se dio la vuelta y corrió para alcanzar a los demás.

—¿Vienes? —le gritó desde la lejanía.

Miró cómo se alejaba y comenzó a andar en esa dirección sin entender lo que acababa de pasar. Ella alcanzó a Drasco y a Sonstan enseguida y Drasco le hizo un comentario que no alcanzó a escuchar. Sara le susurró algo al oído y ella y Sonstan continuaron hacia el anfiteatro mientras Drasco esperaba a que Gero lo alcanzase.

Cuando estaban a la misma altura, el grandullón preguntó jocoso:

—¿Cómo ha ido?

—Sara lo sabe.

Drasco frunció el ceño.

—¿Ya se la has enseñado? —se sorprendió—. Con razón estaba tan disgustada.

—¿Se puede saber qué narices significa eso? —gritó Gero enfurecido mientras le empujaba.

Drasco rio orgulloso su propia ocurrencia y luego se puso serio al ver que Gero no le reía la gracia.

—¿Qué sabe?

—Que somos demonios —se sinceró Gero—. Bueno, que yo lo soy. No sabe nada de ti.

Drasco se quedó pálido un instante y luego exhaló aliviado.

—Menos mal que no soy el único que la ha cagado —rio—. Sonstan lo sabe.

—¿Cómo que Sonstan lo sabe? —reprochó Gero—. ¿Desde cuándo?

—No lo sé —disimuló Drasco—. Dos o tres semanas como mucho.

—¡Los conocemos desde hace dos o tres semanas, pedazo de animal! —bramó Gero, ganándose que algunas personas del paseo se girasen a ver lo que pasaba.

—Tranquilo, es de fiar —aseguró—. Además, casi mejor así. No me sentía a gusto mintiéndoles a ellos.

—Somos un desastre —se lamentó Gero.

—Bueno, ¿qué ha pasado? —preguntó Drasco—. Parecía que la cosa funcionaba entre vosotros.

—Le he hablado de Far…

Drasco le dio una colleja que casi hizo que cayera hacia adelante.

—¿Cómo le dices eso? —le riñó—. ¿No querías algo con ella?

«¿He sido un estúpido por contárselo?», pensó Gero, pero tras meditarlo un instante, siguió pensando que había sido la decisión correcta.

Se pasó la mano por el cuello, le picaba a horrores la zona donde le había pegado. Luego suspiró y se sentó en la hierba junto al camino. Drasco le acompañó y se sentó a su lado en silencio. No era algo habitual en él, por lo que parecía que, para variar, podrían llegar a tener una conversación seria.

El arroyo que pasaba por un lado del camino sonaba y alguna voz se escuchaba en la lejanía. La mayor parte de la academia estaría en el combate de hoy. Normalmente, abrían la nueva temporada los dos equipos que habían liderado la tabla el cuatrimestre anterior y que continuaban en la academia. Este año competían el quinto y séptimo puesto, ya que los integrantes de los equipos más fuertes se habían graduado y habían disuelto sus respectivas formaciones.

—Le hice una promesa a Fara —confesó y se ganó una colleja más—. ¡Deja de hacer eso!

—Te juro que dejaré de pegarte cuando dejes de hacer el imbécil —declaró seriamente Drasco—. ¿Qué promesa hiciste?

—Que nos casaríamos cuando volviésemos a encontrarnos.

Gero se llevó las manos a la cabeza para protegerla, pero esta vez Drasco no se movió del sitio. Solo le miraba disgustado.

—No debiste hacer una promesa así si no estabas dispuesto a cumplirla —alegó.

—¿Te crees que no lo sé? No sé cómo ha pasado, realmente creía que era la mujer de mi vida.

—El primer amor suele ser muy intenso —señaló Drasco comprensivo—. Pero tienes que aclarar esto cuanto antes. ¿Qué ha dicho Sara? ¿Qué pasó el otro día?

—Nos besamos —confesó.

—¿Algo más?

Gero negó con la cabeza y le detalló todo lo que había pasado en la anterior conversación. Intentó ser lo más concreto posible. Sabía la experiencia que tenía Drasco con mujeres, él podría explicarle lo que acababa de suceder. Al terminar, se quedó pensativo un rato y él esperó paciente para saber su opinión.

—Mujeres… —dijo Drasco—. No hay quien las entienda.

Esta vez fue él quien le dio una colleja y ambos rompieron a reír.

—¿Lo tienes claro con ella? —preguntó Drasco—. La lejanía puede afectar a una relación, sobre todo entre gente tan joven. ¿Estás seguro de que ya no sientes nada por ella?

—A veces hablas como si fueras un anciano —apuntó Gero—. Pero no creo que el problema sea la distancia. Pasó algo antes de que nos separáramos. Tal vez si me hubiera quedado allí se hubiera resuelto, no lo sé; pero tengo la sensación de que no es así. —Se le hacía extraño decirlo en voz alta, pero al hacerlo, se convenció todavía más de que era la decisión correcta—. La sigo queriendo, pero

no de esa forma. Durante el viaje hasta aquí siempre tuve una duda o inquietud de que algo no estaba bien. No fue hasta conocer a Sara que entendí qué era lo que pasaba.

—Deberías enviarle una carta —sugirió Drasco—. No sabes cuándo volverás a verla, podrían ser años.

—¿No te parece de cobardes?

—Por supuesto —declaró—. Pero no olvides cuál es nuestra prioridad aquí. No podrás volver en mucho tiempo. Además, Fara merece saber la verdad para poder seguir con su vida.

Se le había olvidado que Drasco, por muy despreocupado que pareciese, era una de las personas más dedicadas que había conocido. Nunca perdía de vista el objetivo y, en estos momentos, este era hacerse más fuerte e infiltrarse en el ejército de Veniden.

—Tienes razón —susurró Gero—. No va a ser una carta fácil de escribir.

—Te fastidias —sonrió Drasco, se levantó de un salto y se dirigió al anfiteatro—. Y ahora, vamos, o nos lo perderemos.

Gero agradeció tener un amigo como él.

Llegaron al anfiteatro que, a pesar de haberlo visto durante semanas lleno por los combates, nunca lo habían visto así. El mercado que tenía en su interior se extendía hasta ocupar parte de la explanada que rodeaba el edificio. Decenas de miles de personas llenaban el lugar y en el interior se podían escuchar los gritos de los que ya habían entrado.

—¿Y toda esta gente? —se extrañó Gero.

—Es el combate entre los dos mejores equipos del curso anterior que siguen en la academia. Suscita bastante interés. Genci ha creído oportuno permitir que gente del exterior acudiera a verlo en directo —explicó Drasco y mostró su sonrisa burlona—. A cambio de un módico precio.

—Este sitio es realmente una fábrica de hacer dinero —susurró Gero para sí mismo, asombrado por la enorme multitud.

Se escuchaban cánticos y risas por todas partes. La gente aclamaba a sus favoritos y discutían distintas estrategias que creían que llevarían a cabo. Era toda una celebración.

—¿Va a haber suficientes visualizadores? —preguntó Gero.

—No lo sé. Esperemos no llegar demasiado tarde.

Cruzaron a toda prisa la multitud que se había formado. Por suerte, mucha gente no estaba haciendo cola. No parecían tener prisa por entrar y se entretenían comprando en los puestos.

—Igual hay de sobra —puntualizó Drasco, refiriéndose a los visualizadores—. Si no, no entiendo por qué no han entrado aún.

—Tal vez se hayan acabado ya… —dudó Gero.

Llegaron a las puertas, donde había unos cuantos soldados vigilando la afluencia de gente. Habían colocado varias mesas repletas de visualizadores en la entrada y la gente se dirigía a una u otra para alquilarlos. Suspiraron aliviados al ver que todavía sobraban. Al llegarles el turno, se dieron cuenta de por qué mucha gente no iba a ver el combate.

—Son cinco monedas de oro —reclamó el soldado que los atendió.

A Gero casi le da un infarto al escuchar la cifra. Aunque habían ganado mucho dinero con la apuesta que hizo Drasco en su combate, su fortuna no alcanzaba las cien monedas de oro. Miró asustado a su compañero, pero este sacó diez monedas sin inmutarse y se las dio al hombre.

—¿Qué haces? —susurró Gero cuando se adentraban al interior del anfiteatro—. ¿Estás loco? ¿Sabes lo que le acabas de dar?

—Al menos ya sabemos por qué muchos no van a entrar a ver el combate —dijo Drasco.

—Ya sabías lo que iba a costar, ¿verdad?

Drasco le sonrió y comenzó a andar más deprisa hacia las gradas. Allí, muchos ya habían activado su visualizador y permanecían sentados inmóviles. Gero sintió un escalofrío ante aquella estampa, le parecía siniestro. Era como si se hubiese parado el tiempo.

Mientras buscaban a Sara y a Sonstan, los dos equipos entraron en el anfiteatro y lo que vieron les asombró.

—¿Esos son Fled y Pierel? —preguntó Gero, señalando a dos de los integrantes de uno de los equipos.

—Eso parece.

—¿Cómo es posible?

Fled alzaba orgulloso la vista hacia las gradas mientras que su amigo parecía no estar en absoluto interesado en la situación.

Los dos equipos se dirigían a los menhires centrales y se colocaron en el centro, esperando instrucciones para entrar en el que correspondiera. Al parecer, aún no les habían informado en cuál lucharían.

—Aquellos que se marchan de la academia no pueden seguir compitiendo —explicó Drasco—. Los habrán reclutado para no tener que disolver sus equipos. Un equipo no puede tener menos de cuatro miembros, pero puede tener sustitutos o reclutar miembros nuevos si alguno de ellos se gradúa.

—¿Y ellos eran la mejor opción? —insistió Gero, incrédulo.

Drasco se encogió de hombros y señaló a Sara y Sonstan. Estos todavía no habían activado sus visualizadores a la espera de reunirse con ellos.

—¡Ya era hora! —exclamó Sara—. Por poco llegáis tarde.

El grupo se puso en fila y los activaron de forma simultánea. A diferencia de cuando se entraba en un menhir, aparecieron directamente en un gigantesco bosque. Sus cuerpos eran etéreos y flotaban en el aire. Gero ya estaba acostumbrado a esta sensación de los visualizadores de combates grabados. Podían moverse libremente por la zona y ver el combate desde donde quisieran.

Estuvieron un rato flotando por el aire mientras el lugar se llenaba de las proyecciones del público. Algunos se divertían haciendo piruetas en el aire, mientras que a otros les resultaba complicado desplazarse y trataban de aprender.

Ellos habían ya practicado durante su estancia en Lantalos y habían visto algunos combates. Sin embargo, Drasco seguía teniendo bastantes problemas para mantener su cuerpo quieto y solía flotar de un lado al otro.

Finalmente, dos luces iluminaron el cielo en extremos opuestos del bosque. Una azul y una roja señalaban la llegada de los combatientes y la gente aclamó eufórica. Gero y los demás estaban más cerca de la luz roja, por lo que se acercaron a ver qué equipo era. Resultó ser el equipo de Fled, que sin dilación se preparaban para el combate.

Fled tenía una sonrisa de lado a lado de la cara y no era para menos. Una batalla en un bosque era su punto fuerte y se le veía dispuesto a demostrarlo delante de todo el mundo.

—Esto será interesante —dijo Drasco, excitado. Parecía querer saltar al escenario y participar.

Los equipos avanzaban hacia el centro, debían combatir hasta eliminar el equipo contrario. Se movían silenciosos, ocultos entre el espeso follaje. Decidieron seguir al grupo de Fled y bajaron al

suelo. Tal vez vieran más desde arriba, pero abajo podían ver lo que ellos veían y escuchar lo que ellos escuchaban.

El grupo rojo estaba formado por dos magos y dos guerreros de sangre. Era una combinación bastante habitual entre los equipos fuertes, ya que los guerreros de sangre iban delante, y permitía a los magos guardar la distancia con el enemigo. De cerca, la mayoría de los magos no era rival para un guerrero de sangre.

Pierel llevaba un machete de acero damasco con el que se abría paso por el bosque. El otro guerrero de sangre llevaba un escudo redondo y una espada. Era un hombre tan grande como Pierel y la visión de ambos abriendo el camino resultaba imponente.

El mago que iba junto a Fled era un mago de aire. En vez de caminar por el suelo, flotaba entre las ramas de los árboles, quedando perfectamente oculto. No hacía ni un solo ruido al moverse, ni siquiera al posarse. Nadie sería capaz de percibir su presencia a no ser que lo viese por casualidad.

—Es bueno —indicó Gero a Sonstan. Este se limitó a asentir.

Pasaron los segundos y, finalmente, el silencio se rompió. Un tornado de fuego cayó sobre ellos e hizo que todo a su alrededor ardiese. Gero voló hacia el otro bando y pudo comprobar que se trataba de dos guerreros de sangre, un mago de aire y uno de fuego. Estos últimos combinaban sus conjuros para crear el gigantesco tornado que estaba arrasando con todo.

—Quieren reducir la ventaja de Fled —dijo Sara, que había aparecido a su lado.

«¿Cómo puede hacer como si no hubiera pasado nada?», pensó un poco dolido.

Sin embargo, el mago de aire del equipo de Fled levantó una cúpula que limitaba el alcance de las llamas, desviándolas. El tornado arreciaba sobre la cúpula y lenguas de fuego se disparaban por todo el lugar incendiando el bosque.

Fled se había puesto de rodillas y sus manos tocaban la tierra que tenía debajo. Todos los árboles a su alrededor comenzaron a brillar con una luz verde y, de pronto, comenzaron a moverse. Las llamas no parecían afectarles y comenzaron a alzarse.

—Increíble —susurró Gero, dándose cuenta de la suerte que había tenido en su combate contra él. En este escenario, no habría tenido ninguna posibilidad.

Los guerreros de sangre del equipo azul se lanzaron contra los árboles y los cortaban, pero estos volvían a crecer y continuaban su marcha hacia los magos ignorándolos.

Al ver que los árboles se cernían sobre ellos, los magos aumentaron el poder del tornado y finalmente lograron quebrar la cúpula de protección. Pierel protegió con su cuerpo a Fled, mientras que el otro guerrero alzó su escudo para proteger al otro mago y comenzaron a correr para alejarse del tornado.

—Resistencia —dijo Gero al percatarse de que las llamas apenas le habían chamuscado un poco la piel a Pierel. Había despertado una de las habilidades de los guerreros de sangre, poder reforzar su propia piel. Por eso debía de ser considerado un alumno de élite, era una habilidad poderosa y él parecía un experto en su uso.

Los árboles continuaban avanzando y, finalmente, llegaron a donde estaban los magos. Estos tuvieron que detener su conjuro y retroceder, había terminado el primer encontronazo. El mago de aire del equipo de Fled había sido herido, pero no de gravedad. Su brazo había sido quemado. Gero miró a Sara, que se llevó la mano a sus propias cicatrices.

El segundo enfrentamiento no tardó en llegar y después, el tercero. En cada intercambio, unos u otros salían con algún herido y no fue hasta el quinto intento que el equipo azul perdió a sus dos

magos de golpe. Fled había creado una lluvia de rocas y el otro mago había aprovechado para lanzar proyectiles de aire comprimido que eliminaron al mago de aire. El mago de fuego, al perder la protección de su compañero, no tardó en caer, siendo aplastado por una gigantesca roca.

Después de eso, los guerreros de sangre comenzaron a huir y tratar de hacer ataques sorpresa, pero el mago del equipo de Fled oculto entre las ramas los detectaba con facilidad. No tardaron en caer después de sus compañeros.

La batalla duró casi una hora y, al terminar, todos los presentes fueron expulsados del menhir y aparecieron de nuevo en el anfiteatro. Gero estaba completamente pálido tras lo que había presenciado. Sabía que a Fled le había ido bien en la clasificación, pero nunca habría pensado que sería tan fuerte. Le quedaba mucho camino por delante.

—Vamos a tener que ponernos muy en serio con esto —sentenció Sara.

El resto asintió todavía eclipsados por lo que acababan de ver. Al salir, se había formado un corro alrededor de los vencedores y las miradas de Fled y Gero se cruzaron. Al hacerlo, Fled se apartó del grupo y fue a saludar.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó orgulloso.

—Nos pones a los demás en evidencia —respondió con sinceridad Gero.

Se habían visto de tanto en tanto desde el combate. El joven parecía haberle cogido aprecio, aunque todavía no sabía muy bien por qué. Gero le seguía el juego, era importante trabar amistades con individuos poderosos.

—Me han dicho que habéis formado un equipo —declaró—. Estoy deseando poder luchar contra vosotros.

Parecían palabras sinceras, pero todos los presentes sabían que ese joven solo estaba tratando de alardear.

—Aún queda mucho para poder enfrentarnos —admitió Gero—. Pero cuando lo hagamos, te llevarás una sorpresa.

Aquello había encendido su vena competitiva y los demás de su equipo lo miraban con curiosidad, no era un comportamiento habitual en él.

—Eso espero. Bueno, me tengo que ir —accedió Fled—. Ah, se me olvidaba. ¿Os vais a apuntar al ataque al campamento de demonios? Será divertido.

Su indiferencia ante la vida de los demonios hizo que todos los presentes se tensaran. Sara y Sonstan miraron a sus compañeros sin saber cómo reaccionarían.

—Les dejamos eso a los que estén más preparados —respondió Drasco—. A nosotros todavía nos queda mucho trabajo por delante.

—Sé que no usas tu potenciación para mejorar tus habilidades —dijo Fled—. Todo el mundo lo sabe, seguro que estás más que preparado.

Drasco sencillamente rio sin contestar a eso y cuando Fled se marchaba, Gero le llamó:

—¿Tienes un momento esta noche? —preguntó—. Podríamos coger unas cervezas y venirte a mi casa para comentar algunas cosas del combate.

—De acuerdo —respondió Fled—. Nos vemos luego.

Fled se reunió con su equipo y continuaron con la celebración.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Sara.

—Nada de lo que debáis preocuparos —respondió Gero—. Lo importante ahora es ver cómo podemos mejorar nuestra fuerza conjunta. Tenemos dos semanas para nuestro primer combate.

Los demás lo miraron dubitativos, pero ninguno insistió y continuaron con la conversación mientras se acercaban a una taberna cercana. Gero no tenía su lección con Enya hasta unas horas más tarde y no iban a tener tiempo de entrenar, por lo que decidieron tomarse unas cervezas mientras comentaban posibles estrategias y formas de mejorar.

Al finalizar, Sonstan y Sara se marcharon, dejando a Gero y Drasco a solas.

—¿A qué ha venido lo de antes? —preguntó Drasco—. ¿Para qué quieres ver a Fled?

—Necesitamos más influencia —explicó—. Él la tiene o no estaría en ese equipo. Es muy fuerte, pero sabes que había otros candidatos aparte de él.

Drasco frunció el ceño, pero no añadió nada más.

—Vamos a tener problemas en los combates —declaró al fin Gero.

—Lo sé —admitió Drasco—. Estoy pensando en utilizar el disco en los combates de equipos. Nuestros resultados en esos combates son significativos. Los mejores equipos de cada cuatrimestre acaban siendo invitados a unirse a organizaciones importantes o puestos altos en el ejército.

—Voy a ausentarme un poco de los combates y los entrenamientos en grupo. Seguiré entrenando por las mañanas, pero necesito que me deis algo de tiempo.

—¿En qué andas metido?

Dudó en si explicarle sus planes. Le conocía y sabía que no los aprobaría. No obstante, no decirle nada solo haría que se pusiese pesado.

—Creo que he resuelto cómo romper la barrera, pero necesito tiempo para prepararme.

Su cuerpo no estaba preparado todavía, pero necesitaría años para estarlo y no tenían ese tiempo, por lo que se le había ocurrido una alternativa. Aquellas palabras no parecieron gustarle a su compañero, que se puso serio de pronto y le advirtió:

—Mucha gente muere al intentar romper la barrera. No tengas prisa.

—Las grandes oportunidades siempre vienen acompañadas de riesgos —respondió enigmático Gero.

43. Owen

Teilan y Owen caminaban bordeando la muralla interna de Rinea. Teilan llevaba una túnica con capucha que le ocultaba por completo, todavía no había recuperado su aspecto humano. Habían esperado a un día lluvioso para no llamar la atención y esa noche estaba siendo especialmente agitada.

La ciudad estaba repleta de soldados que hacían guardia por todas partes. Por suerte, a Owen se le daba bien ocultarse.

—Se están retrasando —dijo el cazarrecompensas sujetando un pequeño amuleto—. Ya deberían haber dado la señal.

La señal consistía en romper un amuleto gemelo que estaba conectado al que tenía en la mano. Al romper uno, el otro tendría el mismo fin, pero el tiempo pasaba y no sucedía nada. Tampoco se veían vestigios de combate por ninguna parte.

—¿Atacamos? —preguntó Teilan.

—No tenemos la señal —dijo Owen—. Es posible que haya pasado algo y hayan decidido no actuar.

—Entonces ¿nos vamos?

Owen se encogió de hombros y trepó hasta un tejado para poder ver mejor en la distancia. Teilan se quedó en el suelo, su cuerpo todavía se sentía débil debido a la abstinencia y Owen le había insistido en que conservara sus fuerzas. Al rato, bajó y comentó:

—No se ven de conflictos por ninguna parte. Tal vez deberíamos irnos.

No se le ocurría qué podría haber pasado. Sin embargo, aguardó a que su joven compañero tomase una decisión sobre qué hacer. Este no parecía seguro de qué hacer, pero antes de que abriese la boca, aparecieron Celia y Fara corriendo hacia ellos.

—No hay que combatir —declaró Celia—. Ayer llegó un mensajero de Jadea diciendo que iba a retirar la marca de esclavo de todos los demonios. Los ha liberado a todos.

—¿Cómo? —dudó Teilan—. ¿Cómo es eso posible?

—Se ha declarado reina y acepta a los demonios siempre y cuando estos la tomen como tal —explicó Fara—. Dice que en su reino hay sitio para todos y que no aceptará las leyes extranjeras.

Sonaba feliz y aliviada al explicar la situación.

—¿Su reino? —bramó Teilan.

Escondido bajo su capa, se empezaron a escuchar gruñidos escalofriantes.

—Te lo arrebatarán todo si les dejas —sonó una voz aguda y distorsionada bajo la capa.

Owen reaccionó rápido y se transformó justo a tiempo para bloquear a Teilan, que había vuelto a ser dominado por la ira. El golpe hizo que el maldito de Ieralia saliese despedido y se estrellase contra la pared que tenía detrás, cayendo sobre su cabeza el edificio entero.

«¿Cómo es posible?», se alarmó. Era mucho más fuerte que la última vez.

Le había destrozado el brazo y parte del hombro del golpe, pero estos comenzaron a sanar a gran velocidad. Notó cómo los huesos crujían y volvían al sitio. El dolor era inaguantable, pero al mismo

tiempo, parecía ajeno a él. Era una sensación extraña, pero se había acostumbrado a ello después de tanto tiempo.

Agradeció su monstruoso cuerpo mientras se recuperaba, sin embargo, cuando al fin lo hizo y trató de incorporarse, advirtió que su mente se nublaba. Entró en pánico sabiendo lo que se avecinaba; debía despertar a Teilan cuanto antes o volvería a perder el control sobre su cuerpo.

—¡Teilan! —rugió con una voz casi incomprensible.

Empujó los cascotes que tenía encima y se sorprendió al ver a Celia y Fara luchando contra él.

—No debimos sacarlo de aquella celda —se reprochó y corrió hacia ellos.

Las dos chicas habían mejorado mucho desde que se enfrentó a ellas; sobre todo, Fara. Esta hacía volar un par de dagas mientras manejaba otra en las manos. Las dagas voladoras se clavaban y atravesaban el cuerpo de Teilan impidiéndole moverse con comodidad.

Al mismo tiempo, Celia atacaba con su espada. Nadie en su sano juicio querría acercarse tanto a esa criatura, pero ella lo hacía esquivando con gran habilidad los zarpazos del espectro mientras gritaba para que volviera en sí mismo. Con cada grito, Owen sentía cómo su mente se volvía menos turbia por un instante. La joven estaba usando autoridad al gritar. Todavía le fascinaba que alguien tan joven hubiera aprendido, de todas las habilidades de un guerrero de sangre, la más poderosa.

—¡Sigue gritando! —ordenó mientras se unía al combate—. Parece que funciona.

Teilan, que hasta el momento había dominado el combate, comenzó a retroceder. Como el muchacho era mucho más fuerte que él, procuraba evitar o desviar los golpes, pero Owen no era tan ágil como lo eran las dos jóvenes y de vez en cuando recibía algún ataque. Cada vez que lo hacía, se le entumecía la zona, pero no retrocedía. No se lo podía permitir al notar cómo su mente poco a poco era engullida por la niebla.

Las dagas de Fara perforaban el cuerpo de Teilan y la espada de Celia cortaba tendones y músculos haciendo al espectro caer una y otra vez al suelo. No obstante, se levantaba todas y cada una de las veces. Trataba de eliminar primero a las jóvenes, pero Owen se interponía de nuevo sabiendo que un golpe del espectro podría matarlas.

Finalmente, lograron acorralar a Teilan contra la muralla interior. Tanto él como Owen estaban cubiertos de sangre, pero seguían atacándose el uno al otro como los monstruos que eran.

—¡Nos están rodeando! —gritó Celia, pero Owen no la oyó. Estaba demasiado enfrascado en la pelea como para hacerlo—. ¡Tenemos que irnos!

Esta segunda vez, su voz estaba cargada de autoridad y logró captar la atención del maldito de Ieralia. Este se distrajo por un instante del combate y Teilan acertó a golpear su cabeza y tumbarlo. Escuchó un pitido, debía de haberle dañado el oído.

—¡No te quedes ahí tumbado! —Celia le agarró y tiró de él para alejarlo del combate.

Alzó la vista para ver cómo Teilan se había enfrascado en una pelea con los soldados. Agarraba cascotes, troncos o cualquier otra cosa que pudiesen alcanzar sus manos y los usaba como munición contra sus nuevos adversarios.

La muralla interior se llenó de magos y guerreros que le lanzaban conjuros y flechas. En el suelo, Teilan fue rodeado por guerreros que atacaban manteniendo la distancia. No le permitían huir ni tampoco trepar el muro. Estaban bien organizados, parecían preparados para enfrentarse a él si aparecía.

Owen, Celia y Fara aprovecharon la distracción que generó Teilan y retrocedieron hacia los edificios. Muchos de estos habían sido derruidos a causa de las peleas de la invasión fallida de Varan,

pero todavía había muchos otros que seguían en pie y uno de ellos les sirvió de refugio y escondite.

A Teilan le llegaban ataques de todas las direcciones y se le veía confuso y cabreado. Reaccionaba al último ataque que recibía y esto le hacía dar tumbos de un lado al otro sin tener un objetivo claro. Aullaba cuando soportaba un golpe, pero estos no parecían hacerle el menor daño.

—Esto no va bien —gruñó Owen, que cada vez le costaba más pensar.

La táctica de los soldados no solo no funcionaba para eliminar al joven, sino que además hacía que perdiera cada vez más el control y eso supondría que pronto él no podría seguir luchando.

—Tenemos que ayudarle —gritó Celia.

Owen respiró hondo, escuchaba la misma llamada de la última vez, pero todavía podía resistirla. Tenía tiempo para devolver a Teilan a la realidad.

—Tenemos que dejarlo inconsciente —dijo—. La última vez funcionó.

—¿Cómo pretendes que hagamos eso? —se quejó Fara.

—Como sea —gritó mientras corría hacia Teilan.

Estaba desesperado y tal vez ambos murieran arrasados por los ataques de los magos, pero se negaba a volver a ser dominado. Si Teilan moría aquí o perdía el control, sabía que no volvería a tener otra oportunidad. Sería un esclavo de los espectros para el resto de su vida.

Teilan y Owen se enzarzaron en una sangrienta batalla. Destrozaban todo a su paso y todo aquel que se cruzaba en su camino acababa muerto. Por suerte para Owen, Teilan atacaba como un animal salvaje, sus golpes eran predecibles y eso hacía que fuese fácil defenderse de él.

Trató de alejarlo de aquellos que les atacaban desde la muralla interior, solo conseguían cabrearlo más y no le convenía. Fara y Celia gritaban a los soldados del suelo para que se apartasen y, aunque al principio se mostraron dubitativos, accedieron al ver que Owen tal vez pudiese reducir a Teilan. Aun así, siguieron a los dos monstruos desde la distancia. Probablemente, para acabar con el vencedor de ese enfrentamiento.

Al apartarlo de la lluvia de ataques del muro, Owen advirtió que los movimientos de Teilan eran más lentos y torpes que los del otro día. Estaba cansado y seguramente era debido a que aún no se había recuperado del enfrentamiento anterior. Gracias a ello, aprovechó un mal gesto de Teilan y lo rodeó para agarrarlo del cuello. Apretó con todas sus fuerzas mientras este forcejeaba de forma salvaje.

«Puedo conseguirlo».

Entonces, llamas negras empezaron a envolverlos y Owen se temió lo peor. Notaba cómo todo su cuerpo ardía, pero no soltaba. No podía hacerlo o sería rendirse.

De pronto, Celia y Fara le alcanzaron y sintió un atisbo de esperanza.

—¡Usa tu autoridad con él! —gritó a Celia.

Se le acababa el tiempo. Conforme Teilan se cabreaba más y perdía el control, él desaparecía y dejaba de parecerle importante lo que estaba haciendo.

Celia se lanzó contra Teilan. Tanto ella como Fara avanzaban de forma caótica por un campo de batalla plagado de lenguas de fuego negro que eran disparadas sin un objetivo aparente. Owen quedó asombrado por la valentía de ambas sabiendo el daño que recibirían si fuesen alcanzadas.

—¡Distráele! —mandó Celia a Fara.

Esta, que parecía comprender muy bien sus limitaciones frente a las de la espadachina, mantuvo una distancia prudencial que le diese tiempo para esquivar los ataques. Se desplegó la chaqueta que llevaba y un par de dagas más comenzaron a flotar en el aire haciendo un total de cuatro.

Las acercó hasta Teilan. Parecía tenía dificultades para moverlas. La joven apenas desviaba la mirada de su arma espiritual y las dagas flotaban al unísono hasta detenerse a escasos metros del espectro. Teilan, al ver lo que se avecinaba, empujó a Owen con todas sus fuerzas, aunque este se negaba a soltarle el cuello.

«No aguantaré mucho más», notaba coómo sus músculos perdían tensión poco a poco a causa de las serias quemaduras de su cuerpo.

Fara lanzó la primera daga. Teilan se apartó hacia un lado y, aunque Owen logró mantenerse sujeto a su cuello, esquivó el arma. Fara no desistió y siguió atacando. Rápidamente, el cuerpo de Teilan comenzó a acumular heridas. Aunque evitaba algunos de los ataques, Owen se mantenía firme y hacía que fuese imposible defenderse de todos.

Mientras tanto, Celia avanzó hacia él desde detrás procurando no ser vista. No fue difícil, ya que Teilan estaba demasiado ocupado con sus otros dos adversarios. Cuando se encontraba a una distancia lo suficientemente cerca como para atacar, Teilan advirtió su presencia y trató de defenderse, pero ya era demasiado tarde.

Celia había soltado su espada y lanzó un puñetazo con todas sus fuerzas contra la cara del espectro. Owen notó la onda que traspasó todo su cuerpo y aclaró sus sentidos a pesar de no ser el receptor del golpe. Ese puñetazo no había sido un simple golpe. Teilan cayó de rodillas y su cuerpo recuperó su tamaño normal.

«Esta chica es muy fuerte», pensó Owen estupefacto. Dejar inconsciente a un espectro era extremadamente complicado y lo había hecho parecer fácil. No obstante, suspiró aliviado, ya que no habría podido soportar esa tortura mucho más. Las llamas a su alrededor se apagaron y las jóvenes se acercaron a asistirles.

Owen estaba malherido a pesar de que se curaba con facilidad. Las quemaduras de llamas negras no provocaban heridas comunes y requerirían más tiempo. Cayó de espaldas y se sentó en el suelo mientras trataba de recuperar el aliento. Sabía que debían marcharse cuanto antes, pero su cuerpo no le respondía correctamente y necesitaba descansar un momento.

Vio cómo las dos chicas comprobaban preocupadas el estado de Teilan, era un chico con suerte. Tenía a gente a su lado a pesar de todo.

En ese momento, Teilan soltó un chillido salvaje. Celia se apartó a tiempo, pero el espectro no pareció interesado en ir contra ella. Su objetivo parecía ser Fara. Esta se impulsó hacia atrás para alejarse, pero Teilan se incorporó con una agilidad que no era propia de un humano y se abalanzó sobre ella para agarrarla.

Conservaba su cuerpo humano, pero esa fuerza y ese comportamiento significaban que seguía estando dominado por el espectro. Era como si hubiese adaptado su forma humana solo para engañarles. Sus ojos brillaban de color azul y una sonrisa macabra se dibujó en su rostro, cubierto por venas negras que pulsaban con tanta fuerza que se podía ver a simple vista.

Owen trató de levantarse, pero sintió su cuerpo pesado y notó que su mente empezaba a nublarse lo suficiente como para que la vida de esa joven careciese de importancia. Todavía conservaba la consciencia de sí mismo, pero ella no valía el riesgo de enfrentarse a Teilan. La llamada que escuchaba en la lejanía sonaba cada vez con más fuerza, por lo que trató de concentrarse en el dolor que sentía, en los recuerdos con el joven que tenía delante. Trató de mantener el vínculo que los ligaba, aunque no tenía muy claro si serviría de algo.

Fara disparó mentalmente una de sus dagas que se encontraba en el suelo contra la cara de Teilan, pero esto no le detuvo y continuó avanzando con esta todavía clavada. Teilan trató de agarrarla, pero ella sujetó el brazo de él con ambas manos y le hizo una llave aprovechando el impulso de su adversario para estamparlo contra el suelo. Justo antes de que se estrellase, Fara había colocado, haciéndolos flotar, cuatro cuchillos en el suelo apuntando para arriba y Teilan aulló encolerizado al caer sobre ellos.

La joven aprovechó la situación y trató de apartarse. No obstante, subestimó las habilidades de la criatura a la que se enfrentaba y el espectro se retorció en el suelo y logró alcanzar la pierna de Fara antes de que esta huyera y la hizo caer contra el suelo con fuerza. Al verlo, Celia se acercó para liberarla, pero a pesar de tener todavía tres de los cuchillos clavados en la espalda y otro en la pierna, Teilan seguía moviéndose con agilidad y antes de ser alcanzado logró levantarse, tirar de la pierna de Fara y agarrarla del cuello.

Celia se quedó inmóvil sin saber qué hacer. Owen también se acercó al percibir que, aunque la vida de esa joven no le importaba, matarla acabaría con la humanidad de Teilan y, por ende, con lo que él conocía de sí mismo antes de ser convertido en un monstruo.

Sin embargo, ni Owen ni Celia tenían muy claro qué hacer en esa situación. Si Teilan apretaba, sin duda mataría a la muchacha. Fara, aunque había mejorado mucho y se esforzaba más que nadie, seguía siendo una guerrera de sangre que se convirtió en tal sin estar preparada para ello hacía menos de un año. Su cuerpo todavía se estaba adaptando al cambio y la descomunal fuerza del joven no encontraría mucha resistencia si quisiese partirle el cuello.

—Tei —llamó Celia—. Suéltala.

Teilan reaccionó a ese nombre, pero no hizo caso mientras sostenía a Fara por los aires con una mano. Esta pataleaba y agarraba con sus manos la de Teilan, tratando de liberarse. Celia intentó acercarse, pero el espectro levantó un perímetro de llamas negras que lo protegían, impidiéndola entrar.

—¡Suéltala! ¡Suéltala! ¡Suéltala! —gritaba Celia una y otra vez utilizando su autoridad.

Aquellos pulsos no parecían tener un gran efecto sobre el comportamiento de Teilan, pero hicieron que el aturdimiento de Owen se disipase ligeramente. Al menos, lo suficiente como para tomar la decisión de transformarse en un maldito completo ante un desesperado intento por salvarla. Su cuerpo se volvió completamente gris y cubierto de costras. Los sellos grabados en su piel brillaban amarillos, su rostro se deformó mostrando sus gigantescos dientes y el resto de su cuerpo se convirtió en una máquina diseñada para matar.

Había varios metros de llamas que se interponían en su camino. Trató de correr, pero al entrar en aquellas llamas, algo le impidió avanzar. Empujó con todas sus fuerzas y empezó a dar pasos sintiendo cómo todo su cuerpo era devorado por las llamas.

«Tengo que llegar», se repetía una y otra vez.

Alzó la mirada y, de pronto, Teilan lo estaba mirando, pero esta vez no vio ni tan siquiera una sombra del chico con el que se había pasado los últimos meses viajando. Lucía una sonrisa de satisfacción al ver que las llamas le devoraban. Esa grotesca mirada le resultó incómoda y Owen apartó la vista solo para comprobar que Fara ya no pataleaba, solo colgaba sujeta por el cuello con la mirada en blanco y la cabeza en un ángulo imposible.

Owen dejó de notar los pulsos de autoridad de Celia y se dio cuenta de que esta se había quedado petrificada al ver lo sucedido a su amiga. Esto hizo que él perdiese rápidamente la voluntad de seguir

luchando y fue despedido hacia el exterior del círculo al dejar de hacer fuerza para entrar. Había fracasado y ya no le importaba. Las llamas a su alrededor consumían su cuerpo y él trataba de marcharse, pero sus músculos habían sido reducidos a ceniza y apenas lograba arrastrarse por el suelo en dirección a la llamada. La llamada de su superior era lo único que importaba. Debía complacerlo.

Teilan soltó a Fara, apagó las llamas que había por todo el lugar y clavó su mirada en Celia, que comenzó a caminar hacia atrás asustada. Los gritos de los militares se escuchaban cada vez más cerca, por todas partes. Los que les habían seguido los estaban rodeando.

—¡Teilan, reacciona! —gritaba Celia entre lágrimas.

Le temblaban las manos, apenas podía sujetar su espada y no pudo reaccionar cuando Teilan se abalanzó sobre ella. Por suerte, una anciana se interpuso entre ellos y bloqueó el ataque del espectro con un puñetazo que hizo retroceder al monstruo media docena de pasos.

Celia se sorprendió un instante, pero no desaprovechó la oportunidad y, sin dudar, agarró el cuerpo de Fara para emprender la huida. Cuando iba a comenzar a correr, Teilan empezó a aullar. Se agarraba la cabeza con ambas manos y se retorcía en el suelo.

Sus venas seguían siendo negras y sus ojos deslumbraban con su luz azul, pero a pesar de ello, su mirada denotaba una humanidad que hasta ese momento parecía haber desaparecido. Se le veía asustado y perdido. Miraba a su alrededor confuso, sin entender qué estaba pasando, hasta que llegaron los militares y una fila de magos empezaron a lanzar toda clase de conjuros contra él.

Kalia aprovechó el ataque para retroceder y correr hacia Celia, que huía torpemente sujetando el cuerpo de Fara. Se escuchaban los gritos de Teilan y las explosiones de los ataques. El cielo se iluminaba por las luces de los conjuros.

—¡Que no escape! —gritó de pronto un soldado—. ¡Corred!

Teilan no luchó esta vez, se impulsó hacia su lanza, que se encontraba junto al cuerpo carbonizado de Owen, la agarró y corrió hasta desaparecer por las calles de la ciudad mientras medio ejército trataba de darle caza.

44. GERO

—¿Qué lees? —preguntó Enya mientras entraba en su despacho.

Gero se encontraba sentado, leyendo un libro de sellos de la biblioteca privada de su maestra. La mujer llevaba un horario caótico, por lo que tras dejar un par de veces plantado a su alumno, llegaron a un acuerdo. Enya le entregó una llave de su casa y le dio permiso para que, si alguna vez no aparecía, cogiera uno de sus libros y lo estudiase durante las dos horas de lección que tenían al día. La única condición era que no podía sacar los libros de la vivienda.

Al principio, Gero no hizo uso de aquella llave, y si su profesora no aparecía, se marchaba. Tampoco la culpaba por ello, sabía lo ocupados que estaban los profesores y sobre todo ella, pero tampoco se sentía cómodo quedándose solo en su casa.

Todo eso cambió el día que terminaron las dos semanas de prueba de la academia y se volvieron a abrir todas las instalaciones. Para su sorpresa, la biblioteca de acceso general estaba fuertemente restringida. Nadie podía sacar los libros y el tiempo en aquel lugar estaba condicionado a los méritos que tuviera cada alumno.

Por lo tanto, al estar en la mitad inferior de la clasificación y no aceptar trabajos para la academia, el tiempo de Gero se limitaba a unas pocas horas al mes. Tras descubrir eso, se dio cuenta del valor de la oferta de su maestra y no la volvió a desaprovechar. Además, descubrió que los libros que ella poseía se acercaban mucho más a sus intereses.

—Estoy leyendo información sobre los sellos para la modificación de recuerdos —explicó Gero —. Resulta un tema fascinante.

—Y peligroso —puntualizó Enya—. Muy peligroso.

—Entiendo que pueda resultar peligroso si buscas un impacto permanente sobre los recuerdos. Pero ¿y si fuera solo temporal?

—¿Para qué ibas a modificar un recuerdo solo de forma temporal? —preguntó Enya interesada.

Gero cerró el libro y se levantó para guardarlo.

—Me lo planteaba como una práctica —explicó—. Creo que hacer cambios que se reviertan en un plazo fijo podría ayudar a entender este tipo de magia.

—No creo que sea tan sencillo —replicó ella.

Enya se acomodó en su silla y buscó su pipa para fumar. Gero colocó cuidadosamente el libro en la estantería y se volvió a sentar con la esperanza de poder sonsacar la mayor cantidad de información a su maestra.

—¿Por qué no? —inquirió.

—¿Puedes garantizar cuánto influye un detalle de tu vida en el resto? —preguntó—. Borrar un evento puede desencadenar una crisis de identidad.

—Lo sé. Entiendo cómo funciona, pero solo sería temporal —insistió Gero.

—Incluso aunque fuese temporal, una crisis de identidad puede llevar a un estado de conmoción del que tal vez no se recupere, aunque luego la modificación desaparezca —replicó.

Gero entendía esa parte, pero siempre había una forma.

—¿Y no hay alguna manera de proteger al sujeto de eso?

Enya se quedó pensativa unos instantes y se levantó para buscar entre las estanterías. Estuvo un tiempo mirando hasta que finalmente encontró un libro y se lo acercó a su aprendiz.

—Este cuaderno muestra algunas pruebas que hicieron mi padre y Rodrick —explicó—. Llevo años sin leerlo, pero se preguntaron algo parecido a lo que planteas. Ya te digo que son terrenos pantanosos. Entiendo tu curiosidad y no seré yo quien te lo prohíba, pero te recomiendo que emplees tu tiempo en asuntos de más utilidad.

—¿Y qué dice? —preguntó.

Enya frunció el ceño, pero parecía dispuesta a satisfacer su curiosidad.

—Descubrieron que el efecto de la eliminación de un recuerdo puntual era impredecible —aclaró y buscó entre las páginas hasta que le mostró una en particular—. Pero lee este párrafo.

Le entregó el cuaderno a Gero marcando desde dónde tenía que empezar a leer.

—«Una laguna parece ser la única forma de proteger la mente de una modificación temporal de los recuerdos. Los sujetos sometidos a una han mostrado resultados favorables incluso cuando han sido expuestos a borrados de periodos prolongados de tiempo. No obstante, tampoco se puede asegurar que no tenga absolutamente ningún efecto sobre la conducta a largo plazo al haberse realizado el ensayo sin un perfil detallado de la personalidad de los sujetos previa a la prueba…». —Gero miró a Enya sin comprender lo que había leído y dijo—: ¿Qué es una laguna?

La maestra se volvió a sentar detrás de su escritorio y rellenó su pipa tranquilamente. Parecía estar disfrutando del debate.

—Una laguna es un agujero en los recuerdos. Eliminar por completo todo recuerdo del periodo en el que ha habido la modificación.

—¿Y qué utilidad podría tener algo así? —preguntó Gero sin entender los motivos de Rodrick al hacer esa investigación.

—Las aplicaciones prácticas son una labor secundaria de nuestro trabajo —rio Enya—. Siempre se puede encontrar una utilidad después. Investigar es solo el primer paso.

Gero pasó la página, pero el resto del texto solo mostraba algunos ejemplos de experimentos y sus conclusiones. Rodrick era riguroso en su método y anotaba todos los detalles por muy insignificantes que fuesen. Parecía haber encontrado un sistema bastante eficaz para generar una laguna sin un impacto significativo en la persona afectada, pero a Gero le sorprendió todavía más la enorme cantidad de experimentos que realizó para lograr depurarlo.

—¿Por qué hicieron esas pruebas? —preguntó Gero mientras se acercaba a la estantería donde había cogido el libro su maestra. Comenzó a hojear los libros que allí habían sorprendido—. Parece que hay mucho acerca de este tema.

—Rodrick estaba obsesionado con los efectos de la magia en la mente y el cuerpo de los magos. Hizo muchos experimentos peligrosos e involucró a alumnos en el proceso —recordó Enya—. Se ganó muchos enemigos por utilizar a hijos de nobles como sujetos de pruebas.

—¿No eran voluntarios?

—Eso explícaselo a los padres.

Gero se quedó pensativo.

—¿Lo mataron por eso?

—Se podría decir que le puso en el punto de mira de muchos —explicó—. Pero fue su negativa a implantar la caza de demonios entre las misiones para los alumnos. Lo tacharon de traidor.

No quiso insistir más en ese asunto, no le interesaba demasiado la vida de Rodrick. Aunque había sido un guardián, se fue de Novanta cuando Gero era un niño y ni siquiera era capaz de recordarlo. Además, una idea se había formado en su mente conforme su maestra le explicaba. Esperaba estar equivocado, pero tenía que asegurarse.

—¿Sara era uno de los estudiantes?

—No es bueno que revuelvas su pasado —interrumpió Enya—. No sacarás nada bueno de ello, te lo puedo asegurar.

Aquello aclaró sus sospechas.

—¿Por qué no le decís lo que pasó y que deje de buscar? —preguntó—. Su familia…

—No tiene familia —interrumpió Enya—, y lo mejor es que sepa lo menos posible. Borraron todos sus recuerdos para proteger su mente, pero si algún día empezase a recordar, el resultado sería terrible.

—¿No tiene familia? —se extrañó Gero.

Enya apartó la mirada incómoda.

—¿Qué hicisteis? —cuestionó Gero.

—Pertenecía a una pequeña familia noble en declive —explicó—. No conocíamos sus circunstancias cuando la cogimos para el experimento. Su padre era hijo de un guerrero de sangre que murió en combate en Nárandul hace más de treinta años. Como su padre no consiguió romper la barrera, el poco poder que sustentaba su linaje comenzó a desmoronarse sin un cabeza de familia lo suficientemente fuerte para no sentirse vulnerable. Se obsesionó con hacer que sus hijos lograsen romper la barrera y en el proceso mató al hermano mayor de Sara y casi hace lo mismo con ella y su hermano pequeño.

—¡Eso es horrible! —se escandalizó Gero—. Espera... ¿su hermano pequeño sobrevivió?

—Su padre metió a los tres en un incendio hace cuatro años. Atrapados, solo podrían escapar si lograban romper la barrera. El hermano mayor murió ahogado. Sara rompió la barrera y logró salvar a su hermano pequeño.

—¿Pero entonces cómo es que dices que ya no tiene familia?

—Cuando su padre descubrió que ella lo había conseguido, empezó a usarla como una herramienta para recuperar su influencia perdida —explicó—. Al principio le obedeció, pero este se volvió más ambicioso y cuando empezó a buscar venganza contra aquellos que le habían humillado, ella se apuntó en secreto a la academia para alejarse de él.

—¿Ya ha estado apuntada? —se sorprendió Gero—. ¿Cómo es que nadie la ha reconocido?

—La gente viene y va en la academia. Ella se apuntó al experimento nada más entrar y apenas pasó tiempo aquí. Tampoco parecía querer relacionarse con nadie.

«No parece ella», se sorprendió Gero al pensar en la alegre muchacha que él conocía.

—Cuando Sara comenzó a mostrar síntomas de la locura provocada por manipular sus recuerdos, Rodrick decidió encerrarla por seguridad. Ya habían sucedido ataques a otros alumnos por parte de otros sujetos y se decidió cancelar el estudio —continuó Enya—. Tuvimos que avisar a su familia. Por aquel entonces, no conocíamos su situación personal. Ella no hablaba mucho. Cuando localizamos a su padre, este exigió que le devolviésemos a su hija. Creo que fue un error avisarle y uno todavía mayor devolvérsela sin solucionar el problema.

—¿Qué pasó?

—Al principio, solo tuvo algunos ataques de ira, pero era una joven muy fuerte y logró mantenerlos a raya —explicó—. No obstante, la obsesión de su padre por recuperar el honor de la familia hizo que la volviese a utilizar como un arma y esto la desestabilizó todavía más. Un día, no pudo mantener controlados sus impulsos…

Gero inspiró hondo con expectación. Jamás se habría imaginado que hubiese tanta oscuridad en su pasado.

—Al mes de haberla entregado a su familia, nos llegó un comunicado del regente de Lantalos explicando que Sara había quemado vivos a sus padres y su hermano y que ella había sufrido graves quemaduras en buena parte de su cuerpo.

—Pero… —A Gero se le atragantaron las palabras. Se tomó un instante para ordenar sus ideas y serenarse y luego dijo—: ¿Por qué acabó sola en Lantalos sin sus recuerdos?

—Tras casi un año investigando, se llegó a la conclusión de que el daño no podía ser reparado sin eliminar todos los recuerdos de la persona —señaló—. Rodrick y mi padre hicieron todo lo que pudieron por ayudarla, pero cuando vieron que era imposible, eliminaron todos sus recuerdos.

—¡¿Y por qué la dejaron sola después?!

Gero había escuchado más de una vez de su propio padre que Rodrick era un chiflado al que le importaba poco el bienestar de los demás. Pertenecía a los guardianes, pero era solo por conveniencia, ya que únicamente pensaba en sus investigaciones. Creía que eran exageraciones, pero había borrado la memoria de una joven y la había abandonado en la calle. Ese hombre era un monstruo.

En ese momento, se escuchó un chasquido y Gero se llevó la mano al pecho.

—No, no, no, no… —se repitió una y otra vez.

Sacó el colgante que llevaba al cuello y la joya que una vez le regaló Fara estaba partida por la mitad. Sintió como si el mundo se desmoronara y rompió a llorar. Había llegado a aceptar que ya no estaba enamorado de ella, pero no por ello le dolió menos. Al fin y al cabo, se habían criado juntos y ella siempre ocuparía un rincón en su corazón.

—¿Quién te dio esa joya? —preguntó Enya, entendiendo perfectamente lo que acababa de pasar.

Gero no tuvo tiempo de contestar y en ese momento vio los últimos segundos de la vida de Fara. El rostro de Teilan desencajado y convertido en un monstruo. Las llamas que lo envolvían todo. Los gritos de Celia. Apenas duró unos segundos, pero sintió el poder del que una vez fue como un hermano para él.

Aterrado, se tambaleó y tuvo que sentarse en el suelo, le costaba respirar. ¿Cómo había sucedido? ¿Qué le había pasado a Teilan?

—Reacciona —llamaba Enya—. ¿Qué has visto? ¿Qué ha pasado?

Su maestra se había arrodillado a su lado con un vaso de agua y trataba de devolverle a la realidad, pero él todavía se encontraba sumido en aquella pesadilla que recreaba una y otra vez en su mente.

—Está muerta —susurraba entre lágrimas—. La ha matado.

45. Feliseo

—Mi rey, tiene una visita —anunció Ald dando paso a Borian.

Ambos entraron en la tienda. Ald con una sonrisa mientras que Borian parecía dudar de la decisión que había tomado.

—Hola, Borian —saludó Feliseo—. ¿Cuándo fue la última vez que nos vimos?

—Hace dos años, mi rey —señaló Borian—. Durante una visita que hice a Vincel.

—Cierto, cierto —afirmó él, que lo recordaba perfectamente—. ¿Recuerdas la conversación que tuvimos en aquel momento?

Borian perdió la poca confianza que tenía y se puso de rodillas:

—¡Mi rey! —exclamó—. No tuvimos opción, los rebeldes tomaron la ciudad e hicimos lo que pudimos para mantener nuestros negocios.

—¿Traicionasteis a vuestro reino por vuestros negocios? —desafió el rey.

Borian se quedó completamente pálido.

—Nos habrían matado —aseguró—. Y he venido a demostrar mi verdadera lealtad.

«Este hombre no conoce el significado de la palabra lealtad», pensó Feliseo divertido.

Cuando entró por la puerta, sabía perfectamente lo que hacía allí. Sus espías le habían informado de que era uno de los hombres clave en la rebelión y que tenía un puesto en el gobierno temporal de tanta autoridad que podría incluso haber tomado el control de la ciudad.

No obstante, había evitado ese puesto. No quería ser el responsable de nada, solo beneficiarse a la sombra de otros. El hecho de que estuviera ahora en su tienda solo podía deberse a que los planes de los rebeldes ya no le parecían tan beneficiosos.

—Ald, déjanos a solas y que no entre nadie en esta tienda —ordenó.

El hombre frunció el ceño disgustado. Detestaba que le dejaran al margen, pero era demasiado inteligente como para negarse. Hizo una inclinación de cabeza y se marchó. Borian lo miraba asustado, no parecía contento de quedarse solo con el rey.

Feliseo se acercó a su escritorio, sirvió un poco de vino en un par de copas y se sentó.

—Siéntate —ordenó indicándole la silla que tenía delante.

El hombre se apresuró a obedecer. Sudaba nervioso y no podía mantener las manos quietas.

—Me traicionaste porque la rebelión no se podía evitar y decidiste apostar por el bando ganador. Tú…

—¡Mi rey…!

—¡No me interrumpas! —rugió Feliseo mientras daba un puñetazo en la mesa que hizo que Borian saltara de la silla.

—Perdóneme —suplicó mientras agachaba la cabeza.

—Apostaste por el bando ganador, pero si estás frente a mí es porque ya no crees que lo sea —explicó—. Eres un hombre de negocios y buscas el beneficio en aquello que haces y eso te ha llevado ante mi hoy. ¿Qué es lo que buscas?

La cara de Borian se iluminó ante la oportunidad de demostrar su utilidad al rey.

—Jadea y Grogo se han aliado y pretenden mantener la ciudad —reveló—. Ahora mismo, las tropas de Jadea están entrando y tomando posiciones.

—¡Maldita sea! —bramó Feliseo. Se levantó y empezó a dar vueltas por la sala ante la atenta mirada de Borian—. ¿Cuántos?

—Treinta mil por el momento —respondió—. No sé si vendrán más.

Feliseo sabía lo bien entrenados que estaban los soldados de Jadea. Aunque él tuviera la ventaja numérica todavía, eso complicaba sus planes. Novanta estaba preparada para defenderse ante invasiones. Cada detalle de su construcción se había hecho pensando en la mejor forma de repeler a un ejército y ahora eso jugaba en su contra.

Cuando se quiso dar cuenta, apretaba el puño furioso. Trató de relajarse, las emociones del anfitrión le afectaban más de lo que le gustaría admitir. A diferencia de otros espectros, los ancestros podían matar al hospedador y tomar el cuerpo, pero entonces no podría utilizar su magia y eso era un inconveniente para ocultar su identidad. Lo mantenía con vida, atrapado en su interior, pero el rey era lo suficientemente fuerte como para que su mente le afectase.

—¿De qué me sirves? —preguntó entonces—. ¿Qué puedes ofrecerme para que te mantenga con vida?

—¡Miraré por sus intereses! —respondió Borian—. Dígame qué quiere que haga con la ciudad y lo haré. Lo que sea.

Feliseo rio mientras se levantaba y se dirigía a un baúl que había en un rincón de la sala. Este hombre vendería a su propia familia si el trato era lo suficientemente bueno y su ambición podría resultar útil si podía controlarlo.

—Así que ahora mismo no tienes nada que ofrecerme —estableció—. Tu único valor consiste en que te dé el control de una de las ciudades más importantes del reino.

—Mi rey… —susurró Borian, que empezaba a entrar en pánico.

—Digamos que acepto tu propuesta —continuó—. ¿Qué me asegura que mantendrás esa fidelidad de la que haces alarde? ¿Cómo sabré que la próxima vez que te veas en una situación peligrosa no volverás a venderme?

—No sucederá —aseguró—. Puedo hacer un juramento de sangre.

Estaba completamente desesperado, lo tenía donde quería. Del baúl sacó una caja metálica que disponía de un par de ventanas. En su interior, un diminuto hilo negro se retorcía sobre sí mismo, deseoso de ser liberado. La caja era una prisión para el espectro, pero permitía contener su poder para que no se disipase y desapareciese. Era la única forma de sustentar la vida de un espectro que no fuera un ancestro sin haber poseído un cuerpo.

Feliseo dudó en si utilizar un espécimen recién nacido en Borian, ya que no disponía de ningún otro libre en esos momentos. Lo había creado especialmente para usarlo en Khlod, pero el muchacho había muerto antes de tiempo. No le gustaba crear nuevos espectros, ya que debilitaba demasiado su cuerpo, por lo que solía ser muy exigente con sus destinatarios.

Borian le permitiría controlar la ciudad, pero sabía que era un mago débil. Un espectro recién nacido dependía de su hospedador para protegerse hasta crecer, pero ahora mismo resultaba la opción más beneficiosa. Se maldijo a sí mismo por tomar una decisión de esa manera por razones políticas, pero procuró pensar en ello lo menos posible. Ya elegiría a alguien más fuerte para su siguiente anfitrión.

—¡Tenían razón! —Borian saltó de la silla y empezó a retroceder—. Es un monstruo como su hermano.

—No exactamente como mi hermano —respondió con una sonrisa maligna.

Borian se dio la vuelta y trató de correr, pero sus pies se hundieron en el suelo y este se solidificó tan rápido que no pudo reaccionar a tiempo. Trató de gritar, pero en un rápido movimiento, Feliseo se sacó el pañuelo que tenía en la chaqueta y se lo metió en la boca.

—Si gritas, estás muerto —le susurró al oído.

El hombre trató de pronunciar algún conjuro, solo sabía usar magia recitando, pero no logró nada al tener la boca tapada y comenzó a llorar. Feliseo se acercó a la entrada para comprobar que el revuelo no había atraído atención indeseada, pero no fue así. Ald sabía hacer su trabajo.

—Por tu reacción imagino que sabes lo que es esto —le dijo mientras agarraba una silla y se sentaba frente a él.

Borian seguía encadenado al suelo, ya no se resistía y solo esperaba su final.

—Te doy la oportunidad de salir con vida de aquí —le dijo—. Pero no es la vida que esperabas cuando has entrado en esta tienda. Tu vida te seguirá perteneciendo, pero no solo a ti; la compartirás con él —dijo mirando al espectro—. Tú tomarás las decisiones, pero él te mostrará el camino. ¿Quieres poder? Te lo dará. ¿Quieres la ciudad? Te será entregada.

Borian lo miraba confuso e inmóvil, atento a cada palabra que decía.

—A cambio deberás aceptarle como parte de ti. No puedo forzar que entre en tu cuerpo, así que la decisión es tuya —continuó y le quitó el pañuelo de la boca.

—¿Y si no acepto? —preguntó temeroso.

—Te colocaré un sello de esclavo y cuando dejes de serme útil te venderé a algún noble de segunda.

Borian tragó saliva y su rostro delató sus intenciones. Era un hombre débil y no le gustaba ceder uno de sus súbditos a un hombre así. Sin embargo, la ocurrencia que había tenido de entregarle el espectro comenzó a parecerle cada vez más atractiva.

«Tal vez me he centrado demasiado en la fuerza y debería buscar otra clase de habilidades», pensó.

Aunque el espectro modificase la mente del anfitrión, no podía introducir nada que no existiera. Los espectros no retenían recuerdos al pasar de un cuerpo a otro y solo podían influir en cómo el poseído interpretaba sus recuerdos hasta moldear su personalidad.

Este espectro tardaría en crecer debido al escaso poder mágico del comerciante, pero le sería de utilidad durante el ataque y posterior reconstrucción de la ciudad. Aunque no fuese un guerrero, tal vez pudiese convertirse en un líder más adecuado para la ciudad de lo que fue el duque.

—¿Dolerá?

«Todos preguntan lo mismo», Feliseo sonrió divertido.

46. GERO

Gero miraba las paredes de su casa, completamente cubiertas de bocetos de sellos. Llevaba desde que conoció la noticia de Fara sin salir de allí. Aunque en los últimos meses se hubiese dado cuenta de que ya no la quería de una forma romántica, no podía negar que la muerte de su amiga y primer amor le había afectado profundamente. Estaba pálido, despeinado y ojeroso, apenas había comido o dormido. El monstruoso rostro de Teilan lo atormentaba cada vez que cerraba los ojos.

La culpa de haber estado jugando en la academia mientras los demás arriesgaban sus vidas en el exterior lo devoraba por dentro. La impotencia de no estar a la altura de lo que se esperaba de él nublaba su mente y todo ello le hizo llegar a la conclusión de que tal vez nadie esperaba nada de él, por eso lo habían enviado a la academia.

Había terminado el trabajo con el que había estado obsesionado desde hacía semanas. No sabía si funcionaría y podría matarle, pero se negaba a aceptar la mediocridad. A algunos les era entregado el poder al nacer, él no tenía esa suerte. Él debía crear la suya, costase lo que costase.

Se acercó al armario donde había colocado la entrada a la sala de entrenamientos. Podría dedicarse años a revisar los sellos, pero no creía que pudiera estar mucho más preparado. Al fin y al cabo, era la primera vez que se hacía algo así.

Al entrar en la sala, los techos, paredes y el suelo estaban cubiertos de sellos que bañaban todo con una luz amarillenta. La entrada se cerró a su paso y se quedó en su lugar los sellos para poder reabrirla. Dudó un instante en si había sido una buena idea no avisar a nadie de lo que iba a hacer. Una vez más descartó esa opción. No lo entenderían.

Había retirado todo lo que había en el interior y solo era una sala vacía con un maniquí en una esquina. Era alto y musculoso, mucho más que él. No tenía rostro ni cabello y su piel era de color ámbar. Lo ignoró por el momento y se colocó en el centro de la sala.

Respiró hondo mientras se quitaba la camiseta. Estaba nervioso, incluso se podría decir que aterrado. Su torso estaba cubierto de sellos pintados, tanto el pecho y la barriga como la espalda. Había tenido que utilizar un clon para pintar aquellos que él mismo no había podido.

Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, cerró los ojos y se concentró en activar los sellos de su cuerpo y de la sala. Los conocía de memoria, no necesitaba mirarlos para saber exactamente dónde estaban y, conforme se fueron activando, empezó a sentir que su mente se vaciaba.

Los sellos empezaron a iluminarse y Gero comenzó a gemir de dolor. Le quemaba la piel y sintió como si el mundo a su alrededor se colapsase. Como si el mismo sol estuviese engullendo esa sala. La luz llegó a ser tan intensa que, aunque hubiese querido, ya no habría podido abrir los ojos. De esa forma, no pudo ver cómo los símbolos de las paredes y de su cuerpo desaparecían, así como los que reabrían el acceso al exterior.

Gritó angustiado, confuso y cegado por la luz. Se levantó de un salto, pero no era capaz de orientarse al no poder abrir los ojos y palpaba a su alrededor.

—¡¿Hola?! —llamó—. ¿Hay alguien?

De pronto, la luz se apagó y se encontró completamente solo en una sala vacía. No sabía dónde estaba y al tratar de hacer memoria de lo último que recordase… Nada. Ni siquiera podía recordar su

propio nombre.

Se miró las manos, llenas de callos. No llevaba camiseta y su pálida piel estaba un poco musculada. No reconocía su cuerpo.

—¡¿Puede oírme alguien?! —gritó. El pánico empezó a apoderarse de él.

No había ninguna puerta ni ventana. Ningún lugar por donde salir. Las paredes estaban hechas de piedra rugosa y no parecían estar construidas con bloques, sino que toda la sala fuese solo un hueco dentro de una gigantesca roca. Se podía ver gracias a una serie de extraños puntos de luz ubicados en un techo, aunque estaban demasiado altos como para que fuese capaz de investigarlos.

Había un maniquí en un extremo de la sala. Se acercó para inspeccionarlo. Tenía un aspecto perturbador, puesto que no tenía rostro, y al tocarlo con la mano, descubrió que tenía la piel dura y suave.

«¿Qué narices estará haciendo esto aquí?».

Le dio un empujón, pero fue incapaz de moverlo del sitio. Era como si estuviese clavado al suelo y tras unos intentos más de averiguar qué era, desistió y se fue hacia las paredes de la sala.

Comenzó a palparlas buscando una puerta oculta. De alguna manera debía haber entrado en aquel lugar, aunque ahora no recordase cómo. Mientras lo hacía, sintió un fuerte golpe en el costado y perdió el aliento. Cayó de bruces y se giró para ver qué lo había golpeado. Frente a él estaba el maniquí.

—¿Quién eres? —preguntó mientras tosía.

No respondió y se lanzó a atacar a Gero. Este esquivó por instinto rodando por el suelo, puso una mano al rodar y se impulsó para levantarse, elevándose y dando una voltereta hasta caer de pie.

—¿Qué cojones? —se sorprendió Gero al ver lo que acababa de hacer.

No había sido de forma consciente. Al parecer, sabía pelear, lo cual era una buena noticia considerando la situación. El maniquí no le dio tregua y continuó atacando. Gero se defendió como pudo y poco a poco comprobó el alcance de sus habilidades.

Esquivaba con rapidez, pero sus golpes no eran tan pesados como los de aquel ser. Por suerte, su piel había perdido la dureza y parecía casi humana frente a cuando había estado inmóvil. Aun así, bloquear sus ataques le resultaba una tarea casi imposible y en muchos casos, lo hacía caer o retroceder. Sus puñetazos parecían hacer poco efecto sobre él, pero era difícil saberlo sin cara.

La intensidad del combate fue frenética. El maniquí no dejaba de atacar y el tamaño de la sala no permitía a Gero huir. No había armas, no había dónde esconderse. No tenía cara, pero sabía en todo momento dónde estaba.

Tras lo que debió de ser casi una hora de tortura y momentos cercanos a la muerte, el hombre de ámbar se quedó de pronto completamente inmóvil. Gero se apartó y trató de recuperar el aliento. Respiraba con dificultad y sin perder el tiempo buscó desesperado una salida, pero no encontró nada. La roca era lisa y no había ni siquiera una grieta en la superficie. Ningún lugar por dónde salir, era como si hubiera entrado allí por arte de magia.

Desistió en su búsqueda y decidió sentarse a descansar. Cuando recuperó por completo el aliento, se acercó a aquel ser y le pegó un puñetazo en la cara con todas sus fuerzas.

—¡La madre que lo parió! —gritó mientras se agarraba la mano del dolor.

El ser, que mientras habían combatido parecía tener carne humana, volvía a ser tan duro como la piedra. Abrió y cerró la mano un par de veces para comprobar que no se había roto ningún dedo y suspiró aliviado.

Dio un par de vueltas más por la sala buscando una salida y volvió a sentarse para tratar de hacer memoria. ¿Quién era? ¿Dónde estaba? ¿Quién lo había metido en un lugar así? Sin embargo, algo le impedía recordar y sentía un dolor punzante al intentarlo que le hacía entender que no debía saberlo. No debía indagar.

Pasaron las horas, y pronto se dio cuenta de que algo no iba bien. No sentía hambre ni sed, aunque sí que se había cansado al luchar y sentía la necesidad de dormir para descansar. No obstante, al hacerlo, no soñó. Ni siquiera estaba seguro de si a eso se le consideraba dormir. Solo cerró los ojos y la oscuridad le envolvió hasta que volvió a abrirlos.

Tras ello, continuó investigando cada palmo de las paredes hasta que finalmente desistió al no encontrar absolutamente nada. Desvió entonces su atención hacia aquel extraño muñeco y se sentó frente a él. Estaba convencido de que había pasado al menos un día entero, pero continuaba completamente inmóvil hasta que, de pronto, el hombre de ámbar le atacó sin previo aviso.

Por suerte, este no le había sorprendido durmiendo, pero todavía se encontraba sentado en el suelo y apenas pudo esquivarlo impulsándose hacia el lado cuando se abalanzó sobre él. Consiguió levantarse justo a tiempo para bloquear el segundo ataque y comenzaron a luchar de nuevo.

Gero no se percató al principio, pero tras unos cuantos intercambios tuvo la sensación de que, aunque era casi imperceptible, aquel ser se había vuelto más rápido, más duro y más fuerte que la última vez. Tal vez fueran imaginaciones suyas o lo sentía así su dolorido cuerpo del combate anterior, pero era lo que su intuición le decía.

De nuevo la pelea se prolongó durante una hora y el muñeco se volvió a quedar inmóvil. No necesitó un tercer enfrentamiento para saber lo que estaba pasando y el miedo se apoderó de él. Algo le decía que no saldría de allí con vida.

—¡¿Qué clase de juego macabro es este?! —gritó, golpeó las paredes y lloró desesperado.

47. Celia

Era una mañana calurosa a pesar de las fechas. Celia se encontraba sobre la muralla en las puertas de Rinea, supervisando el traslado de los rebeldes y los refugiados de Novanta. Un general de Jadea había tomado el control de la ciudad y había aceptado dar refugio a todo aquel que lo necesitase por indicaciones de la nueva reina.

Nadie le había pedido hacerlo, pero sentía la necesidad de ocupar su tiempo hasta que se aclarara las ideas. El día anterior había enterrado a Fara en el bastión de la ciudad, el lugar donde se enterraban a los héroes. Le habría gustado poder enterrarla en Novanta, pero la situación en la ciudad fronteriza la disuadió. Tal vez algún día podría llevar sus restos allí, pero no era el momento.

La idea de enterrarla allí fue de Varan. Enterrar a una rebelde en el lugar sagrado de aquella ciudad la convertiría en un símbolo. No le hacía gracia utilizar la muerte de una amiga de esa forma, pero en el fondo sabía que, si le hubieran dado a elegir a Fara, habría aceptado.

—¡Mira por dónde vas, imbécil! —gritó un mercader, devolviéndola a la realidad.

—¡Serás inútil! —respondió otro—. ¡Mira lo que has hecho!

Dos carros medio vacíos habían chocado y bloqueaban la entrada de la ciudad. Los caballos de ambos se encabritaban y daban coces. Los dos mercaderes, sucios, cansados y desnutridos, se gritaban mutuamente. Celia se dispuso a intervenir, pero de pronto apareció Anna con su radiante sonrisa.

No consiguió escuchar lo que dijo, pero los hombres se acercaron y se dieron la mano. Después, un grupo de gente los ayudó a separar los carros para que pudieran liberar el acceso a la ciudad. Todo el mundo adoraba a esa chica, tenía la capacidad de caer bien a la gente. Una vez terminó de solucionar el problema, miró a lo alto del muro y saludó a Celia.

Esta le devolvió incómoda el saludo. No estaba de humor para entablar conversación, pero, al parecer, esa acción le dio pie a acercarse. Anna trotó hasta el pie del muro y en vez de buscar la escalera más cercana, saltó hasta la cima. Sus piernas se hincharon al impulsarse contra el suelo y al caer, se deshincharon hasta volver a su tamaño normal.

«Impresionante», pensó Celia.

Había visto utilizar esa habilidad a Corento; potenciaba sus capacidades físicas a la fuerza y usaba su magia de luz para curar el cuerpo del daño que provocaba. Sabía que el dolor era inaguantable para la mayoría, pero el rostro de Anna no mostró ningún signo que lo indicase.

Vestía con la ropa cómoda de un guerrero: botas, un chaleco y un pantalón fino de cuero de lireciron, una variedad de bestia parecida a un león con una piel tan dura que lo convertía en una de las bestias más peligrosas que existía. Era una piel casi negra, muy fina, ligera, y el coste era desorbitado. La mayoría no sabría distinguirla del cuero normal, pero Celia conocía el tejido. Ella misma lo llevaba, pero lo había tintado de marrón para que fuera más difícil detectarlo. Lo contrario sería buscar problemas. Portaba dos espadas cortas que colgaban sujetas a un cinturón, cada una de las cuales llevaba una pequeña joya incrustada en la guarda. Una, negra y la otra, transparente.

—¿Te han aceptado las espadas de Zarkon? —preguntó sorprendida al reconocerlas. Ella las había traído desde Novanta y entregado a Varan por indicación de Grogo.

Ambas formaban en conjunto un arma espiritual de primera categoría. Su calidad era excepcional. La única que conocía que estuviese a su altura era la lanza del emperador de Teilan. En una ocasión, incluso le planteó a Vera por qué no la tomaba como arma. Al fin y al cabo, era un tesoro incalculable. Sin embargo, al ser un arma espiritual de calidad tan elevada, un guerrero de sangre tardaría décadas o incluso siglos en lograr dominarlas y solo si fuese un usuario de autoridad tan habilidoso como lo era Vera. Por ello, ni siquiera su madre había querido quedárselas tras la muerte de Zarkon.

Anna se llevó las manos a las espadas y asintió con una sonrisa.

—Eso parece, aunque todavía no las he usado en combate —dijo—. Varan no me deja combatir, dice que todavía no estoy preparada.

—No tengas prisa —advirtió Celia—. La gente muere por no estar preparada.

La sonrisa de Anna desapareció.

—Siento lo de tu amiga —se lamentó—. No la conocí mucho, pero parecía una gran persona.

Celia miró a la gente que entraba en la ciudad con tristeza. Había muchos heridos del ataque anterior. Demonios y refugiados de Novanta se mezclaban y a pesar de alguna disputa puntual, la mayoría evitaba los conflictos. La gente quería paz y lo que había ante ella era una demostración de que la guerra no nacía de la gente corriente.

—Ella era una buena persona —susurró—. No debimos involucrarla en esta batalla. Si se hubiera quedado en Merecid…

Sus ojos se humedecieron, ni siquiera tenía fuerzas para ocultarlo. Todos sabían lo peligroso que era estar alrededor de Teilan y, sin embargo, había permitido que la acompañase.

—Eres aprendiz de un guardián, ¿verdad? —dijo Anna.

Celia levantó una ceja lentamente y asintió. Varan le había asegurado que la había tomado de aprendiz y conocía la historia de los guardianes, por lo que no tenía sentido negarlo.

—Ambas sabemos que esta batalla solo es lo que el mundo ve de una guerra que los guardianes llevan mucho tiempo luchando en las sombras —puntualizó Anna—. Ella no perdió la vida en esta batalla, si no en esa guerra.

—¿Y eso qué narices cambia? —se irritó Celia.

—Varan me salvó la vida y su meta era un futuro sin espectros —declaró—. Si Fara estaba con vosotros, era porque ella creía en ese futuro y la mejor forma de honrarla es llegar a él.

—No sabes dónde te estás metiendo —advirtió Celia.

—Puede ser, pero el poder que me ha sido entregado me da la oportunidad de hacer algo al respecto… —puntualizó Anna—. Y viviré mi libertad sin arrepentimientos.

La joven sonrió despreocupada y se giró hacia la muchedumbre al escuchar gritos. Había otro conflicto entre la gente que entraba en la ciudad y ella fue a saltar del muro para pararla, pero de pronto la gente de alrededor intervino y no tuvo que hacerlo.

—¿Y Varan? —preguntó entonces Celia.

No lo había visto en todo el día. Le dio el pésame el día anterior, después del funeral, y luego desapareció.

—Ha ido al norte —respondió Anna—. El muy cretino se ha ido sin decir nada para que no le siguiera.

Celia se tensó.

—¿Ha ido a por Teilan? —preguntó alarmada.

—Ha ido a reunirse con los líderes de las aldeas perdidas —explicó Anna—. Todavía no se fía de Jadea. No ha dicho nada, pero creo que va a intentar convencerles de que vengan a esta ciudad.

—¿Para qué?

—Muchos no aceptarán como reina a Jadea ahora que el poder del rey ha resurgido —aclaró Anna. Su voz era jovial y alegre a pesar de lo serias que eran las palabras que estaba pronunciando—. Esa mujer está loca, nadie en su sano juicio se creería que quiere la paz entre ambas razas. Es cuestión de tiempo que volvamos a la situación anterior.

Hablaba convencida de lo que decía y Celia la creyó.

—¿Entonces por qué aceptó? —preguntó—. ¿Por qué ha traído a todos aquí?

Anna le guiñó divertida un ojo. Su mirada transmitía una calma aterradora que hizo que a Celia se le helara la sangre.

—Es más fácil matar a alguien si te metes primero en su casa.

Tras eso, volvió a saltar desde la muralla y se dirigió hacia unos cuantos alborotadores que no estaban conformes con la cantidad de comida que se les estaba entregando. La población local se había incrementado de forma significativa y hasta que llegasen alimentos, se había decidido limitar las raciones. Sin embargo, los habitantes de la ciudad no estaban conformes con ello y de vez en cuando había conflictos con los refugiados.

Celia pensó por un instante en ayudarla, pero desistió. Sabía que no le hacía ninguna falta y que sería más un estorbo que una ayuda. Decidió dar un paseo por la muralla. No sabía qué hacer a continuación y aunque se planteaba volver a Novanta para ayudar, le pesaban las palabras que le dijo Vera.

Se sentía estúpida por haber renegado del poder que le había sido otorgado. Se culpaba por la muerte de Fara y sabía que, aunque fuera a Novanta, sería una carga para Vera. Tampoco podía ir tras Teilan, pues sabía que no podría detenerlo. Se sentía perdida.

Caminó hasta que, de pronto, se encontró completamente sola. Había alcanzado el lado oeste de la muralla y frente a ella solo se veía el frondoso bosque que cubría la mayoría de Dierin al sur del río Tein. Al fondo, se alzaba imponente la cordillera Sgonna.

En algún lugar de esa cordillera, su madre estaría luchando o a punto de luchar una de las grandes batallas que cambiaría el curso de la historia. Tal vez nunca la volviera a ver a pesar de la promesa que le hizo de que saldría con vida. Sabía que era una promesa vacía, ya que la guerra no permitía el lujo de decidir cumplirlas, pero aun así se aferró a ella. Era lo único que podía hacer.

—Por fin podemos hablar a solas. —Una voz madura de mujer la sorprendió.

Se giró hacia las escaleras que subían a la muralla y vio a una anciana de piel negra. No había percibido su presencia hasta que había hablado. Celia sacó su espada y dio unos cuantos pasos atrás para alejarse. Sabía que corría más que ella, por lo que mientras se mantuviera alerta, no corría un peligro inminente.

—¿Quién eres? —gritó Celia.

Tras protegerla de Teilan, la anciana había desaparecido tan rápido como había llegado en cuanto la gente empezó a acudir. No la había visto desde entonces, incluso se había planteado si realmente llegó a estar allí o se estaba volviendo loca. ¿Cómo era posible que esa misma mujer que la atacó en Novanta le hubiera salvado la vida? No tenía ningún sentido.

—Mi nombre es Kalia —dijo sin intención de acercarse más.

Eso no hizo que Celia se relajase, pero al menos se sintió un poco aliviada. Parecía no tener malas intenciones por el momento.

—¿Cómo me has encontrado? —continuó—. ¿Qué quieres de mí?

Mantuvo la espada en alto. La mujer no parecía ir armada, pero se podía hacer una idea de lo fuerte que era y no quería correr riesgos.

—Vera me dijo dónde podría encontrarte —anunció—. Te lo explicaré todo si me dejas.

—¿Mi madre te dijo dónde encontrarme? —preguntó reticente y dio un par de pasos más hacia atrás.

Kalia alzó la mano preocupada por que saliera corriendo, pero no intentó acercarse más y Celia lo agradeció.

—Soy sierva de los hijos de Anteli —dijo Kalia—. Llevo mucho tiempo buscando supervivientes.

Celia levantó confusa las cejas.

—Tendrás muchas preguntas, pero si alguien te puede dar respuestas, soy yo. Te pido que me escuches y responderé a todas ellas.

La mujer era muy directa y su voz sonaba tajante. No había lugar a duda por su parte, parecía dispuesta a lo que fuera necesario para lograr que la creyese.

—¿A qué has venido? —preguntó—. ¿Por qué me buscabas?

—Mi deber es protegerte, instruirte y ocultarte. Es vital que aprendas cómo funciona tu poder —explicó—. Vera hizo un buen trabajo, pero si accidentalmente lo hubieses despertado…

El rostro de Celia se iluminó.

—¿Sabes despertar mi poder? —exclamó interrumpiéndola.

Se había propuesto aprender a usarlo, pero no sabía por dónde empezar. A diferencia de otros magos, ella no parecía mostrar signos de tener magia. Disponía de magia en su interior, pues el lector de elementos se iluminaba, pero eso era todo. Llevaba años sin ser capaz de sentirla o usarla.

—Te podré explicar todo eso si vienes conmigo —respondió Kalia.

—¿Ir a dónde? —se alarmó Celia que levantó de nuevo su espada al darse cuenta de que había bajado la guardia.

Kalia suspiró cansada, pero no se alteró. Mantuvo la distancia y miró alrededor para asegurarse de que nadie escuchaba.

—Despertar el poder de un hijo de Anteli y aprender a controlarlo requiere tiempo, nos marcharemos a un lugar donde puedas aprender sin que nadie nos moleste hasta que seas capaz de regresar a la sociedad.

Celia no sabía si mentía o no y se arrepintió en ese momento de nunca preguntarle a su madre acerca de sus orígenes. No obstante, algo en su interior le decía que le estaba diciendo la verdad y que tal vez ni siquiera su propia madre fuese capaz de mostrarle lo que esa mujer iba a enseñarle.

Buscaba poder y esa mujer se lo ofrecía. Le pareció que la aparición de Kalia era demasiado conveniente, pero se le acababan las opciones. Su mundo estaba patas arriba y ella le ofrecía un camino. El camino que siempre debió tomar y que se negó a hacerlo. Sintió que traicionaba a su madre, pero era algo que debía hacer.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó.

—El que sea necesario —impuso Kalia.

48. Grogo

Tras llegar el ejército de Feliseo que venía del sur, todos en Novanta habían esperado que el enfrentamiento comenzase, pero no fue así. Eso supuso un alivio para muchos al ver que la opción de una solución diplomática no estaba completamente descartada. Pero los días pasaron y lo único que pudieron ver era como el enemigo preparaba cada vez más armas de asedio. Si antes dudaban de si la cúpula de la ciudad sería capaz de aguantar, ahora tenían la certeza de que no lo haría.

Grogo se encontraba cerca del portón de la entrada oeste de la ciudad. A lo lejos, un hombre a caballo se separaba del campamento de los invasores y se dirigía hacia su posición.

«Ya era hora», pensó.

La espera había sido desesperante. Tanto Jadea como Vera, a pesar de odiarse mutuamente, coincidían en que fuese Feliseo el que diese el primer paso. Sin embargo, este debía de haber pensado lo mismo y lo que había sido la tensión de un inminente combate con la llegada de las tropas de Nárandul se había convertido en una exasperante espera de tres días.

La muralla y sus alrededores estaban ahora más vivos que nunca con las tropas de Jadea. Vestía con ropa cómoda y su martillo a la espalda, su arma espiritual aparentemente indestructible y capaz de fragilizar aquello que golpease. Era todo lo que necesitaba para la batalla. Se sentía preparado para lo que se avecinaba; al menos, todo lo que se podía estar.

Jadea se había quedado en el palacio, ya que, aunque no parecía importarle ensuciarse las manos, tampoco tenía prisa por hacerlo. Se había hecho la ama de los sirvientes del palacio y, a pesar de que tenía un grupo dedicado exclusivamente a atender sus necesidades, ordenaba al resto del servicio del mismo modo. Al principio, le había molestado pensando que trataba de tomar el control del palacio, pero con el tiempo, Grogo comprendió que, sencillamente, le gustaba que la agasajaran.

Era mejor así. Mientras estuviera entretenida en el palacio con sus juegos, él podía tomar el control de las nuevas tropas de la ciudad. Eran todos soldados disciplinados y con unas habilidades para el combate excepcionales. Treinta mil soldados que estaban divididos en veinte batallones liderados por un general cada uno.

Había comprobado las habilidades de cada uno de ellos y eran increíbles. Además, cada batallón disponía de algunos magos y guerreros de sangre entre sus filas. Todos y cada uno de ellos tenían talento y habían sido atemperados por años luchando en Dierin. Se había pasado media vida en guerra y sabía ver un buen ejército cuando se lo ponían delante. Jadea había formado uno aterrador.

«¿Realmente es esta la mejor opción?». Era consciente de que ya había rendido la ciudad y aún no había decidido si había sido al mal menor. Sintió que había traicionado a Barick y, sobre todo a Teilan.

—Te he dicho mil veces que ahora no puedes estar aquí —le riñó Vera, que subía a lo alto de la muralla—. Tu vida en esta batalla es demasiado valiosa para estar en la primera línea.

—Me oxido si me guardan en un palacio —gruñó Grogo—. Necesitaba que me diera el aire.

Mientras observaban al mensajero acercarse en la lejanía, Vera se colocó junto a Grogo.

—Parece que ha llegado el momento de la verdad —dijo Vera.

—¿Estamos haciendo lo correcto? —preguntó Grogo.

Miró a los soldados que tenían alrededor: jóvenes y asustados o demasiado curtidos en la batalla como para no entender que se iba a derramar mucha sangre. Nadie hablaba y parecía que el silencio más absoluto hubiese engullido la ciudad.

—No creo que tuviéramos elección —respondió Vera.

—No me fío de esa mujer.

—No deberías —confirmó ella—. ¿Unir a demonios y humanos bajo su bandera después de casi dos décadas matándose unos a otros? Es imposible que eso sea verdad. Conoces los rumores de lo cruel que es.

—¿Y por qué haría todo esto entonces?

—Tiene demasiados frentes abiertos y busca aliados —señaló—. La pregunta es: ¿qué hará una vez estabilice su poder?

—No sé qué hará ella, pero nosotros deberíamos prepararnos para lo peor —dijo Grogo.

No le gustaba la política y todo esto le daba dolor de cabeza. Sabía que no era su mundo y nunca hasta el momento tuvo que involucrarse; para eso estaban los demás. Echaba de menos los días en los que él solo tenía que luchar. Sonrió al pensar que consideraba aquello mejor, más fácil.

—Vamos a la puerta —sugirió Vera—. Va siendo hora de recibir a nuestro invitado.

—¿No deberíamos atenderlo en el palacio?

—Sería lo propio —sonrió Vera—, pero el palacio está lejos de la muralla y no creo que nos convenga que el mensajero vea todas las defensas que tenemos preparadas.

—Tiene sentido.

Se colocaron justo enfrente de la puerta principal para recibirlo. Había una fila de guardias uniformados de gris a cada lado de la entrada y Vera y Grogo se colocaron al final de dichas filas. A Grogo le parecía oportuno utilizar sus propios soldados para esta clase de eventos. Era algo simbólico, pero consideraba que cuanto menos puestos de responsabilidad diera a los hombres de Jadea, mejor.

El mensajero entró a caballo, pero se bajó de su montura nada más pasar la puerta. Se consideraba un gesto de respeto hacia el mandatario al que iba a dirigirse, por lo que parecía que la situación empezaba bien. El hombre caminó hasta donde estaban Grogo y Vera, y se arrodilló entregando la carta.

—Por orden del rey Feliseo, ruego que acepten esta carta y sus saludos —pronunció.

Grogo la agarró y abrió el sobre. Ojeó el contenido y palideció al ver lo que ponía. Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie lo había visto y agarró a Vera del brazo para apartarse un poco de la gente.

—¿Qué pasa? —preguntó Vera, cabreada al ver lo alterado que estaba Grogo.

Él hizo caso omiso a la reacción de ella, el protocolo le daba completamente igual.

—Lee —ordenó.

—«He sido informado de que la magia de mi hermano se corrompió y se convirtió en un monstruo que ha aterrorizado Novanta los últimos años. Me siento profundamente avergonzado por no descubrirlo antes y no haber podido proteger a mi pueblo.

»No deseo guerra en mi reino, pues hay enemigos mayores que nos acechan. El mundo civilizado está siendo amenazado por criaturas que escapan a nuestro entendimiento y solo unidos podemos hacer frente a esa amenaza.

»Sin embargo, también ha llegado a mis oídos que una alianza con la traidora Jadea Norma ha sido formalizada con la ciudad de Novanta. De ser así, ningún pacto será posible y se os considerará traidores del reino y de la humanidad. Soy conocedor de que esa mujer se encuentra ahora mismo en vuestro palacio y espero que nos sea entregada inmediatamente».

Se miraron mutuamente, esperando que el otro fuera el primero en opinar; era una decisión importante. En ese momento, escucharon un grito desgarrador y se giraron hacia el mensajero. Le habían clavado una estaca de madera en el estómago del tamaño de un brazo.

—¡Todo el mundo alerta! —gritó Grogo mientras se convertía en piedra y se lanzaba hacia la muralla.

Sin embargo, antes de llegar, una risa hizo que se detuviera. Se giró, vio a Jadea bajando la calle con una sonrisa de lado a lado y comprendió lo que acababa de pasar. Había tomado la decisión por ellos.

Miró al mensajero, que contemplaba con los ojos como platos la herida mientras su vida se apagaba. Vera lo había sujetado justo a tiempo antes de caer al suelo, lo había tumbado y ahora le sostenía la mano.

—¡¿Se puede saber qué haces?! —rugió Grogo y se lanzó a por Jadea.

No había recorrido ni diez pasos cuando los generales de ella le bloquearon el paso. Alcanzó el martillo, lo sacó del cinturón al que lo tenía atado en un rápido movimiento y lo sostuvo entre las manos. Miró a Vera, ella también llevaba su espada y no pudo evitar sonreír. A pesar de que ella repetía constantemente que su puesto no les permitía entrar en combate, no se separaba de su arma nunca.

—¡Preparaos! —gritó Grogo a sus soldados mientras era rodeado por los generales de Jadea.

Miró hacia sus propias tropas, pero estos agacharon avergonzados la cabeza. ¿Cuándo habían cambiado de bando? Había dado una salida a sus familias. Se suponía que estaban allí para darles tiempo. No obligó a nadie a quedarse. Podrían haberse marchado hacia Dierin.

«¿Tienen miedo de ponerse en su contra porque sus familias están en su territorio?», entendió entonces.

—¡¿Es esto lo que queríais?!

Solo se escuchó la risa de Jadea. Ni siquiera sus tropas hablaban, nadie estaba cómodo con sus acciones.

—Mi querido Grogo —dijo regodeándose—. Debiste seguir tus instintos, es una suerte que hicieras caso a esta mujercita tuya. Me has ahorrado mucho trabajo.

—¿Qué hay de tu palabra? —desafió Grogo—. ¿Acaso la palabra de una reina no vale nada? ¿Todo lo que sale de tu boca es basura?

—Tu honor les habría costado la vida a todos tus soldados —objetó Jadea, asegurándose de que todos los presentes la oyeran—. Tu promesa para ellos era la muerte. Yo les he ofrecido vida y estoy dispuesta a romper mi palabra contigo para salvarles.

—¡Nadie en su sano juicio se creería semejante mentira! —bramó Vera—. Nadie seguirá a alguien que no cumple con sus promesas.

—¡Soy la reina! —exclamó Jadea—. Mi promesa es hacia mi pueblo y mi pueblo comprenderá que tuviera que mentir a un par de codiciosos como vosotros. Os da igual esta ciudad. Os da igual su gente. Solo os importa ocupar el puesto del duque.

—¡Eso no es verdad! —objetó Grogo—. Nunca lo quise y si creyese que dándotelo la ciudad estaría en buenas manos, lo haría.

—¿Crees que lo estaría en las tuyas? Pretendías luchar contra un ejército con un montón de comerciantes y granjeros —explicó—. Los llevabas a todos a la muerte. Sus familias están ahora a salvo en una de mis ciudades y ahora los salvaré a ellos.

La situación no pintaba bien. Miró a su alrededor, pero lo que hace un momento era vergüenza en los ojos de sus soldados, ahora era determinación por proteger sus familias. Era demasiado tarde, los había perdido. Agarró su martillo con una mano y se amasó la barba con tranquilidad.

—¡¿Es esto a lo que hemos llegado?! —bramó. Su voz retumbó haciendo que los soldados se estremecieran. Giraba sobre sí mismo, clavando la mirada en los que habían sido sus hombres. Su mera presencia hacía que nadie se atreviese a acercarse—. Estoy esperando. ¿Quién será el que trate de quitarme la vida?

Sonrió y después se rio al darse cuenta de que estaba sonriendo. No era un político. No era un rey. Solo era un guerrero al que le gustaba luchar y ahora tenía un ejército entero delante. Sus preocupaciones se desvanecieron, ya había puesto a salvo a la gente inocente. Ahora solo quedaba luchar.

Vera se acercó a él, desenvainó su espada y cubrió su espalda.

—Esto va a ser divertido —dijo Grogo.

—Eres imbécil —respondió Vera con una sonrisa.

—¡Generales! —gritó Jadea; los aludidos se prepararon para atacar—. Matadlos.

Ocho guerreros de sangre saltaron al frente y doce magos lanzaron sus conjuros más poderosos. Toda clase de ataques mágicos volaron hacia ellos. El cielo se oscureció y la misma realidad pareció distorsionarse ante la presencia de tanto poder mágico junto.

Grogo agarró a Vera y la cubrió con su cuerpo justo a tiempo para recibir una docena de impactos que hicieron que la mitad de las ventanas de la ciudad explotaran. Los edificios de alrededor se hicieron añicos y una gigantesca nube de polvo envolvió el lugar.

—Ahí va el gran héroe —se burló Jadea.

El polvo tardó unos segundos en disiparse y al hacerlo, dejó de reír. Se empezaron a escuchar gritos y cuando se pudo volver a ver, cuatro de los generales habían muerto a manos de Vera. Esta se movía a tal velocidad que era casi imposible verla. Combinaba ataques con la espada y con su autoridad que sometían a todo aquel al que se enfrentaba.

—¡No puede ser! —gritó Jadea.

Lo hizo al ver que Grogo seguía en pie. Había recibido un ataque directo de sus doce mejores magos y seguía en pie. Su piel era del color platino casi blanco de su martillo y no tenía ni un solo rasguño. Convirtió de nuevo su cuerpo en piedra y comenzó a atacar mientras reía. Para bloquear los ataques, había absorbido el metal de su arma, volviéndolo indestructible. Al hacerlo, no podía mover las zonas transformadas, por lo que solo lo hizo un instante para recibir un impacto y luego convirtió su cuerpo en piedra para seguir atacando. Nunca supo por qué, pero era con el único metal con el que le sucedía. Sin embargo, le daba una ventaja considerable en combate al utilizar su arma espiritual.

—¡Acabad con ellos! —gritaba Jadea mientras retrocedía buscando la seguridad de sus tropas.

Vera saltaba de un lado al otro, modificando continuamente el tamaño y el peso de su arma. Esquivaba los ataques sin esfuerzo hasta que una bola de fuego la golpeó y salió despedida

estrellándose contra el muro de un edificio.

—¡Vera! —gritó Grogo mientras corría hacia ella, pero antes de alcanzarla, esta salió de los escombros.

Su ropa había sido destrozada y se entreveía la armadura de acero fersca que solía llevar. Era completamente negra y lisa y, aunque había sido ligeramente dañada por el ataque del mago, se regeneró al instante.

—Parece que no soy el único que pensaba que las negociaciones no irían bien —le gritó aliviado. Hacía tanto tiempo que no veía esa armadura que se había olvidado de ella.

Vera salió disparada de las rocas y alcanzó a otro guerrero de sangre que se había confiado al derribarla. Le cortó un brazo con su espada, sacó una daga que tenía en el cinturón con la otra mano y se la clavó en el pecho. El brazo comenzó a crecerle de nuevo. Había despertado la habilidad de regeneración, por lo que Vera le dio una patada en la pierna para tumbarlo y, en el mismo movimiento, alzó su espada y lo degolló.

Grogo saltó de nuevo a su lado y alzó su arma, exhibiendo una enorme sonrisa al ver la confusión que habían provocado.

—¡Apuntad a la mujer! —gritó Jadea y todos los magos presentes, fuesen generales o no, se prepararon.

Sin embargo, antes de lanzar el ataque, una gigantesca roca en llamas se estrelló contra la muralla, haciendo que incluso el suelo temblase. Todos miraron a los centinelas, pero se percataron de que no quedaba ni uno. Sobre ella, se encontraba Borian riendo.

—¡Lucháis por la ciudad, pero al final será mía! —aulló el comerciante eufórico.

Su voz era más aguda de lo normal y tenía un aire siniestro. Vera no necesitó más para reconocerlo.

—¡Es un espectro! —gritó, preparándose para enfrentarse a él.

Sin embargo, no tuvo ocasión de hacerlo. Cuando se quiso acercar, empezaron a volar conjuros y flechas atacantes que surgían de todas partes. El ejército enemigo había entrado en la ciudad y ni tan siquiera se habían percatado de cómo o cuándo.

Grogo agarró a Vera de la mano y tiró de ella hacia el lateral de la avenida en la que se encontraban para resguardarse. Por suerte, los seguidores de Borian y los de Jadea parecían más interesados en matarse los unos a los otros que a ellos.

Entre todo aquel caos, un joven encapuchado les gritó desde una calle cercana.

—¡Seguidme! ¡Rápido!

Grogo reconoció la voz; era Samo, el joven centinela con el que había pasado alguna noche de juerga. Miró hacia la muralla, no había sido rebasada por el ejército de Feliseo y, sin embargo, sus tropas estaban por todas partes. La ciudad estaba cubierta por luces de conjuros que hacían estallar edificios, llover roca y crear mares de fuego.

—¿Qué está pasando? —gritaba Jadea—. ¡Dad la alarma!

Jadea lanzaba conjuros sin parar, creando dentro de la ciudad bosques enteros de árboles gigantescos que podían caminar. Tan altos como la muralla, ignoraban todo ataque y se dirigían hacia los hombres de Feliseo.

Grogo y Vera corrieron detrás de Samo a toda prisa mientras enemigos de ambos bandos aparecían por todas partes.

—¿Dónde vamos? —preguntó Grogo mientras corrían.

—No todos te han traicionado —contestó Samo—. Corred.

Se dirigieron al palacio; en concreto, hacia el paso que cruzaba a Dierin. A su espalda, una lucha encarnizada hacía temblar la ciudad. Se escuchaban explosiones, gritos y el cruce de espadas. Frente a ellos, el camino estaba relativamente despejado. Al menos, el que el joven soldado había elegido. Samo conocía bien la ciudad y los guiaba por callejuelas vacías y por dentro de edificios abandonados.

Lograron recorrer media ciudad hasta que Samo se desplomó agotado dentro de un edificio.

—Necesito un momento —pidió tratando de recuperar el aliento.

Grogo se sentó a su lado para descansar también. No estaba tan cansado como el joven, pero correr nunca fue su fuerte y últimamente había estado demasiado ocupado como para entrenar adecuadamente.

«Si sobrevivo a esta, tengo que volver a ponerme en forma», decidió.

—¿Qué está pasando? —preguntó Vera—. ¿Por dónde han entrado?

Samo, todavía jadeando, contestó:

—Ayer me di cuenta en mi guardia de que el grueso de tropas de Feliseo parecía haber menguado. Se lo dije a mi superior, pero me ignoró diciendo que me lo estaría imaginando. —Tragó y respiró hondo para intentar recuperar el aliento—. Esta mañana vimos a Borian salir de una de las rutas de contrabando que hay en la pared norte junto a la muralla. Esa ruta tiene una salida en la pared oeste de la cordillera y comprendí lo que podría estar pasando. Borian nos había traicionado. Entonces fui a la entrada a buscarte, pensé que tú me harías caso.

Grogo comenzó a reír y los demás se le quedaron mirando atónitos.

—Dos traiciones en un mismo día —se lamentó—. Realmente estamos condenados a perder la guerra contra los espectros.

—Bueno, eso nos dará tiempo —dijo Vera—. Tenemos que salir de la ciudad. Hay que comprobar si la ruta por la que evacuamos a la gente sigue estando libre. —Miró a Samo—. ¿Crees que podrás llegar hasta el palacio?

Grogo sintió pena por el muchacho. Era joven y fuerte, pero le habría gustado que fuera un guerrero de sangre. Iba a ser complicado mantenerlo con vida.

—Si no lo hago, estoy muerto —respondió.

—¿Tú sabías que nos iban a traicionar? —preguntó entonces Grogo—. ¿Conocías el acuerdo con Jadea?

—No, mi rey —aseguró aterrado—. Se lo habría dicho de haberlo sabido.

—¿Y tus compañeros? —preguntó entonces Vera.

Soma agachó apenado la cabeza:

—No creo que nadie lo supiera. Tal vez sus superiores, pero a nosotros no nos dijeron nada.

Grogo suspiró al escuchar eso. Hoy morirían miles de personas inocentes luchando una batalla en un bando que no habían elegido y no podía hacer nada para impedirlo.

Escucharon cómo las explosiones se acercaban. Grogo subió al piso superior para comprobar la situación en la ciudad. La batalla se estaba extendiendo rápidamente por todas partes y los edificios más próximos a la muralla oeste habían acabado derribados o estaban entre llamas, algunos se destruían en ambas formas. Grogo se extrañó. No había pasado tanto tiempo como para que hubiese semejante catástrofe hasta que, de pronto, entendió por qué. Una lluvia de fuego y roca se elevó al otro lado de la muralla para caer sobre la ciudad arrasando todo a su paso.

—El resto del ejército de Feliseo ha llegado a la muralla y la cúpula no se ha encendido —comunicó Grogo a los del piso de abajo.

Era el sistema de defensa mágico de la ciudad. Sin él activado, la muralla era solo una pared. Más resistente que una normal al estar reforzada con sellos, pero algo completamente inútil para detener magos y guerreros de sangre.

—Borian sabía dónde estaba el núcleo —explicó Vera desde la planta baja—. Debe de haberlo desconectado antes de hacer su aparición.

Grogo bajó al piso inferior para reunirse con los otros. Ya había visto todo lo que tenía que ver.

—No he podido ver el grueso del ejército de Feliseo. Este edificio no es lo suficientemente alto como para otear por encima de la muralla —explicó—, pero si los conjuros de sus magos pueden llegar hasta el interior de la ciudad…

—… significa que tenemos que salir de aquí cuanto antes. Hay que escapar antes de que lleguen o tal vez no podamos hacerlo —señaló Vera y preguntó a Samo—. ¿Cómo estás para seguir?

—Vamos —contestó este mientras se levantaba.

Salieron del edificio. Vera tomó la delantera para abrir paso al ser la más rápida y letal del grupo. Samo la siguió y detrás iba Grogo. Si se hubieran marchado solos habría resultado fácil, pero Grogo se sentía en la obligación de por lo menos salvar al joven. Una vida en una batalla no significaba nada y mucho menos en la guerra contra los espectros, pero no podía dejarlo morir. No se lo perdonaría.

Al fin llegaron al palacio. Para su sorpresa, los guardias de la entrada estaban muertos. Descuartizados en el suelo como si fueran animales.

—¿Qué ha pasado aquí? —se sorprendió.

Vera corrió por el puente y saltó a la parte superior del portón de entrada. Este estaba abierto, por lo que Grogo lo cruzó sin problemas solo para encontrarse un paisaje desolador.

Había cientos de personas muertas. Eran los guardias del palacio, la última línea de defensa que debía cubrir la retirada. Todos muertos y en el centro estaba Borian cubierto de sangre.

—Rodea el muro y busca la salida —susurró Grogo—. Te alcanzaremos en cuanto podamos.

Samo asintió y comenzó a alejarse. Vera bajó de un salto del muro y se colocó junto a Grogo para acercarse al espectro que tenían delante.

—¿Desde cuándo? —preguntó Grogo.

Sabían más cosas acerca de los espectros desde que conocieron a Owen. Habían descubierto que no todos los que su magia se corrompía se convertían en espectros, sino que los espectros eran unas criaturas que poseían cuerpos corrompidos o sin corromper, pero con el permiso del anfitrión.

Seguían sin saber nada de los orígenes de esas criaturas, pero al menos ahora conocían a qué se enfrentaban. Sabían que había seres que no eran magos que podían ser espectros, puesto que no tenía nada que ver con la magia. También estaban al corriente de que eran entidades independientes al hospedador y que con matar al segundo no era suficiente. Debían matar también al espectro. Habían luchado durante décadas contra ellos y lo más seguro era que no hubieran matado a casi ninguno.

—Desde que decidisteis que salvar la ciudad no estaba en vuestras prioridades —respondió Borian —. ¿Evacuar a la gente? ¿Llevarlos a Dierin? Si no podíais defender la ciudad, ¿para qué narices alentasteis una rebelión? —Miró con odio a ambos—. El duque por lo menos ofrecía estabilidad. Los negocios prosperaban. ¡Mis negocios prosperaban!

—¿Por qué apoyaste la rebelión entonces? —dijo Vera—. ¿Qué ganabas con esto? ¡Incluso fuiste uno de los líderes!

—La rebelión iba a suceder la apoyase o no —señaló Borian—. Muchos comerciantes que tenían acuerdos con el duque fueron asesinados. Mis contratos eran principalmente con el duque o con el rey. ¿Qué crees que me habría pasado si no hubiese apoyado la rebelión?

Vera y Grogo se miraron sin saber qué contestar. No le faltaba razón. Los días después de la caída del duque fueron aciagos. Mucha gente murió a manos de una masa encolerizada que atacaba y saqueaba las casas de los que apoyaban al duque. Visto en retrospectiva, Borian se adelantó a los acontecimientos y se aseguró su protección dentro de la ciudad al unirse a los líderes de la rebelión.

—¿Y lo de participar activamente en la reconstrucción de la ciudad? —preguntó Grogo confuso —. Te has esforzado más que nadie.

—Tal vez me uniese a los rebeldes para salvar el pellejo, pero al conocerte, creí en ti —confesó. Grogo incluso creyó ver parte de humanidad en sus ojos—. Creí que podrías proteger Novanta. Incluso soborné al resto de miembros del consejo para convertirte en el dirigente de la ciudad.

—Y cuando viste que no podríamos defender la ciudad, decidiste convertirte en uno de los perros del rey —entendió Grogo.

—¿Perro? Soy más poderoso que nunca —contestó Borian. Si hace un momento Grogo había pensado que todavía conservaba parte de su humanidad, esa idea se borró por completo de su mente al ver la sonrisa siniestra del hombre—. Y me ha prometido la ciudad una vez sea reconquistada.

Sus sospechas eran acertadas, Feliseo debía ser un espectro y había convertido a Borian en uno. Sintió vértigo al darse cuenta de las implicaciones que eso tenía. Uno de los hombres más poderosos del mundo era un espectro y en sus manos estaban las vidas de millones.

—Has vendido tu alma —criticó Grogo.

—¿Venderla? —se sorprendió Borian—. Ahora, por primera vez en mi vida, me siento completo. Nunca me he sentido mejor.

Grogo se preparó para luchar, no iba a seguir perdiendo el tiempo hablando con un espectro. Solo esperó que no fuera uno fuerte, tenían prisa.

—No deberíamos luchar —dijo Vera—. Tenemos que huir o tal vez luego no podamos hacerlo.

—No voy a dejar vivo un espectro teniéndolo delante —gruñó Grogo mientras se agachaba.

Posó la mano sobre el suelo de losa del paseo y comenzó a transformarse adquiriendo exactamente el mismo color de la superficie.

—Acabarás haciendo que nos maten —sonrió Vera y agarró su espada con ambas manos.

Grogo comenzó a correr hacia Borian. Este, al ver que el combate se avecinaba, transformó su cuerpo. Se hinchó y su carne comenzó a convertirse en una masa medio líquida, medio sólida. Su aspecto se volvió salvaje y comenzó a aullar eufórico ante la perspectiva del combate.

Saltó hacia Grogo, que lo recibió golpeando su martillo contra su brazo. Borian aulló al recibir el golpe y el miembro estalló con facilidad. Cayó al suelo y comenzó a rodar mientras se retorcía de dolor, pero no tardó en volver a levantarse. El espectro miraba incrédulo lo que una vez había sido su brazo y su macabro rostro reflejaba terror y confusión.

Vera fue la siguiente en atacar. Con su espada negra en las manos, corrió hasta donde estaba Grogo y saltó sobre martillo. Grogo hizo acopio de todas sus fuerzas y la impulsó hacia el cielo haciéndola volar. Al empezar a descender, la espada de Vera creció hasta convertirse en un arma de casi tres metros de largo y los brazos de ella se tensaron mientras abanicaba el arma hacia su víctima.

Borian trató de huir, pero al ver la figura de Vera que se le venía encima, gritó y levantó el brazo que le quedaba para defenderse. Fue aplastado con tal brutalidad que su cuerpo quedó desparramado por todo el lugar. La pelea apenas duró unos instantes y ambos miraban incrédulos el cuerpo destrozado.

—¿No ha sido demasiado fácil? —preguntó Vera.

Grogo se amasó pensativo la barba, nunca había visto a un espectro tan débil.

—Borian siempre fue un mago muy débil —se aventuró, aunque no lo tenía nada claro—. Tal vez sea por eso.

Deshizo su transformación y buscó entre sus bolsillos. Sacó un pequeño artefacto que le había conseguido Corento y se acercó al cuerpo sin vida de Borian. El artefacto era redondo y estaba cubierto de sellos. No lo habían probado con un espectro, pero en principio era capaz de destruir por completo un cuerpo y, con un poco de suerte, el espectro que habitaba dentro.

—Tal vez era un espectro muy joven —continuó Vera—. Sabemos que se hacen más fuertes cuanto más viejos son.

—Puede ser… —Aunque no tuvieran pruebas, era una teoría razonable. De pronto, cayó en la cuenta de algo y miró a Vera—. ¿Y si no lo matamos?

—¿Cómo? —dudó Vera.

Grogo buscó entre sus bolsillos y sacó una roca espacial, la que pertenecía a la sala de los guardianes.

—Aún conservo la caja que encontramos en el palacio —dijo—. La que Owen dijo que retenía al espectro.

—¿Quieres capturarlo? —se sorprendió Vera y se le ilumino el rostro—. Nos serviría para averiguar cómo detectarlos.

Grogo sonrió victorioso y se apresuró. Los gritos de la batalla se acercaban cada vez más.

49. Drasco

Drasco se levantó y estiró la espalda. El entrenamiento del día anterior había sido brutal y tenía todo el cuerpo dolorido, pero estaba contento con el progreso. Por fin empezaba a mostrar signos de mejora en la habilidad potencia y resistencia. Todavía no habían despertado, pero sentía que estaba cerca.

Se fue a la cocina y descubrió que no tenía nada para comer en la casa. La previsión nunca había sido su fuerte. Se asomó por la ventana, había amanecido hacía rato, por lo que si quería ir al comedor de la academia debía darse prisa. Se vistió y cogió su cuchillo, el que había comprado en el mercado de Lantalos. Todavía no se creía que ese idiota lo vendiera tan barato. Lo sacó de su funda y pasó del dedo por su hoja. El acero fersca era famosos por su dureza y su capacidad de autorregenerarse. Toda pieza fabricada con ese material se consideraba un tesoro y él había conseguido un cuchillo por un puñado de monedas. Cualquier mago que no tuviera un arma espiritual propia pagaría una fortuna por un arma así.

Tras observarlo un rato, lo volvió a enfundar y salió de su casa. Giró la cabeza hacia casa de Gero y para su sorpresa, Sara se encontraba en la puerta. La joven dudaba si llamar y no pudo evitar sonreír al verla. Su amigo era todo un conquistador.

Decidió ir a cotillear. Ya buscaría algo de comer en alguna tienda.

—¡Hola, Sara! —dijo mientras se acercaba.

Sara le devolvió una mirada llena de preocupación.

—¿Pasa algo? —preguntó Drasco.

—Acabo de hablar con Enya —respondió—. ¿Tú sabías que la novia de Gero ha muerto?

Drasco palideció al escuchar eso; no tenía ni idea. Trató de recordar la última vez que habló con Gero y se dio cuenta de que habían pasado días. Había estado tan obsesionado con su propio entrenamiento que no se había percatado.

—¿Cuándo? —preguntó.

—Hace tres días. Se ha encerrado aquí desde entonces —explicó—. Al principio pensé que tal vez quería estar solo, pero estoy preocupada.

Drasco trató de abrir la puerta, estaba bloqueada. La golpeó.

—¡Gero, abre la puerta!

Nadie respondió.

—Llevo un rato intentándolo —admitió Sara.

Drasco no dudó y forzó la puerta de una patada. Esta se abrió de par en par, golpeando con fuerza contra la pared.

—¡¿Gero?!

Ambos entraron y lo que encontraron los hizo enmudecer. Estaba todo grabado con tiza. Había símbolos en paredes, suelos e incluso en el techo. Además, había montañas de folios desperdigados por todas partes con garabatos y más símbolos. Parecía el trabajo de un lunático.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Sara aterrada.

Caminaron por la sala tratando de darle sentido a todo aquello. Esquivaban los símbolos del suelo por si alguno se pudiese activar al contacto. Ninguno de los dos sería capaz de diferenciarlo de los demás.

—¿Qué has estado haciendo? —susurró Drasco.

—¿Entiendes algo de todo esto? —preguntó Sara.

Él negó con la cabeza; nunca le habían interesado los sellos. Sin embargo, no necesitaba entenderlos para saber que algo no iba bien.

Pasaron del salón a la habitación y la situación no mejoró. Era mucho más caótica, con los sellos más apretados y llenos de tachones. El salón mostraba una multitud de estos bien formados. Podía incluso considerarse una demostración de genialidad, casi artística. Sin embargo, lo que tenía delante no era eso. Aquello era de locos. La expresión de una obsesión arraigada en un hombre que había perdido el contacto con la realidad.

—¿Qué es esto? —Sara estaba frente al armario de Gero y había varios símbolos que brillaban en la pared del fondo de este.

Había uno grande en el centro y un montón de símbolos más pequeños que lo rodeaban y lo solapaban. Encima de todo eso, había unas palabras grabadas sobre la madera a cuchillo que decían «NO PASAR» y un sello más que no había visto antes.

—Gero está ahí dentro —respondió Drasco—. Es nuestra sala de entrenamiento, aunque no sé para qué es ese sello que hay al lado de lo de «no pasar».

—¿Tenéis un menhir? —exclamó Sara impresionada.

Su reacción era de esperar; los menhires eran objetos de una rareza considerable y algo como una sala de entrenamiento se consideraría de un valor incalculable.

Drasco asintió y Sara dijo:

—Ni se os ocurra revelarle esto a nadie o tendréis muchos problemas.

—Ya lo sé, ya —respondió distraído mientras se acercaba a la puerta.

Dudó en entrar, era evidente que Gero no quería que le molestaran. No obstante, no hacerlo tampoco le parecía una opción. Hacía días que no lo veía y si le había pasado algo ahí dentro, tal vez no pudiera salir solo.

—Creo que voy a entrar a ver si está bien —dijo Drasco—. Quédate fuera por si acaso, no vaya a ser que haya algún problema y no podamos salir.

Sara asintió y él se encaminó hacia la entrada. Al tocarla, se iluminó el sello junto a la prohibición de entrar y Drasco salió disparado en dirección contraria. Cayó al suelo y se retorció de dolor, era como si una de las corrientes de Sonstan le hubiera entumecido todo el cuerpo.

—Yo lo mato —gruñó apretando los dientes.

—¿Estás bien? —preguntó Sara mientras le ayudaba a levantarse.

—Creo que ya sé para qué es ese maldito sello —bufó frotándose el cuello. Se le había quedado engarrotado por la descarga—. Está claro que no quiere que le molesten.

—¿Y qué hacemos ahora? —dudó Sara—. ¿Crees que le puede haber pasado algo ahí dentro?

—No parece haber dejado ninguna nota —dijo Drasco revisando los papeles de la habitación—, y no entiendo absolutamente nada de todo esto. Nunca me han interesado excesivamente estas cosas.

Sara asintió con la cabeza, dando a entender que opinaba lo mismo. No era de extrañar, puesto que era una guerrera de sangre. Solo los magos podían usar esa magia y solo una minoría la estudiaba. Resultaba muy complicada y aquellos interesados solían desistir al poco tiempo.

—¡Enya! —gritaron de pronto ambos al mismo tiempo.

—¡Voy a ir a buscarla! —añadió Sara y salió corriendo de la habitación.

Drasco no trató de detenerla. No quería dejar solo a su amigo y él no tenía ni la más remota idea de dónde vivía Enya. Mientras esperaba, rebuscó entre los apuntes. Buscó pistas sobre lo que estaba haciendo o sobre por qué lo estaba haciendo. También se quería asegurar de esconder cualquier cosa que creyese que Sara o Enya no debieran ver. Al fin y al cabo, no estaba seguro de si había sido una buena idea forzar la puerta con Sara delante.

Sara no tardó en llegar tirando de Enya, que trataba de recuperar el aliento con angustia. Vestía un extraño y colorido pijama y estaba completamente despeinada. Parecía que Sara la había sacado a la fuerza de la cama.

—Ya estamos aquí —gruñó la maestra—. ¿Se puede saber qué está pasan…?

Quedó eclipsada al entrar por la puerta. Ya no habló más y parecía que los demás hubieran desaparecido para ella. Comenzó a estudiar los símbolos. Se iba a un rincón de la habitación, luego a otro. Cogía algunos folios y los comparaba con los de las paredes. Cambiaba de habitación.

Drasco y Sara esperaban en silencio a que les explicara algo de lo que estaba sucediendo y así pasaron los minutos hasta que Sara se cansó.

—¿Qué ha estado haciendo? ¡Dinos algo!

Enya se giró hacia ella, aunque en sus ojos se podía apreciar que no la estaba mirando. Su mente seguía procesando los símbolos, intentando darle sentido a todo aquello hasta que finalmente se le iluminó el rostro.

—Es un genio —susurró.

—¿Entiendes todo esto? —se sobresaltó Sara y se acercó al armario—. ¿Qué es?

Enya se abalanzó sobre ella para impedirlo:

—¡No lo toques! —gritó.

—Tranquila, duele bastante, pero tampoco es como si te fuera a matar —bromeó Drasco.

La maestra levantó una ceja y se acercó.

—Acceder a la fuerza podría tener consecuencias nefastas para él —explicó sin apartar la vista de los apuntes de su alumno.

Drasco la miró sin comprender de qué estaba hablando, pero parecía saber lo que hacía, por lo que decidió esperar. No obstante, Sara no fue tan paciente.

—¿Puede alguien explicarme qué está pasando? —exigió furiosa.

Enya la ignoró. Drasco estaba convencido de que ni tan siquiera la había oído. A la maestra se le escapaba alguna expresión de asombro o de incredulidad de tanto en tanto. Sara fue a agarrarla para exigir una respuesta, pero él la detuvo.

—Déjala un segundo —rogó.

Finalmente, Enya se giró solemne.

—Era un buen alumno —se lamentó—. Tendría que haber sabido que sus preguntas eran demasiado específicas. Tendría… Tendría que haber sido mejor maestra.

—¿Qué pasa? —Esta vez fue Drasco el que preguntó y agarró a la profesora del brazo. Su mano rodeó el brazo con facilidad; era como si un adulto cogiera a un niño.

—Ha creado una pesadilla. Se ha metido ahí dentro y no podrá salir hasta que se cumpla cierta condición —explicó—. Se ha condenado. Su percepción de la realidad, de sí mismo, del tiempo y sus recuerdos… Lo ha manipulado todo. ¿Cuánto lleva ahí dentro?

Drasco se llevó la mano a la frente y se la masajeó tratando de calmarse. ¿Cuánto podría llevar? ¿Dos días? ¿Tres? Se sintió una persona horrible por no haber acudido antes a ver cómo estaba.

—No lo sabemos —contestó Sara—. Puede que un par de días. Igual un poco más.

Enya palideció.

—¿Tan malo es? —cuestionó Drasco, esta vez preocupado al recordar la habilidad de ese menhir.

—Este menhir puede distorsionar el tiempo —explicó la maestra—. Un par de días en el exterior podría percibirlos como años ahí dentro.

50. VARAN

Varan cabalgaba hacia el norte lo más rápido que le permitía su caythir. Sabía que las aldeas del norte tenían espías entre la población en Rinea y era cuestión de tiempo que se enteraran de la noticia del pacto. Necesitaba llegar antes de que se retirasen. Antes de que los tomasen por traidores.

La paz de Jadea no duraría y él lo sabía. Había tratado de convencer a los rebeldes de que no se dejasen seducir por la falsa libertad que les ofrecía, pero había sido demasiado tentadora. La gente estaba harta de guerra y de pasar hambre y miseria. Esa mujer les ofrecía un futuro, pero él sabía la verdad. Sabía lo que les había hecho a sus hombres capturados. Esa mujer era demasiado peligrosa para reinar en Dierin y era un reino que no necesitaba otro rey loco.

No sabía cuánto tiempo llevaba sobre la montura, pero su cuerpo pedía a gritos que descansara. Por desgracia, eso no estaba en sus planes. Solo le quedaba apretar los dientes y seguir adelante.

Al norte del río Tein, los bosques ya no eran tan espesos. Subió a una colina para inspeccionar el horizonte, los ejércitos de las aldeas ocultas no debían de estar muy lejos ya. Allí divisó humo y luz que provenía de la ciudad abandonada de Mazorg. Demasiada actividad para las pocas patrullas que solía haber allí.

«¿Han tomado la ciudad?», pensó sorprendido.

La intención de esos ejércitos había sido ver la situación en Rinea antes de decidir su futuro. Siempre se mostraron poco dispuestos a entrar en batalla, a empezar una guerra contra Jadea. No obstante, tomar Mazorg, incluso aunque esta estuviese abandonada, suponía un desafío para la nueva reina. Si las aldeas perdidas habían decidido involucrarse, lo cambiaría todo.

Llegó casi al anochecer, tan dolorido que dudaba de si podría andar correctamente al bajarse de la montura. A la entrada de la ciudad, un par de demonios lo detuvieron. Un demonio erizo y uno camaleón. Sus aspectos eran más de bestias que de humanos, pero no era de extrañar. Era algo habitual en los demonios del norte y de las zonas aisladas. Su sangre estaba menos mezclada con humanos y muchos solían realizar peligrosos rituales para purificar su sangre de bestia. De todos modos, no sería él quien los juzgara, pues también los había hecho en el pasado cuando decidió pasar por la transición.

La ciudad no tenía muralla, era una de las razones por las que fue abandonada por los demonios durante su retirada hacia el norte. Era indefendible y, sin embargo, ahora estaban allí haciendo noche.

Habían montado algunas barricadas con estacas alrededor de la ciudad, pero era demasiado grande para fortificarla entera y solo habían dispuesto defensas en la zona sur. Solo era una distracción; una forma de ganar tiempo para preparar las tropas en caso de un ataque por sorpresa.

Antes de llegar, Varan transformó su cuerpo a su aspecto original de demonio. Sus cabellos blancos crecieron hasta llegarle a los hombros. Desaparecieron sus orejas y aparecieron unas puntiagudas sobre su cabeza. Sus rasgos se volvieron más afilados y sus ojos, rasgados y amarillos. Las manos se convirtieron en garras y transmitía un aura salvaje y elegante.

—¡Alto! —gritó el erizo—. ¡Identifícate!

Su voz retumbó con confianza mientras agarraba su lanza y adoptaba una posición defensiva. Varan asintió satisfecho. Si un mero guardia mostraba semejante disciplina, aquel era un ejército digno de su fama. Las aldeas perdidas, a pesar de haber vivido en paz durante la última década, fueron las fuerzas más poderosas de los ejércitos del Rey Demonio y, al parecer, no se habían oxidado.

—Vengo a hablar con vuestros líderes —proclamó Varan—. Soy Varan Guledor.

—¿Y qué te hace pensar que queremos hablar contigo? —Se escuchó una voz por detrás.

Era tan áspera que apenas se entendía al hablar, parecía más un gruñido que las palabras de un hombre. Desde detrás de una de las barricadas apareció un ser gigantesco. Mediría más de dos metros y tenía cara de lobo. De su cabeza salía una cresta de espinas que llegaba hasta una cola que arrastraba por el suelo. Su cuerpo estaba cubierto de un pelaje azulado y tenía garras largas y negras.

Varan supo al instante que era un demonio de la raza kirea y que había despertado su sangre. Había adoptado su forma más cercana a bestia sin hacer la transformación completa. Era algo habitual entre demonios que habían procedido con el ritual de bestificación y una señal de que aceptaban su naturaleza de bestia por encima de la humana. Varan se arrepintió en ese momento de no haber hecho lo mismo, conocía la naturaleza de los habitantes de las aldeas perdidas y eso le habría hecho ganar puntos.

—Seguís aquí —respondió con frialdad.

El kirea lo miró de arriba abajo asqueado, no aprobaba su aspecto de demonio.

—Sígueme —ordenó mientras se daba la vuelta.

Varan se bajó de su montura y le siguió. Uno de los guardias se apresuró para coger el caythir y atarlo a la barricada. Fue a exigir que le dieran agua y algo de comer, pero no quiso tentar a la suerte y decidió solucionar eso después.

Caminaron entre los edificios durante un buen rato. Sintió que cientos de ojos le observaban. La ciudad había quedado intacta con la excepción de algunos saqueos y el paso del tiempo. El bosque, aunque no tan frondoso como al sur del río, seguía siendo bastante espeso y se había empezado a abrir paso por la ciudad.

Los edificios estaban cubiertos de hiedra. Los árboles que decoraban las calles habían crecido y sus ramas se metían en los edificios a través de las ventanas. Crecían árboles en mitad de los caminos y las hierbas se alzaban por todas partes hasta llegar a las rodillas.

Las calles estaban bastante vacías aparte de algunas patrullas. Probablemente, les habían indicado esconderse en los edificios para que él no pudiera averiguar la cantidad de gente que había en la ciudad.

A Varan no le gustaba la falta de información, pero tampoco se había atrevido a enviar vigías durante las últimas semanas. Arriesgarse a ser descubierto podría haber afectado a su plan original por completo, aunque ahora que todo se había ido al traste se arrepentía de no haberlo hecho.

Llegó a un pequeño palacio ubicado en uno de los laterales de la ciudad. Aquello le sorprendió, esperaba que le llevaran al ayuntamiento o a algún edificio principal. Sin embargo, tomó nota y le pareció una buena idea. Al atacar la ciudad, nadie habría buscado su centro de mando allí a no ser que lo supieran con anterioridad.

—Espera aquí —gruñó el kirea, que había estado en silencio durante todo el trayecto.

Varan no dijo nada, se limitó a quedarse en la entrada de los jardines. Estos estaban tan salvajes que habían derribado varios de los muros que rodeaban la vivienda. Debió de pertenecer a una

familia adinerada, o mejor dicho, a una familia que se esforzaba en parecerlo. El terreno era barato al no estar en el centro de la ciudad, pero se habían esmerado en hacerlo parecer lujoso. El edificio mostraba claros signos de deterioro, señal del uso de materiales más económicos de los que habría utilizado algún noble. Todo aquello denotaba el ansia de aparentar del antiguo propietario.

Cuando se quiso dar cuenta, el kirea estaba en la puerta esperando. Se apresuró a subir la pequeña escalera que daba acceso a la vivienda.

La entrada dio paso a una sala diáfana. No tenía ningún mueble, aunque no era de extrañar. Después de años de saqueos, en aquella ciudad no quedaba prácticamente nada por robar. De la sala emergían cuatro pasillos; dos al frente y uno a cada lado. Al frente, entre los dos pasillos, había una escalera que llevaba a la planta superior.

Su guía se dirigió hacia el de la derecha y él le siguió sin hacer preguntas. Se podía ver algún cuadro estropeado por la humedad y el tiempo, pero aparte de eso, nada más. Pasaron por delante de algunas puertas, pero todas ellas estaban cerradas.

Al final del corredor, llegaron a una puerta más grande y robusta que las demás. El demonio que le guiaba la abrió sin llamar y ambos entraron a un salón. Allí, cinco demonios esperaban su llegada. Eran tres hombres y dos mujeres de aspecto intimidatorio. Un hombre era un toro y una de las mujeres, algún tipo de lagarto, pero era incapaz de definir al resto. El bosque monumental albergaba miles de tipos de bestias y no las conocía a todas. Además, muchas tampoco tenían nombres en el lenguaje de los hombres. Lo único que sabía al verlos era que tenían aspecto de ser peligrosos, aunque si eran la máxima autoridad de aquel grupo, era de esperar; las bestias no elegían líderes débiles.

«Hay muchos capaces de transformarse», pensó Varan.

Varan recordó su transformación y sintió un escalofrío. A pesar de lo mucho que se preparó para ello, casi perdió su humanidad al hacerlo. Sin embargo, estaba convencido de que todos los demonios que había visto hasta ahora eran capaces de transformarse. No tenía forma de saberlo, pero había aprendido a confiar en su intuición.

—Bienvenido —dijo la mujer reptil—. Mi nombre es Tara y ellos son Dute, Wanba, Xoen y Musco.

Su voz sonó sorprendentemente humana a pesar de su aspecto. Clara y melódica.

—Yo soy Varan —saludó.

—¿Qué quieres? —cortó Dute, un demonio con pico como un ave, pero con extremidades de algún tipo de cánido—. Nos trajiste aquí y ya hemos oído acerca de vuestro pacto con la nueva reina.

—¿La llamas reina? —gruñó Varan con rudeza—. Para ser reina necesita un reino y este pertenece a los demonios. —Miró con una furia desmesurada a las personas que tenía delante—. Yo no pacté y por eso estoy aquí.

—Repito, ¿qué quieres de nosotros? —insistió Dute.

Cada uno de los líderes que había delante de él pertenecía a una de las cinco aldeas perdidas. Aldeas independientes que tomaban las decisiones que afectaban a todos ellos por votación, pero parecía que Dute tenía bastante influencia en el grupo.

—Jadea ha propuesto paz entre demonios y humanos en Dierin, pero esa paz no durará —declaró —. Esa mujer es traicionera y el pacto solo durará hasta que sepa con certeza que puede deshacerse de nosotros.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó Wanba, la otra mujer—. Cumplió con el tratado de paz que hizo con nosotros hace casi diez años. Hemos vivido en paz desde entonces.

Era la que más parecido tenía a un humano. Aunque no tenía pelo, su piel era cobriza y su rostro tenía dos ojos primarios grandes y negros y luego un par más en las sienes; más pequeños y que no se movían.

Varan percibió que había algo raro en su manera de hablar, en la manera en la que todos se dirigían a él. Cuestionaban sus motivos para estar allí, pero parecían abiertos a escuchar. No era la primera vez que trataba con gente de las aldeas perdidas, eran cerrados y cabezotas. Si querían escuchar era porque ellos mismos sabían que su situación había cambiado.

—Ese tratado lo hizo para poder estabilizar el territorio, igual que ha hecho ahora. Los reinos de los humanos querrán recuperar su control para poder financiar la defensa en la frontera de Grangal y sus intereses en Nárandul.

»La explotación de este territorio es lo que les ha permitido recuperarse tras la guerra contra nuestro rey y no van a cederlo con tanta facilidad. Ahora mismo se encuentra a las puertas de Novanta un ejército de ciento cincuenta mil hombres, y si la ciudad cae, entrarán en el territorio y Jadea tendrá problemas para detenerlos.

—No tendrá ningún problema en detener un ejército tan pequeño —interrumpió Dute.

—Ese ejército es solo el principio —respondió Varan—. Auten se encarga de la defensa de la frontera con Grangal y la mayor parte de su ejército no puede moverlo de Vincel. Sin embargo, Veniden es otra historia. Están matando a todos los demonios o esclavizándolos, y según tengo entendido, ya han empezado a movilizar su ejército para asistir a Auten.

Por ahora eran solo rumores, pero tampoco lo veía descabellado. Los rumores solían contener más verdad que las noticias.

Dute levantó una ceja con escepticismo, aunque no lo contradijo.

«No tienen informantes en Veniden». Se sorprendió de todo lo que habían sobrevivido a pesar de ser tan cortos de miras. Eso era una señal de su confianza en su poder militar, pero él sabía el valor del conocimiento y lamentó la oportunidad que perdían al no estar informados.

—¿Entonces por qué está liberando a los esclavos? —cuestionó Tara—. ¿No sería más lógico utilizarlos para luchar?

Varan le había dado muchas vueltas a esa pregunta durante su viaje y había llegado a la conclusión de que esa mujer era una estratega brillante. No tenía pruebas de que lo que iba a decir a continuación fuese verdad, pero sin duda era el escenario que más sentido tenía en su cabeza.

—La economía quedó destruida tras la guerra y ella ofrecía trabajo, alojamiento y comida a aquellos que aceptaran la marca. Una oferta muy tentadora considerando la situación en ese momento, ¿no os parece? —señaló.

—Antes morir que someterse a un humano —gruñó Musco, el hombre toro.

—Siempre habrá alguien lo suficientemente desesperado como para aceptar un trato así —declaró Wamba. Parecía la más razonable del grupo.

—¡Exacto! Pero Musco no deja de tener razón por ello —admitió Varan con la intención de no contradecirle y eso pareció gustarle al toro, que hinchó el pecho orgulloso—. Por eso, solo una minoría solicitó la marca. Suficientes como para dividir a nuestro pueblo y que ella pudiese estabilizar su poder, pero insuficientes como para eliminar toda oposición.

—¿A dónde quieres ir a parar? —preguntó Tara.

—Estoy seguro de que, si la mayoría hubiera aceptado la marca, no habría liberado a los esclavos y nos habría utilizado para defender la frontera. Sin embargo, obligar a esa minoría a luchar en el frente solo habría provocado que más gente se hubiese unido a los rebeldes. Liberándolos ha abierto la posibilidad a un pacto con los demonios e incluso a que luchen en su bando.

Esa era la única conclusión lógica a la que había llegado. Tenía sentido, pero tampoco estaba convencido de que fuera toda la verdad.

—Desconozco si esos serán los verdaderos motivos para la liberación de esclavos, pero independientemente de eso, no me parece un trato tan malo —manifestó Wanba—. ¿Por qué no íbamos a aceptar el pacto que ofrece?

—Porque es impredecible y no podemos confiar en ella. La alianza de los humanos lo hizo y los ha traicionado a pesar del peligro que supone para ella. ¿Qué podemos ofrecerle nosotros como para que decida que no querrá traicionarnos? ¿Cómo sabemos que, cuando esta guerra acabe, mantendrá la paz entre humanos y demonios?

Se miraron entre ellos consternados, había dado en el clavo. Esa era la razón por la que no se habían marchado aún, sabían que serían los siguientes una vez Jadea lograra el control de Dierin.

—Digamos que tuvieras razón —estableció Dute—. ¿Cuál es tu plan? ¿Qué quieres de nosotros?

51. GERO

Gero abrió los ojos, después de tantos combates era capaz de saber exactamente el momento en el que su contrincante despertaría. Faltaban solo unos segundos.

—¿Estás listo, Ámbar? —gruñó y sonrió—. Hoy va a ser un gran día. ¿Te encuentras con fuerzas para pelear?

Le había puesto nombre y le hacía gracia el hecho de que esa cosa fuera la única que lo tenía. Se negaba a ponerse un nombre a sí mismo. Ya no albergaba esperanza de ser capaz de recordarlo, pero eso no significaba que no lo tuviera.

Su ropa estaba completamente destrozada y tenía la mirada perdida, casi carente de cordura. En una pared había cientos de marcas, una por cada vez que Ámbar había despertado. Ni siquiera sabía por qué seguía marcándolas, hacía tiempo que dejó de contarlas. Tal vez para asegurarse de que los días seguían pasando. Si a eso se le podían llamar días.

Gero mostraba su esculpido torso. A pesar de su constitución delgada, su odisea en aquel lugar había dado sus frutos. La luz de la sala era tenue, pero se apreciaba su piel cubierta de cicatrices, heridas y moretones. Su cuerpo estaba sucio y cubierto de sangre seca. Se había tenido que atar su melena con un trozo de tela arrancada de su propia ropa para poder pelear y lucía una barba fina y rubia que le llegaba hasta el pecho. Además, su rostro había sido marcado por una cicatriz vertical en la ceja derecha que le daba un aspecto peligroso.

Seguía sin comer ni beber y su rutina se resumía en dormir, luchar, entrenar y volver a dormir. Ámbar se hacía cada vez más fuerte, aunque fuese muy poco a poco, por lo que él tampoco podía quedarse atrás y entrenaba sin tregua entre combate y combate.

Parecía que la propia sala lo alimentaba, aunque no sabía cuánto tiempo iba a durar. La idea de que dejara de hacerlo y muriese de hambre o sed se le había pasado más de una vez por la cabeza, pero procuraba evitar pensar en ello.

Además, le atormentaba no saber quién lo mantenía preso o qué había hecho para merecer algo así. En ocasiones gritaba a las paredes. Le gritaba a Ámbar exigiendo respuestas. Aunque ya no lloraba. Era una forma de mantener el control, no le daría sus lágrimas a aquel que lo había encarcelado.

No obstante, eso no era lo peor. La alternativa resultaba mucho más aterradora. ¿Y si no había nadie vigilando? ¿Y si su destino era luchar contra esa cosa hasta la muerte? Las cicatrices empezaban a acumularse y eran un recordatorio de que ese día estaba cada vez más cerca.

Gero se acercó hasta estar a casi un palmo de él. Procuró sacar esas ideas de la cabeza.

—Hay que ver qué cutre que eres —le dijo—. El que te crease tenía un gusto pésimo. Te podría haber creado como una mujer atractiva. Mírate ahí, con esa cara tan… sin cara. ¿No te da vergüenza?

Ámbar no respondió. No hizo nada y la ausencia de su rostro solo le devolvió indiferencia. Se alejó de él, llegaba el momento de que despertase.

—¿Puedes siquiera ver? ¿Me ves cuando peleamos? Me gustaría poder pelear contigo sin verte, tu cara me da grima.

Ámbar cerró y abrió los puños, Gero ya estaba preparado para enfrentarlo.

—¡Buenos días, encanto!

Aquel ser se lanzó contra él y comenzó a lanzar patadas. Gero esquivaba con tal destreza que apenas necesitaba moverse para hacerlo. Ámbar se había vuelto tan fuerte que intentar bloquearle era inservible. Todavía acarreaba un dolor punzante en el brazo de hacía unos días a causa de ello. No parecía roto, pero la falta de reposo imposibilitaba que curase y sabía que acabaría siendo su perdición. A su amigo no parecía importarle que estuviera herido y, a estas alturas, una herida grave sería mortal.

A pesar de la habilidad que había ganado, Ámbar mejoraba de forma interminable y él sabía que pronto llegaría a su límite. Mejoraba sus técnicas e inventaba trucos para engañar a aquel ser, pero se le acababan las ideas. Ámbar aprendía de los ataques que recibía de Gero, se había percatado de ello con el tiempo. Aquel que lo construyese era un genio y un auténtico sádico.

Se distrajo un instante pensando en esas cosas y el puño de Ámbar lo rozó. Sintió un dolor agudo y le entró el pánico pensando que lo había herido. Retrocedió de un salto y se llevó la mano al costado donde le había tocado. Solo era una pequeña molestia; nada grave.

Ámbar no le dio más tregua que eso y siguió atacando. Volaban puñetazos y patadas. Gero se movía por la zona, usando las paredes para impulsarse y golpear con más fuerza, pero sus ataques no le hacían nada a la endurecida carne de su compañero de encierro.

En un momento dado, Ámbar le sorprendió con una finta. Amagó un golpe por la izquierda y le hizo un barrido con la pierna que Gero no pudo prever haciendo que cayese con dureza contra el suelo. Notó un crujido en el hombro derecho y aulló de dolor, aquello no era buena señal. Trató de levantarse apoyando el brazo, pero este le falló y logró apenas esquivar a su adversario rodando por el suelo.

El muñeco, mostrando ningún interés por las heridas de su contrincante, trató de pisotearle. Gero se revolvió haciendo una voltereta para sortearle, pero no lo consiguió a tiempo y le pisó la pierna.

Rugió agonizando al mismo tiempo que descargaba una patada con la otra pierna para liberarse. Apoyó esta vez el brazo sano y consiguió levantarse a tiempo solo para ver cómo iban a cargar otra vez contra él.

«¿Es este el fin?», pensó.

—¡Y una mierda! —gritó con todas sus fuerzas, preparándose para el siguiente intercambio.

Se negaba a que todo hubiese sido para nada. Se negaba a aceptar la muerte y menos sin saber la causa de esta. Podía esforzarse más. Podía seguir luchando, y si era sin un brazo, que así fuere. Hoy no era el día de su muerte. Solo tenía que aguantar un poco más.

«No me ha roto nada», comprobó, pisando con la pierna que le había aplastado.

Le dolía, pero estaba dentro de lo aceptable. Por suerte, aunque la piel de Ámbar fuese dura, no parecía pesar mucho más que una persona normal y el pisotón solo se traduciría en un moretón más en su ya magullado cuerpo.

Con los puños en alto, comprobó cómo Ámbar le lanzaba un puñetazo. Sin embargo, algo había cambiado. De pronto, todo a su alrededor pareció ralentizarse durante un instante. Los movimientos de Ámbar se volvieron más lentos y su percepción del entorno más rápida.

Giró el cuerpo, levantó la guardia de su brazo sano y, al mismo tiempo, disparó una patada baja contra su adversario que recibió en el costado de la rodilla forzándola a flexionarla y haciendo que tocase el suelo. Gero no se detuvo y apartó ligeramente el cuerpo para ganar impulso y conectó una

patada contra el rostro de Ámbar que le hizo caer hacia atrás. Era la primera vez que sucedía eso desde hacía mucho tiempo.

Aquello pareció cabrear al muñeco, que se levantó de un salto y empezó a luchar aún más deprisa. No, no era más deprisa. Era igual que antes. El momento había pasado y había vuelto a la normalidad.

«¿Qué ha sido eso?», pensó. Trató de recrearlo, pero no pudo y comenzó a atacar de forma frenética a Ámbar. Había perdido completamente el juicio. «¿Qué ha sido eso? ¿Por qué no funciona?». Cuando se quiso dar cuenta, Ámbar le dio una patada que le hizo dar una vuelta de campana. Cayó contra el suelo y sintió un dolor indescriptible en la pierna donde le había golpeado.

Intentó levantarse, pero antes de hacerlo, recibió otra patada en el brazo derecho que le hizo rodar por el suelo. Gritó de dolor, tal vez la pierna solo era el golpe, pero estaba seguro de que el brazo se lo había roto. Estaba acabado. La herida anterior en el hombro tal vez podría haberla sanado en unos días con un poco de suerte, pero un brazo roto era algo completamente distinto a estas alturas.

Sin embargo, pretendió volver a levantarse, no estaba dispuesto a rendirse. No quería morir. Quería saber quién era realmente. Por qué estaba en aquel lugar. Matar al cabronazo que le había encerrado con ese ser. Ese pensamiento le impulsaba a creer que aún no era el momento de morir y que podía arreglarlo. Se veía en la obligación de sobrevivir después de tanto tiempo encerrado para darle sentido al tiempo que había pasado preso en esa sala de torturas.

Ámbar se acercó e intentó de nuevo darle una patada. Gero la anticipó y la esquivó dando un paso hacia atrás. Luego esquivó un puñetazo que fue seguido de una patada adicional. Así continuaron, uno tratando de golpear y otro esquivando a duras penas, hasta que Gero advirtió que lo estaba llevando a una de las esquinas de la sala.

En su estado actual, con un brazo roto y una pierna dolorida, si lo acorralaba sería su perdición. Sin embargo, no fue miedo lo que sintió, solo pensaba en cómo salir de aquel aprieto y en ese momento volvió a sentirlo. El tiempo se ralentizó. Su adversario se volvió más lento y las heridas parecían doler menos. Incluso parecía notar cómo sanaban y entonces sucedió: sintió como si rompiera una barrera que llevaba tiempo arañando y que le impedía seguir mejorando. Su cuerpo se volvió liviano y más poderoso que nunca.

—¡Te mataré! —gritó eufórico—. ¡Ven a por mí!

Ámbar continuó atacándolo, pero él comenzó a esquivar con facilidad y empezó a devolverle los golpes. Eran pesados. Tenía la sensación de que tal vez pudiese por una vez infligir algún daño a su adversario, aunque de ser así, este no lo demostraba. «¿Qué es esta sensación?», se repetía una y otra vez con una exultante sonrisa.

Cuando se quiso dar cuenta, pegaba puñetazos también con el brazo que había tenido herido. Se había curado de forma milagrosa y golpeó. Golpeó con todas sus fuerzas. Quería destrozar a ese ser, aunque fuese lo último que hiciese en la vida, y se dejó llevar por la locura. Con la cara desencajada y las manos llenas de su propia sangre, no se detuvo ni siquiera cuando su adversario dejó de moverse porque el tiempo se había acabado.

52. SARA

Sara estaba sentada sobre la cama de Gero sin quitar la vista del armario donde estaba atrapado. Había recogido la habitación y el salón en los últimos días, apilando las hojas en montones donde no molestasen. No había limpiado las paredes ni los suelos por miedo a borrar algo que luego resultase ser importante.

Acababa de despedir a Drasco, que se pasaba varias veces al día a ver cómo estaba y a llevarle lo que necesitase. El grandullón parecía estar cerca de un avance, por lo que, a pesar de la situación, Sara había insistido en que se centrase en su entrenamiento y que ella se haría cargo de vigilar la entrada. Él no estuvo conforme al principio, pero parecía tener cierta prisa por despertar alguna de las habilidades de guerrero de sangre y acabó aceptando.

Miró el armario donde estaba el portal cerrado que daba acceso a la sala de entrenamiento. Bostezó y se tumbó sobre la cama. Todavía conservaba el olor de Gero. Cerró los ojos y pensó en qué la había llevado hasta ese momento.

Por alguna razón que desconocía, había perdido sus recuerdos hacía un poco más de un año. Había despertado en Lantalos sola y se había pasado meses vagando por las calles tratando de averiguar si alguien la reconocía. Al no lograrlo, finalmente decidió unirse a la academia al descubrir que era una guerrera de sangre. Por lo tanto, se podría decir que Gero, Sonstan y Drasco estaban en la mayor parte de sus recuerdos felices. Se habían convertido en las personas más importantes de su vida.

Mientras dormitaba sumida en sus pensamientos, se escuchó un fuerte golpe que le hizo saltar de la cama. Desorientada, miró alrededor y vio cómo la puerta del armario se abría de par en par, golpeando con fuerza los laterales y casi saliéndose de las bisagras. Del interior, un hombre salió prácticamente desnudo.

Tenía una larga barba rubia y una melena despeinada y sucia. En realidad, todo él estaba cubierto de mugre y sangre seca. Estaba delgado y sus músculos, aunque no grandes, estaban muy marcados. Lo siguiente que notó fue el olor nauseabundo que desprendía.

Sara se apartó de un salto. No tenía un arma, por lo que levantó sus manos preparada para defenderse.

—¡¿Dónde está Gero?! —gritó amenazante.

El hombre la miró confundido al ver la reacción de ella y se miró las manos, después el cuerpo y finalmente a ella de nuevo. Su rostro estaba completamente cubierto de suciedad, apenas se podían distinguir sus rasgos.

—¿Sara? —susurró.

Su voz era tosca, pero familiar. Lo supo en el instante en el que le miró a los ojos. Era Gero, pero ¿qué le había pasado?

Su aspecto era un poco más adulto, lo cual ya llamaba la atención, ya que los magos ralentizaban su crecimiento una vez despertaban sus poderes. No obstante, lo más sorprendente era la barba y su cuerpo.

—¿Qué…? —No supo ni por dónde empezar a preguntar.

Así que se abalanzó sobre él y lo abrazó. Él le devolvió el abrazo y se quedaron en silencio unos instantes hasta que fue ella la que lo apartó.

—Apestas —se quejó sonrojada.

Gero soltó una carcajada y luego revisó de nuevo su cuerpo.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —preguntó un poco asustado.

Sara le miró de arriba abajo, parecía que era verdad lo que Enya dijo de aquel menhir.

—Han pasado seis días desde la última vez que te vi —respondió ella, ya que no sabía con certeza cuando había entrado.

—Cinco años… —susurró él consternado.

Por su reacción, parecía sorprendido, aunque no quedaba claro en qué sentido. Mostraba una ligera sonrisa de satisfacción que era difícil de describir.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —preguntó Sara.

—No lo sé.

Sara levantó una ceja molesta al pensar que no le quisiera decir nada después de pasar días esperando a que volviera, sin saber si realmente lo haría.

—De verdad que no lo sé —continuó él—. Si no, no habría funcionado.

—¿Qué ha funcionado? —insistió ella.

—Sellé mi capacidad de ver la salida de la sala hasta convertirme en un guerrero de sangre y venciese… —explicó.

—¿¡Lo conseguiste!? —interrumpió sorprendida Sara—. ¿Cómo es posible?

Sabía que nadie lo había conseguido una vez convertido en mago. Lo había investigado tras la declaración de Gero de que lo conseguiría. Había hecho todo lo posible por encontrar las respuestas que necesitaba para ayudarle, pero no había obtenido nada. No había ningún registro de que alguien lo hubiese conseguido, a pesar de que en la biblioteca había varios libros que estudiaban el tema.

La opinión más generalizada era que un mago recurriría en última estancia a forzar su magia hasta corromperla. El paso de forzar el cuerpo hasta convertirse en un guerrero de sangre era antinatural para ellos. Incluso Drasco había insistido en que nadie lo había conseguido y que su familia lo había intentado durante años.

—Necesito probarlo —exclamó Gero de pronto y se dirigió a la puerta.

Sara lo retuvo sujetándolo del brazo y este reaccionó asustado. Se apartó de golpe y retrocedió varios pasos liberándose de ella. Después, la miraba como si tratara de comprender por qué había reaccionado así.

—Tranquilo —intentó apaciguar Sara—. No te pueden ver así…

Sara procuró no hacer movimientos bruscos. Gero se acercó al espejo que tenía en la habitación y su expresión palideció al verse. Comenzó a tocarse la cara, la barba y el cabello. Después, al tocarse las cicatrices que cubrían su cuerpo, le temblaban las manos. Su torso y espalda desnudos estaban llenos de marcas rosadas por las abrasiones que se produjeron en la piel cuando chocaba contra las paredes y el suelo de la sala. Algunas incluso tenían bastante profundidad y debieron de ser muy dolorosas en su momento.

—¿Qué me ha pasado? —susurró.

«¿Realmente no lo recuerda?», se sorprendió Sara.

Parecía una reacción legítima, había olvidado todo lo que había sucedido en la sala. Aunque viendo cómo había salido, tal vez no recordarlo fuera lo mejor. Sara se tocó sus propias cicatrices, las

quemaduras cuyo origen no era capaz de recordar. Siempre había pensado que quería hacerlo, que necesitaba conservarlas por si alguien algún día la reconocía por ellas. Fue la primera vez, desde hacía más de un año, que había pensado que tal vez fuese mejor olvidar el pasado. Que tal vez fuese una bendición olvidar, igual que le había pasado a Gero.

—Creo que lo mejor sería que te vistieses antes de salir —advirtió Sara—. Y tal vez quitarte la barba, nadie creerá que te ha crecido en una semana y creo que no quieres que la gente vaya haciendo preguntas de lo que has hecho.

Gero asintió y se quitó los harapos que tenía puestos. Sara se sonrojó y apartó la mirada, aunque parecía que a él no le importase que ella estuviese delante. No dijo nada y comenzó a asearse.

Las casas de los alumnos de élite disponían de una pequeña sala completamente forrada de cerámica en la que había una fuente. La mayoría de los estudiantes tenían que llevar su propia agua a sus habitaciones, pero los alumnos de élite disponían de una red de canalizaciones que les llevaba el agua.

Sara fue a buscar un cubo y algún trapo de la cocina, asegurándose de perder de vista a Gero el menor tiempo posible. Eso hizo que viera más de lo que se sentía cómoda, pero no pensaba permitir que volviera a hacer alguna de sus locuras. En el transcurso de los últimos días, había llegado a pensar que lo había perdido y no estaba dispuesta a dejar que eso sucediera de nuevo.

Cuando volvió con el cubo en la mano, descubrió a Gero completamente desnudo frente a la fuente. Se estaba cortando la barba con un cuchillo que debía de estar muy afilado por la facilidad con la que la atravesaba.

—Aquí tienes un cubo —dijo Sara, dejándolo en el suelo y alejándose.

Se sentó fuera, donde no podía verle, pero él no sería capaz de salir de allí sin que ella se enterase y, tras lo que le pareció una eternidad, Gero salió. Se había conseguido cortar la barba hasta tenerla solo un dedo de larga. Estaba bastante nivelada, aunque él siempre había sido bastante imberbe y no parecía haber hecho eso nunca. También se había cortado el pelo, aunque no se había esmerado mucho.

—Mañana irás sin falta a la barbería —proclamó ella sin dar lugar a discusión.

—Ya me he dado cuenta —dijo él un poco más animado.

Vestía una camisa marrón arremangada y un pantalón oscuro. Ahora que se había limpiado, se veían en su cuerpo con más claridad las marcas de la tortura que había sufrido en la sala. Los brazos estaban cubiertos de cicatrices rosadas. Los nudillos se asemejaban a los de muchos guerreros de sangre, deformados y endurecidos de tanto golpear. Además, tenía una gran cicatriz vertical en la ceja derecha que hacía que esta quedara partida.

Aparte de eso, su ropa cubría más heridas porque había visto las marcas antes. Se preguntó si iría a un mago de luz a que se las quitasen. Ella no lo había hecho, pero sabía que muchos recurrían a ello.

—¿Vamos? —preguntó Gero, dirigiéndose hacia la puerta.

—¿No deberíamos probarlo en la sala? —preguntó Sara—. Igual fuera llamaremos mucho la atención.

Gero, dudando, dirigió la vista hacia la sala y finalmente respondió de forma misteriosa.

—Mejor fuera, necesito que me dé el aire.

Sara percibió enseguida que esa no era la razón. Gero era un gran mentiroso. El hecho de que estuviese en la academia siendo un demonio era una demostración de ello. Sin embargo, en ese

momento pudo ver un atisbo de duda o incluso miedo. Parecía no querer volver a esa sala, aunque no supiese muy bien por qué. Decidió no discutir y lo siguió.

—Al menos, deberíamos alejarnos un poco.

Él asintió, comenzó a andar en silencio y abría y cerraba las manos con curiosidad. Hacía estiramientos con los brazos e inspeccionaba sus nuevamente adquiridos músculos con interés; parecía orgulloso de ellos.

Al salir por la puerta, el aire frío de la noche la golpeó y no iba abrigada, se había dejado la chaqueta dentro. La academia estaba pegada a las montañas y ya acusaba temperaturas bajas pese a que todavía no era invierno.

—Me he dejado la chaqueta dentro —avisó—. Un segundo y salgo.

Gero no le contestó, parecía demasiado distraído con su nuevo cuerpo.

Ella entró corriendo y se fue directa a la habitación de Gero, había dejado la chaqueta en una mesita junto a la cama. Al agarrarla y dirigirse hacia la salida, observó que el armario todavía se iluminaba.

«¿Me dará tiempo a mirar?». La curiosidad se apoderó de ella y se acercó con cautela. No sabía si volvería a recibir una descarga, aunque lo dudaba al no estar Gero dentro. Tocó el pomo de la puerta y respiró aliviada al no salir volando. Se asomó por la puerta de la habitación y no vio a Gero, seguiría fuera.

Sopesó si estaría haciendo lo correcto. Quería saber dónde había vivido Gero durante cinco años y qué era lo que había hecho que cambiara tanto. Parecía más esquivo; más alerta.

Estaba demorándose demasiado, así que abrió la puerta de un tirón y en ese mismo instante se arrepintió de haberlo hecho. Estaba todo lleno de sangre seca: paredes, suelos e incluso había algunas marcas en el techo. El olor era nauseabundo.

«¿Todo esto es de Gero? —trató de calmarse—. ¿Qué ha pasado aquí?».

Una de las paredes estaba cubierta de marcas, cientos de muescas arañadas contra la roca. Pasó la mano por encima, las marcas no eran muy profundas, pero lo suficiente para que no se pudieran borrar. La roca de la que estaban hechas las paredes parecía bastante sólida, por lo que sabía que cada una de esas marcas habría costado bastante trabajo a alguien que no fuera un guerrero de sangre.

En el suelo habían esparcidas partes del cuerpo de un muñeco con forma humana de color ámbar. La cabeza no estaba por ningún lado, aunque cerca de los trozos había un montón del mismo material hecho añicos. Si era la cabeza, Gero se había asegurado de no dejar ni el más mínimo rastro. El resto del cuerpo estaba desmembrado y tenía además bastantes golpes en el torso.

—¿Qué estás haciendo? —gruñó una voz detrás de ella.

—¿Qué es todo esto? —susurró ella entre lágrimas—. ¿Qué te has hecho?

Gero miró incómodo el interior de la sala, agarró la mano de ella y tiró hacia si para sacarla de allí. Después, cerró la puerta del armario.

—Siento que hayas tenido que ver eso —sentenció evasivo.

No dijo nada más y se dirigió a la entrada llevando a Sara de la mano. Esta le miraba aterrada y preocupada, incapaz de saber qué decir. Aunque tal vez no hubiera nada adecuado que decir, al fin y al cabo, ya no se podía hacer nada al respecto. Había pasado por aquello y no lo recordaba, así que seguramente fuese mejor olvidar lo que había visto. Miró sus propias cicatrices una última vez y suspiró.

53. GROGO

Grogo y Vera se encontraban en la taberna de una aldea perdida cerca de Maom. Habían decidido quedarse en los alrededores de Novanta, donde las noticias llegarían más rápido. Se tapaban con túnicas oscuras y se habían sentado en un rincón apartado donde la luz era débil y ocultaba sus rostros.

El día del ataque, al salir de la ciudad, descubrieron que Samo no era el único que no había cambiado de bando. En realidad, casi la mitad de los veinte mil soldados originales trató de huir durante el ataque y más de dos mil lograron salir vivos de allí y viajar al norte.

Grogo les entregó una carta cifrada para presentar a Varan cuando llegasen a Rinea, explicando lo que había sucedido: la caída de Novanta, la traición de Jadea y que Feliseo era un espectro. Conservó el espectro capturado de Borian, pues no confiaría eso a nadie. Aunque tampoco tenía muy claro qué hacer con él.

La ciudad había caído en solo un día y ya era conocido que Jadea había huido con parte de sus generales. Por lo que decían los rumores, viajaba al este hacia la capital de Dierin.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Grogo con una jarra de cerveza en la mano.

La miraba con nostalgia, recordando su taberna. Había sido el rey con el reinado más corto que conocía y, sin embargo, lo que más echaba de menos era su taberna. Los habituales cantando sobre los bancos al son de sus canciones. Subirse sobre la barra para cantar con Teilan. Se preguntó qué estaría haciendo ahora; lo echaba tanto de menos…

Miró a su alrededor y no pudo evitar sentir una profunda tristeza. La mayoría de la gente en aquel lugar bebía sola, recelosa del resto. Solo había pequeños grupos de conocidos y se notaba que viajaban juntos por cómo se dirigían los unos a los otros. Nadie cantaba ni reía, solo bebían y conversaban. Compartían rumores y trataban de hacer negocios poco lícitos. En ese momento, cayó en la cuenta de que El Pez Volador fue algo bello. Era luz en un rincón triste de una ciudad corrupta. Un lugar donde la gente olvidaba que el mundo a su alrededor se hundía.

—Supongo que viajar al norte y reunirnos con el resto en Rinea —contestó Vera, devolviéndole a la realidad—. Necesitarán nuestra ayuda cuando Jadea los traicione.

Grogo no respondió nada y Vera se acercó a él para que la abrazara. Él sintió el cuerpo de ella apoyarse sobre el suyo y notó su aroma, tranquilizándolo. Había estado solo mucho tiempo y su presencia junto a él le daba fuerza, aunque no sabía para qué.

—Tenías razón —admitió ella—. Revelarnos contra un enemigo que actúa en la sombra fue un error.

Grogo lo miró sorprendido y sonrió.

—¿Por qué sonríes? —protestó Vera irritada.

—¿Puedes repetir eso? —insistió él con interés.

Ella frunció el ceño.

—¿Que revelarnos fue un error?

—Me refería a lo de que tenía yo razón.

Vera se apartó de él y le lanzó una mirada fulminante. Sin embargo, él solo rio y ella no tardó en hacer lo mismo.

—No sé cómo lo haces —dijo ella—. No sé cómo consigues hacerme reír en un momento así.

—Es porque me miras con buenos ojos —respondió Grogo—. Me encuentras atractivo y eso hace que estés predispuesta a reír mis tonterías.

—Eres un imbécil —acusó entre carcajadas, consiguiendo llamar la atención de la gente que había alrededor.

Agacharon las cabezas para evitar que los mirasen directamente al rostro. Dudaban que en aquel lugar perdido alguien los reconociese, pero era mejor ser precavidos. No dijeron nada más y se centraron en sus bebidas. En el silencio que generaron, llegó una conversación a sus oídos.

—Me han contado que Ketha ha caído —dijo una mujer de gran tamaño y gruesos brazos refiriéndose a una de las ciudades fortaleza de Nárandul. Parecía militar; vestía el atuendo de cuero marrón propio de los ejércitos de Jadea.

Grogo llevaba años sin entrar a Dierin. Había oído los rumores en su taberna acerca de cómo dirigía Jadea el lugar, pero aun así le seguía sorprendiendo la efectividad con la que había sometido aquellas tierras. Estaba seguro de que, si Borian no los hubiera traicionado, habría podido defender la ciudad y evitar una invasión.

El hombre que iba con la soldado rio.

—Feliseo retiró las tropas para recuperar Novanta. Auten estaba al cargo de Ketha, así que era normal que la ciudad cayera considerando el aumento de actividad de los gigantes —se burló—. Creo que esperaba que Veniden y Roidgen lo apoyaran, pero el rey Rinko está demasiado ocupado matando demonios en Veniden y el reino de Roidgen parece haber decidido no involucrarse en los asuntos de los otros reinos.

A pesar de que las ciudades de Nárandul fueron fundadas por nobles como un reino independiente al resto de reinos de los humanos, los años habían hecho que Ketha, una de las tres ciudades mineras de Nárandul, acabara en manos de la familia real de Auten. El poder que ostentaron los nobles que fundaron aquella ciudad permitió que pudieran casar a sus descendientes con los de la familia Ereon y, con los años, estos acabaron poseyéndola.

Grogo miró a Vera, que parecía tan interesada como él en la conversación.

—Bueno, por lo menos, son buenas noticias —dijo la mujer—. Si está distraído en el sur, tal vez podamos recuperar Novanta. He oído que Jadea ya está preparando al ejército para tomar la ciudad.

—No le será fácil —susurró Vera, cerciorándose de que nadie la oyese a excepción de su acompañante.

—Se le han unido muchos demonios. Liberar a los esclavos ha hecho que muchos crean en su causa —respondió Grogo.

—Estoy segura de que muchos no aceptarán a una humana como reina. Dos décadas de guerra y represión no desaparecen tan fácilmente.

Grogo se frotó pensativo la barbilla.

—No creo que debamos subestimar el deseo de paz de la población, y si los demonios se unen a ella, tal vez tenga una buena oportunidad para plantar cara a Feliseo.

—¿Crees que sería algo bueno que recuperase Novanta? —dudó Vera—. ¿Deberíamos involucrarnos?

Grogo alzó la cabeza y la miró fijamente. Sus ojos esperaban que él le diera alguna respuesta y le resultó extraño. Ella era la de los planes y no solía pedir el consejo de otros. Bebió un largo trago de cerveza y notó que tenía un regusto a clavo llamativo. Hacía mucho que no degustaba una cerveza así, era deliciosa.

—No es asunto nuestro —respondió él—. Los hombres matan a hombres y al final, ¿sabes qué quedará?

Vera negó con la cabeza.

—Menos hombres y más gente que se creerá con derecho a reinar —sentenció—. Pero creo que ya sabemos quién estará reinando realmente en la sombra.

Ella le miró confusa, sin entender a dónde quería llegar.

—Es evidente que a los espectros les atrae la guerra y el poder, pero no sabemos por qué —explicó—. Mientras ellos controlen los gobiernos, dará igual quien controle Novanta o cualquier otra ciudad. Los guardianes se crearon con una misión y no fue la de luchar en esas guerras.

La duda de Vera pareció disiparse y él sonrió.

—Así que tu plan es matar reyes y derrocar gobiernos —sentenció ella mientras bebía de su jarra —. ¿Y por dónde pretendes empezar?

Grogo pudo ver en la mirada de ella que los engranajes de su maravillosa mente se habían puesto en marcha.

—Tú eres la de los planes —sonrió.

54. Drasco

Era noche cerrada y el grupo se había reunido lejos de los edificios, en la zona de entrenamiento más cercana a la barrera en el extremo norte de la academia. Drasco y Gero se miraban el uno al otro, preparados para combatir. Sonstan y Sara observaban desde el lateral.

—¿Estás seguro de que no quieres descansar? —gritó Sara—. Podemos esperar a mañana.

—¿Quieres retrasar la paliza a mañana? —se burló Drasco. Le hervía la sangre de emoción y estaba ansioso por empezar. Había incluso olvidado lo preocupado que había estado por su amigo los últimos días. Lo único que tenía en la mente era averiguar cuánto había mejorado.

—Creo que ambos sabemos que, si paro esto ahora, me vas a estar incordiando hasta que nos enfrentemos —se rio Gero.

—No lo dudes.

Drasco lo observaba con expectación, había hecho lo imposible. Durante todo el trayecto, le había insistido en que le revelara cómo lo había conseguido, pero se había negado e incluso Sara se había entrometido para convencerle de que desistiese. No fue capaz de entender del todo la expresión de ella, pero su intuición le dijo que no indagara más.

—Entonces ¿empezamos, viejo? —retó Drasco con una sonrisa. Gero había envejecido en la sala y, aunque aún parecía joven, no desaprovecharía la oportunidad de burlarse de él.

—Respeta a tus mayores —le contestó con confianza.

—Luego no te quejes por no haberte probado primero en la pista de obstáculos —le sonrió.

Gero le devolvió la sonrisa y levantó los puños para pelear.

Nada más empezar, Drasco hizo una finta tratando de desequilibrar a Gero, pero este dio un paso atrás, flexionó las rodillas y trató de darle una patada. Drasco bloqueó con el brazo por instinto y, para sorpresa de todos, fue impulsado hacia atrás varios metros. Sintió una punzada de dolor y aquello incendió su llama interior.

El golpe había sido pesado, propio de un guerrero de sangre. Sin embargo, lo que más le sorprendió fue la velocidad del ataque. La patada voló y llegó cerca de su cabeza en un parpadeo, haciendo que solo le diera tiempo a poner el brazo para evitar un impacto directo a la cabeza.

Gero retrocedió asombrado y luego hizo una mueca de terror al darse cuenta del daño que podría haber provocado.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—No eres el único que ha mejorado en los últimos meses —replicó Drasco sonriente. Se quitó la camisa que llevaba, cuya manga había sido pulverizada por el golpe—. ¡Eres un bastardo! —gritó al darse cuenta—. Esta era mi camisa favorita.

Todos los presentes le miraron confuso. Su brazo estaba completamente sano y ni siquiera tenía la piel enrojecida del golpe. Sara fue la primera en darse cuenta.

—¡¿Resistencia?! —se sorprendió.

Drasco sonrió, lo había ocultado al resto para darles una sorpresa, por fin había logrado desarrollar una de las habilidades de los guerreros de sangre y podía fortalecer su cuerpo. Todavía estaba en las

primeras etapas de la habilidad y no sería capaz de resistir el filo de una espada, pero era suficiente como para protegerse del ataque que acababa de recibir.

—¿Continuamos? —provocó.

Este no le contesto y le devolvió una mirada desafiante. Gero atacó con movimientos torpes y midiendo sus golpes. Era como si no fuese capaz de controlar su cuerpo, como si manejase el de otro. Tropezaba en ocasiones y parecía sorprendido por su propia velocidad.

Drasco se limitaba a esquivar o bloquear, procurando evitar que Gero se hiciese daño en el proceso. Lanzaba algún golpe, pero estos eran fáciles de evitar y en la mayoría de los casos, Gero lo hacía.

—Continúa así —animaba Drasco—. Ve ganando ritmo.

Pasaron los minutos y el primer efecto de aquella sala empezó a ser evidente. El aguante de Gero había aumentado, no parecía cansarse en absoluto. Su ritmo se aceleraba a medida que se acostumbrada a sus nuevas habilidades y, con ello, Drasco aumentó la intensidad.

Gero le lanzó una patada al pecho y él aprovechó para agarrar la pierna con un brazo y propinarle un codazo en la cara con el otro. Cayó, pero tan rápido como lo hizo, se volvió a levantar y continuó atacando. Su rostro estaba empapado de sangre, pero no parecía haberse dado cuenta y continuaba atacando.

—¡Gero! —gritó Drasco—. ¡Para!

Este no lo hizo y continuó luchando en un frenesí con el corte en la cara. Drasco retrocedía bloqueando y esquivando. Los golpes eran rápidos, no tanto como para no ser capaz de predecirlos, pero sabía que muchos guerreros de sangre más débiles no podrían. La evolución resultaba increíble, pero algo iba mal.

—¡Escúchame! —insistió mientras los ataques de Gero se volvían cada vez más rápidos.

Al ver que no reaccionaba, Drasco decidió ponerse serio y en el siguiente ataque desvió el puño de Gero, que trataba de alcanzar su cara e hizo que este perdiese el equilibro y trastrabillara. El demonio tigre dio un paso hacia delante mientras su amigo trataba de recuperar la estabilidad. No se lo permitió y le agarró del cuello. A pesar de la renovada fuerza de Gero, Drasco seguía siendo más fuerte y más pesado, por lo que no le costó levantarlo del suelo y tumbarlo en un sonoro estruendo que hizo que se levantara el polvo.

Gero exhaló el aire que le quedaba en los pulmones al golpear el suelo con la espalda. Drasco no perdió el tiempo, se tumbó agarrándole un brazo y lo retorció para inmovilizarlo.

—¡Vale, me rindo! —rio Gero mientras tosía tratando de recuperar el aliento.

—¿Todo en orden? —preguntó Drasco confuso—. Parecías… fuera de ti.

—Claro que estoy bien —se extrañó Gero—. ¿Seguimos?

Sara y Sonstan se acercaron corriendo y ella se abalanzó sobre él para comprobar la herida de la nariz.

—¿Qué pasa…? —Las palabras se quedaron colgando en sus labios al ver de que las manos de Sara estaban cubiertas de sangre tras tocarle.

Bajó la mirada y comprobó que su camisa estaba completamente empapada y frunció el ceño extrañado mientras ella continuaba inspeccionándolo.

—No tiene nada —se asombró.

—Regeneración —susurró Sonstan, que hasta el momento no había abierto la boca.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Drasco—. ¿Sabes lo que me ha costado poder activar resistencia? Cinco días has tardado, vas a tener que explicarme cómo has hecho eso.

—No es una buena idea repetirlo o que se sepa —interrumpió Gero.

Fue tajante y no añadió ninguna explicación después. Su actitud se había vuelto un poco más tosca, más salvaje.

—Si tú lo dices… —dudó Drasco.

Lo conocía y sabía que, si se ponía tan serio con esto, debía escucharle. Sin embargo, tenía mucha curiosidad por saber cómo lo había conseguido. Algo así podría resultarle de mucha utilidad.

Le ofreció un pañuelo y Gero lo cogió para limpiarse la cara. Parecía tan asombrado como ellos al descubrir su nueva habilidad.

—¿Me dejas el cuchillo? —preguntó Gero a Drasco mientras lo agarraba del cinturón sin esperar la respuesta.

Acto seguido, se hizo un corte en el antebrazo. En su rostro ni tan siquiera se mostró una mueca de dolor. Absolutamente nada. Gero tan solo miraba la herida con curiosidad.

—¿Qué pasa? —preguntó Sara.

—Apenas lo he notado —admitió extrañado al tiempo que comprobaba que la herida sanaba poco a poco por sí sola—. ¿Es eso normal?

—Los guerreros de sangre notan menos las heridas y los golpes —indicó Sara—. Sobre todo, los usuarios de regeneración, pero de ahí a no notar ese golpe en la nariz…

—Tal vez estaba demasiado enfrascado en el combate —se defendió Gero—. No me di ni cuenta.

—Vas a tener que ser más cuidadoso con esas cosas —aconsejó Drasco—. El dolor avisa del peligro y te permite cuantificar la magnitud del daño recibido. Es un recurso más en combate, aunque no lo parezca, así que es importante que te adaptes a tu nuevo cuerpo lo antes posible. No solo a controlarlo, sino también a entender cómo funciona ahora. Parece que con el método que has utilizado, tu mente todavía no se ha acostumbrado a los cambios en tu cuerpo y tus sentidos.

Gero asintió, indicando que lo había entendido.

—¿Podemos seguir? —preguntó, limpiándose la sangre sobre su piel del corte que ya había sanado por completo.

Después se fijó en su propia ropa y en cómo estaba empapada de sangre. Se quitó la camisa y se terminó de limpiar la sangre con el pañuelo. Drasco se giró a Sara interrogativo al ver el cuerpo de Gero cubierto de cicatrices. Había pensado inicialmente que la cicatriz en la ceja lo hacía parecer más varonil, pero aquello era escalofriante. Su torso y brazos estaban llenos de marcas.

Ella negó con la cabeza, pero Drasco no sabía si el gesto indicaba que no lo sabía, o que no preguntase. Al sentirse observado, Gero se tocó incómodo los brazos.

—Es importante conocer el alcance de sus nuevas habilidades —intervino de pronto Sara y lanzó una mirada intensa a Drasco que tampoco supo cómo interpretar—. Tal vez deberíamos seguir.

Gero se mostró agradecido con una sonrisa y aquello fue suficiente para hacer a Drasco olvidar sus dudas. Al fin y al cabo, era el primero que quería seguir luchando.

—Está bien —dijo el demonio tigre mientras tensaba los músculos con una sonrisa desafiante—. Pero te falta mucho para poder ir de macho sin la camiseta.

Así comenzaron a luchar de nuevo. Luego Sara sustituyó a Drasco y después Sonstan. Todos parecían ansiosos por probar a Gero, el cual ganaba fluidez y confianza en su cuerpo con cada golpe, cada finta y cada bloqueo. Tras casi dos horas de entrenamiento, Gero finalmente cayó agotado.

—Eres rápido y te sanas —señaló Drasco mientras se sentaba a su lado—, pero no eres excesivamente fuerte. Si tuviera que compararte con otros guerreros de sangre, diría que tienes la fuerza de un guerrero relativamente débil.

Gero frunció el ceño, pero no le contradijo. Parecía haberse dado cuenta él mismo.

—Aun así, si consigues combinarlo con tus sellos y tu magia, tal vez hayas dado con algo interesante —concedió Drasco y vio reflejado cierto orgullo en la cara de su amigo que no había visto nunca.

—Tal vez —repitió Gero, pensativo. Movía una mano cuya muñeca se había roto hacía unos minutos. Ya había recuperado del todo la movilidad—. Bueno, creo que ya me has golpeado suficiente por hoy. Necesito comer algo. Tengo la sensación de no haber comido en muchísimo tiempo.

Sonstan y Sara se acercaron a ellos al ver que habían terminado.

—La taberna junto a la biblioteca secundaria abre toda la noche —dijo Sara, aunque era algo que ya sabían todos—. Podemos ir allí a comer algo.

El grupo recogió sus cosas y se dirigió hacia el centro de la academia, aunque no se habían alejado mucho cuando Gero empezó a parecer ansioso, como si estuviese deseando contar algo. Drasco dudó que fuese acerca de cómo había adquirido sus nuevos poderes, pero tal vez les revelase el porqué. Le había dado muchas vueltas a qué habría llevado a su amigo a tomar una decisión tan extrema sin ni siquiera comentárselo y no lograba llegar a una conclusión. Sabía lo ambicioso que era. Sabía el deseo que tenía por ser más fuerte y por no sentirse inferior. Sin embargo, esto era algo distinto.

El grupo caminó por el paseo que había junto al río hacia la academia. Sorprendentemente, había algunas personas entrenando en la oscuridad a pesar de las horas que eran. Aquello le motivó a seguir esforzándose. Estaba deseando que empezaran los combates por equipos y probarse en el escenario más grande de la academia.

Se sintió un poco culpable al estar disfrutando tanto de su experiencia allí sabiendo cuál era verdaderamente su objetivo, pero tampoco iba a cambiar nada no hacerlo. Luchar en esos combates resultaba excitante y era una buena forma de mejorar sus habilidades.

—Hay algo que tengo que deciros —levantó la voz Gero mientras se detenía.

Drasco miró a su alrededor y no había nadie cerca; su amigo había escogido bien el sitio para no ser escuchados. Lo que fuese a decir iba a ser importante. Todos se quedaron en silencio esperando a que hablase, su compañero tenía una curiosa forma de hacer que la gente quisiera escucharle. No era por sus habilidades como líder, lo conocía demasiado bien como para saber que le faltaba la confianza de uno. Además, dudaba siempre de sí mismo y de sus habilidades. Tal vez se debía a la influencia de estar rodeado por guardianes, pero parecía no darse cuenta de que se estaba comparando con personas legendarias teniendo solo dieciocho años. Bueno, tal vez ahora veintitrés. No sabía muy bien cómo afrontar el tema de la diferencia de edad.

«Me pregunto si ganará esa confianza ahora».

Al fin y al cabo, era la única persona que había realizado la proeza de romper la barrera de guerrero de sangre siendo un mago. Cuando se diera a conocer, correría la voz en toda la academia. Drasco recordó su propia actuación durante las pruebas de acceso y de cómo había llamado la atención tanto que habían tenido que cambiar su plan inicial. La bronca que recibió de su amigo fue épica y,

sin embargo, ahora pensaba divertido en que Gero se iba a convertir en alguien famoso y no solo en la academia.

«¿Tal vez deberíamos ocultarlo?».

—Pienso detener el ataque al campamento que sucederá la semana que viene —respondió—. No os lo cuento para que me ayudéis, tengo un plan. Simplemente, Sara me ha hecho entender, con bastante intensidad —miró a su amiga con un poco de miedo—, que no debí entrar en esa sala sin avisaros.

—¡¿No lo sabes?! —aulló Sara sin darse cuenta que había levantado la voz.

—No quiero que los maten —susurró Gero, mirando en todas las direcciones para asegurarse de que no habían llamado la atención de nadie—. No voy a dejar que mueran sin hacer nada.

—Gero —interrumpió Drasco—. No puedes hacer nada.

—Sabes lo que está haciendo mi padre —cortó Gero, frustrado—. No pienso no hacer nada…

—No lo entiendes —volvió a interrumpir Drasco, esta vez le agarró de los hombros—. Casi nadie se apuntó a esa maniobra y el rey ordenó que todos los miembros del ejército apostados en la academia marchasen en esa dirección. A estas alturas, estarán todos muertos o capturados.

55. TEILAN

Teilan despertó con una punzada de dolor intenso en la cabeza. Miró a su alrededor, estaba en el interior de una casa de madera. Los techos eran bajos y apenas entraba luz en la habitación.

Estaba tumbado en una cama tan dura que dudaba si valdría la pena dormir en el suelo. No había ni un solo mueble, solo una ventana que daba al exterior. Intentó levantarse para poder ver dónde se encontraba, pero su cuerpo tardó en responder. Le pesaban los brazos y las piernas y el dolor de cabeza no remitía. Trató de recordar cómo había llegado a esa cabaña. Le vino a la mente una pesadilla en la que perdía el control y mataba a Fara. Sintió un escalofrío al recordarlo, había sido horrible y le aterraba que algún día pudiera llegar a suceder.

Cuando consiguió reunir la fuerza suficiente, se levantó. Llevaba un pijama blanco de algodón que le venía grande. Lo miró extrañado mientras daba pasos hacia la ventana. No sabía de dónde lo había sacado. Arrastraba los pies y le costaba moverse.

La ventana daba a la cordillera Sgonna, aunque no sabía muy bien a qué altura se encontraba, ya que no reconocía los picos que veía. Un bosque se anteponía entre la casa y la gigantesca pared vertical que formaba aquel muro que dividía el continente en dos.

«¿Dónde estoy?».

Sin comprender por qué no alcanzaba a recordar qué hacía allí, decidió salir a investigar. El suelo estaba frío, pero no tenía con qué calzarse. Abrió la puerta con cuidado para no ser escuchado, nunca estaba de más ser precavido.

Su habitación daba directamente a una sala grande, con una cocina de piedra en una esquina en la que había una pequeña hoguera calentando una olla metálica. Tenía una chimenea justo encima del fuego, pero aun así toda la estancia olía a humo y a la fuerte fragancia de la carne de caza mezclada con vino.

Toda la casa estaba hecha de troncos que cubrían las paredes. La madera había sido minuciosamente lijada y barnizada de un color oscuro. El salón disponía de los muebles justos: una mesa pequeña con un par de sillas, una alacena y un butacón que parecía más cómodo que la cama donde había dormido.

Investigó el lugar, había únicamente otra habitación. Ni siquiera disponía de letrinas, por lo que supuso que estas estarían en algún lugar en el exterior de la vivienda. La otra habitación era idéntica a la que él había dormido, con la excepción de una estantería con libros, una cómoda y algunas armas colgadas en la pared. Un arco, algunas lanzas y trampas para animales. Todas centradas en la caza. Debía de ser la cabaña de un cazador. Teilan no entendía mucho de armas, pero aquellas parecían de una calidad excepcional.

«¿Mi lanza?». El pánico se apoderó de él al acordarse de ella y comenzó a buscar por todas partes. Respiró aliviado al encontrarla debajo de su cama, aquello hizo que respetase todavía más a su anfitrión, fuese quien fuese.

Se sentó en el butacón a esperar y mientras lo hacía, sopesaba si sería conveniente marcharse o esperar para obtener respuestas. No sabía cómo había llegado allí y sus recuerdos eran vagos y borrosos. Lo último que recordaba con claridad era estar en aquella celda, en las cuevas, con Varan.

Después de eso, todo había sido como un extraño sueño, aunque distinto. Era como ver recuerdos ocultos tras una fina cortina, pero no podía ser. No, no debía. Eso no podían ser recuerdos.

Volvió a su mente la escena en la que partía el cuello de Fara con sus propias manos. Los ojos de ella perdiendo su brillo hasta quedar vacíos. El rostro de Celia al ver lo que acababa de hacer. No, no podía ser. No podían ser recuerdos.

Sintió una punzada de dolor en la cabeza y el cuerpo le empezó a quemar. Reconocía los síntomas y aquello solo hacía que acrecentar su temor. Era la abstinencia provocada por haber utilizado el poder del espectro, pero no recordaba haberlo activado.

Abrazó su lanza y trató de recordar desesperadamente cómo había llegado a esa cabaña. Recordó el miedo tras asesinar a Fara y las llamas que lo devoraban todo. El rostro de Owen siendo consumido mientras trataba de alcanzarle… «No, no puede ser verdad», se repetía una y otra vez entre lágrimas.

De pronto, escuchó el ruido de pasos que se acercaban a la puerta. De un salto se levantó y blandió su arma. La puerta se abrió y entró un demonio con piel de reptil y los ojos rojos y rasgados. Parecía mayor, aunque Teilan no era capaz de distinguir las edades de muchos demonios. Cada raza resultaba desarrollar unos rasgos distintos al envejecer y no se había relacionado tanto con demonios como para aprender a distinguirlos.

—¿Me vas a matar? —siseó el hombre mientras cerraba la puerta al pasar.

No pareció inmutarse lo más mínimo ante la postura desafiante de Teilan. Eso le ofendió un poco, pero tal vez fuese mejor así. Bajó el arma y estudió al hombre. Era más alto que él y sus brazos estaban tan perfilados que parecían no albergar ni un solo gramo de grasa. Era grande, de anchos hombros y grueso cuello. No sabría decir si debido a la raza de la que provenía o si era él en particular.

—¿Qué hago aquí? —preguntó—. ¿Cómo he llegado hasta su cabaña?

Había algo en el aura de aquel demonio que infundía la necesidad de tratarlo con respeto. Su forma de caminar, su tranquilidad al haber sido apuntado con un arma y cómo dejó el hacha que portaba junto a la puerta a pesar de ello. Fue a comprobar el guiso, ignorando a Teilan. Parecía metódico, como si esa rutina estuviese grabada en su cuerpo y debiera hacerla exactamente en ese orden.

Una vez hizo todo lo que tenía que hacer, se giró hacia Teilan, que empezaba a enfadarse por ser ignorado.

—¿Quién eres? —preguntó el demonio.

—Mi nombre es Teilan —respondió sin pensarlo, como si no hubiese tenido opción a mentir.

El demonio se colocó frente a él y cruzó sus brazos. Su actitud resultaba autoritaria, aunque no parecía hacerlo de forma voluntaria. Sus gestos, su postura y su forma de hablar era rígida e imponente.

—Te encontré desnudo con esa lanza en el bosque —explicó—. ¿Se puede saber cómo llegaste aquí?

—¿Dónde estoy?

El demonio se le quedó mirando fijamente. Sus ojos rojos hicieron que le recorriese un escalofrío por la espalda.

—Vivo en el bosque al norte de Mazorg. No hay nada en cien kilómetros a la redonda, así que explícame qué hacías inconsciente cerca de mi cabaña y qué son esas marcas en tu cuerpo.

—¿Marcas? —se extrañó Teilan mientras se arremangaba.

Su piel estaba cubierta de zonas negras que parecían tener una textura gelatinosa. Eran las secuelas de una transformación en espectro, por lo que hacía menos de una semana que se había transformado.

—¿Cuánto llevo aquí? —insistió.

—Más te vale empezar a contestar a mis preguntas —gruñó el demonio.

—No recuerdo cómo llegué aquí —admitió—. En cuanto a las marcas…

No podía contestarle a eso, no lo entendería, y si lo hiciera, sería incluso peor.

—¿Qué clase de demonio eres? —preguntó el demonio entonces y Teilan empezó a ponerse nervioso.

De la manera que hizo la pregunta, parecía sospechar de él, aunque no sabía muy bien por qué. Los demonios de la raza imperial de los dragones negros, a diferencia de la mayoría de los demonios de gran poder, mantenían su aspecto humano hasta despertar su sangre. Teilan desconocía la causa, pero la realidad era que le había ayudado a mantenerlo con vida, por lo que no se quejaba.

—No conocí a mis padres —decidió decir la verdad, pero ocultando información—. Estas manchas aparecen en ocasiones y con el tiempo desaparecen, pero mi aspecto no muestra signos de que sea un demonio aparte de mi magia. —Levantó una mano y apareció un orbe de magia oscura —. ¿Ves?

Su anfitrión no pareció convencido con la respuesta, o al menos no pareció gustarle. Se acercó a Teilan, este dio un paso atrás y le sostuvo la mirada. Agarró con fuerza su lanza, preparado para lo que pudiese suceder.

—Bonita lanza, ¿de dónde la has sacado? —dijo el demonio con una mueca en el rostro que debía de ser una sonrisa.

«¿La ha reconocido?». De pronto, todo cobró sentido.

Dio un salto hacia atrás y se preparó para el combate; con las piernas flexionadas, el brazo con la lanza estirado y su otro brazo levantado hacia su oponente. Sintió la debilidad de su cuerpo y cómo el poder del espectro comenzaba a latir en su interior. Trató de calmarse, pero las manchas se extendían por su rostro.

—¿Quién eres? —gruñó con la voz distorsionada.

Respiró hondo para calmarse, preguntándose en qué momento había dejado de tener el control sobre ese poder. Lo había usado pensando que podría llegar a controlarlo y de repente…

—Me hizo creer que podría controlarlo —susurró hacia sí mismo, comprendiendo al fin lo que sucedía.

—¿Cómo dices? —preguntó el hombre, que por primera vez empezó a dar pasos hacia la puerta; hacia el hacha que había junto a ella—. ¿Estás bien, chico?

—Me ha estado engañando para que usase su poder y que se hiciera más fuerte.

Teilan empezó a reír solo. Aunque más que risa era una cacofonía de ruidos guturales demasiado aguda como para provenir de un humano. Su piel se oscurecía y sus ojos miraban al demonio que tenía delante con deseos de sangre. Quería degollarlo, arrancarle la piel y triturar hasta sus huesos. Le repugnaba la naturaleza propia de su existencia.

—¡Aléjate! —logró gritar, aunque no sabía por qué lo había hecho.

Comenzó a caminar hacia el reptil que empuñaba su hacha. En sus ojos no había sorpresa, solo determinación. Aquel demonio no era un hombre corriente, estaba dispuesto a luchar y sabía qué era

él. Se abalanzó sobre Teilan, que ya había perdido casi por completo el juicio. La voz de Tei resonaba en su cabeza.

«Mata, mata, mata…».

56. SARA

—¿Dónde está Gero? —preguntó Sara.

Desde que conoció la noticia de la muerte de Fara y la masacre del campamento de demonios, Gero había estado muy distante. Pasaba la mayor parte del tiempo alejado del grupo en la casa de Enya. Apenas salía de allí y, cuando lo hacía, solía ser para acudir esporádicamente a algún entrenamiento mañanero con ellos para probar algo nuevo. Al parecer, estaba puliendo sus habilidades y buscando formas de combinar sus nuevos poderes con la capacidad de formar sellos y su maestra lo estaba ayudando.

También había ganado confianza en sí mismo tras romper la barrera, pero Sara percibía una oscuridad en su interior que no sabía muy bien cómo explicar. Lo había comentado con Drasco, aunque él le restaba importancia al asunto. Tal vez fueran imaginaciones suyas tras ver el interior ensangrentado de la sala donde se encerró Gero, pero le costaba creer que algo así no pudiese afectar a alguien. Sobre todo, considerando el método que utilizó.

Después de unos días, se había sincerado con ella al ver las constantes miradas de preocupación. Lo hizo para intentar tranquilizarla, pero no estaba segura de que lo hubiese logrado. Aquel experimento podría haber sido un desastre y aquello solo hacía que ella se preguntase hasta dónde estaría dispuesto a llegar para hacerse más fuerte.

—Vendrá —respondió Drasco mientras miraba entretenido a la multitud que se congregaba para ver el combate—. No se perdería esto por nada del mundo.

—Si tú lo dices…

Drasco, Sonstan y Sara se dirigían al anfiteatro, hoy era el gran día. Vestían ropa para combatir y portaban sus respectivas armas. Drasco llevaba su cuchillo, el que había comprado en el mercado de Lantalos, enfundado en una vaina de cuero cogida al cinturón. Estaba fabricado en acero fersca y lo había conseguido a un precio tan bajo que Sara sentía lástima por el ignorante vendedor.

Sonstan vestía con la misma ropa cómoda de siempre. No llevaba armas, aunque el resto había insistido que fuese armado. Él, sin embargo, se había negado alegando que no tenía ningún sentido puesto que no sabía usarlas.

Sara cargaba con un par de hachas de mango corto atadas a la cintura. Eran de acero corriente y las llevaba desde antes de entrar en la academia. No eran de gran calidad, pero les había cogido cariño y había decidido conservarlas todo el tiempo que pudiese hasta conseguir un arma que realmente valiese la pena. Como cualquier guerrero de sangre, su sueño era tener su propia arma espiritual. No rechazaría un par de buenas hachas fabricadas en fersca si tenía la ocasión, pero en el fondo lo que quería realmente era sentir la sensación de empuñar un arma con alma propia.

El grupo llegó a un mural que había en la parte exterior del anfiteatro en el que se indicaban las fechas de los combates de los aspirantes. Se escuchaban los gritos del mercado. Parecía más activo que de costumbre puesto que había coincidido el combate con la llegada de mercancía nueva desde Lantalos. Armas, comida, ropa y toda clase de útiles se vendían a gran velocidad.

A diferencia de los combates individuales, en los enfrentamientos por equipos no se retaban unos a otros. Existía un calendario establecido por la academia a través del cual, durante el cuatrimestre,

los quince equipos que formaban la liga luchaban una vez contra cada uno de los contrincantes.

—Qué montón de combates hay organizados —se asombró Drasco.

—Hay muchos equipos aspirantes que quieren arrebatarles las plazas a los equipos perdedores y solo tienen una oportunidad para lograrlo al principio de cada cuatrimestre —explicó Sara.

—Solo se puede retar a los cinco últimos equipos de la clasificación, ¿verdad? —preguntó el demonio tigre interesado—. Estoy viendo más de una decena de combates por equipo en una semana. Es una barbaridad. ¿Crees que conservará alguno la plaza?

—Lo veo difícil. Cuando un clasificado pierde un combate, su plaza queda automáticamente cubierta por el aspirante que lo ha vencido y los combates que le quedaban por disputar se reparten entre los equipos restantes.

—Eso hace que sea casi imposible conservar la plaza —entendió Drasco.

—El sistema está diseñado para que no estén siempre luchando los mismos equipos. Aun así, en alguna ocasión, algún equipo ha logrado sobrevivir a la semana de retos y vuelve a la liga mucho más fuerte.

—¿Y qué pasa si todos los equipos pierden la plaza antes de terminar todos los combates?

—Se acaba la ronda y los equipos restantes deberán esperar al siguiente cuatrimestre.

—Es una suerte que nos haya tocado en el segundo día entonces —sonrió Drasco y se estiró haciendo crujir su espalda—. No sé si deberíamos esperar a Gero aquí o entrar. El mercado hoy está abarrotado. Es como si todos se hubiesen vuelto locos.

—Dicen que el gobierno está intentando reducir el uso del ejército dentro del territorio. El rey ha enviado parte de su ejército a Nárandul y está tratando de hacer que los alumnos de la academia participen de forma más activa en la defensa del reino.

—¿Y qué tiene que ver eso con esto? —dudó Drasco—. La mayoría de aquí no tiene ningún interés en jugarse la vida en las misiones.

—Ayer escuché que han traído varios cargamentos especiales con armas difíciles de conseguir —respondió Sara—. Imagino que por eso el mercado está abarrotado hoy.

—Quiere tentarnos a hacer misiones para ganar dinero —entendió Drasco y miró hacia el mercado—. Esperaremos a Gero en la entrada al patio interior, pero antes quiero ver qué encontramos.

Sara y Sonstan asintieron con una sonrisa. El gigantón abrió camino yendo delante y Sara y Sonstan se colocaron detrás de él. Visitaron algunos puestos e incluso se arrepintieron de no tener suficiente dinero en más de una ocasión. Conservaban parte de las ganancias de la apuesta en el combate de Gero, pero los precios de las armas buenas eran prohibitivos. Finalmente, desistieron en la búsqueda frustrados y entendieron que la estrategia del rey podría funcionar entre los alumnos con menor poder adquisitivo.

Llegaron a la ventanilla de apuestas del anfiteatro. Las apuestas estaban permitidas, pero solo aquellas gestionadas por la academia. De esta forma, se llevaba un porcentaje de todas ellas.

Había una pizarra en la que se veían las apuestas más importantes de los siguientes días. Se acercaron a echar un vistazo.

—No nos tienen mucho aprecio —rio Drasco al comprobar que las apuestas estaban en su contra.

—Los aspirantes suelen perder —dijo Sara—. Es normal que las apuestas estén así. Normalmente, las apuestas están diez a uno en contra de los aspirantes. Nosotros solo estamos tres a uno, podemos considerar que salimos bastante bien parados.

Drasco se encogió de hombros.

Sonstan se limitó a mirar el tablón de apuestas con curiosidad y se acercó a una ventanilla de apuestas. Retiró un saco de dinero y apostó todo por ellos ante la incrédula mirada del resto del grupo. Solía acompañarlos a todas partes, pero apenas hablaba, por lo que nadie era capaz de saber nunca en qué estaba pensando.

—¿Cuánto has apostado? —rugió Drasco—. ¿Estás seguro de eso?

—¿Crees que vas a perder? —cuestionó Sonstan con una sonrisa enigmática que logró arrancar una carcajada del grandullón.

—Sois un par de lunáticos —rio Sara justo en el momento en el que apareció Gero.

—Hola, chicos —saludó—. Siento llegar tarde. ¿De qué os reís?

Sara se sorprendió al verle, estaba deslumbrante. Se había arreglado el pelo después del destrozo que se había hecho con el cuchillo. Estaba completamente afeitado y, para sorpresa de los presentes, vestía ropas de guerrero de sangre en vez de mago. Pantalones de cuero, una camisa beis que se le ajustaba al cuerpo y llevaba una espada nueva enfundada en una vaina.

Tenía la camisa arremangada y se veían sus cicatrices en los brazos. Por algún motivo había decidido no retirar las marcas y, aunque no había dicho por qué, Sara sospechaba que lo hacía por ella. No sabía cómo sentirse al respecto, pero en cierto modo le pareció un gesto bonito.

—¿Y eso? —se sorprendió Drasco, señalando el arma de Gero e ignorando la pregunta de su amigo—. ¿Sabes usarla?

—Llevo toda la semana practicando con ella —declaró orgulloso—. Sigo siendo un desastre, pero ya mejoraré.

Era una respuesta extraña viniendo de él. Siempre tenía prisa por mejorar, aquellas palabras sonaron falsas en su boca.

—¿A eso has dedicado la semana? —se frustró Sara y le dio un empujón—. ¡Podríamos haberte ayudado!

—Tenía asuntos que tratar con Enya también. Hemos estado muy ocupados, pero ahora volveré a tener algo más de tiempo, así que espero que puedas ayudarme.

La forma en la que lo dijo hizo que Sara se sonrojase. No habían hablado de su relación desde antes de la muerte de Fara y ahora la situación se había vuelto extraña. Se preguntó cuánto tiempo era adecuado esperar para hablar de ello.

—Ya veremos los vicios que has adquirido —riñó ella, tratando de despejarse—. ¿Qué clase de espada es?

—Es una catana del norte de Dierin —respondió Gero mientras la desenvainaba.

Era un arma preciosa. La hoja era estrecha, larga y tenía una ligera curva. Sara alargó la mano y la agarró. Había visto alguna vez un arma así, pero no era típica de Veniden. Como había dicho Gero, era más habitual en las tierras del norte de Dierin. A pesar de ello, tampoco era una desconocida para ella, se apartó de la gente y comprobó el equilibro. Era ligera y tenía un buen agarre. El mango era negro y muy sencillo, únicamente mostraba un rombo decorativo cerca de la guarda.

Reconoció que la calidad no era muy buena. Había varios errores en el diseño que, aunque solo eran visuales, habrían hecho caer el precio del arma. La guarda tenía un trozo roto, el filo tenía alguna marca que no habían podido limpiar y el equilibro estaba ligeramente descompensado. Probablemente, la había comprado en alguna tienda del montón de defectuosas, pero seguía siendo

un arma de calidad aceptable. Sobre todo, considerando que él no era un espadachín y sería incapaz de apreciar la diferencia.

—Con esto te tienes que acercar mucho al contrincante —advirtió Drasco—. ¿Tienes suficiente confianza con ella?

—No creo que la use —admitió—. Por el momento, la llevo para acostumbrarme al peso.

—Al final va a parecer que sabes lo que estás haciendo —bromeó Drasco—. Va siendo hora de entrar. Será mejor que repasemos la estrategia.

El grupo se apartó de la multitud y discutió los detalles antes de entrar al anfiteatro. Habían estudiado a sus contrincantes y esto era una mera formalidad, pero no querían fallar ya que, si no, tendrían que esperar cuatro meses para poder volver a intentarlo.

57. Drasco

Drasco apareció en la ladera de un gigantesco volcán que escupía humo y sintió cómo el calor golpeaba su rostro. La tierra era oscura y el viento levantaba el polvo. No había árboles ni plantas y solo se veía el mar a lo lejos. Estaban en una isla.

Buscó a su alrededor y enseguida aparecieron Sonstan, Sara y Gero. Se agruparon y comprobaron que no hubiera enemigos cerca, aunque no debía de haberlos, pues conocían este escenario y sabían que estos aparecerían al otro lado del volcán.

—Vaya suerte hemos tenido —gruñó Sara, que llevaba maldiciendo desde que le habían señalado el menhir al que tenían que acceder.

—Bueno, sabíamos que esto podía pasar —señaló Gero, mirando el cielo.

Había nubes de tormenta y de vez en cuando caía algún rayo que iluminaba el cielo. Debía de ser de día, puesto que se seguía viendo a pesar de las nubes, pero estaba oscuro y eso les dificultaba ver en la distancia.

—No parece que hayan aparecido los moriocs aún —dijo Sara.

Aquel campo de batalla era el más odiado por todos por esas criaturas. Eran unas bestias aladas que vivían en los alrededores del volcán. Atacaban a todo aquel que entrase en su territorio y lo hacían en grandes grupos. La mayoría de los combates acababan precisamente porque estas bestias mataban a los contendientes sin llegar estos a enfrentarse entre ellos.

—No hables muy alto —sonrió Gero—, no vaya a ser que nos detecten.

—Deberíamos ascender un poco —susurró Sara—. No nos conviene que nos ganen la posición en altura.

El resto dudó de si sería esa la mejor opción y ella se vio en la obligación de explicarse.

—Tenemos buena movilidad —dijo—. Si se despiertan, huiremos. Además, estoy convencida de que ellos tampoco querrán acercarse mucho a la cima. Solo tenemos que ascender un poco más que ellos. No necesitamos llegar hasta arriba.

—Así que se resume en «a ver quién tiene más pelotas» —bromeó Drasco—. Esto empieza a ponerse divertido.

El grupo sonrió y a partir de ese momento empezaron a avanzar en el más absoluto silencio por la ladera del volcán. El terreno era escarpado, lleno de grietas y grandes rocas donde ocultarse. Por suerte, ahora que Gero había roto la barrera, no tenían muchos problemas para desplazarse.

Drasco inspeccionaba el horizonte en busca de sus adversarios al ser el que mejor veía en la oscuridad. Con cualquier movimiento, alertaba a sus compañeros y estos se escondían entre las rocas. Gero, por su parte, disponía de un oído bastante agudo como demonio zorro, por lo que también hacía su parte a la hora de detectar posibles amenazas.

Así avanzaron durante lo que pudo ser casi una hora. Resultaba difícil saber cuánto tiempo había pasado en aquella penumbra constante. La isla era grande, por lo que requería bastante tiempo cruzarla y siempre existía el riesgo de que ambos equipos hubiesen decidido rodear el volcán en el mismo sentido. Eso hacía que nunca se supiese realmente cuándo se iban a encontrar y todos empezaban a notar la tensión de la situación.

—Creo que se están escondiendo —musitó Drasco—. Igual deberíamos elegir una buena ubicación y esperar. Llevamos demasiado tiempo andando y como nos estén preparando una trampa, estaremos en problemas.

—Puedo levantar sellos para preparar la zona —sugirió Gero.

—Sabrán quién eres —indicó Sara—. No van a caer en una de tus trampas tan fácil.

Mientras discutían qué hacer, una explosión les interrumpió seguida de un estruendo de chillidos agudos.

—¡Mierda! —gritó Drasco—. ¡Los han despertado!

Del cráter del volcán empezaron a aparecer criaturas aladas. Parecían murciélagos, pero sus rostros tenían forma humana con afilados colmillos y algunos llegaban a medir medio metro de alto. Su piel era gris y resultaban difíciles de ver en la tenue luz de aquel día nublado.

—¡Corred! —gritó Sara, aunque no hizo falta, ya que todos corrían montaña abajo lo más rápido que podían.

Sonstan lanzaba conjuros sin parar. Su cabello se erizaba debido a la electricidad estática y una multitud de rayos se desprendían de su cuerpo acribillando a todo ser que se acercaba demasiado mientras él flotaba de espaldas siguiendo al grupo.

«No quisiera ser su enemigo», pensó Drasco viéndolo combatir.

A pesar de haberlo visto luchar de vez en cuando en los combates individuales, no dejaba de sorprenderle las habilidades de aquel joven. Sabía que, si se lo propusiese, estaría entre los más fuertes de la academia. No sabría decir cuánto porque nunca lo había visto pelear en serio, pero dudaba que hubiera más de cien o doscientos más fuertes que él. Incluso intuía que esa cifra podía ser inferior.

—¡Rodead la montaña! —gritó Sonstan, sorprendiéndolos a todos—. Tenemos que llegar a ellos cuanto antes.

Drasco miró el pico del volcán y entendió a qué se refería. Las criaturas no paraban de salir del cráter y se dirigían hacia ellos. Por algún motivo, ignoraban el otro lado.

—Esos desgraciados los han atraído hacia nosotros —reprochó.

Habían provocado una explosión para llamar la atención de los moriocs hacia la zona donde estaban ellos. Sus adversarios no tenían ninguna intención de enfrentarles.

Corrían rodeando el volcán, buscando al enemigo. Drasco comenzó a luchar también. Activó el disco. Al fin y al cabo, las armas espirituales estaban permitidas en esos combates. Sara y Gero continuaron corriendo; la primera, maldiciendo no haber traído un arco y el segundo, lanzando estacas de hielo que atravesaban a sus enemigos. Sin embargo, parecía ofuscado ya que, debido al calor, sus ataques no resultaban del todo efectivos y en muchos casos no llegaban a penetrar la gruesa piel de los voladores.

De pronto, una llamarada apareció entre las rocas que tenía delante y Sara tuvo el tiempo justo para agarrar a Gero y tirar de él. Ambos cayeron al suelo, pero ella se levantó nada más tocar tierra y salió disparada hacia su adversario.

—¡Tenemos uno delante! —gritó Gero y sacó su espada.

El filo comenzó a silbar al ser desenvainada y a brillar con una luz azulada que antes no tenía. Gero la sostuvo torpemente entre las manos, demostrando su poca formación con la misma y salió corriendo detrás de Sara, que empuñaba un hacha en cada mano.

Aquel que los acababa de atacar se batía en retirada y sus compañeros comenzaron a lanzar conjuros desde distintos puntos de la ladera. Tres magos y un arquero que debía de ser un guerrero de sangre por la potencia con la que disparaba las flechas.

Los moriocs comenzaron a atacar ambos grupos y el combate se volvió caótico. Drasco trataba con todas sus fuerzas detener a las bestias voladoras. Su agilidad potenciada con el disco lo convertía en una sombra que aparecía y desaparecía continuamente de la escena. Sara había alcanzado al primer mago y lo había reducido incrustándole el hacha en la cabeza. Era un mago de fuego que no había sido capaz de huir de ella.

Gero la seguía, consiguiendo mantener su ritmo mediante una combinación de sus nuevas habilidades físicas y su magia de aire. Se movía con destreza, aunque lanzaba torpes espadazos cada vez que se le acercaba un volador. No obstante, al hacerlo se desprendían cuchillas de aire concentrado que salían disparadas hacia sus contrincantes y que cortaban todo a su paso.

«Cada vez que lanza un ataque, el brillo del arma se atenúa y luego empieza otra vez a cargarse —dedujo Drasco—. Fascinante».

Conforme se cargaba, se escuchaba un silbido y parecía que la espada fuese a explotar. El arma no parecía ser capaz de soportar el estrés que le provocaba y se veía que poco a poco le iban apareciendo diminutas grietas cada vez que atacaba con ella.

Dicha habilidad no parecía ser muy poderosa, pero tampoco debía consumir mucho poder mágico por la frecuencia con la que Gero la utilizaba. Además, lograba herir a los voladores sin despilfarrar su escasa reserva de magia. No provocaba heridas mortales, pero era suficiente para facilitar el trabajo a los demás. Su amigo parecía ser consciente de su limitación como espadachín y mago y había encontrado una forma de ser útil combinando ambas.

Drasco sintió cierto alivio al verlo. Por un momento pensó que haría alguna estupidez cuando lo vio sacar la espada. En ese instante, se distrajo pensando en las posibilidades que tenía esa combinación de habilidades y un volador cayó en picado contra su hombro. Trató de endurecer su piel antes del mordisco, pero no le dio tiempo y aulló de dolor mientras agarraba a la criatura con el otro brazo y la estrellaba contra una roca cercana.

Miró al cielo, los aullidos de los moriocs resultaban ensordecedores. Gero y Sara dejaron de perseguir al equipo rival, estaban demasiado ocupados tratando de defenderse. Habían cogido al primero desprevenido, eliminando a uno de los magos en el primer enfrentamiento, pero ahora eso resultaba imposible.

Sus adversarios formaron un triángulo dándose la espalda entre ellos y se defendían de una nube de voladores que apenas permitía que se les vieran. Uno de ellos era un mago de tierra y lanzaba pelotas de acero del tamaño del puño contra los voladores. Decenas de ellos caían cada vez que disparaba una ráfaga. La otra maga disparaba agua a presión, atravesando a los voladores a pesar de su dura piel.

Drasco miró a sus compañeros y se preocupó. Cada uno se encontraba aislado del resto, tratando de ahuyentar a los voladores como mejor podía. Vio cómo la espada de Gero finalmente estallaba en uno de los ataques. Varios de los fragmentos se clavaron en su cuerpo mientras maldecía y corría desesperado de los voladores que caían sobre él. Drasco no pudo evitar reírse, a pesar de lo inapropiado que era.

—¡Corre como el viento! —se burlaba mientras trataba de alcanzarlo para protegerlo.

Gero le echó una mirada fulminante y al ver cómo uno de los voladores se abalanzaba sobre él, creó una fortaleza de hielo en forma de cúpula. Esta logró detener el primer golpe, pero se deformó del impacto. El volador volvió a alzar el vuelo con la intención de volver a cargar al ver que podría romperla. No obstante, Gero ya la había reconstruido y unos símbolos amarillos comenzaron a brillar por toda su superficie. Al cargar por segunda vez, el ave fue completamente incapaz de romperla.

«Está mejorando mucho con los sellos», se sorprendió Drasco.

Un grupo de voladores no tardó en rodear la cúpula y la golpeaban una y otra vez sin ser capaces de entrar. Drasco aprovechó para alejarse antes de llamar la atención de las criaturas. Su amigo estaba a salvo por el momento y quería comprobar cómo estaban los demás.

Sara no estaba muy lejos de donde estaba Gero y seguía empuñando sus dos hachas. Su velocidad y reflejos superaban los suyos con diferencia y sabía que, el día que despertase alguna de las habilidades, se convertiría en alguien imparable. Retorcía su cuerpo realizando piruetas entre las piedras volcánicas. Saltaba de una a otra y aprovechaba cualquier momento para incrustar sus hachas en alguno de sus adversarios. Parecía contenta con el trabajo que había hecho Gero colocando sellos para aumentar la resistencia, ya que no parecía en absoluto preocupada por el bienestar de sus armas y las zarandeaba con una brutalidad desmedida. Drasco solo era capaz de acercarse a su velocidad utilizando el poder del disco y solo durante pulsos limitados. Verla hacía que su parte más competitiva se encendiese.

Sonstan había descendido al suelo tras la huida y había empezado a dosificar el uso de su magia. Utilizaba el poder mágico justo y necesario para eliminar a sus adversarios mientras avanzaba hacia sus compañeros. Sus movimientos eran gráciles y fluidos, utilizaba pulsos de magia de aire para impulsarse entre los enemigos y los esquivaba con maestría.

—¡Tenemos que agruparnos! —gritó Drasco, aunque nadie lo oyó entre los chillidos de los voladores.

Cargó hacia adelante y se colocó junto a Sara, que había dejado un reguero de cadáveres a su paso. La sangre de esas criaturas era de un color azulado y todos empezaban a estar bañados en ella.

Ambos comenzaron a luchar trazando círculos entre ellos. Golpeaban a todo ser que se acercase y cubrían la espalda del otro. Aquello se prolongó hasta que, de pronto, y habiéndose prácticamente olvidado de sus enemigos, percibieron una sombra que se cernía sobre ellos.

Drasco alzó la cabeza y un gigante de barro se alzaba sobre ellos.

—¡Magia combinada! —gritó Sara apartándose de un salto.

En el hombro del gigante se encontraba el arquero y los otros dos magos debían de estar en el interior, controlando su creación. A diferencia de la dura superficie de un gólem de un mago de tierra, el cuerpo de este era fluido y se desprendía desde la cabeza hacia abajo.

A Sara le alcanzó una gota en el brazo y esta se endureció casi al instante bloqueándoselo. Se había vuelto tan duro que no era capaz de romperlo.

—¡Que no os alcance el barro! —advirtió mientras se retiraba con torpeza.

No solo se había endurecido, sino que el bloque que cubría su brazo parecía muy pesado y Sara se ayudaba con el otro brazo para sostenerlo.

Drasco y ella se separaron y el gólem puso su mirada en Gero, que seguía en su cúpula de hielo.

—¡Sal de ahí! —gritó Drasco, pero era imposible que lo oyese.

El gigante alzó el puño y aplastó la cúpula, que no fue capaz de resistir el golpe.

—¡Joder! —aulló Sara, desesperada.

Todos lo estaban al ver que la situación se ponía tan fea. El uso de magias combinadas era el punto fuerte del equipo contrario y el gólem resultaba muy efectivo en ese escenario, puesto que las bestias voladoras no parecían ser capaces de penetrar su cuerpo.

Sara, Drasco y Sonstan se agruparon tras ver caer la cúpula de Gero y miraban al gigantesco gólem, que se acercaba a ellos sin inmutarse de los voladores que lo rodeaban.

—¡Aquí se acaba! —se escuchó una voz que todos reconocieron como la de Gero.

Una serie de gigantescos sellos amarillentos se formaron alrededor del gólem y este comenzó a secarse rodeado de una nube de vapor. Era como si toda el agua que contenía estuviese desapareciendo y su superficie se volvió quebradiza.

—¡Atacad! —gritó Gero, que apareció de entre dos rocas cercanas.

«¿Qué está pasando?», se preguntó Drasco.

El primero en actuar fue Sonstan, que ascendió rápidamente hacia el cielo. A su alrededor, un centenar de rocas de gran tamaño surgieron mientras se colocaba sobre el gólem, y cuando estaba justo encima, las hizo descender a gran velocidad. La lluvia de piedras destrozó al gólem de barro ya fragilizado por la falta de agua y descubrió a sus dos creadores asustados en su interior.

Drasco y Sara no perdieron la oportunidad y salieron disparados rebanando a los dos magos que quedaban presentes. Uno con su cuchillo de fersca y la otra con una de sus hachas. Ambos adversarios cayeron antes de poder defenderse. Miraron después a su alrededor, buscando al último guerrero, pero en ese momento, el escenario comenzó a desdibujarse y todos aparecieron en el anfiteatro.

—¿Y el que falta? —preguntó Drasco confuso.

—Lo ha aplastado Sonstan con una de sus piedras —contestó Gero, que lo había visto todo desde su posición.

Había sido un combate rápido y caótico, pero era habitual en ese escenario. Sus adversarios maldecían y el grupo de Drasco se giró hacia Gero, confuso.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Sonstan, agotado. Tenía las ojeras marcadas y se le veía completamente pálido. Estaba exhausto tras mantener a los moriocs a raya y después de ese último ataque.

Todos se giraron hacia él, extrañados. Rara vez hablaba y mucho menos preguntaba, lo cual era indicativo de lo que le interesaba saberlo. Gero sonreía satisfecho y creaba expectación, sacando a Drasco de sus casillas.

—¡Responde, fantasma! —rio mientras le agarraba por los hombros para evitar que se escabullera —. ¿Cómo narices has sobrevivido a eso?

De pronto, Fled apareció en escena.

—¡Nunca dejas de sorprenderme! —alabó y le chocó la mano a Gero con complicidad—. ¡Eres el rey del engaño!

Sara y Drasco se miraron sin saber muy bien a qué venía eso.

—No estaba en esa cúpula cuando la aplastaron —admitió entre risas—. Salí cuando no estaban prestando atención, y cuando dejé de ser una amenaza, les ataqué por la espalda.

Gero miró al suelo para ver su nueva catana completamente destrozada. Todas las armas habían aparecido una vez habían salido todos del menhir.

—No vamos a ganar para espadas si solo te duran un combate —avisó Sara con una sonrisa—. Además, vas a tener que practicar mucho tu técnica. Eres un desastre.

Gero le devolvió la sonrisa.

—Estoy trabajando en ello —desveló de forma enigmática.

Drasco, sin embargo, no prestaba demasiada atención al tema de la espada. Le incordiaba que ahora se llevase tan bien con aquel niño repelente y no era capaz de saber por qué. Tal vez Sara tuviese razón y debiese vigilarlo más.

—Bueno, bueno… —interrumpió Fled—. Tenemos que irnos, nos esperan.

«Esto no me está gustando…».

—¿Pasa algo? —le preguntó Drasco sin saber a quiénes se estaba refiriendo.

Gero se tocó el hombro con la mano derecha, era un gesto acordado entre ellos. Significaba que le siguiera la corriente, aunque no supiera por qué.

—Había quedado con ellos sin acordarme de que hoy tenía el combate —explicó.

«Está mintiendo».

—¿Quiénes son *ellos*? —Drasco sintió que algo no encajaba.

—Los que nos habíamos apuntado a la expedición contra los demonios y que no tuvimos ocasión de ir hemos formado un grupo para hacer misiones.

Sara fue a abrir la boca, pero Drasco la cogió del brazo y la interrumpió:

—¿Entonces no vienes a celebrarlo?

—Quedamos a la hora de cenar en la taberna —indicó Gero con una extraña sonrisa—. Os invito para compensarlo.

Sin esperarse a la contestación, se marchó con Fled hacia el exterior del recinto y Sara miró a Drasco exigiendo respuestas. Incluso Sonstan lo hizo, aunque él era el más sorprendido.

«¿Qué estará tramando?».

58. Feliseo

—¿Han aparecido? —Feliseo caminaba furioso por el salón del palacio de su hermano.

Era una sala completamente diáfana, pues todos los muebles habían sido saqueados tiempo atrás durante la caída del duque. Ald y Feliseo se encontraban solos en el interior, observando la ciudad arrasada desde los grandes ventanales. La batalla había sido sangrienta, pero al final Borian había resultado útil. Le pesaba haber perdido a uno de sus espectros, pero al menos era uno joven. Hizo bien en entregarle uno tan débil, estaba seguro de que no habría conseguido resultados mejores con otro más valioso.

—Lograron escapar —admitió Ald, agachando la cabeza—. No he sido capaz de encontrarlos, mi señor.

Feliseo vio el terror en sus ojos, conocía demasiado bien el castigo por el fracaso bajo su mando. Aunque, a decir verdad, al no encontrarlos en la batalla ya había asumido que no aparecerían. Alguien capaz de matar al duque sería difícil de cazar. Al fin y al cabo, había sido un espectro poderoso en el cuerpo de un mago talentoso.

—Recuperamos la ciudad —concedió el rey—. Daremos esto como una victoria por el momento.

Ald respiró aliviado.

—¿Qué deberíamos hacer ahora? —preguntó.

—El incremento de monstruos en la frontera con Grangal, la caída de Ketha y mantener esta ciudad… —masculló Feliseo—. Ketha nunca debió caer…

—El valor de Novanta tanto como recurso ofensivo o defensivo es incalculable —apaciguó Ald —. Tampoco sabíamos que un ataque así iba a suceder en Nárandul…

—Es como si hubieran estado esperando un momento de debilidad…

—¡Pero eso es imposible! —se sorprendió Ald—. Los gigantes no son tan inteligentes.

Feliseo se quedó pensativo, sopesando lo que acababa de decir su súbdito.

—¿Y si alguien ha descubierto la forma de controlarlos? —Parecía una idea ridícula, pero ciertamente explicaría lo que había pasado.

—¿Crees que es posible?

El rey suspiró sin saber qué pensar. La situación parecía complicarse por momentos y empezaba a sentirse frustrado. ¿Por qué se sentía frustrado? El humano al que había poseído ejercía demasiada influencia sobre su personalidad. Asumía que era el precio que pagar por un buen cuerpo, pero en ocasiones las emociones resultaban asfixiantes.

El bienestar de su pueblo no le importaba lo más mínimo; al menos, en eso coincidían, pero su ambición resultaba agotadora. Ansiaba mantener y expandir su imperio. Lo toleraba porque ayudaba a sus planes, pero aborrecía el concepto de buscar la plenitud en algo tan banal.

Alzó la mirada y Ald lo miraba con expectación. Se percató de que no recordaba qué le había preguntado. Se encogió de hombros y lo ignoró, eso solía dar buen resultado. Pensó en su siguiente paso. ¿Cuál era la prioridad?

—Tenemos que recuperar Ketha —señaló—. Es prioritario.

—¿Y Dierin? —se alarmó Ald—. Sé lo importante que es el mineral de las minas de Astarnim para la fabricación de armas espirituales, pero ¿no le parece que está exagerando?

«Está cogiendo demasiada confianza».

—¿Estás cuestionando mis decisiones? —desafió Feliseo.

—Claro que no, mi señor —Ald se encogió, aterrado—. Solo trato de aconsejar lo que considero mejor para usted.

Feliseo no estaba completamente convencido de que eso fuera del todo cierto. Miró detenidamente al hombrecillo asustado que tenía delante. Era cobarde, esquivo y traicionero. Un hombre que apuñalaría a su madre si lo encontrase rentable. No tenía familia ni amigos, ningún vínculo con el mundo. No obstante, se había convertido en una de las personas más influyentes de Auten y el mismísimo consejero del rey a pesar de haber empezado como un delincuente de los bajos fondos.

Sonrió para sí mismo mientras una idea interesante comenzaba a formarse en su mente. Ni se lo habría planteado en cualquier otra situación, pues Ald carecía de poder mágico y gastar un espectro en él sería un desperdicio. Pero era brillante y no se le ocurría una opción mejor con tan poca antelación.

—Sé que haces lo que es mejor para ti —corrigió Feliseo—. Pero podemos hacer que lo que sea mejor para mí sea lo que es mejor para ti.

Ald se quedó en silencio, dudando sobre qué contestar a eso. Conocía muy bien a su consejero. Sabía lo que se le estaba pasando en estos momentos por la cabeza. Estudiaba cada posible conversación que se pudiera desarrollar, tratando de anticiparse.

—No quiero que me convierta en un espectro —dijo al fin—. Y no necesita hacerlo para que le sea leal.

Su mirada denotaba una confianza que nunca había visto en ese hombre y Feliseo entendió que nunca lo había comprendido realmente. Era un ancestro que había visto el mundo durante cientos de años y creía conocer la naturaleza humana. Sin embargo, en ese instante, su persona de confianza logró sorprenderle.

—¿Quién…?

—Nadie más lo sabe —admitió Ald—. Ni siquiera yo estaba del todo seguro hasta este preciso instante.

Feliseo levantó una ceja.

—Quiere que me haga cargo de la ciudad —continuó el consejero—. Por eso ha pedido refuerzos a la academia Ryszin. Pretende utilizarlos para defender esta ciudad mientras va al sur a recuperar Ketha o a luchar contra Jadea.

Empezó a enfurecerle que aquel hombre supiera tanto. El director de la academia de Auten era uno de sus espectros y le había enviado un comunicado mental. No podía tener una conversación a esa distancia, pero sí que podía enviar órdenes y eso había hecho. Todos los alumnos debían acudir a Novanta a defender la frontera o, en su defecto, sus familias debían enviar tres miembros capaces de luchar. Se implantó esa norma en la academia hacía siglos por los antepasados de su anfitrión para mantener a raya los monstruos del desierto de Grangal, pero ahora le iba a ser de gran utilidad para defender la frontera con Dierin.

Era una estrategia de reclutamiento forzado bastante efectiva para reducir el poder de las familias nobles. Las pruebas que debían pasar los tres miembros que enviasen los cualificaban para ser magos

o guerreros considerablemente fuertes, por lo que suponía que esas familias debían sacrificar a sus propios hijos o miembros importantes de sus ejércitos privados.

—¿Cómo sabías lo de la academia? —gruñó Feliseo—. Las noticias no viajan tan deprisa.

—Lo hacen con los medios adecuados —sonrió Ald.

Era una sonrisa maliciosa y sus ojos brillaban con una inteligencia retorcida. Sintió curiosidad por preguntarle, hacía solo tres días que había enviado el mensaje. Sin embargo, tampoco era tan importante.

—¿Y lo de convertir a la gente en espectros? —Aquello era lo que realmente le preocupaba—. ¿Qué sabes al respecto?

La idea de convertirlo en un espectro o un esclavo pasó de ser una idea atractiva a ser tal vez una necesidad. Un hombre que sabía tanto era un peligro para su raza. Habían sobrevivido en el anonimato, fortaleciéndose y recreciendo sus filas año tras año. ¿Cómo era posible que ese hombre supiera tanto?

—Lo que tienen las revueltas es que sus líderes no pueden garantizar la lealtad de los suyos tras llegar al poder —declaró—. La gente habla si das el precio adecuado…

—¿Qué sabes? —interrumpió, molesto de que de repente a Ald le gustara tanto hablar.

«¿Habla porque se ha visto acorralado o lo tenía planeado? —pensó Feliseo—. Con este individuo, nunca se sabe».

—Sé que un espectro se crea al introducir una… entidad —dudó en cómo llamarla— en un anfitrión. Sé que no borra la mente de esta persona, pero la modifica y no quiero que eso me pase. Sé que habéis guardado ese secreto celosamente y que la situación ahora está cambiando. La gente que conocía vuestra existencia era escasa, pero ahora ya no lo es.

—Volverá a serlo —respondió Feliseo, caminando alrededor de Ald como un depredador que juega con su presa—. Los humanos convierten en leyendas a los héroes y en seres mitológicos a los monstruos. No quieren vivir en un mundo con monstruos, así que si no tienen pruebas de su existencia, los acaban olvidando.

Su enemigo tenía más información de ellos de la que debía, pero no era la primera vez que esto había pasado; la historia tendía a repetirse. Sin embargo, había algo preocupante en esta ocasión: aquel ser que parecía evitar sus órdenes. No lo había vuelto a sentir desde hacía un tiempo, pero aquello no era normal. En una situación más estable, habría viajado a Dierin a buscarle, pero no era seguro hacerlo ahora. ¿Debía mandar a alguno de sus siervos? Tal vez, pero ahora era más importante recuperar las minas. Miró a Ald, que esperaba pacientemente a que dictase su destino.

«¿Por qué me has dicho lo que sabes? ¿Qué esperas lograr descubriendo tus cartas? ¿Por qué no has huido al descubrir todo esto?».

Se sentía confuso por primera vez en mucho tiempo. Siempre había pensado que los humanos resultaban predecibles, eso hacía que fuese tan fácil gobernarlos. No obstante, no alcanzaba a dilucidar sus objetivos.

—¿Qué pretendes? —preguntó—. ¿Por qué no debería matarte o someterte ahora mismo?

Aquella amenaza no tuvo el efecto deseado. Ald apenas se alteró al escuchar esas palabras. Se giró hacia Feliseo y respiró hondo antes de contestar.

—Toda oportunidad entraña riesgo —declaró. Lo seguía tratando con el mayor respeto posible. Ald se desabrochó la camisa y mostró un sello que tenía tatuado en la piel de la espalda. Estaba un

poco descolorido, debió de hacérselo hacía mucho tiempo—. No podrá someterme a la fuerza, mi rey. Pero elijo seguirle y, en el fondo, sabe que cumpliré.

Había confesado lo que sabía para ganar su confianza. Feliseo reconoció el sello y le extrañó que alguien como Ald lo tuviese. Era un sello de esclavo que le declaraba a sí mismo como su propio dueño. Una inteligente forma de evitar que alguien le impusiera un sello de esclavo, ya que solo se podía llevar uno. No obstante, la mayoría que se sometía a colocárselo moría en el intento, por lo que nadie lo intentaba. Hacía siglos que no veía a alguien con uno.

—Un sello que te convierte en tu propio amo —gruñó—. Me dejas muy pocas opciones.

Ald se arrodilló y agachó la cabeza en señal de sumisión.

—Juro mantener sus intereses y guardar el secreto que esconde. —No titubeó, sus palabras sonaron claras y confiadas.

59. TEILAN

—¡Déjame salir! —gritaba Teilan entre los barrotes de una jaula.

Estaba en la caja de lona de un carruaje tirado por caballos. Fuera de la jaula, había algunas bolsas llenas, utensilios y algún arma, aunque no podía alcanzarlos. Frente a él estaba de espaldas el demonio al que atacó, guiando a los animales. No podía ver el exterior, por lo que no sabía dónde estaba o a dónde se dirigían.

Sus recuerdos no eran nítidos, pero eran suficientes como para saber que se había enfrentado a ese demonio y que nunca tuvo ninguna oportunidad contra él.

—Eres muy pesado —gruñó el hombre—. Me estás dando migraña.

—¿A dónde me llevas? —preguntó Teilan, aprovechando que le había contestado.

Llevaban horas viajando y el demonio no había dicho ni una palabra en todo el viaje. En realidad, no había dicho nada desde que lo venció y lo metió en esa jaula. Lo tuvo encerrado durante un par de semanas en mitad del salón y por mucho que gritó, se dedicó a ignorarlo por completo.

El demonio se giró sin detener el carro, los caballos continuaron su marcha a paso lento pero constante.

—Te llamas Teilan, ¿verdad?

Este asintió.

—Teilan —dijo el demonio despreocupado—, mi nombre es Lomag y agradecería que te callaras de una vez —suspiró—. Bastante tengo ya con haber tenido que venir a buscarte como para encima aguantar tus tonterías.

—¿Buscarme? —se sorprendió Teilan. Creía que su encuentro había sido fortuito. Al menos, el reptil lo había sugerido al principio—. ¿Sabes quién soy?

¿Había revelado en algún momento su verdadera identidad? No podía asegurar que no lo hubiese hecho. Era evidente que la primera vez que lo conoció ya sabía que tenía un espectro dentro. No se sorprendió en absoluto al transformarse, aunque le preguntase con respecto a sus manchas primero. Se preguntó si fue para ponerlo a prueba. Para ver si respondía con sinceridad.

Lomag chasqueó cabreado la lengua, pero eso no hizo que Teilan se callara. Al fin y al cabo, era un prisionero y tenía poco más que perder a esas alturas. Tei lo había engañado y, aunque fuese su mente quien de forma consciente manejaba el cuerpo, era evidente que ya no era el dueño de este. Se lo había cedido como un imbécil a esa criatura.

Notó que en su interior ardía su odio, pero a diferencia del pasado, no lo percibía con miedo, sino con cierta aceptación. Trató de calmar su respiración, aunque entendía que de poco servía.

—¿Por qué me has capturado? —insistió Teilan al ver que su captor no le daba respuestas.

Este suspiró y le miró fijamente:

—No me vas a dejar tranquilo, ¿verdad?

Teilan le sostuvo la mirada sin parpadear y pareció que eso terminó de convencer a ese extraño hombre lagarto. Lomag sacó de uno de sus bolsillos un trapo que estaba enrollado sobre sí mismo. Se sentó en el suelo del carro frente a Teilan y lo desenvolvió. En el interior del trapo estaba la joya del alma.

Teilan se tiró la mano al cuello asustado, solo estaba la joya que le había regalado Celia. Sintió pánico al darse cuenta de que le había arrebatado la joya del alma.

—¡Devuélvemela! —gritó, y su voz comenzó a retorcerse hacia la aguda voz de un espectro—. ¡La necesito!

Se aferraba a los barrotes y trató de alcanzarla, pero Lomag se arrastró hacia atrás hasta una distancia prudencial como para quedarse fuera de su alcance. Se limitó a mirarle mientras él desesperaba anhelando la joya. Al darse cuenta de que no la alcanzaría, sintió que el mundo se desmoronaba y comenzó a llorar desesperado.

—Por favor… —suplicó.

—¿Me la pide tu parte humana o la otra? —preguntó entonces Lomag.

Teilan lo miró confuso y de pronto una duda surgió en su mente: «¿Por qué me aferro tanto a esta joya?». No se lo había planteado desde que la había recibido. Se había convertido en parte de él; pero tampoco entendía cuál era su función. Recordó de pronto el día en el que la vio en la tienda de Corento.

Hasta ese día, el poder del espectro se manifestaba de forma involuntaria cuando sentía emociones fuertes. No obstante, cuando vio esa joya sintió un deseo ineludible de poseerla. Tei la reclamó con tantas fuerzas que logró tomar el control del cuerpo durante unos instantes. ¿Por qué había olvidado eso? ¿Tei le había hecho olvidarlo?

Con el tiempo, se había asegurado de no alejarse de ella, ya que era lo que hizo que volviera de aquel coma en el que quedó encerrado en su mente con Tei. Fue cuando Celia le colocó la joya que pudo despertar y, tras eso no recordaba haberse alejado nunca de ella. ¿Tenía sentido esa idea? Empezó a dudarlo, tal vez solo fuera otra estratagema del monstruo que habitaba en su interior.

—¿Qué es esa joya? —Su voz temblaba y sentía un gigantesco deseo por taparse los oídos para no escuchar la respuesta. Tei no quería que la oyese, pero se resistió a él y en lo que supuso un esfuerzo titánico logró pronunciar las siguientes palabras—: ¿Por qué la quiere?

Lomag frunció el ceño y la guardó con cuidado de nuevo. Teilan se percató de que manipulaba el trapo que la envolvía de tal manera que sus manos no la tocaron en ningún momento. ¿Le tiene miedo al poder de la joya? A Corento, tocarla casi le provocó la muerte, pero después Celia la tocó sin ningún problema. ¿Qué sentido tenía eso? Nadie la había tocado aparte de él desde que la recuperó por miedo a que le volviese a pasar lo mismo que a Corento, así que no sabía a qué atenerse.

—Mi misión era encontrarte y llevarte a mi maestra —dijo Lomag mientras se daba la vuelta, volvió a sentarse frente a los caballos y tomó de nuevo las riendas—. Ella responderá a tus preguntas.

De pronto, el cuerpo de Teilan comenzó a deformarse y comenzó a aullar. Su mente se nubló y notó el miedo de la criatura que había en su interior. Parecía haberse quedado en silencio hasta el momento para ver si lograba obtener algo de información del demonio, pero al escuchar la negativa, Tei se enfureció.

Teilan se hinchaba mientras se transformaba en un espectro. Agarró los barrotes y tiró de ellos, pero al tratar de forzarlos, una fuerte corriente lo impulsó contra la parte de atrás de la jaula. El golpe hizo que la jaula cayera del carro hacia atrás. Chilló de dolor, pero no desistió y esta vez le dio una patada a los barrotes. Sin embargo, el resultado fue el mismo y la descarga lo volvió a derribar.

Perdido en su ira, gritaba y volvía a intentar liberarse sin éxito mientras Lomag se bajaba del carro con la tranquilidad que le caracterizaba. Rebuscó entre las bolsas que transportaba y finalmente sacó la lanza de Teilan.

—¡No toques mi lanza! —aulló, aunque su voz apenas se entendía y sus brazos se cubrieron de llamas negras—. ¡Déjala!

Lanzó una llamarada sin esperar la respuesta de Lomag. Este ni siquiera trató de defenderse y las llamas no fueron capaces de atravesar los barrotes de su prisión. El oscuro metal que los formaba comenzó a absorber las llamas y a emitir un extraño brillo hasta que el fuego desapareció sin dejar rastro. Teilan, fuera de sí, siguió atacando, lanzando conjuros y golpeando los barrotes.

Lomag se acercó hasta quedarse justo fuera del alcance de la garra de Teilan, a mitad de transformar entre humano y espectro. Una sonrisa macabra se asomó en el rostro del joven y trató de lanzar un conjuro con el brazo fuera de la jaula, sin embargo, este no disparó hacia adelante, sino que, al empezar a formarse en su mano, se disipaba.

Teilan miraba su propia mano sin comprender lo que sucedía.

—No podrás lanzar conjuros al exterior de la jaula —explicó Lomag—. Aunque no lo parezca, se trata de un arma espiritual muy interesante. —Sonrió mientras acariciaba el acero de la lanza—. ¿Sabes…? Tenemos un viaje muy largo por delante, podemos hacer esto fácil o difícil.

60. GERO

Gero, Drasco, Sara y Sonstan terminaban de cenar entre risas, celebrando su primera victoria. Con esta, se habían asegurado una plaza en la liga para el siguiente cuatrimestre y todos estaban eufóricos. Gero miraba a sus amigos complacido ante su felicidad; al fin y al cabo, él había jugado un papel crucial en la victoria.

Estaban en una taberna cercana al anfiteatro. La comida era relativamente barata y humilde, por lo que el lugar no estaba plagado de nobles engreídos. La mayoría de la clientela la formaban magos y guerreros de sangre sin parentesco con gente poderosa.

Gero se había ofrecido a pagar y, en consecuencia, los demás no habían tenido piedad alguna al pedir hasta hartarse. Incluso Sonstan había bebido más de la cuenta y estaba completamente rojo con una sonrisa de oreja a oreja.

De pronto, Drasco rodeó con su enorme brazo el cuello de Sonstan y lo arrastró hacia dos jóvenes muchachas que bebían solas en una mesa. Drasco solía tener bastante éxito, pero por la cara que pusieron las chicas, se avecinaba un estrepitoso fracaso.

—¿Me acompañas a dar una vuelta? —dijo de pronto Sara al quedarse ambos solos.

Su rostro, ligeramente sonrojado por el alcohol, lucía radiante ante la tenue llama de los faroles que iluminaban el lugar. Se mordió el labio inferior mientras se inclinaba hacia atrás para apartar su cabello del rostro. Gero sintió cómo se le aceleraba el pulso.

Miró a Drasco y a Sonstan, las dos mujeres se reían de su estado, pero a ellos no pareció importarles, estarían entretenidos un rato. Sara se levantó y le ofreció la mano, que él dudó en coger. ¿Estaba bien después de todo? Ya no era el mismo hombre que antes de meterse en aquella sala y dudaba de si ella llegaría a entenderlo y aceptarlo.

Agarró su mano y a pesar de todo lo que había pasado, sintió un cosquilleo nervioso en el estómago. Salieron al exterior. Era una noche fría, lo supo por la reacción de ella, ya que él ni tan siquiera lo notaba. Al ser un demonio zorro blanco, su cuerpo toleraba temperaturas mucho menores que esa. Recordó con añoranza los días que pasó en las montañas con su padre y se preguntó qué diría si viera lo que había logrado. Sonrió orgulloso, estaba deseando hablar con él.

El cielo estaba despejado y las estrellas brillaban con una intensidad extraña; parecían danzar en el cielo. Reconoció que había bebido más de la cuenta, pero era una gran noche y se merecía la celebración. Miró expectante hacia el imponente anfiteatro que se alzaba iluminando todo a su alrededor. Ya estaría acercándose la hora de que terminasen los combates, era solo cuestión de tiempo.

—¿Dónde estás? —preguntó Sara—. Desde luego, aquí conmigo no.

—Perdona, tenía la cabeza en otra parte.

—¿En tu victoria?

—Habríais ganado sin mí. —No fue falsa modestia, estaba convencido de que habría sido así—. Ellos habrían caído frente los voladores antes de derrotaros.

—No le resta mérito a lo que hiciste —sonrió ella—, aunque te falta mucho para poder considerarte un guerrero de sangre en condiciones. Si vas a utilizar espadas, te falta mucho por

mejorar.

—Pasaremos en esta academia años, tenemos tiempo —admitió él.

Sara levantó una ceja al escuchar eso.

—Has cambiado —sentenció.

«¿Puede percibirlo?», pensó Gero sin quitar la vista del anfiteatro.

Él también lo había notado. A pesar de no recordar su experiencia en la sala, algo se sentía distinto. Estaba más seguro acerca de las decisiones que tomaba; más tranquilo. Dudar se le antojaba una pérdida de tiempo. Sabía en cada momento qué quería conseguir y los pasos que necesitaba tomar para llegar hasta allí. Miró entonces a Sara, fingiendo no saber de qué estaba hablando.

—Antes tenías tanta prisa por hacerte más fuerte que perdías la perspectiva de lo que conseguías en el camino —explicó ella—. Ahora se te ve más…

—No elegí esta vida —interrumpió él—. Nací en un pueblo en las montañas y pasaba los días cuidando del rebaño y persiguiendo a Fara. —Sara frunció incómoda el ceño—. A diferencia de Teilan, que ansiaba aventuras, viajar y convertirse en alguien importante, yo buscaba otra vida. Crecer en la aldea, casarme y tener hijos. Envejecer tranquilamente cuidando de mi rebaño, de mis campos y rodeado de mi familia y mis amigos. Creo que incluso llegué a amarla.

—Gero… —susurró Sara, pero él levantó la mano y la detuvo en ese instante.

—¿Sabías que en una ocasión me traicionó? —continuó él—. Me dieron una paliza que casi me matan por su culpa… Mi pueblo fue atacado por bandidos y mucha gente murió, después despertaron mis poderes y luego eso… Aquello me cambió para siempre y hasta ahora no sabía cuánto. No quería volver a sentirme indefenso o que mi vida dependiera de otros.

»Aun así, no la culpé por lo que hizo, soy consciente de que el miedo guio sus actos. Sin embargo, dejé de poder confiar en ella y no existe nada más aterrador que no confiar en la persona a la que amas. La desconfianza lo pudre todo hasta que, sin darme cuenta, dejé de amarla. No sé cuándo sucedió y tal vez si me hubiese quedado lo hubiésemos resuelto, pero el día que te vi entendí que ya era demasiado tarde. Creo que en el fondo lo sabía desde hacía meses, pero me aferraba a esa relación porque era lo único que me quedaba del yo anterior —suspiró y miró al cielo—. Llevo desde entonces queriendo ser más fuerte, lo suficiente como para no tener miedo y poder cambiar el mundo que me rodea.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —dudó Sara.

Gero la miró a los ojos y meditó durante unos instantes sobre cómo explicarse. Realmente quería que ella le entendiese, aunque sabía que iba a ser difícil.

—Creo que te conozco lo suficiente como para saber que he tomado una decisión que no verás con buenos ojos —admitió él—. No quería ocultártelo y perder tu confianza, pero tampoco quería involucrarte en algo así…

—¿De qué estás hablando?

Sara empezó a parecer asustada. Gero suspiró sin saber si le tendría miedo a él o a lo que había hecho. No la culparía fuese cual fuese su reacción. Él mismo se habría creído incapaz de hacer algo así apenas unos años atrás.

—¿Sabías que el grupo de demonios al que atacaron estaba formado principalmente por niños? —indicó—. Mataron a todos los adultos y niños que no eran rentables y esclavizaron al resto.

—Gero… —Sara pareció buscar las palabras mientras le agarraba la mano—. ¿Qué has hecho?

No necesitó responder cuando, en el lado este del anfiteatro comenzaron a escucharse explosiones y un gigantesco árbol se alzó. Era tan grande como un edificio y sus ramas inferiores destrozaban todo a su paso. Sus raíces sobresalían del suelo y el árbol se desplazaba sobre ellas. En las ramas superiores, decenas de magos lanzaban conjuros mientras otros tantos guerreros de sangre se encargaban de atacar a todo aquel que se encontraba en el suelo.

—Ya ha empezado —susurró Gero con la mirada clavada en aquel alboroto.

La gente no se demoró en salir de los locales y viviendas donde se encontraban. La escuela disponía de un sistema de alarma en caso de ataque, pero el escándalo formado lo hizo completamente innecesario. Era imposible que alguien no se hubiese enterado.

—¿Qué cojones pasa? —gritó Drasco mientras salía corriendo.

Sara miró a Gero sin comprender, y no le faltaba razón. Ni siquiera le había hablado a Drasco de sus planes. Tal vez él los habría aprobado, pero no quería arriesgarse. Drasco se dió cuenta del gesto que hizo Sara y miró a su amigo.

—¿Qué has hecho? —gruñó.

Sonstan salió poco después, siendo arrastrado de la mano de una de las chicas.

—¿Qué pasa? —gritó esta mientras se agarraba todavía más a Sonstan.

Era una maga y, por su aspecto asustadizo, debía de ser una sanadora que no estaba habituada a los combates. Genci había militarizado hasta el extremo la academia y a los estudiosos o los expertos de sellos que no supieran defenderse se les formaba en la capital en vez de allí. No obstante, a los sanadores se les seguía formando en la academia por su utilidad al tratar a los lesionados y heridos durante los entrenamientos y las misiones.

—Alguien está atacando la academia —explicó Gero—. ¿Qué hacemos?

Drasco se quedó unos segundos mirándole fijamente.

«No se le escapa una», pensó ocultando una sonrisa.

—¿Deberíamos intervenir? —le preguntó Drasco a Gero, haciéndole entender que sabía que había tenido algo que ver con lo que estaba pasando.

—Han dado la alarma —apuntó Sonstan, todavía un poco borracho—. Es nuestro deber participar en la defensa.

—¡Para luchar estás tú ahora! —riñó Sara—. ¿Tú te has visto?

—No puedo hacer eso sin un espejo… —contestó él mientras sonreía a la joven que lo sostenía.

Lo que en ese instante habría sido un momento gracioso con el tímido Sonstan, se vio eclipsado debido a una gigantesca roca que se estrelló cerca de donde ellos estaban. La gente comenzó a gritar y a correr. Algunos salían desde los balcones con sus armas y se dirigían al combate. Otros huían. La calle era un caos y la batalla cada vez estaba más próxima.

—¡Meted a Sonstan en ese edificio! —gritó Drasco—. ¡Gero!

No necesitó más para colocar una serie de sellos defensivos. En un instante, convirtió aquel edificio en una fortaleza difícil de destruir.

—Id al sótano —ordenó Gero a la joven que cargaba con Sonstan—. Allí estaréis seguros.

Esta no respondió mientras corría hacia el interior. Sonstan gritaba que podía luchar, aunque apenas se le entendía. Se golpeaba la cara para despejarse, pero no se resistía a acompañar a su recién conocida amiga. Otros muchos le siguieron al ver que Gero alzaba una barrera protectora. Sus sellos se habían hecho famosos en la academia.

Por suerte, Sara y Drasco no habían pasado por sus respectivas casas y todavía llevaban con ellos sus armas. Sara entró corriendo al edificio a coger sus hachas, puesto que las había dejado en la mesa. Drasco llevaba encima su cuchillo, no se separaba de él nunca. A diferencia de las armas de Sara, este estaba fabricado de acero fersca y no se fiaba de que alguien se lo robase.

Gero comprobó que llevaba bien sujeta la vaina de la espada al cinturón. Había agarrado otra catana de su habitación tras estar con Fled y sus amigos. Había comprado media docena de espadas cuando empezó a practicar con ellas y descubrió que se rompían si las cargaba con sellos. Una vez listos, se encararon hacia donde la cruenta batalla estaba teniendo lugar.

Drasco agarró del hombro a Gero y le dijo al oído:

—Me debes una buena explicación.

61. Drasco

El trío apenas tardó un instante en llegar a donde estaba sucediendo el combate. Drasco reconoció enseguida a Fled, guiando el gigantesco árbol y a algunos de los que habitualmente iban con él. También a varios de los alumnos más destacados de la escuela. Agradeció no haber desactivado el disco después del combate. El efecto rebote le causaba un cansancio extremo durante horas y no poder utilizarlo hasta el día siguiente, por lo que había decidido esperarse a desactivarlo hasta después de celebrar la victoria. Iba a ser una batalla difícil, la suerte estaba de su lado.

—¡Malditos traidores a la humanidad! —gritó Fled.

Su rostro estaba desencajado en una mueca de ira y dolor. Al parecer, el conjuro que estaba utilizando para sustentar aquel árbol estaba por encima de lo que estaba acostumbrado y no era de extrañar, ya que era descomunal.

—¡Así aprenderéis! —aulló otro mientras le clavaba un hacha en la espalda a un alumno que trataba de huir.

—¿De qué narices están hablando? —exigió Sara a Gero, escandalizada—. ¿Por qué están haciendo esto?

—Todos y cada uno de ellos son los que se apuntaron a la expedición —confesó Gero—. Luchan porque a causa de la pasividad de los otros alumnos, se quedaron sin poder matar demonios. —Su voz sonaba cargada de rabia—. Para ellos era solo un juego en el que les pagaban por matar a monstruos.

Sara lo miraba confusa, pero Drasco no necesitó más para comprender lo que estaba pasando.

—Has convertido en esclavos a esos desgraciados para que ataquen la escuela —entendió—. Luchan en contra de su voluntad.

Gero sonrió al escuchar esas palabras, confirmando sus sospechas.

—¡¿Es eso cierto?! —cuestionó Sara—. ¡Para esto!

Drasco suspiró, incluso a él le pareció pasarse de la raya. Había sido un esclavo y sabía que esa era una línea que no debía cruzarse. Sin embargo, también debía reconocer que era una maniobra muy astuta. El rey de Veniden había declarado abiertamente la guerra contra los demonios y los estudiantes de la academia eran uno de los mayores recursos militares de un reino.

El olor a sangre y a humo empezó a extenderse. Los edificios de la academia estaban protegidos con sellos, pero aquello era demasiado para cualquier edificación. Pensó en Sonstan, pero la zona de la ciudad donde se encontraba no estaba siendo presa del caos. El árbol se movía hacia la torre de la academia y hacia su indudable perdición. La torre estaba fuertemente protegida por conjuros y custodiada por los mejores magos y guerreros de sangre a las órdenes del director. No llegarían tan lejos.

—¡Dile algo! —le gritó Sara a Drasco.

Él dudó. ¿Era incorrecto lo que estaba haciendo? Grangal se había librado de la persecución contra los demonios por encontrase aislados por el desierto. Sin embargo, era consciente de que llegaría el día en el que la guerra llamase a sus puertas. Era un reino fuerte, acostumbrado a la lucha contra los

monstruos del desierto, pero sabía que no podrían sobrevivir a una guerra contra los reinos humanos.

—Todos y cada uno de los alumnos de esta academia lucharán contra nuestra raza cuando se gradúen —criticó Gero—. ¿Tan malo es que se maten entre ellos?

—Fallas en entender que los demonios tienen una parte humana y otra de bestia —contestó Drasco—. Si reniegas de tu humanidad, bien podrías partir de estas tierras y volver al norte, pero no lo haces. —Miró a Sara—. ¿Me equivoco?

—Es distinto —vaciló Gero, era algo que parecía que había dejado de poder hacer hasta ese mismo instante—. Ella…

No terminó la frase cuando desenvainó su espada y salió disparado hacia el aire. Drasco y Sara retrocedieron de un salto por puro instinto. Una gigantesca roca les caía encima, pero Gero se lanzó contra ella y en torno a su espada, una ventisca se formó impulsando su arma. Del filo surgió una cuchilla de hielo tan afilada que cortó la roca con facilidad, abriéndola lo justo para que él pasase por en medio. Miró hacia atrás y pareció aliviado al ver que sus amigos la habían esquivado.

—Esto es peligroso —gruñó Drasco a regañadientes.

Al ver el poder del grupo de Fled, dudó de su propia capacidad cuando no usaba el disco. ¿Desde cuándo se había vuelto tan dependiente de esa arma? Siempre había creído que era fuerte. Tenía sangre de emperador, era un mago y un guerrero de sangre. No obstante, esos jóvenes eran auténticos monstruos y eran los que algún día darían caza a los suyos. Sabía que lo correcto era parar esa locura, pero no podía dejar de pensar que tal vez Gero tuviera parte de razón.

Los gritos de dolor eran escalofriantes. Empezaba a haber grupos de personas que trataban de detenerlos, pero no estaban organizados y una defensa caótica era inútil contra la fortaleza móvil que suponía el árbol de Fled. ¿De dónde sacaba tanto poder?

—¿Para qué hemos venido hasta aquí? —preguntó Drasco—. ¿No vas a intervenir?

—No puedo hacerlo —intervino Gero—. Aún no han dado la orden.

—¿De qué estás hablando? —inquirió Sara.

Gero miró a la torre frustrado.

—¿A qué cojones está esperando? —susurró Gero—. ¿Por qué no dan la orden?.

Los atacantes estaban cada vez más cerca de la torre y pronto se activarían las defensas de esta, arrasando con todo aquel que considerase una amenaza para la academia. Drasco miraba sin comprender a su amigo. La gente moría por todas partes y los gritos hacían del lugar un auténtico infierno.

Drasco no pudo soportarlo más y se lanzó contra los atacantes para detenerlos. A pesar de que tal vez algún día muchos de los presentes se convertirían en enemigos, ahora eran gente inocente siendo masacrada y no podía mirar hacia otro lado. Incluso se sentía avergonzado de haber dudado.

Sara le siguió y comenzaron a correr entre los edificios hacia la torre. Miró hacia atrás y aunque Gero no pareció tener la intención de seguirles, finalmente lo hizo blasfemando.

La zona de combate estaba en ruinas. Toda clase de conjuros habían sido disparados desde el árbol en todas las direcciones. Había edificios en llamas, otros aplastados por gigantescas rocas, otros partidos por la mitad… La batalla apenas había empezado hacía unos minutos y la destrucción causada era inimaginable.

Los incendios se propagaban rápidamente y algunos alumnos trataban de apagarlos con su magia de agua. Los sanadores atendían a los heridos que se amontonaban por el suelo. Muchos ya no

despertarían.

—¿Qué has hecho? —susurró Drasco, horrorizado, sin detenerse.

No tuvo intención de que Gero lo escuchase, pero lo hizo. No obstante, no pareció enfadado o avergonzado por ello. Le miró impasible y continuó corriendo como si nada. Si le hubieran dicho cuando lo conoció que ese chico asustadizo sería el hombre que tenía ahora a su lado, no lo habría creído.

—¡Que todo el mundo detenga el ataque desde la torre! —anunció la voz del director. Resonó por toda la academia, resultando casi ensordecedora—. ¡Aquellos que participen en la defensa serán recompensados!

Por un instante, el silencio envolvió el lugar antes de que el caos continuase. Una sonrisa torcida se dibujó en el rostro de Gero y comenzó a correr con todas sus fuerzas hacia la torre. Drasco finalmente lo entendió, eso era lo que había estado esperando. Quería llegar antes que Fled y así participar en la defensa. De esa forma, se beneficiaría del ataque incluso a pesar de haber sido el promotor. Era una jugada digna de un rey del engaño.

62. GERO

Gero, Sara y Drasco se encontraban en una de las avenidas principales. Numerosos combates tenían lugar por todas partes. Gero se sorprendió al verlo, no esperaba que fueran tantos y pronto lo comprendió y se quedó quieto observando la masacre. Sus dos compañeros se detuvieron a su lado para verle soltar una sonora carcajada.

—¿Se puede saber qué te hace tanta gracia? —gruñó Drasco.

Gero se acercó al edificio de dos plantas que tenía al lado y con sus nuevas capacidades escaló con facilidad por la fachada. De un salto alcanzó la barandilla del balcón del segundo piso. Desde dicho balcón no le costó alcanzar el tejado y desde allí pudo observar mejor lo que sucedía alrededor.

Drasco y Sara le siguieron. Sara reclamaba respuestas a gritos y Drasco estaba a punto de hacerlo con los puños, por lo que Gero decidió sincerarse antes de entrar en combate.

—No eran tantos —dijo con una sonrisa triste—. Apenas le puse el sello a veinte. Incluso con el ejército fuera de la ciudad, si este reino no estuviese podrido hasta la médula, no debería haber sido difícil detenerlos. Habría deseado no tener razón.

Equivocarse lo convertía en un monstruo, pero haber acertado convertía el mundo en un lugar terrible para los demonios. Sintió que algo se moría en su interior: su esperanza.

—¿Y toda esta gente? —se sorprendió Drasco—. ¿Por qué pelean?

—Porque creen en la causa de Fled —susurró Sara horrorizada—. Se han unido a ellos porque creen que aquellos que no se unieron a la campaña son traidores a la humanidad y aliados de los demonios.

Vio en los ojos de ella un ápice de comprensión por lo que había hecho. No lo esperaba; incluso había aceptado que ella le diese la espalda en cuanto descubriese la verdad. Era consciente de que sus acciones acabarían con la vida de cientos de personas inocentes en la academia, pero eso era algo que había asumido. Estaban en guerra y llegaría el día en que esas personas dejarían atrás su inocencia.

Miró la refriega con cierto orgullo. No había estado seguro de si más gente se habría unido a los atacantes, pero su intuición no le había fallado. De no haber sido así, la propia academia habría eliminado a aquellos que más ansiaban el exterminio de los demonios y todo habría acabado ahí, pero ahora podía llevar el plan a la siguiente fase. Con cientos de personas envueltas en el ataque, ahora tocaba sacar partido de la batalla eliminando a futuros enemigos y aprovechándose para ganar méritos durante la defensa.

—Siento haberte puesto en esta situación —le dijo a Sara, lo sentía de veras—. Era algo que había que hacer.

Sara le miró con los ojos enrojecidos por el humo y las lágrimas. ¿Qué estaría pasando por su mente? Ella le importaba, más de lo que estaba dispuesto a admitir. En el fondo, sentía que tal vez no fuese capaz de hacer lo que debía en caso de que ella se alzara contra él.

—Ayúdame a salvarlos —dijo Sara, mirando a aquellos que morían abajo—. Por favor.

Gero miró a Drasco buscando alguna respuesta, él siempre sabía lo que tenía que hacer.

—Hagas lo que hagas… —dijo Drasco—. No estará ni bien ni mal. En esta historia esos términos dejaron de tener sentido hace mucho tiempo.

Su forma de hablar le recordó a la de su padre, que nunca parecía dar respuestas directas. Sin embargo, sus ojos delataban que estaba en contra de lo que había hecho y eso no le extrañó. Drasco era un buen hombre y por eso no le había contado nada de su plan. No quería arriesgarse a que intentase detenerle.

Sara le agarró del brazo y tiró de él exigiendo que tomara una decisión.

—Hay poco que podamos hacer —contestó y ella hizo una mueca de decepción que él no pudo ignorar—, pero mi intención nunca fue que venciesen esos lunáticos. Salvaremos a los que podamos.

No estaba del todo convencido de las palabras que había pronunciado, pero sabía que eran las que ella quería escuchar y, en realidad, no contradecía sus objetivos. El siguiente paso en el plan siempre fue participar en la defensa una vez el director lo ordenase.

—¿Estáis preparados para lo que viene? —preguntó.

Era la parte más peligrosa y si algo salía mal lo podrían pagar caro. Los otros dos asintieron y los tres saltaron del edificio. La calle estaba llena de combates en los que resultaba difícil en ocasiones saber quiénes atacaban y quiénes defendían. La batalla era caótica y la gente atacaba a cualquiera que se le acercase.

Corrieron hacia la plaza, estaban ya lo bastante cerca del árbol como para ver lo que sucedía. Al parecer, ya no crecía más, pero había alcanzado el tamaño de un edificio de seis plantas, por lo que destacaba con facilidad ante una ciudad cuyos edificios más altos apenas llegaban a la mitad de ese tamaño.

Fled se encontraba subido a la copa mientras las ramas inferiores, finas y largas, se disparaban como látigos contra los edificios y personas que había alrededor. Por lo visto, respetaban al grupo que luchaba con el joven mago, pues en la base del árbol y sobre alguna de las ramas había guerreros de sangre y magos que luchaban a su lado y eran protegidos por él.

Gero, Sara y Drasco llegaron a la plaza y se sorprendieron al ver lo que allí sucedía. Dos grupos de estudiantes habían montado dos frentes y luchaban entre ellos. El suelo estaba plagado de muertos y solo quedaban unos cientos en cada bando luchando.

Los guardias de la academia no se veían por ninguna parte y estaba en manos de los estudiantes defender la torre.

—¿Qué es esto? —gruñó Drasco—. ¿Dónde está la guardia de la torre?

Estaba formada por diez magos y diez guerreros de sangre tan poderosos que cada uno de ellos se podría considerar un general del ejército. Ellos debían haber liderado la defensa. En la situación actual, participar resultaba mucho más peligroso de lo que había predicho.

En ese momento cayeron en la cuenta de que el director también había dejado de dar indicaciones y que la torre estaba cerrada. Las defensas de la ciudad no se habían activado y solo se veía a algún profesor liderando una defensa precaria de estudiantes. El grupo corrió hacia la línea defensiva.

—¡¿Qué hacéis ahí parados?! —gritó uno de los maestros, aterrado—. Si vais a defender, coged un puesto y empezad a lanzar conjuros.

Era un hombre de mediana edad con el pelo gris y despeinado. Daba órdenes lo mejor que podía, pero se veía que no era un militar. Probablemente, había sido maestro de la academia toda su vida y solo trataba de organizar al grupo de jóvenes lo mejor que podía. Sin embargo, la mayoría no tenían claro qué tenían que hacer.

—¡Escuchadme todos! —gritó entonces Drasco. Su voz sonó con tanta potencia que pudo ser escuchada por todos los que participaban en la defensa—. Que los magos de tierra formen un muro delante con huecos para poder atacar. Quiero una línea con los magos de aire y fuego juntos; los magos de luz, en la parte de atrás, dando asistencia; los de tierra, encargándose del muro y los de agua, en los flancos, evitando que el enemigo nos rodee. Todavía no han sobrepasado nuestra línea, ¡que no suceda!

Continuó dando órdenes como si estuviese al mando allí, ante la incrédula mirada del resto del grupo. Sara se encaró al maestro, que al ver las dotes de Drasco no tardó en dar un paso atrás y suspirar aliviado.

—¿Dónde está la guardia? ¿Y los protectores de Forthi? —interrogó Sara—. ¿Por qué no están defendiendo la academia?

—No están —murmuró el maestro—. No están por ninguna parte…

El muro se levantó casi al instante: un muro de roca maciza de varios metros de grosor, formando un círculo alrededor de la torre. Gero giró la cabeza para comprobar que la puerta estaba cerrada. Se trataba de una fortaleza, por lo que desde el exterior no podrían entrar a no ser que desde dentro se lo permitiesen. Estaba diseñada para proteger a los alumnos hasta que llegasen refuerzos de Lantalos y podía aguantar los ataques de los más poderosos magos. Había alguien frente a ella, parecía Enya.

—¿Por qué no habéis entrado en la torre? —preguntó Sara, adelantándose a Gero—. Os masacrarán aquí fuera.

—El director se ha encerrado dentro —explicó el maestro—. No podemos entrar. Estamos perdidos…

El hombre parecía haber perdido parte de su cordura ante la situación. Enya trataba de abrirla y si alguien pudiese desde el exterior, sería ella. Al fin y al cabo, era la mejor maestra de sellos de la academia.

—¿Y dónde está el resto de los maestros? —insistió Gero esta vez—. ¿Dónde está todo el mundo?

La escala del ataque era mucho mayor de lo que se había imaginado y permanecer allí se estaba volviendo peligroso. Los maestros debían haber defendido la torre, pero la mayoría seguramente no habían logrado llegar hasta allí y eso no entraba en los planes. Estaban muriendo muchos más inocentes que atacantes y unirse a la defensa era un suicidio. Miró a sus compañeros y, aunque sus rostros reflejaban que eran conscientes de ello, no parecían dispuestos a tratar de huir.

—¡Vais a morir todos! —aullaba Fled, enloquecido—. ¡Sucios traidores! ¡Ratas!

Acababa de irrumpir en la plaza y aquello desequilibró la defensa que había formado Drasco. Sus acompañantes sobre ese árbol parecían los más fuertes entre los atacantes y la plaza se convirtió en un infierno. Alrededor de la precaria defensa que habían formado, sus enemigos creaban tornados de fuego, lluvias de rocas, cuchillas de viento y otras calamidades que laceraban el improvisado muro.

Drasco gritaba órdenes sin parar y Sara había recuperado un arco de un cadáver con el que lanzaba flechas sin descanso. La gente moría en grandes cifras en ambos bandos, pero los atacantes no parecían dispuestos a retirarse. La defensa logró que el árbol no avanzara, aunque el muro era destruido y reconstruido continuamente y no tardaría en caer.

Gero miró hacia Enya, que no parecía tener éxito abriendo la puerta. ¿Debía acercarse a ayudar? Si su maestra no era capaz de abrirla, dudaba que él pudiese. Entonces, Sara le agarró y tiró de él para apartarlo de la gente.

—Haz que los que tienen la marca cambien de bando —ordenó—. El muro no tardará en caer.

No lograban reconstruirla al mismo ritmo que sus adversarios la hacían pedazos y poco a poco iba perdiendo altura. Había escombros por todas partes y algunos alumnos habían muerto aplastados por los pedazos de roca que salían disparados del mismo. Era inevitable, ya que sabían que sin esa barrera no durarían mucho tiempo, pero algunos ya no se atrevían a colocarse tan cerca de esta y empezaba a notarse ausencias en las ventanas utilizadas para defender.

—¿Crees que me oirán desde aquí? —protestó Gero—. Salir del perímetro ahora mismo es un suicidio.

—¡Son los protectores de la academia! —gritó una voz y todas las miradas fueron dirigidas hacia donde provenía.

Una joven guerrera de sangre señalaba la copa del árbol, que se encontraba ya tan cerca de ellos que se distinguía la menuda figura de Fled y cuatro más. Los protectores de Forthi se alzaban imponentes en lo alto del árbol.

63. GERO

—¡Tenemos que abrir esa puerta ya! —gritó Gero mientras corría hacia donde se encontraba Enya —. ¿Por qué se ha encerrado el director?

Esta se giró y vio al gigantesco árbol acercándose. Estaba sudando y completamente pálida; el esfuerzo para derribar la puerta estaba siendo inmenso.

—La prioridad del director es proteger la joya de la torre —explicó—. Los alumnos son sustituibles.

—¿Qué es esa joya? —murmuró Gero confuso, nunca había oído hablar de ello y era la primera vez que su maestra lo mencionaba. ¿Se lo había ocultado adrede? Ya pensaría en eso luego. Ahora había cosas más importantes que atender—. Es vital que abras esa puerta o nos matarán a todos.

—Necesito más tiempo —admitió, centrándose en esa labor—. Y tampoco estoy segura de si lo conseguiré.

Gero llegó a su lado y miró los sellos de la entrada. Se iluminaban y apagaban en pulsos de distintos colores. Eran mucho más complejos de lo que jamás había visto, por lo que entendió que sería de poca ayuda allí. Había mejorado mucho en el tiempo que llevaba estudiando sellos, pero su habilidad todavía no se acercaba a la de su maestra.

—¿Por qué los protectores están atacando? —preguntó entonces Sara, que apareció por su espalda —. ¿Por qué no han parado a los atacantes? ¡Deberían respetar el juramento!

Enya le dirigió una extraña mirada que no pasó desapercibida para Gero y después se giró para seguir con su trabajo.

—Nadie sabe en qué consiste su juramento, ¿quién te dice que no lo estén respetando? —explicó mientras movía las manos frenéticamente. Se formaban sellos frente a ellas que salían disparados hacia distintos puntos de la puerta—. ¡Y ahora, dejad de distraerme!

Sara hizo intención de dar un paso adelante, pero Gero la detuvo.

—Eso no tiene ningún sentido, ¿de qué forma matar a los alumnos se podría considerar proteger la academia?

—Tal vez no hicieran ningún juramento —dijo entonces Gero—. No deja de ser una leyenda y puede que esos de ahí no sean más que maestros normales y corrientes.

Sara fue a replicar, pero no lo hizo, ya que salió corriendo a asistir a un joven que tenía una pierna atrapada bajo un montón de piedras.

Gero miró hacia el caos que había más allá del muro. Él lo había provocado y ahora no podía evitar pensar en la ironía de la situación. Si quería continuar con el plan original, tendría que arriesgar su vida para salvar a un grupo de alumnos que en un futuro se convertirían en sus enemigos. Miró a Drasco y vio cómo luchaba con todas sus fuerzas. ¿Había entendido la situación antes que él? No lo creía; estaba convencido de que, sencillamente, luchaba porque pensaba que era lo correcto.

«¿Seguir con el plan o huir aprovechando el caos?», suspiró. Le tocaba tomar una decisión. Miró a Drasco y a Sara, y se dio cuenta de que ya habían tomado la decisión por él.

—¿Cuánto tiempo necesitas? —inquirió, malhumorado.

Enya no le contestó. Estaba completamente enfrascada en su labor.

De pronto, se escuchó una explosión y ambos se giraron. Los protectores habían descendido del árbol y habían comenzado a atacar el muro que habían alzado, rodeando la torre. Trozos de este explotaban, arrasando con todo lo que tenían detrás. Se escuchaban los gritos por todas partes, pero el polvo dificultaba localizar de dónde provenían.

Comprobó el lugar en busca de Sara y la encontró corriendo hacia un par de alumnos que habían rebasado la defensa. Al alcanzarlos, empezó una encarnizada pelea contra estos.

Drasco seguía dando órdenes. A esas alturas, toda la defensa de la torre había sido relegada a su mando y nadie ponía en duda sus decisiones. De esta forma, los alumnos lograron mantener la línea de defensa a pesar de su falta de experiencia en combate real. Se notaba que había nacido para ser un líder.

—¿Podrás abrirla? —inquirió Gero, consciente de que a pesar de los esfuerzos de Drasco, la defensa no tardaría en caer tras la incorporación de la guardia al asalto. Enya asintió con la cabeza—. Te conseguiré el tiempo que necesitas.

«¿Por qué me meto en esto?». Sabía que la decisión lógica era sacar a Sara y a Drasco de allí y escapar. Perderían su tapadera en la academia, pero tampoco era seguro que la academia sobreviviera después de esto. Además, en cierta forma, aunque no fuera su objetivo principal, hacer caer la academia sería un duro golpe contra uno de los pilares del ejército de Veniden. Pasase lo que pasase ahora, ya era una victoria.

Miró de nuevo a Sara, con una espada en la mano y un pequeño escudo en la otra. Debía haber perdido sus armas y esas las habría recogido de algún otro alumno. Buscaba en todas las direcciones, probablemente, a su siguiente adversario. En ese instante entendió por qué se quedaba. Ella no se marcharía de allí dejando atrás a alumnos inocentes y él no se marcharía sin ella.

Gero dibujó una sonrisa amarga. Esta era la parte que más había temido del plan. Él había ordenado ese ataque, pero ahora no podría ordenarles detenerse a no ser que pudiera acercarse lo suficiente. Tendría que luchar. Sus amigos estaban corriendo riesgos innecesarios, pero sabía que no podría detenerlos.

En ese instante, un grupo de tres aparecieron frente a Sara, y Gero desenfundó su espada y corrió hacia ella sin pensarlo.

—¡Espada! —gritó ella jadeando, empezaba a estar cansada.

Gero entendió a qué se refería y reforzó con un sello el arma de ella. Gracias a eso, cuando cruzó espadas con su primer adversario pudo atravesar la de su contrincante clavándosela en el hombro. Sara, aprovechando que este caía, soltó su arma, agarró el escudo y lo lanzó con todas sus fuerzas contra otro guerrero de sangre. Este no se lo esperaba y cayó de espaldas.

Gero remató al que estaba herido en el hombro, arrancó la espada y se la devolvió a su compañera justo a tiempo para bloquear al tercero de los atacantes. Entre los dos acabaron con él y con el que había sido derribado por el escudo.

El muro fue levantado de nuevo una vez los atacantes fueron reducidos. Este, que al principio había sido gigantesco, ahora apenas levantaba más de un par de metros y debido a la gran cantidad de brechas, había pasado a ser casi inútil.

Las ramas del gigantesco árbol de Fled eran disparadas como látigos abriendo cada vez más huecos en la defensa. Quedaban pocos alumnos atacando, la mayoría habían muerto o huido. Aun así, el poder de los que quedaban sería suficiente para acabar con el par de centenares de alumnos que resistían vivos alrededor de la torre.

—Sara —dijo Gero—, tenemos que huir de aquí. Los protectores son demasiado fuertes. No podremos con ellos.

—Esta gente morirá si lo hacemos —replicó ella.

Sabía que diría eso, pero tenía que intentarlo al menos. Comprobó una vez más cómo estaba Drasco y se sorprendió al ver que tampoco estaba dispuesto a huir. Podía entender las acciones de Sara, pero no las del príncipe de Grangal.

Cogió aire y miró hacia donde se encontraba Fled. Suspiró y se acercó a Sara hasta cogerle el brazo.

—Te quiero —dijo mientras apoyaba su frente contra la de ella.

Sabía que no era el momento ni el lugar, pero no se marcharía sin decirlo.

—Eres idiota —dijo ella sorprendida ante la situación.

Gero sonrió. A pesar de estar cubierta de polvo, la encontró radiante. Puede que fuera porque la miraba con buenos ojos, pero siempre lo estaba en el campo de batalla. Se alegró de habérselo dicho antes de lo que consideraba sería la mayor estupidez que había hecho en su vida. Fue a apartarse, pero ella le agarró de la camisa y le besó. El sorprendido esta vez fue él.

—No mueras —dijo ella; parecía haberle leído la mente.

Ella sonrió y salió corriendo hacia una de las brechas donde uno de los protectores había entrado por fin. Era el primero en hacerlo, un guerrero de sangre que tendría el doble del tamaño de ella. Un par de alumnos lanzaban conjuros contra él. Uno trataba de bloquear los movimientos del protector con magia de tierra mientras que el otro trataba de lacerarlo con conjuros de agua. No obstante, todo parecía inútil ante la fortalecida piel del atacante. Era un usuario de resistencia. Sería un oponente difícil de superar.

Gero sintió pánico al verlo, pero no podía quedarse a ayudarla. Debía hacer algo drástico o la defensa no duraría lo suficiente para conseguir que Enya abriese la puerta. Todavía no se creía que el director se hubiese encerrado dentro de la manera en la que lo había hecho, dejando a los alumnos fuera. Se arrepintió de ordenar a sus esclavos atacar la torre hasta la muerte.

Miró a Fled, su poder no dejaba de sorprenderlo. Sabía que era fuerte tras haberse enfrentado a él, pero esto sobrepasaba toda lógica. Había estado ocultando su fuerza durante todos sus combates en la academia. Sabía que Fled había perdido combates y ahora se daba cuenta de que se había dejado ganar. ¿Las razones? No las conocía, pero imaginó que no era el único con secretos en la academia y esto se presentaba como una oportunidad.

Agarró con fuerza su espada, aunque no sabía si le sería de utilidad, ya que todavía no era excesivamente bueno manejándola. Cualquier guerrero de sangre de la academia lo superaría con facilidad en su manejo.

El humo dificultaba la vista y era complicado respirar. Saltó el muro por el lado más cercano a Fled, había un mago en la base del árbol asegurándose de que nadie se aproximase; era otro de los protectores.

El mago creaba alargados dragones de agua que surgían de sus manos y se desplazaban por el aire como si estuviesen vivos. El nivel de detalle era extraordinario y, aunque sabía que eso afectaba en poco al poder del ataque, no dejaba de imponer con su presencia.

Era un hombre de rostro joven, sin embargo, su cabello estaba cubierto de canas, indicando que era mucho más mayor de lo que aparentaba. No tardó en detectar a Gero y sus dragones cayeron en picado sobre él.

Gero esquivó el primero aprovechando su agilidad de guerrero de sangre e impulsándose con su magia de aire lo justo para que el dragón no le aplastara. Cuando tenía el dragón pegado, alzó la mano en la que no tenía la espada y formó con rapidez un sello que adhirió en el costado del dragón. Este se heló en el cielo y tras un crujido, se estrelló contra el suelo. Una lluvia de bloques de hielo cayó y Gero los esquivaba o los desplazaba con su magia en caso de que no le diera tiempo a apartarse.

El segundo dragón no tardó en llegar hasta él. Gero se abalanzó hacia un gigantesco bloque de hielo que había caído del cielo. Apenas unos segundos antes de ser aplastado, lo modificó gracias a su magia para generar un hueco y luego cerrarlo. Reforzó con sellos su escondite justo a tiempo para que el ataque no lograse destruirlo.

Había agua por todas partes, pero eso no le detuvo y cuando el mago retiró el dragón para hacerle ganar velocidad de nuevo, Gero cortó con su espada el bloque y corrió hacia adelante.

El mago, sorprendido, no dejó de lanzar conjuros, combinando orbes de agua disparados a gran velocidad y más dragones. Ese tipo de magia tan vistosa era propia de familias de magos poderosas, cuyo interés por las apariencias superaban la utilidad. Sin embargo, el hombre disponía de una reserva descomunal de magia y no parecía importarle malgastarla.

—¡Será desgraciado! —gruñó Gero mientras notaba que su magia no aguantaría una lucha prolongada contra alguien así.

Desviaba los orbes con pequeños escudos de hielo reforzado y corría asistido con su magia de aire para esquivar los dragones. No podía quedarse peleando, tenía que alcanzar a Fled. Alzó la mirada para ver dónde se encontraba, seguía en lo alto del árbol y no sería capaz de escucharle. Por suerte, el sello que le había colocado le impedía atacarle, de lo contrario, no se podría haber acercado considerando los ataques del mago de agua y el de las ramas. Estas últimas lo ignoraban por completo.

—¡Atácale! —gritó el mago a Fled, pero su voz no le llegaría por mucho que lo intentara. Las explosiones, los gritos y la lucha hacían que fuera imposible. Además, aunque lo lograra, Fled simplemente lo ignoraría.

El mago de agua se distrajo mirando hacia arriba, buscando alguno de los ataques del árbol, y Gero aprovechó para crear un clon idéntico a él. Después, lanzó un par de sellos sobre sí mismo para ocultar su presencia. Reflejaría frente a él aquello que había detrás. Era una estrategia burda y fácil de detectar al realizar cualquier movimiento, pero el humo haría que funcionase.

El mago cayó en la trampa y comenzó a atacar al clon. Este era mucho más rápido que el propio Gero y esquivaba los ataques con facilidad. Además, lanzaba algún conjuro ocasional que le hacía parecer real. La extraña habilidad de Gero de hacer que sus clones pudieran lanzar conjuros propios tenía su utilidad en el engaño, aunque consumía demasiada magia y agotaba mucho su mente como para usarlo de forma habitual.

Se apresuró a llegar a la base del árbol pasando junto al hombre y se impulsó hacia arriba con todas sus fuerzas. Saltaba de una rama a otra del árbol con facilidad gracias a la combinación de sus poderes y pronto llegó a la cima. Allí se encontraba Fled, que se giró a mirarle en cuanto notó su presencia.

Tenía el rostro cubierto de lágrimas y estaba pálido, probablemente extenuado tras el gigantesco conjuro que había formado para crear aquel árbol. Su aspecto resultaba lamentable y Gero estaba

seguro de que habría sentido pena si hubiera sido cualquier otro, pero conocía muy bien a ese cretino como para saber que se merecía cualquier cosa que le pasase.

Había tenido que aguantar durante semanas los insultos de ese crío hacia los demonios. Había tenido que fingir que le hacía gracia y que lo consideraba su amigo después del combate que habían tenido. El joven se había encaprichado con Gero y este aprovechó un momento en el que bajó la guardia para colocarle el sello. Fue el primero que colocó en la academia y le utilizó para tender una trampa al resto de voluntarios para el ataque al campamento.

—Pídeme que pare —suplicó Fled, su voz estaba rota a causa de haber llorado durante tanto tiempo—. Haz que esto se acabe.

Ese pequeño acto de rebeldía le costó tal dolor que se retorció y cayó de rodillas. Aulló y se echó las manos a la cabeza. Gero respondió a su sufrimiento con indiferencia. ¿En qué le convertía eso? No lo sabía, aunque por primera vez reconoció que él no era el héroe en esta historia. Aun así, no dudó de sus acciones. Sería lo que había que ser para salvar a los demonios.

—Mata a todo aquel que esté atacando la torre —ordenó con el rostro carente de emoción.

Algunos de los que todavía estaban atacando eran esclavos suyos a los que Fled le había ayudado a colocar el sello, pero no le importaba que muriesen. Todo aquel que estaba atacando en esos momentos la torre era la mayor escoria de ese reino. Además, no se podía permitir que ninguno de ellos sobreviviese y lo capturasen. Ninguno debía salir con vida de ese combate.

—¡Me matarán! —gritó Fled, tratando de rebelarse—. ¡No! ¡No!

Se alzó a pesar de su intento por resistir y comenzó a controlar su magia de nuevo. Sudaba y apenas quedaba color en su rostro. Había sobrepasado su límite hacía tiempo y Gero sabía lo que eso significaba: su magia acabaría corrompida si continuaba, se volvería loco e incluso podría llegar a convertirse en un espectro. Sin embargo, Fled ya no importaba, había cumplido con su papel y no viviría tanto como para que le sucediese eso.

—Detenlos a toda costa —mandó—. Usa el sacrificio de magia si es necesario.

64. Drasco

Drasco corría de un lado al otro del muro tratando de mantener la línea de defensa lo mejor que podía. Había empezado con varios cientos de alumnos, pero muchos ya habían muerto. ¿Qué sentido tenía seguir? Miró hacia Enya, todavía no había logrado abrir la puerta.

—¡Replegaos frente a la entrada! —gritó, y su orden fue repetida por todos los que tenía a su alrededor.

Había fijado ese sistema a falta de uno mejor para que sus indicaciones llegaran al otro lado de la torre, puesto que la muralla se había construido formando un círculo alrededor de esta y con el ruido de la batalla le resultaba imposible hacerse escuchar.

Quedaban pocos alumnos atacando aparte de los protectores. Uno de estos estaba en la base del árbol; otro había roto la brecha del muro y luchaba contra Sara y un grupo de veinte alumnos; otro lanzaba conjuros de fuego contra la muralla en el lado opuesto a la puerta creando un mar de llamas. Se percató entonces de que faltaba uno, el último que no se veía por ninguna parte. Parecía haber desaparecido y eso resultaba aterrador. ¿Se había marchado hacia otro objetivo? ¿Seguía entre ellos pero oculto a la vista? Solo quedaba retroceder y rezar por que la puerta se abriese a tiempo.

De pronto, una luz verdosa iluminó el cielo. «¿El sacrificio de magia?». Las ramas del árbol de Fled comenzaron a crecer a un ritmo vertiginoso y, a diferencia de antes, comenzaron a atacar a los protectores. Drasco pudo comprobar que aquel más cercano al árbol, el que luchaba contra Gero, fue el primero en recibir un latigazo que le cogió por sorpresa y le arrancó un brazo.

Acto seguido, Gero desapareció. Conocía sus trucos y ese debía de ser uno de sus clones. «¿Dónde está?». Alzó la vista hacia el árbol, pero solo vio a Fled encolerizado. No sabía cuánto duraría, pero les estaba dando una gran oportunidad. Los atacantes no dudaron y retrocedieron para agruparse frente al árbol y detenerlo. Esto le dio a los pocos supervivientes de la defensa la oportunidad de llegar a la puerta.

Los contó, apenas llegaban a cincuenta. Pensaba que habría más, pero eran pocos y estaban agotados. Sara llegó junto a él, respiraba con dificultad y tenía una herida seria en el codo derecho. Sangraba considerablemente y no parecía poder hacer fuerza. Se había deshecho de su espada y solo llevaba un escudo de fersca en su brazo sano que debía de haber recogido por el suelo. Con la cantidad de muertos que había, era una buena oportunidad para hacerse con armas mejores.

«Maldita sea —bufó mientras miraba a su alrededor sin encontrar nada que le pudiera valer—. ¿Cómo no he pensado en eso antes?».

—¿Dónde está Gero? —preguntó ella preocupada mientras un mago de luz le inspeccionaba el brazo herido.

Al fondo, una espectacular batalla entre Fled y los tres protectores se desató e hizo temblar toda la academia. El joven noble se había fundido dentro de su árbol y para derrotarle debían destruir su creación o entretenerlo lo suficiente hasta que agotase su magia.

Gero entonces saltó por uno de los huecos del muro y comenzó a correr hacia la puerta.

—¡Matad a Enya! —gritó con los ojos desorbitados, aunque nadie reaccionó a la petición por lo descabellada que parecía.

En ese instante, la puerta comenzó a iluminarse, crujir y poco a poco a abrirse. Desde detrás, se escuchó un aullido y el gigantesco árbol empezó a quebrarse por la mitad. Fue solo un instante, nadie se dio cuenta de cómo había sucedido. El árbol estaba lleno de agujeros y quemado por todas partes, pero aun así, ese corte fue demasiado limpio.

En el aire, una mujer menuda estaba flotando, era la última protectora y la que parecía haber desaparecido. Llevaba una melena plateada recogida con una coleta y tenía el aspecto de una mujer de mediana edad.

Una vez cortado, el árbol empezó a desintegrarse. Las ramas se desprendieron del tronco y cayeron contra los edificios. Estos aguantaban parcialmente el golpe, pues estaban reforzados con magia, pero no sin recibir daños graves. El proceso duró apenas un instante, culminando con la caída del tronco hacia atrás y destrozando todo a su paso. Fled había muerto.

—¡Está abierta! —gritó entonces Enya, su voz resonó en toda la plaza y los protectores se giraron hacia ella.

No tardaron en abalanzarse los cuatro hacia la entrada.

—¡Rendíos todos! —gritó Drasco al entender la situación y se puso de rodillas.

Apretó los dientes de ira, odiaba tener que someterse, pero no había otra opción o morirían todos. No eran rivales para esa amenaza. El resto de los alumnos hicieron lo mismo, algunos maldiciendo por no haberlo hecho antes. Lo que no parecían comprender era que rendirse no significaba sobrevivir. Fled había luchado para matar a todos los presentes sin importarles si se rendían o no. ¿Qué objetivo tenían los protectores? No lo sabía, pero habían traicionado a la academia y eso no era una buena señal.

La mujer que había matado a Fled pasó junto a Drasco y se le quedó mirando con curiosidad. Drasco sintió que su sangre hervía. Quería luchar, aunque sabía que no podría hacerlo.

—Todos aquellos que habéis luchado —dijo entonces Enya, sorprendiendo a los presentes— no sufriréis daño, pues habéis demostrado valentía y lealtad. Sin embargo, no habrá piedad para aquellos que se inmiscuyan en nuestros asuntos a partir de ahora. La dirección de la academia queda a mis órdenes y todos y cada uno de vosotros conservaréis vuestra plaza. —Los protectores la rodearon, no hablaban y se limitaron a mirar a los alumnos, inmóviles, como si fueran estatuas—. Ahora iros a vuestras respectivas residencias y esperad instrucciones.

«Ha fingido estar del lado de la defensa para tener tiempo para abrir la puerta», comprendió Drasco y un escalofrío recorrió su cuerpo.

Enya no necesitó repetir esas palabras, todos los alumnos comenzaron a correr en todas las direcciones. La mayoría seguramente huiría de la academia, pues la gran barrera permitía escapar en cualquier momento, pero eso no pareció importarle a Enya, cuyos ojos estaban clavados en Gero. Drasco y Sara trataron de seguir al resto, pero no tuvieron ocasión.

—¡Vosotros tres, quedaos donde estáis! —ordenó Enya desde lejos.

Obedecieron quedándose completamente inmóviles, temiendo lo que se avecinaba. No podrían huir, al menos, no Sara, estando tan herida, o Gero, que parecía completamente agotado. Él tal vez tuviese alguna oportunidad gracias al disco, pero aun así, el gigantesco guerrero de sangre le hizo dudarlo.

—¿Qué coño está pasando? —susurró Sara a Gero—. ¿Se le ha ido la cabeza a tu maestra?

Gero los miró agotado y casi incapaz de abrir los ojos. Sara lo agarró para que no cayese. Parecía haber predicho las acciones de Enya al intentar pararla, pero daba la sensación de que lo había

descubierto poco antes que los demás.

—Los tiene controlados —susurró Gero—. Controla a los protectores, creo haber visto uno de sus sellos en uno de ellos.

—¿Cómo es eso posible? —susurró Sara.

Enya se acercó ojerosa tras el esfuerzo de romper la seguridad de la puerta.

—¿Has colocado sellos en los protectores? —preguntó Gero, confuso. Algunos alumnos escucharon la pregunta mientras se alejaban, pero nadie se atrevió a quedarse a escuchar la respuesta.

—Tenía que hacer lo que fuese necesario para abrir la puerta —respondió ella y añadió con una mirada pícara—. Es curioso que alumno y profesora tuviesen la misma idea.

—¿Lo sabías? —se sorprendió Drasco—. ¿Por qué has permitido todo esto si tenías bajo control a los protectores? Podrían haber muerto muchos menos alumnos.

—Francamente, esperaba que el director se guardase alguna carta más bajo la manga. Por eso, fingí estar en el bando de la defensa —narró—. ¿Quién me iba a decir que iba a ser tan fácil? Usar a ese Fled fue una maniobra maestra. ¿Cómo supiste que era tan poderoso?

Enya rio, parecía otra persona. Drasco la había conocido poco, pero siempre había pensado que le importaba el bienestar de la academia. ¿Qué había cambiado? Gero ya le había advertido que su maestra estaba obsesionada con poder estudiar los secretos de la torre, pero esto era una locura.

—¿Por qué? —preguntó entonces Drasco—. Si tu plan era hacer caer la academia y sabías lo que había hecho Gero, ¿por qué nos mantuviste al margen?

—Crees estar dispuesto a pagar el precio que es necesario para lograr el éxito, pero en el fondo te gusta la vida que tienes aquí y no querías verla destruida —dijo Enya—. ¿Has protegido la academia con todas tus fuerzas y aun así te preguntas por qué te mantuve al margen?

—¿Por qué seguimos aquí? —preguntó entonces Sara.

—¡Oh, Sara! —exclamó Enya—. Es curioso que a pesar de haberte borrado los recuerdos tomases la decisión de volver aquí.

Sara abrió los ojos sorprendida.

—¿Sabes…?

Enya rompió a reír.

—No te ha contado nada, ¿verdad? —se burló—. Supong…

—¡Enya, no sig…! —interrumpió Gero, y ante su desafío, el guerrero de sangre que la acompañaba lo agarró del cuello en un parpadeo y lo levantó.

Gero se revolvía intentando coger aire. Le apretaba el cuello y no era capaz de articular palabra. Drasco dio un paso adelante para tratar de liberarlo, pero la maga que había cortado a Fled le aplastó contra el suelo con su magia de aire. Sintió cómo el aire salía de sus pulmones y se mareaba, pero justo cuando iba a quedarse inconsciente, dejó de ejercer presión sobre él y pudo respirar.

Gero no tuvo tanta suerte. Incapaz de liberarse, comenzó a patalear desesperado con más fuerza. Clavaba los ojos en Enya, como si tratara de decirle algo, pero esta ni siquiera le miraba.

—Ayúdale —susurró dolorido Drasco a Sara.

Sin embargo, esta parecía haber perdido por completo el contacto con la realidad y miraba a Enya aturdida.

—¿De qué está hablando? —preguntó Sara.

—Él sabe quién eres en realidad —aseguró Enya mientras se acercaba a Sara—. Lo sabe desde hace mucho tiempo, pero se lo ha callado para protegerte. —Apoyó su mano en el rostro de Sara—.

Aunque ahora tengo curiosidad por saber qué pasaría si recuperases tus recuerdos después de tanto tiempo.

Enya lanzó un conjuro y unas cadenas surgieron del suelo y ataron a Sara. Después lanzó un sello que las hizo brillar, debía de ser para endurecerlas. Nunca la había visto usar magia, pero parecía bastante fuerte y la mezclaba con sellos con toda naturalidad.

Gero, aprovechando una distracción de su captor, logró liberarse dándole una patada en la entrepierna. Cayó al suelo, tosió y gritó lo más rápido que pudo:

—¡No la toques! ¡Aléjate de ella!

Sin embargo, ya era demasiado tarde y la magia de Enya ya había hecho su efecto. Enya la soltó con una sonrisa en el rostro y retrocedió un par de pasos satisfecha por lo que había hecho.

Gero trató de alcanzar a Sara, pero el guerrero de sangre le dio un puñetazo que lo hizo caer de nuevo. El golpe fue tan aparatoso que cualquiera habría quedado inconsciente. Sin embargo, Gero tosió sangre y volvió a levantarse. Al instante tenía la herida curada.

—Realmente es fascinante el resultado de tu experimento —dijo Enya.

Sara soltó un rugido y se llevó las manos a la cabeza mientras los sellos que habían grabados en su cuerpo continuaban iluminándose con intensidad.

—¿Qué le has hecho? —preguntó Drasco a la maestra y luego se dirigió a Gero—. ¿Qué le ha hecho?

—Le ha devuelto sus recuerdos —contestó este aturdido—. La ha condenado.

Duró unos segundos, pero de pronto Sara dejó de gritar y se quedó en silencio mirando a Enya desafiante.

—Sara —llamó Gero—. ¿Estás bien?

—Por eso nadie me reconocía —susurraba—. Los maté a todos… Maté a mi familia…

Gero agarró a Sara por los hombros y la zarandeó. Ella tenía la mirada desenfocada y no reaccionaba.

—¿Puedes oírme, Sara?

—Prendedla —dijo Enya—. Será interesante ver cómo evoluciona.

—¡No la toques! —gritó Gero, logrando recibir otro puñetazo del guerrero de sangre que esta vez lo dejó inconsciente.

—Ahora tendrás que cargar con él —advirtió Enya, que no parecía apenada al ver el lamentable estado de su alumno—. Vamos hacia dentro, nos queda mucho por hacer.

Dos de los magos agarraron a Sara, mientras que el guerrero de sangre cargaba con Gero. Sara no reaccionaba; se dejaba arrastrar con la mirada perdida y todavía encadenada de pies y manos. Drasco los siguió y detrás del todo caminaba la maga que había eliminado a Fled, con las manos en la espalda y sin mostrar ninguna intención de querer ayudar al resto.

65. GERO

Gero, aturdido, levantó la cabeza. Se encontraba sobre los hombros de un guerrero enorme. Miró a su alrededor para contemplar el interior de la torre. El acceso estaba prohibido excepto para los que quisiesen desafiar a la torre, los maestros, aquellos que pagasen para poder entrenar en su interior y algún alumno que tuviese un permiso especial del director. El grupo de Gero todavía no había tratado de afrontar el desafío y carecía del poder adquisitivo como para entrenar allí, por lo que era la primera vez que entraban.

Las paredes daban todas al exterior y estaban repletas de vidrieras de colores que iluminaban los suelos de mármol de una infinidad de colores. En cuanto al interior, el espacio era diáfano, con solo una gigantesca escalera de caracol con peldaños que sobresalían de una columna central y trazaban círculos alrededor de la misma. A su vez, dicha escalera conectaba mediante puentes a las diferentes salas que parecían flotar en el aire.

Gero sabía que eran salas de entrenamiento similares a la que él disponía, espacios creados de forma artificial con características adaptadas a distintos entrenamientos, ya fueran mares de llamas, tornados, desiertos o cualquier otro espacio que uno pudiese imaginar. No obstante, también sabía que la academia cobraba precios desorbitados por utilizarlas y que solo la más alta nobleza se dedicaba a entrenar allí y solo de forma esporádica.

En los pisos superiores se encontraba el despacho del director, el acceso al desafío y en el ático había una sala a la que solo tenía acceso el director y de la que no se conocía absolutamente nada a pesar de que el edificio había existido durante milenios. Se decía que ni siquiera el rey de Veniden tenía la autoridad para acceder, aunque Gero lo ponía en duda.

«¿No hay nadie?», se preguntó.

Sara estaba siendo arrastrada por dos magos. Parecía consciente, ya que reaccionaba levemente a su alrededor. Enya encabezaba el grupo y Drasco estaba a la cola junto a la maga que había matado a Fled.

Había esperado un recibimiento al entrar por las puertas, pero no había nadie allí; ni siquiera el director.

—¿Qué estamos haciendo nosotros aquí? —gruñó Drasco—. ¿Qué queréis de nosotros?

El grupo se acercó a la base de la columna central para descubrir que había una puerta en el centro. Enya la abrió y en su interior había una sala diáfana cuyo techo llegaba hasta la cima de la torre. Era la plataforma para poder subir sin necesidad de utilizar las escaleras. Una vez entraron todos, su maestra acercó la mano a un lateral de la puerta, donde había una serie de pulsadores. Hizo un conjuro de tierra para crear un sello que colocó justo encima del mecanismo. Entonces, las puertas se cerraron y el suelo crujió y comenzó a ascender.

—Tendremos que culpar a alguien cuando matemos al director —señaló Enya y comenzó a exponer con teatralidad—. Dos demonios y un experimento fallido que ha vuelto loco a uno de ellos. Me lo has puesto muy fácil.

—¿Por eso me seleccionaste como alumno? —gruñó Gero, decepcionado y sumido en sus pensamientos.

Nadie pareció prestar atención a sus palabras.

—¿Y todos los que te han visto en la entrada? —dispuso Drasco—. ¿Qué te hace pensar que…?

—No pueden salir de la barrera de la academia —cortó Enya—. Mi padre modificó el diseño original para que, en caso de un ataque desde el interior, quedasen todos encerrados y no se pudiese robar la joya de la torre. La barrera permanecerá cerrada durante un mes y eso nos dará tiempo suficiente para colocar sellos de esclavo a todos los supervivientes.

—No podrás poner un sello en todos —contestó Drasco, que sabía de algunas familias que colocaban sellos de lealtad a aquellos que aceptaban como externos en sus familias—. ¿Qué harás con los que no puedas esclavizar? ¿Qué pasará cuando sus familias descubran lo que has hecho? No te saldrás con la tuya. El reino no te permitirá quedarte con la academia y con los hijos de la mitad de los nobles del reino. Esto es un suicidio.

—Si mueren todos aquellos que podrían delatarme y esclavizo al resto, ¿quién se enterará de lo que ha pasado aquí? —declaró—. Solo tengo que señalar a los culpables, cortarles el cuello y entregar al rey vuestras cabezas. Seguro que así me otorgará el puesto de directora y tendré acceso a todo el poder y conocimiento de la torre.

Gero sabía cuánto lo ansiaba y no era el único. Todos en la academia conocían al padre de Enya y su obsesión por la torre, la misma que había heredado su hija. Sin embargo, nadie se habría imaginado lo que esa mujer era capaz de hacer para lograr su objetivo.

—No os lo toméis como algo personal —señaló ella—. Llevo años esperando y preparándome para una oportunidad así.

—¿Cómo has conseguido que los protectores hagan lo que quieras? —preguntó entonces Drasco —. ¿Cómo pudiste ponerles el sello considerando el juramento que habían hecho? Aunque les pongas el sello, no pueden incumplir un juramento de sangre. Están obligados a proteger la academia.

Enya rio, así como los protectores.

—¡No existen los protectores! —exclamó—. ¡Es todo un cuento! La gente asumió que eran los protectores cuando detuvieron las revueltas tras la caída de Rodrick y ellos se limitaron a no desmentirlo. —El grupo de acompañantes de Enya sonrió—. La realidad es que, aunque ahora mismo los controle yo, ansían tanto el poder que oculta la academia como yo. Por eso, se proclamaron los protectores de Forthi. Creyeron que así el director les permitiría acceder y cuando descubrieron que no era así, acudieron a mí sabiendo que yo también lo deseaba.

—¿Los traicionaste y les colocaste el sello a pesar de saber que te buscaron para formar una alianza? —preguntó Gero.

—Mira quién fue a hablar —gruñó Enya.

En ese momento, la plataforma se paró y se abrieron las puertas.

—Vosotros primero —ordenó Enya—. No me gustaría disparar alguna trampa.

Al fin entendieron por qué seguían con vida. Drasco y Gero se miraron el uno al otro y después, a Sara. Esta no respondió a la orden, aunque a la maestra no pareció importarle al tenerlos a ellos para salir primero del ascensor.

Gero fue a dar el primer paso, pero Drasco le agarró del brazo y pasó delante. Salió del edificio y miró a su alrededor esperando ser atacado. Ambos contuvieron la respiración y después exhalaron aliviados un suspiro. Miraron a Enya, y esta les hizo un gesto para que continuaran caminando delante de ellos.

—No os paréis —mandó.

El grupo salió del ascensor con los dos jóvenes a la cabeza. Habían salido de una pequeña estructura con dos puertas, pero no había ni rastro de la torre ni de la academia, solo aquella pequeña caseta con dos puertas de donde habían salido. Asumió que la otra era el acceso desde la escalera.

El cielo era completamente azul a pesar de no verse el sol por ninguna parte. El suelo estaba cubierto por un manto de hierba y el terreno se ondulaba formando colinas en todas las direcciones. Ellos se encontraban en la cima de una de ellas, pero no era ni por asomo la más alta. Además, sobre cada una de ellas había una gigantesca roca. «¿Son menhires?». Al menos, lo parecían desde donde estaba, pero había demasiada distancia como para asegurarlo, y si lo fuesen, eran mucho más grandes que cualquiera que hubiera visto nunca.

Frente a ellos, cinco personas se acercaban en la lejanía. Gero reconoció al director en el centro. También había un hombre de pelo grisáceo y cuerpo musculoso, una anciana ataviada con tejidos coloridos y bastante extravagantes y un par de magos jóvenes: un hombre y una mujer. Gero reconoció al hombre, aunque no lo conocía personalmente: era el número uno en la clasificación de la academia.

—¿Maestro? —preguntó Drasco—. ¿Qué hace aquí?

El hombre de pelo grisáceo levantó la mano para hacerle callar. Gero lo reconoció también. Lo había visto en una ocasión cuando hicieron las pruebas de acceso a la academia y el hombre se acercó a hablar con Drasco, pero después de entrar en la academia, no habían vuelto a saber de él. No obstante, no era algo tan extraño, la mayoría de los maestros apenas trataban con sus aprendices.

—¿No se suponía que nadie podía acceder a este piso? —bufó Enya.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer ahora? —preguntó Genci con tranquilidad.

—¿Esta es tu última línea de defensa? —gritó Enya—. ¿Un par de profesores ermitaños y un par de alumnos? ¿Por qué no nos lo ahorramos y os rendís?

—He aguantado tus tonterías durante mucho tiempo porque necesito ese artefacto para detectar demonios —dijo Genci mientras se acercaba con las manos en los bolsillos—, pero nunca tuviste intención de crearlo, ¿verdad? —Se detuvo a una distancia prudencial, pero manteniendo la postura relajada—. ¿Te quedaste en la academia para preparar esto? ¿Tu padre sabe algo de lo que estás haciendo?

—¡Esto fue idea suya! —rugió Enya, estaba fuera de sí, furiosa y con la mirada desenfocada—. Debió ser nombrado director en vez de Rodrick. ¡Le había dedicado toda su vida a esta maldita academia! Estuvimos años esperando a que le retirasen del puesto y cuando al fin sucedió, ¡el rey te nombra director a ti! ¿Por qué? —protestó—. Solo eres un viejo militar retirado, obsesionado con las demostraciones de fuerza bruta. ¿De qué te ha servido? Mira en qué situación te encuentras. Hemos logrado hacer caer la academia con solo un puñado de alumnos.

—¿Caer? —se burló Genci—. Creo que no terminas de comprender la situación.

Alzó la mano y un manto de luz amarilla cubrió el cobertizo y lo hizo desaparecer. Solo quedó una zona sin hierba donde antes había estado la estructura. ¿Significaba eso que estaban encerrados allí?

Antes de que alguien volviese a abrir la boca, Zimir, el maestro de Drasco, fue el primero en moverse y atacó a la maga que había junto a su aprendiz. Le propinó una patada que la hizo salir volando. Esta había reaccionado levantando un muro de aire para alejarse mientras detenía a su adversario, pero Zimir lo atravesó con facilidad.

Entonces, la anciana que acompañaba a Genci levantó la mano y una serie de rayos salieron disparados de su palma. Alcanzó a los otros dos magos que retenían a Sara, uno de ellos fue golpeado en el brazo y el otro, en el pecho. El daño no fue letal, pero lo suficiente como para soltarla. Esta, al verse libre, pareció despertar de su estado ausente y comenzó a atacar encolerizada a los magos. No parecía ser ella misma, se comportaba como una bestia salvaje.

Tras la sorpresa inicial, comenzó un combate entre ambos bandos. Drasco se levantó y corrió hacia donde se encontraba Sara para protegerla. Gero se alegró, dudó de que él pudiese hacerlo, pero su amigo con el disco del guerrero activado sí que tenía una oportunidad.

A pesar del frenesí sangriento que envolvía a Sara, seguía sin estar a la altura de los dos magos a los que se enfrentaba y estos no dejaban de causarle heridas una tras otra. No obstante, a ella no parecía importarle y seguía atacando. En un momento dado, el mago de fuego creó un orbe que por el calor que desprendía debía de tener un gran poder destructivo. Ella, en vez de tratar de esquivarlo, corría hacia el mago sin prestar atención a la amenaza.

—¡Cuidado! —aulló Gero con todas sus fuerzas, no llegaría a tiempo para ayudarla.

El mago disparó contra ella y justo antes de que la golpease, Drasco logró llegar de milagro para apartarla. Ambos cayeron al suelo, pero el príncipe se levantó tan rápido como había caído y se encaró a los magos desenfundando su cuchillo para cubrir la retirada de Sara.

—¡Sácala de aquí! —gritó, aunque no hizo falta.

Gero ya estaba corriendo hacia ella y cuando estaba a solo unos pasos, esta no pareció reconocerle y comenzó a atacarle. No iba armada, pero un puñetazo de ella ya sería peligroso. Además, su magia estaba casi agotada, por lo que depender de sus habilidades como guerrero de sangre contra alguien como ella sería completamente absurdo. Debía pensar rápido.

—¡Sara! —gritó mientras esquivaba golpe tras golpe retrocediendo—. ¡Soy Gero!

No sirvió de nada. Estaba herida, pero parecía no notarlo al atacar y perdía sangre en cada movimiento. Gero empezó a sentir pánico; si seguía así, acabaría desangrándose.

—¡Para! —repetía una y otra vez él—. ¡Deja de atacarme!

Al fondo, los cuatro acompañantes de Enya se habían enzarzado en un combate con los cuatro de Genci y Drasco. Los dos magos jóvenes del lado de Genci eran un mago de tierra que creaba decenas de espadas que volaban a su alrededor y una maga de luz cuyas habilidades de sanación hacían que su bando fuese adquiriendo poco a poco una ventaja sobre sus adversarios.

—No me dejas otra opción —susurró Gero, y en uno de los ataques de Sara, formó un sello y lo colocó sobre el lateral de su cabeza. Si ella hubiera estado en plenas condiciones, ni siquiera se habría podido acercar, pero estaba desorientada y sus movimientos eran torpes. Su mente todavía no se había estabilizado después de la conmoción provocada por la mezcla de recuerdos, aunque lo más probable era que jamás lo hiciese por lo que él sabía.

El sello se iluminó y Sara cayó inconsciente con los ojos en blanco. La agarró antes de que llegara al suelo y tiró de ella hacia atrás para alejarse de la zona de combate. Después, creó un intrincado sello en el suelo y, al activarlo, una cúpula la envolvió. A Gero le temblaron las piernas y tuvo que apoyarse sobre la cúpula un instante. Estaba agotado. Rezó que fuera suficiente para protegerla considerando el poder destructivo que estaban mostrando los presentes.

Se giró a ver cómo estaba la situación y lo que vio no le gustó lo más mínimo. Enya no había participado al inicio del combate, retirándose detrás de sus compañeros y ahora se daba cuenta de por qué. Había estado formando un sello y Gero tuvo el tiempo justo para ver cómo lo lanzaba.

Una multitud de cadenas comenzaron a brotar del suelo tratando de capturar al grupo de Genci. Estos eran hábiles y las esquivaban y destruían antes de que los alcanzara, pero modificó el ritmo del combate hasta el momento. Drasco luchaba junto a su maestro contra el guerrero de sangre y tenían cierta ventaja, pero el resto estaba perdiendo. La anciana luchaba contra la maga de aire del grupo de Enya, y los dos estudiantes, contra los dos magos.

Solo habían pasado unos pocos segundos, pero aquel lugar se convirtió rápidamente en un infierno. Gero miraba en todas las direcciones sin saber muy bien qué hacer. ¿Involucrarse en esa locura? Imposible, considerando que casi había agotado su magia. Además, tampoco quería alejarse de Sara.

Sin embargo, no le dejaron elegir. Las cadenas se habían extendido por el terreno y finalmente llegaron a donde él estaba. Antes de quedar atrapado, saltó esquivando unos grilletes que chasquearon a escasos centímetros de sus brazos. Dio una voltereta en el aire y al caer, creó una serie de copias de sí mismo, tan parecidas a su propio aspecto que resultaba imposible para cualquiera distinguirlas. Odió tener que recurrir a sus ilusiones, pero la situación se había vuelto demasiado peligrosa.

Estas comenzaron a correr en distintas direcciones y pronto se percató de que también eran perseguidas por las cadenas. Era un alivio saber que no podían distinguir al real de las copias.

—¡Sara! —gritó de pronto Drasco a lo lejos y vio cómo señalaba un instante la cúpula antes de seguir con su combate.

Gero se giró y comprobó que las cadenas golpeaban la barrera con la que la había protegido. Esta comenzó a agrietarse; no tardaría en romperse. Pensó en acercarse a defenderla, pero sabía que eso solo retrasaría lo inevitable. Debía detener las cadenas desde el origen, por lo que no dudó y corrió hacia Enya.

Su maestra se encontraba en un violento combate contra el director que, a pesar de su delicado aspecto, resultó ser un mago dual de fuego y tierra. Capaz de unir ambos elementos, podía crear lava que disparaba arrasando todo a su paso.

Enya utilizaba sus cadenas para desplazarse a gran velocidad. Cuando la lava derretía aquella sobre la que se sostenía, otra cadena ya la había alcanzado y salía disparada en otra dirección. Gero tuvo la sensación de que cada vez había más cadenas y sintió que su maestra, al combatir combinando su magia y sellos, desprendía una extraña belleza mientras lograba mantener en jaque al director, que sin duda ostentaba uno de los poderes más destructivos que había visto nunca.

Sin embargo, eso no lo acobardó y siguió avanzando, esquivando la multitud de conjuros y ataques que volaban en todas las direcciones. Drasco seguía luchando, aunque no era capaz de mantener el ritmo de su maestro. Miró a Gero y gritó algo. Aunque esta vez no fue capaz de oírlo, se pudo imaginar que le estaba advirtiendo que no se acercara.

El adversario de Drasco apenas le dejaba espacio para respirar. Zimir había tenido que acudir a asistir a uno de los alumnos y él no era capaz de aguantar solo. Esquivaba con gran velocidad gracias al disco y sus golpes eran pesados y certeros, pero el guerrero de sangre al que se enfrentaba era un auténtico monstruo. Parecía no estar esforzándose lo más mínimo y, finalmente, un puñetazo de aquel hombre le acertó en el rostro haciéndolo volar por los aires.

—¡Drasco! —gritó Gero, asustado. La situación se había vuelto demasiado caótica y no sabía qué hacer.

Se detuvo un instante y miró la cúpula de Sara. Esa distracción hizo que una de las cadenas de Enya le golpease. Notó que los huesos del antebrazo se le partían y su brazo se giraba en un ángulo imposible. Cayó de rodillas y al llevarse la otra mano al golpe, comprobó escandalizado que el hueso sobresalía de la carne. Su ropa quedó rápidamente empapada con su propia sangre. Maldijo su suerte, pero al menos tenía sus nuevas habilidades de regeneración, así que, con un aullido de dolor, llevó el hueso a su sitio a la fuerza y se aseguró de que la herida comenzase a sanar antes de continuar. Tal vez no fuera el más fuerte, pero se sentía con confianza para decir que era difícil de matar.

—¡Enya! —gritó. Estaba suficientemente cerca como para que le escuchara amplificando su voz con sellos—. ¡Para esto y enfréntate a mí!

Su maestra utilizó sus cadenas para girar su cuerpo, sorprendida ante el grito; el director aprovechó el despiste y logró que una roca envuelta en llamas pulverizase la pierna derecha de la maga. Esto hizo que perdiese el equilibrio y comenzase a caer. Gero aprovechó la situación y la embistió con su propio cuerpo mientras creaba un puñal de hielo y lo reforzaba con sellos haciendo que brillase con una luz amarillenta. Era lo máximo que pudo hacer con la magia que le quedaba.

Ambos cayeron rodando por el lateral de una colina. Gero la agarraba con fuerza para que esta no pudiese separarse. Enya se revolvió, pero no era rival a esa distancia contra un guerrero de sangre y antes de que pudiese realizar algún conjuro, le clavó el puñal en el corazón.

Esta se resistió unos instantes, pero su muerte fue casi inmediata y con Enya fuera de combate, el equilibrio entre ambos bandos se rompió. Genci comenzó a crear el caos por todo el campo de batalla. Su poder era abrumador y Gero comprendió por qué le habían seleccionado como director de la academia. Dudaba que hubiera muchos magos más fuertes que él.

Gero aprovechó la situación para llegar hasta Drasco. Estaba agotado y su mirada se emborronaba, pero necesitaba saber si su amigo estaba bien. No se lo perdonaría si le hubiesen matado por su culpa.

Para su sorpresa, al alcanzarlo lo encontró tratando de ponerse de nuevo en pie. Había fortalecido su rostro justo a tiempo para recibir el impacto. Aun así, se le veía aturdido, incapaz de mantener el equilibrio y tosía sangre. Miró en su dirección y vio que tenía la cara hinchada y le faltaba un trozo de una oreja. Se alegró al ver que no era nada que no pudiese solucionar un buen mago de luz.

Entonces escuchó un trueno y posteriormente un grito de dolor. Un rayo había caído sobre la maga de aire del grupo de Enya y esta no había sido capaz de esquivarlo. La mujer, que había estado luchando en el aire, se desplomó hasta chocar contra el suelo.

Zimir aprovechó la confusión y estrelló su puño contra el rostro de uno de los magos con todas sus fuerzas, destrozándole el cráneo y acabando con su vida. Después se agachó justo a tiempo para esquivar una llamarada proveniente del otro mago y rodó por el suelo. Agarró un par de dagas de su cinturón y, aunque el mago trató de levantar un muro de llamas a su alrededor, no sirvieron para detenerlas cuando este las lanzó incrustándolas en su pecho.

Solo quedaba el inmenso guerrero de sangre que, al ver la situación, se abalanzó sobre Gero y Drasco para usarlos como rehenes. Drasco había recuperado los sentidos y fortaleció su cuerpo para recibir el impacto. Sus nuevos aliados no serían capaces de llegar a tiempo para detener a aquel monstruo.

Gero no perdió tampoco el tiempo y conectó una serie de sellos que lanzó contra su compañero. Estos se iluminaron con una luz deslumbrante nada más tocar su cuerpo. El guerrero de sangre

dudó al verlo y aquello le dio el tiempo justo a la anciana para disparar un rayo contra él. El guerrero lo resistió, pero aquello le hizo retroceder y caer hacia atrás.

El mago de tierra del bando de Genci aprovechó la oportunidad para disparar una ráfaga de dagas que creaba a partir de su magia. Estas rebotaban sobre la piel reforzada del guerrero de sangre, pero no le permitían levantarse. Gero aprovechó para agarrar el cuchillo de fersca de Drasco, que había caído al suelo cerca de su amigo, colocarle un sello para hacerlo más afilado y lanzárselo a Drasco, que todavía miraba confuso su brillante cuerpo.

—¡Acábalo! —gritó Gero, confiando en que el arma aguantase el sello y no se rompiese al impactar contra el guerrero.

Drasco agarró el cuchillo por el mango, se giró hacia su adversario y se impulsó utilizando el poder del disco para exprimir hasta la última gota de poder que le quedaba en ese ataque. Se escuchó el silbido del filo en un parpadeo en el que el príncipe desapareció de la vista por un instante para aparecer sobre el guerrero de sangre. El gemido de su adversario al recibir el cuchillo en el pecho y Drasco desplomándose agotado marcaron el final de aquel combate caótico.

66. JADEA

Jadea había vuelto a la capital de Dierin y tras una semana entera reuniéndose con las familias más influyentes del nuevo reino, tuvo que asumir que su plan había sufrido un duro golpe en Novanta. El salón de reuniones del palacio estaba lleno de sillas vacías y la enorme mesa, cubierta de papeles. Esa misma mañana había tenido una reunión con los generales y había acabado expulsándolos sin ni siquiera permitirles recoger.

No era una sala excesivamente grande, pero podía acomodar alrededor de la mesa a una veintena de personas. Tenía todo un lateral acristalado y en la otra pared, un enorme tapiz con un mapa del reino. Las puntadas eran diminutas, haciendo que el nivel de detalle de este fuese asombroso.

—¡Tendríamos que haberlo considerado! —gritó a Erack, el único que la acompañaba—. ¡Con la pérdida de Novanta se nos va todo el plan a la mierda! ¿Cómo vamos a defender el reino?

—Tu proclamación ha sido bien recibida por los demonios —apaciguó Erack—. Tenemos más aliados de lo que…

—¡¿Y tú te lo crees?! —interrumpió Jadea—. No seas ingenuo, les he dado libertad y la han tomado considerando la alternativa. Sin embargo, ¿crees que los rebeldes dejarán su causa? Esto solo ha debilitado su posición con respecto a la población común, pero si la guerra estalla contra el resto de los reinos y no consigo defender Dierin, no tardarán en recuperar el apoyo del pueblo. Solo están buscando su oportunidad.

Volcó de una patada una de las sillas y comenzó a dar vueltas por la sala. La actitud despreocupada que solía mostrar a los demás había desaparecido y su rostro estaba cargado de ira. Nunca enseñaba esa faceta en público, lo veía como un gesto de debilidad, pero sabía que Erack no se iría de la lengua.

—¿Y qué deberíamos hacer ahora? —preguntó él, asustado. Se frotaba nervioso las manos y procuraba no acercarse demasiado a ella.

Jadea chasqueó frustrada la lengua; era una buena pregunta.

—No tengo ni idea —admitió—. El plan se basaba en forzar un pacto con Feliseo; era el mejor momento. Las pérdidas de un combate en Novanta considerando la situación en Nárandul iban a ser inadmisibles. Eso nos habría dado suficiente tiempo para estabilizar nuestra autoridad en el territorio. ¿Has visto hoy la cara de esos imbéciles? —Se refería a los nobles con los que se había reunido—. Nos han dado el apoyo porque ninguno se atreve a ser el primero en traicionarme, pero ahora mismo estarán buscando la forma en que si yo caigo, no caer conmigo.

—Entonces ¿no sería mejor asegurarnos de que no tengan esa opción? —sugirió Erack.

Jadea lo miró sorprendida, el hombre no solía tener esa clase de iniciativas.

—¿Y cómo hacemos eso? —preguntó interesada.

—Las tropas de Feliseo no tardarán en volver al sur considerando la caída de Ketha. El núcleo de su ejército está disperso y, aunque defender Novanta no les resultará imposible, tal vez ahora, con el apoyo de los demonios, podamos recuperarla.

Era algo que ya había pensado, pero odiaba tener que depender de los usurpadores de su reino para defenderlo.

—Ya oíste a nuestros espías. Quiere utilizar a los alumnos de la academia Ryszin y parte del ejército apostado allí para defender Novanta.

—Novatos y algunos soldados de segunda —contestó Erack—. No creo que supongan tanto problema.

—Estamos en esta situación por subestimar a nuestros enemigos —criticó Jadea—. Procuremos no repetir los mismos errores. Serán novatos, pero ambos sabemos que son fuertes.

Su consejero se quedó un momento pensativo ante la respuesta de su reina. Ella, poco acostumbrada a que su hombre de confianza tomara la iniciativa, decidió esperar a ver qué decía. Sabía que era un hombre inteligente y un mago de gran habilidad y, aunque su aspecto le resultaba repulsivo y su presencia aburrida, seguía siendo la única persona en la que confiaba plenamente.

—¿Y replegar las tropas hacia la capital? —sugirió—. Si tratamos de defender todo el territorio sería imposible, pero tal vez podamos defender la zona este del territorio, derribando los puentes y utilizando el río como frontera.

Jadea sopesó la idea. No era mala, pero no le convencía. Aquello era solo una pequeña parte del territorio que era suyo por derecho y no estaba dispuesta a perderlo. Ni tan siquiera había tenido todavía la ocasión de mostrar la grandeza de su reinado, de su valor como dirigente y de la gloria que traería a sus gentes.

—No es una mala idea, pero creo que todavía es demasiado pronto para rendirse —rechazó—. Creo que la mejor opción es aprovechar que tenemos el apoyo de los demonios y recuperar Novanta para defender el territorio desde allí. Las tropas de refuerzo de la academia solo son novatos y caerán con facilidad si atacamos con dureza.

Erack la miró frustrado al escucharla exponer el plan que él había propuesto como si fuese suyo. Incluso había utilizado casi las mismas palabras que él mismo, pero aun así, el hombre no se atrevió a mencionarlo; Jadea no tuvo reparos en ignorar su reacción y atribuirse el mérito de la idea.

—Creo que es una magnifica idea —concedió Erack—. Supongo que no nos queda otra que empezar los preparativos.

—Será mejor que empieces inmediatamente —indicó Jadea—, no queremos darles tiempo para organizar la defensa…

En ese momento, un extraño crujido proveniente del interior de su manga la interrumpió. Se arremangó deprisa para comprobar la joya incrustada en su brazalete y sintió una punzada de ira al comprobar que estaba rota.

—No puede ser —susurró palideciendo.

Asustado, Erack preguntó qué sucedía.

—Mi hijo —balbuceó ella ausente—. Alguien lo ha matado.

—¡Imposible! —se alarmó Erack—. Yo mismo me encargué de llevarlo a la academia Forthi y le proporcioné una identidad como descendiente de los Nijo. Nadie ha podido saber…

Se quedó mudo al ver la fulminante mirada de Jadea. Ella pudo ver en la mirada de su consejero el miedo a que lo culpase. Sin embargo, no podía hacerlo, sabía que lo había hecho todo correctamente. Incluso ella había mandado a un guardián con su hijo para protegerlo. Ni siquiera su hijo lo sabía, pues sabía lo caprichoso que era y que no lo aceptaría. ¿Qué habrá pasado? La academia Forthi siempre había sido uno de los lugares más seguros de Veniden.

—¿Qué ha visto al romperse la joya? —preguntó Erack asustado.

Jadea agarró la joya y cerró los ojos, pero ninguna imagen de cómo había muerto su hijo le llegó a la mente. Había varias causas que podían provocarlo: una muerte demasiado rápida o mientras estaba inconsciente, encontrarse en un espacio aislado por magia, un mal funcionamiento del artefacto…

Negó con la cabeza y tiró la joya sobre la mesa.

—Averigua qué ha pasado —trató de mantener la calma, pero la ira se acumulaba en su interior. Había estado a un paso de conseguir todo lo que deseaba. Ella era la legítima reina y ahora su reinado peligraba. También había tenido un heredero fuerte que ahora estaba muerto. Así no era como debía suceder—. No habrá rincón en el mundo donde pueda ocultarse de mí el culpable y si hace falta, irás allí personalmente a darle caza.

67. Teilan

Teilan despertó una vez más en la jaula. Su cuerpo estaba dolorido de dormir sobre la dura superficie de su prisión sobre ruedas. Miró al frente y vio la espalda de Lomag.

—Estoy bastante seguro de que estás en la misma postura que cuando me dormí —gruñó, aunque no obtuvo respuesta alguna y tampoco la esperaba—. ¿Quieres dormir un rato? Puedo hacerte el relevo.

Se recostó contra los barrotes y respiró hondo. No podía ver por los laterales a causa de la lona que cubría la parte de atrás del carruaje, pero no le importó. Tenía cosas más importantes en las que pensar.

Hacía días que Tei no había vuelto a dominar su cuerpo y empezaba a encontrarse un poco menos enfermo, pero no se atrevía a bajar la guardia. Estaba convencido de que podía arrebatarle el control en cualquier momento como lo hizo el día que mató a Fara y a Owen.

No obstante, había algo que todavía no entendía: ¿por qué no lo había hecho aún? ¿Su control no le permitía hacerlo de forma permanente? Había deducido que lo había instigado a utilizar su poder para, poco a poco, hacerse con el control de su cuerpo, pero eso no le cuadraba con lo que le había explicado Owen acerca de cómo funcionaban los espectros. Se suponía que una vez aceptabas a uno, este tomaba el control y ya no te podías deshacer de él. Sin embargo, ese no parecía ser su caso, ya que lo había aceptado una y otra vez tratando de dominar su poder.

Sí que era cierto que cada vez que lo hacía, el control de este y la abstinencia se volvían más fuertes, pero después era como si Tei volviese a ser bloqueado o enjaulado en su interior. Como si una barrera le impidiese salir. Una barrera que Teilan había estado como un idiota golpeando los últimos meses hasta debilitarla lo suficiente como para que Tei pudiese salir sin necesidad de su permiso.

En ese momento, recordó algo que le había dicho Owen. Era un recuerdo difuso y tal vez falso. Le explicó que los espectros manipulan los recuerdos de los poseídos para hacerles creer que las decisiones que tomaban eran propias. Pensó en ello un instante, pero la idea le pareció absurda y la olvidó casi tan rápido como le vino a la cabeza.

—Veo que estás hoy muy hablador, pero tengo que ponerme con mi entrenamiento —dijo a Lomag mientras se incorporaba, se desperezaba y después se sentaba con las piernas cruzadas. De nuevo, no recibió respuesta.

Así comenzó, como todos los días, a practicar su magia. No podía hacer mucho más allí encerrado, y por lo que le había dicho Lomag, el viaje sería largo. Por consiguiente, se había propuesto tratar de mejorar sus aptitudes mágicas que tanto había dejado de lado desde su partida de Novanta.

Su captor no hablaba mucho, era un hombre al que le gustaba el silencio. Tampoco parecía odiarle ni nada por el estilo. Su misión era capturarle y eso había hecho, había dejado bastante claro que no era nada personal.

Teilan cerró los ojos dispuesto a empezar a concentrarse en el flujo de magia en su interior.

—Pierdes el tiempo —interrumpió Lomag antes de que lograse crear el primer conjuro.

Teilan abrió los ojos y miró hacia su captor sorprendido. El hombre lagarto había parado el carro y se había girado hacia él.

—¿Qué quieres? —preguntó Teilan.

Lomag dudó un instante antes de contestar.

—Lo que haces es estúpido—dijo.

Aquel comentario le disgustó bastante, considerando que le había robado todas sus pertenencias. Esto incluía sus libros de magia, limitando su aprendizaje a tratar de perfeccionar los conjuros que ya conocía.

—¡No tengo mis libros para practicar! —protestó—. ¿Por qué no me devuelves mis cosas? Así no estaría dando palos de ciego.

—Haces fluir mal la magia por tu cuerpo —declaró.

—¿Qué sabrás tú de magia? —bufó Teilan.

Tras reducirle con tanta facilidad sin usar magia, había asumido que se trataba de un guerrero de sangre muy poderoso. Lomag le miró confuso sin entender a qué se refería. Al menos, eso fue lo que dilucidó Teilan en su rostro de reptil. Aunque tal vez significase cualquier otra cosa y lo estuviera malinterpretando.

—¿Crees que soy un guerrero de sangre? —preguntó y esta vez sí que pudo apreciar un tono divertido en su voz.

—¿No es así?

El hombre se limitó a negar con la cabeza y sus labios se estiraron hasta asemejarse a una sonrisa que, con su boca llena de dientes, parecía más una amenaza.

—Las bestias no podemos ser guerreros de sangre —replicó este tranquilo.

—¿Bestias? —se sorprendió Teilan, ya que, aunque su aspecto era muy parecido al de una bestia, era evidente que tenía rasgos humanos también—. ¿No eres un demonio?

—Soy demasiado viejo para poder ser un demonio —señaló—, pero eso ahora carece de importancia. Tienes un potencial muy elevado, pero parece que tienes algunos problemas para hacer circular la magia en tu interior.

Los últimos días, al no poder estudiar conjuros nuevos, había probado a hacer conjuros sencillos fijándose exactamente en lo que acababa de describir. La facilidad para hacer fluir la magia por su cuerpo era clave para el éxito de un conjuro tanto en potencia como en maleabilidad y eficiencia. En el proceso, había descubierto que algo no iba bien. Sus conjuros eran mucho más poderosos que los de la mayoría, pero tenía la sensación de que solo estaba rascando la superficie de su potencial. Lomag había dado en el clavo con solo verle entrenar.

«¿Quién es este tío?», pensó.

—¿El espectro…? —dudó Teilan.

—No tiene nada que ver con él —aseguró Lomag—. A él le interesa que aumentes tu poder.

Teilan no supo cómo tomarse ese comentario. Siempre había pensado que Tei quería evitar que mejorase su magia y ahora, de pronto, le decían que era justo lo contrario.

—Eso no tiene sentido —aseguró—. Él siempre se ha mostrado reacio a que aprendiese a utilizar mi poder de mago.

—¿Prefería que usases el suyo?

Teilan agachó avergonzado la cabeza.

Lomag buscó entonces dentro de una gran bolsa que tenía en el asiento contiguo al del cochero y sacó el libro que Grogo le había entregado: el libro de magia oscura de su verdadero padre. Había visto otros libros desde entonces en los últimos meses, pero ninguno era tan completo como este ni, mucho menos, disponía de conjuros tan poderosos. Además, contenía algunos capítulos centrados en el fuego negro, lo cual era impensable encontrar en cualquier otro libro, pues era una magia exclusiva de los dragones negros. Era una reliquia inigualable para Teilan.

—¿Me lo vas a devolver? —dudó el joven.

—¿Esta basura? —se burló Lomag mientras se lo lanzaba.

Teilan atrapó el libro como pudo, sorprendido de que se lo entregase con tanta facilidad.

—¿Me lo das? —balbuceó incrédulo—. ¿No se supone que esto es lo que él quiere?

Por alguna razón, le costó pronunciar esas palabras, aunque no le dio mayor importancia y miró a Lomag buscando una explicación. Le interesaba saber por qué el hombre no consideraba peligroso darle el libro. ¿Tan confiado estaba en su propio poder para detenerle?

—No marcará una diferencia lo suficientemente grande en tu poder como para que pueda suponer un problema en este viaje.

Su confianza le resultó incluso insultante. ¿Cómo de fuerte sería en realidad? Era un joven poderoso. Estaba seguro de ello tras la lucha en Rinea. No obstante, Lomag no parecía ni por asomo preocupado.

—¿No te parece que puede ser peligroso? —insistió Teilan, esta vez con el orgullo dolido.

—Lo he leído y no tiene nada particularmente interesante. — Se encogió de hombros—. Pero si crees que a ti te puede ser de utilidad…

Teilan decidió no insistir por miedo a que le acabase quitando el libro. Lo comprobó y suspiró aliviado al darse cuenta de que estaba en perfecto estado. Lomag se le quedó mirando con curiosidad y después se giró para volver a emprender el camino.

—Lomag —llamó Teilan—, ¿qué me espera cuando lleguemos a donde sea que me estás llevando?

Este se le quedó mirando en silencio. Habían pasado días y no le había revelado absolutamente nada. Teilan había desistido con el tiempo, aunque se hacía a la idea de que tenía que ver con el espectro que tenía dentro. La pregunta que lo consumía era qué querrían hacer. ¿Sacárselo? ¿Utilizarle? Owen le había explicado que un espectro no podía tener una marca de esclavo, por lo que no se le ocurría cómo podrían usarle.

En ese momento, sintió la pena y la culpa por la muerte de Owen y por Fara. Tras días en negación, había aceptado que había sido él quien los había matado. Se repetía a sí mismo que había sido Tei, pero de poco le servía. Había llegado a creerse el legítimo rey de los demonios. Aquel que debía liberar a su pueblo. Capaz de dominar a un espectro cuando su padre no lo logró.

Suspiró cansado y aceptó la realidad. Solo era un monstruo y un asesino. Al menos tuvo suerte de no ver el rostro de Celia cuando mató a Fara, aunque tal vez imaginárselo estuviese siendo peor. En ese momento, el rostro cubierto de lágrimas de Celia le vino a la cabeza y desapareció en un parpadeo.

«Solo me lo estoy imaginando», se dijo sin estar del todo convencido.

—Deberías de dejar de preguntar y sencillamente esperar —respondió Lomag al fin—.Te convendría aprender a tener paciencia; tal vez eso te habría servido para no estar en la situación que estás ahora.

No se lo podía negar, aunque también sabía que de poco servía comprender eso a estas alturas.

—¿Cuánto nos queda de viaje? —preguntó al fin, asumiendo que su destino ya no estaba en sus manos.

—¿Tienes prisa por llegar? —sonrió Lomag mientras azuzaba a los caballos.

68. GERO

Gero se encontraba en uno de los inmensos balcones de los pisos superiores de la torre de la academia. Genci observaba a su lado el resultado de los eventos acaecidos la noche anterior. La mitad de la academia se veía arrasada mostrando el grueso surco del trayecto que había seguido el gigantesco árbol de Fled. Además, una columna de humo se elevaba en el sector norte, donde un incendio había acabado con una zona residencial entera.

Sonrió al ver lo que había conseguido, pero disimuló para no levantar sospechas. Genci lucía profundas ojeras de cansancio. Era un hombre mayor y había pasado toda la noche tratando de poner orden en la academia después del combate. Se apoyaba sobre la barandilla del balcón y parecía costarle mantenerse en pie solo.

—¿Por qué haría algo así? —susurró—. Enya era extravagante, pero nunca habría dicho que era una traidora.

Antes de contestar, Gero valoró si lo estaba poniendo a prueba, pero no parecía ser el caso. Había visto al hombre discutir con su maestra y había asumido que existía odio entre ambos. Sin embargo, se le veía francamente afectado por su traición y su muerte.

—No le sabría decir —respondió—. Ni siquiera yo me di cuenta a pesar del tiempo que pasaba con ella. Pensé que moriría…

Trató de mostrarse apenado y pareció conseguirlo, pues los ojos de aquel anciano reflejaron cierta empatía.

—No seas demasiado duro contigo mismo —apaciguó—. Nos engañó a todos.

Gero suspiró con la vista perdida en la destrucción que había provocado. Había germinado una chispa de simpatía en el director y si jugaba bien sus cartas, podría serle de mucha utilidad en el futuro.

—¿Y ahora qué será de la academia? —dijo, tratando de parecer lo más confuso y desorientado posible—. ¿Qué será de nosotros?

—No sé si seguirás interesado en continuar tus estudios aquí después de todo lo que has tenido que pasar —dijo entonces Genci—. Muchos alumnos se marcharán; soy consciente de ello. Sin embargo, alguien como tú sería de utilidad para la academia, el rey y el reino. Espero que lo consideres.

—¿No tendré problemas al haber sido el alumno de Enya? —Sintió una profunda rabia al recordar que solo lo había tomado como alumno para culparlo en caso de que intentase tomar el control de la academia.

—La mataste con tus propias manos —respondió y apoyó su mano sobre el hombro de Gero. Parecía haber interpretado su rabia como un sentimiento por haber sido traicionado por su maestra y no por la frustración de que no fuese escogido por ser fuerte—. Lo daremos a conocer y nadie osará señalarte como traidor. —Genci le miró fijamente—. Ten por seguro que se hablará de ti en todo el reino y de cómo un alumno detuvo una rebelión que casi acaba con la academia.

Gero sonrió con orgullo, aunque no por las razones por las que pensaría el director. Jamás pensó que su plan sería tan efectivo. Habían muerto casi dos mil alumnos la noche anterior y otros muchos

abandonarían la academia y, por lo tanto, el ejército de Veniden. Él solo había provocado un golpe devastador en la cantidad de magos y guerreros de sangre del enemigo y encima se beneficiaría de ello para poder infiltrarse entre sus filas. Se preguntó si su padre, el rey del engaño, se sentiría orgulloso.

—¿Y qué pasará con mi situación?

—¿Me aceptarías como maestro? —propuso Genci—. Tienes mucho potencial. Tengo entendido que eres un experto en sellos y un guerrero de sangre. Una curiosa combinación. Sería un honor tomarte como alumno.

—¿De verdad? —preguntó sorprendido.

Era bien sabido en la academia que Genci no aceptaba alumnos directos. Daba algunas clases colectivas, pero Gero no había asistido a ninguna desde que había ingresado en la academia. Al haber tenido a Enya como maestra para el estudio de sellos y dedicar tanto tiempo al entrenamiento físico con sus compañeros, las clases colectivas no habían suscitado interés alguno en él.

—Por lo que tengo entendido, tus conocimientos en sellos están por encima de los de la mayoría de los alumnos—explicó—. No podré enseñarte en ese campo, no es mi fuerte. Sin embargo, conservarás tus privilegios de estudiante de élite e incluso te permitiré acceder a la zona del profesorado de la biblioteca. Creo que lo que allí encuentres te sorprenderá.

Por un instante, Gero dudó de las intenciones del director. Era bueno haciendo sellos, pero los expertos en este campo se formaban principalmente en la capital. Era un desastre como guerrero de sangre y no era mucho mejor como mago. La combinación de todas esas habilidades resultaba inusual y útil en combate, pero todavía le quedaba mucho como para poder saber hasta dónde podría llevarle frente a los monstruos que había en aquella academia. No obstante, su ofrecimiento parecía sincero y no era un hombre que necesitase ocultar sus intenciones.

—Gracias por su oferta —respondió Gero mientras hacía una pequeña inclinación de cabeza dando a entender que la aceptaba.

Genci le sonrió, era la primera vez que lo veía sonreír. Sus apariciones en público eran contadas y solo para eventos importantes, por lo que en la mayoría de los casos se mostraba serio y autoritario. Gero miró entonces hacia la puerta.

En la sala que había en el interior se encontraba Sara, enjaulada en una barrera mágica. Dormía plácidamente gracias a la medicación, pero Gero sabía que no podía mantenerla drogada eternamente.

—Puedo buscar a los mejores expertos en sellos para averiguar cómo ayudarla —ofreció Genci al ver su rostro al mirarla.

—¿Conocías los experimentos del padre de Enya y el antiguo director? —preguntó Gero—. ¿Sabes lo que les hacían a los alumnos?

El director le miró dubitativo, pero finalmente asintió sin entrar más en detalle.

—Entonces sabrás que no existe por el momento forma de ayudarla más que bloquear por completo sus recuerdos otra vez —explicó—. Ni siquiera puedo salvar el último año, ya que sus recuerdos se habrán visto mezclados con los anteriores. No tenemos otra opción —suspiró dolido por la decisión que tenía que tomar—. Lo que sí que me gustaría es que me hicieras un favor…

—¿Qué favor sería?

—Quiero quedarme con las instalaciones de Enya y su padre, incluido todo el material de investigación acerca de sellos —pidió—. Si existe alguna respuesta para curarla, creo que el mejor

sitio donde empezar a buscar es ahí. Además, me gustaría que tuviese garantizada una plaza en la academia hasta que pueda valerse por sí misma. Quiero evitar que acabe abandonada de nuevo en las calles de Lantalos.

Respiró hondo sin poder ocultar su nerviosismo. Había sonado más tajante e impositivo de lo que le habría gustado. No había sido la mejor manera de formular una petición a una figura de autoridad, pero aquello era evidencia de lo mucho que le importaba.

«¿Me he pasado?».

Sabía que estaba pidiendo demasiado por una chica que ni siquiera era de familia noble. Era una buena guerrera de sangre, pero nadie tenía la plaza garantizada en la academia. Le estaba pidiendo que rompiese sus propias reglas.

—De acuerdo —respondió Genci y se encogió de hombros con una sonrisa torcida—. Aunque tampoco te puedo asegurar que mantenga mi puesto después de lo que ha pasado.

Gero le devolvió la sonrisa. Sería una pena que Genci se fuera, ya que a pesar de ser leal al rey de Veniden y a su política contra los demonios, era un hombre poderoso e influyente y ya se había ganado su confianza.

Miró de nuevo por el balcón su gran obra. Se fijó en que ya habían empezado las tareas de reparación a pesar de haber transcurrido menos de un día. Algunos alumnos ayudaban a asear las zonas comunes a la espera de que llegaran refuerzos de Lantalos para la reconstrucción de la academia. Genci había reabierto la barrera y había enviado un mensajero con los barcos que se llevaban a los alumnos que habían decidido abandonar la academia tras los eventos del día anterior y sabía que, en menos de una semana, aquel lugar se llenaría de soldados del ejército, nobles cabreados por las muertes de sus hijos y algún que otro político.

—¿Dónde estaban los guardias de la torre? —preguntó Gero. Fue un impulso involuntario, pero necesitaba saber por qué Sara había acabado así. Con la guardia, los atacantes habrían caído mucho antes y tal vez Enya no hubiera logrado alcanzar a su amiga—. ¿Por qué no defendieron la puerta?

—Se marcharon al ver que la situación se ponía peligrosa —explicó—. Ya los he mandado capturar y tendrán que rendir cuentas por traición ante el rey. Al parecer, hay muchos más traidores de los que pensaba y que no valoran mucho mi forma de hacer las cosas. La forma de hacer las cosas de nuestro rey.

Gero no supo si alegrarse o maldecir su suerte. La idea de que la forma de hacer las cosas del rey tuviese tantos detractores era una buena noticia, pero él había contado con los guardias para que la situación no hubiese sido tan peligrosa. Tal vez incluso Sara conservaría sus recuerdos si hubiesen estado.

—¿Y por qué cerraste la puerta? —continuó Gero.

Esa pregunta pareció molestar a Genci y Gero se percató de que había cruzado una línea que no debía haber cruzado, aunque no supiese muy bien por qué.

—Los protectores de Forthi, los verdaderos protectores, tienen la obligación de proteger los secretos de la torre y la joya —explicó—. Cerraron las puertas hasta saber verdaderamente el alcance de la amenaza y, considerando la traición de Enya, no me parece que fuese una idea equivocada. Los alumnos son sustituibles, pero la torre no debe caer en manos de los enemigos del rey bajo ningún concepto.

Dio a entender que, aunque fuese el director, no fue él quien tomó la decisión, pero parecía un tema sensible y no quiso cabrearlo más. Decidió que esa había sido su última pregunta y que debía

salir de allí cuanto antes.

—Tengo que ir a ver si mi amigo ha despertado.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Genci con vaga curiosidad.

—Ese bruto es difícil de matar —bromeó Gero—. No creo que tarde en despertarse, realmente los sanadores de la academia están a otro nivel.

—Pues ves con él, querrá ver una cara amiga cuando despierte.

De este modo, Gero se despidió del director, se acercó unos instantes a la jaula de Sara y salió de la torre hacia la residencia de Drasco. Por suerte, sus casas no habían sido dañadas, así que las conservarían por el momento.

69. GERO

Al salir a la calle, el panorama era desolador. Muchos edificios habían sido destruidos y había rocas manchadas de sangre por todas partes. Todavía se veía humo en las zonas donde habían sucedidos los incendios y habían retirado los cuerpos de los muertos, aunque se podía saber con claridad dónde había fallecido alguien por los rastros de sangre.

Algunos alumnos se apresuraban en la limpieza mientras muchos otros se dedicaban a vagar por la academia con la mirada perdida. Finalmente, llegó a la calle de los alumnos de élite y al girar la esquina lo recibió Drasco con un puñetazo en el rostro que lo hizo caer al suelo.

—¿Se puede saber que cojones haces? —gritó Gero, aturdido.

Drasco no le dio tiempo a recuperarse, lo agarró de la camisa y lo levantó.

—Debiste…

—Aquí no —susurró Gero—. Vamos dentro.

Se dirigieron a la casa de Gero, entraron y cerraron la puerta. Drasco fue a abrir la boca, pero Gero le hizo un gesto para que se callara. Sondeó la habitación e hizo un sello con la mano. Una luz verdosa nació de la palma de su mano y cubrió toda la habitación durante unos segundos. Después, desapareció e hizo otra serie de sellos que se fijaron en las paredes y que desprendían una luz amarillenta.

—¿Qué…? —fue a preguntar Drasco.

—He revisado que no hubiera ningún artefacto para escucharnos y he sellado el sonido dentro de esta sala —explicó Gero—. Estamos seguros ahora.

—¡¿Qué narices ha sido todo esto?! —gritó Drasco y pateó la mesa que había en el centro de la sala—. ¡Por poco nos matas a todos!

—Se me fue un poco de las manos, pero no puedes negar que fue efectivo —respondió Gero con tranquilidad—. Estamos en guerra, no lo olvides.

—¿Qué te pasó en esa sala?

—No sé qué tiene que ver eso con lo que estamos hablando —replicó mientras fruncía el ceño—. Vi una oportunidad de…

—¿No ves en lo que te has convertido? —interrumpió Drasco—. ¿Es que no has visto lo que has hecho ahí fuera? Toda esa gente era inocente.

—¡No te atrevas a hablarme así! —gritó Gero, que notó cómo un fuego llenaba su pecho de ira que llevaba meses acumulando—. ¿Qué hemos estado haciendo los últimos meses? ¿Jugar a ser alumnos? ¡Nuestra gente está muriendo y a estos alumnos los están entrenando para matarla! Mi padre está luchando en Dierin a saber dónde. Puede que incluso esté ya muerto. Al menos, he hecho algo. ¿Dices que me ha cambiado esa sala? Tal vez era lo que nos hacía falta.

Drasco dio un paso hacia Gero, pero este no reculó a pesar de lo que imponía aquel gigante. Si intentaba asustarle, no lo conseguiría, y al ver su convicción, el cabreo de Drasco pareció disiparse hasta convertirse en preocupación por su amigo.

—Convertir a la gente en esclavos para que luchen por ti es una línea que no deberíamos cruzar.

—Me he desecho de cientos de los futuros enemigos más peligrosos de nuestra especie —apuntó Gero—. Tú no lo entiendes porque eres de Grangal, pero esta guerra la estamos perdiendo. Vi una oportunidad y la tomé.

Drasco negaba con la cabeza.

—¿Sientes al menos algo de culpa por lo que has hecho?

Aquel comentario irritó a Gero, pero aceptaba que le costara entenderlo. Se dirigió al sillón, se sentó e invitó a Drasco a sentarse en la silla de enfrente. Ambos se quedaron en silencio. Él mismo había tenido que hacerse esa misma pregunta más de una vez en las últimas semanas y al ver el rostro lleno de duda de su amigo, al fin entendió su cometido y vio claridad en sus acciones.

—Tomaré las decisiones que otros no estáis dispuestos a tomar, me ensuciaré las manos para que no tengáis que hacerlo y aceptaré mi sitio en el infierno como consecuencia de mis acciones.

Había dudado en si hacía lo correcto, ahora sabía que no lo era. No era correcto, pero era lo que había que hacer y aquella reflexión le tranquilizó. Al menos, lo suficiente para saber qué debía hacer a continuación.

—Entiendo por qué lo has hecho… —exhaló Drasco, sorprendiendo a Gero—. Pero no creo que pueda seguir ese camino.

—No debes hacerlo —replicó con una calma que le sorprendió incluso a él mismo—. Cuando esta guerra acabe, el mundo necesitará un rey bondadoso que tenga la conciencia tranquila.

—No creo que llegue a ser ese rey —dudó Drasco. Hizo una pausa y fue a decir algo más, pero se quedó en silencio unos instantes antes de continuar. Gero lo miró extrañado, aunque antes de que le preguntase a qué se refería, este continuó—. ¿Cómo mantendré mi conciencia tranquila sabiendo…?

—Eso tendrás que averiguarlo tú —interrumpió Gero—. Esa es tu batalla.

Drasco bufó visiblemente estresado y echó la cabeza hacia atrás. Miró el techo mientras se frotaba las sienes pensativo. Gero esperó pacientemente a que su amigo se calmase. Sabía que le estaba pidiendo asimilar demasiado, por lo que no quería atosigarlo. Se arrellanó en el sillón. Era cómodo y mullido, uno de los lujos que al parecer podría seguir disfrutando.

—¿Cómo le colocaste el sello de esclavo a Fled y a los demás? —dijo al fin el príncipe.

—Tras convertirme en un guerrero de sangre, Fled sintió curiosidad por cómo lo había conseguido. Contaba con ello en realidad —explicó—, por lo que cuando se lo fui a mostrar, le capturé en el interior de la sala.

—No debió ser fácil engañarlo —se sorprendió Drasco—. Fled resultó ser mucho más fuerte de lo que parecía. Escondía secretos y eso suele hacer que la gente sea más precavida.

Con una sonrisa, Gero se acercó a la sala contigua y le pidió a Drasco que le acompañara. Este lo hizo para descubrir que en una esquina de la sala había un maniquí color ámbar. Gero hizo un gesto con la mano, una manía innecesaria adquirida al copiar a su padre cuando hacía ilusiones, y una bruma comenzó a envolver al maniquí.

Este se transformó en una réplica exacta suya, giró la mano y conjuró una pequeña esfera de hielo sobre ella. El maniquí miró a la bola y mostró una sonrisa triunfal para después deshacer la magia.

—Le hice pasar a la sala y fue el maniquí quien entró con él. Cuando fui a cerrar la puerta, le agarró —explicó orgulloso—. Este maniquí es bastante fuerte, por lo que resistió lo suficiente como para que no le diera tiempo a detenerme.

—¿No se percató del cambiazo? —dudó incrédulo Drasco.

—No era muy listo que digamos y se me da bastante bien distraer la atención de la gente —confesó Gero con cierto orgullo—. El resto fue fácil. El maniquí se dedicó a tratar de colocarle el sello. Él lo destruía, pero la sala lo regeneraba una y otra vez. Aguantó mucho tiempo, pero finalmente cayó agotado.

—Y lo mismo hiciste con los otros a los que le pusiste el sello, ¿no?

Gero asintió.

—Con el resto fue incluso más fácil porque Fled era quien los traía a ver la sala y me ayudaba a encerrarlos.

Una vez más, Drasco negó con la cabeza en señal de desaprobación, pero no añadió nada más. Echaron un último vistazo al interior de la estancia y luego volvieron al salón.

—Hay una cosa más que no entiendo —dijo Drasco—. ¿Qué fue esa luz que me envolvió cuando me iba a atacar aquel guerrero de sangre?

Gero soltó una carcajada que le impidió contestar.

—¿Qué me hiciste? —insistió Drasco.

—Solo era luz… —respondió entre risas Gero.

—¿Cómo que solo luz? —se extrañó Drasco y luego abrió los ojos como platos—. ¿Me convertiste en un farol?

Gero rompió de nuevo a reír.

—Era lo único que se me ocurrió. Apenas me quedaba poder mágico —contestó casi atragantándose—. Tendrías que ver la cara que puso el hombre.

—Eres un desgraciado… —rio Drasco—. ¿Sabes…? Realmente pensé que Enya nos mataría.

—Cuando vi que había esclavizado a los protectores de Forthi me di cuenta de que la situación se había vuelto demasiado peligrosa. Debí verlo venir. Esa mujer tramaba algo desde el momento en el que me tomó como alumno, pero me cegó las ganas que tenía de que alguien me hubiese escogido por mis habilidades. Fui un iluso.

Había procurado no pensar en ello, pues cada vez que lo hacía, crecía su frustración y le invadía una sensación de abatimiento.

—No te lo tomes así. Eres fuerte —animó Drasco—. Maldita sea, mira la que has liado.

Gero sonrió, pero no lograría convencerlo. Quería seguir haciéndose más fuerte. No le bastaba con trucos y estratagemas para ganar combates. Quería ostentar un poder que pudiese vencer cualquier peligro y proteger a sus seres queridos.

—Por lo menos, el director así lo cree, y eso ya es algo —admitió.

—¿Vienes de hablar con el director?

—Parece ser que matar a Enya me ha ayudado a ganarme su favor —confesó—. Incluso me ha aceptado como su alumno.

—¡Vaya! ¡Eso es una gran noticia! —exclamó—. ¿Crees que logrará mantener el control de la academia después de lo sucedido?

Gero se encogió de hombros.

—Realmente, así lo espero —admitió—. Es uno de los hombres de confianza del rey, por eso se le colocó en primer lugar. Lo único es que las cosas van a cambiar mucho por aquí.

—¿A qué te refieres?

—Tengo la sensación de que este rey es mucho más peligroso de lo que nos podemos imaginar —señaló—. Y estoy seguro de que aprovechará esta situación para tener todavía más control sobre

la academia.

—Creo que sé a qué te refieres —dijo Drasco—. Este solía ser un lugar de convivencia entre demonios y humanos. Al menos, lo era justo antes de que el antiguo rey muriese. Lo preocupante es que Rinko Muhl nunca se mostró hostil antes hacia los demonios.

—¿Espectro?

—Ojalá me equivoque…

Gero se quedó pensativo mirando a su compañero.

—Sé que no aceptas lo que he hecho —aclaró—. Sé que me habrías detenido de haber sabido lo que había planeado. —Su amigo miró hacia otro lado, incómodo—. Tal vez deberías marcharte…

—No me iré —interrumpió Drasco—. Sigo pensando que estar aquí es la mejor forma de enfrentarme a los desafíos que me esperan en el futuro. Además, le prometí a tu padre que cuidaría de ti.

—No creo que eso sea necesario a partir de ahora —sonrió Gero.

—Todos necesitamos que alguien cuide de nosotros de vez en cuando.

Ambos se quedaron en silencio después de eso. Un silencio absoluto y siniestro provocado por el aislamiento generado por los sellos de Gero. Se percató de lo fuerte que sonaba la respiración de ambos cuando todo lo demás quedaba anulado.

—Si te vas a quedar, necesito saber que no tratarás de controlar lo que hago en el futuro. Necesito saber que puedo confiar en ti.

—¿Qué tienes planeado ahora? —dudó Drasco.

—¿Ahora? —sonrió Gero—. Ahora toca hacerse más fuerte y esperar.

Era la primera vez que aceptaba que no todo podía hacerlo ya. Tras el combate, Gero se dio cuenta de lo mucho que le quedaba para poder enfrentarse a los más fuertes. Sin embargo, por primera vez, se veía capaz de alcanzarlos. Al menos, al fin entendía cuáles eran sus fortalezas y por qué alguien como su padre había sido uno de los guardianes. Al principio, pensó que era por amistad, pero tras los últimos eventos, entendió que era algo más. Su padre era el rey del engaño y él había heredado sus habilidades; ahora había llegado el momento de pulirlas para la guerra que se avecinaba.

Había escuchado noticias de Novanta, noticias acerca de lo que estaba sucediendo en Dierin y era conocedor de que los gigantes estaban haciendo estragos en Nárandul. Se acercaban tiempos difíciles y debía prepararse.

Drasco no dijo nada más, se levantó de la silla, buscó una botella de licor que tenía guardada en un pequeño mueble que había junto a la mesa y sirvió dos copas. Gero le miró extrañado, ni siquiera sabía cuándo su amigo había escondido una botella en su casa.

—¿Qué pasará con Sara? —preguntó Drasco una vez se volvió a acomodar.

A Gero le cambió la cara al escuchar su nombre.

—La he cagado tanto… —admitió—. Por mi culpa tendrá que perder de nuevo sus recuerdos. ¿Me preguntabas si podía sentir culpa? Este error lo arrastraré el resto de mi vida.

—¿Crees que podrás hacerle recuperar sus recuerdos algún día?

Negó con la cabeza.

—Dudo mucho que exista la forma de hacerlo de forma segura —contestó—. Tal vez lo mejor sea no intentarlo.

—No es propio de ti aceptar las cosas así —agregó Drasco.

—No quiero que sufra más de lo que ya lo ha hecho —dispuso Gero y, por la forma en la que lo dijo, estaba dando esa parte de la conversación por terminada.

Drasco pareció entenderlo, porque inmediatamente cambió de tema:

—¿Qué me dices de Sonstan? —preguntó con interés.

—Fingió estar borracho —aseguró Gero. No había estado seguro de ello al principio, pero la forma en la que Drasco había preguntado le confirmó que también lo pensaba—. Tendremos que averiguar por qué o si podemos confiar en él.

Drasco suspiró.

—Mi intuición me dice que nos oculta algo —replicó—, aunque también que podemos confiar en él.

—Tal vez debamos aceptar que no somos los únicos que podemos guardar secretos —dijo Gero —, pero tendremos que vigilarlo.

—Nunca resulta nada sencillo, ¿no? —bufó Drasco y mostró una sonrisa amarga.

Del mismo modo, Gero se la devolvió y levantó la copa, de la cual todavía no había probado ni un sorbo. Se quedó mirando a Drasco y este le imitó. Gero sintió que debía decir algo antes de beber, por lo que dijo las primeras que le vinieron a la mente:

—Brindamos por los que seguimos vivos y por los que se adelantaron. Que nos muestren el camino al infierno y así podamos volver a brindar con ellos.

—Por el día que podamos volver a brindar con ellos —añadieron ambos al unísono.

70. Teilan

Después de meses viajando hacia el norte, Teilan y Lomag se encontraban en el bosque de los árboles monumentales. Habían cruzado las tierras de Calabia sin muchos contratiempos. Era una tierra plagada de bestias. Sin embargo, la mayoría se mantenían lejos del carro y las que no, Lomag se bastaba para ahuyentarlas. Lo que más llamó la atención a Teilan era que su captor procuraba evitar hacerles daño a no ser que fuese necesario para comer.

Durante el viaje evitaron las aldeas y se dedicaron a viajar por caminos poco o nada transitados. Por lo que le había contado Lomag, las tres aldeas que quedaban en esas tierras, Keora, Nald y Wigvi, estaban llenas de chiflados que se dedicaban a cazar bestias para vender sus partes a otros reinos. Eran aldeas poco pobladas, pero sus habitantes eran fuertes guerreros con los que ni siquiera Lomag quería involucrarse.

La mayor parte del tiempo, Teilan la había pasado entrenando su magia y, para su sorpresa, Lomag le había ayudado en algunos puntos del camino. No obstante, no solía ser el caso. Era un hombre parco en palabras al que le gustaba el silencio. Con el tiempo, Teilan había desistido en intentar sonsacarle información y las únicas interacciones sucedían cuando había que comer o cuando le ayudaba con sus prácticas de magia.

No le había dejado salir de la jaula en los meses que llevaban viajando. Algunas mañanas se despertaba con un cubo de agua dentro de la jaula para asearse, pero nunca fue capaz de ver cómo lo metía. El cubo no cabía entre los barrotes, por lo que algunas noches trataba de quedarse despierto para averiguar cómo lo hacía. Sin embargo, parecía intuir las intenciones de Teilan y esas noches nunca se acercaba.

Los episodios en los que Tei tomaba el control llevaban más de un mes sin suceder. Lo asociaba a que el espectro había asumido que no podría escapar y esperaba su oportunidad. Lo notaba en su interior y tenía la sensación de que cada día que pasaba, se hacía más fuerte, aunque otras veces pensaba que tal vez solo fuese su imaginación alimentada por el miedo.

—¿No se suponía que este bosque estaba habitado por bestias peligrosas? —preguntó mientras observaba aburrido los gigantescos árboles que los rodeaban.

Llevaban días deambulando por allí con el vehículo más ruidoso y llamativo que uno pudiera imaginarse y ni una sola bestia les había atacado. Lo cual era curioso considerando la cantidad de ataques que habían sucedido en Calabia.

—Deja de hacer la misma pregunta —bufó Lomag.

—Todavía no me has respondido.

—¿Si lo hago, será la última pregunta que hagas?

Teilan no respondió.

—Por eso no te he respondido —replicó la bestia lagarto y miró hacia la derecha.

Teilan siguió su mirada, pero no vio nada en esa dirección. Aunque no era de extrañar, ya que los inmensos árboles y arbustos hacían que el follaje fuese extremadamente denso. Aun así, sentía que estaban siendo observados desde que habían entrado en el bosque.

—¿Qué hay ahí? —preguntó—. ¿Es peligroso?

Lomag rara vez desviaba la mirada del frente, por lo que, si algo había llamado su atención, debía ser importante.

—Nada de lo que debas preocuparte.

—¿Seguro? —Algo en su interior le decía que lo que allí hubiese era peligroso.

—Solo es un explorador —explicó Lomag—. No atacará.

—¿Y qué hace aquí?

Una vez más, no obtuvo respuesta y entendió que no la obtendría. Lomag parecía bastante tranquilo, por lo que aquello calmó un poco sus nervios. Aunque era difícil de saber si realmente lo estaba, ya que su rostro de lagarto apenas mostraba emociones.

Mientras dudaba en si insistir, Lomag detuvo el carro y retiró un poco de la tela que cubría la parte de atrás del carruaje para que Teilan pudiese ver el exterior. Habían llegado al lado este de la base de los tres picos del norte. Estos eran unas gigantescas montañas que podían verse desde todo Calabia y que siempre estaban cubiertas de nieve.

—Impresionante —susurró Teilan. Sin darse cuenta, se había puesto de pie dentro de su jaula para contemplar aquellas majestuosas montañas.

No fue hasta unos instantes después que bajó la vista y se dio cuenta de que no le había retirado la tela para que pudiese ver, sino que era para que le vieran a él. Se encontraban frente a una extraña cueva con la roca de la entrada completamente tallada, decorada con diversos relieves de árboles, bestias y hombres. En la puerta había una mujer, aparentemente humana, y un hombre bestia con aspecto de rinoceronte. El hombre era casi el doble que la mujer, a pesar de que esta era bastante más alta que Teilan, por lo que lucían de forma extraña haciendo guardia.

—¡Lomag! —llamó el hombre—. Dichosos sean los ojos, pensábamos que no volverías.

—¿Lo pensabais o lo anhelabais? —gruñó Lomag.

Ambos guardias rieron.

—No nos puedes culpar —dijo la mujer—. ¿Qué han sido, quinientos años?

Teilan se asombró al escuchar semejante cifra. El hombre debía de ser mucho más poderoso de lo que se había imaginado si tras vivir más de quinientos años se conservaba tan bien.

—No llevo la cuenta —cortó—. ¿Está la maestra?

—Veo que vivir entre humanos no te ha mejorado el carácter —señaló el hombre bestia—. La maestra está dentro, os estaba esperando.

—¿Por eso estáis aquí montando guardia? —criticó—. Entrad y cerrad la puerta antes de que tengamos un disgusto.

—¡No te enfades! —protestó la mujer—. ¡Encima que venimos a recibirte!

«¿Sabían que veníamos?».

Se apartaron y Lomag azuzó a los caballos para entrar en la cueva. No les dijo nada más y pasó por al lado de ellos en silencio. Al entrar, los guardias los siguieron y la puerta se cerró a su paso. La repentina oscuridad dio paso a una luz verdosa procedente de miles de hongos luminosos que cubrían las paredes. También había plantas y flores por todas partes, lo cual resultaba imposible, considerando que estaban dentro de una cueva y no había luz natural.

«¿Qué es este lugar?».

La cueva no parecía tener fin, pero todo el camino estaba iluminado del mismo modo. No había ramificaciones, solo un único camino que se ensanchaba y estrechaba a tramos. Los tramos más

anchos tenían un par de docenas de metros mientras que en los más estrechos apenas cabía el carro. Además, el aire resultaba fresco y limpio a pesar de estar bajo tierra.

De pronto, los dos guardias saltaron al interior del carro asustando a Teilan, que no se lo esperaba. Lo miraron con curiosidad y se sentaron también.

—Así que este es… —dijo el hombre.

—¡Cállate! —ordenó Lomag—. No te corresponde a ti tratar con él.

El hombre suspiró y luego negó con la cabeza con una risa burlona.

—Veo que algunas cosas nunca cambian —replicó—. Sigues siendo…

Lomag se giró y el hombre rinoceronte no se atrevió a terminar lo que iba a decir. Tras ese momento incómodo, todos respetaron el silencio que el conductor del carro tanto apreciaba. Las siguientes horas se volvieron eternas.

Cuando se cansaron de estar callados, sus nuevos acompañantes se bajaron del carro y se dedicaron a seguirles a pie mientras charlaban de forma animada. Teilan no era capaz de escuchar lo que decían, pero el hombre no dejaba de mirarle fijamente y resultaba muy incómodo.

Mientras avanzaban por aquella cueva, Teilan comenzó a ponerse nervioso.

«No me han traído para matarme. De lo contrario, ya lo habrían hecho».

«Tal vez aquí encuentre las respuestas que estoy buscando».

«¿Por qué este no deja de mirarme?».

Su mente saltaba de un pensamiento a otro hasta que de pronto se percató de que aquel sitio le resultaba familiar a pesar de no haber estado nunca. Aquellas plantas y árboles transmitían una extraña energía y su poder de espectro comenzó a revolverse en su interior. Empezó a sentir un hambre voraz y comenzó a marearse.

—Lomag —llamó. Se apoyó contra las barras y sintió cómo le fallaban las piernas—. ¡Lomag! —aulló entonces con el rostro desencajado y la voz aguda, fría e inhumana—. ¡Sácame de aquí, pedazo de mierda!

Trataba de sacar el brazo por entre los barrotes para alcanzarle. Sus manos se convertían en garras y su cara se distorsionaba.

—¡Os mataré a todos! —gritaba—. ¡Sacadme de aquí!

Al no poder alcanzarlo, se abalanzó sobre la parte de atrás y trató de volcar la jaula, pero tras varios intentos a lo largo del viaje, Lomag la había anclado para evitarlo. Los dos nuevos acompañantes lo miraban divertidos, sin acercarse al carro y eso solo hacía que se enfureciera más, pero hiciera lo que hiciera, no podía liberarse.

Pasaron las horas avanzando por la cueva entre gritos, insultos y lloros, aunque resultaba casi imposible determinar cuántas bajo la montaña. Teilan se pasó el viaje transformándose en espectro y recuperando su aspecto humano cuando Tei se agotaba. Sin embargo, entre una transformación y la siguiente, Tei no le permitía descansar y se dedicaba a gritar dentro de su cabeza. Gritos ensordecedores que le impedían dormir y que le hacían retorcerse en la jaula. Así, las horas se convirtieron en días y la privación del sueño terminó por quebrar la voluntad del joven.

—Acabad con esto —comenzó a suplicar, pegándose a la parte frontal de la jaula para acercarse a Lomag lo máximo posible—. No quiero seguir…

Sin embargo, no acabó la frase al distinguir luz al fondo de la cueva. No sabía exactamente cuánta distancia habían recorrido, pero al fin habían cruzado la montaña.

—Teilan… —susurró Lomag, evitando que sus acompañantes lo escuchasen. Le miró a los ojos, tornados de un color azulado y mostrando una profundidad perversa—. No sé cuánto queda de ti ahí dentro, pero todavía no ha llegado el momento de rendirte. —Sacó el colgante vinculado a la vida de Celia y se lo mostró, Teilan abrió los ojos al verlo—. Toma la decisión que tengas que tomar y elige sabiamente.

Teilan respondió con un gruñido y una vez más se abalanzó contra él tratando de alcanzarlo con sus garras.

EPÍLOGO 1

Celia se sentía frustrada tras meses viajando con Kalia. ¿Se había hecho más fuerte? Sin duda. No obstante, sabía que no era suficiente para detener a Teilan y mucho menos para destruir esa parte oscura que había en su interior. Le había insistido en numerosas ocasiones que le revelara cómo despertar su poder, pero esta le había asegurado una y otra vez que todavía no estaba preparada para dar el paso.

Por otro lado, su preocupación iba en aumento porque no había oído ni un solo rumor o noticia acerca de él. Sabía que seguía vivo por las joyas que intercambiaron en el tejado de la taberna, pero nada más. Había matado a Fara y parecía que hubiera desaparecido por completo, como si nunca hubiera existido. ¿Lo habían capturado? ¿Había aprendido a controlar su poder lo suficiente como para impedirle atacar a la gente? ¿Se había aislado del mundo para evitar hacer daño a los demás?

—¿Celia? —llamó Kalia—. ¿Me estás escuchando?

Ella la miró distraída y luego miró a su alrededor. Una vez más, Celia se preguntó qué hacían en un lugar tan aislado. Llevaban meses viviendo en una pequeña aldea en las montañas al sur de las ruinas de Maom. La frontera había estado cerrada desde la caída de Novanta y, aunque ellas podrían cruzar por alguna de las rutas alternativas, su maestra no parecía tener prisa por hacerlo.

Era una aldea que solía subsistir del comercio con Novanta. Ahora, tras el cierre de la frontera, ya no podían vender sus productos en la ciudad fronteriza y muchos de los vecinos habían empezado a emigrar a Ódise. De la treintena de casas que formaban la aldea, casi la mitad habían sido ya abandonadas y el resto no tardaría en hacerlo.

Pero esto poco le interesaba a Celia, ya que pasaba la mayor parte del tiempo en una pequeña cabaña en las afueras de la aldea. Era un edificio de paredes gruesas de madera y diminutas ventanas. Disponía de una gran chimenea en el interior, aunque ambas se encontraban en ese momento en el porche a pesar del frío que hacía.

—¿Qué decías? —preguntó Celia con descaro.

Empezaba a no importarle irritar a su nueva maestra al ver que pasaban los días y seguía sin ser capaz de acceder al poder que dormía en su interior. Kalia suspiró, entornó los ojos y preguntó:

—¿Sabes por qué creo que todavía no estás preparada?

Parecía haberle leído la mente. Celia negó con la cabeza, realmente no tenía ni la más remota idea. Kalia nunca se lo había explicado y ni siquiera podía imaginarse la razón.

—¿Qué estarías dispuesta a hacer para despertar tus poderes? —Clavó los ojos en su alumna e hizo que se sintiese realmente incómoda—. ¿Hasta dónde llegarías?

Celia frunció el ceño. «¿Es una prueba? ¿Qué clase de respuesta espera?». Le costaba hacerse a la idea.

—Haré lo que sea necesario —respondió, aunque su voz tembló un instante—. ¿Qué tengo que hacer?

—Todavía no estás preparada para saberlo —respondió, su duda no había pasado desapercibida.

Celia se levantó de un salto de la silla y golpeó una gruesa columna de madera llena de rabia. Su poder como guerrera de sangre había aumentado y la columna crujió por el golpe.

—¿Qué narices me estás ocultando? —le gritó—. Me has traído al culo del mundo y llevo meses esperando para nada. ¿Qué estamos haciendo aquí? —Se giró furiosa hacia su maestra—. ¿Cuánto tiempo más pretendes hacerme perder?

Kalia ni se inmutó ante la explosión de ira de la joven y esperó pacientemente a que se calmara. Celia continuó gritando y cuando se dio cuenta de que su maestra se limitaba a ignorarla, tomó la decisión de cambiar de estrategia.

—Se supone que los siervos deben ser fieles a los hijos de Anteli, ¿no? —preguntó, y por primera vez Kalia cambió el gesto de su rostro—. Se supone que tenéis que obedecernos.

—No quieres ir por ese camino —interrumpió Kalia—. Estoy haciendo lo que considero mejor pa…

—Te ordeno que me lo digas —sentenció Celia.

Su maestra se quedó en silencio unos instantes.

«¿Me va a volver a ignorar? —pensó frustrada—. ¡No puede hacer eso!».

—Sígueme —suspiró Kalia mientras se levantaba y se dirigía al interior de la cabaña.

Celia obedeció incómoda. Habría preferido no recurrir a darle órdenes a su maestra, pero llevaba demasiado tiempo esperando respuestas y su paciencia había llegado a su fin.

Al entrar en la cabaña, Kalia se quitó uno de los anillos que llevaba. La cabaña consistía en una única sala con un par de camas, una mesa con dos sillas y una chimenea en el centro con algunos utensilios de cocina. La comida la almacenaban en una caseta en el exterior, ya que el interior no tenía suficiente espacio.

Kalia cerró la puerta a su paso y posó el anillo sobre la pared opuesta a la entrada. Al hacerlo, se abrió un espacio y entró. Celia la siguió sin que esta le dijera nada y, asombrada, comprobó que en el interior de una sala apenas iluminada había un hombre atado de pies y manos a una silla.

—¿Qué es esto? —se escandalizó Celia dando un paso atrás—. ¿Quién es ese? —inquirió, aunque acto seguido hizo una pregunta que la perturbó todavía más—. ¿Desde cuándo lo tienes aquí encerrado?

Habían estado meses en esa aldea y estaba segura de no haberlo visto entre la población. Además, tampoco habían preguntado por su ausencia. Quien fuese, no era de allí y la duda era si se trataba de un viajero o ellas habían viajado con él capturado en aquel espacio.

Era un hombre muy delgado; de pelo largo y barba densa y oscura. Celia habría asumido que estaba muerto de no ser porque podía escuchar la respiración entrecortada de un hombre que luchaba por sujetarse a la vida. Los grilletes que lo anclaban a la silla se iluminaban de tanto en tanto con una tenue luz amarilla. Eran grilletes para magos, los había visto antes y eran una útil herramienta para inutilizar la capacidad de estos para hacer magia.

—¿Quieres saber por qué no te lo había dicho todavía? —dijo Kalia mientras se acercaba al hombre—. ¿Quieres saber por qué consideraba que todavía no estabas preparada?

Agarró al hombre del cabello y tiró para mostrarle el rostro. Sus ojos desenfocados estaban abiertos, pero dudó de que estuviera consciente.

«Está loca», pensó Celia.

Su maestra la miraba con total tranquilidad mientras esperaba una respuesta, pero esta no llegó y finalmente dijo:

—Si deseas el poder de un hijo de Anteli, tendrás que matarlo.

EPÍLOGO 2

Conforme se acercaban al punto que marcaba el final del pasadizo, los extraños hongos que habían iluminado el camino comenzaron a escasear y la roca empezó a cubrirse de helechos y musgo. Además, comenzó a percibirse un intenso olor a vegetación y flores que provenía del exterior.

«No tiene sentido —pensó—, estamos en invierno».

—Compórtate a partir de ahora —advirtió Lomag y azuzó a unos caballos demasiado cansados como para acelerar el paso.

Cuando salieron del túnel, les deslumbró un vergel que abarcaba un inmenso valle. En el centro, un gigantesco árbol se alzaba cubierto de flores rosadas sobre un tronco oscuro de casi un centenar de pasos de diámetro. Jamás había visto algo tan bello e inmenso en su vida.

—¿Cómo es esto posible? —balbuceó.

El tiempo en aquel valle era primaveral. Todo estaba cubierto de hierba, plantas y bestias de todos los tamaños. Algunas, con forma animal bastante evidente; otras eran criaturas de rasgos difíciles de definir. También había algunos humanos y demonios, aunque estos eran una minoría. Muchos miraban en su dirección con curiosidad, pero ninguno hizo el intento de acercarse y solo observaban desde la lejanía.

De pronto, Tei se revolvió en su interior y sintió que toda la presión que ejercía la criatura en sus pensamientos desaparecía en un instante y se escondía en el rincón más recóndito de su mente. «¿Miedo?». Parpadeó perplejo sin comprender lo que acababa de pasar, pero notaba una presencia que acariciaba su piel y entraba en sus pulmones mediante el aroma de aquel lugar.

—¿Qué está pasando? —preguntó a Lomag, que se había arrodillado ante una mujer en señal de respeto.

Vestía una túnica verde y, sorprendentemente, sus ojos eran de un color azulado como los suyos propios cuando el espectro tomaba el control.

—¿Es un espe…?

—¡Silencio! —gruñó Lomag.

Era alta, mediría más de dos metros y sus brazos eran gruesos y musculosos. Aun así, reflejaba una extraña elegancia natural. La mujer puso su mano sobre la cabeza de Lomag y le ayudó a levantarse con ternura.

—Tranquilo —sonrió—. Es una pregunta natural.

—¿Quién eres? —tartamudeó Teilan sin poder evitar que su espectro influyera en su estado de ánimo. Esa mujer le aterraba.

—Mi nombre es Ghala —respondió ella sin dejar de sonreír—. Soy la maestra druidesa del árbol del mundo.

—¿Árbol del mundo? —preguntó confuso Teilan y miró al gigantesco árbol que tenía aquella mujer detrás—. ¿Qué es un árbol del mundo?

Conocía los gigantescos árboles que crecían en los bosques del norte. Sin embargo, aquel se alzaba hasta el cielo y sus ramas se mezclaban con las nubes. Jamás habría pensado que algo pudiera crecer hasta semejante tamaño.

—Suéltale —ordenó entonces Ghala a Lomag.

—¡No! —exclamó Teilan—. ¡No es seguro!

Se sorprendió de tener tanto poder sobre sus propias acciones. Incluso Lomag parecía asombrado y no era de extrañar; Tei se había pasado la mayor parte del viaje tratando de escapar de aquella jaula.

—No te preocupes —aseguró Ghala y le hizo un gesto con la mano a Lomag para que obedeciera.

Este fue a protestar, pero al ver la cara de seguridad de la maestra, asintió y sacó una llave cobriza de su bolsillo. La jaula carecía de puerta o cerrojo, pero al tocar con la llave uno de los barrotes, estos comenzaron a convertirse en ramas y después, fueron absorbidos por la llave hasta desaparecer. En ese instante, Teilan sintió el impulso de Tei por escapar y notó cómo su cuerpo comenzó a transformarse.

Sus manos se convirtieron en garras y su cuerpo comenzó a hincharse. Buscó entonces con la mirada la mejor ruta de escape. Tenía que salir de allí como fuese. En ese momento, despellejar a todos los presentes le resultaba una idea atractiva, pero la prioridad era huir primero.

Agitó la cabeza tratando de despejarse y en un momento de lucidez gritó:

—¡Aléjate!

Mientras lo hacía, se abalanzó sobre Ghala sin poder controlar su cuerpo. «Derribarla y correr». Sus pensamientos se confundían con los de Tei, pero su cuerpo ya no era suyo.

A su espalda estaba Lomag y los otros dos guardias custodiando el túnel. Sabía lo fuerte que era Lomag, por lo que confió en poder sorprender a Ghala y huir. El valle era grande, esa no podía ser la única entrada.

Sus ojos lucían completamente azules y su piel estaba cubierta de venas negras. Sintió que el poder del espectro llenaba su cuerpo una vez más. El ardor en sus venas mezclado con un delirio extasiado que le hacía sentirse invencible. Lo había echado tanto de menos que no entendía por qué había intentado dejar de utilizar ese poder.

Ghala no se sorprendió por el ataque, hizo un rápido movimiento para esquivarlo y al pasar por su lado, le rozó con los dedos la frente. Un sello se formó sobre su piel y sintió un estallido de dolor en su mente.

Cayó de rodillas y después se desplomó contra el suelo. De pronto, sintió un profundo alivio tras el dolor inicial. Sus pensamientos comenzaron a fluir con una agilidad que, aunque le resultaba natural, distaba mucho de cómo había sido los últimos meses. Parecía que su mente había quedado completamente libre de la influencia del espectro.

Se levantó del suelo y comprobó sus propias garras, que poco a poco se convirtieron de nuevo en las manos de un hombre. Miró confuso a la druidesa.

—¿Qué has hecho? —preguntó esperanzado, aunque dicha esperanza no duró mucho. Su sonrisa desapareció al notar en su interior cómo Tei resurgía de donde fuese que había sido enviado. La presión en sus pensamientos volvió y de nuevo comenzó a tener dificultades para concentrarse.

Ghala se acercó a él y le tendió una mano para ayudarle a levantarse.

—Siento decirte que eso solo es una solución temporal —indicó Ghala—. Pero al menos nos permitirá tener una conversación civilizada. ¿Sabes lo que es realmente un espectro?

Nunca se había parado a definirlo y, al intentarlo, se encontró a sí mismo buscando las palabras adecuadas con torpeza. La elocuencia nunca fue su fuerte y rápidamente entendió que tampoco se trataba de un concepto sencillo de explicar.

—Sé que es una criatura que habita en mi interior e intenta tomar el control de mi cuerpo.

—En cierta forma lo es —asintió Ghala—, pero al mismo tiempo es algo mucho más complejo que eso. —Señaló un lateral del gigantesco árbol del mundo—. ¿Ves eso de ahí?

No se había percatado al principio, pero una pequeña sección del árbol estaba podrida y cubierta de una extraña sustancia negra. Le recordó a la que cubría su piel cuando estaba en su forma de espectro.

—¿Qué clase de árbol es ese?

—Los árboles del mundo son entidades de magia pura tan antiguas que se piensa que existen desde el nacimiento del propio mundo —explicó—. Aunque ese detalle no lo sabe ni el propio árbol.

«¿Hay más como este?», se asombró Teilan, considerando que jamás había oído hablar de ellos.

—¿Cómo que no lo sabe el árbol? —dudó entonces al procesar las palabras que había escuchado —. ¿Puede pensar?

Lomag rio al ver la sorpresa en el rostro de Teilan.

—Puede hacer mucho más que eso, pero no necesitas saberlo por el momento —aseguró Ghala sin perder la sonrisa.

—¿Y qué necesito saber? —inquirió molesto, aunque sonó más agresivo de lo que le habría gustado, ganándose una mirada fulminante de Lomag.

—Hace unos quinientos años, una bestia llamada Kholared trató de robar a la fuerza una fracción del poder del árbol utilizando la joya que tienes en tu posesión.

—¿La joya del alma?

—Lo que no tuvo en cuenta fue que, al arrancar ese poder del árbol, este se corrompería. Y cuando intentó asimilarlo, envenenó su cuerpo y su mente. —La sonrisa de Ghala había desaparecido y su tono de voz produjo un escalofrío a Teilan—. En un acto desesperado por protegerse, Kholared expulsó parte del poder que había absorbido fuera de su cuerpo con la intención de atraparlo de nuevo en la joya, pero fracasó.

—¿No funcionó la joya? —se extrañó Teilan, interesado en la joya que le había acompañado tanto tiempo. Hasta ahora, no se había separado de ella a pesar de que no sabía su función, pero Tei parecía muy interesado en conservarla.

—No llegó a poder usarla —señaló Ghala—. El poder que expulsó se dividió en tres partes con sintiencia y huyeron antes de que pudiese atraparlas.

—¿Qué significa «sintiencia»? —preguntó Teilan. Jamás había oído esa palabra.

—Que tienen la capacidad de pensar por ellas mismas —aclaró Lomag.

—¿Cómo es eso posible?

Lomag no respondió esta vez y Ghala continuó con su explicación sin atender a su pregunta.

—Al final, quedaron cuatro partes si incluyes la que conservó Kholared en su interior; cuatro ancestros, como los llamáis en el exterior.

Comenzó a caminar hacia una abultada raíz que sobresalía de la tierra para volver a introducirse en ella. Estaban lejos del árbol y aun así, la raíz era más gruesa que el tronco más grande que hubiese visto nunca; no parecía real. Teilan, sin saber muy bien qué hacer, se dedicó a seguir a la druidesa.

—Además, con el tiempo descubrimos que estas entidades desarrollaron una mente retorcida según el odio, la codicia y la envidia de la bestia que las creó —continuó Ghala—. Con una profunda aversión hacia los humanos y, sobre todo, hacia los demonios.

Teilan abrió fuertemente los ojos, asombrado ante el descubrimiento. Había llegado al origen; si en algún lugar podía hallar respuestas, estaba seguro de que sería aquí.

—Entonces, si Kholared pudo expulsarlo, ¿puedes sacarlo de mi interior? —pidió.

Ghala lo ignoró nuevamente y siguió narrando completamente ajena a la ansiedad del joven:

—La unión de Kholared con su ancestro creó una criatura inestable y violenta, con un poder abrumador que inició una guerra que provocó el gran éxodo de las bestias hacia el sur —continuó sin dejar de caminar—. Los otros tres tomaron otros cuerpos y uno de ellos acabó en el cuerpo de tu padre.

Una serie de pequeñas bestias pasaron junto a ellos jugando. Eran peludos y tenían grandes orejas que arrastraban por el suelo al correr. Se pararon con curiosidad a mirar a Teilan y cuando fue a acercar la mano para acariciar a uno, este le sorprendió hinchando los ojos fuera de sus cuencas haciendo que el joven retrocediera un par de pasos. Después salieron corriendo victoriosos al ver que lo habían asustado.

—¿Por eso puedo influir en los espectros controlados por otros ancestros? —preguntó fascinado por las extrañas criaturas del lugar—. ¿Es porque mi padre fue uno?

—¿Puedes hacer eso? —dudó entonces Ghala por primera vez y aquello hizo que Teilan se sintiese todavía más confuso—. ¿Con todos?

Teilan se encogió de hombros.

—Pude hacerlo con un maldito de Ieralia que tenía un espectro dentro —respondió.

Ghala cambió el gesto del rostro decepcionada.

—Solo el ancestro que ha creado un espectro parece ser capaz de controlarlo —explicó—. Los malditos de Ieralia son entidades especiales. Tal vez tuviese algo que ver con eso.

Teilan rememoró con tristeza los últimos instantes del único amigo que había tenido los últimos meses. Trató de alejar ese pensamiento de su mente y se fijó de nuevo en el árbol que se alzaba frente a él en toda su inmensidad.

—¿Qué pasará cuando la infección se extienda? —preguntó.

—El árbol absorbe acumulaciones de magia, las asimila y después nutre su entorno. Estabiliza los niveles de magia que hay a su alrededor y sin el árbol…

—¿Acumulaciones de magia? —cortó Teilan, embotado por tanta información. Acto seguido, se arrepintió de haberlo hecho y miró a Lomag asustado. El hombre lagarto parecía procesar un profundo respeto por la maestra y temía su reacción al haberla interrumpido.

—Tornados, lluvias torrenciales, terremotos, incendios… Las acumulaciones de magia pueden provocar desastres elementales inimaginables. Los habitantes de Árcilon no los conocen porque han estado protegidos por él —respondió esta vez Lomag refiriéndose al árbol. Al parecer, se tomó la mirada de Teilan como si le estuviese dirigiendo a él la pregunta—. Aunque eso pronto cambiará si la infección sigue extendiéndose y el árbol muere como sucedió en Harnam.

Teilan había oído historias del clima extremo que había en Nárandul, aunque jamás había oído ninguna explicación al respecto. Muchos magos habían cruzado el gran puente de Vatvar para investigarlo sin éxito a lo largo de muchos años.

—¿Si el árbol muere, esta tierra dejaría de ser habitable? —se sorprendió Teilan.

—No exactamente —respondió Lomag—. Aunque sería mucho más difícil vivir en ella.

Teilan tragó saliva. Empezó a darse cuenta de la envergadura del problema.

—Supongo que demasiada información —indicó Ghala con una sonrisa.

«No la suficiente», pensó.

—Pero ¿podréis sacarm…?

—Como consecuencia de lo que hizo Kholared, el árbol fue dañado y la infección se seguirá extendiendo por el árbol hasta acabar con él —interrumpió de nuevo Ghala.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo? —preguntó Teilan, que empezaba a cabrearse.

—Ahora mismo, los pocos druidas que quedan en el valle utilizan todo su poder para tratar de frenar el avance de la infección sin conseguirlo —explicó ella—. Sin embargo, tal vez utilizando la joya del alma se pueda atrapar el poder de los ancestros y utilizarlo para revertir lo que Kholared hizo.

—¿Todos los ancestros? —preguntó Teilan y Ghala asintió—. Pero creía que el ancestro que poseyó a mi padre fue destruido.

La druidesa se acercó y le cogió de la mano. Sus ojos azules se clavaron en los suyos y sintió cómo miraba dentro de su alma.

—Lo que hay en tu interior parece ser algo parecido a su hijo. Es más débil, pero también es cierto que los otros ancestros se han hecho más fuertes. Tal vez pueda valer para sanar el árbol.

No parecía muy convencida de ello, pero Teilan escuchó todo lo que necesitaba oír.

—¡Entonces puedes sacármelo!

—Puedo y hay que hacerlo —respondió Ghala y a Teilan se le iluminó el rostro—. No obstante, hay algo que necesito que sepas antes de hacerlo…

—Siempre hay un pero…

—Kholared trató de arrancar el poder del árbol para convertirse en el ser más fuerte de Árcilon —explicó—. Su deseo de poder nacía de su odio hacia los humanos y de aquellas bestias que habían aceptado la capacidad de convertirse en humanos. Ese odio fue heredado por los ancestros y la razón de su existencia se resume a destruir demonios y humanos y a amasar cada vez más poder.

—¿Qué me quieres decir con esto?

—Se selló este valle hace siglos para evitar que los ancestros pudieran adquirir el poder que aquí reside. Hemos corrido un grandísimo riesgo abriendo una puerta para que pudieses entrar, considerando que el árbol ya no puede protegernos. Como ya te he dicho, estamos utilizando todo el poder del que disponemos para frenar el avance de la infección, pero nos estamos volviendo cada vez más débiles mientras los ancestros son cada día más fuertes.

—¡Pues quítame esta cosa de dentro y utiliza su poder!

Ghala pareció meditar muy bien las palabras que iba a decir a continuación.

—Los druidas no podemos luchar contra los ancestros.

—¡¿Para qué estáis entonces?! —gruñó—. ¿Por qué tienes ojos de espectro?

—Aquellos portadores del poder del árbol lucen estos ojos —respondió sin alterarse a pesar del enfado de Teilan.

—¿Y de qué sirve ese poder? —continuó—. Proviene del mismo lugar que el mío, ¿por qué no vale para luchar? ¿Por qué no salvasteis a mi padre?

Ghala, que todavía sujetaba la mano de Teilan, tiró de él hasta acercarse a una raíz del árbol. Después, ella la tocó con la otra mano. Al hacerlo, una presencia ancestral y cálida llenó su interior. Era la misma que había notado en su piel al entrar en el valle, pero esta vez recorría cada parte de su cuerpo.

Era la calidez de una madre al sostener a su hijo. Los rayos de sol tras una noche lluviosa durmiendo a la intemperie. Era Celia en el tejado de la taberna… Miró a Ghala confuso.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

Ghala le miraba con los ojos llenos de lágrimas.

—Soy una druidesa —señaló mientras apartaba la mano—. Una de los pocos que quedan considerando que el árbol lleva más de quinientos años sin seleccionar uno. El árbol nos concedió una pequeña fracción de su poder para convertirnos en sus emisarios y sus protectores —explicó.

—¿Por qué no utilizáis ese poder para luchar contra los ancestros? —insistió Teilan una vez más.

—Es demasiado pequeño comparado con el de un ancestro. Alarga nuestras vidas, nos permite comunicarnos con el árbol y controlar la barrera que aísla este valle del exterior. Nos permite sentir siempre todo lo que siente el árbol del mismo modo que tú sientes todo lo que siente el ancestro que hay en tu interior, pero no somos guerreros. Los ancestros son criaturas de gran poder destructivo y si no son detenidas, poco importará todo lo demás.

Lomag acercó entonces la lanza del rey y se la entregó a Ghala. Esta comenzó a estudiarla con detenimiento. Teilan la observaba mientras percibía que la presencia de Tei se volvía más fuerte en su interior por momentos. Al parecer, la conversación civilizada estaba llegando a su fin.

—¿Qué quieres de mí? —cuestionó Teilan al intuir hacia dónde se dirigía la conversación. Las evasivas de esa mujer solo podían significar una cosa—. ¿Qué precio tengo que pagar para que me saques esto de dentro?

Sintió una punzada de dolor en su mente. Tei no estaba contento.

—¿El precio? —dudó Ghala, no parecía cómoda llegando a ese punto de la conversación—. Te lo retiraré hoy mismo si es lo que deseas realmente.

—¿Por qué no iba a desearlo? —gruñó Teilan—. He matado a mi amiga de la infancia. He matado al que ha sido mi único compañero y amigo durante los últimos meses. Me ha convertido en un monstruo.

—Y te ha convertido en alguien extremadamente poderoso —puntualizó ella y le entregó la lanza a Teilan.

Este la agarró y la apoyó contra el suelo. El arma vibró al entrar en contacto con su mano y sintió como un escalofrío recorría su espalda. «¿Está tratando de decirme algo?».

—Has podido sentir el poder que hay en tu interior y este ni tan siquiera ha madurado todavía —explicó—. La razón por la que aún no ha tomado el control de tu cuerpo es porque alguien colocó una barrera para protegerte y esta ha mantenido más o menos la separación entre ambos a pesar de tus esfuerzos por romperla. —No lo dijo como un reproche, la druidesa parecía entender que aquel ser era muy hábil manipulando mentes, pero Teilan se sintió estúpido por lo que había hecho—. El ancestro hace mucho que ya es más poderoso que tú, pero esa barrera nos ha dado una oportunidad.

—No puedo controlarlo —dijo mientras sujetaba su lanza con fuerza—. Lo he intentado, pero soy incapaz…

—Existe una opción, pero viene con un riesgo —continuó ella—. La cuestión es si estás dispuesto a correrlo.

—¿Por qué iba a hacerlo? —se burló Teilan—. Sácame esta cosa de dentro y devuélvesela al árbol o lo que prefieras. Lo he traído hasta aquí. ¿No es suficiente?

Se hizo un silencio incómodo. La mujer pareció entenderle, pero no dispuesta a perder esa oportunidad.

—Lo es —admitió—. Y… como te he dicho…, si es tu decisión, la respetaré y haré lo que me pides.

Lomag apartó la mirada. Era la primera vez que veía que no estaba de acuerdo con su maestra. Incluso en cierto modo, parecía descontento con lo que le estaba diciendo.

—Sin embargo, también te digo que has podido conocer el poder que tiene —continuó Ghala—. Portas el más débil de los cuatro, pero sería una adición considerable al poder que ya sustentas como dragón negro y mago.

—¿El más débil? —se sorprendió; no era capaz de visualizar la clase de poder que tendrían los otros.

Casi había arrasado solo un batallón de élite en Ódise. Incluso podría haber destruido la ciudad si hubiese sido capaz de controlar su ira y atacar con cabeza. Estaba convencido de ello. Sin embargo, ¿un poder así solo se consideraba como el más débil de los cuatro?

—Apenas tiene dos décadas de vida, es normal que sea el más débil —respondió—. Por eso necesitamos tu ayuda para detenerlos. Para sellar su poder en la joya y devolverlos a donde deberían estar antes de que destruyan el mundo conforme lo conocemos. —Ghala se acercó y sostuvo con la mano su barbilla—. Veo el dolor en tus ojos y el arrepentimiento. Te ofrezco un camino de redención ante ti, pero es uno que debes elegir tú siendo perfectamente consciente de los peligros a los que tendrás que enfrentarte. Tu determinación debe ser absoluta; este pulso no lo ganarás si dudas.

—Esto no tiene ningún sentido —replicó Teilan mientras se apartaba. Tenía la sensación de que en cierto modo le estaba engañando—. No puedo controlarlo. No tardará mucho en tomar el control, lo presiento…

Era más que un presentimiento. Tenía una certeza absoluta de que era así. Cerró los ojos y vio el rostro de Tei al hacerlo. Mirándolo fijamente desde algún rincón de su mente. Tratando de tomar el mando y matar a aquella mujer que era una amenaza.

Ghala alzó la vista para contemplar el gigantesco árbol de la vida, ajena a lo que estaba sucediendo en la mente del joven. Este aprovechó que ella estaba desprevenida y comenzó a acercarse a ella por la espalda con la lanza en mano.

—No podrás detener al ancestro para siempre —admitió—. Pero todavía existe una forma de retrasarlo y utilizarlo en nuestro favor para acabar con el trabajo que empezó tu padre. Aunque como ya te he dicho, no viene sin un riesgo considerable.

De pronto, Teilan trató de alcanzarla con la lanza. Lomag intentó interceptarle, pero no llegaría a tiempo. Estaba demasiado lejos. No obstante, justo antes de atravesarla, logró imponerse por un instante al ser que habitaba en su interior.

—¿Cómo? —dudó Teilan mientras apretaba los dientes, resistiéndose con todas sus fuerzas. Los rostros de Owen y de Fara le vinieron a la mente y entendió que tenía una responsabilidad. La responsabilidad de que sus muertes no fueran en vano.

—Despertando tu sangre de dragón a la fuerza —proclamó Ghala.

AGRADECIMIENTOS

En este pequeño apartado quiero agradecer a todas las personas que se están asomando a este nuevo volumen de *La Herencia de los Héroes* la curiosidad que han mostrado por saber cómo continúa la historia, así como por el apoyo y cariño que están entregando a la saga. Esa curiosidad ha sido la motivación para afrontar las horas perdidas de sueño, imprescindibles para que este proyecto salga adelante. Esas palabras de aliento han hecho que el esfuerzo se transforme en sonrisa.

También quiero agradecer a todos aquellos que han hecho correr la voz de la existencia de *La Herencia de los Héroes*, ya sea con sus familiares o amigos o con sus publicaciones en redes. Hacéis que este sueño siga adelante.

Por último, quiero darte las gracias, lector, por permitir que mi mundo forme parte de tu vida mientras recorres las páginas de este libro.

Muchas gracias a todos,

Enrique Escuder